

2

1910-1919

Guerra y revolución



Historia Gráfica del Siglo XX

ibercultura



HISTORIA GRAFICA DEL SIGLO XX

VOLUMEN II

1910 ~ 1919

GUERRA Y REVOLUCION

EDITORIAL LABOR, S.A.

ISBN: 978-84-3352-700-4 Obra Completa
ISBN: 978-84-3352-702-8 Tomo II

Impreso en España
www.ibercultura.net

Sumario

El siglo XX: entre el miedo y la esperanza

Por HUGH THOMAS

Los acontecimientos que han marcado un hito en la historia del siglo XX podrían dividirse en dos grupos: primero, el de los cambios tecnológicos o científicos que han revolucionado la vida cotidiana de la gente; segundo, el de aquellos momentos en que los líderes de las naciones del mundo han intentado controlar las consecuencias políticas directas y los efectos a largo plazo de tales innovaciones.

Esta época será sin duda recordada como aquella en la que el ritmo de los cambios científicos sobrepasó la capacidad de la sociedad política para organizar dichos adelantos bajo sistemas viables, humanos y previsibles. Así pues, la decisión que en 1908 tomó Henry Ford de producir automóviles baratos podría considerarse como simbólica de la nueva era. También constituyen un símbolo el vuelo de los hermanos Wright en 1903, la invención por Edison de la primera película en 1905, el primer programa comercial de radio emitido por la Westinghouse en 1920 y la primera transmisión de televisión en 1927, o el descubrimiento de las vitaminas por sir Frederick Hopkins en 1906.

Cualquier hombre corriente podría, sin lugar a dudas, hacer una lista de hitos semejante. La llegada del teléfono, de los anticonceptivos, de la refrigeración, de la electricidad industrial y doméstica, de la penicilina, de las lavadoras o de la calefacción central ha transformado la vida cotidiana de la mayoría de la gente en los países culturalmente avanzados. En consecuencia, se han producido cambios sociales masivos, como la virtual emancipación de las mujeres en los países avanzados, la desaparición de la familia autocrática, el aumento de los viajes en todas las clases sociales y una vida sexual más libre (progresivamente liberada del miedo a las enfermedades venéreas o a los hijos no deseados).

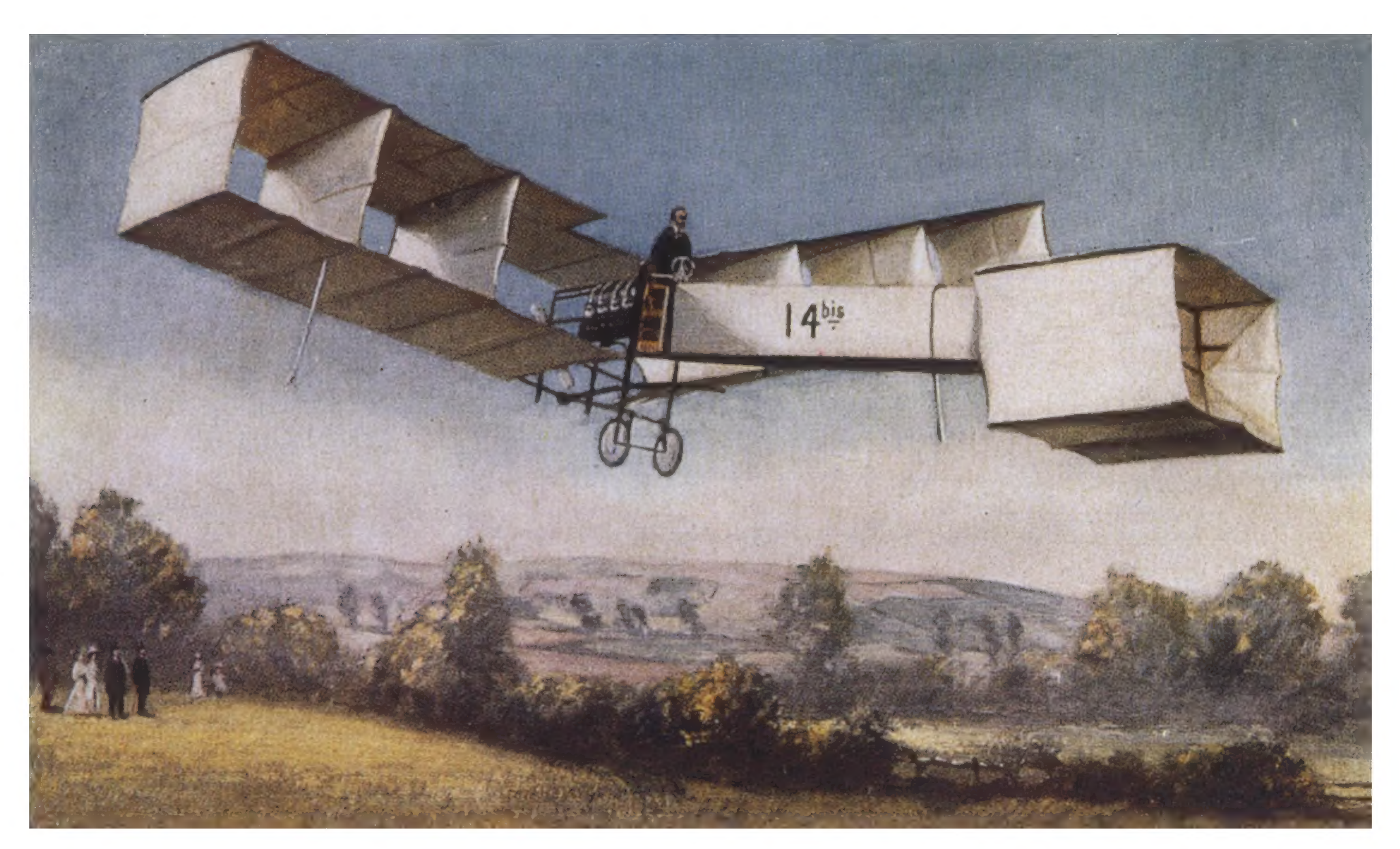
Estos progresos, sin embargo, han tenido también su lado malo. Por ejemplo, la radio y la televisión, instrumentos para la ilustración popular, también han sido usados por gobiernos arteros para implantar o conservar tiranías. La radio se ha utilizado con frecuencia para el espionaje y las escuchas ocultas. Para innumerables presos políticos, especialmente en Rusia, hasta la electricidad se ha convertido en el símbolo de una forma de tortura inimaginable en un pasado menos sofisticado. El coche se ha convertido en un accesorio del crimen violento, y en los países avanzados causa



todos los años el mismo número de muertes que las enfermedades graves. El aeroplano ha transformado no sólo el turismo, sino también la guerra. La desaparición de la vieja vida familiar no siempre se ha visto reemplazada por un sistema social más enriquecedor; y de los efectos de la refrigeración sobre los alimentos no se puede decir que sean un logro pleno sin mezcla de mal alguno.

De muy diversas formas, pues, el progreso científico ha sido utilizado para la destrucción y la crueldad. El siglo XX —aunque en general se haya caracterizado por un gran avance social y una creciente preocupación de los gobiernos por las vidas de los pobres— ha estado dominado por la metralleta, el tanque, el B-52, la bomba atómica y, finalmente, el misil. Se ha visto jalonado por guerras más sangrientas y destructivas que las de ninguna otra época, y ha estado caracterizado por tiranos cuyo control sobre poblaciones enteras les ha permitido encarcelar a cientos de miles de inocentes durante años sin que el resto del mundo supiese lo que estaba pasando. La disyuntiva de si esta era puede considerarse o no progresista es, sin embargo, cuestión de opiniones. Pero no cabe duda de que la víctima del siglo ha sido aquel sentido de fácil optimismo que marcó a los liberales del siglo XIX. De este modo, la década de los ochenta empieza con las dos grandes potencias mundiales, los Estados Unidos y la Unión Soviética, dependiendo para su defensa de un





arsenal de armas nucleares que, de ser usadas, podrían tal vez acabar para siempre con la vida humana.

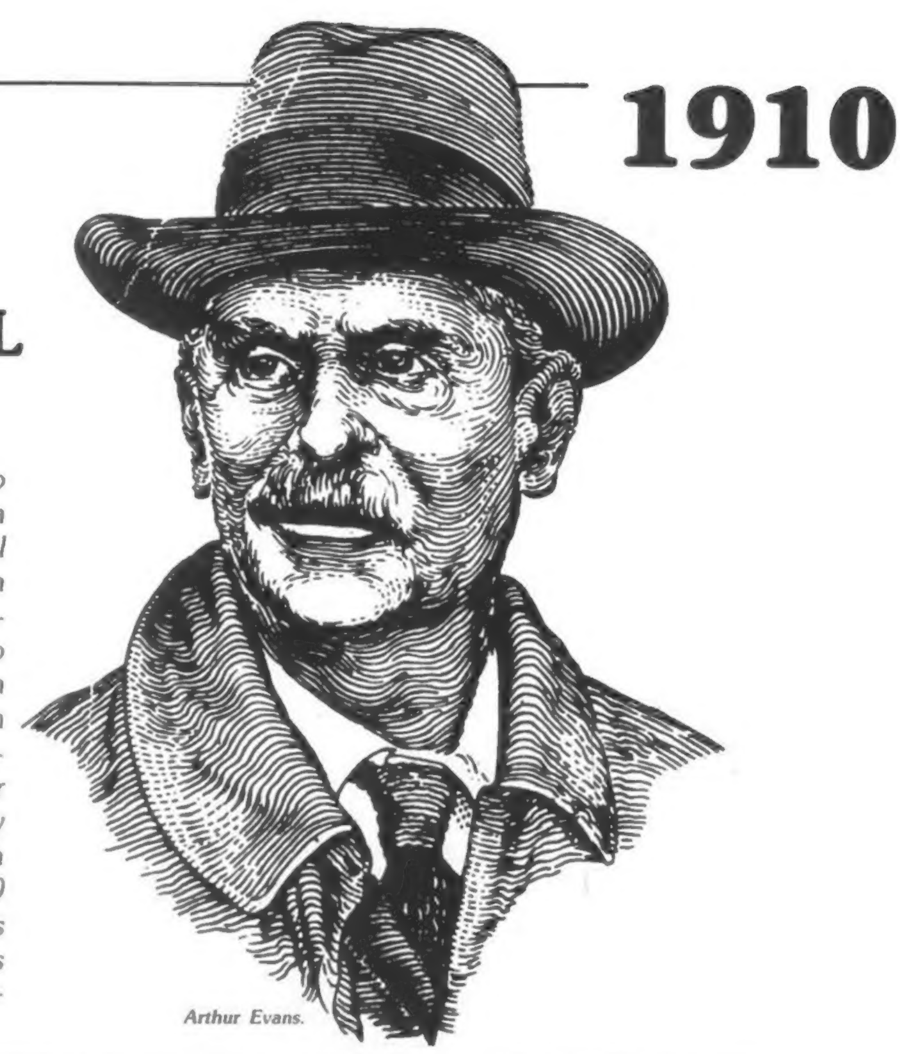
Los hitos políticos de este período no siempre son fáciles de relacionar con los avances científicos, médicos o tecnológicos (aunque algunas innovaciones militares, tales como el tanque o las armas nucleares, tengan su génesis en decisiones específicamente políticas). Generalizando, la historia de la era se puede condensar en una lucha de los gobiernos, las clases dominantes, las sectas revolucionarias y otras instituciones, como la Iglesia, por adaptarse o sacar provecho de las nuevas opciones científicas. En líneas generales, tanto los gobiernos como las clases y sectas han fracasado ante la complejidad humana de la tarea. El viejo orden mundial, que se basaba en el poder económico y político de la Europa occidental, se vio aplastado en el transcurso de la Primera Guerra Mundial, y los tres imperios multinacionales de la Europa oriental (Austria, Turquía y Rusia) se vieron arrastrados con ella a la destrucción. En la Segunda Guerra Mundial, los grandes imperios globales (Inglaterra, Francia y los Países Bajos) recibieron varios golpes fatales. El nuevo orden mundial que ocupó su lugar, y que se basa en la competencia ruso-americana, no es más estable que el que existía antes de la guerra del 14. En dos sentidos es más inestable incluso: en primer lugar, la Unión Soviética no es un Estado normal, en el sentido en que lo era hasta la misma Rusia zarista. Es un Estado poseído por una ideología, de tal forma que la contienda entre el Este y el Oeste es más semejante a la del cristianismo contra el Imperio otomano en la época de Carlos V.

La segunda fuente de inestabilidad es el inmenso número de centros de autoridad. En 1914, el mundo estaba claramente en manos de los poderes europeos, jugando Londres el papel de banquero internacional. No cabe la menor duda de que semejante estado de cosas tenía que resultar humillante para muchos de los que vivían en Asia o Africa. Pero había, sin embargo, a la cabeza de las poderosas entidades políticas del mundo un grupo de cristianos educados. Esto ha dejado de ser así. Las Naciones Unidas tienen unos 150 países miembros; algunos con población numerosa, como China (1.200 millones); otros, con un número reducido de habitantes, como Granada (60.000); pero todos ellos pretendiendo ser sus propios amos. Esta dispersión de autoridad es el aspecto más contundente del actual estado de cosas. Los gobiernos se han vuelto infinitamente más poderosos de fronteras adentro, pero reciben menos control del exterior.

La terrible destrucción de las dos guerras mundiales, las igualmente espantosas guerras civiles, el restablecimiento de sociedades cerradas, como Rusia o China, y la amenaza de un conflicto nuclear inducen lógicamente a las cabezas pensantes del siglo XX a dudar de la idea de la inevitabilidad del progreso. Este tiene sus ventajas. Cada generación debe darse cuenta de que no puede dormirse en los avances hechos por sus predecesores.

Mi punto de vista personal es que los próximos veinte años van a ser difíciles, pero que, si logramos salir de ellos con bien, el mundo tiene una oportunidad de evolucionar en el siglo XXI hacia las soleadas cumbres de un progreso ordenado.

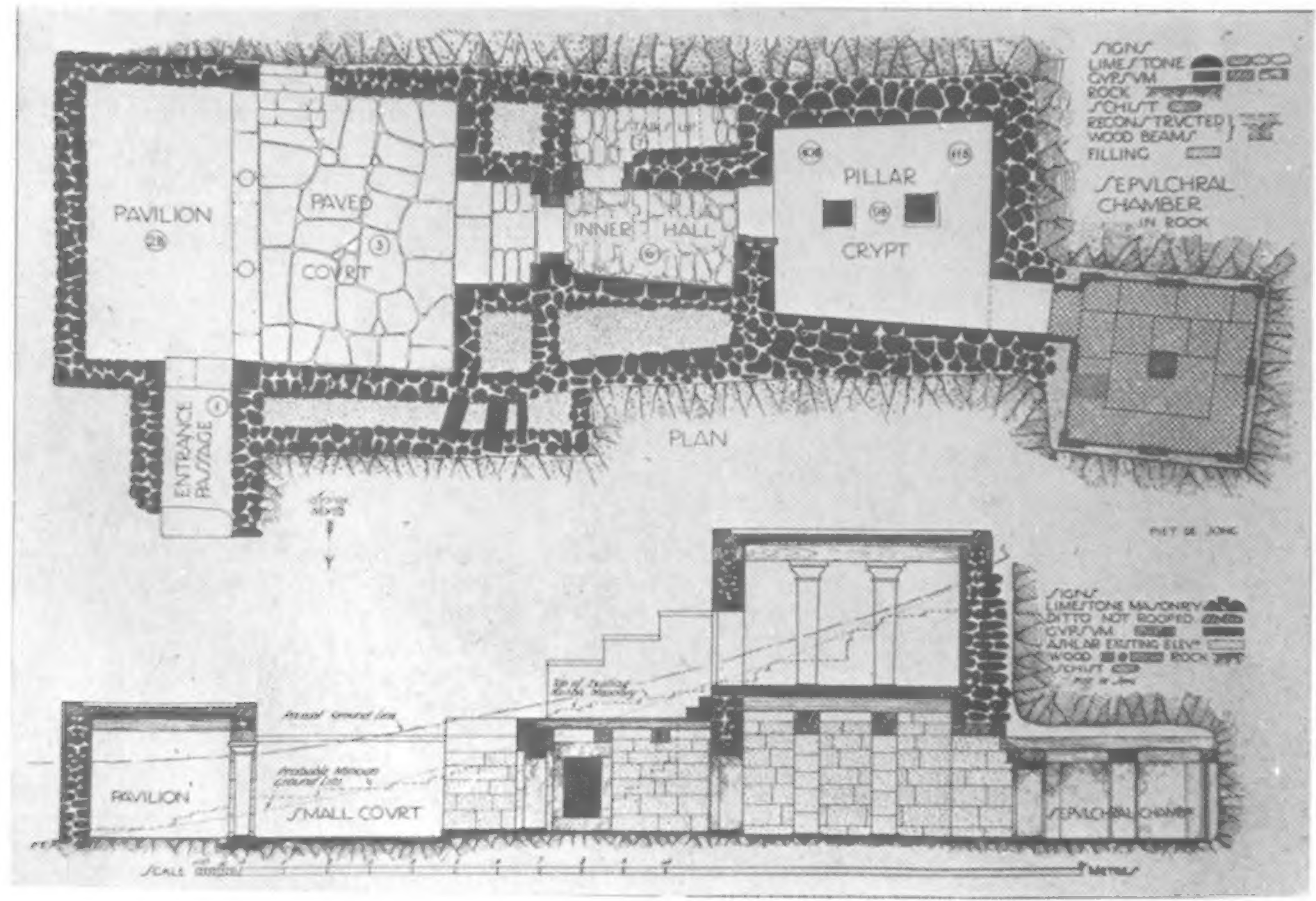
1910



Arthur Evans.

EVANS Y EL SECRETO DEL MINOTAURO

HACE menos de cien años, el único conocimiento que se tenía de la historia antigua de Grecia era el que se podía obtener de la mitología griega y en especial de los poemas épicos de Homero: la Ilíada y la Odisea. Casi todo lo acontecido antes del año 800 a. C. era considerado como leyenda. Pero gracias a Evans y sus colegas, que excavaron en Creta y se basaron en los cimientos puestos por Schliemann y Dörpfeld en Troya, Micenas y Tirinto, se amplió el campo de la vida prehistórica de Europa hasta 3.000-4.000 años a. C., quedando demostrado que las antiguas leyendas y mitos contienen más verdad de lo que querían reconocer los áridos historiadores.

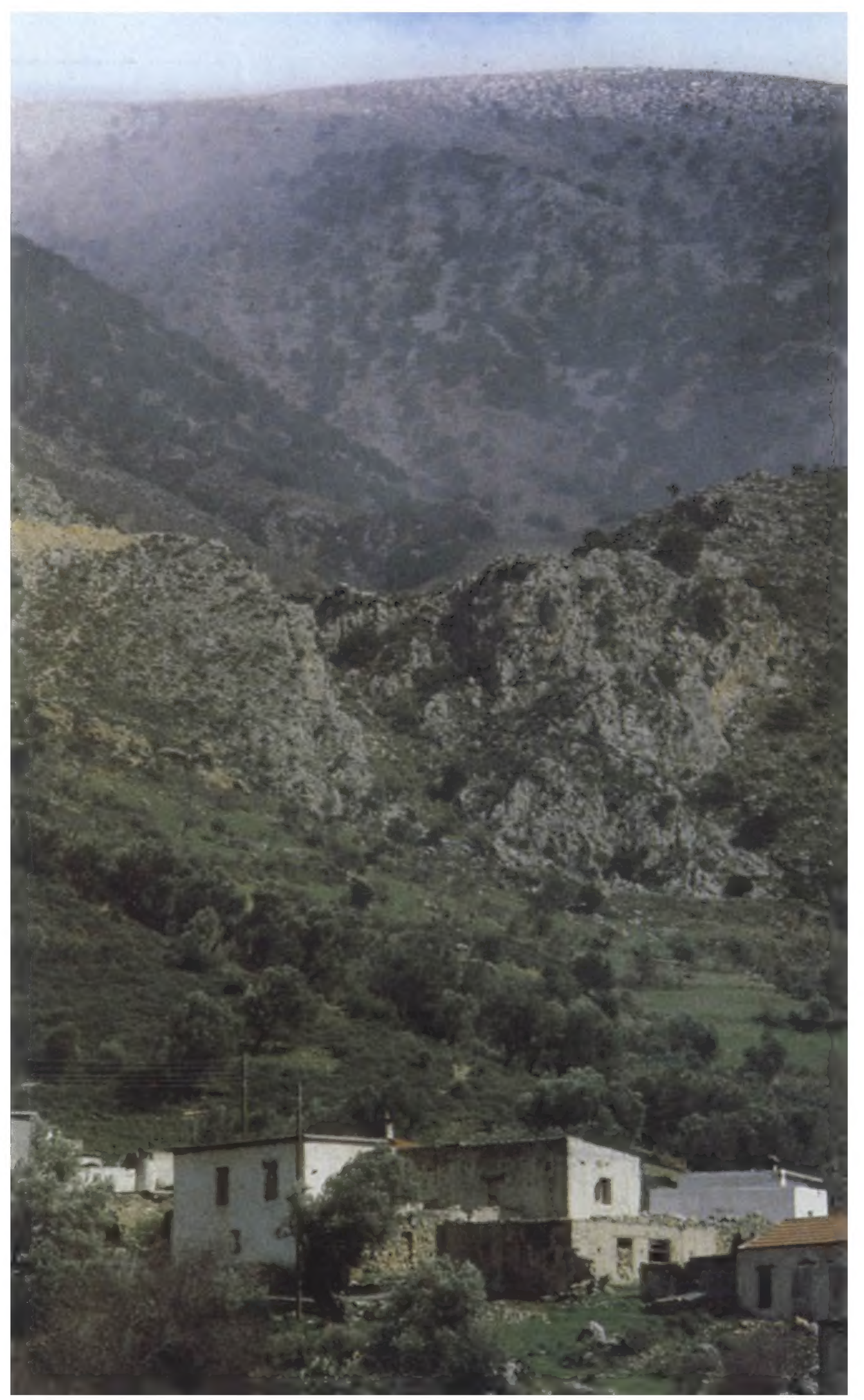


Plano del palacio de Cnossos.

La isla de Creta, con una superficie de 8.331 kilómetros cuadrados, es un largo muro de 140 kilómetros que limita por el sur el mágico mundo de la antigüedad griega clásica. Enclavada estratégicamente en el centro del Mediterráneo oriental, a caballo entre Europa y Asia, fue desde tiempo inmemorial cruce de caminos y culturas. En la foto, un típico paisaje cretense de la zona de Fourfouras, en la falda del monte Idas.

Un aficionado inglés

Arthur Evans había nacido en 1851; inglés por excelencia, su vida distaba mucho de la del autodidacta Schliemann. De familia con tradición al estudio, él se educó en Harrow, Oxford y Gotinga. Desde pequeño, y durante los veranos, hacía excursiones con su padre en busca de objetos de pedernal en Inglaterra o Francia, adquiriendo la afición de coleccionar, sobre todo monedas. Amante de los viajes en condiciones difíciles, tenía un carácter violento, pero una voluntad inquebrantable. A los veinte años, su principal interés se centraba en los Balcanes; su paisaje costero, su arquitectura y sobre todo la mezcla de culturas romana, bizantina, veneciana y musulmana, era lo que más le atraía. Los países escandinavos adonde viajó, no le impresionaron porque «no encontraba una civilización compleja ni un sentido del pasado histórico. En Laponia no había fantasmas...».



Isla de Creta. Al pie del monte Idas.

Cuando en 1877 Austria ocupa Bosnia, el editor del *Manchester Guardian* le nombra corresponsal especial en los Balcanes con base en Ragusa. A pesar de sus actividades periodísticas y políticas, siempre encontraba tiempo para explorar castillos medievales, excavar edificios romanos o copiar antiguas inscripciones bosnias, y en definitiva para interesarse por la arqueología y la numismática. Acusado por las autoridades austríacas de simpatizar con los insurrectos, es arrestado y encarcelado, y en abril de 1881 es expulsado del país, junto con su esposa, con destino a Inglaterra.

Dos años más tarde, Arthur y su esposa, Margaret, viajan a Grecia, donde son recibidos por los Schliemann. Los descubrimientos de éste en las tumbas de fosa vertical —joyas, armas y ornamentos micénicos— fascinaron a Evans, aunque no compartía la creencia del alemán respecto al origen homérico, pues pensaba que eran mucho más antiguos. En su estilo había algo que «no era ni helénico, ni egipcio, ni oriental». Visitó las excavaciones de Schliemann en Tirinto y Micenas, quedando impresionado sobre todo con la Puerta de los Leones, en donde los leones decapitados soportaban una extraña columna central absolutamente distinta a las de la arquitectura griega «clásica». ¿De dónde procedería?, ¿Micenas, Grecia? Evans estaba intrigado.

El año de 1893 fue clave en su vida. A la muerte de su esposa en Alassio, hay que añadir que durante su estancia en Atenas se confirmó su interés por el arte micénico. Rebuscando entre los vendedores de antigüedades en el callejón de los Zapatos de Atenas, se encontró con unas piedras pequeñas de tres y cuatro lados, taladradas a lo largo de un eje y grabadas con símbolos que parecían pertenecer a un sistema jeroglífico. Al enterarse de que su procedencia era de Creta, se reafirmó en su idea de que la situación de la isla, como escala casi equidistante de Europa, Asia y Egipto, podía haber facilitado la difusión de la escritura jeroglífica.

En la primavera del año siguiente, Evans viajó por primera vez a Creta.. En Herácleo, donde desembarcó, se encontró con esa pintoresca mezcla de razas europeas y orientales que tanto le atraían, y con un ambiente donde se respiraba por todas partes un hondo sentido de la historia. Las huellas de los cretenses, helenos, romanos, francos, venecianos y turcos estaban por toda la

isla. Evans se había sentido atraído por Creta, más por una curiosidad científica que por fe en sus leyendas. Después de averiguar que la misteriosa escritura jeroglífica, que no era ni egipcia ni babilónica, procedía de Creta, su interés fue interpretar esa escritura y demostrar su teoría de que, «en lo que ahora constituye la zona de influencia de la civilización europea, debieron de existir en otros tiempos sistemas de escritura a base de dibujos, semejantes a los que ahora todavía se emplean entre las razas más primitivas de la humanidad». No obstante, conocía todos los textos de las leyendas y cuentos de Homero y los poetas clásicos acerca de Creta, aunque no tenía la fe ciega de Schliemann en ellos.

Las leyendas de Creta

Según la más antigua de las leyendas, Zeus nació en Creta. Hijo de Rea, la madre Tierra, vino al mundo en la cueva de los Dictos. Las abejas le llevaban su miel, la cabra Amaltea le ofreció sus ubres, las ninfas le mecieron y un tropel de jóvenes armados le protegieron frente a su padre, Cronos, que devoraba a sus vástagos con el fin de que «ningún otro de los orgullosos hijos del cielo pudiera reinar entre los dioses mortales». También se dice que Minos, aquel rey legendario, reinó en la isla y que era hijo del propio Zeus.

Otra antigua tradición decía que Minos, señor de todos los mares helénicos, envió a su hijo Androgeo a participar en los juegos de Atenas. Más fuerte que todos los griegos, venció y por envidia fue muerto por Egeo, rey de Atenas. Su padre, como represalia, invadió la ciudad, la sometió y exigió que cada nueve años los atenienses tenían que mandar un tributo consistente en siete jóvenes varones y siete doncellas que serían sacrificados al monstruo de Minos. Este monstruo había sido engendrado por Parsífae, esposa de Minos, una ninfómana a la que sólo un toro podía satisfacer. Minos lo había encerrado en un laberinto, debajo del gran palacio de Cnossos proyectado por Dédalo. Cuando el sacrificio se preparaba por tercera vez, Teseo, hijo de Egeo, se ofreció para ir a Creta y matar al monstruo. El barco partió hacia la isla con un despliegue de velas negras, y Teseo había anunciado que izarían velas blancas en su viaje de vuelta si conseguía su propósito. Ariadna, la de la oscura cabellera, hija de Minos, se enamora de él y le da una espada y una madeja de lana, uno de cuyos extremos ata a la puerta cuando penetra en el laberinto en busca del monstruo. Teseo venció al Minotauro, encontró la salida gracias al hilo de lana y huyó con Ariadna y sus compañeros hacia su patria. En Naxos, Dionisio se enamora y rapta a Ariadna llevándosela a Lemnos. Apenado por la pérdida de Ariadna, Teseo olvidó desplegar las velas blancas de su barco, y Egeo, su padre, al ver las velas negras, las interpretó como signo de muerte y se arrojó al mar.

Empiezan las excavaciones

Al igual que Schliemann, Evans fue al lugar donde, según la leyenda, se encontraba Cnos-

Uno de los más bellos frescos hallados en el palacio de Cnossos y digno representante de la evolucionada cultura minoica es este sobrio pero elegante Príncipe de los lirios, *pintado en el siglo XVI a. C., que se conserva en el Museo Arqueológico de Candía, en la misma Creta.*



Príncipe de los lirios, *fresco del palacio de Cnossos.*

sos, a unos cuantos kilómetros de Heracleo, donde comenzó a excavar en el montículo de Kefala. Anteriormente, un arqueólogo cretense, llamado Minos, había abierto trincheras en Cnossos y descubierto unos sólidos muros y un almacén de grandes vasijas de piedra.

En marzo de 1899 empezó a trabajar con obreros cretenses. Las murallas afloraban casi a la superficie. Al cabo de algunas semanas se vio ante las ruinas de unos edificios que cubrían ocho áreas. La planta era un tanto laberíntica, extraña: «... nada griego, nada romano, nos falta incluso la cerámica geométrica». Evans había venido a descifrar un sistema de escritura, pero no había pasado más de un mes cuando se percató de que había descubierto una civilización. Enseguida contrató a más hombres y a un arquitecto de la Escuela Británica de Arqueología de Atenas. Cuando el palacio quedó al descubierto comprendió la magnitud del hallazgo y de que tenía la oportunidad de escribir los primeros dos mil años de la civilización europea.



Entrada a las habitaciones de la planta baja del santuario.



Incensario de la última época de la civilización minoica.

El palacio de Minos

La disposición de los edificios estaba clara y, a pesar de ciertas diferencias exteriores, poseía un parecido indiscutible con los palacios de Tirinto y Micenas. Pero su belleza y su poderosa construcción indicaban que los palacios del continente fueron sólo edificaciones secundarias. En torno al gran rectángulo del patio principal se erguían varias alas de edificios extendidas en todas direcciones, con sus paredes de ladrillo hueco y tejados planos sostenidos por pilares. Las

Los edificios de arquitectura minoica hallados en Creta sorprendieron al mundo entero por su tamaño, solidez y armonía. Arriba, reproducción del Illustrated London News *de la entrada que conduce desde el patio pavimentado hasta las habitaciones de la planta baja del santuario, en el palacio de Cnossos. En el centro, un espléndido incensario de estilo foliado, decorado con brillantes colores, representativo de la última etapa de la civilización minoica. Abajo, vista de la entrada de la tumba-santuario de Cnossos, con sus gruesas columnas pintadas de rojo y negro.*



Entrada de la tumba-santuario.



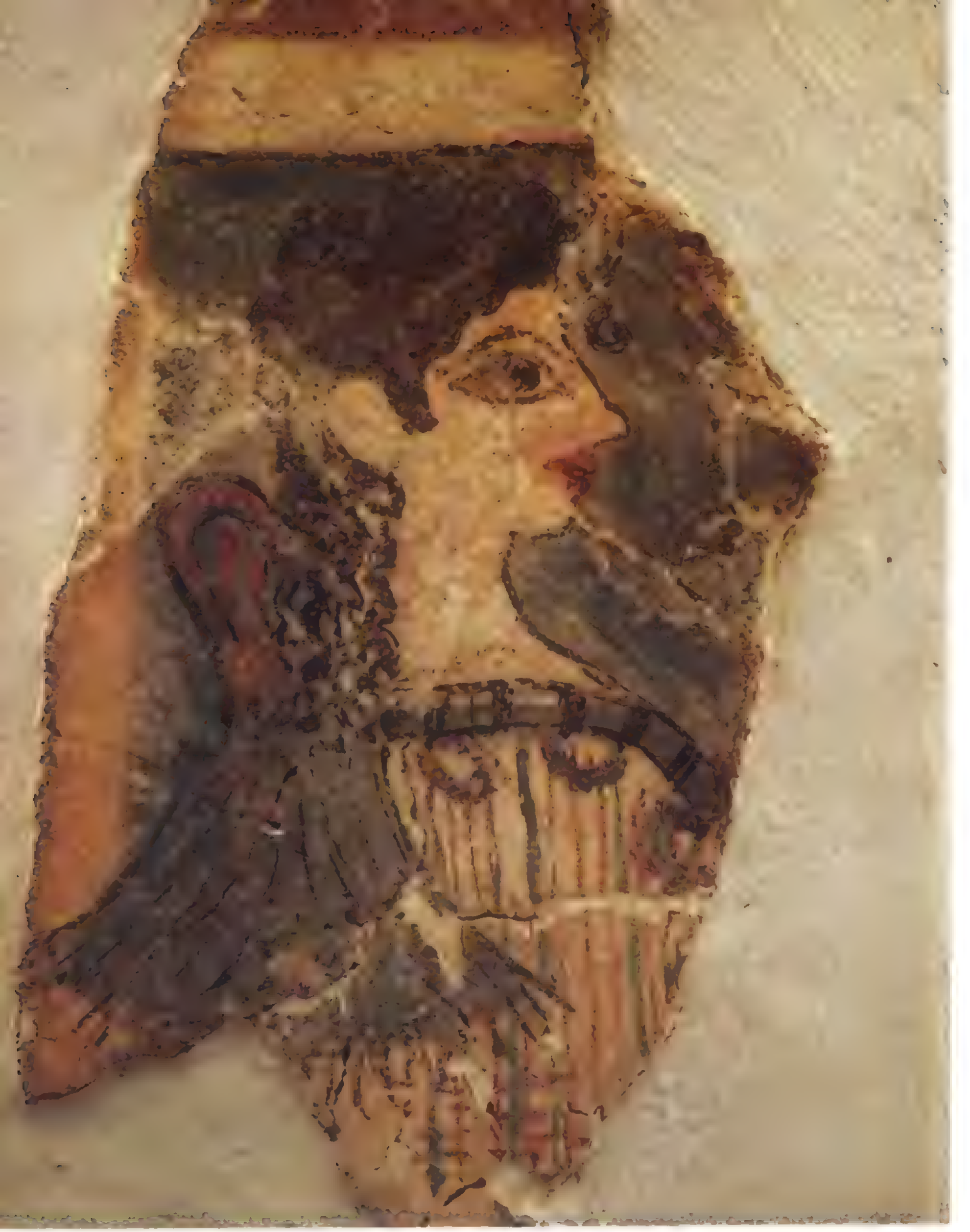
Vista del pasillo de entrada al templo.

salas, los pasillos y los distintos pisos ofrecían una disposición tan confusa que aquello parecía un laberinto; el laberinto construido por Dédalo y modelo de los que se han hecho más tarde.

El 5 de abril apareció el primer retrato de un «minoico» (nombre dado por Evans), uno de esos seres que habían habitado el palacio hacía más de 1.500 años a. de C. Luego vino el descubrimiento del «Salón del Trono»; allí estaba el regio trono de Minos, más de dos mil años más antiguo que cualquier otro de Europa. Poco después dieron con el más notable descubrimiento hecho en Cnossos: los restos de un fresco que representaba a un joven en el acto de dar un salto mortal sobre el lomo de un toro que embiste, mientras que una muchacha con el mismo traje de torero espera detrás del animal para cogerlo. Las sucesivas apariciones de variantes sobre el mismo tema demostraron que en aquel pueblo había existido una forma de deporte en la que el toro era una pieza importante. Inevitablemente, la leyenda estaba presente; las pinturas podían representar los sacrificios ante el Minotauro, nombre que, sin duda, significaba «toro de Minos». Aunque la civilización descubierta en Cnossos era semejante a la de Micenas, todo indicaba una mayor antigüedad, y lo que se había considerado como «micénico» era en realidad derivado de Creta. Las conclusiones de Evans se encaminaron a demostrar que Creta era el punto de partida de la civilización del mar Egeo. En junio de 1901, a su vuelta a Inglaterra, Evans anuncia una solución al problema de determinar la antigüedad de los estratos de Cnossos: precisó primero cada época por la presencia de objetos de origen extranjero, por ejemplo, cerámica de Egipto, que correspondían a períodos en que reinaron faraones cuyas fechas están perfectamente determinadas; luego dividió la cultura minoica en tres períodos de desarrollo, Minoico Antiguo, Medio y Reciente, sincrónicos con los Imperios Antiguo, Medio y Nuevo de Egipto. Incluso halló huellas de actividad humana anteriores al primer período de la época que denominamos neolítica, pues el metal era aún desconocido y todos los utensilios empleados eran de piedra. Así Evans fijó la antigüedad de aquellos estratos hasta unas épocas que alcanzaban los diez mil años, aunque otros investigadores sólo dan como seguro un máximo de cinco mil.

El apogeo de esta civilización se sitúa en el período de transición del Minoico Medio al Reciente, es decir, en los decenios que transcurren alrededor del año 1600 a. C., que fue cuando probablemente vivió Minos, dominando con su flota los mares próximos. Aquélla fue una época de bienestar general, en donde se practicaba el culto a la belleza; las pinturas murales representan jóvenes caminando por praderas o doncellas andando por campos de lirios. La gran prosperidad económica de que gozara fue la causa de esa cultura. Creta era el país del aceite y de la oliva, un gran centro comercial y un próspero mercado marítimo. Incluso los vestidos no eran una simple necesidad de la naturaleza y de las costumbres, sino fruto del gusto y el refinamiento. A principios del Minoico Medio —así lo dicen las pinturas—, las mujeres se tocaban con sombreros altos y puntiagudos, vistiendo largas faldas con dibujos de color, abiertas por delante y sostenidas por un cinturón; llevaban los cuellos altos y erguidos, y al descubierto los pechos. En el período de esplendor se pasó a un vestido más refinado, adoptando formas más complicadas y haciendo gala abiertamente de la coquetería y la provocación. Como contraste, los hombres exhibían como único vestido una especie de enagua, que resaltaba la esbeltez de unos cuerpos acostumbrados al esfuerzo físico.

Los hallazgos arqueológicos de los británicos Evans y Pandlebury en Creta fueron muy importantes para reconstruir la historia de la antigüedad griega más remota, el origen de la civilización europea. Como muestra del esplendor de la cultura minoica (1600-1000 a.C.) se encontraron, aparte de los edificios y los frescos: estatuillas de marfil y de cobre, vasos de metal, piedra o cerámica, adornos de barro pintado y maravillosas piezas de orfebrería. En la foto, pasillo de entrada a la tumba-santuario del palacio de Cnossos.



La Parisina.

La reconstrucción del palacio de Cnossos

En 1902 vuelve Evans a Creta para iniciar su tercera temporada de excavación. A partir de esa fecha y durante treinta años dedicó su vida a la excavación y reconstrucción del palacio, produciendo simultáneamente una serie de obras escritas, de las que la más representativa es su *Palace of Minos.* Aquel edificio, de dimensiones similares a las del palacio de Buckingham, tenía cloacas para los desagües y lujosas termas, instalaciones para ventilación, filtros de agua a base de grava y arena y grandes pozos negros. A medida que avanzaban las excavaciones, los arqueólogos comprobaron que esta civilización, con origen en Creta, se había extendido a otras islas del Egeo —hacia el este, hasta Chipre y las costas de Asia Menor, y en dirección norte, hasta el continente de Grecia—. En todas estas regiones la cerámica era similar, aunque no idéntica a la hallada en Creta. Ahora ya fue posible establecer fechas para los descubrimientos de Schliemann y Dörpfeld en Troya, Micenas y Tirinto, demostrándose que los objetos encontrados en las tumbas micénicas correspondían a las últimas fases de la civilización minoica, alrededor del año 1600 a. C., mucho más antiguos que la guerra de Troya.

A partir de 1903, Evans dividió su tiempo entre Oxford y Cnossos. Iba a Creta a principios de primavera y trabajaba hasta que el calor del verano hacía imposible seguir excavando, y regresaba a Inglaterra. Temporada tras temporada continuó con el trabajo, despejando y, cuando era necesario, reconstruyendo el palacio de Cnossos. Para esto probó vigas y puntales de madera, que se pudrían al poco tiempo debido a la humedad de la isla. Ensayó con mampostería, recibiendo los pisos superiores con arcos de ladrillo y vigas, pero el resultado no era bueno y sí excesivamente costoso. Finalmente, en 1920, tuvo que recurrir al hormigón armado como material eficaz y económico, aunque, eso sí, revestido con los materiales nobles originales.

Los motivos de decoración de la cerámica minoica, repetidos con profusión, suelen ser pulpos con los tentáculos desplegados, peces y dibujos geométricos. En los frescos suelen utilizarse motivos de tauromaquia (parece que aquí tuvo gran importancia la lidia y las corridas de toros), y las representaciones humanas tienen gran elegancia y belleza, llevando las mujeres los pechos al aire, como puede observarse en el fresco reproducido sobre estas líneas, conocido popularmente como La Parisina, en aras de su elegante indumentaria. En la foto inferior, un gran jarrón decorado con el símbolo de la doble hacha, hallado en el ala más moderna del palacio de Cnossos.



Jarrón de Cnossos.

Las leyendas eran ciertas

La procedencia de este rico pueblo de Creta es un enigma para los arqueólogos. Después de Homero se establecieron cinco pueblos distintos en la isla. Según Herodoto, Minos no era heleno; según Tucídides, sí. Evans lo cree de origen africano, libio. Dörpfeld, a sus ochenta años, se enfrenta con la teoría de Evans y dice que es Fenicia el lugar de donde procede el arte de Creta y Micenas, y no la isla. Su origen es oscu-

ro, pero también su final. Evans planteó que la destrucción había tenido lugar en tres etapas distintas. Por dos veces se reconstruyó el palacio, pero la tercera destrucción fue ya definitiva. Según él, se produjo con la colaboración del poderío de un fenómeno natural. Encontraba signos de que la muerte había sorprendido a los hombres en plena vida, como en Troya. Esta teoría fue confirmada por su propia experiencia. El 26 de junio de 1926 se encontraba en cama leyendo cuando sintió un brusco movimiento sísmico. Las paredes temblaron, algunos objetos cayeron, la tierra bramó como si el Minotauro volviera a la vida. Cuando el temblor acabó, se dirigió al palacio, que estaba intacto gracias a la reconstrucción con hormigón armado, mientras en los pueblos de los alrededores y hasta en la capital, Candía, el movimiento había producido estragos. Este hecho confirmó su teoría de que sólo la potencia de un terremoto podía haber destruido el palacio de Minos.

«Ahora sabemos —dejaría escrito Evans— que las antiguas tradiciones eran ciertas. Tenemos ante nosotros el resurgimiento de una civilización dos veces más antigua que la de Grecia.»

De este modo ha quedado demostrado que las antiguas leyendas y mitos contienen más verdad de lo que reconocían los historiadores. Esto se lo debemos agradecer primeramente a Schliemann, que confió en las tradiciones antiguas y tuvo los medios y la voluntad necesarios para probar lo que él creía. Y con respecto al trabajo científico y paciente, el análisis y la síntesis, se lo debemos a sir Arthur Evans. Homero aparece ahora como un escritor de un período de crepúsculo cultural; no había visto los muros de Ilión, ni a Agamenón, ni se había sentado en la sala de los frescos del rey Minos; pero los que le precedieron sí habían conocido esas maravillas, que él recogió e inmortalizó.

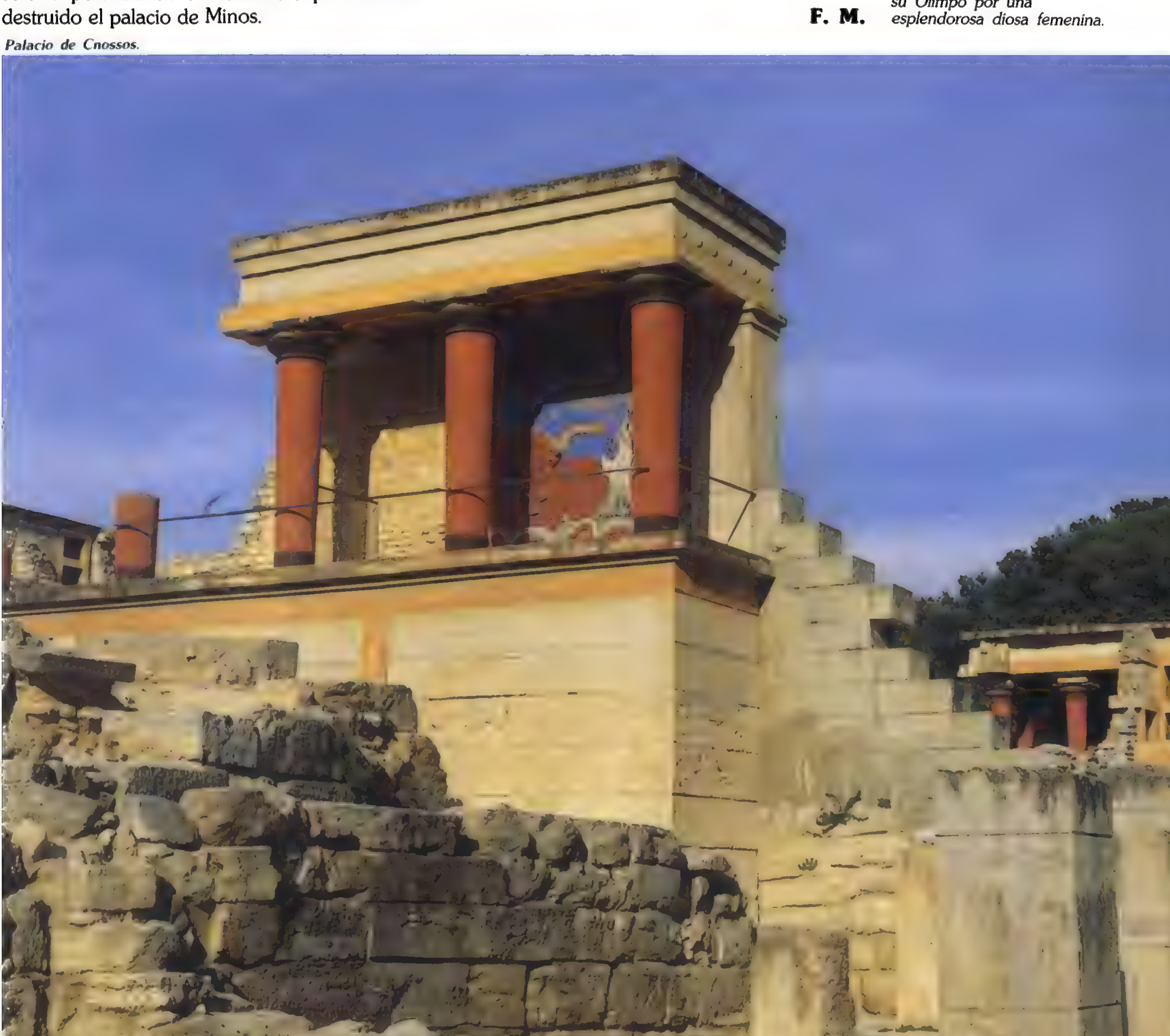
F. M.

1910

Evans y el secreto del Minotauro

El pueblo que habitaba la antigua Creta era de raza blanca mediterránea pero de tez morena. Se gobernaban por medio de reyes, auxiliados por un consejo de ancianos y nobles de origen aristocrático guerrero. Vivían de la agricultura, el pastoreo y el comercio internacional, que realizaban en pequeñas naves de un solo mástil y vela cuadrada, teniendo el rey el monopolio del mismo, como demuestran los grandes almacenes de objetos hallados en el palacio de Cnossos, una de cuyas vistas aparece abajo. Rendían culto a las fuerzas naturales y a la belleza humana, estando dominado su Olimpo por una esplendorosa diosa femenina.

Palacio de Cnossos.





Política internacional

El 6 de mayo muere el rey Eduardo VII de Inglaterra. Le sucede su hijo Jorge V.
Después de cinco años de protectorado, Japón se anexiona Corea.
Empieza la revolución mexicana con un levantamiento contra Porfirio Díaz, que llevaba gobernando cerca de treinta años. Es encabezada por Francisco Madero, y cuenta con la adhesión de Pascual Orozco, Francisco Villa y Emiliano Zapata.
Formación del Dominio Sudafricano, que comprende el territorio de El Cabo y los antiguos estados bóers.
El 5 de octubre estalla la revolución en Portugal. Derrocamiento de la dinastía Coburgo-Braganza. Huida del rey Manuel II a Inglaterra. Proclamación de la república.
El liberal José Canalejas es el encargado de formar nuevo gobierno en España.
Pablo Iglesias es elegido diputado en Cortes. Es el primer socialista español que lo consigue.

Sociedad

En Londres se inauguran las primeras bolsas de trabajo.
Establecimiento en España de la «Ley del Candado», por la cual se prohíben nuevas congregaciones religiosas.
Se inaugura en Nueva York el puente de Manhattan, sobre el río Hudson.
Estados Unidos alcanza 94 millones de habitantes.
El premio Nobel de la Paz de este año es otorgado a la Oficina Internacional de la Paz, fundada por Frédéric Pasoy en 1868.
Se celebra en Argentina la conmemoración de su in-



Manuel II, rey de Portugal, parte hacia Inglaterra.



El rey de España, Alfonso XIII, en el entierro de Eduardo VII.

dependencia. España envía como representante a la infanta Isabel.



Economía

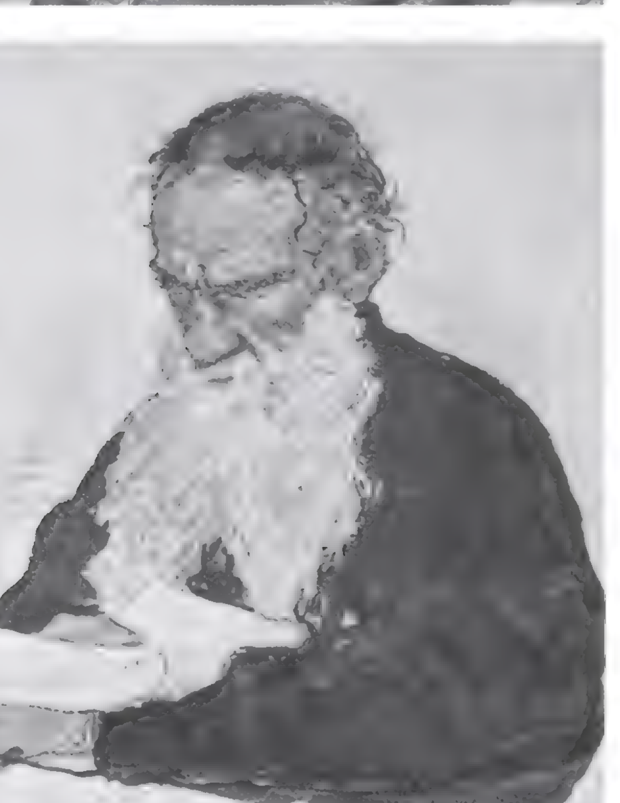
Aprobación rusa para la construcción del ferrocarril de Bagdad.
Austria y Servia firman un tratado comercial.

Ciencia y tecnología

Inauguración del puente de Manhattan sobre el East River, en Nueva York.
Se inventa la lámpara de neón.
Hugo Junker consigue construir el aeroplano sin fuselaje.
Sperry inventa la brújula giroscópica.
Bertrand Russell y Alfred North Whitehead publican el primer volumen de su obra común Principia mathematica.
Los trabajos de excavación en Cnossos dan su fruto con el descubrimiento de la cultura minoica.
Muere el científico Robert Koch.

Sucesos

La vuelta del cometa Halley, *cuya periodicidad predijo el astrónomo inglés Halley en 1704, da lugar a numerosas especulaciones sobre el fin del mundo por temer su choque con la Tierra. Su paso provocó pánico en la población mundial.*



León Tolstoi.

Literatura

Paul von Heyse, de Alemania, obtiene el premio Nobel.
Paul Claudel: Cinco grandes odas.
Gabriele D'Annunzio: El martirio de San Esteban.
Herbert Georges Wells: La historia de Mr. Polly.
Juan Ramón Jiménez: Laberinto.
Emile Verhaeren: Los ritmos soberanos.
Mueren León Tolstoi y Mark Twain.

Música

Igor Stravinski: El pájaro de fuego.
Enrique Granados: Goyescas.
Giacomo Puccini: La fanciulla del West.

Pintura y escultura

Vasily Kandinsky: Acuarela abstracta. *Es el primer cuadro abstracto conocido, compuesto exclusivamente de formas geométricas y colores.*
Fernand Léger: Desnudos en el bosque.
Amadeo Modigliani: El violoncelista.
Giorgio de Chirico: El enigma del oráculo.
Muere Henri Rousseau (El Aduanero).

Arquitectura

Adolf Loos: Casa Steiner, *en Viena.*

LA REVOLUCION MEXICANA

Emiliano Zapata, mural de Diego Rivera.

IGNORADA por casi todos, mal estudiada y casi siempre desfigurada, la Revolución mexicana que se inicia en 1911 representa, sin embargo, el primer gran intento en todo el continente para terminar con unas relaciones sociales y económicas propias de la Edad Media. En la gran marea que acaba con la dictadura del general Porfirio Díaz se unen los intereses de las clases medias burguesas y de los numerosos campesinos sin tierra: a unos les mueve el interés por convertir a México en un país moderno y democrático; a otros, el justo reparto de las tierras. Durante un tiempo, ambos sectores lucharán unidos para derrocar al porfirismo, primero, y más tarde a la dictadura del general Huerta. Pero pronto quedará claro que los horizontes que vislumbran las dos facciones son bien diferentes: el curso de la revolución deberá otra vez ser definido por las armas.



Galopar a lomos de la revolución.

1911



Pancho Villa por Siqueiros.

Los héroes de la Guerra de Independencia de España —los curas Hidalgo y Morelos— y los líderes de la revolución mexicana fueron inmortalizados posteriormente por los grandes pintores muralistas del moderno país azteca. En la página opuesta, arriba, el líder campesino Emiliano Zapata, pintado por Diego Rivera. Abajo, un grupo de soldados mexicanos a caballo. A la izquierda de estas líneas, el caudillo insurgente Pancho Villa, inmortalizado por David Alfaro Siqueiros. La explosión campesina de 1911, repetida luego en numerosas ocasiones, se centró una vez más en torno a la cuestión del reparto de la tierra, en un país de latifundios (en manos de menos de 1.000 familias) y grandes masas de jornaleros sin tierra, que sólo podían perder su propia vida de miseria.



Dibujo satírico sobre la dictadura de Porfirio Díaz

Una revolución poco conocida

La primera de las grandes revoluciones triunfantes del siglo XX, anterior a la gran Revolución de Octubre en seis años, tiene el triste privilegio de ser no sólo la más desconocida, sino, además, la más caricaturizada de todas las que se han dado cita tanto antes como después de su estallido. La visión que por lo general se tiene es la que ha proporcionado un cine anecdótico y superficial, cuando no intencionadamente peyorativo o descalificador, en base a una serie de clisés o estereotipos del «manito», la ranchera y la tequila; todo ello envuelto en la «balasera». Es decir, pocas veces o ninguna se ha tratado tan injustamente un proceso revolucionario o se ha dibujado como meros bandoleros a sus princi-

Francisco Madero, uno de los héroes.

pales líderes campesinos, y en ese desconocimiento se incluyen también las escasas obras históricas o periodísticas que se han acercado con dignidad a este relato histórico: así, todo el mundo conoce el trabajo de John Reed sobre *Los diez días que conmovieron al mundo,* reportaje sobre la revolución soviética, y muy pocos su otro trabajo sobre la revolución mexicana, *México insurgente.*

La larga dictadura paternalista, de hondo contenido feudal, del general Porfirio Díaz es la que genera las condiciones para la gestación de un amplio movimiento sociopolítico que acabaría con él y con el sistema socioeconómico de estructuras feudales que defendía y del que era expresión. La causa fundamental de este gran movimiento social, que transformó la organización del país en todos o casi todos sus aspectos, fue la existencia de enormes haciendas en poder de unas cuantas personas de mentalidad semejante a la de los señores feudales de la Europa de los siglos XVI y XV. Según el censo de población de 1910, el año anterior al inicio de la revolución, había en el país 840 hacendados, 411.096 personas clasificadas como agricultores y unos 3.096.827 jornaleros; la población total ascendía a unos 15 millones de habitantes. De ellos, un 80 por 100, es decir, unos 12 millones, dependía de los salarios agrícolas.

Al mismo tiempo, los 840 hacendados (se llamaba hacienda a una extensión de terreno superior a las 2.000 hectáreas, y rancho a las inferiores a esta cifra) concentraban cientos de miles de hectáreas. Uno de ellos, el general Terrazas, poseía en el norte millones de hectáreas, y por eso, cuando se preguntaba si Terrazas era del Estado de Chihuahua, la respuesta era: «No. El Estado de Chihuahua es de Terrazas.» A este panorama había que añadir extensos latifundios en manos de compañías norteamericanas; todavía en 1958, el gobierno mexicano expropiaba un latifundio de la época porfirista, con una extensión de unas 260.000 hectéreas. Todo este cuadro social estaba rematado por la alianza entre la Hacienda, la Iglesia y el Ejército; historiadores mexicanos han escrito, refiriéndose a este triunvirato, que en México hubo tres palabras trágicas hasta fecha muy reciente: «hacienda, sacristía y cuartel».

La sucesión de Porfirio Díaz

Pero justamente esta triple alianza, sobre la que había descansado el poder del dictador, es la que en los últimos años de la vida de Porfirio Díaz empieza a minar las bases de la dictadura; no hay ninguna inquietud ideológica de corte democrático, sino la constatación de que hay que preparar la sucesión del autócrata que llevaba más de veinticinco años rigiendo la vida de los mexicanos. Incluso un poco antes, nada más iniciarse el siglo XX, importantes cuadros de la clase media fundan el Círculo Liberal Ponciano Arriaga, disuelto violentamente por la policía y los matones de la dictadura, que es vuelto a reorganizar tres años más tarde para dar paso, en 1906, a un manifiesto a la nación de tipo democrático y constitucional. A esta misma incipiente presión no es ajena la actividad de la gran potencia norteamericana, tan deseosa de que la transición política se haga en paz y en orden.

La evidencia de estas dos presiones hace que el dictador reaccione, cuando tenía ya setenta y siete años y cerca de treinta en el poder.

En la página opuesta, arriba, grabado satírico sobre la dictadura al estilo feudal del general Porfirio Díaz, caldo de cultivo ideal para los brotes revolucionarios. Abajo, Francisco Madero (en el centro) a la puerta de su cuartel general, poco antes de la toma de Ciudad Juárez. Bajo estas líneas, instantánea tomada en 1914, en la que aparecen Pancho Villa y su esposa, Luz Corral, tras la entrada de las fuerzas revolucionarias en Ciudad de México, la capital federal del país.



Pancho Villa junto a su esposa, Luz Corral.

La revolución mexicana de 1911, que acabó tan desordenadamente como había empezado, cuajó sin embargo en un texto jurídico, la Constitución de 1917, que puede considerarse como la pionera de las constituciones revolucionarias o progresistas redactadas en el futuro, ya que es anterior a la propia de la Unión Soviética. En ella se reconoce el derecho de los campesinos a la tierra y se establece la propiedad estatal del subsuelo y sus minerales, lo que ha supuesto que la empresa pública PEMEX (Petróleos Mexicanos) explote los yacimientos de crudos del país. A la derecha, detalle central del mural principal del Palacio Nacional de México, obra de Diego Rivera. En la página opuesta, Francisco Madero, al frente del pueblo mexicano, encabeza la rebelión contra el dictador Porfirio Díaz (Museo Nacional de México); a su derecha, foto de Emiliano Zapata.



«Tierra y libertad», esto pedía el pueblo mexicano.

Así, intenta nombrar un vicepresidente, Ramón Corral, que debería asimismo presentarse como candidato sucesor en el simulacro de elecciones generales a celebrar en 1910. Pieza clave de toda esta operación es la célebre entrevista que Porfirio Díaz concede a un redactor de la revista norteamericana *Pearsons Magazine:* Consciente de la importancia que tiene tranquilizar a su gran vecino del norte, el dictador recupera un lenguaje democrático en su charla con el periodista James Creelman, y concluye con el anuncio de su retirada: «Tengo la firme resolución de separarme del poder al expirar mi período, cuando cumpla ochenta años de edad, sin tener en cuenta lo que mis amigos y sostenedores opinen, y no volveré a ejercer la presidencia.»

La liberalización frustrada

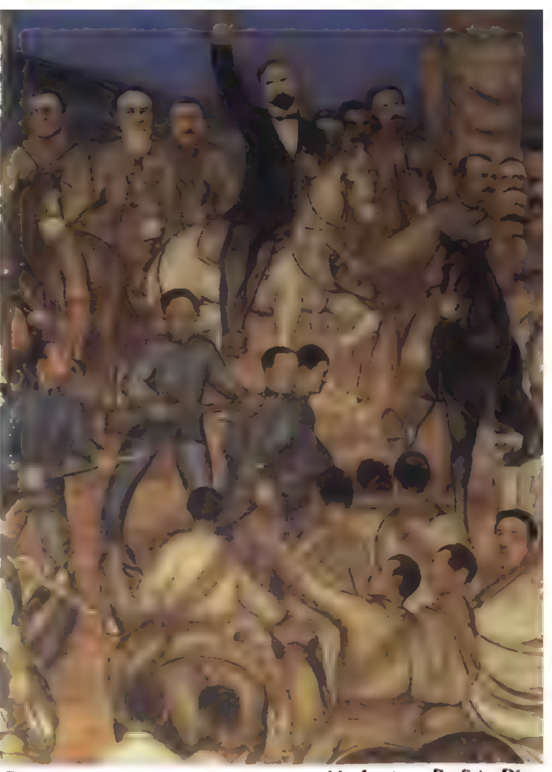
Estas declaraciones equivalen al disparo de salida para toda una oposición burguesa que cree encontrar en ellas la señal para reorganizarse políticamente; expresión de ese estado de ánimo es la publicación, a finales del mismo año, de *La sucesión presidencial en 1910,* obra de un desconocido que pronto se haría famoso en la historia mexicana: Francisco Madero, un hombre rico perteneciente a una de las familias más acaudaladas y poderosas del norte del país. El libro es un somero y valiente estudio de las condiciones políticas de aquellos años, pero los temas sociales y económicos apenas aparecen en él. Madero se muestra apasionado de la democracia y cree que la libertad política es la panacea para todos los males de la nación mexicana. Análisis moderado que concluye con la tentativa de crear una organización política, el Partido Nacional Democrático, y la oferta de un pacto electoral a Porfirio Díaz para presentarse conjuntamente a las elecciones, el dictador como presidente, y el demócrata como vicepresidente y heredero en el cargo.

Pero, tanto para el aparato de la dictadura como para el mismo dictador, la operación democratizadora había ido demasiado lejos, por lo que inmediatamente se empieza a fomentar un movimiento político en favor de la reelección de Porfirio Díaz para desanimar al resto de los candidatos y partidos políticos que se creaban al calor de la posibilidad electoral. Así, cuando comienza el año 1910, sólo quedan frente a frente en el terreno electoral Díaz y Madero.

Las tentativas de llegar a un acuerdo, como la reunión que celebran ambos políticos en la primavera de 1910, no cuajan, y pocos días antes de la apertura de las urnas el propio Francisco Madero es detenido por la policía, acusado de incitar al pueblo a la rebelión. Madero permanece cuarenta y cinco días en prisión, y luego es puesto en libertad bajo fianza. Pero, mientras tanto, el 27 de junio se han celebrado las elecciones, en un ambiente de terror. Unas semanas más tarde, una importante manifestación democrática celebrada el 2 de septiembre es disuelta a tiros por la policía. Toda la maniobra liberalizadora de la dictadura toca a su fin y, el 6 de



Emiliano Zapata, el líder campesino.



Francisco Madero, un hombre razonable frente a Porfirio Díaz.

1911

EMILIANO ZAPATA (Anenecuilco, Estado de Morelo, 1879-San Juan de Chinameca, Morelos, 1919)

Hijo de un tratante de caballos mestizo, quedó huérfano a los diecisiete años. Desde su infancia sufrió las míseras condiciones de vida de los peones y a los dieciocho años fue detenido por participar en una protesta de campesinos despojados de sus tierras. En 1910 recobrarían las tierras por la fuerza, en el primer alzamiento violento de Zapata. La sublevación de Madero contra la dictadura de Porfirio Díaz, concretada políticamente en las mejoras sociales contenidas en el «Plan de San Luis de Potosí» (1910), aglutinaría elementos muy dispares. Pero Zapata tenía un interés muy claro que mantuvo indefectiblemente a lo largo de toda su vida de lucha y que le llevó a enfrentarse con cuantos se le opusieron; Zapata luchaba por la tierra, por su reparto entre los campesinos pobres, indios incluidos, no por el poder político. Hasta su muerte, su consigna sería «Tierra y libertad». Junto con su hermano Eufemiano se lanza a la guerrilla en apoyo de Madero, que entra victorioso en México en junio de 1911.

Para Zapata, la revolución no ha hecho más que empezar y se niega a desarmar a sus hombres mientras no se adopten las medidas de reparto de tierras previstas en el «Plan de San Luis de Potosí». Y cuando Madero se aviene a parlamentar (Acuerdo de Cuautla), los campesinos entregan armas inservibles, en previsión del avance de las tropas gubernamentales que no reconocen el acuerdo de Cuautla. Los zapatistas no se organizan en un ejército del tipo del de Villa; son campesinos que labran la tierra ajena tras haber ocultado el fusil. Pero todo el Estado de Morelos está con la guerrilla.

En noviembre de 1911, Zapata y sus partidarios redactan el «Plan de Ayala», inspirado en el de San Luis, en el que se esboza una reforma agraria y se denuncian las arbitrariedades de Madero. La respuesta no se hace es-

perar: el ejército arrasa aldeas enteras sin lograr jamás acabar con la guerrilla. Y para Zapata y los suyos, las cosas se aclaran rápidamente; de un lado, ellos, los indios y campesinos pobres; del otro, los políticos, los abogados, el clero, siempre apoyando al poder. Tras el asesinato de Madero, Zapata continúa la lucha contra Huerta, apoyando a Venustiano Carranza, dispuesto a hacer respetar la Constitución, pero no a tomar las medidas agrarias por las que luchaba Zapata. La entrada de las tropas zapatistas en México y el encuentro con Pacho Villa no llevó a una alianza duradera. Zapata hubo de continuar en el sur su lucha solitaria, ahora contra el gobierno de Carranza. La presión de las tropas gubernamentales le aisló en el estado de Morelos en apurada situación militar. El coronel Guajardo simula traicionar al gobierno tomando la ciudad de Jonatapec. Zapata cree haber encontrado un aliado y se aviene a celebrar una entrevista, concertada en la hacienda de San Juan de Chinameca. El 10 de abril de 1919 la guardia del coronel Guajardo dispara a quemarropa contra Zapata.

En la zona dominada por sus guerrilleros, Zapata había formado comisiones agrarias para distribuir la tierra, creó un banco rural e intentó organizar en cooperativas la industria azucarera del estado de Morelos. Algunos de los periodistas norteamericanos que le entrevistaron dejaron constancia del orden imperante en los territorios bajo su dominio, frente al caos de la zona gubernamental.

Con frecuencia se ha querido borrar la importancia y el contenido político del zapatismo, mitificando la figura del héroe o, simplemente, posponiendo su figura frente a la de un Pancho Villa, apolítico y, por tanto, mucho más manejable en el panteón de una revolución agraria cuyos frutos recogió la burguesía mexicana. Por ello la figura de Zapata, a pesar de estatuas y pinturas murales, ha sido pospuesta, olvidada por la historia oficial. En el fondo, Zapata, como también en buena medida Pancho Villa, fueron caudillos agrarios surgidos de la miseria campesina, utilizados, manejados y finalmente asesinados por una clase política muy poco dispuesta a repartir la tierra cuando la reforma agraria hubiera tenido un contenido auténticamente revolucionario.

octubre, Francisco Madero se refugia en los Estados Unidos.

El Plan de San Luis

A partir de este hecho no queda más camino que la insurrección armada. La reunión que los demócratas, con Francisco Madero a la cabeza, celebran en la ciudad de San Luis Potosí, termina con un llamamiento conocido con el nombre de la ciudad que lo vio redactar, y en el que se apela al pueblo a sublevarse contra el dictador; al mismo tiempo aparece un documento específico dirigido a los militares para que levanten sus armas contra la dictadura.

El texto tuvo, sin embargo, escaso éxito entre los sectores sociales de la burguesía —que, aunque hartos de la dictadura, no estaban dispuestos a la ruptura que preconiza Madero— y casi nulo en las Fuerzas Armadas; por el contrario, encuentra un amplísimo eco entre las masas campesinas y agrícolas, merced al punto tercero del manifiesto, que hace mención al problema del campo y de la reforma agraria. A pesar de que este apartado era sumamente moderado y sólo hablaba de devolver las tierras, injustamente expropiadas por la dictadura a los campesinos, millares de pequeños campesinos y obreros agrícolas se sumaron al alzamiento democrático de Francisco Madero. Uno de estos campesinos sería en un futuro clave en la historia de la revolución mexicana, Emiliano Zapata. Igualmente sería decisivo el motivo: los campesinos se levantaban no por los argumentos políticos de Madero, sino por la consigna de tierra y pan para los suyos.

En este contexto no es de extrañar que mediaran tan sólo nueve meses entre la redacción del manifiesto y el triunfo de Francisco Madero. Durante cerca de trescientos días, las fuerzas revolucionarias y las gubernamentales sostuvieron duros combates, que fueron resueltos, por lo general, en favor de Francisco Madero. En realidad, desde que el líder demócrata volviera al país, a mediados de febrero, su camino hasta la capital fue casi un paseo militar. La toma de Ciudad Juárez por los rebeldes, a finales del mes de mayo, fue la señal de que la dictadura había terminado. El 24 de mayo, Porfirio Díaz presentaba su renuncia, el 25 salía de la capital y el 27 se embarcaba desde Veracruz hacia Europa. Pocos días después, el 7 de junio, Francisco Madero llegaba a la ciudad de México, donde era acogido clamorosamente por más de 100.000 personas.

El Plan de Ayala

No había terminado el mes de junio, y aun sin tiempo para saborear las mieles de la victoria, y ya Francisco Madero se encontraba cogido entre dos fuerzas antagónicas, las mismas que le habían ayudado a terminar con la dictadura: la burguesía mexicana y las masas campesinas. El



El general Díaz entra triunfal en Coatepec.

precio que tenía que pagar por haber vencido políticamente era inaplazable. Había triunfado gracias a la movilización campesina, pero esta movilización iba mucho más allá de sus objetivos políticos. El campesinado le había permitido asentarse como líder de la clase media mexicana y el campesinado iba a ser asimismo quien creara las condiciones para su eliminación política al retirarle su apoyo.

Desde el primer día, los sectores sociales que habían apoyado a la dictadura de Porfirio Díaz, y dado luego su apoyo a Francisco Madero como freno de las movilizaciones agrarias, empezaron a conspirar contra el nuevo presidente revolucionario, al no ser el hombre que empuñara rígidamente las riendas del gobierno contra el campesinado.

La primera cuestión polémica fue el desarme o no desarme de los grupos armados revolucionarios, sobre todo campesinos, que habían formado un ejército en la lucha contra la dictadura. El desafío lanzado por Emiliano Zapata («No desarmaré a los campesinos hasta que no sea realidad la reforma agraria») exigía una política de represión que un hombre débil, carente de preparación política, que se ha movido en el terreno de las abstracciones políticas y se debatía en la profunda contradicción de ir con uno o con otros, no podía realizar en absoluto.

Su debilidad fue subsanada por un aparato de gobierno casi heredero del existente bajo la dictadura, por lo que Francisco Madero empezó rápidamente a perder el respeto de los dos grandes sectores sociales; los burgueses le achacaban el no liquidar la revolución campesina, y éstos se quejaban de que no se abordara la reforma agraria y de que se construyera un Estado que no era otra cosa que un porfirismo con la cara lavada. Finalmente, la violencia represiva del general Victoriano Huerta contra los hombres de Emiliano Zapata acabó por quebrar definitivamente los escasos puentes entre el campesinado y Francisco Madero.

Expresión de esta ruptura es la firma del plan revolucionario del 25 de noviembre en la Villa de Ayala, conocido históricamente con el nombre de «Plan de Ayala», y redactado personalmente por Emiliano Zapata. En el texto se considera que Madero ha traicionado a la revolución y que trata de acallar por la fuerza bruta la voz del pueblo; le tachan de inepto y de traidor, y, por consiguiente, le desposeen de sus funciones presidenciales. Pero lo más importante de este documento político, pieza clave de la ideología de la revolución mexicana, es su contenido social, que convierte a este proceso en una revolución nacional agrarista que hace de la reforma agraria y de la distribución de tierras el eje de la política y la ideología revolucionaria. Este llamamiento tuvo un amplio eco en el norte y el sur de México, y provocó a lo largo de 1912 una terrible lucha con las fuerzas revolucionarias de Zapata en el sur y Orozco en el norte, en cuya represión destaca la actividad del general Victoriano Huerta. Poco a poco, Francisco Madero pierde totalmente la confianza de la burguesía,

La inestabilidad política y el costo social de la revolución y la guerra civil permanente, que supuso la muerte de casi la mitad de la población activa (hombres jóvenes en edad militar), afectó durante muchos años la economía nacional de México, que cayó en manos del «gran vecino del norte» (EE.UU.).

En la foto de la izquierda, ejecución de Tirado Arias, uno de los cuatro implicados en el intento de asesinato del general Alvaro Obregón. Este militar liberal, revolucionario y contradictorio luchó contra la dictadura de Porfirio Díaz a favor de Madero; luego en contra de Huerta y a favor de Carranza, defendiendo a éste (después también se enfrentaría con él) de los revolucionarios radicales villistas y zapatistas. Elegido presidente en 1920, decretó diversas leyes sociales y otras anticlericales (una de sus obsesiones), sufriendo varios atentados de fanáticos católicos, uno de los cuales, José de León Toral, lo asesinó durante un banquete en 1928. A la derecha, bombardeo artillero de Ciudad de México.



Fusilamiento de Tirado Arias.



Artilleros de Mondragón y Félix Díaz bombardean la ciudad.

hasta el punto de que en otoño de 1912 se intenta un golpe de estado fallido contra su persona. Cuando llega el año nuevo de 1913, Francisco Madero sólo se representa a sí mismo y está cogido entre la espada del campesinado y la pared de la clase media mexicana.

Detalle de un mural del pintor Diego Rivera: Una familia mexicana trabajando unida y en paz, con tierra suficiente para su sustento. La madre atiende al pequeño, una niña estudia, otra cose y, al fondo, dos jóvenes manejan un moderno tractor. En la página opuesta, trabajadores agrícolas saludan triunfalmente desde la superficie de otro mural.

La contrarrevolución

El intento ha sido sólo un ensayo; unos meses después, en pleno invierno, la noche del sábado 8 de febrero de 1913, una parte de la guarnición de la ciudad de México, al mando del general Manuel Mondragón, se subleva contra el poder constituido, tras poner en libertad a los cabecillas del anterior golpe frustrado: los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz. Un primer intento de asalto al palacio presidencial es rechazado por los defensores democráticos, y el general Reyes muere de un disparo en la cabeza. El resto de los rebeldes se refugian en la Ciudadela, mientras se organiza la contraofensiva de los militares constitucionalistas. Casi al mismo tiempo, barcos norteamericanos aparecen en el puerto de Veracruz. La prensa norteamericana empieza a hablar de una nueva intervención, y los corresponsales del poderoso vecino del norte amplifican el alcance de la sublevación de un puñado de rebeldes.

Sin embargo, a medida que pasan los días y no se produce el cerco constitucionalista de los rebeldes, a una semana ya de su fracaso y encierro en la Ciudadela, las sospechas de que el plan de los conspiradores es más amplio y sólo se ha cumplido la primera fase, empiezan a extenderse en los mismos círculos del presidente Madero. El domingo 16, Francisco Madero recibe al comandante en jefe, Victoriano Huerta, y le acusa de traición; el general se defiende: «Yo soy, señor presidente, siempre el mismo, fiel hasta la muerte». Al día siguiente asegura al presidente que «todo estará terminado». Al tiempo, sin embargo, el embajador norteamericano Henry Lane Wilson amenaza con la intervención si no dimite Madero, y envía emisario tras emisario para conseguirlo. Es él quien finalmente arregla el pacto entre el general Huerta y los líderes de la sublevación. Como efectivamente había prometido Huerta, el martes 18 de febrero todo está solucionado, sólo que los detenidos son Francisco Madero y sus hombres. Durante la noche de ese día, todos los conjurados, junto con el diplomático norteamericano, celebran en los salones de la embajada el triunfo de lo que en la historia mexicana se denomina como el «Pacto de la Embajada o de la Ciudadela».



La familia mexicana, fragmento de un mural de Diego Rivera.

El neoporfirismo

Cuatro días después, mientras se celebraba una recepción diplomática en la legación estadounidense en honor de los nuevos mandatarios mexicanos, el presidente Madero fue sacado del palacio Nacional con el pretexto de ser conducido a la penitenciaría, para luego, poco antes de llegar a la prisión, ser asesinado por un grupo de pistoleros al mando de un mayor de las fuerzas rurales, al servicio de Victoriano Huerta. La versión oficial señaló que un grupo de amigos quiso liberarle y que en el tiroteo consiguiente, el presidente encontró la muerte a causa de una bala perdida. Pero nadie lo creyó y todo el mundo señaló al responsable del asesinato: el general Huerta.

El crimen era el símbolo de la resurrección del

neoporfirismo. La división de los revolucionarios entre burgueses y campesinos y la inquietud de los norteamericanos por lo que sucedía al sur de sus fronteras, donde los llamamientos zapatistas coincidían con el auge de un movimiento obrero norteamericano de signo anarquista, habían creado las condiciones para el triunfo de la contrarrevolución. Todo ello se había canalizado en la persona del ambicioso general Huerta, quien desde el primer momento creyó que la represión brutal y el cansancio de la sociedad mexicana, tras año y medio de proceso revolucionario, le permitiría asentar su poder personal.

El Plan de Guadalupe

Pero el nuevo dictador, que intentaba mantener la fachada constitucional y democrática, no tenía en cuenta que el ejército revolucionario que se había gestado en la lucha contra Porfirio Díaz estaba intacto. Además, el asesinato de Madero había sido una enorme torpeza política, que llenó de indignación a todos los restantes líderes revolucionarios. Las masas campesinas no estaban dispuestas a soportar el retorno de un gobierno de orientación porfirista; de ahí que sólo un dirigente revolucionario, Pascual Orozco, se uniera a Victoriano Huerta y a los demás hombres representativos del porfirismo.

Venustiano Carranza, gobernador maderista de Cohauilia, y varios jefes y revolucionarios, como Alvaro Obregón y Francisco Villa, se levantaron rápidamente en armas contra el usurpador. Emiliano Zapata hace público un nuevo llamamiento tras adaptar políticamente el Plan de Ayala que redactara contra Madero, mante-



Diego Rivera supo expresar en sus murales el sentir mexicano.

1911

La revolución mexicana

PANCHO VILLA (sobrenombre de ARANGO, DOROTEO) (Hacienda de Río Grande, San Juan del Río, México, 1878-Parral, Chihuahua, México, 1923)

Hijo de un peón agrícola, quedó huérfano muy joven. A los dieciséis años, y para vengar el honor de una de sus hermanas, mató a tiros a un hacendado, por lo que hubo de echarse al monte, sobreviviendo varios años como cuatrero a los inútiles intentos de capturarle.

En 1910, Villa, que llevaba largos años burlando a sus perseguidores, se une a los «maderistas», los partidarios de Francisco Madero, que intentaban oponerse a la reelección de Porfirio Díaz. Así empezó Villa su carrera militar, en la que destacó pronto por sus dotes naturales de organizador, su conocimiento del terreno y de sus habitantes. Con el tiempo llegaría a ser el caudillo más popular del norte mexicano. La derrota de las fuerzas porfiristas en Camargo permite a Madero regresar del exilio y convocar a sus partidarios cerca de Ciudad Juárez en marzo de 1911. Allí conoció Villa al político al que siempre será fiel. La toma de Ciudad Juárez en mayo de 1911 por las tropas de Villa y Orozco marca el fin del porfirismo; catorce días después, Porfirio Díaz marcha a su exilio europeo. Con Madero en la presidencia de la nación vienen para Villa días tranquilos, aunque breves.

Villa era un hombre alto, corpulento, extrovertido, alegre y mujeriego, amante de los caballos, de los que tantas veces había dependido su vida. Se estableció como carnicero en Chihuahua y se casó con Luz Corral, una de sus numerosas mujeres. Pero a principios de 1912 el general Orozco se subleva contra Madero, aglutinando a todos los sectores antipresidenciales. Villa vuelve a la lucha con menguadas fuerzas, lo que no le impide, en un golpe de audacia asombroso, apoderarse de la ciudad de Parral. Madero le pone a las ór-

denes de Victoriano Huerta, un general viejo y alcohólico, resto del porfirismo, con el que Villa no se siente a gusto. La guerra civil se endurece y los «coloraos» de Orozco son difíciles de batir, aunque Villa logra algunas victorias. Pero está a punto de que Huerta le fusile por insubordinación; le salva del paredón la intervención de Madero, pero no de la prisión de Santiago de Tlaltelolco, en la que permanece encerrado, aprovechando la inactividad para aprender a leer y escribir, hasta diciembre de 1912, en que huye a Estados Unidos. Regresa a México en 1913, tras el asesinato del presidente Madero, crimen inducido por Huerta, y levanta de nuevo a sus hombres, encuadrándoles en la famosa «División del norte» para luchar, junto con las fuerzas de Carranza, contra Huerta.

En 1913 es nombrado gobernador del Estado de Chihuahua y en junio del año siguiente logra, con Carranza, una victoria decisiva contra Huerta. Entra como vencedor en Ciudad de México al frente de su famosa caballería y en la capital de la nación tiene ocasión de conocer a Emiliano Zapata, el otro gran caudillo popular de la compleja revolución mexicana. Las disensiones con Carranza le hacen abandonar la capital en diciembre de 1914. El reconocimiento de Carranza por los Estados Unidos llevó a Villa una vez más al norte, donde, para demostrar que Carranza no domina la zona, fusila a 16 norteamericanos y ataca el pueblo estadounidense de Columbus. Los 12.000 hombres que, al mando del general Pershing, intentan capturar a Villa fracasan a pesar de que éste había de huir tanto de los «gringos» como de los hombres de Carranza. En esta situación pasó varios años hasta que, en julio de 1920, Alvaro Obregón compró la retirada de Villa con una hacienda, el «Canutillo», y medio millón de pesos. Poco duró para Villa la vida de rico hacendado.

En julio de 1923 hizo unas declaraciones apoyando las aspiraciones presidenciales del general Adolfo de la Huerta, a quien se suponía a punto de sublevarse contra Obregón. Este se alarmó, temiendo que, con el apoyo del mítico caudillo, Huerta resultase un enemigo peligroso. A finales de julio de 1923, Villa, alegre como siempre, regresaba a su hacienda desde Parral con varios amigos. Al doblar una esquina fueron acribillados a balazos.

niendo las reivindicaciones económicas y sociales de signo campesino. Al tiempo, Venustiano Carranza elabora, el 26 de marzo de 1913, el Plan Guadalupe, de mero contenido político, contra el general Victoriano Huerta. Estos dos llamamientos son el detonante de la nueva lucha armada que se apodera de todo el país en defensa de la Constitución y de la democracia revolucionaria.

Rápidamente las tropas huertistas se vieron cogidas entre los fuegos del norte y del sur, como ya había ocurrido con el ejército porfirista, y al empezar el año 1914 era ya evidente que el nuevo dictador tenía los días contados. Por otra parte, al haber fracasado en su tentativa de asegurar la paz que buscaba la burguesía, y propiciar el desarrollo de la guerra y el relanzamiento del movimiento zapatista, fue perdiendo el apoyo de este decisivo sector social, que empezaba a contemplar las contradicciones latentes que de nuevo apuntaban en el seno de los constitucionalistas. Pancho Villa acabó por romper con Carranza y se acercó a los zapatistas, que no habían aceptado nunca la estrategia propuesta por el gobernador de Coahuilia.

La gravedad de la situación se ve intensificada en la primavera de dicho año por la invasión norteamericana, que toma como pretexto la detención de unos soldados norteamericanos en Veracruz. En Niagara Falls, la ciudad donde se celebran las reuniones internacionales para solucionar esta intervención, los representantes norteamericanos presionan a los huertistas para que dimita el general, que ellos mismos ayudaron a encumbrar en febrero de 1913, y apelan a que los sectores más lúcidos del huertismo pacten con la mayoría moderada del movimiento constitucionalista. En ese momento parece evidente que las bases sociales de la dictadura, tanto nacionales como internacionales, inquietas por el avance de los zapatistas, juegan una vez más la baza de exacerbar las contradicciones internas de la revolución mexicana, para establecer así un poder que no fuera más allá de los deseos americanos. Finalmente, en el mes de junio se produce la dimisión del dictador y la victoria de los constitucionalistas. Todo volvía a estar como en el verano de 1911.

La derrota de Zapata y Villa

Y como entonces, el triunfo de los constitucionalistas coincidió con el estallido de las divisiones larvadas que se daban cita en su seno; el latente enfrentamiento entre Emiliano Zapata y Francisco Villa con Venustiano Carranza era la reedición, sin corregir y aumentada, de la que ya existiera entre ellos y el presidente Francisco Madero. Sólo que Carranza no era Madero ni Huerta, y que los cuatro años de lucha revolucionaria habían agudizado además el instinto y la capacidad política de las clases sociales que pugnaban por dar una orientación más moderada al movimiento revolucionario.



Victoriano Huerta.



Carranza, Eulalio Gutiérrez (derecha) y Alvaro Obregón (izquierda).

Quienes, con Carranza, querían sólo un cambio constitucionalista y chocaban con la concepción agrarista revolucionaria de Zapata y Villa, comprendieron que tenían que segar la hierba bajo los pies de estos dos dirigentes revolucionarios para dejarlos sin aliados políticos ni base social.

Y así, en el verano de 1914, se promulgan leyes favorables a la clase obrera, consistentes en la abolición de deudas del proletariado, y en el establecimiento de un salario mínimo y de la jornada máxima de ocho horas; además, en el primer mes de 1915, exactamente el 6 de enero, se proclama la ley de Reforma Agraria. Las consecuencias sociales de las medidas no se hicieron esperar: el 17 de febrero de 1915 los sindicatos obreros y Carranza firman el pacto que lleva el nombre de esta fecha y que dio paso a la creación de los célebres batallones rojos, que se unieron en el combate contra el movimiento revolucionario de signo campesino. Además, las leyes agrarias, aunque no recogían la totalidad de las reivindicaciones elaboradas por Emiliano Zapata, robaban la bandera del campesinado a los zapatistas y disminuían así el número de sus partidarios. Estas maniobras de Venustiano Carranza marcan el fin de este movimiento revolucionario sin necesidad de retorno al antiguo y odiado porfirismo.

La victoria de Carranza

Por si fuera poco, una nueva incursión norteamericana en territorio mexicano, para luchar contra las tropas de Villa, sentencia en la primavera de 1915 las escasas perspectivas que le quedaban al movimiento revolucionario; a finales de este mismo año, prácticamente no queda ni rastro de los revolucionarios dirigidos por Emiliano Zapata y Pancho Villa. Este sería derrotado por Obregón y poco después Zapata morirá asesinado según un plan aceptado por el propio Carranza. La victoria es de tal calibre que, durante el año siguiente, Venustiano Carranza empieza a desdecirse de las promesas y leyes de signo sindical y obrerista e inicia una fuerte represión contra el movimiento obrero, sin inquietarse ya por la necesidad de su apoyo social. La gravedad de la situación socieconómica ayuda a la consolidación de su triunfo; una vez derrotado el movimiento campesino, y desarticulado ya el movimiento obrero, la revolución queda bajo las firmes riendas de la burguesía mexicana. Tras seis años de intensas luchas, este sector social ha acabado imponiéndose por su superior capacidad política y la total incapacidad de sus adversarios sociales. Expresión de este triunfo es la elaboración de la Constitución de 1917 y la convocatoria de elecciones generales, tras el proceso constituyente, que culmina con el acceso a la presidencia, el 1 de mayo, de Venustiano Carranza.

F. L. A.

Bibliografía básica

DURAN, M. A.: *El agrarismo mexicano*, Siglo XXI. México, 1967.

VERA, J.: *La Revolución mexicana. Orígenes y resultados*, Porrua. México, 1957.

WOMACK, J.: *Zapata y la Revolución mexicana*, Siglo XXI. México, 1969.

La muerte de Emiliano Zapata y la claudicación de Pancho Villa decidieron el fin de la revolución mexicana. Ambos líderes populares fueron asesinados alevosamente por agentes militares infiltrados en sus filas. En la foto, Zapata muerto y la firma del autor de la instantánea.



Emiliano Zapata muerto.

CHINA: LA CAIDA DE UN IMPERIO

La dinastía imperial dominaba China con debilidad frente a los extranjeros, pero con mano férrea sobre sus propios súbditos. Una cohorte de mandarines y funcionarios, apoyados por el ejército y la policía, se ocupaba de cobrar los impuestos y mantener el viejo orden. Los castigos corporales a los campesinos rebeldes estaban a la orden del día, como los presos que muestra la fotografía, exhibidos como escarmiento en un cruce de caminos. En la página opuesta, tres jóvenes pertenecientes a familias terratenientes acomodadas. Las dos caras de la vieja China.

EL 10 de octubre de 1911, la ciudad china de Wuchang da el primer paso en lo que muy pronto va a ser una rebelión generalizada contra la dinastía imperial manchú. A la cabeza de la oleada revolucionaria se encuentra un médico de cincuenta y cinco años, Sun Yat-sen, nacido en las proximidades de Cantón, culto, viajero y fundador en 1905 de la Liga Revolucionaria China, la organización que mueve los hilos del movimiento. La protesta se extiende pronto por todo el país y fuerza la abdicación del príncipe regente, pero el camino hacia el poder sigue sin estar expedito para Sun Yat-sen.



Los castigos corporales a campesinos rebeldes estaban a la orden del día.

1911

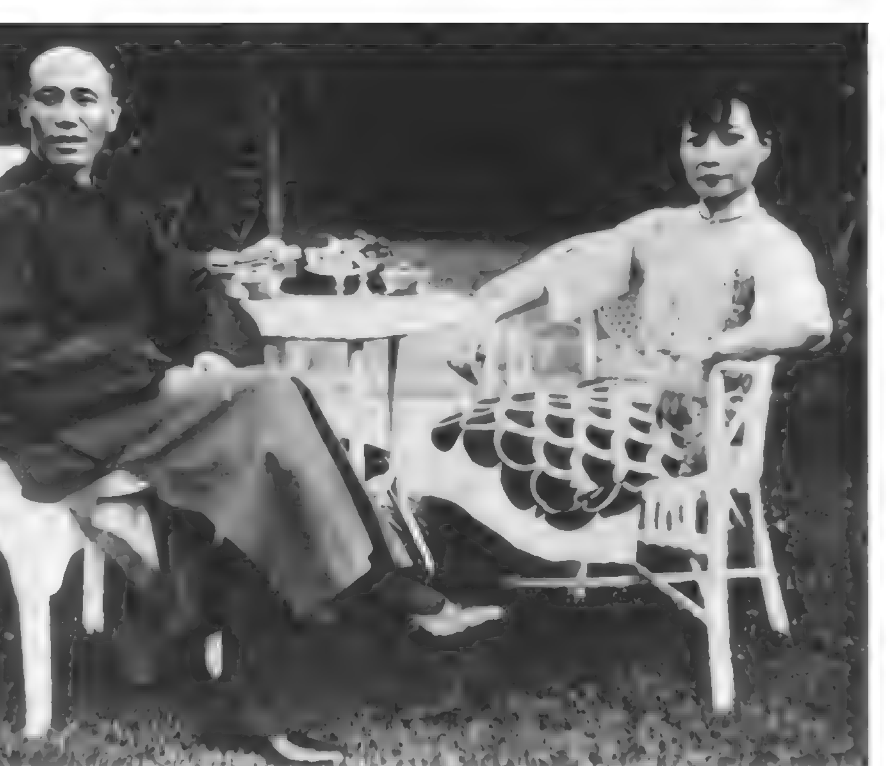


Una familia de mandarines.

Chiang Kai-shek (Jiang Jieshi, según la nueva transcripción del sistema pinyin), que aparece en la fotografía con su mujer, hija de Sun Yat-sen, sentados a la europea en un jardín, llegaría a ser generalísimo nacionalista chino.

El fin de una dinastía

China era un inmenso cadáver político, cuya lenta agonía comenzó al verse obligada a abrir sus puertos, primero, y sus ciudades, inmediatamente después, a las potencias extranjeras desde mediados del siglo XIX. Su prolongada muerte vino jalonada por una serie de derrotas militares: ante Francia, en 1884-1885, y ante Japón, en 1894-1895, y también por una sucesión de revueltas intestinas. El último intento desesperado, irracional, la guerra de los bóxers, debilitó aún más al Imperio chino; pero, al mismo tiempo, supone el arranque de una toma de conciencia de carácter colectivo que pone en marcha unos proyectos renovadores, de modernización, que, desde finales del siglo XIX, estaban siendo impulsados por pequeños grupos de intelectuales. El primer conato frustrado sería protagonizado por Kuang Yu-wei en 1898, consejero imperial y estudioso de los progresos realizados en la Rusia zarista, y, en particular, por el Imperio japonés. Pero, en realidad, los dos sonoros aldabonazos que despertaron la incipiente conciencia nacional china serían los resultados nuevamente humillantes de la guerra de los bóxers y el espectáculo militar de la guerra ruso-japonesa, en la que, premonitoriamente, un pueblo asiático derrotaba a un gran poder tradicional europeo. Junto a todo lo anterior, habría que valorar debidamente la aparición paulatina de una nueva sociedad, estructurada en clases sociales, codo a codo con el nacimiento de un incipiente capitalismo, que darán, conjuntamente, nuevo impulso a los procesos de transformación que vivirá China a lo largo de un prolongado período histórico que sella su entrada en la contemporaneidad.



Chiang Kai-shek con su mujer.



Una mujer revolucionaria es detenida.

Tardíamente, ante la oleada creciente de impulsos reformadores, la autoridad imperial trata de adueñarse o de someter, en un trueque de concesiones y de tardanzas, el proceso de cambio inevitable. Recogiendo las ideas de Kuang Yu-wei, se acometen tres reformas esenciales. En primer lugar, la de la enseñanza, a partir de 1902; en segundo lugar, la del ejército, a partir de 1905, y en último lugar, y con enormes reticencias, se inicia en 1907 la reforma constitucional. Se abren escuelas primarias, de carácter gratuito, en todo el país, en las que se propugna el aprendizaje de lenguas extranjeras: fundamentalmente ruso, japonés, inglés y francés. Al mismo tiempo se introducen nuevos diplomas en los estudios universitarios, como los jurídicos, agrícolas, médicos, comerciales y, en general, los de carácter técnico. Con respecto al ejército, se inicia la tarea de modernización de las fuerzas armadas, abandonando los usos medievales que aún lastraban el ingreso en estos cuerpos; con tal fin se crean escuelas y academias militares, de diverso grado según los rangos otorgados, organizándose también el Alto Estado Mayor, y, muy especialmente, se introducen los sistemas organizativos propios de una institución armada eficaz: cuerpos de ejército, divisiones, regimien-

tos, compañías y secciones; asimismo se instaura el sistema de reservistas. Para imprimir mayor rapidez a las modificaciones introducidas, se recurrirá al servicio de instructores extranjeros que, no gratuitamente, serán oficiales japoneses y alemanes. A partir del año 1910, el ejército chino será un sólido poder real en la vida política del país.

Pero el tema crucial era la reforma del sistema político, la promulgación de una nueva Constitución. Tras una serie de viajes al extranjero de los grupos de estudio, a Estados Unidos y a Europa, la Corte imperial ponía en vigor, en 1906, un edicto en el que anunciaba sus intenciones reformistas, para lo que se instituía una Comisión de Reformas Administrativas. La vieja emperatriz se debatía entre el deseo de permanencia y el temor a unos cambios que acelerasen su caída; todo ello bajo la presión de los grupos más reaccionarios próximos a la corte y contrarios a todo tipo de cambio, por timorato que fuese. Finalmente, en el mes de agosto de 1908, un nuevo edicto anunciaba el propósito de promulgar una nueva Constitución y la formación de una Asamblea Nacional en un plazo de nueve años, es decir, en 1917. Sin embargo, aquel mismo año de 1908 muere el emperador Kuang-sin, el día 14 de noviembre, y un día más tarde fallece su esposa, Tsu-si. El heredero designado será el príncipe Pu-yi, de tres años de edad, quien, con el nombre de Siuang-tong, reinaría hasta 1911; el mismo que años después desempeñaría funciones de marioneta en el Estado satélite creado por Japón en el llamado Manchukúo.

El gran reformador

En 1866, en Hiang Cham, en los alrededores de Cantón, nacía Sun Wen, quien pasaría a la historia con el nombre de Sun Yat-sen. Cursó sus primeros estudios en una misión de Honolulú, donde aprendería la lengua inglesa; más tarde estudiaría medicina en Hong-Kong y durante algún tiempo ejercería su profesión en Macao. Sun Yat-sen viajaría por todo el Sudeste asiático; visitaría Japón y Estados Unidos; también conocería Europa, principalmente Gran Bretaña y Francia. Pero antes de estos viajes, forzados en su mayoría por sus actividades políticas, desarrollaría una intensa labor política: en 1892 fundó en Hong-Kong la Sociedad para el Resurgimiento de China; muy poco tiempo después,

La mujer sufría en la China imperial una doble opresión que llegaba a anularla como persona. Con los pies vendados y reducidos desde niña casi no podía andar y era obligada a casarse (o era vendida) según la voluntad de sus padres. La represión ejercida sobre las masas campesinas también la afectaba directamente. En la página opuesta, abajo, una revolucionaria de esta primera época es conducida, atada como un animal, al lugar donde será juzgada y probablemente ejecutada. Bajo estas líneas, militantes de la Liga Revolucionaria China son instruidos en el manejo de armas modernas.



Militares de la Liga Revolucionaria China.

tras la derrota de los bóxers, se le unirían otros grupos activistas, hasta fundar, en 1905, la Liga Revolucionaria China, la cual eligió a Sun Yat-sen como su máximo dirigente; el grupo editaba en Tokio, bajo la dirección de Sun, su propio periódico: *El Diario del Pueblo.*

Todavía impregnados por la tradición, los que ingresaban en la Liga Revolucionaria China venían obligados a prestar un juramento, secuela de las sociedades de carácter secreto, pero que ahora encerraba todo un programa político: «Juro por el cielo dedicar todos mis esfuerzos a trabajar por el derrocamiento de la dinastía manchú y la solución del problema agrario sobre la base de una distribución equitativa de la tierra.» Es precisamente en esta época cuando empieza a diseñarse lo que el propio Sun Yat-sen llamaría el «Evangelio de los nuevos tiempos», con sus tres principios básicos. El primero, el «Principio de la conciencia nacional del pueblo», de todo un pueblo al que se quiere hacer vivir en su plenitud. El segundo, el «Principio del poder del pueblo», de un pueblo que lleve una existencia democrática, en una república, con un parlamento y un presidente elegido mediante sufragio universal. Y, finalmente, el «Principio de la vida económica del pueblo», con un objetivo último: la construcción de una sociedad igualitaria. Este esbozo de programa, político y de actuación inmediata, al margen sus connotaciones filosóficas, incluía asimismo una concepción de los «cinco poderes»: legislativo, ejecutivo, judicial, sistema de exámenes y sistema de control de la administración y de toda actuación pública.

A partir de estas declaraciones de principios, fundamentalmente la de los tres principios básicos, formuladas en el año 1905, Sun Yat-sen y Huang Xing, otro de los más importantes líderes de la Liga Revolucionaria China, emprenderían una serie de campañas de agitación popular, llevando a cabo diversos intentos insurreccionales que fracasarían hasta la llegada del año 1911.

La revolución de 1911

El regente imperial, príncipe Chuen, padre de Pu-yi y con poderes durante su minoría de edad, intentó en vano anticiparse a los acontecimientos que ya se dibujaban en el horizonte. A lo largo del año 1909 se constituyen asambleas provinciales en todo el Imperio, con vistas al establecimiento de una Asamblea Nacional que sólo tendría carácter consultivo. Ante la presión popular (los grupos de estudiantes universitarios, entre otros, ya habían salido a la calle), la Asamblea Nacional se reúne por vez primera el día 3 de octubre de 1910; asamblea peculiar, ya que más de sus dos tercios eran designados directamente por la corte y sólo el tercio restante por las asambleas o consejos provinciales. No obstante, como otras tantas veces ha sucedido en la historia, un instrumento seudopolítico pensado para las aclamaciones y para las unanimidades desborda su marco; en esta ocasión, la Asamblea Nacional china, en sus primeras reuniones, eleva propuestas a la autoridad imperial para iniciar de inmediato tareas constitucionales. Frente a estas presiones, el regente promete que en el año 1913 se promulgaría definitivamente la nueva Constitución; pero también, como una resonancia histórica, la promesa, a tres años vista, llega tarde y es rechazada por la Asamblea Nacional, que, finalmente y dados los problemas que su misma existencia planteaba, es clausurada por el gobierno en el mes de noviembre de 1910.

Pero, en la ininterrumpida sucesión de acontecimientos, una nueva medida acentuará aún más la impopularidad de la dinastía manchú: la concesión de determinados préstamos financieros, por parte de algunas potencias extranjeras, para la construcción de ferrocarriles. La acusación de la opinión pública no se hace esperar: Pekín está en manos de los poderes extranjeros.

La Gran Muralla China (Ch'ang-ch'eng, *que significa literalmente «largo muro») se levanta a lo largo de casi 3.000 kilómetros, desde el golfo de Po-Hai hasta el desierto de Gobi. Fue mandada erigir en el siglo* III *a. C. por el emperador She Huang-ti para defenderse de los ataques de las hordas bárbaras, tártaros de las estepas de Mongolia. Monumental obra, conservada y reforzada por diversos emperadores, la mayor parte de lo que ha llegado hasta nuestros días data de la dinastía Ming, reinante durante los siglos* XV, XVI *y* XVII.

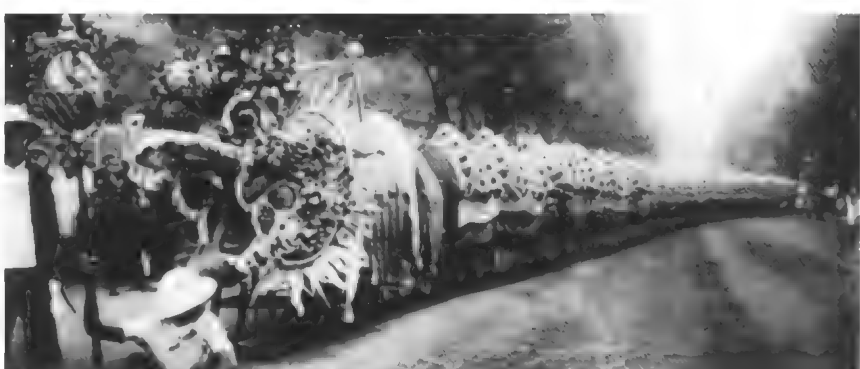
Y, consecuentemente, se aviva todavía más la llama del nacionalismo chino. Este sentimiento toma cuerpo y se materializa en las revueltas que surgen, durante el verano de 1911, en el sur de China, capitaneadas por un hombre que ha sabido hacer suyo el movimiento y fundir la conciencia nacional con la protesta política: Sun Yat-sen, el gran reformador de la China contemporánea. En estas revueltas participan estudiantes, funcionarios y, lo que será capital para el futuro, algunos cuerpos de ejército. A comienzos del otoño de aquel año 1911, ya se han consolidado dos importantes núcleos insurreccionales: Cantón y Zechuán; poco después, Hupeh y Hunán también se sumarán a la naciente revolución, que asentará sus cuarteles generales y se aprestará para el levantamiento nacional, que ya tiene una fecha señalada: el día 10 de octubre de 1911. La ciudad de Wuchang inicia la acción, a la que también se suma, aunque con una cierta demora, el general Si Yuang-hong. En pocos días se unirán a la insurrección las ciudades de Hanyang, Hankow, Nankín, Shanghai, Fuchow, Cantón, Shantung, Honang, el Yunnán, etcétera.

Pekín sale de su estupor y pone al frente de sus esquilmados efectivos militares al general



Las exigencias de la belleza.

Foto que muestra la enorme deformación de los pies a que eran sometidas las mujeres chinas en aras a ser consideradas más bellas. Desde niñas se les envolvían fuertemente los pies en vendas que debían cambiarse dos veces al día.



El dragón recorre las calles para festejar la primavera.

Los chinos siempre han tenido conciencia de pertenecer a una civilización y cultura milenarias que los diferencia de los «bárbaros extranjeros». Los ritos y las ceremonias son la manifestación popular de una cultura. En la foto, tomada en el Pekín imperial de 1911, un dragón llevado por cientos de chinos recorre las calles en medio de una gran expresión de alegría, como corresponde a las fiestas de primavera, anuncio de la fertilidad de la tierra y de las próximas cosechas.

La Gran Muralla China.

Yuan Che-kai, a quien se nombra además virrey de Wuchang; personalidad que desempeñará una función trascendental en el posterior desarrollo del movimiento revolucionario, como factor retardatorio. Yuan, hombre ambicioso y de ideología cuando menos incierta, salvo su oportunismo, iniciará una tortuosa carrera política a partir de este nombramiento y al comprobar cómo se desmorona el poder imperial; a esto hay que añadir algunos éxitos militares que obtiene en su campaña contra las fuerzas revolucionarias. En lo que respecta al plano político, el gobierno imperial de Pekín promulga, el 2 de noviembre del año 1911, un decreto en el que rehabilita en sus funciones a la Asamblea Nacional, admitiendo ahora su plena capacidad legislativa. Al mismo tiempo, el príncipe regente nombra presidente del gobierno al general Yuan Che-kai, quien ve confirmado su ascenso político y personal; Yuan demuestra su capacidad de relevo con la designación de un gabinete de tintes reformistas, el día 16 de noviembre. Este mismo mes finaliza con la ocupación completa de Nankín por las fuerzas revolucionarias, celebrándose un encuentro donde se reúnen delegados de 17 provincias, de las 18 que componen la demarcación administrativa del Imperio, los cuales eligen a Sun Yat-sen primer presidente de la naciente República de China.

Desencadenada la crisis nacionalista revolucionaria contra la dinastía manchú, sectores del ejército imperial se pasan poco a poco a los rebeldes. Bajo estas líneas, el coronel Li Hueng-hong se une a las tropas de Sun Yat-sen y toma en octubre la ciudad de Wuhan. En la página opuesta, arriba, Sun Yat-sen «el padre de la China moderna» inicia por decreto su programa político (independencia, democracia y progreso económico), que no podrá ver realizado. También militariza como oficiales del nuevo ejército republicano a funcionarios civiles, momento que recoge la fotografía inferior.



El coronel Li Hueng-hong.

La República china

Derrotado por las fuerzas insurreccionales y traicionado por sus supuestos seguidores, el príncipe regente renuncia al poder el día 12 de febrero de 1912, en un documento cuyos términos no dejan lugar a dudas: «En la hora actual, los sentimientos populares de la nación se dirigen hacia la república. Entregamos al pueblo el poder soberano y nos pronunciamos por una fórmula republicana de gobierno constitucional. Yuan Che-kai tiene plenos poderes. Organizará el gobierno republicano provisional y discutirá con el ejército republicano la manera de realizar la unión que asegure la paz al pueblo y la tranquilidad al Imperio. El (Yuan Che-kai) realizará la Gran República China, formada por la unión de los cinco pueblos: manchú, chino, mongol, musulmán y tibetano.»

Ciertamente, no sólo era una renuncia formal, sino que también revestía la modalidad de un testamento político: oponía un claro obstáculo a la carrera ascendente de Sun Yat-sen, es decir, a las fuerzas revolucionarias, y, al mismo tiempo, designaba un sucesor imperial, en usurpación de las funciones de Sun Yat-sen. Este, conseguido el objetivo primordial republicano y enfrentado a la responsabilidad de asumir una guerra civil de resultados inciertos, pero de elevados costos humanos, se retira del poder, dejando el paso al general Yuan Che-kai, quien será el presidente de la nueva República china. Yuan se encontrará ante el dilema abierto por su propia ambición personal: el ejercicio del poder absoluto, disimulado bajo la forma republicana, y el modelo de un sistema de partidos políticos, en el que ya descuella con fuerza ascendente el recién creado por Sun Yat-sen, quien renuncia a la presidencia del Estado, pero no a la actuación política: el Kuo-min-tang o Partido del Pueblo. El dilema es resuelto de la manera más absurda, pero también más tradicional dentro de los esquemas de comportamiento político de la China imperial, cuyos vicios todavía perduraban muy acusados. Tan absurda como el intento de restaurar el Imperio en la figura del presidente-general Yuan Che-kai, a finales del año 1915; medida que debe anular él mismo en el mes de marzo de 1916, ante la protesta fundamentalmente del sur revolucionario, donde vive y actúa Sun Yat-sen. La república, otra vez restaurada, tras este breve interregno, elige de nuevo a Yuan como presidente; pero, siguiendo la línea consuetudinaria de los vicios imperiales, tan discutida personalidad histórica muere el 6 de junio de 1916, en circunstancias que nunca fueron esclarecidas.

A partir de estos años, que coinciden con los del desarrollo de la Primera Guerra Mundial

(1914-1918), China se convertirá en un hervidero de conspiraciones, enfrentamientos y conatos de guerras civiles, donde también harán oír su voz los ecos de la revolución bolchevique de 1917. Se inicia una nueva etapa que marca el ascenso popular del Kuo-min-tang y de su líder indiscutido, Sun Yat-sen; aparecerá en escena el Partido Comunista Chino, en cuyas filas milita un joven revolucionario llamado Mao Tse-tung; y, finalmente, fruto de las actuaciones militares nunca interrumpidas, se fortalecerá el poder político del ejército. Comienza una etapa diferente que conocerá capítulos que pertenecen a otro apartado de la historia: la Larga Marcha, las guerras civiles, la guerra chino-japonesa, la Segunda Guerra Mundial, hasta desembocar en el nacimiento de la República Popular China, en 1949.

R. M.

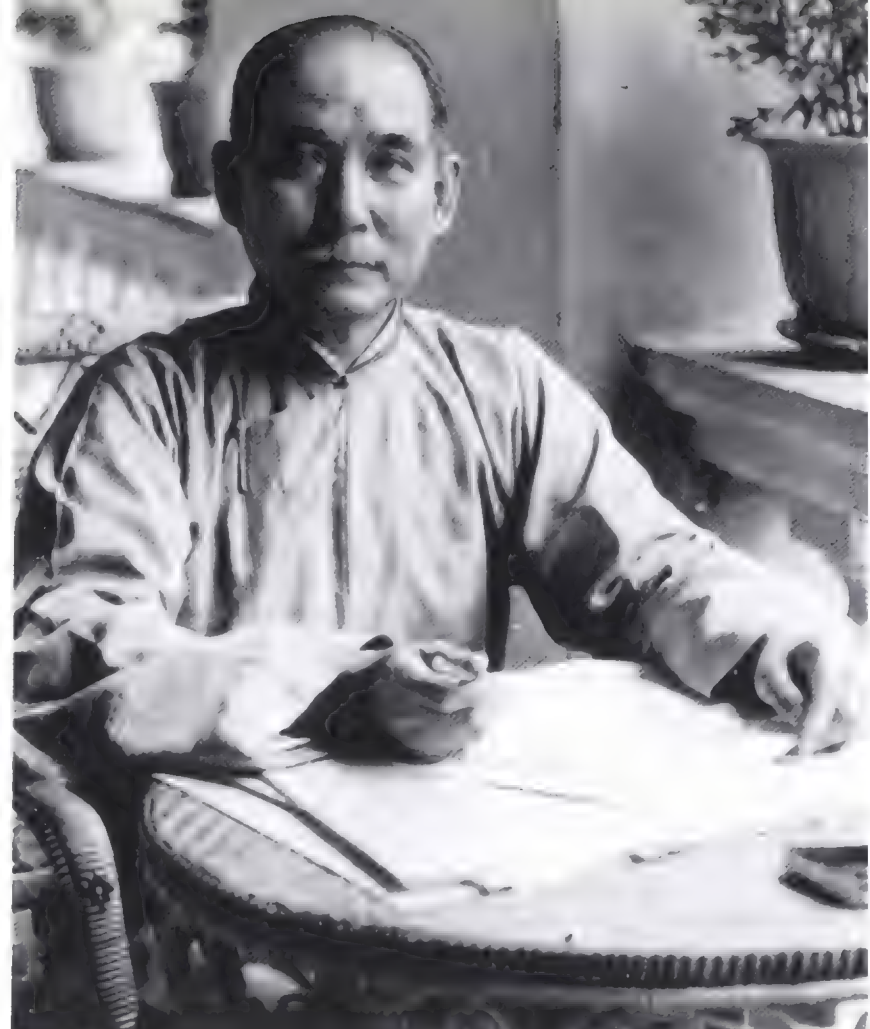
Bibliografía básica

CHESNEAUX, J.: *Asia Central en los siglos XIX y XX,* Labor. Barcelona, 1969.

DUBARBIER, G.: *La China del siglo XX. Del Imperio manchú a la Revolución Cultural,* Alianza Editorial. Madrid, 1967.

FRANK, M., y TRAUZETTEL, R.: *«El Imperio chino», Historia Universal Siglo XXI,* vol. 19, Siglo XXI. Madrid, 1973.

PANNIKAR, K. M.: *Asia y la dominación occidental,* Editorial Universitaria de Buenos Aires. Buenos Aires, 1966.



Sun Yat-sen.

Muchos funcionarios civiles formaron parte de las milicias.

1911


Marie Sklodowska.

Marie Sklodowska, que pasaría a la historia de la ciencia en el siglo XX como madame Curie, fue una mujer polaca de enorme inteligencia y sensibilidad intelectual que, aparte de saber romper los tabúes machistas que pesaban sobre el sexo femenino en el campo científico, fue la primera persona que obtuvo dos premios Nobel durante su vida: el de Física en 1903, compartido con su marido Pierre y con Becquerel, y el de Química en 1911. Su hija primogénita, Irene, casada con Frédéric Joliot, obtuvo también el Nobel en 1935, en la especialidad de Química.

MARIE CURIE, UNA MUJER MAS ALLA DE SU EPOCA

EN el año 1911, muy poco después de que la Academia de Ciencias de Francia votara negativamente su candidatura a uno de los sillones, Marie Curie recibía por segunda vez el premio Nobel. El primero lo había conseguido junto a su marido ocho años antes, cuando todavía el feliz matrimonio de científicos compartía la pasión investigadora y el amor, antes de que un estúpido accidente acabara con la vida de Pierre y sumiera a la descubridora del polonio y del radio en la más profunda de las tristezas. Pero Marie no era una mujer al uso de la época y salió del paso sin la ayuda de nadie: sin saberlo, abría un camino no sólo a la ciencia moderna, sino a miles de mujeres de todo el mundo.



Marie y Pierre Curie en su laboratorio.

Marie Curie dedicó junto a su familia toda su vida al progreso de la ciencia, abriendo nuevos campos, como la aplicación de la radiactividad a la medicina. Como consecuencia de sus trabajos y larguísimos tiempos de exposición a los efectos de minerales radiactivos (uranio, torio, polonio, radio), murió enferma de leucemia o cáncer de la sangre en 1934. En la foto de la página opuesta, Marie y Pierre Curie trabajan conjuntamente en su laboratorio. Bajo estas líneas, madame Curie (con bolso) flanqueada por sus hijas Irene (izquierda) y Eva (derecha) junto a madame Murray, durante un viaje triunfal realizado a Estados Unidos en 1921.



Una joven paciente recibe sesiones de radio.



Madame Curie flanqueada por sus hijas Irene y Eva.

La joven polaca

Quizá sin saberlo, Marie Sklodowska combatió tan sólo con las armas de un cerebro perfecto y una voluntad de hierro contra los prejuicios de una época en la que la mujer, por usar la frase de Proudhon, sólo podía optar entre ser «ama de casa o cortesana».

Quizá la joven Marie, que sólo rozó el feminismo de su época de una manera trivial, no tuvo nunca conciencia del simbolismo y de la utilidad que su nombre y su acción iban a tener a la hora de demostrar, por la vía de la práctica, que la mujer era tan capaz como el hombre para enfrentarse no sólo a la literatura, en la que ya habían entrado una larga fila de mujeres, sino a un campo tan virgen para el sexo femenino como la ciencia.

No es de extrañar que, ya al final de su vida, Marie recordara y transcribiera en su inseparable cuaderno gris, que servía tanto para anotar el peso del radio como sus sentimientos más personales, este pensamiento: «Me parece que mis primeros años en París, a pesar de todas sus durezas, son los mejores de mi vida.»

Y es que, realmente, la auténtica Marie Curie, la Marie Curie científica, se gesta en la capital francesa. Bien es verdad que su infancia en Varsovia, donde naciera en el seno de una familia de clase media, tuvo una gran importancia. Como en todos los polacos, y más en esa época en la que Polonia estaba bajo el yugo ruso y había perdido incluso su nombre por el de «territorio del Vístula», el sentimiento de la injusticia y la opresión hicieron mella en la joven Marie. No en vano, junto a otros jóvenes estudiantes polacos formó parte de la llamada «Universidad Volante», de carácter clandestino, cuyo fin era educar a las masas. Tampoco podría olvidar Marie los cuatro largos años que tuvo que permanecer como institutriz en una ciudad polaca para poder mantener a su hermana Bronia, tres años mayor que ella, que estudiaba en París la carrera de medicina. Después sería la propia Bronia quien llamaría a Marie a París para poder realizar su sueño: estudiar en la Sorbona.

Por fin, París

En plena III República, una joven de veinticuatro años, rubia, delgada y con ese aspecto de fragilidad casi enfermiza que conservaría toda su vida, llega a la capital de la cultura europea. Lo que no suponía la joven científica era que París irradiaba y ostentaba la hegemonía en la literatura —Zola—, en la escultura —Rodin— y en todo lo relativo al arte, pero que en cuanto a la ciencia, y a pesar de contar todavía con

el descubridor de la vacuna contra la rabia —Pasteur— y con una escuela matemática inmejorable —Poincaré—, Francia tenía que rendir tributo a Inglaterra y a Alemania en cuanto a los avances científicos. Sin embargo, el sueño de Marie es la Sorbona, y allí se matricula para preparar la licenciatura en ciencias. Tampoco podía imaginar entonces que quince años más tarde se convertiría en la primera mujer que impartiría docencia en esa universidad.

Dos años, dos largos años hasta conseguir la ansiada licenciatura con el número uno, en los que la vida de Marie transcurrió no precisamente como la del resto de las jóvenes de su edad: del anfiteatro de la Sorbona al laboratorio, de allí a la biblioteca, robando horas de sueño y estudiando sin cesar en unas condiciones de vida presididas por el frío y hasta por el hambre.

Gracias a una beca que consigue cuando ya tenía prácticamente hechas sus maletas para regresar a Varsovia, Marie puede sacar un año más tarde otra licenciatura, la de matemáticas, esta vez con el número dos. Ese año en París fue fundamental por un hecho: la entrada en la vida de Marie de un joven científico que trabajaba en la Escuela de Física y Química industriales, Pierre Curie. «Me sentí impresionada por la expresión de su clara mirada —narra Marie en su diario— y por una leve apariencia de abandono en su alta estatura. Sus palabras un poco lentas y reflexivas, su sencillez, su sonrisa a la vez grave y joven inspiraban confianza. Se entabló entre nosotros una conversación que muy pronto se hizo amigable: trataba de cuestiones científicas, sobre las cuales me sentía dichosa de poder preguntar su opinión, y también de problemas de interés social por los que ambos nos interesábamos.»

La radiactividad

Esa corriente mutua que ya Marie intuyó desde el primer momento permaneció a lo largo de toda su vida en común, hasta ese día de 1906 en que un coche de caballos destroza el cerebro de su esposo y sumerge a Marie en momentos horribles: «Pierre mío —escribió entonces Marie—, pienso sin cesar en ti, mi cabeza estalla y mi razón se turba. No comprendo por qué tengo que vivir desde ahora sin verte, sin sonreír al dulce compañero de mi vida.»

Pero hasta esa trágica fecha, la vida del matrimonio Curie discurrió en un doble apasionamiento, el sentimental y el científico. Se casan sin bendiciones y sin galas. Incluso el vestido de Marie, como ella misma apunta en su diario, «es sobrio y muy práctico para que pueda aprovecharlo para ir al laboratorio».



El matrimonio Curie durante una jornada de trabajo.

Precisamente en el laboratorio pasaría el matrimonio Curie la mayor parte de su vida, salvo alguna escapada conjunta en bicicleta por los alrededores de Sceau, en los aledaños de París, donde Pierre vivía con su familia, donde se casaron y donde luego serían enterrados, en una misma sepultura, uno encima del otro.

El joven matrimonio trabaja sin descanso: Pierre con sus trabajos sobre la piezoelectricidad y Marie preparando las oposiciones a cátedra e investigando sobre las variaciones de las propiedades magnéticas de ciertos aceros. Tiempo de apuros económicos que Marie sopesaba con la misma precisión con que realizaba sus experimentos en el laboratorio. Un año antes de que Marie trajera al mundo a su primera hija, Irene, en 1896, el mundo de la ciencia se había trastornado con el descubrimiento por parte de un físico alemán, Wilhelm Roentgen, de unos misteriosos rayos, que iban a ser tan populares como la «pequeña reina»: los rayos X.

Madame Curie fue descrita por sus hijas como una mujer severa, rigurosa, trabajadora y constante. Enamorada profundamente de su marido, su poco tiempo libre lo dedicaba a sus hijas, a leer, jugar al ajedrez y dar largos paseos a pie o en bicicleta, que aprovechaba para hacer observaciones botánicas. Bajo estas líneas, María Curie es recibida por el presidente norteamericano Herbert Clark Hoover en febrero de 1930.



Madame Curie y el presidente Hoover. Febrero 1930.

Poco tiempo después, otro físico francés, Becquerel, hizo otra constatación: las sales de uranio emiten rayos que, como los descubiertos por Roentgen, atraviesan los cuerpos. En este descubrimiento físico comenzó a trabajar la joven mujer de Pierre Curie. Horas y horas de laboratorio, largas, agotadoras y peligrosas mediciones de las cantidades de electricidad que formaban los rayos de uranio, etc. Más tarde, y con meticulosa paciencia, intentó descubrir alguna otra sustancia que, además del uranio, lograse que el aire fuese conductor de la electricidad. Así, hasta llegar al torio.

El laboratorio, caballeriza

Había descubierto que la radiactividad estaba en los átomos del uranio y del torio. Pero no se quedó ahí. Su afán investigador, su cerebro vivo, esa curiosidad fuente y motor del avance científico, la llevó a experimentar con otros minerales, con la pecblenda y la calcolita. Su asombro alimentó aún más su afán de investigación al descubrir que en ambos minerales la radiactividad era mayor que la del uranio. La hipótesis estaba en su mente, sólo faltaba plasmarla. Y así lo hizo Marie en un comunicado a la Academia de Ciencias: «Podemos pensar —decía— que existe un elemento nuevo contenido en esos minerales y que es mucho más activo que el uranio.»

De nuevo las mediciones, las largas horas frente a la mesa de ese laboratorio, «mezcla de caballeriza y de almacén de patatas» como lo había definido un físico amigo de la pareja. Finalmente, un resultado: un nuevo elemento cuya radiactividad era mayor que la del uranio, al que bautizaron con el nombre de «Polonio», «el nombre del país de origen de uno de nosotros».

Pero Marie y Pierre no estaban satisfechos; sabían que existía otro elemento dentro de la pecblenda y había que descubrirlo. El empeño de Marie era total. En el destartalado cobertizo que le sirve de laboratorio consigue transportar, después de comprados, kilos y kilos de pecblenda. Son difíciles de imaginar las largas horas, las agotadoras manipulaciones que Marie personalmente hizo día tras día: disolver, filtrar, precipitar, recoger, volver a disolver. Ella misma lo expresaba así: «Pasaba a veces el día entero removiendo una masa en ebullición con una varilla de hierro tan alta como yo.» Así, hasta llegar a aislar ese elemento. Había nacido el radio, y con él un método para su obtención, el de la cristalización fraccionada. El milagroso radio, en el que ya la población veía la fuente de todas las soluciones a sus males, también tenía consecuencias nocivas a primera vista. El propio Pierre

expuso deliberadamente su brazo a la acción del radio, y surgió la lesión. Pero en esta consecuencia nociva los médicos descubrieron otra fuente de vida: el radio que destruía las epidermis sanas, lograba también aniquilar las pieles cancerosas. El descubrimiento conmocionó al mundo.

Llega el Nobel

El 10 de diciembre de 1903, la Academia Nobel hace pública la concesión del premio máximo de Física al matrimonio Curie y al profesor Becquerel. En la ceremonia del Nobel, Pierre Curie, ante un público elogioso y bajo la mirada de su esposa, vestida como siempre de negro, dijo: «Se puede imaginar que, en manos criminales, el radio pueda convertirse en un elemento muy peligroso, y aquí puede preguntarse si resultará beneficioso para la humanidad conocer los secretos de la Naturaleza, si la humanidad está madura para aprovecharlos.» Y finalmente añadió: «Soy de los que piensan que la humanidad obtendrá más bienes que males de los nuevos descubrimientos.»

Un año más tarde, Marie da a luz a su segunda hija, Eva, quien en el futuro no seguiría, como su hermana Irene, la vocación científica de sus padres. En 1904, un duro golpe altera la vida, ya desahogada económicamente, de Marie: su marido, Pierre, muere en un horrible accidente. Es esta quizás una de las épocas más duras para ella. «La ilustre viuda», como la llamó la prensa, tenía treinta y ocho años y dos hijas que mantener. El gobierno le ofreció una pensión de manutención, pero Marie se negó. Nunca había necesitado a nadie que la mantuviera, pues ella no era ni una cortesana ni un ama de casa dependiente de un marido: ella era Marie Curie, la descubrjdora del radio. Una oferta tentadora cayó como llovida del cielo: la cátedra de Física

Muchos se mostraron sorprendidos por las excepcionales dotes intelectuales de esta mujer polaca, capaz de triunfar y demostrar su valía en el mundo científico y académico, tradicionalmente reservado a los hombres. En la foto, madame Curie asiste a la sesión inaugural del Congreso Internacional de Física celebrado en Roma en octubre de 1931. De izquierda a derecha: M. Perrin, profesor de Física y Química en la Sorbona de París; Marie Curie; F. W. Acton, físico de la Universidad de Cambridge, y O. W. Richardson, miembro de la Royal Academy de Gran Bretaña.



Sesión inaugural del Congreso Internacional de Física.



Marie Curie con el académico británico Owen Young.

general que habían creado para su marido en la Sorbona estaba ahora vacante y, si Marie aceptaba, era suya. La decisión afirmativa no se hizo esperar. Marie escribe más tarde en su diario: «Mi pequeño Pierre, quería decirte que los tilos ya están en flor. Y que los espinos blancos y los lirios comienzan a estarlo. A ti te habría gustado todo esto. Quería decirte que me han dado tu cátedra y que ha habido imbéciles que me han felicitado.»

La guerra y el final

Tras la muerte de Pierre, Marie se reincorpora al trabajo, publica un tratado sobre la radiactividad y continúa inmersa en su laboratorio, siempre con gran escasez económica. Al año siguiente, un acontecimiento hace saltar su nombre a la primera plana de todos los periódicos. No sería la última vez. Estaba libre en la Academia de Ciencias el sillón del físico Guernez, y el nombre de Curie apareció en una terna de candidatos junto al de Marcel Brouilloin y Eduard Branly. Descartado el primero, la rivalidad se centró en Branly y Marie, al tiempo que una parte de la prensa se echaba las manos a la cabeza ante la posibilidad de que una mujer pudiese entrar en la Academia. El 23 de enero de 1911 se abrió por fin la sesión. El presidente, con voz enérgica, ordena: «Dejen entrar a todo el mundo menos a las mujeres.» Simbólica y acostumbrada frase que presagia el final. Marie Curie recibe 28 votos y Branly, 30. Desde esa fecha, la todavía joven física y premio Nobel no vuelve a presentar ninguno de sus posteriores trabajos a la Academia de Ciencias. Todavía no había terminado el año cuando Marie recibe, por segunda vez, el premio Nobel, en esta ocasión de Química.

Pero tras la gloria y la incomprensión de una sociedad plena de prejuicios hacia la mujer, surge el escándalo. Marie no sólo se había reincorporado a su trabajo con similar intensidad tras la muerte de Pierre, sino que también había intentado rehacer su destrozada vida sentimental con un joven físico, Paul Languevin. Sus amores secretos, debido a que Languevin está casado, estallan en la primera página de todos los diarios. El asunto se complica. Aquella sociedad que permitía absolutamente todo, con tal de que se mantuviera tras un telón clandestino, no podía permitir ni bendecir tales relaciones. Comienzan a aparecer cartas comprometedoras, declaraciones de la mujer de Languevin, de la suegra. La prensa pone el resto: «Fuera la extranjera...» «¿Continuará Curie siendo profesora de la Sorbona?» Su vida, su actividad, su capacidad reiteradamente demostrada y reconocida, se cuestionan. Marie huye de París. Un año habría de pasar hasta que el escándalo cesara, y pudiera regresar a su hogar. Y de nuevo el trabajo, su único refugio. Se funda el Instituto del Radio en la calle Pierre Curie, y Marie dirige en él la investigación en física y química.

Al poco tiempo de que la vida de Marie haya recobrado su sentido, otro acontecimiento rompe su actividad: el estallido de la Primera Guerra Mundial.

Los «pequeños Curie»

Francia entera es movilizada. Los heridos se multiplican, y los muertos también. Los médicos conocen del poder de la radiología, pero no dominan su técnica, y Marie les asesora. Ella es consciente de la necesidad de los servicios radiológicos. Antes del estallido de la contienda había nacido una nueva técica terapéutica, la utilización del radón, el gas emanado por el radio, para cicatrizar las heridas. Este milagroso radón cobra entidad y necesidad en plena guerra. Los hospitales lo solicitan con premura, y Marie crea el primer servicio de tubos de radón. Pero su contribución fue aún mucho mayor. Los servicios radiológicos eran necesarios. Pero el ejército tan sólo contaba con una ambulancia para efectuar estos exámenes en los heridos, y carecía de personal adiestrado para su uso. Marie logra montar una flota de vehículos dotados todos ellos de rayos X, y comienza a formar personal radiológico.

Ella personalmente convence a las parisienses acaudaladas para que cedan su automóvil, a fin de trasladarse a los frentes; discute con los fabricantes de carrocerías para que adapten estos vehículos a las necesidades de los aparatos radiológicos y, finalmente, recluta mujeres y las forma en la asistencia radiológica. Esos 20 vehículos, los llamados «pequeños Curie», efectúan en un año 1.100.000 radiografías. Tras el fin de la guerra, Marie vuelve a su Instituto del Radio. Pero no hay radio con el que trabajar. Consigue, gracias a una periodista americana, efectuar una *tournee* por los Estados Unidos, donde es recibida por el presidente americano y de donde logra volver a París con el escaso radio y financiación suficiente para investigar. Su hija Irene la acompaña; más tarde, junto a su marido, Joliot, se entregaría, como sus padres, al apasionante mundo de la ciencia. Después de sucesivas operaciones de cataratas, una tarde de mayo de 1934, Marie Curie dejó de existir. Tenía sesenta y siete años y había obtenido dos veces el premio Nobel.

M. L. M.

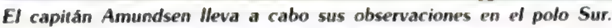
En los últimos años de su vida, tras el sufrimiento intelectual que le había producido la guerra y el escándalo que la prensa del corazón había montado sobre sus amores con el joven físico Paul Languevin, Marie Curie recibió múltiples homenajes y pruebas de admiración a su labor, sobre todo en los países anglosajones. En la foto, la autora del Tratado de radiactividad *(1910), acompañada del académico británico Owen Young, durante un acto oficial. Su última alegría serían los éxitos científicos obtenidos por su hija Irene y su yerno Frédéric Joliot, relativos al descubrimiento de nuevas partículas atómicas.*

AMUNDSEN CONQUISTA EL POLO SUR

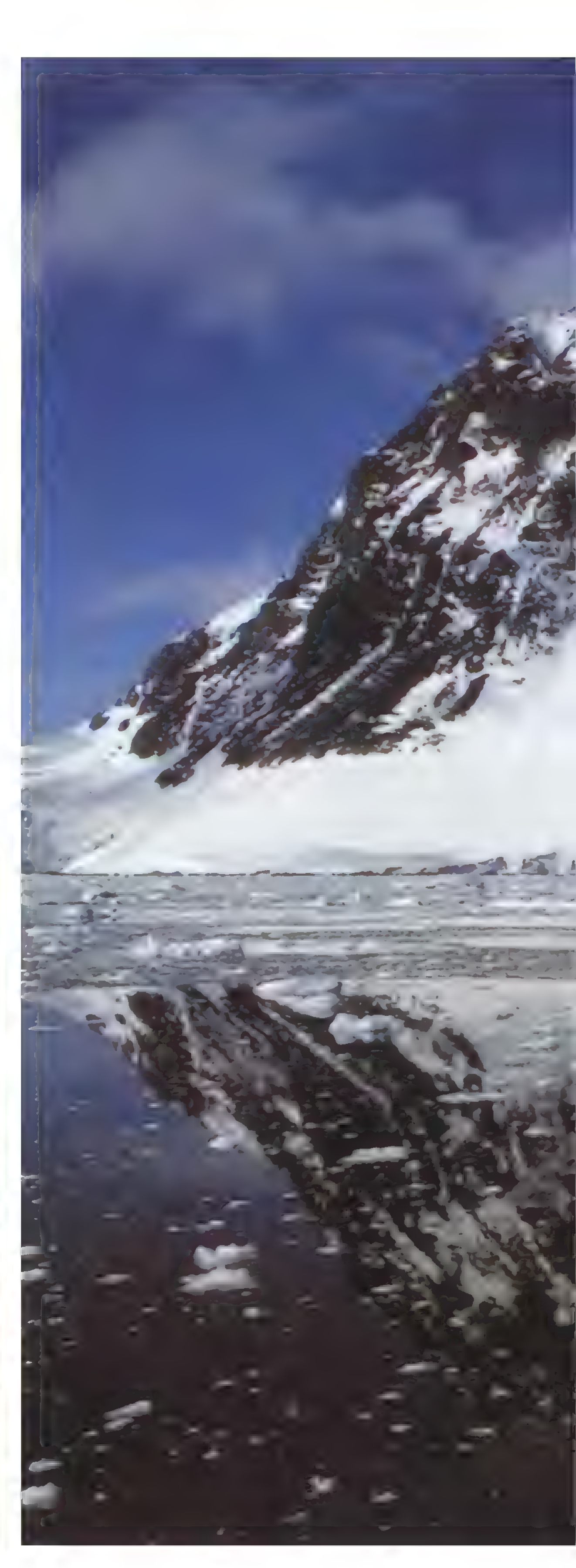
En estrecha competencia con la expedición militar británica dirigida por el explorador Robert Falcon Scott, Amundsen partió de Noruega en junio de 1910 con dirección a la Antártida. Establecida su base en el inmenso continente helado en octubre de 1911, en la zona conocida como bahía de las Ballenas, el explorador nórdico, con sólo cuatro compañeros y 52 perros esquimales para tirar de los trineos, alcanzó el mítico polo Sur el 14 de diciembre del mismo año. Treinta y cuatro días más tarde, el 17 de enero de 1912, la expedición de Scott alcanzó el mismo punto y los cinco exploradores británicos que allí llegaron comprendieron amargamente su derrota. Los cinco morirían en el viaje de regreso a su base.

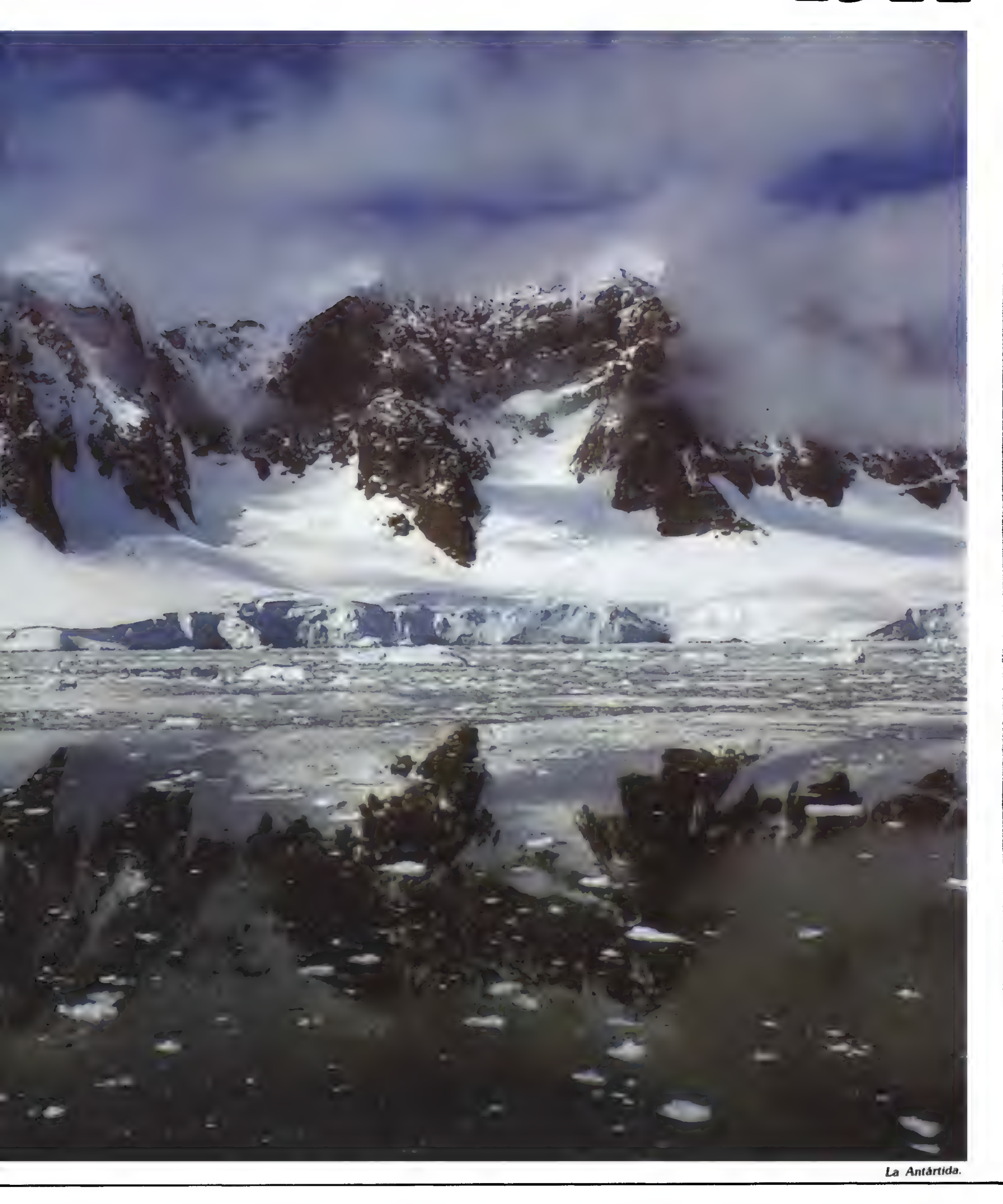
EL 14 de diciembre de 1911, cinco noruegos al mando de Roald Amundsen alcanzaban el último de los grandes puntos geográficos aún vírgenes para el hombre: el polo Sur. Su travesía fue un ejemplo perfecto de organización, previsión y sangre fría que asombró al mundo entero. Y, sin embargo, la hazaña iba a quedar empequeñecida por la desgracia del otro hombre que competía con Amundsen por la llegada al polo Sur, el británico Scott, quien, tras observar desolado un mes y dos días después la bandera noruega en el polo, fallecía en su intento de retorno a la base de partida.





El capitán Amundsen lleva a cabo sus observaciones en el polo Sur.





La Antártida.

El éxito de la expedición de Amundsen sobre la de Scott se basó en su propia sencillez. Frente a las numerosas personas y pesada impedimenta movilizadas por el explorador militar británico (trineos a motor, ponies y perros), los noruegos se decidieron desde el principio por trineos tradicionales, aptos para ser movidos por perros con la ayuda del hombre. Sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito, y gracias a ello Noruega es hoy uno de los países que más derechos poseen sobre la Antártida, a pesar de su lejanía geográfica.


Amundsen explica su expedición sobre un mapa.


A los 24 años Amundsen era ya oficial de marina para largas distancias.

Los sueños de un estudiante de medicina

Un día de 1888, el *Jason* llegaba al puerto de Cristianía (más tarde Oslo) llevando a bordo al héroe nacional noruego Fritjof Nansen, quien regresaba a su país después de realizar la travesía de Groenlandia sobre esquís. Entre la multitud que acudió a darle la bienvenida se hallaba un muchacho de dieciséis años llamado Roald Amundsen, futuro vencedor del Paso del Noroeste y de ambos polos.

Su padre había tratado de enriquecerse transportando mano de obra barata de China a Cuba en su barco, pero, desde que un día recibió en la mejilla un hachazo de manos de un enfurecido culí, decidió dedicarse a un oficio más pacífico, como el de constructor naval. Cuando Roald tenía nueve años, sus padres se trasladaron a Cristianía, entonces capital del reino de Suecia.

El muchacho no soñaba sino en viajar, en explorar las inmensas y desoladas extensiones árticas, en ser uno de los últimos descubridores de un mundo cuyos rincones más remotos estaban siendo ya cartografiados. Pero su madre tenía otros planes y le obligó a cursar estudios de medicina. A pesar de su mala vista, fue admitido en el servicio del rey. Por aquellas fechas, Cristianía entera participaba en una entusiasta despedida a Nansen, quien, a bordo del *Fram* (voz que significa *Adelante*), pretendía alcanzar el polo Norte.

El *Fram* fue el primer barco diseñado enteramente para flotar sobre el hielo. Corto y ancho (su manga equivalía a la tercera parte de su eslora), sus costados lisos y las redondeces del casco le permitían «resbalar como una anguila hacia fuera del hielo cuando éste lo apretase con fuerza». La intención de Nansen era dejar que el hielo atrapase al *Fram* para que la deriva lo acercase lo más posible al polo geográfico, situado en los 90° de latitud Norte.

Cuando cumple veintiún años, la señora Amundsen muere, y él no tarda en vender sus libros de medicina para sustituirlos por otros de temas náuticos y polares. Aprovechando unas vacaciones de Navidad, realiza, junto con su hermano, la travesía del macizo montañoso que se extiende de Cristianía a Garen. Pese a la tormenta que se abate sobre ellos, recorren 110 kilómetros en dos días sobre sus esquís. Luego, Roald se enrola en un foquero con rumbo a Spitzberg, un archipiélago que se asoma al polo Norte sobre el paralelo 80. Una furiosa tempestad hizo pensar a los tripulantes del *Magdalena* que el mar de Barents sería su tumba, pero la suerte les sonrió y la matanza de focas se llevó a cabo con éxito.

No consiguió ser admitido en una expedición que partía a la tierra de Francisco José, pero en cambio logró embarcar en el *Walborg* como cocinero y panadero. En 1895, año en que Nansen se lanza a la conquista del polo, recorre Francia en bicicleta y llega hasta Cartagena. Allí se embarca en el *Oscar*, que lo devuelve a su país. Entonces se entera de que el barón de Gerlache ha comprado un barco noruego para emprender una expedición por los mares australes y el Antártico, y se presenta de inmediato en Amberes, donde consigue que le contraten por dos años como segundo piloto del *Bélgica*. Mientras éste permanece en dique seco y con el fin de completar las horas de navegación requeridas para su puesto de oficial, se embarca en el *Rhone*, que se dirige a las costas africanas. A su regreso se inscribe en el *Jason*, el antiguo barco de Nansen.

A los veinticuatro años de edad ha superado los requisitos señalados por Gerlache y es ya un oficial de largas distancias. Por aquel entonces, Nansen ha regresado sano y salvo a Noruega después de su periplo por el Artico. Amundsen se siente arrebatado por esta travesía, en el curso de la cual se llegó derivando hasta una latitud jamás alcanzada por barco alguno: los 82° 32′ N. A continuación, Nansen y su lugarteniente, con tres trineos, 28 perros y dos *kayaks*, llegaron hasta los 86° 13′ 06″ N. Su aproximación a



La exploración polar según la revista inglesa **Black and White**.

El 1 de diciembre de 1959 y tras numerosas negociaciones entre los gobiernos de los 12 países que habían participado en la exploración del continente helado desde 1879, se firmó en Washington el llamado Tratado Internacional sobre la Antártida. En él, los 12 países firmantes (Argentina, Australia, Bélgica, Chile, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Noruega, Nueva Zelanda, Sudáfrica y la Unión Soviética) se comprometen a utilizar el vasto continente helado sólo para fines científicos y pacíficos, según los principios de la ONU. Otros países, como Checoslovaquia, Polonia, Dinamarca, Holanda y Rumanía, se han unido posteriormente al Tratado. España lo hizo en 1982. En la foto, una de las páginas de la revista Black and White *ofrece a sus lectores distintos aspectos de la aventura del polo.*



La tienda donde se encontró el cadáver de Scott.



Un momento de la expedición.



Un trágico recuerdo: los compañeros de la expedición de Scott.

Cuando el 12 de noviembre de 1912 un grupo de militares británicos rescataron los cadáveres congelados de Scott, Wilson y Bowers, encontraron el Diario del primero, manuscrito en el que se describe con detalle todo su viaje, la amargura de ver que Amundsen había llegado al polo Sur antes que ellos y el infierno de su regreso.

tan sólo 400 kilómetros del polo Norte permitió establecer que no existía ningún continente en el Artico.

Primera invernada en la Antártida

El *Bélgica*, buque de tres palos convertido en laboratorio científico, fue bloqueado por el hielo a los 70° 20′ S cuando buscaba el polo Sur magnético. Una tormenta abrió una brecha en el campo de hielo y, en contra de la opinión de su plana mayor, el intrépido barón de Gerlache, propietario y comandante del barco, decidió internarse por ella. La deriva, que tuvo lugar en el mar de Bellingshausen y duró de marzo de 1898 a marzo de 1899, constituyó la primera invernada del hombre en el Antártico, y Roald Amundsen participó en ella en calidad de segundo piloto del *Bélgica*.

El junio de 1902 encontramos a nuestro hombre al mando de un diminuto *cúter* arenquero de 47 toneladas, el *Gjöa*, que zarpa de Cristianía con la intención de forzar el célebre Paso del Noroeste. Amundsen contaba con una tripulación de seis hombres, otros tantos perros y víveres para cinco años. En la tierra del Rey Guillermo, en cuya costa meridional permaneció dos años, se familiarizó con las técnicas de supervivencia esquimales, convirtiéndose en un excelente conductor de trineos tirados por perros. Tras una tercera invernada, y a pesar de la pérdida de la hélice del *Gjöa*, logró llegar, en agosto de 1905, a Nome (Alaska). El Paso del Noroeste, un sueño acariciado por los navegantes y los estados mayores de las potencias septentrionales durante tres siglos, había sido vencido.

Tras esta victoria, Amundsen se dedicó a planear una deriva hacia el polo Norte como la llevada a cabo por Nansen años atrás. Pero se le adelantó el norteamericano Robert A. Peary, cuya llegada al polo Norte fue anunciada en Nueva York en 1909. Amundsen decide entonces lanzarse a la conquista del polo Sur, el último gran objetivo geográfico que permanece inalcanzado. Continúa sus preparativos como si aún pensara en el polo Norte y, en agosto de 1910, zarpa de Oslo rumbo al sur.

En el ya legendario *Fram*, que ha conseguido comprar, viajan 10 hombres y 97 perros groenlandeses. Su carga incluye todo aquello que la capacidad de previsión noruega es capaz de inventariar para un viaje al reino del frío. Y, como se demostraría más tarde, la capacidad de previsión de un noruego roza con lo absoluto.

Hasta que arribó a Madeira, en el mes de septiembre, Amundsen no advirtió a sus hombres acerca de cuál era el verdadero objetivo del viaje. Una vez obtenida la conformidad de su tripulación, informa a la opinión y a su más directo competidor, el británico Robert C. Scott. «Voy al Sur», reza, lacónico, el telegrama firmado por Amundsen que Scott, en ruta hacia la Antártida, recibe en Melbourne. En este momento da comienzo oficialmente la carrera hacia el polo Sur.

La travesía de 16.000 millas desde Oslo hasta la Antártida supuso una agradable navegación

para los tripulantes del *Fram*, cuyas excelentes condiciones marineras compensaban ampliamente las deficiencias de su arboladura y estanqueidad —derivadas estas últimas de sus muchos años de servicio—. Pese a su leve aparejo y a su pesada carga, el *Fram* navegó hasta 150 millas diarias.

El continente helado

El primer día del año 1911, el oficial de guardia divisó el primer banco de hielo. Al día siguiente el *Fram* cruzaba el Círculo Polar Antártico, situado en los 66° 33′ S, y el vigía anunciaba la entrada en un mar cubierto de témpanos. Entre las largas hileras de hielos flotantes, anchos canales permitían cómodamente el paso del buque. Cuando, cuatro días más tarde, los témpanos comenzaron a juntarse, dificultando la navegación, el *Fram* llegaba al mar libre, que se extendía en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista. Y en otros cuatro días el *Fram* cruzó el mar de Ross, «de aguas tan tranquilas como las que se podrían haber encontrado durante un crucero estival por el mar del Norte». Diez días después, un brillo en el cielo austral anunció la Gran Barrera de Hielo, una muralla de 30 metros de altura que había sido considerada inexpugnable durante toda una generación, a contar desde el momento en que sir James Clark Ross, al mando del *Erebus*, tropezó con ella en 1841. Pero en aquella barrera existían al menos dos lugares que permitían el acceso al reino que se extendía hacia el sur.

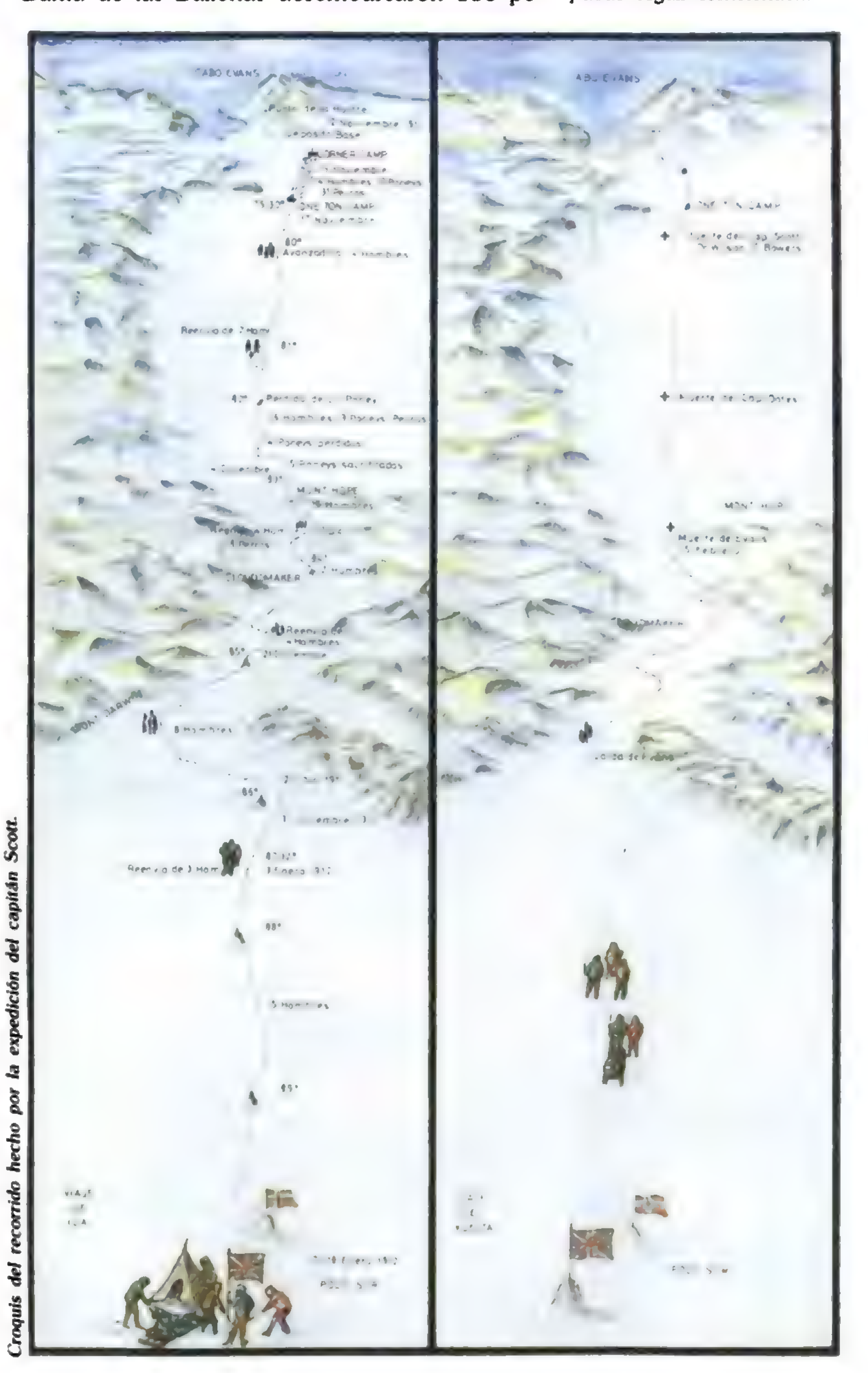
Amundsen eligió para desembarcar y establecer sus cuarteles de invierno una caleta señalada en los mapas de Ross, Borchgrevink y Shackleton, quien en 1909 la había bautizado con el nombre de Bahía de las Ballenas a causa del gran número de cetáceos que había encontrado en ella. La permanencia de la ensenada en el mismo lugar a lo largo de sesenta y siete años hizo pensar a Amundsen que realmente existían pocos riesgos de que su campamento se viese de pronto flotando en dirección al mar libre después de ser desprendido de la barrera por la acción del viento o la corriente. Otro atractivo de la Bahía de las Ballenas era el hecho de hallarse casi 100 kilómetros más cerca del polo Sur que la Bahía de McMurdo, lugar en que pensaba establecer Scott su campamento por segunda vez (la primera había sido durante su expedición polar de 1901-1904).

Preparativos invernales

Los noruegos establecieron su campamento, al que denominaron Franheim, a cuatro kilómetros del punto donde se hallaba fondeado el buque. Las operaciones de descarga se llevaron a cabo con la rapidez y eficacia que iban a presidir todas las tareas del equipo escandinavo. La cabaña se hallaba asentada sobre cimientos de más de un metro de profundidad y protegida por varias capas de alquitrán. Una serie de dependencias subterráneas cavadas en el hielo harían las veces de almacenes, talleres y sauna. Las jaurías de perros estaban alojadas en ocho espaciosas tiendas de lona.

De los 97 perros embarcados en Cristianía, 10 eran hembras. Gracias a esta previsión, en la Bahía de las Ballenas desembarcaron 116 pe-

La última anotación del Diario es la realizada el 29 de marzo de 1911, en la que Scott dice: «... resistiremos hasta el fin, pero notamos que nos vamos debilitando y que la muerte está próxima. Es una pena, pero creo que ya no puedo seguir escribiendo...»



Croquis del recorrido hecho por la expedición del capitán Scott.

Roald Amundsen, tras su hazaña descubridora en el polo Sur, escribió un libro que tuvo un éxito enorme en las librerías de todo el mundo. Su título es conciso pero suficientemente explicativo de las aventuras de su autor: El polo Sur. *Con el dinero recaudado, Amundsen, como buen noruego, compró una compañía naviera y financió numerosas expediciones árticas, en algunas de las cuales participó personalmente. Fracasado su intento de alcanzar por tierra el polo Norte en 1918, llegó a él por aire en 1925, acompañado del explorador norteamericano Lincoln Ellsworth y del aviador italiano Umberto Nobile. En la foto, dos pequeños esquimales adoptados por Amundsen.*

rros. Los cachorros nacidos durante la travesía se negaron desde el primer momento a permanecer durante el día en la tienda que les estaba destinada y quisieron compartir con los mayores los rigores del otoño antártico, por lo que su alojamiento fue destinado a hospital maternal.

Esta política de cuidar al máximo a los animales —tanto en mar como en tierra— no se basaba en el simple sentimentalismo. Por el contrario, se trataba ante todo de mantener a los perros en buena forma física para poder exigirles el máximo rendimiento en el trabajo. Amundsen y sus hombres no ahorraron imaginación ni esfuerzos para preservar a sus perros de la humedad, extremar las medidas de higiene, darles una alimentación adecuada y suficiente *(pemmican,* manteca y tasajo de pescado) y comprender su especial psicología (a medio camino entre la del perro domesticado y la del lobo, con rasgos de enorme originalidad). De este modo, durante la travesía no se perdió ni un solo animal, y, una vez en tierra, el ejercicio y la carne de foca pusieron a las jaurías en perfecto estado.



Amundsen adoptó dos pequeños esquimales.

El 3 de febrero tuvo lugar un acontecimiento social en la Bahía de las Ballenas. Las tripulaciones del *Fram* y del *Terra Nova* —viejo ballenero que había transportado a la expedición británica hasta la Antártida— tuvieron ocasión de saludarse, convidarse y ofrecerse ayuda mutua. Los británicos quedaron desagradablemente sorprendidos por la maestría con que los noruegos manejaban los trineos tirados por perros y por la ausencia casi absoluta de intereses científicos entre la gente del *Fram.*

Aquel otoño, ambas expediciones establecieron depósitos de víveres en dirección al sur para facilitar el asalto final al polo, que debería tener lugar en la primavera siguiente. Pero mientras que los noruegos, ayudados por el buen tiempo y por la superioridad de sus animales de tiro (perros frente a poneys), lograron situar tres toneladas de víveres en los paralelos 80, 81 y 82, los británicos no consiguieron alcanzar el paralelo 80. Las causas de esta tremenda diferencia de resultados hay que buscarlas en el deficiente rendimiento de los poneys utilizados por los británicos como principal fuerza de tiro, así como en los prejuicios que sentían Scott y sus hombres a la hora de servirse de la carne de perro para alimentar a perros y hombres, prejuicios que, curiosamente, no afectaban a la carne de los poneys.

Durante el largo invierno antártico, las dos misiones rivales, aunque condenadas por las bajas temperaturas reinantes a la reclusión y el hacinamiento en sus respectivos cuarteles, no perdieron el tiempo. En ambas estaciones había mucho trabajo que hacer. Las tareas de los noruegos, hombres prácticos ante todo, tenían que ver con la mejora de las instalaciones y equipos. En el caso de los británicos, a estas obligaciones se sumaban sus preocupaciones de índole intelectual y científica, que abarcaban desde la confección de un periódico o la redacción de diarios y poemas hasta una arriesgada salida invernal en busca de huevos de pingüino que estuvo a punto de costar la vida a tres expedicionarios. Fue el puro amor a la ciencia el que llevó a otros seis miembros de la expedición Scott a pasar aquel invierno en una casa improvisada en la que vivieron como náufragos, sin otros recursos que los que ellos mismos pudieron procurarse.

Tras una primera salida en falso, Amundsen decidió aguardar la llegada de la primavera. La expedición se dividiría en dos grupos: uno, de cinco hombres, intentaría llegar al polo. Otro, de tres hombres, exploraría la región circundante a

la Bahía de las Ballenas y trataría de llegar a la tierra del Rey Eduardo VII. La llegada de la primavera fue confirmada por la llegada de las focas y de los petreles antárticos. El 18 de octubre, Amundsen sale de Franheim con cuatro hombres, otros tantos trineos y 52 perros.

Comienza la carrera

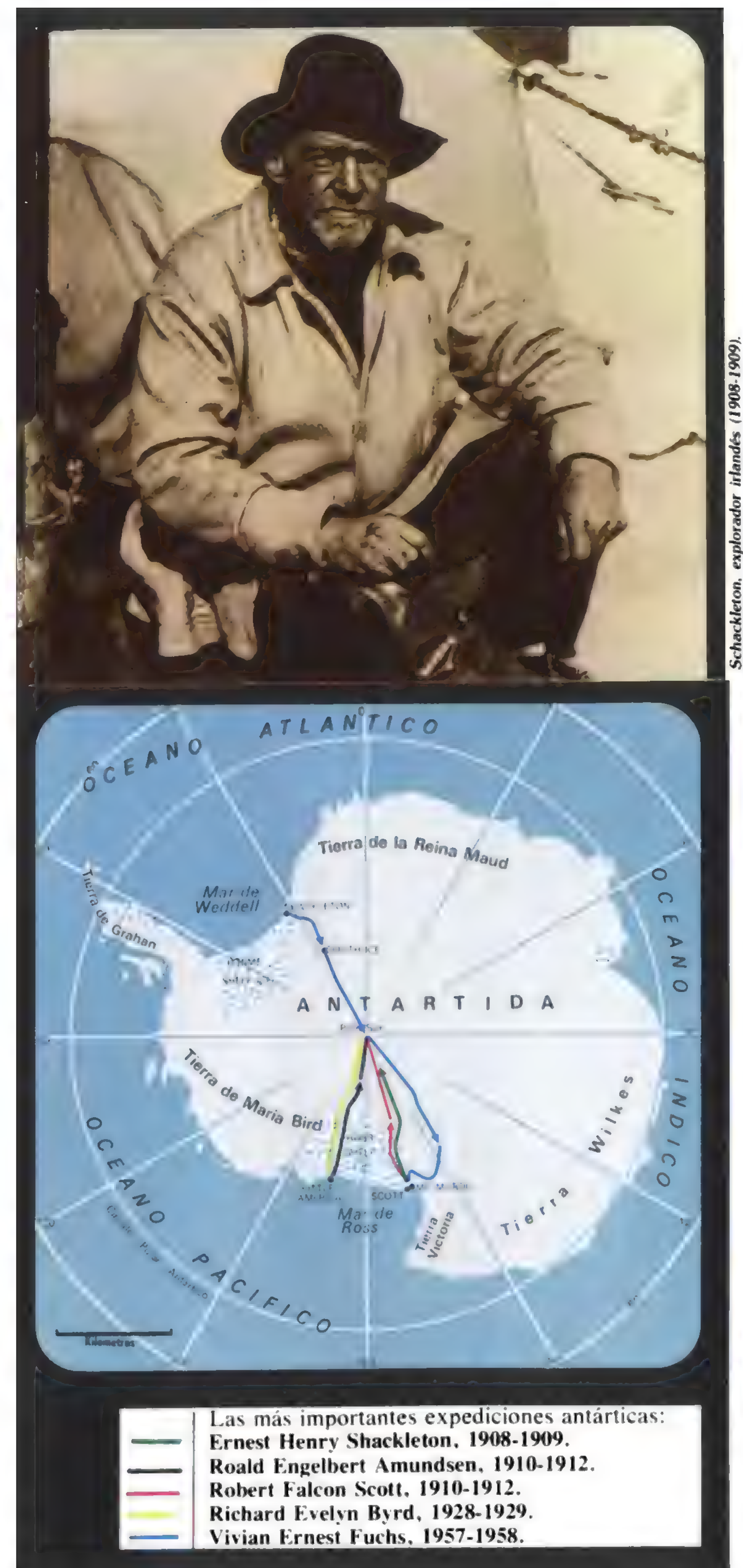
La cellisca y las grietas que se abren al paso de los trineos, y amenazan con tragarse a los que marchan en cabeza, dificultan la marcha hasta el paralelo 80, donde son detenidos dos días a causa del mal tiempo. Pero desde allí hasta el paralelo 85, el tiempo y el terreno permiten a los perros, cada uno de los cuales arrastra un peso de 33 kilogramos, marchar a una velocidad de 7,5 kilómetros por hora. A medida que se acercan al macizo montañoso que separa la Gran Barrera de la altiplanicie antártica, esa velocidad inicial va disminuyendo. El objetivo de los esquiadores escandinavos es llegar a la cumbre del gran glaciar Axel Heiberg. El 20 de noviembre tiene lugar una gran matanza de perros. Los cadáveres de 24 animales permitirían a la expedición nutrirse de carne fresca durante sesenta días, así como disminuir la cantidad de provisiones a transportar al reducir drásticamente el número de bocas que alimentar. Los 18 perros supervivientes, distribuidos en tres tiros, aún tardan medio mes en alcanzar la máxima altitud del viaje, los 3.374 metros.

Ante ellos se extiende ahora la ilimitada altiplanicie polar. Con un tiempo variable, que hace oscilar la temperatura desde los – 30° F hasta los 14° F, recorren la inmensa llanura blanca con la sensación de ser los primeros. (En efecto,

Hasta su muerte en el océano Glaciar Artico intentando rescatar a su amigo, el aviador y explorador italiano Umberto Nobile, que había sufrido un accidente con su dirigible sobre el archipiélago de Svalbard, en junio de 1928, los 55 años del noruego Roald Engebrecht Amundsen estuvieron al servicio de su país, la exploración de los polos y el progreso de la ciencia. Fue uno de los primeros en sobrevolar el polo Norte y el descubridor del llamado Paso del Noroeste para barcos rompehielos.



El capitán Amundsen fue uno de los primeros en sobrevolar el polo Norte.



Schackleton, explorador irlandés (1908-1909).

Scott no saldría de su base hasta que los noruegos no dejaron atrás el paralelo 81, y su marcha, glaciar Beardmore arriba, sería mucho más penosa que la de Amundsen y los suyos). El 14 de diciembre de 1911, los cinco noruegos llegaban al polo Sur geográfico. Una bandera de su país y una tienda en cuyo interior dejaron cartas dirigidas al rey —por si les sucedía algo en el camino de regreso— y al capitán Scott atestiguaban su llegada al paralelo 90. El regreso lo hacen con buen tiempo y a toda velocidad. Cuando llegan a Franheim conservan dos trineos y 11 perros. La excursión ha durado 99 días y han recorrido 1.860 millas. El *Fram,* que había retrocedido antes de la llegada del invierno y puesto rumbo a Buenos Aires, acaba de llegar para recogerles.

¿Victorias o derrotas?

Entretanto, Scott y su expedición habían llegado al polo Sur (16 de enero de 1912) y emprendido el camino de vuelta, que jamás llegarían a concluir. Desfallecidos, ateridos y enfermos, morirían a pocos kilómetros de la estación Una Tonelada, cuyos víveres podrían haberles salvado. Su fracaso les convirtió en los primeros héroes del polo Sur, hasta el punto de eclipsar el éxito de sus rivales.

Para paliar esta desventaja, Amundsen no tuvo más remedio que ofrendar su vida a las causas polares. A bordo del *Maud,* construido con sus propias manos, quiso resucitar su proyecto de llegar hasta el polo Norte, dejándose atrapar por el hielo y derivando con él. En 1918 dejó las costas noruegas y, burlando los submarinos alemanes, navegó, siguiendo el Paso del Nordeste, hasta el estrecho de Bering. Pero entonces empezó a considerar la posibilidad de servirse de los medios que la naciente aviación ponía a su servicio. En 1925, junto con el explorador norteamericano Lincoln Ellsworth, voló a sólo 217 kilómetros del polo Norte. Un año después sobrevolaba el mismo polo, junto con Ellsworth y el ingeniero aeronáutico italiano Umberto Nobile, cruzando, a bordo del dirigible *Norge,* desde Spitzbergen (Svalbard) hasta Teller (Alaska). El éxito del vuelo se vio empañado por las disputas que se suscitaron en torno a quién correspondía el mérito del mismo, si a Amundsen o a Nobile. En 1932, el dirigible que gobernaba Nobile cayó cerca de Spitzbergen. Amundsen, pasando por encima de sus discrepancias con el general mussoliniano, voló en socorro de los posibles supervivientes del *Italia,* pero con tan mala fortuna que su avión cayó al agua.

El Artico —pero sobre todo aquellos que habían sido derrotados por él en ambos polos— pasaba la factura al vencedor. Y ni siquiera a

este precio logró Amundsen igualar el destino de Scott, quien, a pesar de perder la carrera hacia el polo Sur, supo ingresar en el terreno de la leyenda. Amundsen, aunque venció en todos los frentes, nunca logró tanto.

J. G. B. C.

Bibliografía básica

AMUNDSEN, R.: *El Polo Sur. La expedición antártica del Fram de 1910 a 1912*, 2 vols. Madrid, 1929.

SCOTT, R. F.: *Scott's Last expedition. Vols. 1 and 2. Arranged by L. Huxley*. Londres, 1913.

WILSON, E.: *Diary of the Terra Nova Expedition to the Antarctic, 1910-1912*. Nueva York, 1972.

HUXLEY, E.: *Capitán Scott. La Odisea del Antártico*. México, 1979.



R. E. Byrd en su cabaña. Invierno de 1934.

1911

Amundsen conquista el polo Sur

La soberanía de la Antártida, y de otras zonas (Svalbard, Jan Mayen) compartidas entre numerosos países, ha creado figuras jurídicas nuevas que han hecho avanzar enormemente el derecho internacional público y presagia lo que podría ser el ordenamiento legal del futuro, si la humanidad logra alcanzar su unidad política a nivel planetario. Un pequeño país como Noruega ha dado ejemplo a las grandes potencias de una visión universal, superadora de egoístas conflictos entre naciones.

Las costas de hielo de la Antártida se precipitan al mar durante la época estival.

CRONOLOGIA

Política internacional

Triunfo de la revolución mexicana, formalizado legalmente en unas elecciones. Madero ocupa la presidencia de la República.
Italia entra en guerra contra Turquía y se anexiona Trípoli, Libia y el Dodecaneso, en el mar Egeo.
Segunda crisis marroquí a causa de la ocupación de Fez por los franceses. Los alemanes envían el cañonero Panther *a Agadir. Termina el conflicto con un acuerdo por el que el protectorado francés sobre Marruecos es indiscutible, y, a cambio, Alemania recibe parte del Congo francés.*
Sublevación en la ciudad china de Hankow, que culminará con la caída de la dinastía manchú. El 30 de diciembre, el doctor Sun Yat-sen es nombrado presidente provisional de China.
El presidente del consejo de ministros ruso, P. A. Stolypin, es asesinado en el teatro de la ópera de Kiev el 14 de septiembre.
Winston Churchill es elegido primer lord del Almirantazgo (ministro de Marina).
Portugal instaura una Constitución liberal. Separación de Iglesia y Estado en la naciente República.
Trece años después de la voladura del Maine*, que sirvió de pretexto para la intervención de Estados Unidos en la guerra hispano-cubana, aquel país declara que España no fue responsable de la destrucción del acorazado.*
Firma de un tratado militar entre Francia y Rusia.
Coronación de Jorge V de Gran Bretaña.

Sociedad

El ministro británico David Lloyd George, gran inductor de reformas sociales, presenta la primera ley nacional de seguridad sanitaria en Inglaterra.
Fundación en España de la CNT (Confederación Nacional del Trabajo).
El rey Alfonso XIII concede el Toisón de Oro a don José Echegaray.
Boda de Pastora Imperio y Rafael Gómez El Gallo.

Economía

Creación del impuesto sobre la renta en Francia.

Ciencia y tecnología

Ernest Rutherford presenta la teoría sobre la estructura planetaria del átomo.
Unión por ferrocarril entre Buenos Aires y Valparaíso a través de los Andes.
Descubrimiento de las vitaminas por sir Frederick Gowland Hopkins.
Premio Nobel de Química a Marie Curie por la descripción y descubrimiento del polonio y del radio y su aplicación en la medicina.



Entierro de Stolypin.

Sucesos

Robo del cuadro La Gioconda, *de Leonardo da Vinci, en el Museo del Louvre.*

Deportes

El 14 de diciembre, el noruego Roald Amundsen alcanza por primera vez en la historia el polo Sur.
Beaumont salva la distancia París-Roma en avión.
Primera carrera aérea París-Madrid, con escala en San Sebastián. Sólo un aeroplano logra llegar al final de la etapa.

Literatura

Maurice Maeterlinck: premio Nobel.
David H. Lawrence: El pavo blanco.
Eugenio d'Ors: La ben plantada.
Gilbert Keith Chesterton: El candor del padre Brown.
Thomas Mann: Muerte en Venecia.
Hugh Seymour Walpole: Mr. Perrin y Mr. Traill.
Mueren Joaquín Costa y Joan Maragall.

Teatro

Karl Sternheim: Los pantalones.
Vollmöller: El milagro, *dirigida por Max Reinhardt.*

Música

Richard Strauss: El caballero de la rosa.
Gustav Mahler: La canción de la Tierra.
Igor Stravinski: Petruchka *(ballet).*
Maurice Ravel: Dafnis y Cloe.
Bela Bartok: El castillo del duque Barba Azul.
Empieza en Nueva Orleáns (USA) la época más fecunda del jazz, apenas conocido en Europa.

Pintura y escultura

Georges Braque: Hombre con guitarra.
Mijail Larionov: Retrato de Vladimir Tatlin.
Auguste Renoir: Gabrielle con una rosa.
Sir Jacob Epstein: tumba de Oscar Wilde en el cementerio parisiense Père-Lachaise.
Se funda en Munich la asociación de artistas «Der Blaue Reiter» (El jinete azul).
Muere Isidro Nonell.

Arquitectura

Josef Hoffmann: Palacio Stocler, *Bruselas (se había empezado a construir en 1905).*
W. Gropius y A. Meyer: Fábrica Fagus, *Alemania.*



Coronación del rey Jorge V y la reina Mary. Postal.



Eugenio D'Ors.



Programa de los ballets rusos diseñado por León Bakst: Vaslav Nijinski.

LA REVOLUCION EN EL BALLET: DE NIJINSKI A ISADORA DUNCAN

A finales del siglo XIX, el ballet se hace internacional. Profesores y compañías de ballet franceses e italianos, como Marius Petipa y Enrico Cecchetti, viajan a Rusia y consiguen que hacia 1900 los bailarines rusos tengan fama mundial, lo que constribuyó al nacimiento de compañías de ballet en otros países. Así, en 1905, una americana fue a Rusia «a demostrar que el ballet clásico estaba equivocado». Isadora Duncan decía que el baile no debía ser la repetición de los pasos ya instituidos, sino que debía ser libre. El ruso Michel Fokin definía el ballet como un conjunto de música, baile, drama y pintura, cuatro elementos equivalentes que formaban un todo. Un bailarín ruso ejemplifica esta evolución de la danza: se llama Nijinski y en 1912 ha escandalizado a todo París con su interpretación en el Preludio a la siesta de un fauno.



Nijinski: un hombre nacido para la danza.

Ana Pavlova, el cisne inmortal.


Ana Pavlova y Layrent Novikoff.

Ana Pavlova, conocida como el cisne inmortal en su época de esplendor artístico, apasionaba a los públicos europeos y americanos por su dominio de la danza, tanto clásica como moderna. Bailarina de origen polaco nacida en San Petersburgo (hoy Leningrado), vivió en la pobreza hasta que fue seleccionada como alumna del Ballet Imperial Ruso, y siempre se preocupó por lograr estabilidad económica y ayudar a niños rusos huérfanos que le recordaban las penurias de su infancia. Arriba aparece junto a Layrent Novikoff bajándose de un taxi en Londres.

Los trabajos de Sergio Diaghilev

En los comienzos del siglo, Sergio Diaghilev era un joven amante de todas las artes y un gran organizador. Nombrado director de las misiones extraordinarias, exhibe en París las obras significativas de la pintura rusa contemporánea, un conjunto de más de mil obras. Tras la pintura vendría la escenografía; y con ella la ópera. Después llegaron los ballets, donde música, danza y decoración se mostraban en una unidad de tanta perfección como originalidad. El debut de la Compañía de Ballets Rusos de Diaghilev se produjo en París en 1909. La presentación conmovió a Europa entera, y por espacio de veinte años el arte del ballet ruso dominó el mundo.

Diaghilev, músico mediocre al que su maestro Rimski-Korsakov aconsejó que jamás entrase en el terreno de la composición, era un apasionado de la pintura, a través de la cual veía todas las demás artes. Desconocedor de los principios de la danza, tuvo un concepto del ballet totalmente nuevo, basado en su idea de una pintura en movimiento, para lo cual se dedicó a buscar jóvenes coreógrafos capaces de realizar esa idea.

En tal sentido, lo que el Teatro de Arte de Moscú estaba realizando con Stanislawski y Meyerhold desde los primeros años del siglo significaba una verdadera revolución en la escena. La importancia dada a las poses proviene de ahí, y desde ese momento se desarrolló una tendencia que bajó a tierra a la danza: la danza moderna, en efecto, se desarrolla más en el suelo que en el aire, y es más horizontal que la de los viejos tiempos. Los ensayos de Meyerhold influyeron en el nuevo arte del ballet de Diaghilev. Según cuenta Sergio Lifar en su libro sobre *La Danse*, «el demonio inquieto de la novedad que poseía Diaghilev contagiaba a sus colaboradores. La búsqueda de lo nuevo, el deseo de conocer lo de hoy y de prever lo de mañana, eran una necesidad casi orgánica. El modernismo se precipitó en los ballets rusos con el cubismo, el surrealismo, la gimnasia rítmica, los deportes, el cinematógrafo, el maquinismo, el exotismo y el primitivismo negro, la acrobacia, el *music-hall*...».

Diaghilev sabía que artistas, compositores, poetas y bailarines debían unirse para hacer del ballet una gran obra de arte. Formó tal equipo, que con su ayuda grandes pintores, compositores, bailarines y poetas se unieron por primera vez desde los tiempos del Balleti de Corte y la época de Molière. Para sus primeras coreografías aprovechó las páginas más características de

la nueva música rusa, de manera que entre 1902 y 1912 sus obras se basaron en la suite de Rimski-Korsakov, *Scherezade*, el ballet más completo y perfecto de la primera época, y en las danzas de *El Príncipe Igor* de Borodin. Y con ellas, las coreografías más nuevas y de mayor audacia de *La siesta de un fauno* o pequeños divertimentos como *El espectro de la rosa*, con música de Weber, que reúne la pantomima, la danza de acrobacia y la estilización de la danza clásica bajo la presencia del vals romántico, en un conjunto de gran acierto efectista.

Nuevas coreografías

En esta primera etapa de sus ballets, Diaghilev contó con Michel Fokin, figura cumbre de la coreografía moderna. Desde sus comienzos, Fokin mostró sus deseos de renovación dentro de la tradición de la danza clásica, pero revitalizada con ideas y sensaciones nuevas. Y el ballet moderno comenzó con las primeras obras que él creó para la compañía rusa.

En el verano de 1914, Fokin definió en el *Times* de Londres las máximas de su arte, que supusieron un engarce directo con las ideas de Noverre. Los cinco puntos de Fokin se podrían resumir en la necesidad de inventar nuevos movimientos que correspondieran al carácter musical; en el ajuste de la danza y el gesto a la expresión de la acción dramática; en que el cuerpo del danzante tuviese expresividad desde la cabeza a los pies; en el progreso del ballet desde la expresión del rostro individual a la de la totalidad de las personas en movimiento en cada es-

Isadora Duncan fue una excelente bailarina y una mujer de principios progresistas que siempre se preocupó de «crear escuela», intentando que sus alumnas bailaran de una forma natural y espontánea «al estilo de la Grecia clásica», olvidándose de las frías técnicas del ballet tradicional. Fundó centros de baile en Europa y América que no lograron enraizar.



Isadora Duncan con sus alumnas en escena.

Diseño realizado por León Bakst para el traje del personaje principal de La siesta de un fauno *de Claude Debussy, interpretado por el mítico bailarín Vaslav Nijinski en el Théâtre du' Châtelet de París, en 1912.*



Diseño de León Bakst para Nijinski en La siesta de un fauno.

El resultado plástico de las ideas escénicas de hombres como Diaghilev o Michel Fokin, conjugando armoniosamente música, danza, decorados, iluminación, vestidos y movimientos, fue la consecución de espectáculos de una gran belleza y calidad. Fokin, por ejemplo, disfrutaba de unas dotes artísticas excepcionales, pues era un gran bailarín además de músico, pintor-dibujante, crítico de arte y aficionado a la historia de la antigüedad clásica. Fue quizás el mejor y más completo coreógrafo de su tiempo en todas las especialidades de la danza escénica. Escribió un bellísimo libro de Memorias *en las que confiesa: «El público que vea mis ballets cuando yo muera dirá asombrado: Qué cosas se le ocurrían a este Fokin...» En la foto de la página opuesta, traje diseñado por Alexandre Golovine para el personaje de zarevitch, interpretado por Fokin, en* El pájaro *de fuego de Igor Stravinski, representada en 1910 en el Teatro Nacional de la Opera de París con decorados de León Bakst.*

cena, y finalmente en pareja importancia de la danza, la música y el decorado.

Fokin comenzó a colaborar con Diaghilev en sus versiones coreográficas de las danzas de la ópera de Borodin, *El príncipe Igor,* en 1909. Luego vino *El pájaro de fuego,* con el que Igor Stravinski se presentó en París; en 1910 llegó *Scherezade* y en 1911 *Narciso* y *Petruska,* que llegaría a ser la sensación del momento. El público enloquecía de excitación con los viriles saltos de las danzas guerreras, y entusiasmado con los diseños de *Scherezade,* el todo París se volvió oriental. La gente ejecutaba los bailes de *Las mil y una noches,* y las modas cambiaron casi de la noche a la mañana. Con Fokin vuelve el triunfo de los grandes bailarines solistas como Pavlova, Karsavina, Ida Rubinstein o Nijinski, logrando mediante la incorporación de un cuerpo masculino el equilibrio que había roto el predominio de las bailarinas.

El espectro de la rosa

Vaslav Nijinski, hijo de bailarines, dio nueva vida a los papeles masculinos, y acabó convirtiéndose en el bailarín más famoso del mundo. Había sido primera figura en *Scherezade* y lo fue en la obra *El espectro de la rosa,* donde su increíble salto a través de la ventana al entrar y salir de escena ha quedado como legendario; se elevaba, quedaba en el aire y bajaba luego en la mitad del tiempo que había necesitado para subir. También había sido el protagonista de *Petruska.* Bailarín de dotes sorprendentes, original y poderoso, su personalidad física había producido una profunda impresión.

Por encargo de Diaghilev, Nijinski se convirtió en coreógrafo. Junto con Igor Stravinski compuso ballets de tan increíble dificultad como *La consagración de la primavera,* estrenado en 1913. El año anterior, Nijinski había triunfado y escandalizado con su versión coreográfica del preludio de *La siesta de un fauno,* que él mismo interpretaba, con música de Claude Debussy. El poema se situó en la Grecia arcaica asociándolo a la juventud del arte. Luego vinieron la coreografía del *Sacre* y más tarde su versión de los *Juegos* de Debussy, en donde se estimó que el joven bailarín y coreógrafo estaba ya agotado. Parece ser que a Nijinski le costaba más hacer su trabajo que a cualquier otro artista de su profesión, ya que su formación musical era escasa y su inteligencia lenta, en contraste con su ductilidad muscular y su plástica corporal.

La guerra de 1914 alteró el sentido artístico considerablemente. La nueva etapa inauguró un tipo de ballet breve, conciso, de dimensiones reducidas pero de una gran concentración espiritual. Se abre una época nueva, caracterizada por la falta de grandes figuras de relieve y por su carácter experimental. Los elementos más relevantes de la música europea serían Maurice Ravel, Arnold Schoenberg, Igor Stravinski, Debussy, mientras comenzaba a apagarse la inspiración de Richard Strauss. En la Europa oriental, la figura clave era Bela Bartok, y en Rusia daba sus primeros pasos Sergio Prokofiev. En España, la música de Manuel de Falla alcanzaba una autenticidad real, sustituyendo al tópico pintoresco. Todo ello repercutía, cómo no, en el ballet.

La compañía de Diaghilev, que había sustituido a Nijinski, inmerso en las tinieblas de la mente, y a Fokin, que se había marchado en 1913, tuvo uno de sus mejores éxitos con la pantomima estrenada en Madrid en 1917 sobre un argumento de *El sombrero de tres picos,* con música de Manuel de Falla, y concebida como una «transposición en un plano de arte»: Martínez Sierra transponía la prosa de Alarcón; Picasso, las salinas de Cádiz; Falla, la música de raíz popular, que él volvía a crear, y Massine, el nuevo coreógrafo, la danza española. Para transponer el baile andaluz, Massine y Tamara Karsavina aprendieron con los bailarines españoles «Realito» y «El Cartagenero».

A Massine se le reconoció, como coreógrafo, la virtud de la invención al crear pasos nuevos y combinaciones de grupos, pero también el defecto de dejarse dominar por artistas atormentados por la idea de la innovación, como en los



Michel Fokin en el papel de zarevitch. Traje diseñado por Golovine.

SERGIO PAULOVICH DIAGHILEV (Novgorod, Rusia, 1872-Venecia, 1929)

Hijo de un militar y de una noble, quedó huérfano de madre en su primera infancia. Estudió leyes en San Petersburgo, con muy escaso aprovechamiento y notable dedicación a la vida literaria. Dotado de una extraordinaria sensibilidad artística, dominaba el piano desde su niñez e hizo algunas incursiones en la composición musical. En 1893 viajó por primera vez al extranjero, visitando Alemania, Francia e Italia, donde conoció a Emilio Zola, a Gounod y a Verdi. Consiguió graduarse en derecho en 1896, aunque estaba decidido a dedicarse a la música, camino del que le apartó la opinión negativa de Rimski-Korsakov. En Moscú conoció al famoso bajo Chaliapin y empezó a desarrollar sus revolucionarias ideas sobre la ópera, el ballet y la coreografía. En 1898 fundó la revista *El mundo del arte,* influida por las ideas estéticas de Breadley y Oscar Wilde, que se publicó hasta 1904 y en torno a la cual se agruparon pintores como Bakst y Benois y coreógrafos como Fokin. En 1905, Diaghilev organizó, en el palacio Tauride de San Petersburgo, una exposición sobre arte ruso que alcanzó extraordinario éxito. En 1906 marchó a París, donde dio a conocer una serie de aspectos de la cultura rusa. En 1907 organizó una serie de conciertos de músicos nacionalistas rusos; al año siguiente presentó la ópera de Musorgski *Boris Godunov,* cantada por Chaliapin. Y en 1909, en el teatro de Châtelet, de París, hacen su aparición los famosos Ballets Rusos, que serían la creación de su vida.

Influido por las innovaciones en la danza de Isadora Duncan, el wagnerismo de la época y las ideas estéticas de Baudelaire, Diaghilev revoluciona el arte escénico. En los Ballets Rusos figuran estrellas de la magnitud de Ana Pavlova, Tamara Karsa-

vina, Vaslav Nijinski e Ida Rubinstein. París admira las danzas de *El príncipe Igor, Las sílfides;* en 1910, *Scherezade, El carnaval* y *El pájaro de fuego.* Los éxitos vienen esmaltados por el escándalo ante las nuevas formas artísticas. Con *Petruska,* de Stravinski, logró Diaghilev una de sus máximas creaciones. En 1912 empieza a colaborar con él Jean Cocteau. En 1913 monta *La consagración de la primavera,* en la que Stravinski y Diaghilev alcanzan una de las cimas de su arte. El estreno de *La siesta de un fauno,* de Debussy, resultó un escándalo memorable.

Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, Diaghilev pierde todo contacto con su patria rusa, a la que nunca volvería. Y, al mismo tiempo, ansioso siempre de renovación, abandona la idea de un ballet exclusivamente ruso. Colabora con los artistas más famosos del París cosmopolita de la época: Apollinaire, Auric, Debussy, Cocteau, Poulenc, Ravel, Rouault, Picasso, Matisse. Los rusos Bakst, Fokin, Nijinski no tardan en enfrentarse a Diaghilev y algunos abandonan los Ballets Rusos; la ruptura con Nijinski fue sonada.

En esta segunda época se acrecienta la influencia de todo tipo de artistas y corrientes, especialmente pictóricas, de la Escuela de París (futurismo, cubismo, fauvismo, surrealismo, constructivismo...). Se suceden las giras por toda Europa, Estados Unidos y América del Sur. A pesar del éxito, Diaghilev fue siempre un hombre acosado por las dificultades económicas, solitario, insatisfecho, perfeccionista hasta la obsesión, ávido siempre de incesante renovación, audaz y de un extraordinario encanto personal, unido a una sensibilidad fuera de serie.

Su homosexualidad, que en la Rusia zarista le había causado no pocos problemas, no fue obstáculo en su carrera artística en Europa. Diabético desde hacía mucho tiempo, Diaghilev estaba muy quebrantado de salud cuando terminó la temporada de 1929 en el Covent Garden londinense. De vacaciones en Venecia, se agravó mucho, sufriendo un coma del que falleció en agosto de 1929. Fue enterrado en el cementerio veneciano de San Miguel. Después de su muerte, los Ballet Rusos se disgregaron; nadie pudo sustituir al «genial diletante».



Los últimos años de Nijinski.

casos de Stravinski, Pablo Picasso o el ruso Larionoff.

La estela de Isadora

A finales del siglo pasado llegaron a Europa algunas artistas americanas que causaron en unos casos curiosidad, como Loie Fuller, y en otros un profundo efecto, como Isadora Duncan.

Ataviada con una túnica griega, con los pies desnudos y una forma de danzar improvisada sobre músicas clásicas o románticas, Isadora Duncan dejó a un lado los prejuicios y las reglas tradicionales y contribuyó al nacimiento de un espíritu más libre. Pretendió volver al espíritu primitivo de la danza, cuyo secreto, según ella,

Nijinski da unos pasos de baile ayudado por su esposa.

era Grecia, y que consistía en seguir libremente los movimientos naturales inspirados por la música. Pensaba que «toda música puede ser danzada», y que los pasos fundamentales, inspirados en las figuraciones de los vasos griegos, debían ser la carrera, el salto con las rodillas dobladas y el echar la cabeza hacia atrás.

Aunque su postura seudohelenizante conoció momentos de grandes éxitos, su triunfo fue muy breve y, como destino inevitable, vio perecer su propio arte en manos de sus imitadores, que no llegaron a destacar frente a la poderosa línea clásica del ballet y de sus intérpretes.

El arte de la otra americana, Loie Fuller, era realmente un truco de iluminación. Logró momentos inolvidables en los que las luces de color fingían vientos, caídas de agua, ráfagas luminosas que resplandecían en su menuda figura, que ella, mediante dos bastones sujetos en las manos, agigantaba en el escenario. La Duncan dijo de ella: «¡Qué genio tan extraordinario! Estuve transportada, pero me di cuenta de que aquello era una ebullición de la naturaleza, que nunca volvería a repetirse.»

Si en Loie Fuller no se puede hablar de danza, en la Duncan no se puede hablar de ballet: detestaba el ballet clásico tanto como a Wagner, y cuando Cósima Wagner le insinuó la organización de las danzas de la bacanal de Tannhäusser, la Duncan se negó alegando que la música de Wagner era la antítesis de la danza, y que no había nada tan indanzable como su sinfonismo.

Por aquellas fechas, se extendía en Alemania un intenso clima de innovación que se iba a plasmar en los cabarets o «cafés intelectuales», que tanto éxito tuvieron en el Berlín anterior a la primera guerra.

Su primera figura fue Rodolfo Won Laban, más teórico y profesor que coreógrafo, cuyas investigaciones de los impulsos psicológicos del movimiento y del ritmo cristalizaron en un sistema de expresión física conocido como Eukinética. De su estudio nacería la artista Mary Wigman, que basaba lo sustancial de la danza en una estructura de ritmos a la que se superpone el movimiento del cuerpo humano. Esto la llevaría a sustituir la música en la danza por un sistema organizado de percusiones y a convertir el paroxismo en movimiento cultural.

La carrera de Mary Wigman como bailarina comenzó propiamente en 1913, el año de las innovaciones de Nijinski, pero siguiendo un sentido opuesto: ella, en el terreno de lo no musical, y él en el de la máxima musicalidad.

El arte de Mary Wigman inspiró en Estados Unidos el geometrismo de Marta Graham, creadora de una escuela de indudable trascendencia para la danza americana. De aquí salieron bailarines como Ana Sokoloff y José Limón.

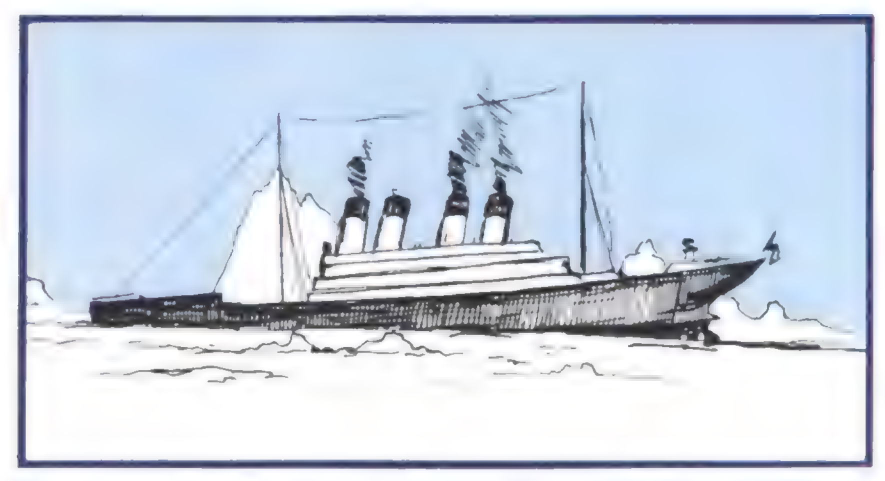
Simultáneamente, se produce en España una especie de revolución en la danza, al orientarse del estatismo tradicional al espacialismo europeo. Esta transformación es debida a los coreógrafos que vieron la posibilidad de crear un ballet con *El sombrero de tres picos,* la pantomima original de 1917, con *El corregidor y la molinera,* o con *El amor brujo,* todas ellas debidas a Manuel de Falla. Cuando los bailarines españoles como Vicente Escudero, Rafael Ortega y Antonio Triana bailan estos pasajes, retroceden a sus fuentes de estilo tradicional, que son las que inspiraron a Falla. Las obras de Manuel de Falla pasaron a ser las representantes en España de las nuevas tendencias de la música.

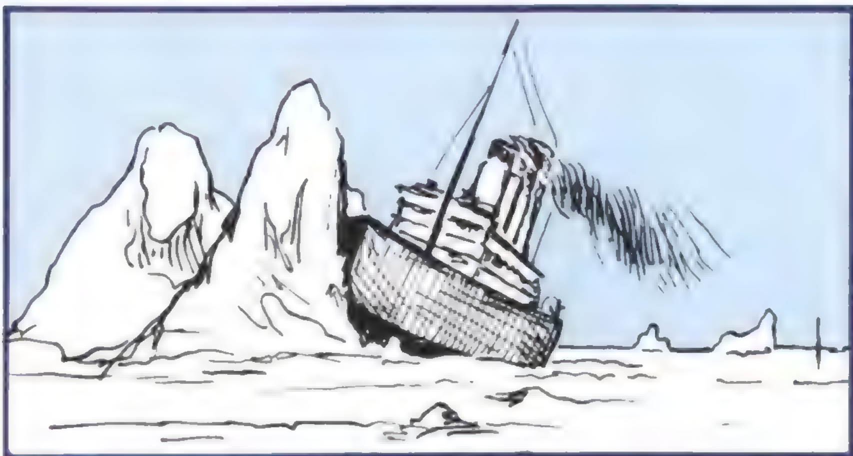
A. C.

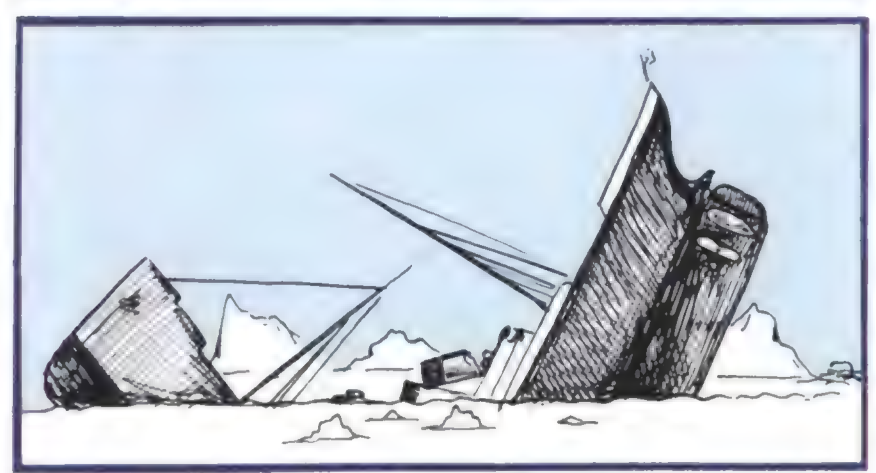
La carrera artística de Vaslav Nijinski (1890-1950) se desarrolló entre 1907 y 1919, cuando se retiró de la escena debido a una fuerte enfermedad nerviosa, que fue diagnosticada como esquizofrenia, a sus 29 años. Sus mayores éxitos los obtuvo entre 1909 y 1913, junto a Fokin y Diaghilev, con el que le unía una fuerte pasión artística de tendencia homosexual y unas curiosas relaciones de amor-odio. Murió en Londres el 8 de abril de 1950.

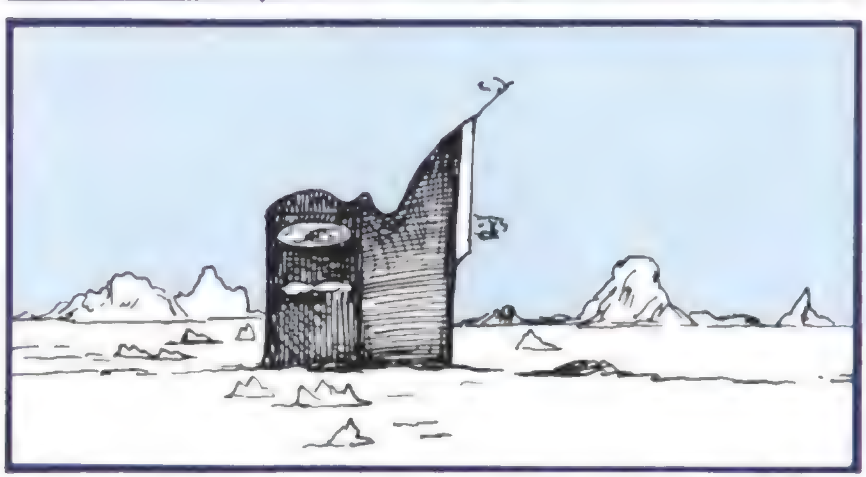


Nijinski en escena: era la época de la gloria.









Croquis del hundimiento del Titanic.

EL 15 de abril de 1912, los periódicos de todo el mundo mandaban en su primera página con una terrible noticia que conmovió a todos sus lectores. El trasatlántico Titanic, *el barco más grande y más potente de la historia naval, orgullo de la industria y la marina británicas, se había hundido en las gélidas aguas del Atlántico Norte frente a las costas de Terra-*



El Titanic es remolcado a la salida de Southampton.

EL HUNDIMIENTO DEL «TITANIC»

nova, tras chocar con un iceberg. *El inmenso buque, grande como una casa de diez pisos y considerado insumergible, se había ido a pique en cuestión de tres horas y media, pereciendo en el naufragio más de 1.500 personas, entre ellas algunas de las mayores fortunas de la época. Era el primer viaje trasatlántico del lujoso paquebote que pretendía revolucionar el transporte marítimo de pasajeros y que fue tragado por el inmenso mar tenebroso. Un periódico británico, recordando la campaña de propaganda previa al viaje, tituló: «La soberbia del* Titanic, *al fondo del océano.» José Ramón Ariño, periodista, reconstruye los hechos de la fatídica noche del naufragio y analiza la repercusión que la tragedia del* Titanic *tuvo en su tiempo.*

En la página opuesta, cuatro dibujos que describen el naufragio del Titanic, *realizados por uno de los supervivientes, puesto a salvo a bordo del* Carpathia. *Bajo estas líneas, el* Titanic *sale remolcado del puerto de Southampton el día de la partida hacia su viaje sin retorno.*




El capitán Smith.

Orgullo de la ingeniería naval

Lo primero que sorprende al investigador del naufragio del *Titanic* es la escasez de documentos oficiales y fuentes solventes de las que echar mano, en medio de toda una maraña de literatura barata y fantástica sobre el asunto. Según el comandante británico John Grattan, estudioso del *Titanic* y miembro de la sociedad Seawise and Titanic Salvage (Rescate del Titanic y su tesoro), la fuente más fidedigna es un informe conservado celosamente en el Almirantazgo británico (parece ser que sólo hay una copia) y que fue redactado por una comisión de encuesta presidida por lord Mersey poco después del naufragio, tras oír a todos los supervivientes y a las personas que intervinieron en su salvamento. La cifra de rescatados se estima en 705 (los que pudieron subirse a los botes, ya que la frialdad de las aguas en las latitudes del hundimiento hacía imposible la supervivencia) y la de muertos y desaparecidos oscila entre 1.505 y 1.538, puesto que no se sabe con seguridad el número exacto de personas que iban a bordo, entre pasajeros y tripulación.

El *Titanic* era un buque del tipo paquebote trasatlántico con 60.000 toneladas de desplazamiento, 271 metros de eslora, 28 de manga y 30 de puntal, que destacaba por su enorme altura, similar a la de una casa de diez pisos, y el lujo de sus instalaciones interiores. Su casco era supuestamente insumergible, ya que estaba dotado de un doble fondo y un sistema de 16 compartimientos estancos, pensados para mantenerlo a flote, aun en caso de colisión, y que se manejaban desde el puente por mando hidráulico. Iba equipado con un impresionante motor de 50.000 CV de potencia que movía tres enormes hélices.

Fue construido por la compañía naviera White Star Line, con apoyo financiero del Reino Unido, en los astilleros Harland & Wolff, de Belfast (Irlanda del Norte), y matriculado en Liverpool. Fue un barco con mala estrella desde el momento de su botadura, ya que en su primera prueba de navegabilidad embistió a un crucero, causándose ambos buques grandes daños. Cuando, por fin, partió del puerto de Southampton en su primer viaje, la tarde del 10 de abril de 1912, el enorme remolino causado por sus hélices rompió las amarras de otro barco atracado en el muelle, con el que casi chocó. Por si esto fuera poco, se declaró un incendio en la caldera número 6 y el viaje estuvo a punto de suspenderse, pero el presidente de la White Star Line, Bruce Smay, que iba a bordo junto al ingeniero naval constructor del buque, decidió seguir adelante, pues el resto de las calderas eran suficientes para impulsar el barco.

A pesar de todos estos problemas lo único que se hizo fue embarcar en secreto a un grupo de bomberos (de 12 a 25 hombres) encargados de controlar el incendio de la caldera 6 —pero sin apagarla— hasta Nueva York, el puerto de destino. No se podía echar por tierra, a causa de una avería, el esfuerzo propagandístico de los armadores, que llevaban meses diciendo al mundo que el *Titanic* era un prodigio de la técnica moderna, que combinaba el lujo más sofisticado con la seguridad más absoluta, además de la rapidez, ya que el viaje entre Europa y América se podía hacer ahora en sólo seis días.

Tras partir de Southampton la tarde del 10 de abril, el *Titanic* cruzó el canal de la Mancha (al que los ingleses persisten en seguir llamando *English channel* —canal inglés—) y entró en el puerto francés de Cherburgo para recoger a algunos pasajeros del continente. Salió de puerto, fondeó durante la noche frente a Queenstown, y al amanecer del día 11 se puso rumbo a Nueva York a toda máquina. Tenía que cruzar el Atlántico en menos de una semana.

Un pasaje distinguido

El *Titanic* iba mandado en su primer viaje trasatlántico por el capitán Smith, veterano marino de la White Star Line, a quien cabía el honor de hacer todas las primeras rutas en los nuevos barcos de la compañía naviera. A bordo iban, aparte del armador y el ingeniero constructor del buque, la flor y nata de los aristócratas populares de la época, así como algunas personas poseedoras de grandes fortunas. Entre los 325 pasajeros de primera clase se encontraban la señora Rothschild, el banquero Benjamín Guggenheim y los multimillonarios Alfred Vanderbilt, Isidoro Strauss y el coronel Astor. Este último, acaudalado hombre de negocios norteamericano, cuya fortuna se calculaba en más de 700 millones de dólares de la época, cedió su puesto en uno de los botes salvavidas a una mujer y pereció en el naufragio. El hecho es que viajaban en el *Titanic* numerosos personajes de los que salían habitualmente en las páginas del *Times* y de la revista de cotilleo *Punch*, lo que constituiría la delicia de cualquier cronista de sociedad embarcado en el lujoso trasatlántico.

Esta proliferación de popularidad y grandes fortunas a bordo del *Titanic* es lo que aún hoy día sigue haciendo muy interesante el rescate de los restos del buque, situados a unos 4.000 metros de profundidad. La valoración aproximada de las joyas, dinero, oro y plata que se hundieron junto al «orgulloso» trasatlántico se estima en unos 15.000 millones de pesetas.

Una travesía normal

La noche del 14 al 15 de abril de 1912, el *Titanic*, tras cuatro días de navegación a toda

El capitán Smith, veterano marino a quien la White Star, compañía británica propietaria del buque, puso al mando del Titanic *en su primer viaje. Bajo estas líneas, a la izquierda, un dibujo que describe una escena de la vida mundana a bordo de uno de los barcos de lujo de la época. A la derecha, abajo, los músicos de la orquesta que amenizaba las veladas de la primera clase del* Titanic *y que se comportaron como verdaderos héroes durante el naufragio. Arriba, el radiotelegrafista del barco, trabajando en su cabina de transmisiones. Las llamadas de auxilio del* Titanic, *resumidas en las siglas SOS (abreviatura del inglés* saving of soul) *y adoptadas luego como símbolo internacional de petición de socorro, no fueron escuchadas por los barcos cercanos.*



La vida social de los barcos: un lujo al alcance de muy pocos.



El radiotelegrafista en su cabina.



Miembros de la orquesta del Titanic.

máquina, había hecho una travesía normal en un tiempo récord. Sólo quedaba día y medio para llegar a Nueva York y los tramos más peligrosos de la ruta ya habían sido sobrepasados. La costa estaba relativamente cerca, el tiempo era apacible, la mar estaba en calma y el horizonte despejado. En los salones de primera clase se celebraba una fiesta, amenizada por una de las orquestas más populares del Reino Unido, mientras Philips, el radiotelegrafista de guardia no dejaba de transmitir a Nueva York cables familiares o de hombres de negocios —estos últimos en clave— preparando la llegada del distinguido pasaje. Era tal el trabajo rutinario del radiotelegrafista que no prestó atención a un mensaje transmitido a las diez de la noche desde el *California*, un pequeño barco que navegaba en las proximidades del *Titanic*. Era un cable de advertencia a todos los buques que se hallaban en la zona, comunicando la presencia de grandes masas flotantes de hielo, cosa muy rara en esa área, y advirtiendo que se encontraba a la

Una foto tomada desde el paquebote Carpathia *muestra el momento en que un bote salvavidas del* Titanic, *lleno de náufragos, se acerca hacia sus salvadores. Abajo, un dibujo realizado a bordo del* Carpathia *reconstruye una de las escenas del hundimiento del* Titanic, *según los relatos de primera mano de los propios supervivientes del naufragio. El buque siniestrado aparece al fondo, rodeado de lanchas salvavidas.*

Un bote salvavidas se acerca al Carpathia.



deriva, con el fin de poder esquivar a los *icebergs*. El mensaje, tan extraño como importante, no fue tenido en cuenta por el atareado telegrafista y no fue comunicado al puente de mando del *Titanic*.

El trasatlántico navegaba confiado y a todo vapor cuando a las 10,25 uno de los vigías (luego se demostró que no iban equipados con prismáticos) avistó un enorme *iceberg* a unos 500 metros del barco. El *Titanic* iba directo a estrellarse de proa contra él. Comunicada la presencia de hielo al puente de mando, el capitán Smith tardó 37 preciosos segundos en ordenar virar a babor. Pudo evitarse el choque frontal con el *iceberg*, pero todo el costado derecho (estribor) del barco rozó con la mole de hielo, que lo rasgó como si fuese cera y le abrió una brecha de 90 metros de largo. El ingeniero, tras una inspección ocular de los daños, comunicó al capitán y al armador que nada se podía hacer; las bombas de achique eran insuficientes y los compartimientos estancos no servían al tratarse de una brecha tan enorme. El *Titanic* iba a hundirse en un plazo máximo de cuatro horas. El pronóstico fue acertado, ya que el trasatlántico sólo flotó tres horas y media.

Así fue el hundimiento del barco más grande del mundo.

«¡Abandonar el barco!»

El capitán Smith ordenó inmediatamente al radiotelegrafista que no dejara de emitir llamadas de socorro a todos los barcos próximos, especialmente al *California*, cuyas luces se divisaban en lontananza. Los oficiales y la tripulación fueron movilizados para intentar organizar la operación de evacuación del inmenso trasatlántico con orden y sin histerismos. Pero la imprevisión y el exceso de confianza en la insumergibilidad del buque ya habían preparado el drama: no había botes salvavidas suficientes ni para la mitad de los pasajeros que iban a bordo. Los de primera clase seguían bailando como si nada hubiera pasado, pero los inmigrantes pobres (irlandeses y orientales en su mayoría) que iban en tercera, en los pisos inferiores del barco, ya se habían dado cuenta del choque.

Los oficiales tuvieron sus problemas para convencer a los pasajeros de lujo de que era necesario abandonar el buque, pues éstos les recordaban la publicidad hecha antes del viaje, en el sentido de que el *Titanic* era insumergible. Se intentó que todos los pasajeros se pusieran un chaleco salvavidas y fueran subiendo ordenadamente a cubierta. Las plazas en los botes fueron ocupadas primero por mujeres y niños, después por hombres de edad avanzada y... no había para más.

Durante las operaciones de evacuación se registraron escenas de todo tipo —relatadas luego por los supervivientes— que ponían en evidencia lo contradictorio de la conducta humana, capaz de gestos de solidaridad, como el ya mencionado del coronel Astor, y del egoísmo más rastrero que dicta el afán de supervivencia. Varios pasajeros tuvieron que ser obligados por la fuerza a abandonar los botes que habían ocupado sin derecho, y el primer oficial Murdoch tuvo que disparar contra tres italianos que, disfrazados de mujer, se habían hecho con uno de ellos.

Mientras el frío de la madrugada arreciaba y en la cubierta del *Titanic* se registraban escenas dantescas, el radiotelegrafista Philips no cesaba de enviar mensajes de socorro. Estos fueron captados por las estaciones costeras canadienses de Halifax (Nueva Escocia) y Cape Race (isla de Terranova), quienes los retransmitieron inmediatamente a todos los barcos que navegaban por la zona, a las autoridades y a medio mundo, por lo que la tragedia se conoció mientras suce-



La señora Strauss.

Los relatos del hundimiento del Titanic *contados por sus propios pasajeros y las historias humanas y trágicas que el naufragio produjo fueron contenido habitual de los periódicos y revistas de la época durante muchos meses. Sobre estas líneas, retrato de la señora Strauss, pasajera de primera clase, que se negó a abandonar el barco para no separarse de su marido y pereció con él en las gélidas aguas. Los Strauss eran propietarios de una cadena de grandes almacenes extendida por toda Europa.*

día. El *California,* que estaba a la vista del *Titanic,* había desconectado su radio y asistió impasible a la tragedia. Los cohetes y bengalas que el *Titanic* le lanza en vista de que no recibía sus mensajes telegráficos fueron tomados por el capitán del *California* como signos de que en el lujoso trasatlántico se celebraba una gran fiesta. Además, como el *Titanic* estaba parado, el *California* pensó que ya había hecho caso a sus anteriores avisos de presencia de *icebergs.* Como declararía luego el capitán de este barco, todos los miembros de su tripulación pensaron en la gran fiesta del *Titanic* y, por supuesto, que el inmenso trasatlántico era insumergible.

Uno de los mensajes de Philips —que murió ahogado en su puesto de radiotelegrafista, desde el que estuvo transmitiendo hasta el final— fue captado por un pequeño paquebote, el *Carpathia,* que, aunque estaba algo lejos del *Titanic,* inmediatamente puso proa a toda máquina hacia el lugar del siniestro. Cuando llegó, pasadas las cuatro de la madrugada, sólo pudo zigzaguear entre los restos y los botes salvavidas, recogiendo a los 705 supervivientes. Hacía ya más de dos horas que el *Titanic* se había hundido.

El «Titanic», a pique

Según relato de los supervivientes que asistieron horrorizados al naufragio del *Titanic* desde los botes, éste comenzó a hundirse por proa aproximadamente a las dos de la madrugada. El capitán dictó su última orden: «Sálvese quien pueda», y junto al primer oficial Murdoch se pegó un tiro, en el momento que el trasatlántico se partía en dos, a la altura precisamente del puente de mando, y se hundía rápidamente el trozo de proa. Hasta este momento, la orquesta no dejó de tocar el himno religioso «¡Estoy más cerca de ti, Dios mío!», confortando a los pasajeros.

Poco después el trozo de popa pivotó sobre sí mismo y se colocó donde debería estar la proa. Paulatinamente, la trasera del barco fue poniéndose en vertical perfecta, mirando al cielo, y tras permanecer en esta posición durante unos cinco minutos se sumergió totalmente en las gélidas aguas. Se produjo un inmenso remolino y durante una media hora los que estaban en los botes oyeron los gritos de auxilio y el chapoteo de sus familiares, amigos y compañeros de viaje, condenados a morir en las frías aguas por falta de sitio en los botes. Después la noche volvió a su silencio habitual sobre el océano.

Desde entonces el *Titanic* duerme un largo sueño a 4.000 metros de profundidad, encon-

La mayor parte de los muertos que ocasionó el hundimiento trágico del Titanic *se debieron a la frialdad de las aguas en la latitud del naufragio y, sobre todo, a la falta de botes salvavidas capaces de albergar en sus banquillos a la totalidad del pasaje. Junto a estas líneas, los hermanos Lolo y Louis Lavretil, que perdieron a sus padres en el naufragio. A la derecha, un grupo de supervivientes se aprestan a subir por una escalera a bordo del* Carpathia *desde su bote salvavidas.*

Lolo y Louis Lavretil. Dos supervivientes.



Una foto esperanzadora: al fin a salvo.

trándose los restos a 41° 40′ latitud norte y 50° 03′ longitud oeste, según John Grattan, que intenta su rescate. Esto difiere algo de la posición que el *Titanic* lanzó antes de hundirse (41° 46′ latitud norte, 50° 14′ longitud oeste). En las cajas fuertes del trasatlántico se encuentra el llamado «Tesoro de Rubaiyat», propiedad de Omar Khayan y que fue valorado en 1912 en 124 millones de libras esterlinas. El océano se tragó también el famoso «Diamante Azul», que había pertenecido a la última reina de Francia, María Antonieta, y que según dicen trae mala suerte a sus propietarios. En el fondo del mar está asimismo un tesoro de joyas, monedas de oro y piedras preciosas, repartidas en los camarotes de primera clase del *Titanic*. Actualmente, tres sociedades intentan rescatar los restos del trasatlántico, aunque se especula con que tanto la marina norteamericana como la soviética hayan podido ya «limpiar» el tesoro. En la misma zona donde yace el *Titanic* se hundió, el 15 de febrero de 1982, la plataforma petrolífera canadiense *Ocean Ranger* (que supuestamente también era insumergible) y un día más tarde el carguero soviético *Mekanik Tarasov*, pereciendo en los naufragios 84 y 43 personas, respectivamente. El Atlántico seguía cobrándose su tributo de vidas humanas.

Repercusiones de la tragedia

El hundimiento del *Titanic* conmocionó a la sociedad de su época y motivó un importante avance de la industria naval, como se puso de manifiesto en los nuevos modelos de barcos que pronto fueron usados en la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Por otra parte, en las conferencias internacionales de derecho del mar y sobre seguridad del transporte marítimo, el caso del *Titanic* sirvió para que se hiciera obligatoria la presencia de botes salvavidas suficientes para todo el pasaje y el mantener abiertos durante las veinticuatro horas los sistemas de comunicación radiotelegráficos de los barcos.

Las imágenes dantescas del hundimiento, relatadas por los supervivientes, inspiraron dibujos, cuadros, novelas y poemas. Quizá el relato más popular del naufragio sea la novela y el guión de la película *A night to remember* (traducida al castellano como *La última noche del Titanic)*, escritos por Eric Ambler y llevada al cine en 1958 por Roy Baker, con la interpretación de Kenneth More y Honor Blackman, que hicieron inolvidables algunas de las escenas sobre los momentos más trágicos del hundimiento.

J. R. A.

Varios científicos, aventureros y empresarios han estudiado la posibilidad de reflotar el Titanic *y rescatar algunos de sus tesoros. Pero sacar una masa de más de 60.000 toneladas desde 4.000 metros de profundidad es una tarea imposible. Un proyecto prevé su fraccionamiento por medio de explosivos en trozos de unas 500 toneladas cada uno, pero todavía no se ha llevado a la práctica, y el «trasatlántico insumergible» sigue durmiendo en el fondo del océano. Bajo estas líneas, los empleados de la White Star Line se arremolinan al lado del telégrafo de la naviera, tras conocerse la noticia del naufragio.*



H. Bride, segundo radiotelegrafista, desciende del Carpathia con los pies congelados.



Las primeras noticias del hundimiento llegan a la White Star.



1912

EL CUBISMO

TODO se mueve en la pintura a principios del siglo XX. Elementos tan aceptados como la tridimensionalidad, la representación, la luz o el color son puestos en duda por un grupo de jóvenes artistas que, encabezados por el español Pablo Picasso y el francés Georges Braque, dan cuerpo al movimiento cubista. Hay acuerdo general a la hora de establecer que fue un cuadro de Picasso fechado en 1907, Les demoiselles d'Avignon, *el iniciador del movimiento. Cinco años después, la experimentación cubista alcanzará su punto más alto con la introducción del* collage.

Víctor Nieto Alcaide, profesor adjunto de Historia del Arte de la Universidad Complutense de Madrid, y autor entre otros de Impresionismo y fauvismo, Del cubismo a la abstracción *y del fundamental* La luz, símbolo y sistema visual, *es el autor de este artículo.*



Pablo Picasso. Serie de sellos checoslovaca.

Hay cuadros que son hitos en la historia de la pintura porque suponen innovaciones que marcan el paso cualitativo de un estilo a otro, productos de la creación y de la acumulación de experiencias y avances cuantitativos anteriores. Si La lechera de Burdeos *de Goya abre ya camino a la pintura posterior y puede considerarse como el primer cuadro impresionista, el gran óleo de Picasso conocido como* Les demoiselles d'Avignon (Avinyó) *supone el anuncio del cubismo, que marcará poco después a todos los grandes artistas del siglo XX. El tema del cuadro fue recogido por Picasso en un burdel de la calle de Avinyó, enclavada en el barrio chino de Barcelona. Mientras lo pintaba en el París de 1907, el artista había visitado el Museo del Hombre y quedó impresionado por la expresividad de las máscaras negras (obsérvese esta influencia en las dos «señoritas» de la derecha).*

Les demoiselles d'Avignon (Avinyó).

Aires nuevos para la pintura

El genio, la creatividad y el inmenso y prolífico trabajo desarrollado por Pablo Ruiz Picasso sólo puede compararse al de los grandes artistas del Renacimiento. Picasso fue un innovador, en constante experimentación en todas las ramas de las artes plásticas. Si Picasso y Braque, inspirados en Cézanne, fueron los inventores del cubismo y los collages, un joven pintor español, protegido por el primero, quedaría tan subyugado por el nuevo estilo que dedicaría toda su corta vida a profundizar en el mensaje plástico cubista con gran rigor y método: Juan Gris.

En el breve período que discurre entre 1900 y 1914 tuvo lugar una de las renovaciones más ricas y profundas de la historia del arte contemporáneo. Acaso porque estaba todo por descubrir y se habían roto los convencionalismos y limitaciones teóricas anteriores y porque se da el marco de unas condiciones históricas y culturales favorables, durante esos años quedan sólidamente establecidas las bases y presupuestos de un nuevo concepto del arte basado en la experimentación, en el mito de la ruptura con la tradición y en el credo de la vanguardia.

Formulaciones como el expresionismo, el fauvismo, el cubismo, el futurismo y los inicios de la abstracción forman el mosaico de tendencias y propuestas a través de las cuales se articula una forma nueva de entender la práctica artística que afecta al concepto mismo de objeto de arte.

Dentro de la variedad y disparidad de actitudes que se registran en estas tendencias es posible hallar, entre otros, un común denominador que las caracteriza. Tanto los pintores expresionistas como los fauvistas, los cubistas y futuristas, como las indagaciones en solitario en el terreno de la abstracción de Kandinski, se orientan, desde enfoques y perspectivas diferentes, a investigar las posibilidades de la pintura como una práctica autónoma con respecto a los valores que tradicionalmente se habían venido atribuyendo a la representación.

Quiere esto decir que la pintura se entiende por primera vez como un arte basado exclusivamente en el desarrollo imaginativo de sus medios plásticos exclusivos. Fauvistas y expresionistas plantearon la práctica de la pintura como una actitud orientada a configurar un nuevo repertorio de imágenes en las que el color era el elemento sustentante principal. Del mismo modo, los cubistas, a partir de un desarrollo autó-



Pablo Ruiz Picasso.



Juan Gris.

nomo y analítico de la forma, desarrollaron una pintura en la que el cuadro se fue apartando cada vez más del concepto tradicional de *ventana abierta* y de escenario tridimensional para convertirse en un objeto plano, válido por sí mismo y contrario a todo ilusionismo.

Un año decisivo en la experimentación de vanguardia

Hay una fecha, 1912, en la que se producen una serie de novedades fundamentales, especialmente a través de las experiencias cubistas de Picasso y Braque, que llevan este proceso a sus últimas consecuencias. Guillaume Apollinaire, el poeta que asume el papel de defensor y teórico de la nueva pintura, decía al respecto en *Les peintres cubistes:* «Los jóvenes pintores de las escuelas extremas persiguen la finalidad secreta de hacer pintura pura. Es un arte plástico enteramente nuevo. No se encuentra todavía más que en sus comienzos y no es aún tan abstracto como quisiera serlo. La mayoría de los pintores nuevos hacen matemáticas sin saberlo o sin saberlas, pero no han abandonado todavía la naturaleza, a la que interrogan pacientemente a fin de que ella les enseñe el camino de la vida.»



Georges Braque.

La afirmación de Apollinaire resulta precisa y significativa si tenemos en cuenta su fecha: 1913. En ese año el poeta publica el libro citado, que apareció como una apología y manifiesto de la nueva pintura, y cuyo contenido procede de una conferencia que pronunció en Berlín a principios de 1913. Es decir, la idea de Apollinaire acerca del alcance de la nueva pintura se basaba fundamentalmente en las experiencias llevadas a cabo por Braque y Picasso el año anterior, en las que el concepto tradicional de representación había recibido el golpe más duro que se le había dado hasta entonces. Pero antes de analizar la aportación cubista, es preciso mencionar algunos acontecimientos que tuvieron lugar aquel año para resaltar su importancia en el desarrollo de las vanguardias históricas.

En 1912 hace su aparición *Der Blaue Reiter,* nombre que procede del almanaque que Kandinski y Marc habían proyectado y publicado ese año. El grupo, que integraba a artistas con preocupaciones muy diferentes, nacía con una idea precisa: difundir, implantar y dar a conocer el arte contemporáneo. A lo largo de varias exposiciones —la primera tuvo lugar en enero de 1912 y la segunda en marzo del mismo año— se reunieron obras de artistas tan diferentes como los fauvistas y los cubistas, Kandinski, Marc o Klee. En realidad, el ideólogo y teórico del grupo fue Kandinski, que por esos años ya había iniciado la abstracción y que en 1912 publica *De lo espiritual en el arte,* aunque estuviese escrito desde dos años antes.

También en 1912, entre el 5 y el 24 de febrero, tiene lugar en la galería Bernheim-Jeune de París la primera Exposición Antológica de los futuristas, un grupo de pintores italianos que iniciaban, con unos planteamientos diametralmente opuestos a los del cubismo, una actitud que convertía a la vanguardia en un fin en sí mismo, en un gesto, en una nueva ética y en una actitud ante la vida agresiva y provocadora.

En relación con el cubismo también se producen algunos acontecimientos importantes. Además de la nueva orientación que experimenta la trayectoria plástica de Picasso y Braque, la influencia de su pintura se deja sentir en otros jóvenes artistas que, operando en esta misma línea de experimentación formal, alcanzan resultados de notable originalidad. Ferdinand Léger presenta en la galería Kahnweiler su

Georges Braque tuvo para el arte moderno la misma importancia que Picasso. Experimentador plástico infatigable, confesó que el 13 de septiembre de 1912, estando de paso en Aviñón, vio en el escaparate de una droguería rollos de papel pintado imitando madera, frutas y ramilletes. Compró uno de cada clase y al llegar a casa los recortó, los pegó sobre papel y, al lado, esbozó una pipa, una mandolina y escribió las palabras ALE y BAR. El resultado era algo bello. Gracias al collage, *el arte moderno podía ser una fiesta para todos.*



Fernand Léger: El acordeón.

Fernand Léger, además de un gran pintor fue un excelente teórico y crítico del arte. Su libro Funciones de la pintura *resume a la perfección el intento de su vida: crear un modelo plástico de las nuevas relaciones que se van estableciendo entre el hombre y el mundo moderno que ha construido en el siglo* XX*. Escultor, además de gran dibujante y fenomenal colorista (sólo comparable a Matisse), su constructivismo y maquinismo se reflejan en la obra reproducida sobre estas líneas:* El acordeón.

primera exposición; Juan Gris entra en contacto con Braque y, sugestionado por las obras de éste y de Picasso, elabora sus primeros *collages;* Robert Delaunay, despegado de los planteamientos cubistas, realiza obras de tanta trascendencia para la historia del arte abstracto como sus discos o formas circulares; y Metzinger y Gleizes, dos pintores cubistas, escriben *Du cubisme,* que se publica el año siguiente.

Gran parte de estos acontecimientos estuvieron determinados por el impacto que la revolución formal de Picasso y Braque tuvo en el arte de su tiempo. Y hay que señalar que 1912 fue también para estos dos pintores una fecha decisiva, en la que llevaron hasta el límite el proceso seguido durante varios años en favor de la destrucción del concepto tradicional de representación del espacio pictórico.

A partir de las obras de estos dos artistas en ese año, se puso en circulación una nueva forma de entender el objeto artístico, de incalculables consecuencias para el arte contemporáneo.

La destrucción de la representación tradicional del espacio

Las investigaciones de Picasso y Braque, entre 1907 y 1912, constituyen una de las revoluciones plásticas más importantes y trascendentes del arte de nuestro siglo. Sus aportaciones y descubrimientos habían llegado en 1911 a una encrucijada que tenía difícil salida. Por una parte, las experiencias cubistas habían alcanzado un sistema formal autónomo e independiente, hasta el punto de ofrecerse como imágenes de un acentuado carácter abstracto; por otro, Picasso y Braque no querían abandonar en ningún momento la idea de que sus obras eran un arte figurativo, relacionado con una forma nueva y original de entender la referencia a la realidad. El problema se resolvería válida y satisfactoriamente en las obras que ambos artistas ejecutan al año siguiente y en las que se alcanza el límite de las posibilidades experimentales que habían desarrollado desde 1907.

Este año puede considerarse el punto de partida de las experiencias plásticas que llevan a Picasso, y poco después a Braque, a la formulación del cubismo. Picasso pinta *Les demoiselles d'Avignon (Avinyó)* en la que ofrece un sistema plástico del todo diferenciado de su obra inmediatamente anterior y de la pintura de carácter renovador de esos años. Esta composición ha sido considerada como el arranque del «protocubismo», en la que se inicia una ruptura clara y coherente con el sistema de representación perspectiva tradicional.

Desde el siglo XV, el cuadro se había venido entendiendo, dentro de un amplio marco de propuestas, formas y estilos, como una ventana abierta en la que se finge una representación tridimensional. Esta concepción del espacio aparecía determinada por un punto de visión externo al escenario (el ojo del pintor), desde el que se justificaban todas las relaciones de objetos, figuras, distancias y elementos del cuadro. Esta visión monofocal comportaba otro elemento que será paulatinamente destruido por los pintores cubistas: la captación del tema, de la escena, de la historia, en un instante congelado de la acción.

Estos dos componentes de la forma clásica de entender la representación —la visión monofo-

cal y la visión instantánea— experimentaron un duro golpe a raíz de estas primeras obras de Picasso.

En *Les demoiselles d'Avignon (Avinyó)* Picasso hace una serie de referencias concretas a modelos claramente diferenciados de los clásicos tradicionales. Las figuras acusan la sugestión ejercida en el pintor por la escultura negra, el arte ibérico y la escultura egipcia, es decir por aquellos artes que se habían mantenido al margen de la historia del clasicismo. La descomposición de las figuras en planos, la utilización de estrías para aludir a un modelado discontinuo y la fragmentación de los volúmenes inician un despegue con respecto a las soluciones clásicas de perspectiva, modelado, forma y visión monofocal del tema y del escenario.

Gracias a ello, el cuadro inicia el abandono de su condición de escenario para convertirse en un objeto plano y válido por sí mismo. La pintura de Picasso, que inicialmente causó sorpresa, pronto fue valorada en todo su alcance por Braque, que abandona sus preocupaciones *fauves* e inicia una búsqueda en unión con Picasso, que encuentra su defensa en los escritos de Apollinaire.

El problema de la pintura suponía para Picasso una reducción del predominio del color, que caracterizó a la pintura renovadora anterior y contemporánea, y la recuperación del valor de la forma, muy olvidada ante el valor concedido a los efectos cromáticos. Las obras de Picasso y Braque de 1908 encontrarán un punto de referencia para esta actitud y un modelo en la obra de Cézanne.

En efecto, la pintura de Cézanne había permanecido como una propuesta aislada y sin consecuencias en la pintura moderna. Pero su sentido geométrico y estructural de las formas y de la composición, unido a la reducción elemental del color, fue el punto de partida de algunas obras realizadas por Braque. En 1908, el *Salon d'automne,* rechazaba los célebres paisajes de *L'Estaque,* pintados por Braque, que deberían ser expuestos, con una presentación de Apollinaire, en la Galería Kahnweiler; estas composiciones suponían un reencuentro con la tradición cezanniana. Cuando el crítico Louis Vaucelles señaló que Braque pintaba con *cubos,* estaba acuñando un término que serviría para bautizar esta nueva pintura, pero también aludía implícitamente al desarrollo de la idea de Cézanne de reducir la naturaleza a las formas geométricas esenciales: el cubo, el cilindro y la esfera.

Este año fue decisivo para la iniciación del cubismo; especialmente el otoño en que Picasso y

«Hay que vivir con intensidad; no día a día, sino hora a hora; necesidad de captar el acontecimiento nuevo en el momento mismo en que se produce. El ojo debe ser rápido y agudo. No hay tiempo para fruncir las cejas ni para parpadear; si se hace, será demasiado tarde. Lo difícil es elegir entre todos los modelos que desfilan... Coge rápidamente lo que necesites, traga con calma el fruto de tu elección y sal corriendo a gritar en alguna parte lo que se te ocurra...» Esto debe ser para Léger «el ojo del pintor». Bajo estas líneas, El violín, *de Juan Gris, una de las obras más características del cubismo.*



Juan Gris: **El violín.**



Guillaume Apollinaire dibujado por su amigo Picasso.

Wilhelm Apollinaris de Kostrowitsky, más conocido como Guillaume Apollinaire, fue un exquisito y refinado poeta que participó activamente en todos los movimientos estéticos de vanguardia que sacudieron el ambiente intelectual del París de principios de siglo. Hijo natural de una casquivana noble polaca afincada en Italia, existían diferentes versiones sobre su paternidad. Gran bromista, Apollinaire defendía encarnizadamente ser el hijo de un cardenal de la curia de Roma. Picasso era íntimo amigo suyo y aquí lo retrató vestido de militar y con una medalla que el poeta ganó en la Primera Guerra.

Braque iniciaron una amistad y colaboración de la que surgiría una cadena de experiencias conjuntas que configurarán esta tendencia. Fue una colaboración paralela, en la que las investigaciones de uno y otro pintor se apoyaron mutuamente.

La experimentación cezanniana tiene su eco en los paisajes de *Horta de Ebro* realizados por Picasso, al igual que en algunas naturalezas muertas, en los que a la reducción del color se suma una representación fragmentada en planos mediante la aplicación de varias perspectivas simultáneas. Se inicia así la ruptura con la visión monofocal e instantánea, a la vez que se sientan las bases para que la forma reclame una dimensión en el cuadro como medio e instrumento de expresión autónoma.

El cubismo analítico

A partir de estas obras pintadas en 1908 surge lo que se ha denominado «cubismo analítico», que abarca las realizadas desde este año hasta 1912: en las obras de Picasso y de Braque se va introduciendo paulatinamente un esquema formal que se aleja de los elementos identificables.

Perdido el sentido de representación tridimensional, el cuadro adquiere un valor autónomo, se convierte en un objeto independiente, sometido a sus propias leyes, en el que se prescinde de todo ilusionismo tridimensional. Las obras del cubismo analítico, como el *Hombre con guitarra,* de 1910, o *Acordeonista,* de 1911, ambas de Picasso, o *Los peces* (1910) de la Tate Gallery de Londres, de Braque, constituyen uno de los ejemplos de máximo grado de abstracción de la pintura de estos dos artistas. El cuadro es entendido en ellos como una superficie bidimensional en la que se desarrolla un esquema compositivo geométrico basado en la fragmentación y superposición de referencias al objeto.

La orientación seguida por Picasso y Braque en las obras de estos años les llevó a desarrollar un tipo de imágenes en las que la referencia a la realidad era cada vez una sugerencia más lejana. Pero ambos eran conscientes del problema y no deseaban que la pintura se convirtiese en una imagen abstracta. El desarrollo de los principios de fragmentación, simultaneidad y visión multifocal les había llevado a realizar unas obras en las que la forma aparecía como algo independiente de la naturaleza. Fue esto lo que llevó a Braque a introducir letras en sus composiciones, como puede verse en *Le portugais* (1911) del Museo de Basilea. Este recurso —que también será utilizado por Picasso y que fue haciéndose habitual en las obras de aquellos años de ambos artistas— introducía un elemento plano, no representativo en el sentido tridimensional del término, estableciendo una referencia real y reconocible.

El proceso seguido por ambos artistas hasta llegar a estos planteamientos que caracterizan el cubismo analítico o primer cubismo, se ha puesto en relación con determinadas propuestas de la filosofía de Bergson. Así, la idea de la superposición de experiencias, la imagen producida no por la visión monofocal e instantánea de una realidad, sino por la sobreimpresión de vivencias, subyace en las obras de Picasso y Braque de estos años.

Pero hay que señalar que estas ideas no influyeron sólo en el cubismo, sino también en las formulaciones de Matisse, basadas en el desarrollo del color como base y soporte de la pintura. La superposición de formas, la fragmen-

tación de las sensaciones y su representación como un sistema de sobreimpresión determinó que el resultado fueran unas imágenes de acusado carácter abstracto, en las que tanto Picasso como Braque utilizaron una paleta reducida. El problema del color fue superado en las obras de años siguientes, pero sólo tuvo una solución parcial en las obras de este período, con una gama básica, elemental y simple, cuya función fue subrayar el valor autónomo de la forma. Pero tanto el problema del color como la dicotomía entre abstracción y representación tendría una solución revolucionaria en las obras de 1912.

El «collage»

Las obras de Picasso y de Braque de este año replantean la trayectoria y los problemas marcados por sus investigaciones anteriores. Muchos aspectos que habían tenido un tratamiento parcial, que sólo habían sido planteados o resueltos de forma provisional, alcanzaron en 1912 su configuración definitiva.

Pero el fruto de aquella investigación ininterrumpida y constante, en la que no existía la pretensión de crear una tendencia o un *ismo*, se convirtió pronto en un modelo, en el código de un nuevo sistema plástico seguido por numerosos pintores jóvenes.

En 1910, en el *Salon d'automne*, son admitidas por primera vez obras cubistas de Duchamp-Villon, Duchamp, Metzinger, Gleizes, La Fresnaye, Léger, Le Fauconnier y Picabia, acreditando la difusión y la aceptación que fueron adquiriendo las propuestas de Picasso y Braque. Al año siguiente, en el que están fechadas obras cubistas de Juan Gris y el *Desnudo bajando una escalera* de Marcel Duchamp, se organiza en el *Salon des independants* la primera exposición cubista. Picasso y Braque no participan en ella, ya que ambos otorgan a su labor un carácter experimental: no se trataba de sustituir una fórmula vieja por otra nueva, sino de convertir la práctica de la pintura en una constante e ininterrumpida labor de búsqueda. Así, lo que en Picasso y Braque era investigación pura, en otros pintores llegaba a convertirse en una tendencia. Pero, la aparición del *collage*, en 1912, dio un giro total a la orientación de las investigaciones cubistas, al tiempo que introducía una solución de incalculables consecuencias en la historia de la pintura moderna.

En 1911 Braque había utilizado letras en sus composiciones con el fin de introducir un elemento de referencia figurativa que no alterase el carácter bidimensional del cuadro. Esta solución, que se hace casi constante en las obras de Picasso y Braque, dará lugar a una solución superadora que abre un panorama inédito de posibilidades formales de amplio alcance.

En mayo de 1912, Picasso pinta su *Naturaleza muerta con silla de paja*, que constituye el primer ejemplo de *collage*. El pintor introduce un trozo de hule que tenía estampado el trenzado de paja del asiento de una silla. Con esta novedad, el carácter abstracto del cubismo experimentaba una notable transformación, gracias a un recurso revolucionario. Picasso utiliza en el cuadro un fragmento de realidad no pintado por él, pero convertido en parte integrante de la composición. Sin romper con la planimetría del cuadro, sin acudir a recursos tridimensionales, sin servirse de métodos figurativos, queda acreditada la referencia a la realidad. Pero, sobre todo, la novedad fundamental que compor-



Picasso fotografiado por su amigo Josep María de Sagarra.

Picasso fue un devoto permanente del genio y la conversación de Apollinaire.



Guillaume Apollinaire.

ta la aportación de Picasso es la de haber sustituido por primera vez el valor «representación» por el de «presentación». Se lograba así una de las aspiraciones del cubismo: sustituir todo ilusionismo y omitir la idea de representación y figuración, sin que esto supusiera desplazar de la pintura la referencia a la realidad.

Llega el cubismo sintético

La aparición del *collage* abría un campo inédito y de insospechadas posibilidades plásticas, que tanto Picasso como Braque supieron aprovechar. Un objeto, una madera, un naipe, un papel, un trozo de periódico, asumían un nuevo sentido plástico al ser sacados de su contexto habitual y ser colocados en el del cuadro. Además, la solución posibilitaba nuevos e inéditos desarrollos al problema del color, cuestión que todavía estaba sin resolver. Todo ello provocaría un cambio sustancial de las investigaciones cubistas, dando lugar a la nueva fase denominada «cubismo sintético».

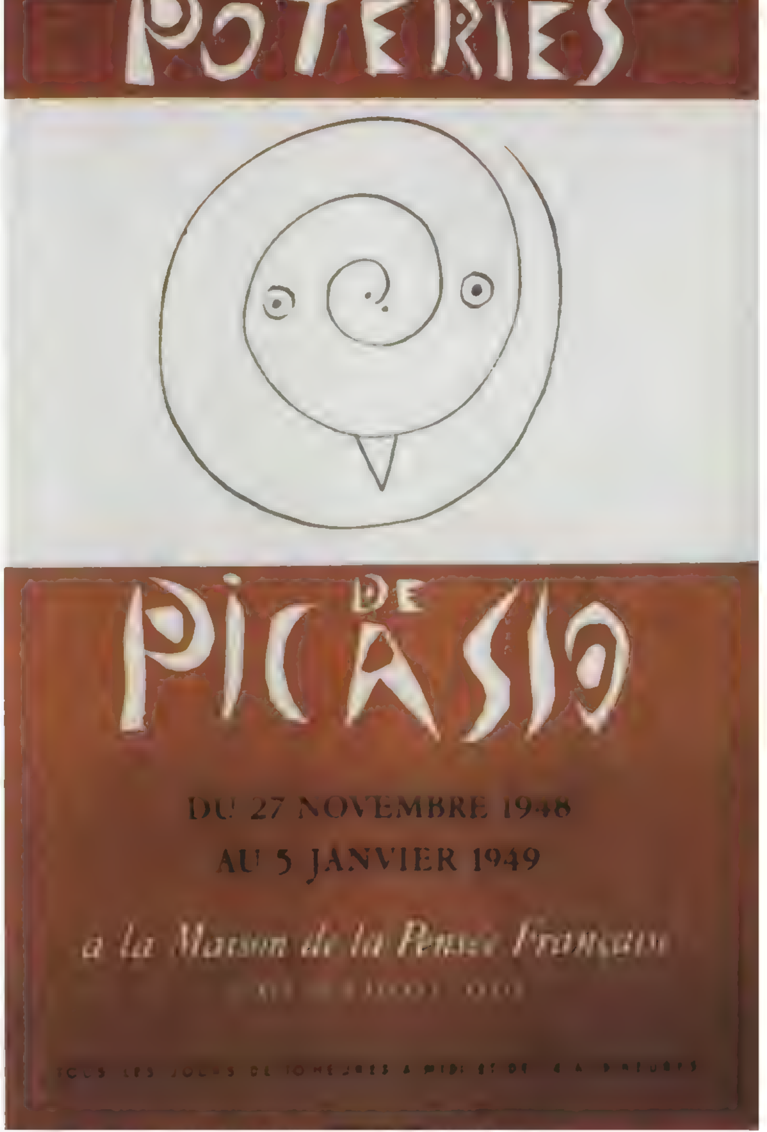
Creadores e innovadores permanentes, los pintores cubistas no dejaban ningún campo estético por experimentar. A la derecha, portada del catálogo de una exposición de cerámicas decoradas por Picasso, junto a otro que recoge los trabajos de Braque.

En el cubismo sintético la imagen se hace más clara y concisa, y de la captación de experiencias superpuestas se pasa a un desarrollo esencial de la morfología del objeto. *Naturaleza con guitarra* (1912-13), *El clarinete* o *La table du musicien* (1913), de Braque, o *El violín* y *Violín en el café*, ambas de Picasso y pintadas en 1913, son ejemplos de esta nueva etapa del cubismo en la que las composiciones se simplifican y las referencias a la realidad configuran un desarrollo inédito de imágenes mediante la presencia de nuevos objetos. Los formatos ovalados de algunas obras de Braque contribuyen incluso a subrayar que la pintura se ha liberado del peso de siglos de historia de la pintura, basados en la representación perspectiva.

La repercusión de Picasso y Braque en la pintura de su tiempo fue inmensa, y sus propuestas



Catálogo de una exposición de Georges Braque.



Exposición sobre cerámicas de Picasso en París (1948-1949).

sirvieron en muchos casos, como el de Gris o Léger, para el desarrollo de planteamientos de acusada originalidad. En el *Retrato de Picasso* (1911-12), de Juan Gris, la pintura se entiende como una rigurosa selección y depuración de los elementos cubistas, fenómeno que logra con este pintor una de sus definiciones más precisas.

En cambio, la obra de Léger constituye un fenómeno radicalmente distinto. Las formas cubistas aparecen como un repertorio que puede ser utilizado como base de un nuevo sentido pictórico de la representación, como en *La femme en bleu* (1912). Sus obras posteriores, a diferencia del carácter ortodoxo de las de Juan Gris —como *Bouteille et Compotier* (1917)—, lo ponen de manifiesto al ofrecerse como la representación de una realidad que parece surgida en clave cubista.

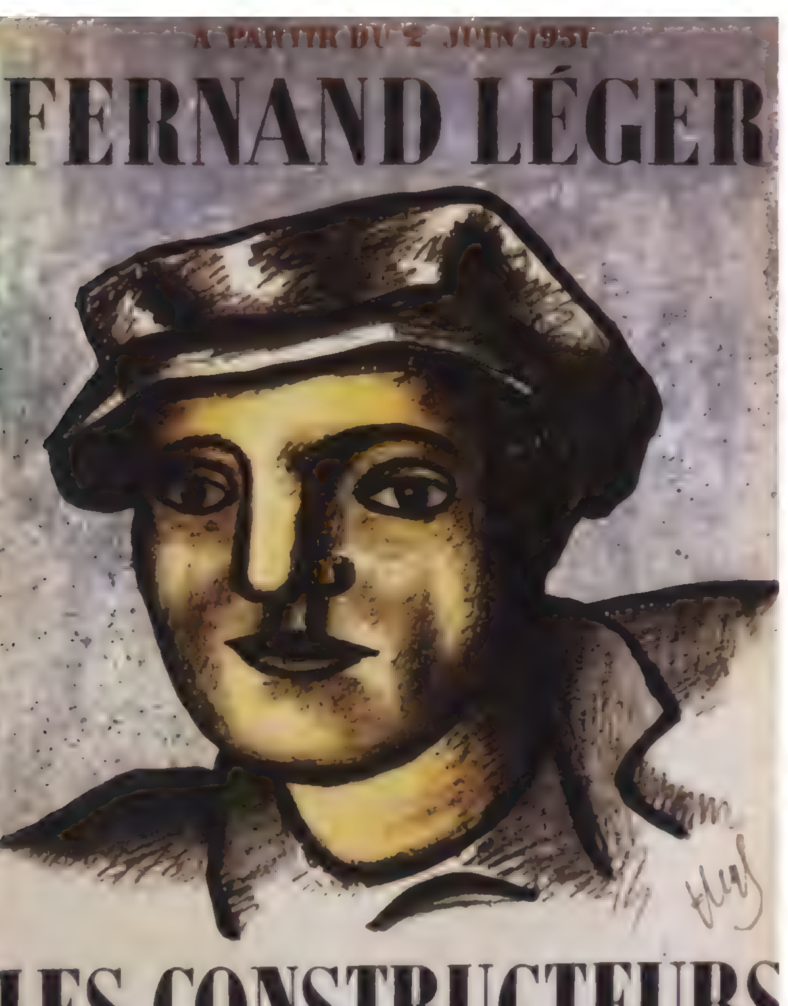
Algunas obras del mismo Picasso de principios de los años veinte, como *Mandolina y guitarra*, y la mayor parte de la producción posterior de Braque tienen un carácter similar. Se produce el abandono de una experimentación que había llegado a sus últimas consecuencias, para utilizar de modo académico sus resultados. De ahí que el mismo Picasso, en estos últimos años, llegara a considerar el cubismo como una experiencia cerrada y lo abandonase para realizar una pintura de carácter completamente distinto.

V. N. A.

Bibliografía básica

APOLLINAIRE, G.: *Los pintores cubistas. Meditaciones estéticas*, Nueva Visión. Buenos Aires, 1957.
FRY, E. F.: *Cubism*, Thames and Hudson. Londres, 1966.
GOLDING, J.: *Cubism. A History and an Analisis 1907-1914*, Harper and Row. Nueva York, 1968.

A la derecha, catálogo editado en 1955 en Alemania para una exposición de obras del cubista Juan Gris. A la izquierda, catálogo de pinturas y esculturas de Léger, expuestas en París en 1951. Todos estos artistas de vanguardia configuraron lo que hoy es nuestro universo estético. «El pintor debe crear, reinventar la realidad, no limitarse a copiarla...», «descubrir en cada momento el espectáculo de lo cotidiano...» fueron algunos de sus principios, que quizás pudieran resumirse en éste: «El Arte está hecho para turbar. La Ciencia tranquiliza».



Catálogo de la exposición de F. Léger en París.



Exposición de Juan Gris en el Berner Kunstmuseum.

CRONOLOGIA

Política internacional

Abdicación del último emperador manchú en China.
El presidente provisional de la República, doctor Sun Yat-sen, dimite a favor del general Yuan Che-kai.
Fin de la guerra ítalo-turca con la firma del tratado de paz de Lausana.
Marruecos se convierte en protectorado francés.
En octubre empieza la primera guerra de los Balcanes entre Turquía y Bulgaria, Servia, Grecia y Montenegro. Terminará en diciembre.
Woodrow Wilson, candidato del partido demócrata, gana las elecciones presidenciales en Estados Unidos.
José Canalejas, jefe del gobierno español, es asesinado por un anarquista. Le sucederá el también liberal conde de Romanones.
Muere Federico VIII de Dinamarca.

Sociedad

Creación del Partido Socialista Obrero en Chile.

Ciencia y tecnología

Premio Nobel de Química a Víctor Grignard por sus estudios sobre los componentes del magnesio y a Paul Sabatier por sus descubrimientos sobre la síntesis catalítica.
Premio Nobel de Medicina a Alexis Carrell por sus estudios en trasplantes de órganos y por su método de sutura de los vasos sanguíneos.
Empieza a comercializarse el celofán.
En Nueva York se inaugura la Grand Central Station.
Primer lanzamiento de paracaidistas desde un aeroplano en Estados Unidos.
Muere de fiebres tifoideas Wilbur Wright.

Sucesos

El trasatlántico británico Titanic *choca en su viaje inaugural en el Atlántico Norte con un* iceberg *y se hunde. Las víctimas, entre muertos y desaparecidos, llegan a 1.517.*

Deportes

En Estocolmo son inaugurados los Juegos Olímpicos con la representación de 28 países. Los tiempos de las pruebas serán cronometrados electrónicamente.
Robert Falcon Scott llega al polo Sur el 18 de enero. En el regreso perderá la vida junto con sus compañeros.

Literatura

Gerhart Hauptmann: premio Nobel.
Anatole France: Los dioses tienen sed.
Antonio Machado: Campos de Castilla.
Compton Mackenzie: Carnaval.
Gerhart Hauptmann: Atlantis.
Franz Werfel: El amigo del mundo.

Cine

Enrico Guazzoni: Quo Vadis? *Será la primera superproducción cinematográfica.*



D. José Canalejas muerto.



Gerhart Hauptmann.





Queen Elizabeth, *interpretada por Sarah Bernhardt.*

Victoria de los búlgaros sobre los turcos.

Teatro

Paul Claudel: La anunciación hecha a María.
Bernard Shaw: Pigmalión.
Muere el escritor sueco August Strindberg.

Música

Arnold Schönberg: Pierrot Lunaire.
Richard Strauss: Ariane en Naxos.

Pintura y escultura

Marcel Duchamp: Desnudo bajando la escalera.
Pablo Picasso: Naturaleza muerta con silla de paja.
Georges Braque: El velador.
Fernand Léger: Mujer en azul.
Franz Marc: Perro, zorro y gato.
Amadeo Modigliani: Cabeza de piedra.
Giorgio de Chirico: Melancolía.

Arquitectura

Adolf Loos: Casa Gustav Scheu, *Viena.*

1912

SI la personalidad de Beethoven, en la transición del clasicismo dieciochesco al romanticismo, ha sido puesta en paralelo a la de Goya, por cuanto en ambos se hallan audazmente prefigurados numerosos aspectos del arte posterior, algo parecido podría decirse de Stravinski y Picasso.

En uno y otro encontramos similar proceso evolutivo y la misma asombrosa capacidad de asimilación y captación de cuantos movimientos estéticos y sociales han informado el arte contemporáneo. Y todo ello sin renunciar a sus fuertes personalidades, presentes siempre a lo largo de las distintas etapas de sus respectivas largas carreras.

IGOR STRAVINSKI



Igor Stravinski fotografiado por lord Snowdon. (Zardoya Press).

1913



Representación de El pájaro de fuego.

Puede decirse sin temor a equivocarse que, de los compositores del siglo XX conocidos hasta ahora, Igor Stravinski (1882-1971) es el que ha tenido más influencia en la música de toda la centuria. Hijo de cantante de ópera y pianista, desde muy joven destacó por sus brillantísimas aptitudes musicales. Intelectual de primera línea, los avatares políticos le hicieron cambiar varias veces de lengua y nacionalidad: nació ruso, vivió francés y murió norteamericano. Su obra está ahí, y su vida excelentemente relatada en un gran libro de Memorias. *El coreógrafo ruso Diaghilev se dio cuenta muy pronto de las excepcionales cualidades musicales de su compatriota Stravinski y en 1910 le encargó la partitura de* El pájaro de fuego, *una de cuyas escenas recoge la fotografía. Tras el éxito, seguirían otros ballets inmortales como* Petruska *y* La consagración de la primavera.

La influencia de Rimski-Korsakov

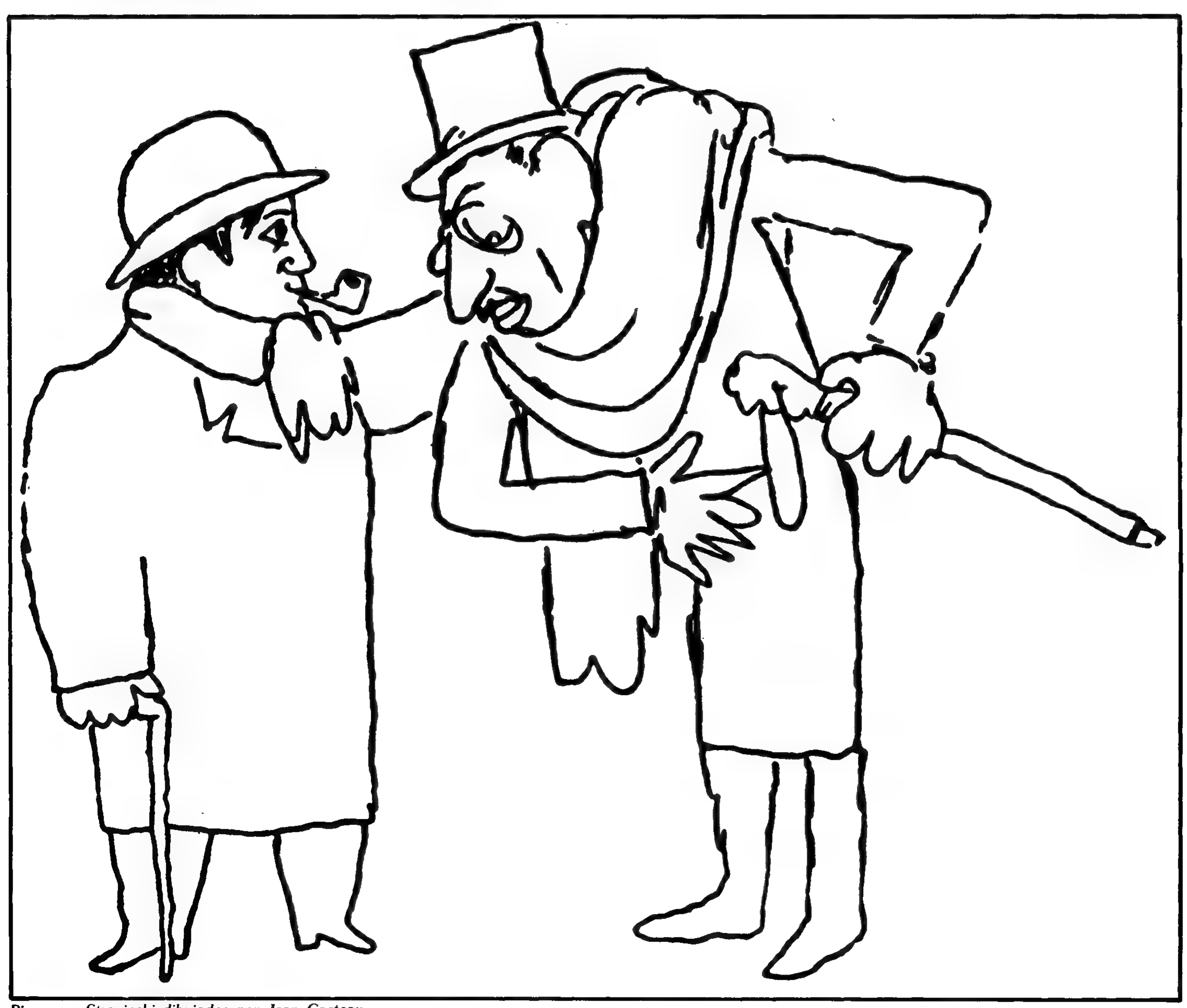
La curiosidad y la capacidad intelectual de Stravinski no tenían límites, y se codeó con todos los cerebros y creadores artísticos de su época. Bajo estas líneas aparece un dibujo realizado por el dramaturgo y poeta francés Jean Cocteau en el que están representados satíricamente Picasso, a la izquierda, y Stravinski, a la derecha. En la página 81, un óleo, obra del pintor J. E. Blanche en el que aparece Igor Stravinski de joven, elegantemente vestido, con pajarita y bastón.

El caso del compositor Igor Stravinski (1882-1971), nacido en Oranienbaum, hijo de un excelente cantante de la ópera imperial de San Petersburgo es, sin duda, el más significativo para representar el enorme cambio experimentado por la música a lo largo del siglo XX. Prácticamente no existe una nueva dirección estética en nuestro tiempo sin la presencia, a veces decisiva como introductor, del compositor ruso.

Hasta 1910 sus obras reflejan la influencia de su maestro, Rimski-Korsakov, y pueden, por tanto, inscribirse en el nacionalismo ruso, destacando por su brillantez orquestal. Así lo podemos ver en el *Scherzo fantastique* para orquesta y en los primeros bocetos para la ópera *El ruiseñor,* escrita poco después de haber culminado una *Sinfonía en mi bemol mayor,* opus 1 de su extensa producción.

En la primavera de 1908, Stravinski había anunciado a Rimski-Korsakov que estaba componiendo *Fuegos artificiales,* una amplia partitura orquestal destinada a celebrar la boda de la hija de su maestro, Nadezhda, con Maximilian Shteynberg. Y esa composición, opus 4, fue escuchada por Sergio Diaghilev, el fundador de los famosos Ballets Rusos. El culto promotor artístico le encargó entonces la música para el ballet *El pájaro de fuego,* la pieza más importante de este primer período de Stravinski.

El estreno de *El pájaro de fuego* en la ópera de París (25 de junio de 1910), con coreografía de Michel Fokin, constituyó un éxito tal que hizo cambiar la trayectoria del músico. Los trajes, inspirados en el folklore ruso, la poesía del tema y la belleza y originalidad de la música, conmovieron al auditorio.



Picasso y Stravinski dibujados por Jean Cocteau.

En los cuatro años siguientes, Stravinski compone los grandes ballets que le han dado fama universal. En ellos, sin abandonar las raíces eslavas, el compositor logra una fuerza rítmica, una riqueza instrumental y una originalidad de concepto sin igual entre sus contemporáneos. En esta etapa (1911-1914), junto a autores como Debussy y Schönberg, Stravinski se adelanta con creces al arte musical de su tiempo, arrastrando tras él a los espíritus más abiertos y capacitados del momento, como era Manuel de Falla.

La primera pieza importante es el ballet *Petruska*, estrenado por la compañía de Ballets Rusos en el Teatro Châtelet de París, con coreografía de Fokin. Estas escenas burlescas, tan profundamente rusas por el tema, el colorido, ambiente y ejecución, tuvieron una acogida muy favorable en términos generales, aunque siempre había quien atacaba las aportaciones de este gran impulsor de la nueva música, revolucionario del arte de los sonidos, llamado Igor Stravinski. *Petruska* se sustentaba en una partitura espléndida por sus aciertos instrumentales y por la fuerza melódica, pero, además, claramente renovadora y personal.

Otra composición notable es el cuento musical *El ruiseñor,* en el que se hallan delicadas páginas impresionistas.

«La consagración de la primavera»

La última gran producción de Stravinski, durante este período, es *La consagración de la primavera,* estrenada por la compañía de Ballets Rusos en el Teatro de los Campos Elíseos de París el 21 de mayo de 1913. Se trataba de un ballet en dos cuadros sobre escenas de la Rusia pagana. Pese a que los autores del libreto, el propio Stravinski y Nicolás Roerich, habían tratado de situar la acción en la prehistoria de los pueblos eslavos, no hay música popular en la partitura, salvo la melodía inicial del fagot, extraída de una colección de música popular lituana. La parte coreográfica fue encomendada a Nijinski. El gran bailarín acentuó lo primitivo de la acción (la doncella elegida para ser sacrificada en aras de la primavera) con una coreografía angulosa, pesada, ajena a toda «elevación» clásica.

La violencia salvaje de la música, servida por una orquestación excepcionalmente rica (cerca de cuarenta instrumentos de viento, la cuerda reforzada y un amplio grupo de percusión), sorprendió desde un primer momento al auditorio. Ritmos y timbres, de desusada agresividad, hicieron del estreno una auténtica batalla campal



Igor Stravinski, por J. E. Blanche.

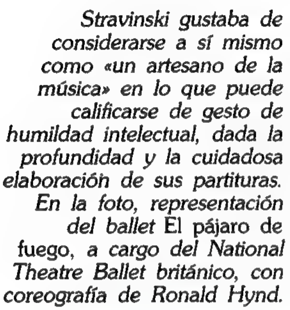
entre los partidarios del arte nuevo —como el crítico Emile Vuillermoz, el escritor Jean Cocteau y el compositor Florent Schmitt—, y quienes, como Saint-Saëns, abandonaron indignados la sala por considerar «aquello» una afrenta a las «leyes inmutables» de la belleza.

Hoy, después de tantos años del «fiasco», conocemos la enorme importancia que tuvo aquel día sobre el arte musical y coreográfico de nuestra época. El genio de Stravinski había invertido los términos tradicionales. Y tanto en *Petruska* como en *La consagración de la primavera*, la partitura venía a configurar el argumento y la propia danza, alzándose en protagonista del espectáculo. Y es que, ajena a toda servidumbre programática, la música de Stravinski supo, sin embargo, ser fiel a su objetivo de servir a la escena y, a la vez, mantenerse viva y ser repertorio habitual, como música pura, de los más grandes directores y las mejores orquestas de todo el mundo.

El tango, el jazz y la música española

Tras los últimos éxitos, el compositor pasa por un período cosmopolita (1914-1920), en el cual hallamos piezas de los más diversos estilos, siempre magistrales por su refinamiento, osadía, o simplemente por la lógica, fuertemente agresiva o exquisita de ritmos y timbres. *Las bodas* es la obra capital de esta etapa y la que ocupa al compositor más tiempo. Casi diez años tardó en conseguir la fórmula instrumental para el acompañamiento a las voces que intervienen en estas escenas coreográficas rusas, dedicadas a Diaghilev y estrenadas por los Ballets Rusos en el teatro de la Gaîté Lyrique de París (13 de junio de 1923).

De esa profundización en el folklore ruso, surgen otras obras, como *Renard*, inspirada en los cuentos tradicionales rusos de Afanasiev, o *Pribaoutki*, colección de cuatro canciones sobre



Stravinski gustaba de considerarse a sí mismo como «un artesano de la música» en lo que puede calificarse de gesto de humildad intelectual, dada la profundidad y la cuidadosa elaboración de sus partituras. En la foto, representación del ballet El pájaro de fuego, *a cargo del National Theatre Ballet británico, con coreografía de Ronald Hynd.*

textos rusos traducidos al francés por Ramuz. La amistad con este poeta originó una de las creaciones maestras del período, *La historia del soldado,* pieza para ser leída, tocada o bailada, en dos partes.

En esta obra, llena de humor y ternura, encontramos las huellas del tango, del jazz (más bien del *ragtime*) y de la música española. El primer contacto de Stravinski con España tuvo lugar en 1916, cuando se unía a la compañía de Ballets Rusos, la cual actuaba en el Teatro Real de Madrid durante la primavera de aquel año. Visitó entonces Toledo y El Escorial. El gran monasterio filipense de San Lorenzo fue para él «revelación del profundo temperamento religioso del pueblo español y el místico fervor de su catolicismo, tan próximamente afín, en su esencia, al espíritu y sentimiento religioso de Rusia» *(Crónica).* Podría decirse que Stravinski absorbe el arte de todos los lugares por donde pasa para después verterlo en su obra.

La época de los «retornos»

De 1920 a 1939 Stravinski atraviesa una fase neoclásica, en la que defiende viejas tradiciones del clasicismo y depura su lenguaje nacionalista. Es el momento de los «retornos» a Bach, Pergolessi, Händel, Mozart, Haydn e incluso Tchaikowski.

El eclecticismo del estilo no le impide seguir distinguiéndose por su originalidad formal y sonora, actualizando plenamente cuanto toca. Entre las obras dramáticas más representativas de esta época recordemos en primer lugar *Pulcinella* (elaborada a partir de la música de Pergolessi y otros autores), *Edipo Rey, Apolo y las musas, El beso del hada,* gran homenaje a Tchaikowski, *Perséphone,* y el ballet *Juego de cartas,* en el cual encontramos reminiscencias de Beethoven, Johann Strauss, Ravel, Rossini, Tchaikowski, Leo Delibes y del propio Stravinski, pues hay ecos de *Mavra, El beso del hada,* el *Capricho* y

Igor Stravinski era un hombre de trato sencillo, pero muy perfeccionista y exigente con el trabajo de los músicos que interpretaban sus composiciones. No se le pasaba ni una sola nota desafinada, y los ensayos no terminaban hasta que se alcanzaba la máxima perfección.



Representación en el National Theater Ballet. El pájaro de fuego.



Stravinski dirige la orquesta.



Stravinski retratado en su biblioteca por el famoso fotógrafo Henri Cartier Bresson.


Stravinski dirige un ensayo de la Orquesta Nacional de España.

los conciertos para violín y para dos pianos solos.

El neoclasicismo de Stravinski se intensifica al iniciarse su capítulo americano, pero su actitud hacia la tonalidad apenas tiene relación con la que aceptaron los autores barrocos y clásicos a los que él homenajea. Stravinski cultiva la distorsión controlada para huir de lo fácil, y realiza una música de gran objetividad y vigor. Ello puede verse en su bellísima *Sinfonía en tres movimientos*, en el ballet *Orfeo*, en la *Misa* para coros mixtos y diez instrumentos de viento y, sobre todo, en esa obra maestra, la ópera en tres actos *The Rake's Progress (Los progresos del libertino)*, estrenada en Venecia en 1951.

Una evolución incesante

El maestro ruso viaja entonces a Europa para dar a conocer *The Rake's Progress.* Robert Craft, su gran amigo, siempre interesado por la música de los compositores de la escuela de Viena, le había hecho oír música dodecafónica, aproximándole a Schönberg y, sobre todo, a Webern, cuya estética le era más afín. Y ese acercamiento al dodecafonismo serial resultó también fructífero, desde el ballet *Agon* y los *Threni* hasta el *Canticum Sacrum* y *Requiem Canticles.* En todo el último Stravinski podemos observar cómo el timbre y la textura, a veces muy compleja, tienen un papel esencial en la configuración de las obras.

Sea como fuere, estudiando la evolución incesante de Stravinski, comprobamos que cada etapa ofrece distintas «maneras» de entender el arte musical, siempre nuevas y, más que nuevas, en continua búsqueda de la mayor pureza y perfección instrumentales. Ritmo, forma, color, exquisita sobriedad, caracterizaron el arte stravinskiano en todas las épocas.

Igor Stravinski murió siendo ciudadano norteamericano, el martes 6 de abril de 1971, en un apartamento de la Quinta Avenida de Nueva York, con vistas al Central Park.

Días antes de su muerte, Robert Craft había escrito en su diario: «Igor Stravinski tiene que escribir una breve nota en ruso, lo cual hace, pero firma con su nombre en caracteres latinos. Vera le pide que firme también en ruso, vuelve a coger la pluma y, sabiendo que ella está esperando que lo haga, escribe, no su nombre, sino "¡Oh, cuánto te quiero!"»

El funeral tuvo lugar en Venecia, el 15 de abril, donde fue enterrado (cementerio de San Michele), muy cerca de donde reposaban los restos de su gran amigo Sergio Diaghilev.

A. R. T.

Stravinski componía música y leía, siguiendo un riguroso método, todos los días de su vida. Era un gran devorador de libros y de información de todo tipo. El famoso escritor cubano Alejo Carpentier escribió sobre los últimos años del músico: «Todo le interesaba... los tratados de teología, la poesía de Mallarmé, las novelas, crónicas y memorias, algún que otro escrito filosófico y también las aventuras policiacas de Simenon...» En sus Memorias *recuerda gratamente su primer viaje a Madrid en 1916, sobre el que escribe: «... Yo gustaba y saboreaba con delicia estos pequeños rasgos característicos de la vida cotidiana de los españoles. La originalidad de los organillos, las calles y las tascas madrileñas me sirvieron de pretexto para la pieza* Cuatro estudios (1928), *que compuse especialmente para pianola...»*

Política internacional

Con el ataque de Bulgaria a Grecia y a Servia empieza la segunda guerra de los Balcanes. Las confrontaciones durarán hasta agosto, en que se firmará el Tratado de Bucarest.
Francisco Madero, presidente de México, es asesinado por el general porfirista Victoriano Huerta, que le sucede en el cargo.
Implantación del servicio militar obligatorio de tres años en Francia.
Yuan Che-kai se proclama presidente de la República china; empieza la persecución de los partidarios de Sun Yat-sen.
El rey Jorge I de Grecia es asesinado en Salónica. Le sucede Constantino I.
Raymond Poincaré es nombrado presidente de la República francesa.
Rusia reconoce la soberanía de China sobre la región de Mongolia.
Turquía y Alemania firman un acuerdo militar a pesar de la oposición de Inglaterra y Francia.
Tetuán es ocupado por fuerzas españolas.

Sociedad

Bodas de plata del gobierno de Guillermo II de Alemania. Por dicho motivo se reunirán en Berlín Nicolás II de Rusia y Jorge V de Gran Bretaña, entre otros.
Se crea la fundación Rockefeller.
El 4 de junio, en el hipódromo de Epsom Downs, durante la celebración del Derby Day, la sufragista inglesa Emily Davison se arroja ante el caballo del rey y muere cuatro días más tarde. Su acto fue considerado como un sacrificio en favor de los derechos de la mujer.
Edmund Husserl publica Ideas para una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica.



Vladimir Rossine-Baranoff: **Sinfonía n.° 1.**



Nicolás II, zar de Rusia, y Jorge V de Gran Bretaña.



Fábrica Ford en Detroit. Postal.

Exposición Universal. Gante (Bélgica) 1913.

Ciencia y tecnología

Henry Ford instala la primera cadena de montaje de automóviles en su fábrica de Detroit.
El físico Niels Bohr da a conocer la estructura del átomo.
Descubrimiento de los fertilizantes artificiales. Comienza la producción técnica del amoníaco sintético. Procedimiento Haber-Bosch.
Hans Geiger inventa el contador de partículas que lleva su nombre.
Premio Nobel de Fisiología y Medicina a Charles Richet por sus estudios sobre la inmunología.

Deportes

Roland Garros logra cruzar el Mediterráneo en aeroplano.

Literatura

Rabindranath Tagore: premio Nobel.
David Herbert Lawrence: Hijos y amantes.
Marcel Proust publica Por el camino de Swan, *el primero de los siete tomos de* En busca del tiempo perdido.
Miguel de Unamuno: Del sentimiento trágico de la vida.
Guillaume Apollinaire: Alcools.
Franz Kafka: Relatos.

Cine

Cecil B. de Mille: The Squaw Man.
Paul Wegner: El estudiante de Praga.

Teatro

Bernard Shaw: Androcles y el león.
Luigi Pirandello: Su marido.
Jacinto Benavente: La malquerida.

Música

Igor Stravinski: La consagración de la primavera.
Alexander Scriabin: Prometeo.

Pintura y escultura

August Macke: Señora con chaqueta verde.
Franz Marc: El molino encantado.
Maurice B. Prendergast: El paseo.
Vladimir Rossine-Baranoff: Sinfonía n.° 1.
En Nueva York se organiza el Armony Show, primera gran exposición de arte contemporáneo en Estados Unidos.
Marcel Duchamp crea su primer ready-made.

Arquitectura

Empieza la construcción del Frick Museum en Pittsburg, Estados Unidos.

COMIENZA LA GRAN MATANZA

CON frecuencia se ha dicho, y seguramente con toda razón, que 1914, año en el que comienza la Primera Guerra Mundial, es realmente el punto de partida de un nuevo siglo y de una nueva era para la humanidad. En él desembocan ideas, intereses y fuerzas históricas de signo frecuentemente contradictorio, pero que acabarán precipitando primero a la división entre los hombres, y posteriormente el odio y la guerra. Parece difícil imaginar que la confianza en la ciencia y



técnica, propia del siglo XIX, el sentimiento mesiánico de algunas naciones y la divulgación de la utopía comunista acabaran encontrándose en el origen de la guerra después de haber recorrido caminos insospechados. Claro está que los motivos que llevaron al mundo a desgarrarse durante varios años no son sólo éstos, pero queden como ejemplo de que tendencias en principio progresistas y otras de signo reaccionario incidieron en un acto colectivo de carácter tan peculiar como es la guerra.



Tropas de infantería esperan un ataque inminente en la trinchera.

Un conflicto de intereses

Aquel año todo parecía arrastrar a los países hacia la masacre. Por un lado, las tensiones históricas existentes entre las distintas nacionalidades: Francia contra Alemania, y viceversa; Austria-Hungría contra Rusia y Servia; Italia contra Austria y, finalmente, la rivalidad entre Inglaterra y Alemania. Además, esos mismos imperios estaban desgarrados por luchas internas de carácter nacionalista —como las del imperio austro-húngaro— o como consecuencia de la lucha de clases, que era el caso de Alemania y Rusia.

Pero la Europa de fines del XIX y principios del XX era, por encima de su entidad geográfica y nacional, un continente «mundializado». Había salido del siglo anterior con un imperio colonial que era enorme en el caso de Inglaterra y de cierta importancia en los de Francia y Bélgica. Por su parte, Alemania e Italia aspiraban a un reparto más equitativo de estas colonias, y ello llegaría a ser un motivo de fricción entre países, que acabaría convirtiéndose en una confrontación a nivel mundial.

Salvo pocas y honrosas excepciones, poseer y disfrutar de colonias era visto por los habitantes de las metrópolis sin la menor reticencia moral; se pensaba que los países de Europa estaban en Africa o Asia en beneficio de esos pueblos más atrasados. En estas condiciones, la conservación de las colonias o el deseo de poseerlas era no sólo conveniente desde el punto de vista económico, sino prácticamente un deber político y hasta el cumplimiento de una misión histórica. Después de la larga carrera industrializadora desarrollada durante más de cien años, existía una gran rivalidad económica entre los países. Los que habían quedado rezagados en el camino del desarrollo contemplaban ahora con recelo al vecino más afortunado o trabajador.

Después de la Primera Guerra Mundial, las relaciones internacionales ya no volverían a ser como antes. Es cierto que continuaron los enfrentamientos entre naciones, pero los factores ideológicos predominarán sobre los estrictamente nacionales: tanto en la Segunda Guerra Mundial como en la guerra fría que le sucederá, la confrontación será entre democracias y regímenes autoritarios; entre dictaduras de derechas y de izquierdas; entre capitalismo y comunismo... Hasta 1914, en cambio, no existen, y mucho menos de forma tan clara, esas diferencias políticas entre las naciones. Francia y Estados Unidos eran repúblicas; Inglaterra, Alemania y Austria-Hungría, monarquías con diferente grado de libertades públicas y parlamentarias, y Rusia y Turquía eran monarquías casi absolutas, igual que Japón. Sin embargo, los grupos que osten-

La Primera Guerra Mundial, conocida como la Gran Guerra, comenzó como un conflicto muy localizado, al que las alianzas diplomáticas y los imperialismos económicos dieron carácter general muy pronto. La Internacional Socialista (II Internacional) se dejó arrastrar por la vorágine bélica y nacionalista, olvidando los viejos principios obreros del internacionalismo proletario. Más de 8 millones de personas, gentes del pueblo, obreros y campesinos —la carne de cañón— murieron por gases, obuses o bayonetazos en los dos lados del frente.

taban el poder en todos esos países eran muy similares: sus destinos estaban dirigidos realmente por una mezcla selecta de aristocracia, gran capitalismo industrial y financiero y casta militar, por lo que el entendimiento entre naciones con regímenes formalmente distintos era fácil, y sus enfrentamientos serán más consecuencia de rivalidades por el poder y el predominio que de divergencias ideológicas.

El auge del belicismo

Resultaría falso creer que estos factores económicos, históricos o políticos hayan sido los únicos determinantes de la guerra. Hay quien cree que ni siquiera fueron los más importantes, pero las simples diferencias entre imperialismos o entre las castas militar y financiera no consiguen explicar que un pueblo vistiera el uniforme y tomara los fusiles de manera tan rápida y hasta fervorosa. Es importante recordar que, en los años que precedieron a la Gran Guerra, los ciudadanos de los distintos países fueron sometidos a una especial educación que les predisponía al enfrentamiento: los niños en las escuelas y los adultos a través de la prensa recibieron un verdadero bombardeo de contenido ultranacionalista. Los textos escolares franceses, por ejemplo, presentaban a Francia desgarrada por los bárbaros alemanes, que en 1870 habían robado Alsacia y Lorena. Los niños aprendían, y el maestro lo confirmaba, que todos los males procedían del Oeste; y algo parecido ocurría con los adultos, a través de una prensa sensacionalista que alimentaba continuas leyendas y rumores de espías extranjeros.

A su vez, en Alemania, la opinión pública consideraba que los franceses —envidiosos, rapaces y frívolos— acechaban continuamente, mientras los embrutecidos eslavos de Rusia constituían por el otro lado una permanente amenaza. En Italia, libros como *Corazón*, de Edmundo de Amicis, constituyen un buen ejemplo del sentimiento antiaustriaco que se inculcaba a los niños desde la escuela. En Austria se temía, desconfiaba y odiaba a los rusos, y éstos juzgaban con severidad a los alemanes.

En este marco, los socialistas se enfrentaban a un difícil dilema. Por un lado eran pacifistas y sabían que un triunfo de la clase dominante en la guerra dificultaría sus planes de cambio social; pero, por otro, no querían pasar por antipatriotas, predicando a ultranza la deserción del ejército. Al final se impuso una peligrosa tesis: los socialistas no harían guerras de carácter imperialista contra otros países, pero sí defenderían con las armas a la patria amenazada. Bastó que los gobiernos asegurasen que ésta estaba en peligro



El asesinato de Sarajevo, la chispa que encendió la Primera Guerra Mundial.

Sobre estas líneas, ilustración reproducida en la revista alemana Illustrirte Zeitung, *representando el asesinato del heredero al trono del Imperio austro-húngaro, el príncipe Francisco Fernando, hombre prudente, culto y liberal, que tenía fama de progresista en los ambientes reaccionarios de la corte austriaca.*



Francisco Fernando y su esposa.

para que los socialistas fueran al frente —codo a codo con burgueses y conservadores— a luchar contra los socialistas y burgueses de los otros países.

Sólo Lenin y sus bolcheviques tenían otra visión al preferir una derrota de Rusia, que significaría el hundimiento del zarismo y por tanto la posibilidad de la revolución. Sin embargo, durante los primeros tiempos de la guerra no insistieron demasiado en este punto por temor a la impopularidad.

Por otro lado, otra causa de la guerra fue la presión de la clase trabajadora, ya que los distintos gobiernos consideraron que la guerra desviaría a los socialistas de sus objetivos revolucionarios y liberaría parte de la tensión social. Esto fue particularmente importante en Italia y en Austria-Hungría, que constituyó la variante nacionalista de este fenómeno (presión de los independentistas).

Junto a esto, existía un ambiente militarista. Los militares tenían un inmenso poder, también porque muchos de ellos provenían de familias nobles o bien consideradas en la banca y en la industria. Además, sabían cuidar su imagen pública: eran ciudadanos por encima de toda sospecha; se les suponía el valor, el patriotismo y la honorabilidad. Sólo en Francia, con el caso Dreyfus, los militares habían sufrido una merma de su prestigio, pero en 1910 lo habían recuperado. Los frecuentes desfiles y las galas de los uniformes fascinaban a las masas.

Otro factor que propició el conflicto fue la falta de perspectivas de los jóvenes que buscaban nuevos horizontes para desarrollar su futuro y que ya no lo encontraban en Europa. El viejo continente crecía a un ritmo mucho más lento de lo que la impaciencia juvenil reclamaba. Las nuevas generaciones querían más dinero, mayor bienestar material, desarrollar su creatividad y su empuje. En muchos se tradujo en emigración hacia Estados Unidos o América Latina; pero los que se quedaron terminaron considerando la guerra como un cambio apetecible, con la posibilidad de viajar, de experimentar nuevas emociones y de volver con la gloria ganada.

Pero existió también un factor cultural de cierta importancia: la difusión del deporte de las Olimpiadas. Las prácticas deportivas eran presentadas como un simple ejercicio de superación individual, exento de toda agresividad; de igual modo, se subrayó también que las Olimpiadas de la antigua Grecia eran motivo de paréntesis pacíficos en medio de guerras. No obstante, cuando las naciones comenzaron a competir deportivamente en Olimpiadas y encuentros internacionales, los sentimientos adversos hacia los países vecinos se agudizaron, y la gente se acostumbró a la disciplina y a la obediencia ciega del cuerpo a unas órdenes de mando. Marc Ferro puntualiza muy agudamente que «en 1912, el Comité Internacional de los Juegos Olímpicos contaba con 28 aristócratas o militares entre sus 44 miembros».

En resumen, la Primera Guerra Mundial fue fruto de causas económicas —como la rivalidad comercial, industrial y colonial—, pero también de razones históricas y sociales, como los rencores entre países vecinos y los movimientos obreros nacionalistas. Y ello sin olvidar el sentimien-

Abajo, a la izquierda, una postal satírica de la época que muestra a los dirigentes de los diversos países europeos «peleando» y «haciendo la guerra» sobre un tablero de ajedrez. Los soldados de ambos bandos, viviendo entre el barro, las ratas y los piojos de las trincheras, expuestos a los gases y los obuses enemigos, tenían otras vivencias —seguro que mucho más reales— del conflicto. Este ambiente cotidiano de la guerra está maravillosamente expresado en la película King and Country *(Rey y Patria) del director británico Joseph Losey.*



Postal satírica de la época.



Guillermo II. Postal de época.

La figura del Kaiser o emperador alemán Guillermo II fue satirizada por la propaganda aliada de las democracias. En la postal, el Kaiser se dispone a comerse el mundo como si fuera a comerse una simple sandía.

to militarista a nivel popular, la educación patriótica y xenófoba y el auge del deporte. Por último, y como factor psicológico colectivo, también jugó un papel la impetuosidad de una juventud exacerbada por el nuevo consumo y encorsetada en un mundo que ofrecía escasas posibilidades.

Dos alianzas frente a frente

Hay quien opina que la política de alianzas que se había venido imponiendo durante la segunda mitad del siglo XIX fue algo especialmente nefasto para la humanidad. Sorprende que países tan lejanos y de regímenes políticos tan distintos como Francia y Rusia llegaran a concertar una alianza, igual que ocurrió entre Inglaterra y Francia, que habían mantenido una rivalidad histórica; e Inglaterra, que había estado al lado de Turquía y frente a Rusia en la guerra de Crimea, estaba ahora en el otro bando.

La explicación es que estos tres grandes países se sentían amenazados por un enemigo común, Alemania: Francia y Rusia tenían fronteras con ella y la consideraban su enemigo secular; Inglaterra veía cómo su hasta entonces indiscutida supremacía en el mar era desafiada ahora por el poderío naval del Reich, y Rusia, que apoyaba a los eslavos de los Balcanes, se enfrentaba en consecuencia a los austriacos y a los turcos, que querían someterlos.

Igual que la alianza entre Francia, Inglaterra y Rusia fue algo lógico dados sus enemigos comunes, en el bando contrario ocurría lo mismo con Turquía, Alemania y Austria-Hungría. Con la diferencia que Alemania supo desde un comienzo que sólo podría contar con sus propias fuerzas, porque según su punto de vista Austria-Hungría y Turquía eran «dos imperios podridos» de los que se podía esperar muy poco.

Aunque los alemanes eran injustos, su desprecio encerraba parte de verdad. La corte imperial de Viena, que debía afrontar las dificultades de un imperio hecho de pueblos diferentes, con lenguas diversas y siempre tentados por el nacionalismo, prefirió durante el reinado de Francisco José las fórmulas diplomáticas y la vía de las concesiones, recurriendo a la represión sólo en casos extremos. Pero además ocurría que la manifiesta preponderancia de los alemanes humillaba profundamente a los checos y a los húngaros del imperio. En el ejército, un 78,7 por 100 de los oficiales de carrera eran de origen alemán, mientras que el porcentaje de húngaros o checos era un 9 y un 4,8, respectivamente, y esto a pesar de que la población alemana apenas era ligeramente superior a la húngara, y que el resto de las nacionalidades sumaban cerca del 60 por 100.

Esto explica que los húngaros se negaran sistemáticamente a aprobar los presupuestos militares en el Parlamento conjunto. Así, en 1914, el ejército austríaco estaba mal preparado y pésimamente pertrechado, y su general en jefe, Conrad von Hotzendorf, repetía que sus tropas no estarían preparadas para entrar en guerra hasta 1920.

La Primera Guerra Mundial supuso el definitivo hundimiento de Europa como continente líder de la economía y la política del mundo, liderazgo que pasó, poco a poco, a manos de la joven democracia americana, que nunca había sufrido los efectos de una gran guerra devastadora en su territorio. Bajo estas líneas, a la izquierda, el Kaiser alemán Guillermo II. A la derecha, un tren de ganado, habilitado como transporte de tropas, sale hacia un centro de instrucción repleto de reservistas franceses, movilizados para contener el ataque alemán. La alegría de sus caras contrasta con la amargura de las de los prisioneros germanos que se cruzan con una columna francesa que va al frente de batalla, en la foto del centro.



El Kaiser Guillermo II.



Los largos caminos de una guerra.



1914

Comienza la gran matanza

Por su parte, Turquía era «el hombre enfermo de Europa», con una situación económica depauperada, dividida políticamente y desprestigiada ante el mundo. Turquía vio con horror cómo su antigua aliada, Inglaterra, se alineaba con el zarismo ruso; y ya no tuvo duda a la hora de ponerse en manos de Alemania. Alemania envió a sus oficiales para adiestrar al ejército turco, inundó Turquía con sus productos, y el antes poderosísimo imperio llegó a parecer un protectorado alemán.

Pero la gran partida se jugaba en el centro de Europa. Alemania había llevado a cabo un increíble proceso de industrialización y había creado una armada que, en algunos momentos, llegó a superar a la inglesa. En Alemania no se aceptaba que Inglaterra, Francia y Bélgica se hubieran repartido el mundo colonial, y sus ciudadanos y políticos se consideraban «cercados»: el resultado fue la formación de un poderoso ejército terrestre y la construcción de una gran flota que pudiera golpear en cualquier lugar del mundo si fuera necesario.

Inglaterra aceptó el reto Durante años su armada había permanecido igual al no existir ningún rival de talla y ante la falta de confrontaciones marítimas después de las guerras napoleónicas. Pero con el desafío alemán, comenzó la construcción de nuevos superacorazados, y se guardó las espaldas mediante las alianzas con Francia y Rusia.

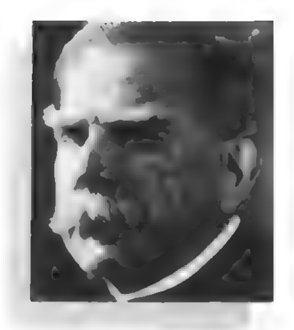
En Rusia la situación era intolerable. Había movimientos nacionalistas de todo tipo: polacos, bálticos, lituanos, finlandeses, musulmanes, ucranianos —y todos exigían algún tipo de independencia—. A ello se unía la agitación social en las ciudades, neutralizada en 1905, pero que continuaba latente entre los obreros y parte del campesinado. La economía atravesaba un momento penoso, y como ocurrió en general durante las primeras décadas de la industrialización, el campo quedó prácticamente en la miseria. El ejército, desprestigiado por la derrota ante Japón, era muy numeroso, mal entrenado y falto de moral.

Por su parte, Francia estaba quedando retrasada en el proceso industrializador de Europa. Las caídas de precios de los productos agrícolas habían sido brutales, como consecuencia de la llegada masiva a Europa de productos procedentes de Canadá y Australia. En este terreno, el daño sufrido por Francia coincidió con la prepotencia industrial alemana. Francia iba por delante sólo en el terreno financiero, pero no era suficiente. Su ejército estaba bien entrenado para la guerra y revelaría su eficacia durante la Primera Guerra Mundial, pero nada justificaba el optimismo de pensar que la guerra sería un paseo militar hasta Berlín, regresando a casa en seis meses.

Lentamente, la guerra fue implicando a países lejanos, que mandaron a sus hombres a morir en Europa y pudieron contarse en el numeroso bando de los vencedores o de los vencidos. Como ha escrito un historiador británico: «Japón, Turquía, China, Siam..., la lista de contendientes fue en aumento hasta incluir a todos los grandes estados del globo. Treinta y dos países



Tropas de reserva francesas parten hacia el frente.



JOSEPH JACQUES CESAIRE JOFFRE (Rivesaltes, 1852-París, 1931)

Hijo de un pequeño viticultor, Joseph Joffre estudió en el Liceo Charlemagne de París y en la Escuela Politécnica, de la que salió con el grado de alférez del cuerpo de Ingenieros, especialista en fortificaciones. A los 24 años fue ascendido a capitán y participó en la reconstrucción de las fortificaciones de París.

En 1884 inició su carrera colonial en Extremo Oriente, encargándose de organizar en Formosa la base de Jilong, centro de operaciones de la escuadra francesa. Más adelante dirigió las obras de defensa del alto Tonkín. En 1888 volvió a Francia. Cuatro años más tarde parte para Sudán, donde de nuevo muestra su talento de ingeniero en la construcción del ferrocarril Senegal-Níger.

Su primera aventura militar de importancia tuvo lugar en 1894, cuando con un escaso número de hombres recorrió en seis semanas 900 kilómetros en un país hostil y consiguió ocupar Tombuctú. En 1900, ya como coronel, fue enviado a Madagascar y encargado una vez más de la construcción de carreteras y vías férreas. En 1902 fue nombrado general de brigada, y en 1905 teniente general.

A partir de 1911, como jefe del Estado Mayor del Ejército y vicepresidente del Consejo Superior de Guerra, acometió una profunda reorganización del ejército francés, dividido por las secuelas del asunto Dreyfus y las influencias políticas. Gracias a su labor, al estallar la Primera Guerra Mundial Francia

había recuperado parte de su retraso militar frente a Alemania.

Los primeros reveses en la batalla de las fronteras no consiguieron doblegar ni la sangre fría ni la voluntad de Joffre, que desde el puesto de comandante en jefe de los ejércitos del norte y del nordeste había asumido la dirección de la guerra. Tras haber minimizado en un primer momento la amenaza del ala derecha de las tropas alemanas, vio el peligro de ser rodeado por unas fuerzas enemigas superiores, desplegadas según el Plan Schlieffen y organizó un repliegue estratégico seguido de una inesperada contraofensiva que llevó a la decisiva victoria del Marne, arruinando las esperanzas alemanas de una victoria rápida en el frente occidental. La subsiguiente «carrera al mar» estabilizó las posiciones e inició una guerra de desgaste para la que ninguno de los ejércitos contendientes estaba preparado.

El 2 de diciembre de 1915, el «vencedor del Marne» fue nombrado comandante en jefe de los ejércitos franceses. Sin embargo, aunque aún se apuntaría algún éxito, como su colaboración en la ofensiva franco-británica del Somme, la falta de preparación del ejército francés ante el ataque alemán en Verdún, el desgaste de su autoridad después de dos años de guerra de posiciones y la presión de sus adversarios sobre el gobierno determinaron su sustitución por Nivelle en diciembre de 1916.

El 13 de ese mismo mes fue nombrado consejero técnico del gobierno para las cuestiones de guerra, cargo prácticamente honorífico del que dimitió a los pocos días. El 26 de diciembre de 1916 había sido ascendido a mariscal, pero en realidad no conservaba ningún poder.

En marzo y abril de 1917 acudió como representante del ejército francés a los Estados Unidos para preparar la entrada en la guerra de este país. Dos años más tarde dirigió otra misión diplomática en España, y en 1920 en Rumanía. En 1918 fue elegido miembro de la Academia Francesa.

Aunque apartado de los centros de decisión, el reconocimiento a sus méritos en la victoria aliada quedó patente cuando el 14 de julio de 1919 participó, al lado de Foch y de Pétain, en el desfile de la victoria entre el entusiasmo de los parisienses.

Murió en 1932.

'victoriosos' estuvieron representados en la Conferencia de Paz de 1919; algunos ni siquiera existían en 1914, y veintidós no eran europeos. Beluchos y vietnamitas habían cruzado medio mundo para luchar en Francia; los americanos y japoneses habían ido a Vladivostok, los canadienses a Arkangel y los australianos a Palestina; mientras, alemanes y británicos habían luchado encarnizadamente en los océanos, desde las costas de Chile a los litorales occidentales».

La excusa de Sarajevo

El atentado de Sarajevo, que costó la vida al heredero del trono austro-húngaro, Francisco Fernando, y que es considerado como la chispa que encendió la mecha de la guerra de 1914, es uno de esos sucesos, protagonizados por servicios secretos y organizaciones terroristas, cuyo fin último está sin aclarar. En principio, fue un atentado llevado a cabo por «La mano negra», una organización terrorista servia que operaba en el interior del imperio. Servia había alcanzado la independencia, pero muchos servios, de origen eslavo, vivían todavía en la llamada doble monarquía, y luchaban de modos distintos por alcanzar también ellos la autonomía total. Estos grupos terroristas contaban con el apoyo de los servicios secretos de Servia, y recibían ayuda económica y táctica de Rusia, que defendía a las comunidades eslavas centroeuropeas. Pero también existe la sospecha de que el «incidente» fuera promovido por el sector militarista austriaco, en busca de una excusa para intervenir en Servia, y eliminar de paso al heredero de la corona, que tenía fama de liberal en los ambientes ultraconservadores.

Previamente, los Balcanes habían sido el escenario de una serie de guerras locales. En 1913, Bulgaria, Grecia y Servia vencieron a Turquía y se anexionaron Tracia y Macedonia; a continuación, comenzaron las hostilidades entre Servia y Bulgaria, la primera con el apoyo de Grecia y Rumania, mientras Turquía se enfrentaba de nuevo contra Bulgaria. Atacada por todos, Bulgaria tuvo que capitular y devolver parte de los territorios conquistados.

En esta zona, la efervescencia nacionalista y revolucionaria preocupaba especialmente al imperio austro-húngaro. Y Servia constituía una amenaza constante que los austríacos deseaban castigar de forma ejemplar. Por eso, cuando el 28 de junio de 1914, los terroristas acabaron con el príncipe Francisco Fernando, faltó tiempo para que determinados sectores pensaran en la deseada operación de castigo. Pero encontraron más obstáculos de los previstos: algunos ministros de Viena temían que la intervención provocara una guerra con Rusia y, dada la situación de alianzas existentes en Europa, que arrastrase a una conflagración de resultados estremecedores. Para ganar tiempo, aquellos políticos dubitativos consultaron a Berlín sobre lo que debía hacerse y sobre el grado de apoyo que los alemanes prestarían llegado el caso.

Con el emperador a la cabeza, los alemanes se mostraron decididos partidarios de la operación militar y prometieron que su diplomacia se encargaría de acallar las protestas de Rusia, Francia e Inglaterra. Con estas seguridades, los austriacos dieron a Servia un ultimátum tan humillante que ni siquiera se esperó contestación. El general Conrad von Hotzdendorf decidió la movilización, y el 28 de julio el Imperio declaró la guerra a Servia y se dispuso a asestarle un golpe militar que se preveía un paseo de las tropas austriacas hasta Belgrado, puesto que el Imperio podía movilizar 49 divisiones, mientras Servia apenas contaba con unas 12.

Hubo, no obstante, un inmenso error en los cálculos alemanes y austriacos. Creyeron que podrían mantener la ficción de una «guerra loca-



Un soldado alemán.

lizada» en los Balcanes. A lo sumo se preveía un enfrentamiento con Rusia o Francia, e incluso con ambas, pero jamás se pensó que interviniese Inglaterra, y mucho menos aún que con el tiempo lo hicieran países como Italia o Estados Unidos, y que a sus tropas unirían las de sus extensas colonias.

Fue una locura que comenzó con movilizaciones masivas en todos los países de Europa y que se convirtió en un largo rosario de declaraciones de guerra: Alemania la declaró a Rusia el 1 de agosto, y a Francia al día siguiente; Austria la declaró a Rusia el día 6, e Inglaterra a Alemania el 4. La guerra había comenzado.

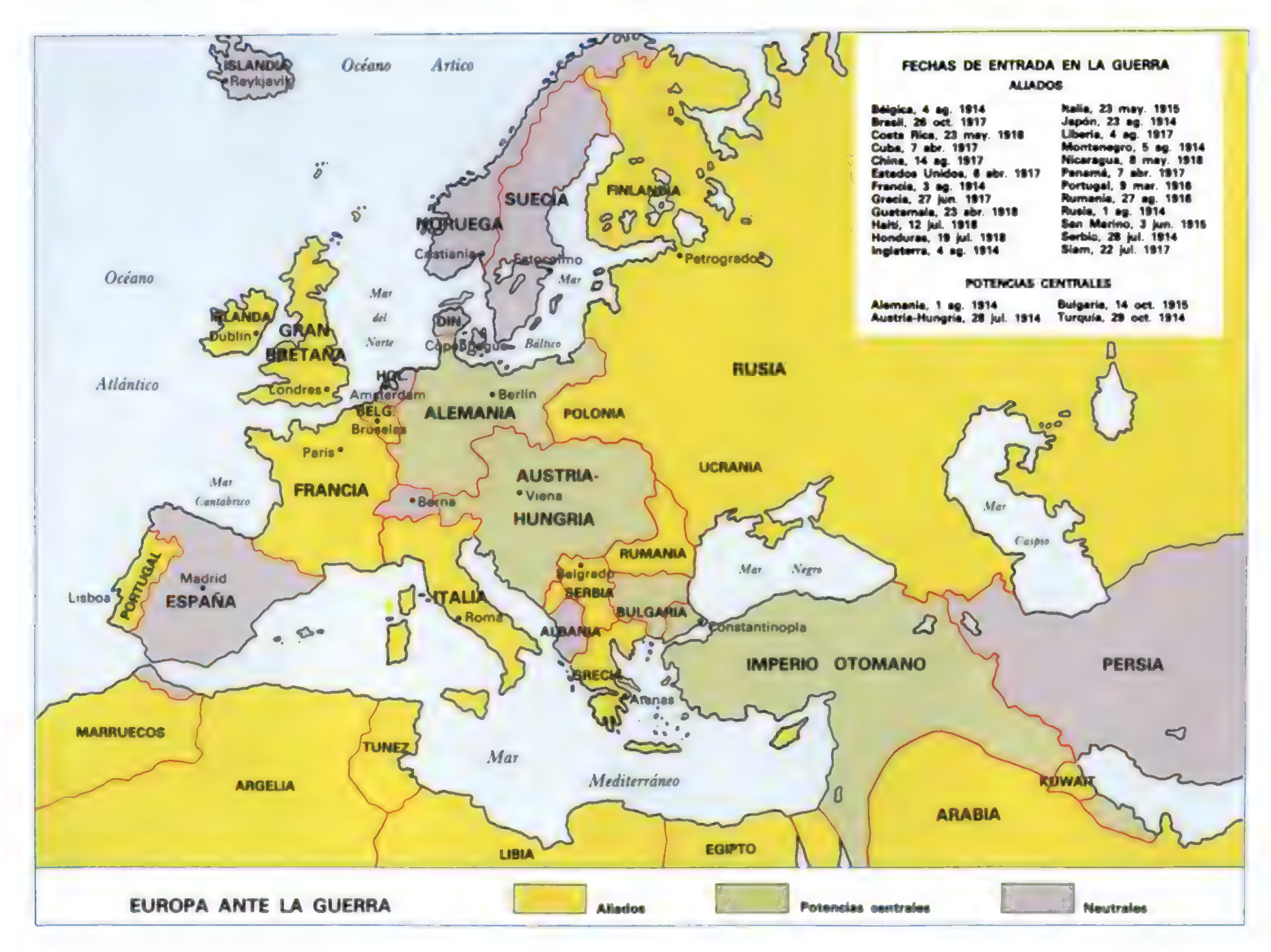
La guerra relámpago

En Berlín, en París, en Viena, en casi todas las capitales de Europa se iba a la guerra con alegría. A diferencia de la Segunda Guerra Mundial, en la que los combatientes iban resignados a su triste suerte, en ésta todos creían tener la razón, defender la justicia, y confiaban en que su ejército obtendría una rápida y gloriosa victoria. En París se gritaba «¡A Berlín!», y «¡A casa por Navidad!». En todas partes se marchaba gozoso al frente: las últimas reservas ideológicas y éticas de los socialistas se habían disipado. El asesinato del líder socialista Jean Jaurès en París había acabado con su tozuda oposición.

Desde agosto hasta diciembre de 1914, y en los primeros meses de 1915, se produjeron las grandes y rápidas ofensivas, dando la impresión de que cada bando deseaba acabar con el enemigo en el plazo más breve posible. Comenzaron los alemanes con el Plan Moltke, que pretendía atacar Francia atravesando Bélgica y avanzar luego sobre París desde el norte. Unas cuantas divisiones detendrían a los rusos en el este y a los franceses en la frontera. Naturalmente, en los Balcanes, Austria seguía su ofensiva contra Servia y dedicaba parte de su ejército al frente ruso.

El plan alemán era claro: aplastar rápidamente a Francia y Servia, y concentrar todos los esfuerzos a continuación para acabar con Rusia. El plan aliado era el inverso: concertar los ataques

Mapa del teatro de operaciones bélicas de la Primera Guerra Mundial con las fechas de entrada en el conflicto de los diferentes países participantes. Rusia llegó a movilizar a más de 15 millones de hombres y terminaría la guerra llamándose Unión Soviética, tras la revolución de 1917. Alemania, por su parte, movilizó a 13 millones de soldados; Francia, a ocho millones y medio. En la guerra murieron casi dos millones de germanos, 1.700.000 rusos y 1.400.000 franceses, junto a un millón de austro-húngaros, 764.000 británicos, medio millón de italianos, 400.000 turcos y otros tantos servios.




Bélgica: dos paisanos huyen dejando su ciudad.


Vivir cada día en las trincheras.

La población civil fue la que más sufrió los efectos devastadores de la guerra. Arriba, a la izquierda, dos paisanos belgas huyen de su ciudad natal cruzando un puente. Mientras, soldados alemanes «matan el tiempo» jugando a las bolas en una trinchera, y un soldado francés se fotografía con su uniforme, su casco y su pipa para enviar el retrato a una esposa que quizás nunca volvió a ver.

en los dos frentes y acabar con el poderío militar de los centrales.

Pero nada salió como se había planeado. Inicialmente, la idea de Moltke de atravesar Bélgica y caer sobre Francia salió bien, ya que el general en jefe de los ejércitos franceses, Joffre, se empeñó en atacar en Alsacia-Lorena y dejar tan sólo unas divisiones en la frontera belga para detener a los alemanes; se confiaba además que los belgas retrasasen el avance alemán.

Joffre no había medido la importancia del avance enemigo por el norte. El ejército belga no pudo hacer nada contra la marea militar que se le vino encima y las tropas francesas, con el auxilio de algunas venidas de Inglaterra, hubieron de replegarse ante la superioridad numérica alemana. También en principio, los austríacos consiguieron conquistar Belgrado y detener con ayuda alemana a los rusos.

Pero todo cambió pronto: en septiembre, los ejércitos franceses e ingleses se reagruparon y consiguieron una gran victoria en el Marne. Ahora eran los alemanes los obligados a retroceder, aunque se quedaron con una parte considerable del territorio francés, en el que permaneció casi fijo el frente de guerra. En el otro frente, los servios, en un alarde increíble de heroísmo, hacían evacuar Belgrado a las tropas austriacas, las persiguieron e infligieron una tremenda derrota.

En el frente ruso, la iniciativa inicial correspondió en 1914 a los rusos; su empuje fue tan fuerte que obligaron a Moltke a retirar parte de sus fuerzas del frente occidental. Pero los furiosos ataques y contraataques de este primer año de guerra provocaron una enorme sangría humana. Los rusos perdieron 1,2 millones de hombres, y se quedaron exhaustos en lo que se refiere a material militar.

A finales de año, Turquía se une a las potencias centrales, y a principio de 1915 Italia lo hace a la Entente. Los últimos meses de 1914 señalan el enorme naufragio de los rusos, que son derrotados en Tannenberg, pero también se constata que los planes militares de unos y otros, pulcramente meditados en las mesas de operaciones de los estados mayores, no dan el resultado imaginado y que la guerra ha evolucionado en un sentido tan inesperado que nadie parece saber qué habrá de hacerse en el futuro.

En 1915 se conocerá la importancia de las trincheras y también su inutilidad. En Francia, el general Joffre, con fuerzas de refresco, intentaba continuamente ofensivas que eran rechazadas por unos alemanes bien atrincherados. Hubo muchas bajas por parte de Francia y pronto las habría en el otro bando. Un político de la época comentaba la monotonía de los partes diarios de guerra en los que sólo se anunciaba la pérdida o captura de una trinchera, que al día siguiente era recuperada o perdida de nuevo.

Con la retirada rusa, el frente italiano cobra cierta importancia, y en él se producen duros combates entre austríacos e italianos. En los Balcanes, Bulgaria entra en la guerra al lado de las potencias centrales y ayuda a los austríacos a asestar un nuevo golpe contra Servia, muy debilitada tras su victoria del año anterior. A pesar de todo, los servios conseguirían abrirse camino hasta el mar y romper el cerco de fuego a que les habían sometido.

Los ingleses habían aumentado considerablemente el número de divisiones e intentaron atacar en determinados puntos estratégicos que creían fundamentales tras estudiar fríamente la situación. Y aunque consiguieron éxitos parciales, no lograron —como habían previsto— el derrumbamiento del ejército alemán. El duelo entre las dos armadas en diversas partes del mundo, que había comenzado con una ventaja inicial alemana, fue invirtiéndose en favor de los ingleses.

A finales de 1915, los ejércitos están ya cansados y «clavados» en las posiciones que los azares bélicos habían determinado. Para entonces, todo el mundo había abandonado ya la esperanza de una victoria rápida; la moral de los combatientes era mucho más baja, especialmente en países como Rusia, en los que los soldados carecían del mínimo equipamiento.

En cuanto a la marcha de las operaciones, la victoria correspondía provisionalmente a las potencias centrales: sus ofensivas habían sido detenidas, pero ocupaban parte de Francia y Rusia, habían derrotado al ejército de este país, y causado a sus enemigos un número muy superior de bajas. Había que esperar a los años siguientes para que la dirección de los triunfos cambiase de sentido.

R. C.



Los veteranos, ídolos que más tarde pasaron de moda.



Una trinchera al norte de Francia.

Bibliografía básica:

FERRO, M.: *La gran guerra,* Alianza Editorial. Madrid, 1970.

KINDER y HILGEMANN: *Atlas histórico mundial,* Istmo. Madrid, 1971.

TOUCHMAN, B.: *La torre de orgullo,* Bruguera. Barcelona, 1967.

WANTY, E.: *L'art de la guerre,* Marabout Université. Verviers, 1967.

La esclusa está a punto de abrirse; es el punto final de una gran empresa.

El Ancon protagonizó el último capítulo de las obras del canal.

1914



Panamá: un pequeño país, un gran triunfo sobre la naturaleza.

EL CANAL DE PANAMA, ENTRE LA AVENTURA Y EL IMPERIO

EL 15 de agosto de 1914, un buque, el Ancon, atravesó por primera vez en la historia el canal de Panamá. Fue un auténtico acontecimiento histórico sólo comparable al de la inauguración, algunos años antes, del canal de Suez. Ambos acortaban de manera considerable las comunicaciones marítimas entre dos mundos y abrían un futuro más utilitario que romántico: las larguísimas y peligrosas travesías navales por el sur de Africa y América meridional quedaban parcialmente descartadas. Anotemos un primer dato: los principales beneficiarios de ambos canales eran las naciones industrializadas más poderosas del globo: las de Europa, por una parte, y los Estados Unidos, por otra.

Si estos canales simbolizaban los métodos eficaces y expeditivos del imperialismo, en su concepción hubo mucho del espíritu científico y aventurero del siglo XIX. En ambos casos aparece una misma persona, el ingeniero Fernando de Lesseps, que había coronado con éxito la construcción del canal de Suez entre el Mediterráneo, el mar Rojo y el océano Indico. Lesseps, solemne y orgulloso, era un auténtico héroe para los europeos que veían en él la reencarnación del poder de la ciencia y de la técnica, además del impulso personal hacia la aventura.

En la página opuesta, arriba, expectación del público ante el funcionamiento de una esclusa, el día de la inauguración del canal. Abajo, el Ancon, primer barco que atravesó la nueva vía interoceánica el 15 de agosto de 1914. Sobre estas líneas, una postal de la época recuerda a todo color la apertura del canal de Panamá. El progreso no se detenía.

Panamá y su canal

Durante los diez años que duraron las obras de construcción de los 82 kilómetros del canal de Panamá, bajo la dirección de un equipo internacional de ingenieros controlado por los norteamericanos, la mano de obra fue diezmada en varias ocasiones por la malaria, el cólera y la fiebre amarilla. Anónimos personajes que dieron su vida para que el progreso humano pudiera seguir avanzando. En la foto de abajo, un grupo de trabajadores en las obras de tendido de raíles por los que circulan los trenecillos que remolcan a los barcos a través del canal.

El sueño de un canal que uniera los océanos Atlántico y Pacífico era casi tan antiguo como el propio descubrimiento del istmo. Fue el español Núñez de Balboa el que primero llegó al Pacífico en 1513, y no pasaría mucho tiempo sin que diversos expertos explicaran a sus respectivas coronas las ventajas de construir el canal: la navegación a Asia, que por entonces se hacía bordeando el cabo de Buena Esperanza en el sur de Africa, se vería considerablemente facilitada. Pascual Ardogaya y una comisión española llegó a la conclusión de que el camino más corto y conveniente para el canal era a través del istmo de Panamá, pero, desafortunadamente, el emperador Carlos V tenía demasiados problemas y gastos, para acceder a tan atrevida empresa.

A principios del siglo XIX, el propio Simón Bolívar volvió a replantear el tema, y en 1821 se creó el Departamento del Istmo, que pasó a formar parte de la República de la Gran Colombia, integrada por Venezuela, Colombia y Ecuador. Nacía así a la independencia Panamá, con el proyecto del canal como fondo.

Ingenieros norteamericanos que controlan las obras del canal.



Un grupo de trabajadores coloca raíles para los trenes remolcadores.

Sin embargo, la independencia se haría esperar. El Departamento del Istmo sería, en realidad, una provincia de Colombia. En 1840, y sólo durante trece meses, alcanzaría una cierta autonomía. Ya por este tiempo, mediados del siglo XIX, los Estados Unidos manifestaron un «profundo interés» por la zona, ya que permitiría un traslado rapidísimo de las manufacturas de costa a costa.

Este interés era compartido por las potencias europeas, que aprovecharían la guerra civil americana para avanzar considerablemente en la carrera. Mientras tanto, Estados Unidos, que en la década de los cuarenta se había anexionado paulatinamente Texas, Nuevo México, Colorado, Wyoming y Kansas, había conseguido de Colombia una serie de concesiones sobre tránsito y navegación del istmo con el tratado Mallarino-Bidlack. En 1855 se creó el ferrocarril del istmo, que comunicaba la ciudad de Colón, en el Atlántico, con la de Panamá, en la costa del Pacífico.

La etapa Lesseps

Estados Unidos perdió este primer *round* de la construcción del canal por dos motivos: su guerra civil (1861-1865), que enfrentó los estados del norte con los del sur, y una serie de indecisiones técnicas que se tradujeron en una nueva opción de construir el canal, esta vez por Nicaragua.

Mientras, en Europa se vivían momentos de exaltación. Las notas triunfalistas de *Aida*, la ópera de Verdi, habían coronado el final de la construcción del canal de Suez, y el ingeniero Fernando Lesseps gozaba de amplio crédito, tanto personal como económico. Con el apoyo de su nombre indiscutido, Lesseps constituyó en 1881, la *Compagnie Universelle du Canal Interoceanique de Panama*, en la que tomaron parte sociedades francesas privadas y estatales.

Sobre el terreno, Lesseps constató que era necesario cortar 70 kilómetros llenos de dificultades: tenía que abrirse camino a través de los Andes ístmicos y de numerosos pantanos. Muchos de sus colaboradores le aconsejaron emplear el sistema de esclusas, más barato y realizable, pero el orgullo jugó una mala pasada al constructor de Suez, que se negó radicalmente a esta posibilidad; además, su prestigio era tal que la mayor parte de los técnicos y trabajadores le siguieron, confiando ciegamente en sus teorías.

Así comenzó la última gran aventura romántica creada por el imperialismo. Lesseps compró la concesión de una zona de terreno que flanqueaba lo que debería ser el canal y adquirió también el ferrocarril ístmico. Las obras comenzaron y, con ellas, lo que habría de convertirse en una enorme mortandad: los obreros perecían a millares a causa de la fiebre amarilla, la disentería y otras enfermedades tropicales. Pronto se dejó sentir la falta de medios técnicos y económicos, y esto repercutió no sólo en la lentitud de las obras, sino en la dificultad para el saneamiento y la alimentación de los trabajadores.

Este fracaso inicial no desanimó a Lesseps que consiguió la formación de una verdadera corriente migratoria desde Africa, China y algunos países latinoamericanos, lo que tan sólo sirvió para incrementar el número de víctimas entre los asalariados. Mientras, la compañía había ido creciendo hasta convertirse en un Estado dentro del Estado, con ingente poder. Pero ante el cariz de los acontecimientos se «restringieron gastos para evitar la bancarrota y el deshonor de los inversores», y se optó por no atender médicamente a los enfermos de fiebre amarilla, que eran despedidos en el momento mismo en que contraían la enfermedad.

Lesseps tranquilizaba a sus socios, pero en 1885 la compañía quebró: el vencedor de Suez dejó de ser un héroe popular. El gobierno francés le obligó a adoptar el sistema de esclusas, con la ayuda del ingeniero Gustavo Eiffel, constructor de la torre de su nombre. Un intento de aportar nuevos capitales, mediante una lotería popular, fracasó estrepitosamente. La compañía se declaró definitivamente en quiebra en 1889. Para entonces, los franceses habían abierto, aproximadamente, la tercera parte del canal y habían cortado la cordillera por el Paso de Culebra.

En algunos lugares del canal, como el llamado Paso de Culebra o Corte Gaillard, en honor del ingeniero francés que dirigió las obras en este sector, de quince kilómetros de longitud, debieron excavarse zanjas de más de cien metros de profundidad, a veces sobre roca viva. En la foto, momento de una voladura con dinamita, espléndido auxiliar del hombre en la construcción de las grandes obras públicas del siglo XX.



Voladura de uno de los pasos en las obras del canal.

Desde la apertura del canal de Panamá han utilizado la vía interoceánica casi medio millón de buques, transportando más de 2.000 millones de toneladas de carga. A partir de la independencia de Panamá de Colombia (propiciada por Estados Unidos en 1903) y la compra de los derechos sobre el canal por los norteamericanos a los franceses, en 1904, las obras se terminaron en 10 años (los franceses ya habían trabajado 24), con un coste de 387 millones de dólares. A esta cifra deben sumarse los 40 millones de dólares pagados como indemnización a la compañía francesa y los 10 millones que Estados Unidos entregó a Panamá, aparte de garantizarle su independencia de Colombia. Desde entonces el canal ha sido y sigue siendo un negocio redondo para los norteamericanos. Bajo estas líneas, el presidente estadounidense William H. Taft visita las obras poco antes de su terminación definitiva.

El canal de Panamá evitó a los barcos la peligrosa travesía por el estrecho de Magallanes.



El presidente Taft visita las obras en la Zona del Canal.

El final de esta turbia historia fue un intento de procesamiento de los culpables del fraude por parte del gobierno francés, pero la mayoría escaparon sin penas. El balance era un gran número de arruinados, unas obras a medias, y cerca de 18.000 víctimas como consecuencia de accidentes, de enfermedades y de los malos tratos. Lesseps perdió la Legión de Honor, y el propio gobierno francés estuvo a punto de caer.

Estados Unidos toma el relevo

Años más tarde, Estados Unidos, que había contemplado con inquietud el avance de las obras, tomaba el relevo. Durante la última década del siglo XIX, los franceses habían constituido la *Compañía Nueva del Canal de Panamá* con la esperanza de recuperar algo, pero apenas habían avanzado nada. Por eso respiraron alivia-



dos cuando Estados Unidos compró a Colombia la concesión de un «pasillo» de tierras de diez kilómetros de ancho. Esta circunstancia hizo pensar que, probablemente, el gobierno de Estados Unidos deseaba comprar los derechos de la maltrecha compañía.

Así fue, pero el presidente Theodore Roosevelt no quiso hacerlo sin tener las espaldas cubiertas. En primer lugar, aprovechó la debilidad interna de Colombia para provocar la independencia de Panamá. En 1903, Panamá era ya un estado independiente, gobernado por las familias más poderosas de la zona y controlado, en último término, por las grandes compañías internacionales. Buena prueba de ello fue el tratado Hay-Bunau Varilla, por el que la recién nacida República de Panamá cedía a los Estados Unidos «a perpetuidad, el uso, ocupación y control de una zona de tierra para la construcción, mantenimiento, funcionamiento, saneamiento y protección del canal», que ahora tenía 16 kilómetros de ancho.

Aquel tratado constituyó una de esas grandes vergüenzas históricas de las que este siglo tiene varias en su haber. Para empezar, Philippe Bunau Varilla, que asistió como ministro plenipotenciario de la República de Panamá, representaba también a la compañía francesa del canal, y por cierto no lo ocultaba. De modo que para recuperar una pequeña parte de sus inversiones, una compañía europea vendió un trozo de un país independiente. Como diría el periodista panameño Leopoldo Aragón, «en 1903, cuando el imperialismo confortaba su conciencia y se justificaba en la biblia de su exegeta Kipling, los Estados Unidos crearon la República de Panamá y, dentro de ella, el ensueño tropical de 2.000 kilómetros cuadrados llamados *Zona del Canal de Panamá*».

Conducidos de modo más racional y con más medios, los trabajos se terminaron relativamente pronto. En 1914, año del comienzo de la Primera Guerra Mundial, un buque atravesaba por primera vez el canal, inaugurado oficialmente en 1920 y abierto al tráfico en agosto de ese año. Técnicamente, había sido una gran obra: en Gatún, en el lado atlántico, había tres esclusas; el dique medía 34 metros de altura, 630 metros de base y 2,5 kilómetros de longitud. En el Pacífico había dos diques, en Miraflores y Pedro Miguel. El principal constructor había sido G. W. Boethals.

Fuente de conflictos

Desde su inauguración hasta la actualidad, la Zona del Canal ha sido una inagotable fuente de problemas. Es comprensible que una propiedad de los Estados Unidos —una verdadera colonia— dentro de un estado soberano despertase una fuerte repulsa popular. Incluso los gobiernos constituidos, que hasta los años sesenta estaban en manos de las familias más poderosas, han tenido fuertes roces con las autoridades norteamericanas de la Zona.

A este componente nacionalista debe añadirse la discriminación económica: se suele señalar que Estados Unidos obtenía en un solo año por los derechos de paso del canal, más de lo que daba a Panamá en cincuenta.

Por otro lado, la Zona del Canal fue paulatinamente albergando un conglomerado de bases americanas en alguna de las cuales se formaban los cuerpos especiales contrarrevolucionarios que invadieron la República Dominicana, los *rangers* que dieron muerte al «Che» Guevara y los boinas verdes que fueron a Vietnam.

El proceso nacionalista de Panamá ha sido lento, pero progresivo. En 1956, el presidente



Una «mula eléctrica» remolca a un vapor hacia la esclusa.

Laguardia juzgó oportuna una revisión de los acuerdos con Estados Unidos, especialmente en su aspecto monetario, pero éstos lo rechazaron. Otro presidente, Chiari, pidió y obtuvo, en 1960, el reconocimiento formal de la soberanía panameña sobre la Zona del Canal, y que las banderas de ambos países ondearan juntas. En 1964 se produjo uno de los sucesos más trágicos en la historia de las relaciones entre ambos países: millares de estudiantes panameños trataron de saltar la «muralla» que separa Panamá de la Zona del Canal; la guardia norteamericana respondió disparando. El resultado fue de varios muertos y heridos, y la avenida Kennedy, que separa la Zona del Canal y Panamá, pasó a llamarse avenida de los Mártires.

En 1977, el general Omar Torrijos, de tendencia nacionalista y formado precisamente en una de las escuelas militares norteamericanas de la Zona, consiguió firmar un nuevo tratado que mejoraba notablemente las cláusulas anteriores, pero que fue duramente contestado por la izquierda panameña al no resolver el conflicto principal: la soberanía de Panamá sobre la Zona del Canal en un plazo prudencial. Según parece, el presidente Carter fue presionado por las

fuerzas más conservadoras de los Estados Unidos para plantear a Torrijos la posibilidad de una intervención americana en el caso de que la soberanía USA sobre la Zona fuera puesta en cuestión. Hubo hechos dramáticos como la quema «a lo bonzo» en Estocolmo del periodista exiliado Leopoldo Aragón Escalona, precisamente en protesta por la firma del nuevo tratado.

Posteriormente, el presidente Arístides Royo realizó una nueva negociación, pero el caso permanece hoy abierto. El asunto del canal fue uno de los caballos de batalla del actual presidente Ronald Reagan, que ha manifestado la firme voluntad de no abandonar su soberanía, aun a costa de «enviar los marines».

R. C.

Bibliografía básica

GRAW, D.: *El escándalo del canal de Panamá,* G. P. Barcelona, 1962.
HALPERIN DONGHI, T.: *Historia contemporánea de América Latina,* Alianza. Madrid, 1969.
MATHEWS y SILVERT: *Los Estados Unidos y América Latina,* Grijalbo. México, 1967.
ORTEGA, G.: *Panamá,* Ediciones Venceremos. La Habana, 1964.



Panamá proclamó su independencia el 3 de noviembre de 1903.

Sobre estas líneas, 19 presidentes de otras tantas repúblicas americanas asisten a la declaración de independencia de Panamá, en presencia del mandatario norteamericano Theodore Roosevelt (sexto de los sentados a la mesa, a la izquierda). En la página opuesta, arriba, una de las vagonetas eléctricas (llamadas familiarmente «mulillas») que remolcan los barcos a través del canal. Abajo, visita de un sector de las instalaciones, poco después de inaugurarse la vía interoceánica.



Vista de las instalaciones del canal después de su inauguración.



Giorgio de Chirico: **La conquista del filósofo.**

Política internacional

Conflicto entre Estados Unidos y México por la detención de marinos norteamericanos en Tampico. Por dicho motivo, infantes de marina estadounidenses invaden Veracruz.
Asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria, sucesor del trono austro-húngaro, y de su esposa la duquesa Sofía en Sarajevo (Bosnia).
Estalla la Primera Guerra Mundial. Austria declara la guerra a Servia, y Alemania a Rusia y Francia. El ejército germano invade Bélgica.
Gran Bretaña declara la guerra a Alemania y a Austria-Hungría.
Austria-Hungría la declara a Rusia, y Francia a Austria-Hungría.
Gran Bretaña declara el mar del Norte zona de guerra y bloquea Alemania.
Japón exige a Alemania la base de Tsingtao en China. Como no se la cede le declara la guerra.
La flota inglesa en el Pacífico destruye los barcos alemanes frente a las islas Malvinas.
Los alemanes aplastan a las tropas rusas que habían ocupado Prusia oriental en las batallas de Tannenberg y de los lagos Masurianos.
En la primera batalla del Marne se detiene a los alemanes que ya avanzaban sobre París.
Rusia declara la guerra a Turquía.
El presidente de México, Victoriano Huerta, dimite. Le sucede Venustiano Carranza.

Sociedad

Muere el papa Pío X. Le sucede Giacomo della Chiesa con el nombre de Benedicto XV.
Inauguración del Congreso Eucarístico de Lourdes.

Economía

Empieza el racionamiento de pan, harinas, patatas y carne en Alemania.
La Primera Guerra Mundial favorece la economía española aumentando las exportaciones a los países europeos en conflicto.

Ciencia y tecnología

Inauguración oficial del canal de Panamá. La travesía la efectúa el buque Ancon *desde la bahía Limón a la bahía de Panamá, tardando 10 horas en el recorrido.*
Terminación del ferrocarril del Pacífico en tierras canadienses.
El sismógrafo alemán Beno Gutenberg logra calcular con exactitud la profundidad del núcleo de materia fundida del interior de la Tierra.
En París se inaugura el Instituto Curie de Radio.

Sucesos

Jean Jaurès, líder socialista francés que se oponía a la guerra, es asesinado en París.

Literatura

No se concede el premio Nobel.
James Joyce: Dublineses.
Edgar R. Burroughs: Tarzán de los monos.
André Gide: Los sótanos del Vaticano.
Joseph Conrad: Chance.
Georg Trakl: Poesías.
Juan Ramón Jiménez: Sonetos espirituales.

Cine

Charles Chaplin llega a Hollywood y realiza su primera película: Charlot y la sonámbula.
Louis Feuillade: Fantomas.

Teatro

Georg Kaiser: Los burgueses de Calais.
Carl Sternheim: El snob.
Elmer Rice: On Trial.

Pintura y escultura

Oskar Kokoschka: La novia del viento.
Giorgio de Chirico: La conquista del filósofo.
Piet Mondrian: Planos de color en oval.
Muere August Macke, uno de los dirigentes de Jinete azul.

Arquitectura

Walter Gropius: Oficinas modelo de una fábrica. *Con esta obra implantará el estilo de la moderna arquitectura industrial en la exposición gremial de Colonia.*



Piet Mondrian: Planos de color en oval.

1914


Marcel Proust (1871-1922).


Franz Kafka (1883-1924).

PROUST, KAFKA Y JOYCE: LA REVOLUCION DE LA NOVELA

1915





James Joyce (1882-1941).

EN 1915, un excéntrico irlandés, un enfermizo y decadente francés y un oficinista checo están revolucionando las bases de la novela tradicional. Por esta época, ninguno de los tres ha conseguido el favor del público, y uno de ellos, Kafka, dejará incluso escrito en su testamento que se destruyan todos sus papeles. La infidelidad de un amigo los salvará del fuego. A él le debe la literatura del siglo XX uno de los pilares de su fulminante evolución. Los otros dos fueron Marcel Proust y James Joyce.

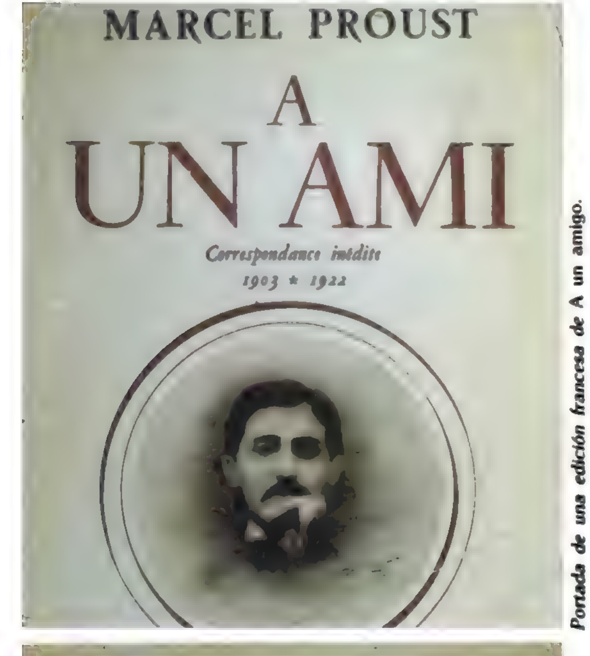
Como en el resto de las artes y las ciencias, en el campo de la literatura el siglo XX se caracteriza por una profundísima renovación. El hombre de la calle, el ciudadano normal de vida rutinaria, con sus miserias, sus contradicciones y sus sueños —la influencia del psicoanálisis es fundamental— pasa a ser el centro del quehacer literario. Un oficinista checo amante del anonimato y la automarginación, de familia judía, Franz Kafka; un profesor de idiomas irlandés, cínico e implacable, James Joyce; y un decadente y asmático burgués francés venido a menos, Marcel Proust, sentaron las bases de las nuevas corrientes literarias. Todos coincidían en su compasión y a la vez admiración por el hombre-masa, cuya vida es un constante devenir de «tiempo perdido» y a quien sólo puede rescatar e inmortalizar para la posteridad el artista por medio de su obra. El artista, el héroe de la sociedad moderna.

El ascenso de la vanguardia

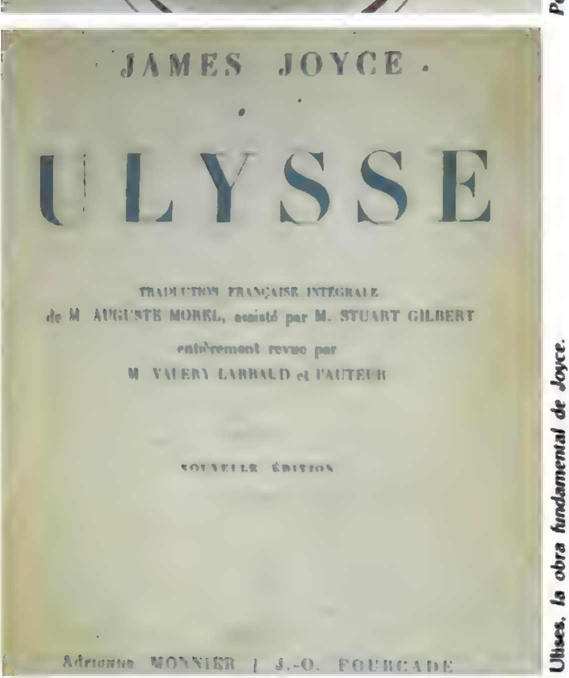
Los primeros años del siglo XX, especialmente el decenio transcurrido entre 1905 y la Primera Guerra Mundial, se distinguieron por una explosión experimental en todas las artes. Durante aquellos años recibieron un gran impulso las tendencias presentes al comenzar el siglo, y virtualmente se exploraron todos los principios que tuvieron como resultado las formas de expresión distintivas de nuestro siglo.

Los artistas y escritores de este decenio de experimentación se valieron de útiles que estaban forjando principalmente para desenmascarar a la sociedad, destruir toda clase de convencionalismos y mirar adelante en busca de significado interior y experiencia, atacando una tras otra las más arraigadas instituciones y los más apreciados valores de la sociedad burguesa. Partían del supuesto de que para que el hombre alcanzara su pleno desarrollo como ser humano debía ser capaz de expresar su naturaleza total, incluidos sus impulsos biológicos, y veían en cualquier moral que no se basara en estas necesidades algo contrario a su noción de los valores humanos. Examinaron, pues, con sentido crítico la familia burguesa, las relaciones entre padres e hijos, la monogamia, la prostitución, las profesiones y los tribunales, la religión, la propiedad, a las mujeres y las masas.

La literatura intentó reflejar, fundamentalmente, la lucha de los hombres para ordenar las nuevas experiencias y nociones ofrecidas por las teorías científicas y las aplicaciones tecnológicas,



Portada de una edición francesa de A un amigo.





Ulises, la obra fundamental de Joyce.

Marcel Proust pasó a la historia de la literatura universal por su tetralogía En busca del tiempo perdido: Por el camino de Swann *(1913)*, A la sombra de las muchachas en flor *(1918 y premio Goncourt 1919)*, El mundo de Guermantes *(1920) y* Sodoma y Gomorra *(1922). Después de su muerte se publicaron muchas obras póstumas, entre las que destaca por su significado* El tiempo recobrado *(1927). En esta página, arriba, portada de una colección de cartas* A un amigo *(1902-1922), publicadas en libro tras la muerte del autor, quien, en vida, tuvo que costearse de su propio bolsillo la edición del primer título de su luego famosa tetralogía. Abajo, portada de la traducción francesa «íntegra» (muy importante en el caso de este libro) del polémico* Ulises *de James Joyce.*

así como por los cambios sociales, políticos y económicos que determinaron sus vidas.

Fueron años en los que ni los científicos ni los estadistas, ni aún los líderes religiosos, entreveían un orden posible en el universo. Consecuentemente, las expresiones artísticas y científicas adoptaron una radicalidad que, a partir de visiones y estilos tan diferentes como los que supusieron la obra de Marcel Proust, James Joyce y Franz Kafka en literatura, Pablo Picasso en las artes plásticas y Sigmund Freud en la investigación científica, marcaron una línea divisoria que incidiría de una manera definitiva en los creadores posteriores.

Escritores que volvieron la espalda a la ciencia natural y al racionalismo, que estaban más interesados en la vida real, sospecharon la existencia de realidades inexploradas de emociones y actos de los hombres en situaciones de crisis o locura. Buscaron modos de expresar directamente las emociones de la humanidad, que estaba oprimida por la sensación de decadencia, perversidad o locura de la misma Europa.

Repudiaban el realismo y el naturalismo descriptivo. Les interesaban las técnicas que evocaran de una nueva manera las impresiones de los sentidos; desecharon el mundo real para concentrar su atención en los sueños y las alucinaciones, utilizando formas elípticas de relato, a la manera cinematográfica, para reconstruir la experiencia y no sólo describirla o comentarla. Concebían al hombre como la respuesta a ineludibles fuerzas irracionales que actuaban en su interior para producir sus emociones.



El 41 de Brighton Square, en Dublín.

A la izquierda, aspecto externo de la casa natal de Joyce, sita en el número 41 de Brighton Square, un barrio de clase media de Dublín, actual capital de Irlanda, entonces bajo dominio británico. Aunque Joyce nunca fue nacionalista, se ha dicho de él que se vengó de los ingleses escribiendo la mejor novela de esta lengua. Se ganó la vida como profesor de inglés y gozaba desentrañando los vericuetos más inaccesibles del lenguaje y las frases equívocas, de doble o triple sentido, lo que hace muy difícil la traducción correcta de sus obras. Desenmascarador implacable de una sociedad hipócrita como la británica, el Ulises *tuvo que publicarse en Francia ya que estuvo prohibido más de diez años en Gran Bretaña y Estados Unidos. Implacable también consigo mismo, Joyce decía: «Tengo una mentalidad de dependiente de ultramarinos..., un hombre nada virtuoso, con tendencias alcohólicas...»*

Proust o el túnel del tiempo

Muchos autores tenían dificultades para darse a conocer e incluso, a veces, para subsistir. Mientras algunos glorificaban las posibilidades de la época, otros entendían que la imaginación creativa estaba siendo atacada; la expresión se convirtió para ellos en un fin en sí misma. Algunos de los novelistas más importantes veían mundos carentes de esperanza. Marcel Proust, que comenzó escribiendo acerca de la identidad personal eternamente viva en el recuerdo, sintió cada vez más repugnancia por la decadente clase superior entre cuyos componentes vivía, hasta que terminó por ver que incluso el amor entre ellos generaba únicamente destrucción y olvido; el único valor que quedaba era el inexorable descubrimiento de la vanidad de toda obra de arte.

Proust nació en las afueras de París (Auteuil), el 10 de julio de 1871. A los nueve años padece la primera crisis de asma, enfermedad que ya no le abandonará hasta su muerte y que va a repercutir sensiblemente en la creación de su obra. Obtiene la licenciatura en Letras, al tiempo que publica distintos escritos en revistas literarias y periódicos.

Como consecuencia de su enfermedad, Proust vive gran parte de su vida en una habitación con las ventanas herméticamente cerradas siempre, con las paredes forradas para evitar ruidos del exterior y así concentrarse sólo en escribir, únicamente confiado en su memoria y en los datos del exterior que le aportan sus amigos.

La primera obra de Proust, *Los placeres y los días*, aparece publicada en 1896, año en el que comienza una novela de mil páginas que permanecerá inacabada y totalmente desconocida hasta su publicación póstuma, en 1952, con el título de *Jean Santeuil*. Su obra más conocida, *En*



Kafka ante el palacio Kinsky, en la zona antigua de Praga.

Sobre estas líneas, Franz Kafka fotografiado frente al palacio Kinsky, situado en la ciudad vieja de Praga y convertido en Instituto de Lenguas Clásicas, donde el joven asistía a clase. La obra de Kafka, a pesar de su universalidad, no puede entenderse sin Praga, los cafés y cervecerías de la ciudad vieja, donde coexistían checos, eslovacos y judíos en prolífica mezcla de cultura germana, eslava y hebrea.

busca del tiempo perdido, la compone en gran parte entre 1905 y 1912, y obtiene con ella el premio Goncourt (1919), uno de los más importantes e influyentes de las letras francesas. Marcel Proust muere, después de sufrir una bronquitis, el 18 de noviembre de 1922. A partir de este momento, su hermano Robert se ocupará de la publicación de sus obras.

Los escritores, en el empeño de desprenderse de convencionalismos y profundizar en zonas de la conciencia hasta entonces no exploradas, precisaban útiles para describir lo irracional. Marcel Proust, en su búsqueda de identidad en los recuerdos, analizó partes de un cuadro de sentimientos que resurgían una y otra vez por la recurrencia de su tema básico. Los novelistas insistieron en que, como no hay realidad salvo la interpretada por las propias percepciones, la forma de la novela era la propia realidad.

Los personajes de *En busca del tiempo perdido* no tienen existencia en sí mismos, sino que son los sentimientos que provocan en el observador, en el «yo» que es el escritor encerrado en su habitación de enfermo, observándose en el acto de la creación. Representan sus deseos según se revelan en el amor frustrado y en las vanidades sociales de la clase alta, tanto entre los nuevos ricos que trepan como entre los aristócratas en decadencia. Se desarrollan en variaciones de gran complejidad a partir del primer volumen, en el que todos los temas principales se anuncian como en una obertura: los personajes principales, los lugares, los cuadros de relaciones que volverán a presentarse con complejidad creciente de significado y cambios constantes, a medida que el adolescente que los experimenta por primera vez vuelve a revivirlos en otros tiempos y lugares.

En esta obra, los personajes tienen como telón de fondo el ambiente familiar de la propia infancia, con sus afectos y valores morales, todos los cuales serán violados con el paso del tiempo. Al comienzo hay intrincadas frases que entrelazan percepciones, hechos y sentimientos; gradualmente, sin embargo, el movimiento se remansa y las imágenes se muestran ásperas y disociadas, al desintegrarse los cuadros en una desilusión final.

No hay otra felicidad que la del recuerdo, que la de revivir, resucitar y conquistar el tiempo pasado y perdido; pues los verdaderos paraísos son los paraísos perdidos, sostiene Proust. El es el primero en concebir la contemplación, el recuerdo y el arte como las únicas formas posibles de poseer la vida.

El mundo como oficina

La busca de significado que empujó a escritores y artistas en muchas direcciones llevó a algunos que no tenían fe ni en Dios ni en la razón a una impresión final de vacío y absurdo. A su juicio, la única actitud posible para la mente era afrontar la vida sin engañarse. Así, Kafka expuso la ambigüedad de la existencia en *La metamorfosis* (1916), y en la obra inconclusa *El proceso* (1925), publicada después de su muerte. En *La metamorfosis,* la esquizofrenia del hombre convertido en insecto fue escrita con completa lucidez para exponer la lógica de cada situación. En *El proceso*, un hombre insignificante era acusado de algo —no estaba seguro de qué— y juzgado por un tribunal que no conocía; suponía que lo condenaban aunque no sabía exactamente por qué, lo aceptaba todo como natural y seguía comiendo, amando y leyendo el diario, hasta que un día dos señores lo invita-

ban a un miserable suburbio, donde le ponían la cabeza sobre un cepo y lo ejecutaban.

Franz Kafka había nacido el 3 de julio de 1883, en Praga, durante la época de reinado de la monarquía austro-húngara, en el seno de una familia de la pequeña burguesía judía, de lengua alemana. Después de cursar estudios de leyes, se doctoró en Derecho en 1906, para entrar un año más tarde en una compañía de seguros en la que, a cambio de una dedicación rutinaria, recibe un sueldo que le permite dedicarse por entero a escribir, a participar en actos de tendencia socialista y a interesarse un poco idealistamente por el sionismo.

Aunque no son estrictamente documentos biográficos, tanto las *Cartas a Milena* como la *Carta al padre* reflejan la personalidad angustiada y atemorizada que el autor va a poner de manifiesto en toda su obra. «Una vez, hace poco, me preguntaste por qué afirmaba yo que te tengo miedo. Como de costumbre, no supe contestarte nada, en parte precisamente por ese miedo que te tengo...» *(Carta al padre)*. Su azarosa vida sentimental sufre encuentros (Felice, Julie, Milena y Dora), y otras tantas rupturas. «Las tres historias de noviazgo —escribe Kafka en *Cartas a Milena*— tuvieron un rasgo común: que fui total e indudablemente culpable de to-



Marcel Proust (20 años) junto a su madre y su hermano.

En la foto, Marcel Proust (izquierda) junto a su madre y a su hermano Robert, que publicaría póstumamente muchas de sus obras. Salvo Kafka, que siempre fue un humilde oficinista provinciano sin afán de notoriedad, tanto Proust como Joyce vivieron el ambiente intelectual y bohemio del París de principios del siglo, convertido en capital cultural del mundo («La ciudad luz»), en compañía de gentes como Picasso, Eliot, Scott Fitzgerald, Aldous Huxley o Gertrude Stein. Joyce dejó escrito sobre Marcel Proust: «No le veo un talento especial, pero soy un mal crítico.»

do... Yo no era tan fuerte como ella (como Felice), de todos modos ella únicamente sufría, en cambio yo hería y sufría».

En septiembre de 1917 le diagnostican tuberculosis. «Estoy mentalmente enfermo, la enfermedad de los pulmones no es más que un desbordamiento de la enfermedad mental» *(Cartas a Milena).* Siete años más tarde, el 3 de junio de 1924, a los 41 años de edad, muere Kafka. Es enterrado en Praga. En su testamento expresa la voluntad de que se destruyan todos sus escritos.

Con el interés creciente de los escritores por la psicología, por desenredar los complejos hasta el último detalle, y por distintas variedades de



El proceso: *una imagen real de un mundo real.*

Postal satírica alemana de estilo expresionista criticando la mala literatura política. El expresionismo fue un revulsivo más para las bellas artes que se desarrolló en esta época en los países germánicos y nórdicos. Hombre introvertido y solitario, Kafka escribe en su Diario: «Por mi parte no hubo nunca ni la más pequeña orientación para abrirme paso en la vida. Ha sido como si, lo mismo que a cualquier otra persona, me hubieran dado el centro del círculo para recorrer el radio decisivo y describir luego la hermosa circunferencia. En lugar de hacerlo así, he estado constantemente iniciando el radio, pero siempre lo he interrumpido al poco tiempo...»

tensión en el sentir, la novela fue revolucionando cada vez más su estructura, hasta convertirse en la expresión directa de la experiencia y en la ilustración de una filosofía. Fue complementada por una serie de biografías y autobiografías que se escribieron en forma casi novelada.

El dublinés

Algunos novelistas utilizaron el relato en «staccato», buscaron palabras tanto por su sonido como por su sentido, y comunicaron la acción, el movimiento y la tensión rompiendo la estructura de la frase de muchos modos o tratando de utilizar palabras diferentes. James Joyce creó su propia sintaxis en tres novelas y exploró sus posibilidades hasta el límite.

Joyce nace en 1882, en Rathgar, en las afueras de Dublín, en una familia perteneciente a la pequeña burguesía, cuando Irlanda no era una nación, sino un dominio británico. Sin embargo, Joyce no se sentiría atraído por el creciente nacionalismo irlandés de su época. Estudia con los jesuitas y obtiene más tarde la licenciatura en Letras. Aunque inicialmente se consideró socialista, con el tiempo perdió todo interés por la vida política.

En 1904, luego de pensar durante una temporada en utilizar su buena voz de tenor con intención de dedicarse profesionalmente a cantar, conoce a una persona que va a influir de manera sensible en su vida: una criada de hotel llamada Nora Barnache, que será desde entonces su compañera hasta el año 1931, en que su unión se formalizará legalmente.

Después de una experiencia que le lleva a romper con sus amigos en Irlanda, Joyce decide abandonar su país y establecerse en Zürich por medio de una oferta de trabajo como profesor de inglés en la Berlitz School; sin embargo, el trabajo no resultó y el escritor hubo de trasladarse a otra escuela de la misma cadena Berlitz en la ciudad italiana de Trieste, donde nacerían sus hijos. La situación económica de Joyce es mala y decide reelaborar un pequeño trabajo que convierte en libro con el título de *Retrato del artista adolescente* (1916). En esta novela autobiográfica, el artista crece desde los comienzos de la conciencia, expresada en el lenguaje de una percepción de niño, hasta su madurez lógica de pensamiento, que se concreta en el lenguaje de un debate de jesuitas sobre estética. Mientras tanto, y progresivamente, el alcohol y las infecciones dentarias comienzan a dañarle los ojos y a hacerle padecer fiebres reumáticas.

El estallido de la Primera Guerra Mundial marca el inicio de la redacción de *Ulises*, su novela más importante, al tiempo que publica *Dublineses*, que había comenzado a escribir en 1903, y se convierte en un refugiado que huye de la guerra, en Suiza. *Ulises* tiene dieciocho capítulos, cuya acción transcurre desde las ocho de la mañana del 16 de junio de 1904, hasta las dos del día siguiente. Aunque sin una trama argumental definida a la manera clásica, el libro entremezcla el monólogo interior de los personajes, sus recuerdos y fantasías, con un lenguaje experimental y una técnica de contrapunto y *collage* en la que hay cabida para la parodia, la caricatura y la ironía. El tono de la obra atentaba directamente contra el puritanismo dominante de la época y provocó un *boicot* de la censura, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, donde levantó ampollas por su crudeza en la descripción de los sentimientos más profundos y de las relaciones sexuales. Sin embargo, Joyce fue sólo el más dotado y extremo de los muchos escritores de su tiempo que describieron la relación física entre hombre y mujer hasta el último detalle, y relacionaron este impulso sexual con la personalidad total de los personajes.

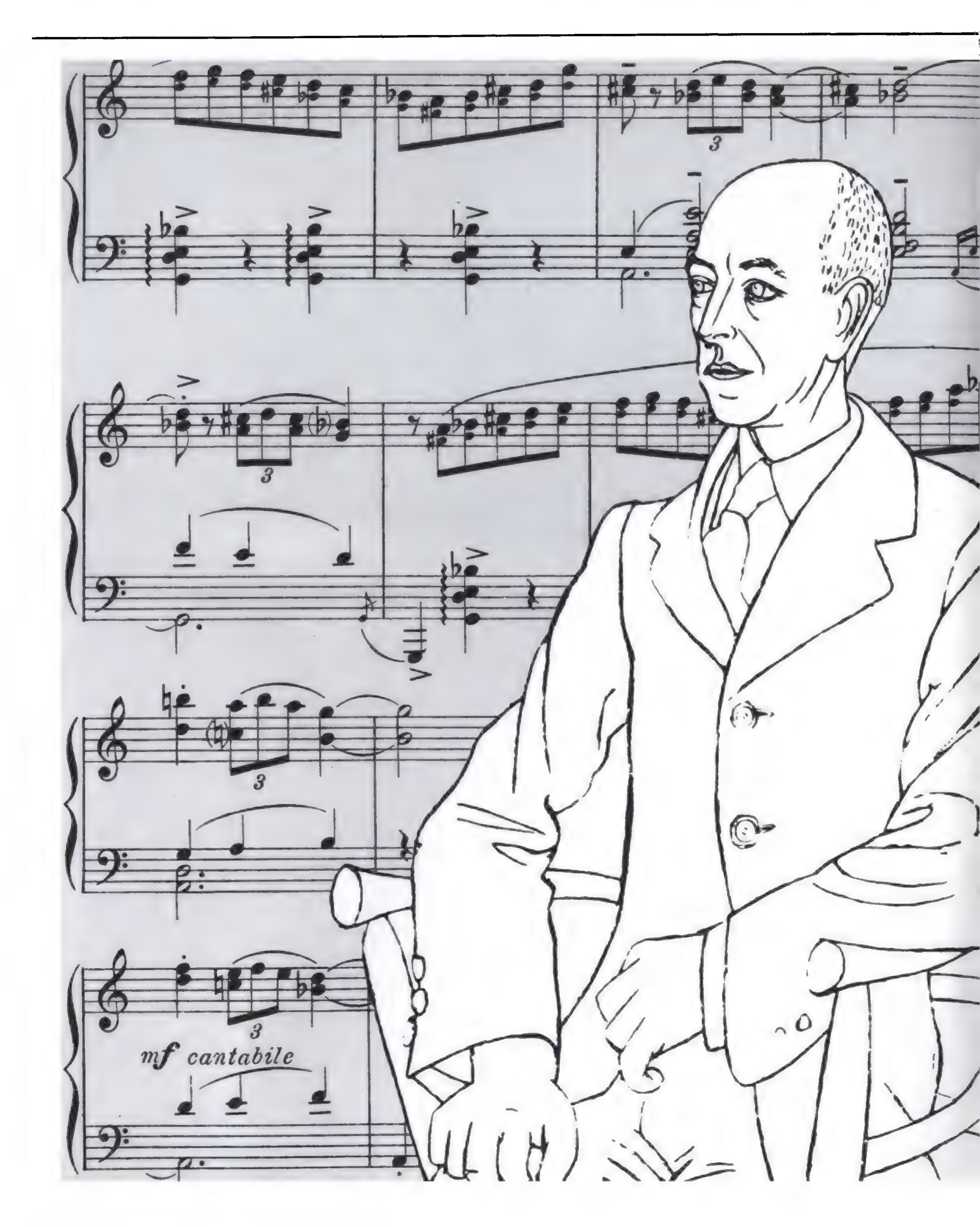
Desde 1925, Joyce lee con un solo ojo, en estado de semiceguera. Después de publicar *Ulises*, comienza a escribir *La velada de Finnegan* (1939), seguramente el libro de más difícil lectura que se haya escrito jamás, cuyo estilo literario se basa en los juegos de palabras y mezclas idiomáticas, para expresar el lenguaje del sueño, del subconsciente y la fantasía. James Joyce muere el 13 de enero de 1941 en la ciudad suiza de Zurich.
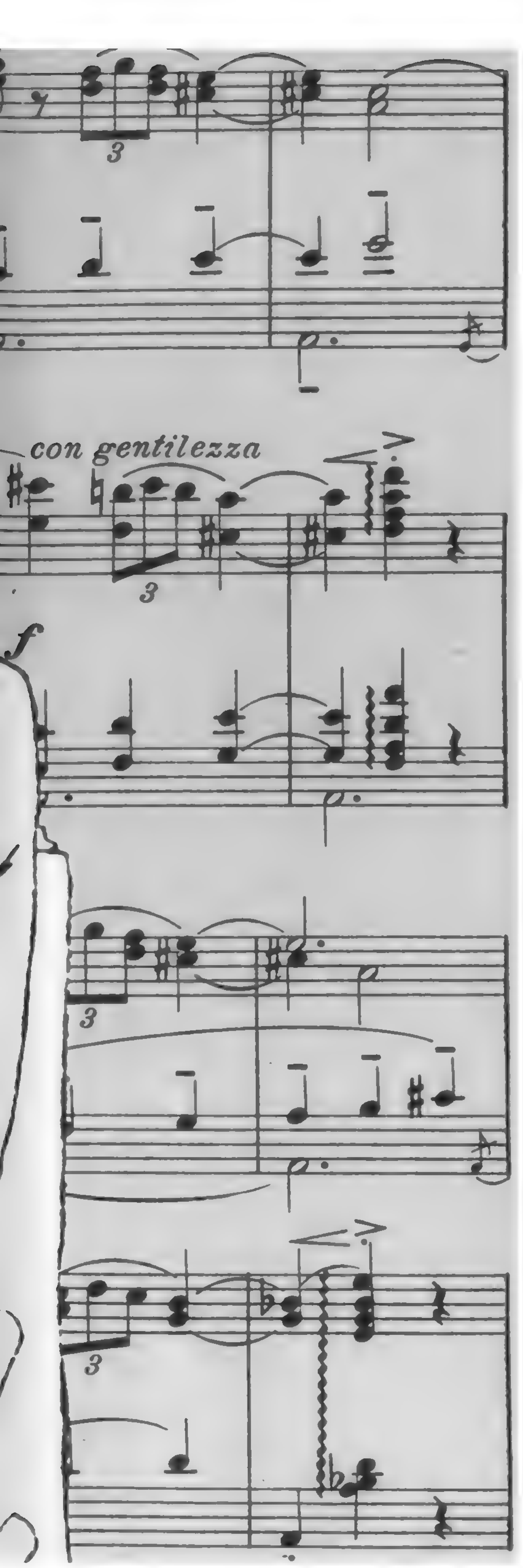
E. D.

Bajo estas líneas, retrato expresionista de Franz Kafka. Muchos de sus escritos pudieron salvarse de la quema, a la que él los destinaba, gracias a su íntimo amigo, el también judío Max Brod. Pasados los 30 años se describe así ante el espejo: «Un rostro claro, distinguidamente formado, de contornos casi armónicos. El negro del cabello, las cejas y las órbitas de los ojos son como vida que sale de la masa restante, que está a la expectativa. La mirada no es desolada, no hay de ello el menor síntoma, pero tampoco es infantil, sino más bien de una energía increíble, aunque quizá es una mirada simplemente observadora, porque precisamente me estoy observando a mí mismo y quiero infundirme miedo...»



Retrato de Franz Kafka.


mf cantabile



Dibujo de Manuel de Falla realizado por Pablo Picasso.

MANUEL DE FALLA

LA aparición de Manuel de Falla (1876-1946) en el panorama musical de principios del siglo XX resulta casi providencial, pues gracias a él se consolida y difunde por ámbitos internacionales la existencia de una escuela española de compositores.

La obra de Manuel de Falla es un ejemplo admirable de depuración técnica y estética a partir de los planteamientos del maestro Felipe Pedrell, apóstol del nacionalismo musical hispano, de los consejos de Isaac Albéniz y de los hallazgos de Claude Debussy, como quedó patente en su ópera La vida breve, *en las* Piezas españolas *para piano, en las* Canciones populares *y en* El amor brujo, *hasta alcanzar la estilización ascética y la expresividad descarnada de* El retablo de Maese Pedro *y del* Concierto de clavicémbalo.

Entre las altas cotas de arranque y esas cimas finales, Falla ha dado los frutos equidistantes: la evocación impresionista de Noches en los jardines de España *y el moderno y brillante ropaje orquestal de* El sombrero de tres picos. *Todo ello dentro del más riguroso tratamiento de lo popular, con una maestría técnica y un acierto instrumental realmente prodigiosos.*

La obra del gaditano Manuel de Falla ha sido calificada como «la labor de un meticuloso y perfeccionista artesano de la música». Con él las melodías, los instrumentos y los temas musicales españoles adquirieron relieve internacional. A la izquierda, montaje del retrato que de él hizo Picasso, sobre un pentagrama con música de una de sus obras.

Una infancia gaditana

Manuel María de los Dolores de Falla y Matheu —tal es el nombre completo del artista— nació el 23 de noviembre de 1876 en Cádiz, una ciudad que aún entonces poseía un ambiente especialmente rico, abierto y cosmopolita.

Su familia, dedicada al comercio con ultramar, le encarriló hacia los estudios musicales, que comenzó en su ciudad natal con seriedad y constancia. La asistencia a los conciertos, a la ópera, a sesiones de música de cámara en casa de amigos de su padre, impulsaron sus deseos de hacerse músico, comenzando por viajar a Madrid a partir de 1890. En la capital española recibe lecciones de piano de José Tragó y, según él mismo ha contado, comienza a analizar, «con una curiosidad ávida, cualquier obra que presentase auténtico interés a causa de una afinidad secreta con ciertas aspiraciones ocultas cuya realización me parecía a veces difícilmente alcanzable».

Los negocios de su padre siguen un curso paralelo a los acontecimientos coloniales y la bancarrota familiar no tarda en producirse, como la de la metrópoli, en el mismo año del desastre, 1898. Los Falla se trasladan al Madrid sainetero de fin de siglo, en el que triunfa decididamente la zarzuela. El joven músico andaluz, serio y reflexivo, no podía estar de acuerdo con un género decadente, desfasado de la dura realidad española, pero escribirá varias zarzuelas para ganarse la vida, algunas de ellas, como *Los amores de la Inés* (1902), estrenadas con cierto éxito.

De aquellos primeros años madrileños merecen reseñarse algunas composiciones cortas, el encuentro y las lecciones de Felipe Pedrell y la obtención de un primer premio de piano en el concurso Ortiz y Cussó, y otro en composición por su ópera *La vida breve* (1904) con libreto del poeta Carlos Fernández-Shaw.

Esta última, pieza maestra de gran densidad orquestal y colorido andalucista, le abrirá muchas puertas en París, a donde se trasladó durante el verano de 1907.

La experiencia francesa

Los siete años (1907-1914) que Falla pasaría en París serán decisivos en su formación —amistad con Debussy, Dukas, Albéniz, Ricardo Viñes, Florent Schmitt, Delage, Ravel, Faure— y en la difusión de su nombre y de su obra. Estrena las *Cuatro piezas españolas* para piano, y *La vida breve;* compone las *Tres melodías* de Gautier, las *Siete canciones populares;* esboza otras composiciones...

Pero el estallido de la Primera Guerra Mundial le hace regresar a España. Entre Madrid y Barcelona reparte los primeros años. Trabaja incesantemente y va encontrando su estilo, su lenguaje inconfundible. Da numerosos conciertos en los que ofrece obras contemporáneas, escribe artículos, pronuncia conferencias al tiempo que sufre sus primeras crisis de salud. Estrena, sobre un sencillo hilo argumental, el ballet *El amor brujo* (1915), en el que plasma, con increíble acierto, el espíritu melódico, rítmico y



Portada de una partitura de Dos danzas españolas editada en Francia.

Portada de Dos danzas españolas, *pertenecientes a la ópera* La vida breve, *con textos de Carlos Fernández-Shaw, en su versión francesa. Falla residió en París desde 1907 a 1914 y allí conoció a artistas, escritores, pintores y músicos. Entre éstos puede citarse a Claude Debussy, Maurice Ravel, Igor Stravinski, Sergio Diaghilev, Paul Dukas y al también español Isaac Albéniz.*

1915

Manuel de Falla



Manuel de Falla por Vázquez Díaz.

Retrato al óleo de Manuel de Falla, al órgano, obra de Daniel Vázquez Díaz, uno de los pintores más representativos del realismo modernista español. En sus últimos años, la pureza estética de Falla lo llevó hasta un misticismo eremítico, muy representativo del idealismo español. En esta etapa inició la composición del poema-ópera-oratorio La Atlántida, *dedicado a la gloria de España, que dejó inacabado. Su discípulo Ernesto Halffter lo completó y lo estrenó en Milán en 1962 con poco éxito, a pesar de que la composición tiene momentos de una gran brillantez y entronca con las raíces más puras de la música popular española.*

hasta telúrico del pueblo gitano. En él se dan cita una instrumentación ágil, llena de timbres y colorido, aunque ceñida; una prodigiosa inventiva temática que está reinventando las soterradas fuentes del folklore; una atmósfera tensa. Todo eso lo ha logrado Falla con una economía de medios asombrosa.

Noches en los jardines de España (1916) tiene un carácter muy distinto a *El amor brujo*. Se trata de tres nocturnos o impresiones sinfónicas para piano y orquesta de gran fuerza evocadora. Esta poética obra es una depurada y vigorosa visión de Andalucía a través de la técnica del impresionismo francés surgido con Debussy.

El intenso trabajo provoca en el artista síntomas de agotamiento. Sus dolencias infantiles —esa hipersensibilidad escrupulosa, desbordada fantasía y recelo— reaparecen con más fuerza, pero unos meses de retiro y de paz le devuelven el perdido equilibrio.

A pesar de sus numerosas y largas estancias en el extranjero, en Francia e Hispanoamérica sobre todo, Falla se sentía profundamente español y llegó a ser muy famoso en los ambientes musicales de nuestro país. En la foto aparece visitando los talleres del periódico El día gráfico *de Barcelona.*

El sombrero de tres picos

Por entonces vinieron a España los miembros de la Compañía de Ballets Rusos de Sergio Diaghilev, a los que Falla conocía por sus fabulosas temporadas parisienses. El contacto con Diaghilev dará lugar al nacimiento de una de sus obras más célebres: el ballet *El sombrero de tres picos*, apoteosis de la danza española, obra transida de verdadero espíritu popular, del colorido, la variedad y la pasión de la vida y el temperamento español. El estreno, con decorados de Pablo Picasso, tuvo lugar en el teatro Alhambra de Londres el 22 de julio de 1919, bailando los papeles principales Leónidas Masin y Tamara Karsavina.

Después, Falla se instala en los alrededores de la Alhambra, en Granada, y aunque sigue haciendo viajes, cada vez es más intenso su deseo de soledad.



Falla visita los talleres de **El día gráfico.**

El 25 de junio de 1923, en los suntuosos salones del palacio del príncipe Edmond de Polignac, en París, se estrena su ópera de cámara *El retablo de Maese Pedro*. El éxito es enorme, avalado por la presencia al clavicémbalo de la gran Wanda Landowska.

En *El retablo*, Falla inicia un camino nuevo que no significa renuncia a sus presupuestos nacionales, sino depuración de su estética por medio de una deliberada renuncia a la opulencia de recursos instrumentales de obras anteriores. El lenguaje es moderno, incisivo, y se ha superado el andalucismo para alcanzar una idealización del pasado español y de sus olvidadas fuentes.

El año 1924 compuso Falla su poema *Psyche* para mezzosoprano, flauta, arpa y trío de cuerdas. Poco después puso fin al *Concierto para clave y cinco instrumentos*, en el que llega a la cima de estilización emprendida en *El retablo*. El *Concierto*, con sus ásperas y majestuosas sonoridades —especialmente al lento, de arcaico sabor renacentista—, es la obra de máxima concentración técnica y espiritual de Manuel de Falla.



Homenaje a Manuel de Falla.

Silencioso final

Por esta época empieza a sentirse mal, a sufrir trastornos respiratorios y nerviosos, una dolencia en el pie derecho que le obliga a caminar con bastón y a usar una silla donde pueda reposar el pie en alto.

Salvo sus breves homenajes a Arbós, a Dukas y a Pedrell, que luego reuniría en una suite orquestal estrenada en Buenos Aires en 1939, Falla no volvería a componer, entregado con lentitud desesperante —a causa de su delicada salud y a la autoexigencia y minuciosidad de sus últimos años— a la composición de la obra que pensaba legar a España como testimonio y exaltación del descubrimiento y colonización de América. Una gran cantata escénica, sobre el poema de Verdaguer, *La Atlántida*, que no llegó a terminar y que fue completada por su discípulo Ernesto Halffter.

Recluido en Granada, asistido siempre por el fiel cariño de su hermana Carmen, el maestro alcanza un estado de auténtico misticismo. La idea de la muerte le obsesiona. Llega la Guerra Civil y el sufrimiento moral se traduce en una caída vertiginosa de la salud física.

A finales de 1939, aceptando la invitación que se le hace desde Argentina para dirigir unos conciertos de música española, viaja con su hermana hasta Buenos Aires. No volverá a España. Instalado finalmente en una casa llamada «Los espinillos», en la localidad argentina de Alta Gracia, provincia de Córdoba, le llega la muerte el 14 de noviembre del año 1946.

La integridad moral de Falla como persona, su fidelidad y entrega a España, entendida no al modo patriotero del romanticismo, sino como valor espiritual, por encima de los acontecimientos pasajeros, hacen de él uno de los artistas más auténticos que haya dado ningún país. El conocimiento que tuvo de la música española del Siglo de Oro, la profética admiración por Domenico Scarlatti, la escrupulosa autoexigencia, su acendrada religiosidad, una serie de circunstancias vitales y otras históricas, marcaron su arte con huella indeleble. Por todo ello, Falla es reconocido como una de las personalidades más robustas y universales de la música de nuestro tiempo. Su enjuta figura domina, en solitario, el nutrido panorama de la música española del siglo XX.

A. R. T.

En la foto, Manuel de Falla recibe un homenaje, cuando su música ya era símbolo de la pureza ascética hispana, fusión de las raíces populares andaluzas y el misticismo religioso castellano. Suelen considerarse como sus cuatro obras maestras las Siete canciones populares españolas *(1914),* El amor brujo *(1915),* El sombrero de tres picos *(1919) y* El retablo de maese Pedro *(1923).*



Cuando la palabra «extranjero» era la clave del éxito.

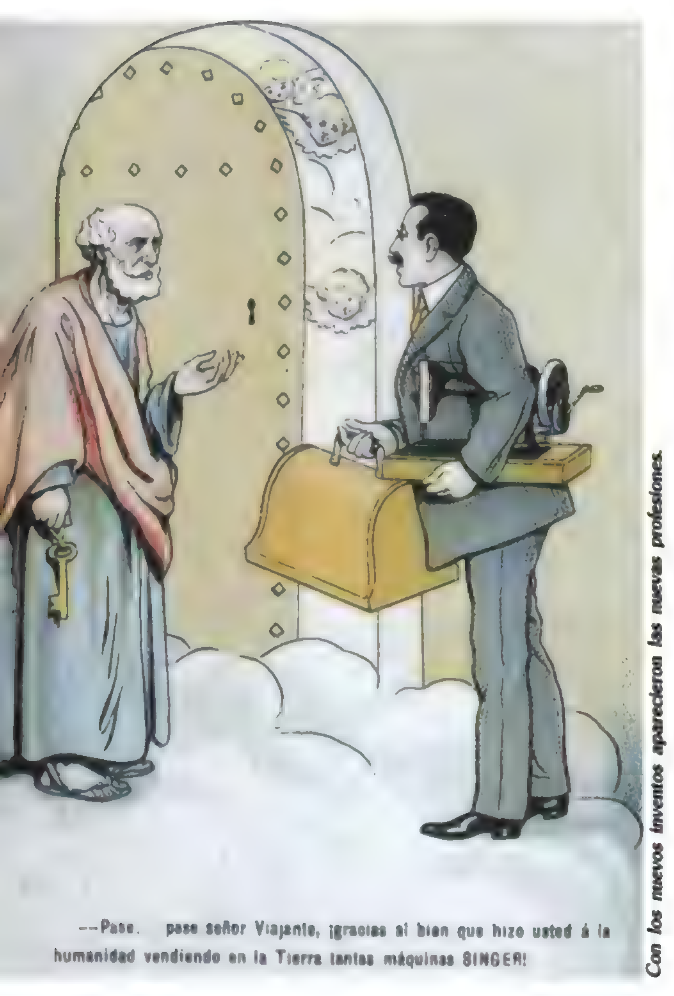
Dicen los filósofos e historiadores de la ciencia que el progreso técnico humano (otra cosa sería hablar del progreso moral) viene a ser como un tren que echa a andar y sigue una trayectoria progresivamente acelerada. Así, de cada cien inventos técnicos de los que ahora disfrutamos (otro tema sería también el de su utilización bélica o destructiva), noventa han sido creados desde 1900 hasta nuestros días. Las nuevas máquinas, como la de coser o las bombillas aquí anunciadas, son tecnología, es decir, aplicación práctica de los adelantos científicos, producto de la inteligencia humana.

Las lámparas de filamento metálico pusieron fin a las penumbras del gas.

LOS INVENTOS DEL NUEVO SIGLO

1915

ESCOJAMOS a un hombre cualquiera: son las siete y media de la mañana y ha empezado a sonar el despertador. Nuestro hombre se levanta y camina dando tumbos hasta el lavabo, pulsa el interruptor y, a la luz de un tubo de neón, abre la ducha. Ahora está ya más despejado y encuentra sin dificultad la maquinilla de afeitar, la loción, el secador de pelo... Son ya casi las ocho y media, y nuestro hombre comprueba su reloj de pulsera, recoge el portafolios y sale al descansillo a esperar el ascensor. ¿Habrá pensado alguna vez que todo o casi todo lo que ha hecho hasta ese momento le habría parecido un sueño fantástico a su bisabuelo? La gran mayoría de los utensilios que hoy nos rodean tuvo un inventor, una fecha, una evolución. Retrocedamos en el tiempo hasta principios de siglo.



Con los nuevos inventos aparecieron las nuevas profesiones.

La aplicación de los inventos del siglo XIX

Si ha habido alguna época de la humanidad en que la idea del progreso se haya materializado de una forma palpable, transformando hábitos de vida, modos de conducta, costumbres y maneras de pensar, esa época ha sido la primera mitad del presente siglo. Y no porque los descubrimientos e invenciones de los años posteriores hayan sido menos trascendentales, sino porque en la primera mitad del siglo se aplicaron todas las grandes ideas descubiertas en centurias anteriores —la navegación aérea, el submarino, el automóvil, la electricidad, etc.— y se dio un paso de gigante en la transformación de las condiciones de vida de la humanidad, iniciándose un proceso de intercomunicación y de evolución sociopolítica cuyas consecuencias aún estamos viviendo. Un proceso de transformación de estructuras que sería inimaginable sin la aplicación de gran número de inventos desconocidos antes de 1900.

Lo que más afectado se vio por esta revolución tecnológica en las primeras décadas del siglo fue la vida cotidiana, con la incorporación al hogar de toda una serie de artilugios que habrían de cambiar por completo la vida doméstica y las costumbres. El teléfono y el alumbrado eléctrico, por ejemplo, son dos de los más claros exponentes. El primero permitió multiplicar la velocidad de las noticias —mucho más que el telégrafo— y la capacidad de gestión administrativa en oficinas, a la vez que permitió a la gente vivir en núcleos de población más dispersos. El alumbrado eléctrico posibilitó el trabajo nocturno en mejores condiciones y alteró numerosos horarios laborales. Dos inventos que habrían de arrastrar otros muchos tras de sí y que nos sirven de ejemplo para comprender el alcance de la transformación social experimentada.

El cambio de la fisonomía urbana

Llama en primer lugar la atención la transformación de la fisonomía de las grandes ciudades. La introducción masiva del automóvil, los nuevos transportes públicos (autobuses y ferrocarriles subterráneos, los «metros») y la aparición de esas catedrales laicas del urbanismo civil del si-

Invento es —según los diccionarios— «cualquier cosa nueva que alguien crea o pone de moda» y, desde el más pequeño al más grande, son parte de la historia del hombre. La luz eléctrica y las bombillas, bellamente anunciadas en la página opuesta, cambiaron la vida de millones de personas. En esta página, un curioso anuncio de las máquinas de coser Singer, lleno de candidez e inocencia, que hoy nos parece pacato, acostumbrados como estamos a los mensajes coloristas y agresivos de la publicidad actual.



Gillette, un nombre que cobró vida propia olvidando a su dueño.

La joven democracia norteamericana fue un terreno abonado para desarrollar nuevos inventos, ampliamente mercantilizados después por todo el mundo. El sheriff Glidden de New Hampshire puso unas púas en un alambre para que su perro no pisara las flores del jardín y casi sin darse cuenta inventó el alambre de espino, arma importantísima de los granjeros contra los ganaderos en la colonización del oeste americano. Se hizo millonario, igual que el viajante de comercio King Camp Gillette, de Winsconsin, que ideó la primera maquinilla y la cuchilla de afeitar.



Un viaje desde la escritura bella hacia la escritura práctica.

glo que son los rascacielos imprimieron una huella peculiar que acabó con el aire provinciano que aún tenían muchas megápolis europeas y americanas. Este cambio urbanístico hubiera sido imposible sin una serie de adelantos que se fueron extendiendo y materializando progresivamente, como, por ejemplo, el saneamiento de las aguas urbanas.

El sistema no se inventó, por supuesto, en el siglo XX: las primeras alcantarillas subterráneas modernas fueron las de Hamburgo, construidas al reedificarse la ciudad alemana tras el gran incendio de 1843, y le siguieron más tarde las de Chicago y las del entonces barrio de Brooklyn, en Nueva York, hacia 1850. La depuración de las aguas se hacía al principio a través de medios químicos que precipitaban el fango, que luego se vertía al mar o se utilizaba como abono. Este tratamiento químico, lento y no excesivamente eficaz, fue el más empleado a partir de 1874, hasta que un químico londinense, William Dibden, decidió utilizar bacterias naturales para el tratamiento de las aguas residuales; desde 1890 se empezó a introducir esta práctica, que permitió extender el tratamiento de las aguas negras en mayor escala. De esta manera, en las primeras décadas del siglo, las redes de alcantarillado, patrimonio hasta entonces de los barrios residenciales, fueron componiendo la retícula subterránea de la ciudad moderna.

Al mismo tiempo, los cuartos de baño se fueron haciendo una pieza habitual en las viviendas: del retrete colectivo en las viejas casas humildes de vecindad se pasó a los modernos inodoros, cuya historia se remonta nada menos que a 1589, cuando Harrington, un cortesano inglés de Isabel I, diseñó y montó en su casa de Kelston, cerca de Bath, una cisterna que el propio inventor recomendaba utilizar a menudo, «tirando de la cadena por lo menos dos veces al día». En 1775 un relojero londinense, Cummings, perfeccionó la válvula de cierre, que a su vez fue mejorada por otro inglés, Joseph Bramah, al patentar en 1778 una válvula para bloquear el desagüe.

La revolución de la higiene

Con todo, el inodoro era una pieza de higiene muy refinada hasta que a finales del siglo XIX los constructores se decidieron a reemplazar la costosa taza de metal por otra de cerámica, más barata y fácil de limpiar. Aparece así el inodoro de una sola pieza, con un codo en forma de «S» en la tubería para impedir que salga el olor de los sumideros. Hacia 1890, un fontanero de Brighton diseñó lo que era ya una cisterna como las actuales, situada en alto, con lo que requería menos válvulas y menos presión que las anterio-

res, y con cierre por flotador de boya. El inodoro se abarata y, hacia 1910, no hay una casa moderna, por modesta que sea, que no lo tenga. El agua corriente, extendida gracias a la difusión del alcantarillado, va a permitir un aumento general de la higiene y, con él, una profunda mejora de las condiciones sanitarias de las poblaciones urbanas. Con el inodoro llegan también la bañera y el bidé, popularizado en Francia, pero rechazado al principio en otros países.

Si el agua corriente es una revolución en el siglo XIX, la calefacción central lo sería en el XX. De las chimeneas de salón, que podían calentar dos o tres estufas, se pasó, ya en el siglo XVIII, a ensayar el agua como medio conductor de calor: en 1716 el ingeniero sueco Martin Triewald instalaba con bastante éxito un sistema de agua caliente para climatizar un invernadero, y en Francia se repite la fórmula en 1777 (curiosamente también para calentar algo que no era una vivienda, en este caso una granja avícola) de la mano del arquitecto Bonnemain. El principio seguía siendo el del termosifón, por el que el agua caliente ascendía a un depósito y bajaba por gravedad a los radiadores situados en cada habitación. A finales del XIX la utilización de cañerías de hierro junto con el plomo y sobre todo la difusión del carbón extendieron la calefacción central, y hacia 1912 todos los grandes edificios de ciudades centroeuropeas con climas más ò menos fríos disponían de calefacción central con circuito cerrado de agua, impulsada por una bomba.

La calefacción eléctrica y por gas es más reciente. Antes se había intentado por medio de petróleo, pero este sistema, que llegó a ser muy popular en algunas ciudades del oeste americano, se abandonó por la peligrosidad de las estufas. En 1892, por fin, un coronel retirado del ejército británico patentó el primer radiador eléctrico, formado por una placa de hierro dulce revestido de esmalte; cuando en 1906 se inventa el «nicrom» —aleación de níquel y cromo que podía ponerse incandescente sin desintegrarse—, las estufas eléctricas se perfeccionan mucho más. En 1912, otro inglés, Charles R. Belling, diseñó una estufa moderna, con un armazón de arcilla refractaria en torno a un alambre de nicrom enrollado. En 1937 aparecen en Estados Unidos los pequeños calentadores de aire, construidos a partir de un ventilador eléctrico con una resistencia. Es el mismo principio que el secador de cabello, que también surge en los años treinta como utensilio dirigido no sólo a los profesionales de la peluquería. El moderno calentador de aire, ya después de los años cuarenta, sustituyó las aspas de la hélice por las aletas de una turbina y de aquí a las calefacciones centrales y al sistema de aire acondicionado.

La nueva arquitectura

La construcción de edificios también hubo de adaptarse a las necesidades de la mecanización de la vida moderna: ya no es sólo la previsión de los cuartos de baño, sino la misma distribución de la vivienda la que debe tener en cuenta la electrificación del hogar. Con todo, en la arquitectura se registra una revolución comparable a la introducción del hierro y el acero en el siglo XIX. Esta vez el nuevo elemento es el hormigón, un viejo conocido de los albañiles y maestros de obras, pero que, combinado con el acero —hormigón armado— y más tarde tensado —hormigón pretensado—, ofrece una resistencia y una flexibilidad que permiten la construcción de los grandes rascacielos.

Para analizar la introducción del hierro y el acero en la construcción, hay que remontarse a la aparición del horno Bessemer en 1856, que permitió la producción masiva y barata de acero, y su utilización para usos impensados hasta entonces, como la construcción de buques, de raíles de ferrocarril, de máquinas de vapor, de grandes estructuras férreas, como las estaciones de ferrocarril de casi toda Europa y buena parte de América, de puentes colgantes como el de Brooklyn, iniciado hacia 1883 y que ha cumplido el siglo en estas fechas, de torres de seña-

De la pluma de ave o la plumilla, que debían mojarse continuamente en el tintero, a la pluma estilográfica inventada por Waterman. De ahí se pasaría al bolígrafo, inventado y comercializado a partir de los años treinta por los hermanos Biro, húngaros emigrados a Argentina. En los países donde se habla castellano, curiosamente se llama «llave inglesa» a otro invento: la llave ajustable para tuercas. Esta, sin embargo, fue inventada por el mecánico sueco J. P. Johansson en 1892.



El bolígrafo, triunfador en la carrera final sobre el papel.



Maqueta del primer teléfono construido por A. Graham Bell.



Maquinilla Gillette, modelo 1880.

No todos los inventos fueron aceptados mayoritariamente por la población desde el mismo momento de su aparición, pero a medio plazo casi todos lograron imponerse. En la página opuesta, grabado satírico británico criticando la nueva iluminación por gas, instalada en el Pall Mall londinense. Sobre estas líneas, el primer teléfono construido por Graham Bell y una maquinilla de afeitar Gillette, modelo 1880.

les, etc. En 1885 se emplean vigas de acero y hierro en la estructura del primer rascacielos del mundo, y pronto se utilizan estructuras exclusivamente de acero, en construcción modular, para levantar los clásicos rascacielos de Manhattan, el Rockefeller Center y el Empire State Building, hasta no hace mucho el más alto del mundo con cerca de 400 metros (450 cuando se le añadió una antena de TV en 1951). El Empire State Building se terminó en 1931, y en aquella fecha era visible desde cualquier lugar de la ciudad de Nueva York.

Los rascacielos se pudieron erigir no sólo por el acero y el hormigón, sino también gracias a la construcción modular, que permitía que todas sus paredes exteriores pudieran construirse de forma independiente y a niveles distintos, una vez sentada la estructura.

Subir y bajar

El rascacielos trajo consigo la implantación de otro aparato, hijo del siglo XIX, pero no muy popular hasta entonces: el ascensor.

El medio centenar de pisos de estos nuevos gigantes relegó las escaleras a las situaciones de emergencia y convirtió la caja de madera en el medio habitual para subir y bajar de los domicilios. El ascensor existía desde que en 1852 Elisha G. Otis inventó un montacargas de seguridad para la fábrica de somieres en la que trabajaba. Otis acabó con las rudimentarias plataformas de cuerdas, diseñando una que se deslizaba a lo largo de unos carriles-guía dentados, con una cuerda que tensaba un muelle en forma de arco acoplado a la plataforma. El sistema, aún hoy en uso, hacía que el peso de ésta arqueara el muelle lo justo para que no encajara en los dientes, de modo que, si la cuerda se rompía, el muelle saltara y engranase en el carril, deteniendo así la caída. Otis tuvo que hacer una demostración práctica ante sus incrédulos jefes: subió con otros operarios en el montacargas y rompió él mismo el cable; sólo así logró convencerlos de la seguridad de su invento.

En 1857, Otis poseía ya su compañía e instalaba el primer ascensor de pasajeros del mundo en una tienda de porcelanas de Broadway que tenía cinco pisos de altura; podía transportar cinco o seis personas a una velocidad de 12 m por minuto. En 1878 se inventó el «ascensor de agua», accionado por un martillo hidráulico, que aumentó la velocidad hasta los 250 m por minuto, y en 1889 apareció ya el motor eléctrico impulsando el ascensor. En 1903 se diseñó el sistema de contrapesos deslizantes, que es básicamente el mismo que hoy se utiliza, y que ha permitido velocidades de hasta 500 m por minuto (30 km por hora), especialmente necesarias en los grandes rascacielos.

El ascensor, pues, permite que las casas suban de altura sin la servidumbre de la dificultad de acceso a las plantas superiores; el invento no

Satirizar las nuevas tecnologías fue un medio de defensa ante la avalancha que se avecinaba.



sólo se aplica en las grandes construcciones, sino que hacia 1910 se introduce habitualmente en el hueco de la escalera de mansiones ya existentes, y se hace normal —y más tarde obligatorio— en casas de seis o más pisos. París fue quizá la capital europea con más ascensores a principios de siglo, si bien tras la Primera Guerra Mundial las demás ciudades le fueron igualando con rapidez.

Pero hubo también en los primeros años del nuevo siglo otro invento emparentado con el ascensor: la escalera mecánica. La primera se instaló como diversión en el muelle de Coney Island (EE.UU.) el año 1894. Presentada como «el ascensor inclinado», su creador fue Jesse W. Reno, un original neoyorquino que no tardó en encontrar aplicación práctica a su invento: en 1896 se montaban cuatro escaleras mecánicas en los grandes almacenes Siegel Cooper, en la Sexta Avenida de Nueva York. El principio utilizado por Reno era el de la cinta transportadora, accionando una rampa articulada, aún sin escalones, que ascendía en un ángulo de 25 grados. En 1911, la compañía fundada por Otis adquirió la empresa de Reno y perfeccionó el invento. Otis había patentado ya una escalera mecánica con escalones planos y acceso y salida lateral (los escalones no se plegaban), y en 1920, combinando lo mejor de ambos modelos, lanzó la escalera mecánica con escalones plegables, acceso y salida frontales y pasamanos móvil. La velocidad era de unos 30 m por minuto, no muy distinta a la de las actuales (sobre los 40 m por minuto), utilizadas con total fiabilidad.

El nuevo paisaje

En las calles, el asfalto sustituyó al empedrado. Más barato, se adaptaba mejor a las necesidades del tráfico rodado, aunque en muchos suelos fuera necesario, por debilidad del subsuelo, recurrir al tradicional adoquinado. El asfalto empezó a utilizarse masivamente a partir de 1920, cuando la irrupción del automóvil en las carreteras comenzó a deteriorar rápidamente su primitivo piso de grava apisonada. Se calcula que, sólo en Europa, se asfaltó cerca de un tercio de la red viaria general en la década de 1920 a 1930, lo que supuso un esfuerzo muy considerable. Incluso surgieron las primeras autopistas, como la que en Alemania unía Berlín con Potsdam, y luego con Hamburgo y Francfort. Las autopistas alemanas se hicieron en hormigón, y fueron el resultado de un ambicioso plan de obras públicas impulsado por el nacionalsocialismo a partir de 1933.

El alumbrado eléctrico permitió en las calles de las ciudades asegurar una aceptable iluminación nocturna. De las farolas de gas de hulla se pasó poco a poco a las farolas de arco voltaico, a medida que la luz eléctrica se iba imponiendo merced a un suministro más regular. Estas lámparas de arco se utilizaban sobre todo en París



ALEXANDER GRAHAM BELL

(Edimburgo, Reino Unido, 1847-Cape Breton Island, Nueva Escocia, Canadá, 1922)

Estudió en Edimburgo y Londres, especializándose en acústica. La tuberculosis hizo estragos entre sus hermanos, y la familia se trasladó a Canadá, buscando la recuperación de Alejandro. Tras dirigir varias escuelas de sordomudos, llegó a ser profesor de fisiología vocal en la Universidad de Boston.

Bell ha pasado a la historia por ser el inventor del teléfono, capaz de traducir en oscilaciones eléctricas la curva de las vibraciones sonoras. Tras fatigosas investigaciones y progresivos perfeccionamientos de su invento, hizo la primera demostración pública del teléfono en la Universidad de Boston, y el 7 de marzo de 1876 lo inscribía en la Oficina de Patentes de los Estados Unidos, aunque luego sería objeto de largos y complejos pleitos. Ese mismo año lo presentó, notablemente mejorado, en la exposición de Filadelfia.

La primera comunicación telefónica a larga distancia —los 22 km que separaban Boston del Instituto de Essex— tuvo lugar el 12 de febrero de 1877. En 1880 le fue concedido a Bell el premio Volta, y en 1898 era elegido presidente de la Sociedad Geográfica Nacional. Su insaciable curiosidad le había llevado a cultivar campos científicos muy dispares, con hallazgos como diversos tipos de hidroaviones, el telégrafo, el fonógrafo, las célu-

las de selenio, un sistema de detección por sonar. Las 18 patentes registradas a su nombre y las 12 en unión de sus colaboradores no dan idea de la fertilidad de su genio, de su insaciable curiosidad y fecunda inventiva. Muchos de sus inventos no han sido todavía convenientemente desarrollados.

A partir de 1885, Bell se instaló en la isla de Cape Breton, en una residencia dotada de laboratorios donde, eficazmente ayudado por su esposa Mabel Hubbard Bell —que era muda— y por sus descendientes, desarrolló muchas de sus investigaciones e inventos.

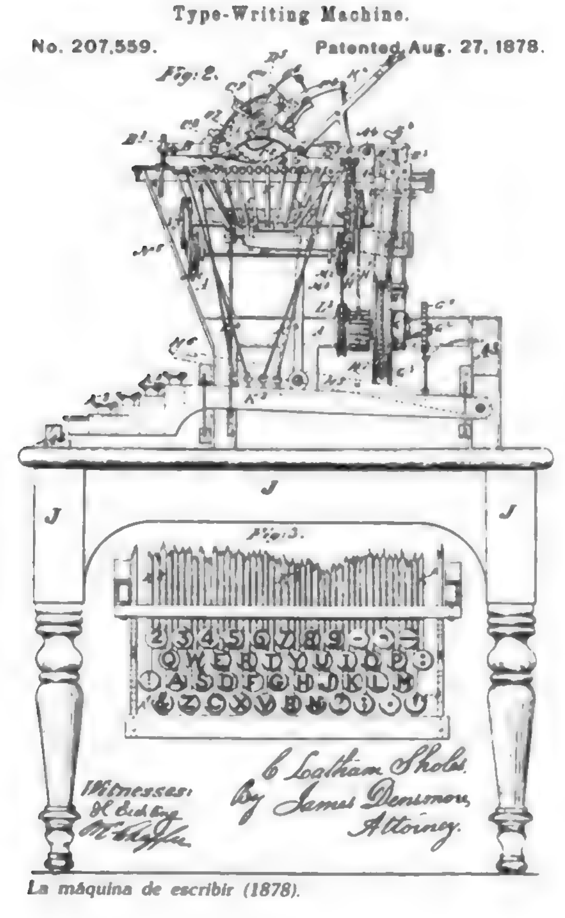
hacia finales del siglo XIX, y eran llamadas lámparas Jablochkoff o «velas eléctricas». Sin embargo, estallaban a menudo y resultaban poco fiables, por lo que cuando el inglés Swan y el americano Edison patentan la bombilla de filamento incandescente, se da un paso de gigante. Las bombillas se hacen mucho más seguras, duran más y empiezan a ser algo más que una diversión para ricos. En 1895 existe ya en Estados Unidos la primera gran central hidroeléctrica, construida al pie de las cataratas del Niágara por una compañía encargada de surtir la incipiente demanda eléctrica de Nueva York.

Con el tiempo, Edison y Swan se unen y la electrificación doméstica empieza a extenderse con rapidez. Los postes del tendido eléctrico y las estaciones transformadoras van llenando los campos y cambiando el paisaje como antaño lo había hecho el telégrafo. Con todo, la dependencia del suministro y los intereses de las compañías de gas hicieron que la extensión del uso del alumbrado eléctrico tropezara con más de un obstáculo, sobre todo hasta la Primera Guerra Mundial. Tras la conflagración, las ventajas de la electricidad quedaron tan patentes que surgieron numerosas compañías en toda Europa, pasando de un crecimiento moderado a un uso general. En Inglaterra, por ejemplo, en 1921 sólo el 12 por 100 de los hogares disponían de luz eléctrica (en España, según datos sólo válidos para Cataluña, apenas si se llegaba al 8 por 100 en 1920), en 1930 el porcentaje era ya de casi el 50 por 100, y en 1939 unos dos tercios del mundo occidental disfrutaban de ella en sus hogares.

El neón cambia la noche

Pero mientras se perfeccionaba la bombilla, surgió otro rival en la iluminación eléctrica: el neón, presentado por primera vez en la exposición automovilística de París de 1910 por el francés Georges Claude. Al principio, la escasa tensión dentro de la atmósfera del gas daba una luz de tono rojizo, no muy adecuada para usos normales, aunque sí para fines publicitarios, por lo que Jacques Fonseque, experto publicitario, adquirió los derechos para su agencia e instaló en 1912 el primer anuncio luminoso de neón en Le Palace Coiffure, una peluquería de lujo de Montmartre. La firma de bebidas Cinzano fue otra de las pioneras en anunciarse mediante estos luminosos, y hacia 1914 eran ya numerosas en París las empresas que habían adoptado la luz eléctrica como medio para hacerse propaganda. Cuando Claude desarrolló nuevos colores en el tubo mediante aditivos en el gas, las noches de las ciudades empezaron a teñirse con unas notas de color que harían cambiar la ima-

Los inventos modernos llegaron en pocos años a todos los rincones e influyeron en todos los aspectos de la vida. De izquierda a derecha, esquema de una máquina de escribir con mesa incorporada, modelo de 1878; curiosa taza de inodoro sobre león, según un catálogo británico de 1890; anuncio de cremallera Lip de 1905 («La primera del mundo», dice su leyenda), y sencillo modelo de sujetador femenino comercializado en 1914. Y es que «las ciencias adelantaban que era una barbaridad».



La máquina de escribir (1878).



Sofisticar el inodoro. No hay nada imposible.

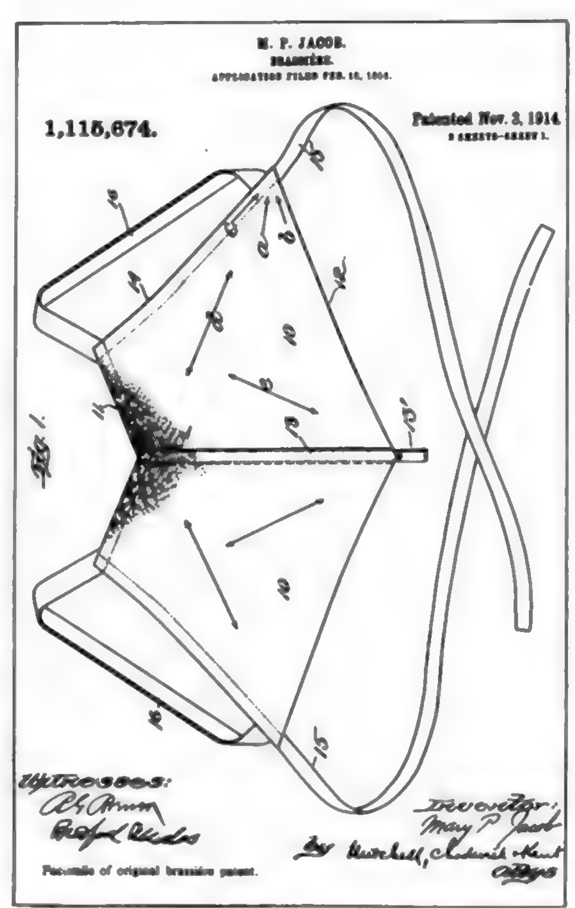
gen nocturna de la gran urbe. El tubo fluorescente era fácil de curvar y, al no llevar filamento, podía adoptar formas caprichosas.

Sin embargo, la difusión masiva del alumbrado fluorescente, excepción hecha del neón utilizado en los anuncios luminosos, sólo llegó con el diseño de un tubo fluorescente barato y sencillo, en el que el gas inerte se mezclaba con vapores de fósforo. El nuevo tubo se presentó en 1939 como producto industrial en la Feria Mundial de Nueva York; su mayor ventaja estribaba en un consumo energético hasta cuatro veces menor para una misma intensidad luminosa. En Europa, Philips y Siemens lograron introducirlo con bastante rapidez, especialmente como alumbrado de oficinas, grandes almacenes, centros de trabajo, etcétera.

Los pequeños inventos en la vida cotidiana

La irrupción, en los primeros años del siglo XX, de nuevos aparatos eléctricos y mecánicos simplificó extraordinariamente muchos trabajos. El comercio, por ejemplo, experimentó una gran transformación gracias a algo tan simple como la caja registradora automática, que facilitó el auge de los grandes almacenes. Los orígenes de la caja registradora son muy antiguos. En Europa era ya empleada para sumar los fondos del día en numerosos establecimientos, antes de que un norteamericano, dueño de un bar de Ohio, patentara un modelo diseñado para evitar que sus empleados le robaran. Las primeras máquinas eran totalmente mecánicas: al pulsar una tecla aparecía una tarjeta con el precio y se perforaba un rollo de papel marcado con columnas para las unidades de moneda y sus fracciones. Este proceso empezó a electrificarse a primeros de siglo, y sobre todo a partir de los años treinta, cuando los interruptores eléctricos podían realizar la función de los perforadores.

La caja registradora permitió utilizar a una sola persona para cobrar en las tiendas, dejando a todos los demás dependientes libres para vender y multiplicando así su eficacia de forma considerable. En este mismo ámbito, la aparición de objetos tan sencillos como el celofán o la cinta adhesiva modificó la presentación y el envasado. El celofán fue descubierto por el químico suizo Jacques Edwin Brandenberger, quien logró una película transparente y flexible a partir de la celulosa, cuyo uso se extendió en paquetería a principios de los años veinte. De él surgiría la cinta adhesiva, el popular «cello» de nuestros días, obtenida mediante la adición de una capa de pegamento a base de caucho a una película de celulosa transparente. En 1928 fue patentada



Al inventar la moda se quiso inventar a la nueva mujer.



THOMAS A. EDISON (Milan, Ohio, 1847-West Orange, N. Jersey, 1931)

Edison fue uno de los inventores más prolíficos de la historia —sus patentes superan el millar—; entre sus hallazgos destacan la lámpara eléctrica incandescente, el fonógrafo, el micrófono, el cinetógrafo, la máquina de escribir, un acumulador alcalino de ferroníquel y el dictáfono. Perfeccionó además el sistema telefónico inventado por Bell, se interesó por el mundo de la mecánica, la fotografía, los textiles, la química, el armamento (durante la Primera Guerra Mundial trabajó en el Cuerpo de Asesores Navales, donde colaboró en la lucha y defensa submarina), etc. En 1884 descubrió el «efecto Edison» o emisión de electrones por metales incandescentes, base del funcionamiento de los diodos.

Thomas Alva Edison comienza sus estudios a los siete años en Port Huron (Michigan). A los pocos meses es expulsado de la escuela por incapacidad, en opinión de su maestro. Edison había padecido la escarlatina y, como consecuencia de esta enfermedad, era parcialmente sordo. Su madre, que había sido maestra de escuela, se encargó de la educación de su hijo, transmitiéndole la curiosidad por todos los aspectos de la ciencia que después desarrollaría con insaciable capacidad. Ya a los diez años comenzó sus primeras experiencias en el campo de la electricidad. Dos años después, vende periódicos en la estación de ferrocarril y sigue ensayando en plan autodidacta. Adquie-

re una máquina de imprimir y funda un periódico, el *Weekly Herald*, que redactaba durante la marcha del tren y vendía a los pasajeros. En uno de sus experimentos prendió fuego al vagón donde componía su periódico y tuvo que buscar otro trabajo.

Entre 1863 y 1868 trabaja durante la Guerra Civil como «telegrafista ambulante». En esa época lee la obra de M. Faraday *Investigaciones experimentales en electricidad*, que le permite realizar personalmente diversos ensayos en este campo, y decide establecerse en Nueva York para trabajar como inventor. Al poco tiempo patenta su primer invento, un contador eléctrico de votos, que el Congreso desestima como poco útil. En 1869 la Bolsa requiere sus servicios para la reparación del indicador telegráfico que señalaba el precio del oro. Fue contratado posteriormente como supervisor, y poco después presentaba un impresor universal de acciones. Este invento y el perfeccionamiento del telégrafo de Morse le hicieron ganar el suficiente dinero como para abrir su propia fábrica en Nueva Jersey, que abandonaría en 1876 para dedicarse de lleno a la investigación. Reunió a su lado un equipo de mecánicos y técnicos y en breve tiempo desarrolló el micrófono de carbón, y al año siguiente el fonógrafo, que le dio a conocer internacionalmente. Perfeccionó la lámpara incandescente, que había sido inventada por sir Joseph Wilson Swan (1828-1914), y gracias a sus experimentos se creó la primera planta eléctrica en Nueva York.

En 1887 se trasladó a West Orange y amplió su taller de investigación hasta tener 5.000 empleados a sus órdenes. Murió en esta ciudad el 18 de octu re de 1931, siendo uno de los inventores que había colaborado más ampliamente en la expansión industrial de la sociedad moderna.

---

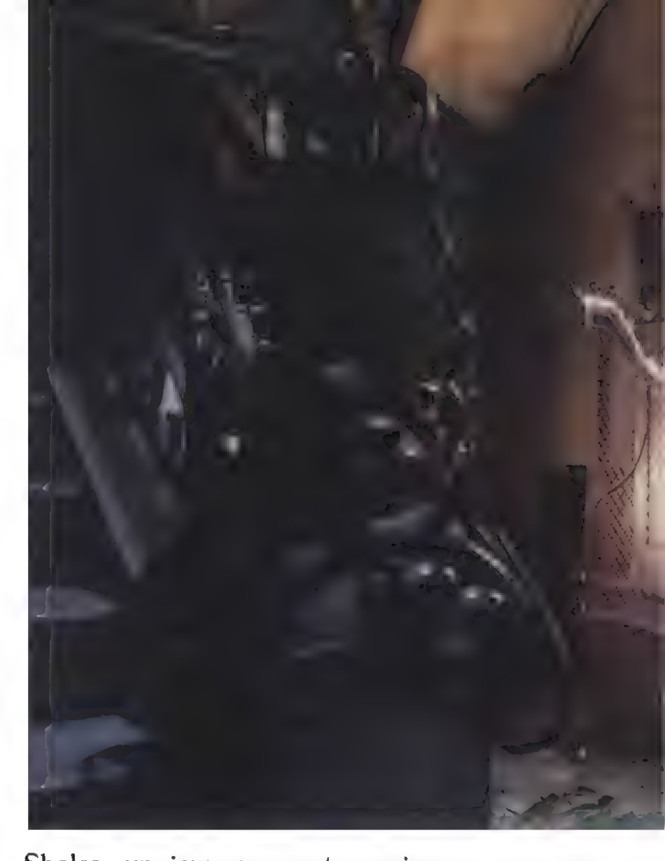
en Estados Unidos por Richard Drew, y se vendio en rollos bajo el nombre de *Scotch tape* (cinta escocesa) como cinta adhesiva de uso general para oficinas, comercios, etc. De ahí el nombre de *scotch* que recibe en varias lenguas. Otro pequeño invento que acabó con cintas y alfileres en el trabajo administrativo fue el del modesto «clip», un sencillo alambre para sujetar papeles, patentado a principios de siglo por el noruego Johan Vaaler.

Pero serían los útiles de escribir los que realmente modificaran el aspecto de la oficina moderna. La pluma estilográfica, inventada en 1884 por Lewis E. Waterman, permitió disponer de un instrumento caligráfico portátil, desterrando el tintero de los despachos. A partir de los años veinte, las estilográficas —denominadas en un principio plumas fuente— se extienden por Europa, y su precio se va haciendo más asequible; Mont Blanc, Kaweco y Parker las introducirán en todos los mercados, hasta que el bolígrafo, comercializado a gran escala a partir de 1940, acabe con su supremacía.

El bolígrafo, sin embargo, tampoco era un invento nuevo. Ya en 1888 el americano John L. Loud había ideado uno utilizando una diminuta bola giratoria para extender la tinta sobre el papel. Pero el bolígrafo moderno no se inventó hasta finales de los años treinta, cuando un periodista húngaro emigrado a Argentina, Ladislao Josef Biro, junto con su hermano Georg, químico de profesión, diseñó y patentó un bolígrafo similar a los utilizados hoy. El hecho de no llevar tinta líquida sino grasa y su carácter desechable le proporcionaron la popularidad de que sigue gozando hoy: sólo la firma francesa BIC, por ejemplo, vende al día 12 millones de unidades en todo el mundo.

La oficina moderna

La gran novedad en las oficinas del nuevo siglo fue, de todas formas, la máquina de escribir, al revolucionar con sus tipos de imprenta la correspondencia comercial y acabar con las cuidadas caligrafías de los escribanos de manguitos. Aunque se trataba de un invento del siglo XIX, la difusión de la máquina de escribir vino con las primeras décadas del siglo, cuando fabricantes como Underwood, Olivetti y Smith Corona lograron modelos asequibles para su uso general en los despachos. Encontramos precedentes en Italia, hacia 1808, en la máquina de Turri, o en los teleimpresores utilizados para grabar las transmisiones telegráficas, mediante un rodillo que entintaba los caracteres al ser oprimidos, pero la antecesora inmediata de la actual máquina de escribir fue la que construyó Cristopher L.



Sholes, un impresor norteamericano que, en 1866, se asoció con Charles Glidden para fabricar un teclado que mediante un sistema de varillas imprimía las letras sobre el papel apoyado en un rodillo. El aparato de Sholes se parecía mucho a los actuales, aunque era de bastante mayor tamaño, y presentaba ya la idea de disponer las letras del teclado de modo que estuvieran alejadas entre sí las más usadas, para evitar que las varillas entrechocaran o se atascasen. En 1902, otro americano, Blickensderfer, puso a la venta una máquina de escribir eléctrica, aunque ésta no habría de difundirse hasta medio siglo más tarde, y especialmente a partir de 1961, año en que la International Business Machines introduce el sistema de impresión por bola, que sustituye al de varillas. La máquina de escribir dio entrada a la mujer en el ámbito del trabajo administrativo, creando la figura de la





mecanógrafa: se consideraba que la redacción de cartas y, sobre todo, su transcripción al dictado era un trabajo muy femenino.

Al final de los años treinta, el mundo de las comunicaciones aplicó la radio y el telégrafo a la máquina de escribir, creando la teleimpresora —«telex»—, que ya existía experimentalmente hacia 1927, pero que Siemens popularizó a partir de 1937. Un año más tarde, el físico americano Chester Carlson patentó un sistema para la reproducción de documentos que permitía superar los viejos medios de copia mediante papel carbón. El principio del invento de Carlson —la fotocopiadora— se basaba en colocar el documento sobre una pantalla de cristal enfocada sobre una placa cargada eléctricamente. Las zonas claras del papel absorbían la carga eléctrica positiva, quedando ésta sólo en las partes oscuras (escritas); posteriormente, la placa se rociaba con un polvo de carga negativa que se adhería y se transfería a una hoja de papel donde quedaba fijado mediante calor. Sin embargo, Carlson no logró interesar a ninguna industria con su invento hasta que en 1947 la Haloid Company (más tarde Xerox Corporation) le compró los derechos de su patente y se lanzó a la producción industrial de fotocopiadoras.



El teléfono: el mundo al alcance

La revolución administrativa, sin embargo, también sirvió para complicarle la vida un poco más a la gente. El trabajo en cadena se fue extendiendo, y pronto se crearon nuevos métodos para controlar la eficacia laboral de los empleados. Así, el reloj para fichar en el trabajo, diseñado en 1885 por el americano Bundy y perfeccionado por Dey en 1894, se impone rápidamente. El teléfono se convierte en un auxiliar imprescindible. La burocracia crece y los medios de identificación personal (pasaportes, salvoconductos, etc.) empiezan a ser algo familiar.

Pero será el teléfono el invento que realmente marque una nueva etapa en el mundo de las comunicaciones. Como los otros grandes descubrimientos de la vida moderna, el teléfono también nació en el siglo XIX. Patentado en 1876 por Alexander Graham Bell —y por Elisha Gray, que lo hizo unas horas más tarde y acabó perdiendo la patente—, dejó de ser un juguete gracias a las primeras centrales automáticas y se convirtió en un instrumento de verdadera utilidad. Las centrales automáticas —descubiertas y aplicadas en 1890— entran en servicio de forma general tras la Gran Guerra, sobre todo en Europa.

Los americanos tardan un poco más en decidirse, pero la Bell Company —fundada por Alexander Graham Bell— se inclina por la automatización en 1919, y el servicio de conferencias a larga distancia se amplía cada vez más. Las centrales telefónicas de «barras cruzadas» se empezaron a instalar en Suecia en 1926, y la primera conexión telefónica transatlántica se produjo en 1927, empleando un servicio de radio para transmitir la conversación. Los discos automáticos redujeron la labor de las operadoras a las llamadas de larga distancia y a los servicios más complejos. La facilidad de instalación y montaje, el bajo consumo eléctrico, etc., hicieron que el teléfono se difundiera rápidamente por Europa y América entre 1920 y 1930. Esta difusión ha continuado a ritmo creciente hasta nuestros días, y hoy el teléfono mantiene conectado todo el globo, dando servicio al 80 por 100 de la población mundial.

El nuevo urbanismo funcionalista y los altos edificios trajeron tras de sí la necesidad de ascensores. La luz eléctrica, producida en centrales hidráulicas, como la de Mequinenza (Zaragoza) fotografiada abajo, que fue la primera presa hidroeléctrica construida en el río Ebro, llegaba cada vez a más lugares. Cambiaba la vida y el horario. El mundo iba cada vez más deprisa. Arriba, decorativo ascensor diseñado por Josep Maria Jujol i Gilbert, uno de los artífices del modernismo arquitectónico catalán, para la Casa Iglesias, de Barcelona.

El dictáfono y su creador, Thomas A. Edison (1911).



La xerografía, un éxito total veinte años después de su invención.

Los nuevos rostros

Los cambios en la vida cotidiana no sólo afectan al orden laboral o industrial: también en la higiene y el vestido se producen transformaciones importantes. El hombre moderno de los años veinte y treinta es un hombre mucho más cuidadoso de su limpieza y aseo que el de finales de siglo. La difusión del cuarto de baño y el agua corriente, los antisépticos y bactericidas y los desinfectantes introducen un factor de higiene prácticamente desconocido antes. En lo exterior, este nuevo aspecto se materializa en el afeitado. Las barbas caen rápidamente en desuso tras la guerra de 1914, y el pelo corto se impone no ya sólo en el hombre, sino hasta en la mujer (la moda del peinado a lo *garçon*).

El afeitado del hombre se facilitó de una manera radical con el invento de un viajante de comercio norteamericano, King Camp Gillette, de Winsconsin, que acertó a diseñar una pequeña hoja de metal con el filo de una navaja barbera, que se deterioraba rápidamente debido a su leve espesor, pero que cumplía a la perfección su cometido durante varios usos. Con todo y a pesar de haber logrado un portacuchillas seguro, no consiguió una lámina de metal tan fina como él quería hasta que, en 1901, William Nickerson logró producirla, y el invento quedó patentado. El resultado no se hizo esperar: en 1906 vendieron 90.000 maquinillas y doce millones y medio de hojas de afeitar. Y sólo era el principio...

La maquinilla eléctrica apareció en 1928, patentada por Jacob Schick, con un sistema de lámina cortante movida alternativamente de delante hacia atrás por un pequeño motor eléctrico. En los años treinta, numerosos fabricantes se lanzaron a perfeccionar el invento, que sin embargo no alcanzaría plena difusión hasta la década de los cincuenta.

El vestido también acusa las nuevas necesidades de la época. Los cuellos duros de celuloide van dejando paso a las camisas de algodón; los botines a los zapatos; las gafas dejan de ser algo vergonzante, y hasta los militares las utilizan sustituyendo al ridículo monóculo. Surgen los impermeables, realizados aplicando una capa de caucho sobre el tejido de algodón, o impregnando previamente el hilado. El moderno sujetador toma el relevo en las prendas íntimas femeninas al incómodo corsé. De éste hay que recordar que, en 1903, la londinense Kate Morgan patentó una variante que era ya un sujetador sin costuras, con una parte superior más cómoda. Seis años después, el sujetador independiente era ya una pieza de moda en la lencería femenina, y en 1913 la americana Mary Jacob, más conocida por *Caresse*, popularizó el sujetador sencillo, confeccionado a base de dos pañuelos

cruzados, con un fruncido en la costura central y atado a la espalda mediante cintas.

Las fibras artificiales

Al tiempo que los hombres cambiaban los pesados trajes de paño por el estambre, y los sombreros se hacían más pequeños y flexibles, aparecieron los primeros relojes de pulsera, aptos para ser llevados fuera del bolsillo. La primera idea de un reloj de estas características la tuvo en 1868 el suizo Georges Frederic Rosskopf, que diseñó un sistema sencillo de coronas dentadas que abarató la fabricación del reloj, lo puso al alcance de todos y convirtió a Suiza en el principal país fabricante del mundo. Los *Rosskopf* fueron populares hasta los años veinte, aun cuando para entonces la técnica relojera había avanzado mucho. En 1928 se lanzó al mercado el primer reloj de pulsera automático del mundo, en el que el muelle de la cuerda se tensaba con los movimientos de la muñeca; dos años antes, Rolex había presentado su *Oyster*, el primer reloj sumergible del mundo, gracias al total hermetismo de su caja. En 1929, en Estados Unidos se había logrado el primer reloj de cuarzo, destinado para usos astronómicos y de gran precisión, y hoy difundido también entre los relojes de pulsera.

Dos pequeños inventos en lo relativo al vestido habrían de tener gran repercusión en todo el mundo: la cremallera y el cierre automático.

La cremallera surgió a partir del cierre para calzado desarrollado en 1811 por un ingeniero de Chicago llamado Hudson, consistente en hileras de ganchos y orificios que se trababan tirando de un pasador. Nueve años más tarde se adaptó un sistema similar para su uso en prendas de vestir, pero eran cierres poco seguros y a veces se abrían inopinadamente, hasta que un ingeniero de Judson lo perfeccionó en 1906 aplicando dientes de metal. A partir de 1913 se pudo comercializar gracias al troquelado automático de los dientes, y se empezó a utilizar en los trajes militares y en las tiendas de campaña durante la Primera Guerra Mundial. Con el tiempo se irán extendiendo a las prendas normales de vestir, sobre todo las femeninas.

Los cierres automáticos empezaron a utilizarse a principios de siglo en la ropa infantil en Inglaterra. Posteriormente surgieron patentes en varios países, basadas todas en el mismo principio: un botón con un resalte que encajaba a presión en otro cóncavo con dos alambres doblados que actuaban como presillas.

Pero la mayor revolución en el mundo del vestir llegó con las primeras fibras artificiales. La llamada al principio «seda artificial» —el rayón—, descubierta por el francés Chardonnet, abrió paso a una larga serie de nuevas fibras textiles. El rayón empezó a comercializarse en 1891, a partir de la nitrocelulosa. Su mayor inconveniente, la inflamabilidad, fue solventado con el rayón producido años más tarde por los ingleses Cross y Bevin, obtenido a partir del proceso de la viscosa, y aún hoy en uso.

Pero la fibra artificial más importante de las aparecidas en las primeras décadas del siglo fue el nailon, desarrollado y patentado en 1935 por el americano Carothers. El nailon se impuso al final de los años treinta en las prendas interiores femeninas, sobre todo en las medias y en las telas semitransparentes, y abrió la puerta a la investigación de los textiles derivados del petróleo.

También los plásticos alteraron el panorama de la vida doméstica. El primero fue la baquelita, descubierta y sintetizada en 1905 por Baekeland a partir de resinas y fenoles, y muy utilizada en la industria eléctrica (interruptores, aislantes) por ser un buen aislante, así como en teléfonos, mangos de utensilios, etc. Veinte años después en Alemania se produjo el primer caucho sintético de buena calidad, el caucho buna, que daría paso poco después a la síntesis del neopreno. En los años treinta se producen los plásticos sintéticos que habrían de utilizarse a gran escala en las décadas siguientes: el plexiglás, el perspex, el polietileno y el poliestireno, las resinas epóxicas y hasta el cloruro de polivinilo, el popular PVC de nuestros días.

J. R.

Algunos inventos no prosperaron, como el dictáfono, fotografiado en la página opuesta, arriba, junto a su inventor, Thomas Alva Edison, que pasaría a la historia como perfeccionador de la lámpara de filamento incandescente: la bombilla. Otros, como la xerocopia, creada en 1937 por Chester Carlson, abajo, tuvieron que esperar varios años para popularizarse masivamente. ¿Quién no ha hecho hoy día una fotocopia? Bajo estas líneas, unas modernas escaleras mecánicas, imprescindibles para acceder con comodidad a los nuevos sistemas de transporte urbano, como el metro o ferrocarril subterráneo. Miles de inventos llenan nuestra vida diaria de forma que han dejado de ser novedad, y el hombre del siglo XX los considera simples objetos cotidianos. Sin embargo, tuvieron su creador, su inventor.



La técnica aplicada a la «ley del mínimo esfuerzo».

Política internacional

Firma de un pacto secreto en Londres entre Francia, Italia e Inglaterra.
Italia denuncia la Triple Alianza, formada en unión de Alemania y Austria-Hungría; se une a los aliados y a continuación declara la guerra a Austria-Hungría con la finalidad de obtener territorios de este país.
Aristide Briand es nombrado presidente del consejo de ministros francés.
Desastre de las fuerzas navales británicas y francesas contra los turcos, lo que motiva la caída de Winston Churchill como Primer Lord del Almirantazgo.
Alemania bloquea con submarinos a Gran Bretaña; los ingleses contestan con un bloqueo marítimo a los alemanes.
Victorias alemanas sobre los rusos. El general de los ejércitos rusos, el gran duque Nicolás Nikolaievitch es destituido; asume el mando el zar Nicolás II.
Primeros ataques nocturnos aéreos de zepelines alemanes a Londres.
Los alemanes atacan Ypres (Bélgica) utilizando por primera vez gases venenosos. Posteriormente los incluyeron en sus bombardeos.
Fracasa la expedición turca al mando del coronel alemán Friedrich Kress von Kressenstein, cuyo objetivo era la ocupación del canal de Suez.
En los combates marítimos en el mar del Norte, los alemanes pierden todas sus unidades frente a los ingleses.

Sociedad

Ch'en Tu-hsiu, profesor de Shangai, funda el diario Nueva Juventud, *a través del cual insta a terminar con la pobreza del país y a una toma de conciencia de cambio nacional.*

Postal de la época. ¡Lo que vio el zepelín!

WHAT THE ZEPPELIN SAW
Ce que le Zeppelin a vu!

Muere Francisco Giner de los Ríos, fundador de la Institución Libre de Enseñanza.


Marc Chagall: El poeta descansando.

Economía

En México los productos de primera necesidad han subido de precio un 1.500 por 100.
En Alemania se expiden las primeras cartillas de racionamiento de pan.

Ciencia y tecnología

Hugo Junkers fabrica el primer aeroplano enteramente metálico.
El suero inyectable salva la vida de miles de soldados que hubieran fallecido de tétanos.
Albert Einstein publica su Teoría general de la relatividad.
Premio Nobel de Química a Richard Willestatter por sus investigaciones sobre la clorofila.
Muere el biólogo Paul Ehrlich, premio Nobel de Fisiología en 1908.

Sucesos

Un submarino alemán hunde al transatlántico británico Lusitania *con 1.200 personas a bordo.*
El Moulin Rouge *de París queda destruido por un incendio.*



El capitán Schwieger, al mando del submarino que torpedeó el Lusitania.

Informe sobre el hundimiento del Lusitania.

Un terremoto en Italia causa 30.000 muertos.
Se celebra en Madrid la primera corrida de toros nocturna.

Jean Sibelius: Sinfonía n.° 5.
Claude Debussy: Estudios para piano.
Richard Strauss: Sinfonía alpina.

Literatura

Romain Rolland: premio Nobel.
Virginia Woolf: Fin de viaje.
Hermann Hesse: Knulp.
Joseph Conrad: Victoria.
William Somerset Maugham: La servidumbre humana.
David Herbert Lawrence: El arco iris.
John Buchan: Los treinta y nueve escalones.
Franz Kafka: La metamorfosis *(escrita en 1912).*

Cine

David Wark Griffith: El nacimiento de una nación.
Cecil B. de Mille: Forfaiture.

Teatro

Fundación del Washington Square Playhouse.

Música

Manuel de Falla: El amor brujo.

Pintura y escultura

Amadeo Modigliani: Retrato del pintor Kisling.
Juan Gris: El intransigente.
Pablo Picasso: Arlequín.
Marc Chagall: El poeta descansando.

Arquitectura

Irving Gill: Casa Walter Dodge, *Los Angeles.*



W. Somerset Maugham.

1915



LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL: LA BATALLA DE VERDUN

1916

EL 21 de febrero, poco antes de las 8 de la mañana, el general Schabel y los cuerpos del ejército recibieron la orden de abrir fuego». Con estas escuetas palabras, casi burocráticas, describía el príncipe heredero alemán el comienzo de una de las batallas más características, por sangrienta e inútil, de la Gran Guerra: la batalla de Verdún.

Con ella comenzaba realmente lo que podríamos llamar el «año bélico de 1916». Un año que iba a conocer otras muchas batallas terribles y también «inútiles», la prosecución de la guerra de desgaste y un primer atisbo de crisis entre quienes luchaban en el frente.

Carlos Caranci, autor del artículo, es periodista especializado en temas históricos.

Los inventos del hombre no se limitan desgraciadamente a mejorar la vida; así, las guerras suelen ser un excelente campo de cultivo para hacer avanzar las aplicaciones tecnológicas de la ciencia. En la Primera Guerra Mundial se perfeccionaron mucho las primitivas ametralladoras, y cada bando arrojaba sobre el contrario gases venenosos que convertían las trincheras en un infierno. A la izquierda, soldados franceses disparan una ametralladora protegidos por máscaras antigás. Abajo, un grupo de soldados alemanes descansan como pueden en el interior de una trinchera.



La nueva fisonomía del hombre: la imagen de la muerte

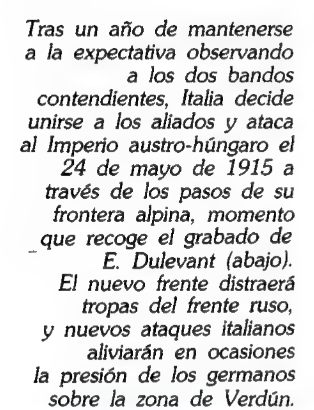


Dormir en una trinchera: terror y cansancio juntos.

Un buen momento para Alemania

La «guerra rápida», la «guerra de castigo» de 1914 y 1915 es ya cosa del pasado en 1916, y los contendientes tratan vanamente de llegar a un resultado decisivo e irreversible en el campo de batalla, que obligue al enemigo a aceptar su inferioridad y, eventualmente, la derrota o, al menos, una honrosa paz de compromiso.

A lo largo de 1915, los aliados (la *Entente*, por otro nombre) no han cosechado más que decepciones y fracasos militares y diplomáticos. El estancamiento de los frentes en el oeste y las derrotas de Servia y Rusia en el este habían provocado crisis profundas y cambios en los altos mandos rusos y británicos (estos últimos se verán obligados a implantar el servicio militar obligatorio en enero de 1916). Se estimaba que Rusia, postrada, ya no constituía un peligro para los estados centrales, lo que empujó a Bulgaria a entrar en la guerra al lado de éstos. Sólo la incorporación italiana a las filas aliadas compensó, en parte, las desgracias del año.


Tras un año de mantenerse a la expectativa observando a los dos bandos contendientes, Italia decide unirse a los aliados y ataca al Imperio austro-húngaro el 24 de mayo de 1915 a través de los pasos de su frontera alpina, momento que recoge el grabado de E. Dulevant (abajo). El nuevo frente distraerá tropas del frente ruso, y nuevos ataques italianos aliviarán en ocasiones la presión de los germanos sobre la zona de Verdún.

A comienzos de 1916, Alemania y sus aliados se encontraban en un buen momento. El cerco militar a los estados centrales se había roto. Berlín volvía a pensar en su *Mitteleuropa*, en *su* área de influencia desde el mar del Norte al mar Negro y los Balcanes. Y, sobre todo, mientras se intensificaba la guerra submarina para romper el bloqueo aliado, se barajaban de nuevo planes de ofensivas que resultarían «definitivas». Los estados centrales (sobre todo Alemania, pues Austria-Hungría mostraba síntomas de cansancio) disponían de abundante material y de grandes masas de hombres. Además, no esperaban que los aliados tuviesen todavía gran capacidad de respuesta: los rusos estaban maltrechos en el este; los italianos, contenidos en los Alpes; los franco-británicos no conseguían llevar a cabo la ruptura decisiva.

Aunque los servicios secretos aliados descartaban cualquier maniobra enemiga en los primeros meses de 1916, Alemania planeó un ataque de «desgaste total» en el oeste (Verdún), según los planes del general Falkenheyn, al tiempo que Austria-Hungría preparaba una «ofensiva de aniquilamiento» ideada por Conrad contra los italianos en el Trentino.


Italia entra en guerra.

Verdún

En la historia de la Gran Guerra, 1916 es el año de Verdún. El general francés Joffre entendía que era improbable un ataque enemigo en esa zona, por lo que estimaba que la primera línea de defensas era suficiente. Pero Verdún era un saliente, a caballo del Mosa, que amenazaba las líneas alemanas, y Berlín decidió eliminarlo. El ataque, pues, iba a efectuarse en un sector bastante desguarnecido del frente francés.

El 21 de febrero, un bombardeo directo, de nueve horas de duración, sin preparación previa, arrasó por sorpresa las líneas aliadas, destruyendo trincheras, carreteras y fortificaciones. Los franceses retrocedieron con grandes pérdidas. El día 24, ante la situación, el general Pétain asume el mando y trata de evitar el inminente desastre.

Dos días más tarde, sin embargo, los franceses pierden Douaumont y el 2 de marzo los alemanes amplían el ataque a la izquierda del Mosa. En París ya se habla de catástrofe, pero, contra toda lógica, los franceses surgen de los escombros embarrados y, en grupos aislados, resisten con decisión. Moderadas en un principio, las bajas alemanas aumentan terriblemente en los días sucesivos, al organizarse y consolidarse la defensa. Pronto se hacen famosos nombres como Mort-Homme, Cota 304, Vaux, etc. Para aliviar la presión alemana, los franceses piden y obtienen un ataque ruso contra las líneas alemanas en el Narocz, al este, y otro italiano

en los Alpes, que dará lugar a la 5.ª batalla del río Isonzo.

En abril, Pétain, el «héroe de Verdún», toma el mando del grupo de ejércitos del centro y es sustituido por el general Nivelle. Mientras, las pérdidas alemanas aumentan en proporción a la resistencia francesa. Pero el avance alemán continuaba lentamente, día a día, y ello los induciría a engaño sobre el agotamiento y retroceso enemigo. Además, ¿qué repercusiones tendría sobre la moral una detención de la ofensiva, cuando se había dado seguridades al pueblo alemán de que la victoria llegaría en 1916?

A lo largo del verano y del otoño, la ofensiva alemana se estanca. El mando francés ha sabido emplear el mejor método para dificultar el avance: el *contrataque*. Además, se ha servido admirablemente de la red de carreteras disponible, a través de la cual han llegado ingentes refuerzos. Todo ello sin menoscabo de la resistencia francesa, formidable, muchas veces heroica.

En julio, los alemanes están ya a la defensiva; en octubre, los franceses reconquistan Douaumont, y al mes siguiente, Vaux. A finales de



Las banderas de Verdún. Postal de época.

Aunque la larga batalla de Verdún terminó en tablas, cientos de miles de hombres sufrieron y murieron en las trincheras. Francia convirtió la palabra Verdún en símbolo de su resistencia frente al invasor germano. La mayoría demográfica aliada permitiría a la Entente lanzar la ofensiva del Somme poco después. Fue otra gran carnicería que quedó en tablas y permitió estabilizar el frente occidental durante meses. Después llegaría el hambre, el frío y un invierno (1916-17) que pasaría a la historia como «el largo invierno del nabo». No había otra cosa que comer. La guerra se estabilizó.

1916 6 mar.
Flabas
Eton
Ataque alemán
Beaumont
Ornel
Bosque de Fosses
Ataque alemán
Le Mort-Homme
Cerro Poivre
Granja de Thieumont
Etain
Cota 304
Chattancourt
Douaumont
Terre Froide
Vaux
21 feb. 1916
Avocourt
Bois Bourrus
Belleville
Souville
Evacuación francesa
Eix
Choisel
Tavannes
a fines de feb. 1916
Chana
Michel
Verdún
Sartelles
Belrupt
Río
Regret
Rozellier
Mosa

LA BATALLA DE VERDUN

Fuertes — Frente: 8 ago. 1916 — Avances franceses: 24 oct.-16 dic. 1916

Aunque el Imperio austro-húngaro era un coloso que se derrumbaba ante los ojos atónitos de su ya maduro emperador Francisco José I (arriba), los ejércitos austriacos lucharon bravamente contra servios, rusos e italianos. El año 1916 se caracterizó por varias ofensivas y contraofensivas de italianos y austriacos en el frente alpino (Trentino, Isonzo), en el que los últimos, a pesar de su inferioridad material y humana, resistieron las embestidas italianas y contratacaron varias veces, momento que recoge la foto de abajo. La infantería marcha, y la artillería, de difícil transporte en zonas montañosas, se dispone a ser emplazada. En Verdún, la caballería francesa utilizó masivamente los tanques por vez primera.



Francisco José I.

año, Nivelle obtiene una serie de victorias ante Verdún que le permiten casi alcanzar el frente inicial de febrero. Poco después Nivelle sustituirá a Joffre en el alto mando francés.

Termina así la batalla de desgaste en la que Falkenheyn —que es destituido— depositaba todas sus esperanzas. Sus resultados estratégicos han sido nulos, y la matanza ha resultado desproporcionada, con 350.000 bajas por cada bando. Para los franceses, en cambio, Verdún adquiere inmediatamente un significado especial de unidad y sacrificio nacionales, y se convierte en un símbolo del «espíritu francés».

El frente alpino

Las derrotas rusas de 1915 habían permitido a los austro-húngaros llevar a los Alpes tropas del frente oriental. Ahora, Conrad desea que *su* ofensiva sea una sorpresa, pero la nieve obliga a retrasarla de abril a mayo. Aun así, cuando los austro-húngaros desencadenan la batalla de Asiago, tras un terrible bombardeo artillero que tiene lugar el día 14, penetran en la primera y segunda líneas italianas en diez días de duros combates.

Posición avanzada de las tropas en los Alpes italianos.

La situación hace caer al gobierno de Salandra, pero antes de que el frente se rompa, los italianos acumulan refuerzos en la zona y piden a los rusos el desencadenamiento de una ofensiva que obligue a los austro-húngaros a devolver tropas al este. En ese momento, los italianos contraatacan eficazmente, y tras un último y fallido intento austriaco contra el Novegno y el Lemerle, las tropas italianas presionan nuevamente en todo el frente (junio-julio), obteniendo resultados parciales pero suficientes. Ante la nueva situación, Conrad decide suspender la ofensiva y abandonar el territorio conquistado.

Tras el susto de Asiago, Italia puede replantear la ofensiva en el Isonzo, que había sido pospuesta, e intentar así la conquista de Goritz, ciudad austriaca reivindicada por Italia, abriendo de paso el camino hacia Trieste. Para ello se acumula abundante material bélico y numerosa tropa. El 6 de agosto se desencadena el ataque, que tiene un éxito inmediato y logra penetrar en las líneas de Austria-Hungría. Después de desesperados combates en las montañas, los italianos cruzan el río Isonzo, y el día 9 entran en Goritz, que rebautizan Gorizia (6.ª batalla del Isonzo).

Se trata, sin duda, de una victoria notable, pero no decisiva. El general italiano Cadorna reconoce que se trata sólo del comienzo de «algo por lo menos tan duro como lo que hemos pasado», pues las defensas existentes en dirección a Trieste son también formidables. El frente se estabiliza de nuevo, y los posteriores intentos de ruptura en septiembre, octubre y noviembre (7ª, 8ª y 9ª batalla del Isonzo), permiten conquistar pocos metros de terreno a costa de cientos de miles de bajas entre ambos bandos. Pero a fines del año 1916 la iniciativa pertenecía ya a los italianos.

Consecuencia directa de todo ello es la declaración de guerra a Alemania (28 de agosto), «regularizándose» así una anomalía diplomática heredada de los tiempos de la Triple Alianza, por la cual Italia sólo se hallaba en estado de guerra con Austria-Hungría.

Los frentes del Cáucaso y del este

Un mes antes de Verdún, los rusos, milagrosamente recuperados, lanzan una enérgica ofensiva en el Cáucaso. Mandados por el gran duque Nikolai (destituido y trasladado a este frente después de sus fracasos en el este), penetran en la Armenia turca (enero-febrero), y toman a los turcos Erzurum y Trabzon (o Trebisonda), provocando un profundo malestar en el mundo musulmán, y particularmente en las colonias turcas del Próximo Oriente.



Muchos guardaron en sus fotos el recuerdo de la Gran Guerra.



Llegaron años en los que las patatas eran un lujo.

Pero donde los rusos van a demostrar su capacidad de recuperación es en el frente de Europa oriental. En mayo-junio, como ya habían hecho antes para aliviar el frente de Verdún, lanzan una ofensiva en socorro de los italianos: desde el río Pripet a Rumanía, y concretamente en Galitzia, Volynia y Bucovina, los rusos penetran en las líneas austro-húngaras, cuyas tropas se retiran desordenadamente, perdiendo Dubno y Lutsk, en Volynia, y Chernovitz, en Bucovina, además de 200.000 hombres. Sólo un contraataque alemán en el norte restablecería parcialmente la situación a mediados de julio.

En ese mismo mes, Brusilov reemprende el ataque: la batalla de exterminio de Kovel deja fuera de combate a centenares de miles de soldados de ambos bandos («carnicería de Kovel»). Con todo, la ofensiva del verano había dejado en manos rusas más de 400.000 prisioneros, 1.000 cañones y 25.000 kilómetros cuadrados de territorio. Era un éxito sorprendente y la alianza germano-austriaca se había tambaleado gravemente. Por tercera vez en el año, el zar «salvaba» a sus aliados en apuros, pero el pueblo ruso, como preludio a lo que iba a suceder dentro de poco, acogió la victoria con indiferencia y cansancio. Y una nueva ofensiva rusa, en octubre, fue contenida ya fácilmente.

Así, a mediados de 1916, las cosas parecen marchar mejor a los aliados, tras Verdún, Goritz

La vida cotidiana de los soldados durante la contienda tenía momentos para todo. En la foto superior, soldados austriacos vistiendo el uniforme de gala alpino, con el típico sombrero tirolés, posan a la entrada de un túnel de ferrocarril que se encargan de custodiar. Abajo, un grupo de soldados turcos pelan patatas para preparar su rancho. A partir de 1916, las patatas pasaron a ser un lujo que muy pocos se podían permitir. Se sustituyeron por nabos y por salvado.

La Primera Guerra Mundial supuso un desarrollo espectacular para la nueva industria aeronáutica. A partir de Verdún, los aviadores fueron los héroes de la contienda, destacando Roland Garrós por parte francesa y Manfred von Richthofen, el Barón rojo, *por parte alemana. Los aliados llamaban a su escuadrilla el* circo volante *por los dibujos y colores llamativos de sus aviones, como el* Fokker *aquí reproducido. Abajo, unos soldados cargan una pieza de artillería pesada, otra arma muy desarrollada por los alemanes en esta guerra.*

y Galitzia, lo que decidirá a Rumania a entrar en la guerra junto a éstos.

Frentes balcánicos

Los frentes de los Balcanes se muestran activos desde comienzos de 1916. Aquí, el equilibrio entre la *Entente* y los estados centrales es más acusado, aunque entre diciembre de 1915 y enero de 1916 los austro-húngaros ocupan totalmente Montenegro, después de la batalla de Lovcen y mientras la *Entente* se ve obligada a evacuar Gallípoli, si bien consiguen dejar tropas en Salónica. Simultáneamente, los servios van recuperándose de las derrotas de 1915 y reconstituyen un pequeño ejército (abril) que apoyará a los franceses de Salónica y a los italianos de Albania.

Grecia, indecisa, se divide entre los partidarios del rey, que es favorable a los estados centrales, y los de Venizelos, que está al lado de los aliados y formará en octubre un gobierno disidente en Salónica, bajo la protección de éstos. Desde Salónica, las tropas aliadas avanzarán hacia el norte, ocupando Monastir (noviembre). Un mes más tarde, los italianos desembarcan 200.000 hombres en Albania y conectan con los franceses. El norte albanés seguirá, mientras tanto, en manos austro-húngaras hasta fines de 1917.

En agosto de 1916, Rumania ha escogido también el campo de los aliados y, sobre la marcha, invade Transilvania, provincia austro-húngara poblada mayoritariamente por rumanos y reivindicada desde antiguo. La fácil ocupación hace pensar equivocadamente en un verdadero colapso de los centrales: un ejército austro-alemán mandado por Falkenheyn —el derrotado de Verdún— ataca en Transilvania, al tiempo que otro búlgaro ataca en el sur, en la Dóbrudya —reivindicada por Bulgaria—, entre septiembre y diciembre. Tras la batalla del Arges, los centrales ocupaban Bucarest, sin que las fuerzas aliadas, salvo los omnipresentes rusos, hicieran nada por salvar a los rumanos que, protegidos por aquéllos, se retiraron a Moldavia y establecieron un frente en los ríos Siret y Danubio, quedando ya prácticamente fuera de combate durante el resto de la guerra.

El Somme

La segunda gran batalla del año en el frente occidental es la del Somme. Pasada la amenaza de Verdún —aunque no la batalla, pues se continuaba combatiendo— los aliados vuelven a considerar su antiguo plan de ofensiva en el norte de Francia, sobre el río Somme. La acción queda encomendada básicamente a los británicos de Haig, mientras los franceses aportarán su apoyo en el sur del frente.



Los ingleses, que han reprimido duramente la rebelión independentista irlandesa de Pascua (abril), se habían enfrentado en mayo a los alemanes en la más importante batalla naval de toda la guerra, la de Jutlandia: pese a la victoria alemana, los británicos conservarán el dominio del mar del Norte, y la flota enemiga ya no se atreverá a salir a alta mar

Los franco-británicos, olvidando demasiado rápidamente las enseñanzas de Verdún, hacen gala en vísperas de la ofensiva de un optimismo excesivo respecto a su superioridad y a la debilidad enemiga. Y atacan. Un intensísimo bombardeo (24 de junio al 1 de julio) da por consumada la destrucción de las líneas alemanas, tras lo que los británicos lanzan desenvueltamente un ataque masivo. Pero los avances son insignificantes el primer día de lucha, y ello al precio de 50.000 bajas. Sin haber conseguido la ruptura inicial, los siguientes ataques, igualmente mortíferos, se estrellan contra las defensas alemanas, hasta que los británicos se ven obligados a suspenderlos y a contentarse con «objetivos limitados». El 14 de julio, sin embargo, los británicos reinciden, otra vez sin resultados (algo mejor les fue a los franceses en su sector), y lo mismo sucede el 18 de agosto y a fines de septiembre: pero el 1 de octubre, por fin, caen nu-



Fokker DR I. *El empleo del triplano resultó excelente por su manejabilidad.*

merosas posiciones alemanas, aunque sus atrincheramientos, flexibles, ligeros e ideados sobre la marcha, impiden a los aliados explotar el éxito. A mediados de noviembre la euforia franco-británica y la batalla se extinguen.

Los combates del Somme fueron inútiles. Apenas se logró aliviar los frentes de Verdún y del este, y ello a costa de pérdidas elevadísimas: 419.000 bajas británicas, 194.000 francesas, y 650.000 alemanas entre muertos, he-



La artillería, armamento pesado y difícil de manejar pero eficiente.

MANFRED VON RICHTHOFEN (Breslau, 1892-Vaux-sur-Somme, 1918)

La Primera Guerra Mundial hizo salir al avión definitivamente de su estadio experimental. Empleado en un principio en misiones de reconocimiento, su utilización se extendió pronto al bombardeo táctico y a la guerra aérea. De estos combates surgió la figura del *as* de aviación: el piloto de caza audaz, caballeresco, aventurero y a menudo excéntrico, que con gran frecuencia encontró la muerte en algún enfrentamiento aéreo. Hombres como Boelcke, Immelmann, por el lado alemán; Ball, McCudden, Bishop, por el inglés; Guynemer, Fonck, por el francés. Sin duda, el más célebre de todos ellos y el que más victorias obtuvo fue Manfred Richthofen, conocido como el *Barón rojo*, el *Diablo rojo* o el *Caballero rojo* por el color de su avión.

Nacido el 2 de mayo de 1892, en Breslau, hoy Wroclaw (Polonia), en el seno de una familia noble de terratenientes, Richthofen ingresó en 1912 en el primer regimiento de Ulanos. Al estallar la Guerra Mundial llevó a cabo sus primeras operaciones militares en el frente francés, como oficial del arma de Caballería. Al poco tiempo fue encargado de los suministros, destino que no parecía el más adecuado para el joven aristócrata, que pidió su traslado a la aviación.

A finales de 1915 obtuvo el título de piloto. En marzo del año siguiente fue destinado al frente de Verdún, encargándose de misiones de reconocimiento. Más tarde fue trasladado al frente ruso como piloto de bombarderos. Su encuentro con Oswald Boelcke, uno de los más célebres ases de la aviación alemana, le decidió a incorporarse a la escuadrilla de éste como piloto de caza en el frente del Somme.

Su primera salida en el nuevo destino la realizó el 17 de septiembre de 1916, consiguiendo derribar un avión de reconocimiento británico. Richthofen iniciaba así una larga serie de ochenta victorias (79 aviones británicos

derribados y uno belga), que convertirían a su inconfundible Fokker rojo en algo mítico y harían de él uno de los más célebres héroes nacionales. Entre sus víctimas hubo pilotos tan destacados como el comandante de la Royal Flying Corps, Lance George.

En 1917 es ascendido a jefe de escuadrilla. En julio de ese mismo año resulta herido al enfrentarse con un avión de reconocimiento. En 1918 fue promovido a comandante y nombrado jefe de escuadrón, la célebre unidad Richthofen, de la que a su muerte asumiría el mando Hermann Goering.

Su último combate lo libró Richthofen el 21 de abril de 1918 detrás de las líneas francesas. Fue abatido, de un balazo en el corazón, por el capitán canadiense Roy Brown, que tripulaba un Sopwith Camel y que con ésta conseguía su decimotercera victoria. El entierro en el cementerio militar de Bertangles, con todos los honores y a hombros de pilotos británicos, tuvo lugar al día siguiente. Mientras tanto, un avión inglés sobrevolaba las líneas alemanas para dejar caer un mensaje de pésame.

En 1917, el barón Von Richthofen había publicado una serie de relatos de guerra bajo el título *Der rote Kampfflieger.*



La comida era uno de los pocos privilegios del frente en los primeros años.

En estas fotos, distribuidas por la propaganda alemana al principio de la guerra, se ven tropas de intendencia preparando un rancho caliente en una cocina de campaña y un grupo de soldados recibiendo cartas y paquetes. La realidad a partir de 1916 fue muy diferente y, aunque los soldados recibían mejores raciones que la población civil (por una acción meritoria los alemanes daban al «héroe» 15 días de permiso y 14 kilos de patatas para llevar a casa), los efectos del bloqueo y la crisis agrícola (todos los jóvenes estaban en el frente) llevaron el hambre a casi todos los lugares.



El correo era recibido con alegría en el campamento y con miedo en los hogares.

1916

La Primera Guerra Mundial: la batalla de Verdún



Entre bombas y gases la vida continúa. Había que hacer el pan.

A la izquierda, dos panaderos rusos cuecen hogazas en un horno de campaña. Un lujo para oficiales, sin duda. Abajo, tres soldados alemanes descuartizando una oveja, cuya carne quizá debía dar sabor a las patatas, los nabos y la sopa de todo un regimiento. De todas formas, los frentes eran casi los únicos lugares donde se podía comer carne de vez en cuando. Fumar se fumaba de todo, desde paja a hojas de tilo, pasando por hojas y flores de patata secas. El café —lujo impensable— era agua de bellotas endulzada con sacarina.



Los abundantes recursos de los primeros años se fueron agotando.



ridos y desaparecidos, gracias a la testarudez criminal del mando británico. Fue una batalla de desgaste humano y de material, donde se usó por primera vez el carro de combate o «tanque», fabricado por los británicos. Estos llevaron el peso de la acción y salieron de ella muy desgastados; por su parte, los alemanes sólo pudieron contenerlos con grandes sacrificios, lo que unido al fracaso de Verdún provocó el comienzo de una crisis interna y de mando. Desde este momento, los militares impondrán su voluntad al Kaiser, que entregará en agosto el mando al tándem Hindenburg-Ludendorff.

El término «balcanización» ha pasado a ser en el lenguaje político un sinónimo de fragmentación. Pequeños reinos como Servia, Albania, Bulgaria o Grecia, o incluso regiones, como Macedonia, Montenegro, Bosnia-Herzegovina, Croacia, etc., intentaron acceder a su independencia política buscando a un príncipe o una pareja de sangre real que se pusiera al frente del «Estado». Las grandes potencias apoyaron los movimientos separatistas en las retaguardias de sus enemigos, por lo que las nuevas y efímeras dinastías eran de origen británico o germano-austriaco.

Próximo Oriente

Durante toda la guerra, los turcos trataron de hacer frente a la actividad británica en sus colonias del Próximo Oriente, conscientes de que tanto Londres como sus aliados preparaban un reparto de las posesiones del sultán. Pero las derrotas turcas en Armenia fomentaron levantamientos en algunas de sus posesiones, como el que se produjo en Arabia en el mes de marzo, fomentado por los ingleses. Algo parecido sucedió en Iraq (Mesopotamia), pero allí los turcos consiguieron parar los pies a los aliados de manera decisiva. Tras la fracasada ofensiva británica de 1915 contra Bagdad, los restos del ejército británico se habían refugiado en la fortaleza de Kut el-Amara, creando un islote aliado que los turcos decidieron extirpar en 1916. Por fin, tras un asedio, los británicos capitularon el 29 de abril.



Los reyes de los Balcanes.

Por el contrario, un ataque turco contra la ciudad egipcia de Suez, antigua posesión del sultán hasta 1914, en que pasó a manos inglesas, fracasó en agosto, y dejó a los británicos vía libre para iniciar pronto la campaña de Palestina, lo que cerraría aún más el cerco alrededor de Turquía.

Aun así, las cosas no le iban demasiado mal a esta última en el continente africano, donde gracias a una propaganda que se aprovechaba tanto del vínculo religioso islámico como del anticolonialismo, promovió a lo largo de la guerra la agitación político-religiosa en las colonias europeas del Africa musulmana. Fue, por ejemplo, el caso de Libia, ex colonia turca caída en manos italianas tras la guerra de 1911-1912, donde turcos y libios organizaron desde 1915 una «guerra santa» contra los extranjeros, que poco a poco vieron reducidas sus posiciones a una franja costera.

En el Africa negra, sin embargo, el imperio colonial alemán se vio aún en peor situación tras la pérdida del Africa oriental en 1915, y el abandono del Camerún, ocupado por los aliados, en 1916.

Hacia la guerra total

Por primera vez en la historia, el año 1916 es testigo de la *guerra total*. Esta no es ya un combate de fuerzas que tratan de aniquilarse mutuamente, sino de «naciones en lucha» que ponen en juego todo lo que tienen a mano. Todos sus recursos económicos; su población, incluida la de las colonias (Francia y Gran Bretaña, sobre todo, utilizarán numerosas tropas coloniales), y todas las energías estaban involucradas en la guerra. La industria producía ingentes cantidades de material, y cada vez más numerosos y sofisticados sistemas e instrumentos de defensa y de muerte.

La guerra había servido para desarrollar el avión, el dirigible, las trincheras y alambradas, las ametralladoras y el submarino; y supuso la aparición del camuflaje, de los terribles gases, de los lanzaminas y, particularmente, del tanque, que llegó a los campos de batalla en 1916, convirtiéndose en protagonista importante de la victoria aliada.

El año 1916 termina sin que los beligerantes consigan avances definitivos en los frentes. Pro-

sigue la guerra de desgaste, con su terrible mortandad, el enorme dispendio de capitales, sus destrucciones, su gran costo social y psicológico. En Austria-Hungría, incluso, se llegará a prohibir el luto para evitar que la abundancia de «ropas negras desmoralice a la población». Existe una sensación angustiosa de que la guerra, que algunos califican de «eterno empate», no va a tener nunca fin.

El cansancio de los combatientes —de la tropa, y de los mandos que la envian a morir en masa— era ya un hecho, y antes de desembocar en la crisis social, política y militar de 1917, algunos beligerantes piensan ya en el abandono. Así ocurre con Hungría, cuyos intereses, según sus dirigentes, «no coinciden» con los de los austro-alemanes. Y va a ser pronto, en el mismo 1916, el caso del propio gobierno de Viena, sobre todo después de la muerte del emperador Francisco José, el 22 de noviembre, y la subida al trono del reformista Carlos I, que en diciembre trata de proponer a los aliados una paz por separado.

Alemania disponía todavía de un enorme potencial, pero el bloqueo y el racionamiento, la limitación de la guerra submarina (para no irritar a Estados Unidos) y su falta de dominio del mar, la fatiga de sus soldados y el estancamiento de los frentes hacen que empeore rápidamente su situación.

Mientras, Rusia ha llegado al borde del agotamiento físico y moral, y a comienzos de 1917 dejará la guerra. Franceses, italianos, turcos están igualmente saturados de guerra. Poco a poco, su situación interna se agravará, hasta llegar a las crisis de 1917.

C. A. C.

Bibliografía básica

AUERBACH, B.: *L'Autriche-Hongrie pendant la guerre,* París, 1925.

CORDA, H.: *La guerre mondiale (1914-1918),* Chapelot. París, 1922.

FISCHER, F.: *Les buts de guerre de l'Allemagne impériale,* Treviso. París, 1970.

FROTHINGHAM, T.: *Historia de la guerra mundial 1914-1918,* Servicio Histórico de la Dirección General de Campaña del Ministerio de Marina. Madrid, 1930.

MENTRAN, R.: *Histoire de la Turquie,* PUF. París, 1968.

PIERI, P.: *L'Italia nella Prima Guerra Mondiale,* Einaudi. Turín, 1968.

TOUMIN, R.: *La Gran Guerra (Antología),* Fabril. Buenos Aires, 1964.



La derrota de los turcos por las tropas rusas.

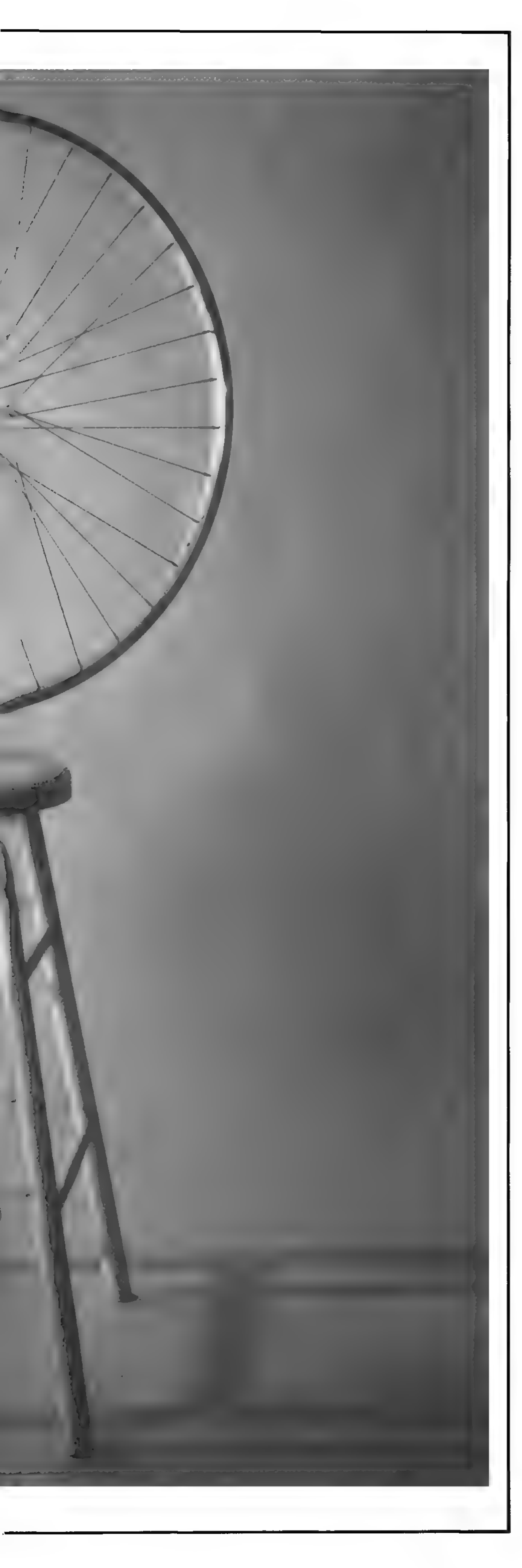
Aparte de los Balcanes, uno de los frentes de guerra estuvo en la frontera meridional de Rusia con el Imperio otomano, entre los mares Negro y Caspio. El dibujo representa una derrota turca a manos de los rusos, sobre un escenario de montañas nevadas. El sur del Imperio otomano fue hostigado por tropas coloniales británicas y sus aliados árabes, dirigidos por personajes a caballo entre el agente secreto y el héroe, como el ya mítico Laurence de Arabia. Los aliados fomentaron también la subversión de las minorías cristianas en territorio turco, como la de los armenios, que fueron durísimamente reprimidos. Los alemanes, por su parte, financiaron y apoyaron el proceso independentista de Irlanda. Los orígenes de alguno de los terrorismos actuales son muy antiguos.

EL MANIFIESTO DADA

DADÁ no significa nada. «Los negros kru —decía Tristán Tzara en el primero de sus manifiestos— llaman dadá a la cola de una vaca santa. El cubo y la madre en cierta región de Italia: dadá. Un caballito de madera, la nodriza, la doble afirmación en ruso y en rumano: dadá». Uno de los grandes movimientos artísticos de las vanguardias europeas, sin el que no puede comprenderse el fenómeno innovador de la primera mitad del siglo XX, nace oficialmente el 14 de julio de 1916 en el cabaret literario-musical Voltaire, de Zurich. Allí, desde su fundación en febrero de ese mismo año por la actriz Emmy Hennings, se organizaban recitales de música y de poesía «de una confusa tendencia expresionista-futurista-pacifista», sesiones de música negra, las primeras jazz-band y lectura simultánea de poemas.

Los fundadores del dadaísmo, movimiento del que luego surgirían otros como el surrealismo, fueron en 1916: Hugo Ball, Emmy Hennings, Tristán Tzara, Hans Arp, Marcel Janco y Richard Huelsenbeck, una mezcla de artistas contestatarios y pacifistas. En 1917 se les unió un fuerte grupo alemán entre los que estaban Raoul Hausmann, George Grosz, Hannah Höch, Johannes Baader, Wieland Herzfeld y su hermano Helmut, quien, como protesta contra el militarismo y chauvinismo alemán, «britanizó» su nombre convirtiéndose en John Heartfield. Así pasaría a la historia del arte como creador del fotomontaje.

Marcel Duchamp: Bicicleta.



Dadá no significa nada

«Encontré el nombre por pura casualidad —confesaría Tristán Tzara—, insertando una plegadera en un tomo cerrado del *Petit Larousse* y leyendo luego, al abrirlo, la primera línea que me saltó a la vista: Dadá.» Varios meses antes, en el café Terrasse de Zurich, había explicado que Dadá nació de un deseo de independencia, de desconfianza hacia la comunidad. «No reconocemos ninguna teoría. Basta de academias cubistas y futuristas: laboratorios de ideas generales.» Aquella noche de 1916, entre todo el tráfago de personajes descontentos por los acontecimientos bélicos, se encontraban Tristán Tzara, un joven estudiante rumano que había dejado sus estudios de filosofía en Bucarest para entregarse a la literatura; un pintor alsaciano, Hans Arp, autor de extraños relieves en madera; otro alsaciano, Marcel Janco, pintor; un médico, Val Serner, y dos escritores alemanes, Richard Huelsenbeck y Hugo Ball.

En la revista *Cabaret Voltaire*, en cuyo primer y único número se publicó el primer manifiesto del grupo, existía un determinado ambiente internacionalista con la participación artística de todas las tendencias de la época (Apollinaire, Marinetti, Cendrars, Picasso, Modigliani, Kandinski...); pero la guerra europea había creado, sin la fatalidad ni los ataques a la dignidad humana que generara la segunda, un estado de disconformidad y desengaño absolutos, de ahí que el grupo que estaba a punto de nacer reaccionara contra todas las convenciones literarias con un escepticismo implacable, una burla y una negación sistemáticas que rechazaban la inutilidad de la literatura en general y de la búsqueda experimental en particular. Los dadaístas creían que el artista era el producto de la sociedad burguesa y, como resultado, su apoyo anacrónico e inútil, razón por la cual Tzara y sus seguidores intentaron, mediante la palabra mágica Dadá, cerrar todas las puertas a la comprensión y a todos los «ismos» que proliferaban por entonces. André Gide diría que, al inventar esta palabra, habían expresado todo lo que tenían que decir como grupo. «Efectivamente, el día en que encontraron la palabra Dadá, no quedó ya nada por hacer».

Otro grupo dadaísta fue el norteamericano, aglutinado alrededor de los galeristas Alfred Stieglitz (también fotógrafo) y Walter Arensbergs, que vivían en Nueva York, lo mismo que Man Ray. El eslabón que unía a este grupo con Europa fue el franco-español y viajero infatigable Francis Picabia, quien gustaba de llamarse a sí mismo el dinamitero. *La primera exposición de arte Dadá fue organizada por el grupo alemán en Berlín, en junio de 1920, para escándalo de la crítica. A la izquierda, réplica hecha en 1951 de la* Bicicleta, *obra del pintor y escultor francés Marcel Duchamp, cuyo original, creado ya en 1913, se perdió durante la guerra. Fue una obra pionera del arte del siglo XX.*

Dadá en el mundo

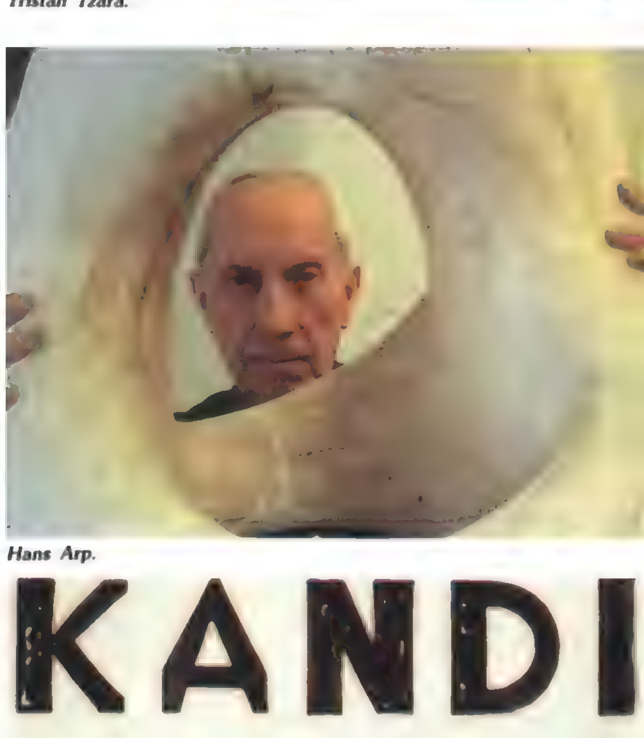
Lo cierto es que este movimiento de vanguardia que burlesca e irreverentemente se rebelaba contra todas las convenciones sociales y cifraba su razón de ser en la fidelidad al instante («Las obras dadaístas no deben durar más de cinco minutos»), sólo comenzaría a tener identidad propia con la publicación del primer número de *Dada, recueil d'art et de littérature* en julio de 1917, con un carácter abiertamente provocativo ya, aunque existían indicios análogos en otras partes del mundo.

En los Estados Unidos, por ejemplo, dos pintores europeos, Marcel Duchamp y Francis Picabia, junto al norteamericano Man Ray, corren una aventura paralela. Duchamp publicó dos revistas premonitorias y de vida efímera, *The Blind-Man* (El hombre ciego) y *Wrong-Wrong,* que coincidían con Dadá en su espíritu humorístico y negativo. Picabia, editor asimismo de la revista rodante *391,* cuyo primer número apare-

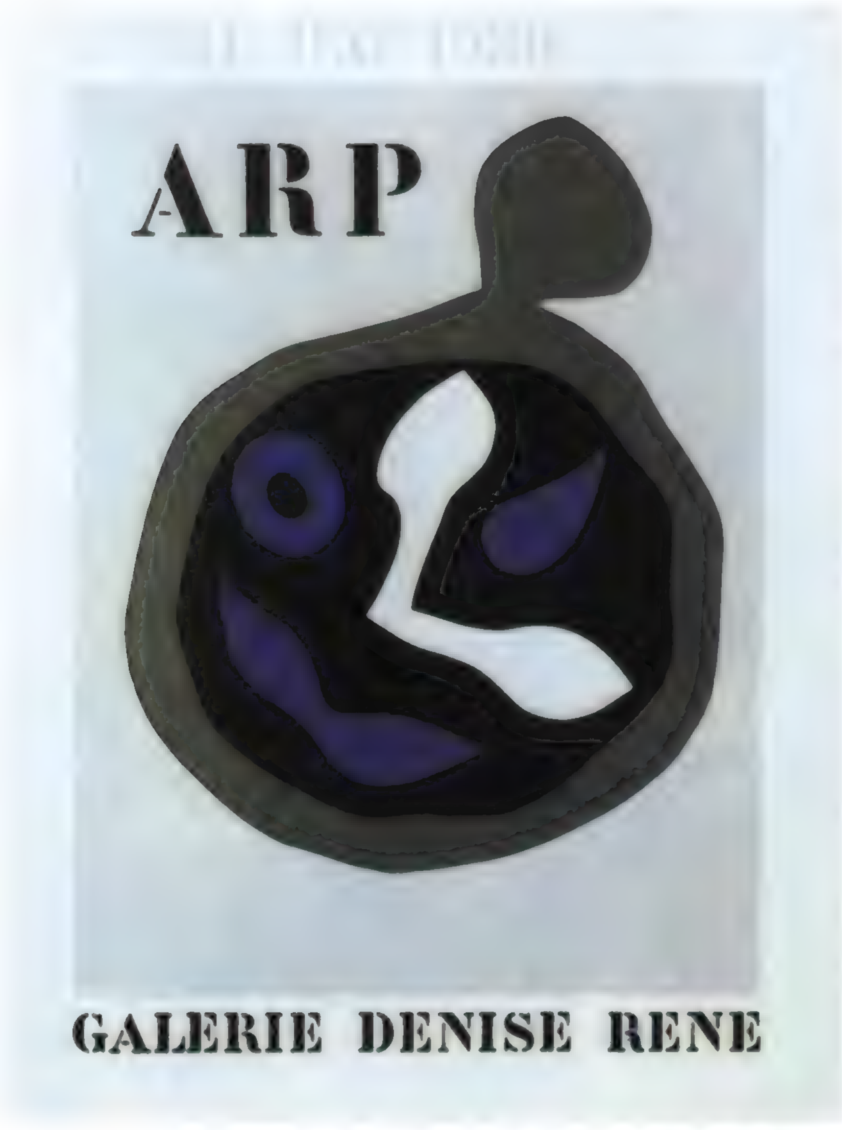
Bajo estas líneas, cartel de una exposición de obras del escultor, pintor y también poeta francés Hans Arp, creador de la llamada «abstracción biomórfica», cuyo rostro aparece artísticamente entre las curvas de una de sus obras (a la derecha, en el centro). Arriba, el escritor francés de origen rumano, Tristán Tzara, considerado por muchos como «el padre del dadaísmo».



Tristán Tzara.



Hans Arp.



Catálogo de la exposición de Arp en la galería Denise René (1951).

ció en Barcelona, plasmaría su humor anárquico e incongruente en fotografías como *La Gioconda* adornada con bigotes, o un manchón de tinta sobre papel blanco titulado *La Virgen Santa.*

En Berlín, Colonia y Hannover tampoco faltó el dadaísmo, al que se unen artistas procedentes del expresionismo y de las filas socialrevolucionarias. En 1918 se publican dos revistas de Richard Huelsenbeck: *Club Dada* y *Der Dada,* así como la promovida por Kurt Schwitters, *Merz,* en la que la técnica del pegote llega a su punto culminante. La Primera Feria Internacional Dadá se celebró en 1920 y en ella se rindió homenaje al nuevo arte revolucionario de Rusia: «El arte ha muerto. Viva la nueva máquina del arte de Tatlin». Del techo colgaba un muñeco con uniforme de oficial alemán, cabeza de cerdo y un letrero: «Colgado por la revolución». Los dadaístas berlineses se llamaban a sí mismos *monteures* —ajustadores o montadores— en vez de artistas, y ya en sus postrimerías, cuando el movimiento daba entrada a nuevos grupos, Heartfield continuaba utilizando sus fotomontajes cinematográficos puros para atacar la expansión creciente del nazismo.

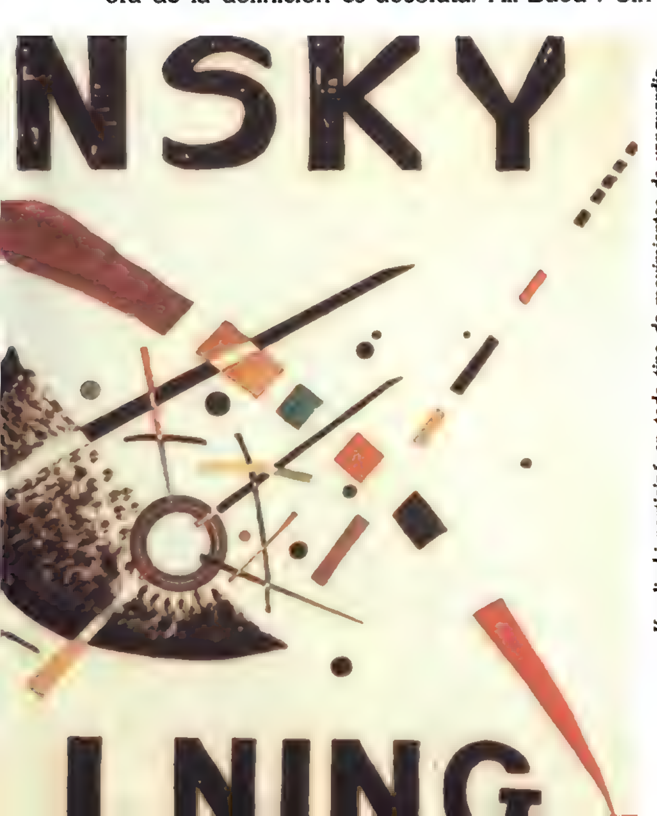
Mientras tanto Zurich y su cabaret Voltaire continúan atrayendo la atención del público internacional por medio de sus mascaradas y publicaciones: *Dada I, Dada II, Dada III, Dadaphone, Anthologie Dada...* En este último se publica un *Pequeño manifiesto* de Picabia en el que dice: «Cantar, esculpir, escribir, pintar. ¡No! Mi único fin es una vida más sedante y dejar de mentir. Ser la multitud que cree en sus actos, hacer el mal, emoción genital y catástrofe, filtros y cirugía, olores y ortografía, entusiasmo y acariciar, gastar los muebles, contacto con la realidad, provecho efectivo, grande y bello. La palabra de la definición es absoluta: Ali-Babá». Sin embargo, los jóvenes escritores franceses —André Breton, Louis Aragon y Philippe Soupault—, que habían fundado poco antes la revista *Littérature,* se enamoran de Dadá y conquistan a Tristán Tzara para Francia.

París recibe a Tzara

Tzara llegó a París en 1920 y fue recibido bajo el santoral maldito de quienes le habían precedido en el viaje a los infiernos: Rimbaud y Lautréamont estaban al acecho, más cerca Apollinaire y Alfred Jarry, y, con todos, la mueca esperpéntica de Jacques Vaché, quien, en suprema coherencia y desdén por la literatura, no llegó a escribir nunca sino unas *Lettres* despectivas antes de arrojarse a los abismos de la nada. Y fue el mismo grupo *Littérature* quien organizó la primera velada en el Salón de los Independientes, el 5 de febrero de 1920, con la participación de Cocteau y el anuncio de que Charlie Chaplin asistiría en persona a una sesión dadaísta. Cuando Tzara subió al estrado y, en lugar de un manifiesto, leyó un vulgar recorte de periódico en voz baja mientras sonaba un estruendo de timbres, el público montó en cólera gritando: «¡Basta, basta...!»

La máxima agitación dadaísta transcurre de marzo a junio de 1920. Las veladas, que adoptan en ocasiones el nombre de «festivales», comprenden la representación de obras teatrales o musicales interpretadas por los propios dadaístas. Tzara escribe por aquella época que, antes que una escuela literaria o artística, Dadá es una intensa forma de vivir. Y agregaba: «Sin embargo, para guardar cierta continuidad de tendencias que no se hallaban reglamentadas, Dadá cambia y se multiplica constantemente». Y así, cada escritor del grupo llega a poseer su propio órgano de expresión, incluso con papel timbrado: *Dada,* dirigida por Tzara; *Proverbe,* de Paul Eluard; *Cannibale,* de Picabia; *Z,* de Paul Dermée; *391,* también de Francis Picabia.

En la velada celebrada el 27 de marzo de 1920 en la *Maison de l'Oeuvre,* según cuenta Guillermo de Torre, partícipe del movimiento y autor de la *Historia de las literaturas de vanguardia,* se definió más intencionadamente su carácter anárquico y burlesco, llegando a un extremado nihilismo y afán destructor. Punto culminante de esta velada fue el *Manifiesto caníbal en la oscuridad,* con trajes y música de Breton y leído por Picabia, quien explicaba que el arte era un producto farmacéutico para imbéciles y el cubismo representaba la penuria de las ideas. «Dadá no quiere nada, no pide nada. Sólo se mueve y gesticula para que el público diga: nosotros no comprendemos nada, nada, nada».



Kandinski participó en todo tipo de movimientos de vanguardia.

Abajo, a la izquierda, cartel anunciador de una exposición de obras del pintor ruso Vasili Kandinski (1866-1944), otro aventurero e innovador de las artes que participó directamente en todo tipo de movimientos de vanguardia, como el fauvismo, el dadaísmo, la fundación del grupo Der Blaue Reiter *(El Caballero azul), el naciente arte socialista de la URSS, la* Bauhaus *alemana y el arte abstracto, del que es uno de sus máximos representantes, junto a su amigo Paul Klee.*



Carpeta de documentación sobre la obra de Marcel Duchamp

Primer manifiesto dadaísta

«Todo producto del espíritu susceptible de llegar a ser una negación de la familia es Dadá; protesta con todos los puños de ser en acción destructiva: DADA; abolición de la lógica, danza de los impotentes de la creación: DADA; abolición de la memoria: DADA; abolición de la arqueología: DADA; abolición de los profetas: DADA; abolición del futuro: DADA... Libertad: DADA, DADA, DADA, aullido de los colores crispados, entrelazamiento de los contrarios y de todas las contradicciones, de los grotescos, de las inconsecuencias: LA VIDA».

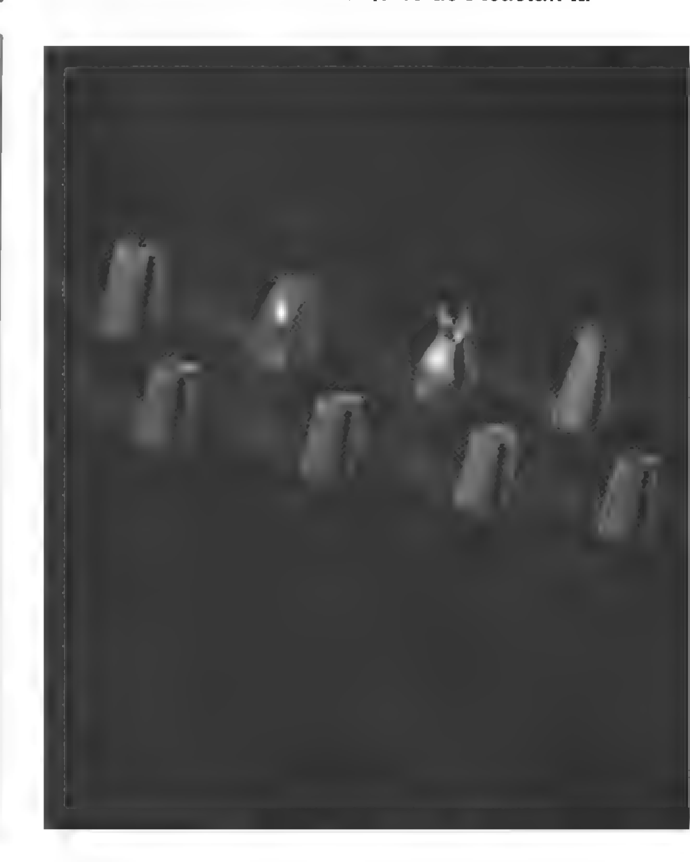
Texto del primer Manifiesto Dadá.

La sesión celebrada el 26 de mayo de ese mismo año en la Sala Gaveau tampoco fue menos accidentada. Sólo la redacción del programa resulta ya una de las piezas más fuertes y significativas de antiliteratura dadaísta. Tras un capítulo sobre *El sexo de Dadá,* apareció el número *El célebre ilusionista Philippe Soupault,* consistente en lanzar desde el escenario globos de colores con nombres de personalidades conocidas, que el mismo Soupault pinchaba y hacía estallar al volver a sus manos. El escándalo fue tal que no hubo hortalizas suficientes en todo París para arrojar a los «artistas» del escenario.

Algunas características

Todos estos movimientos y manifestaciones, en cierto modo convulsivas, nos llevan a reafirmar el carácter de ruptura con el pasado, en el que el arte había llegado a un callejón sin salida, incluidas las vanguardias cubistas y futuristas. En la «forma de vivir» que era Dadá, según su progenitor Tzara, entraban elementos de todo tipo: nihilismo, duda sistemática, burla, humor sangriento y corrosivo, locura, gratuidad, exhibicionismo barato e irreverencia sin medida, romanticismo y anarquía por partes iguales.

La proyección de sus principios y su consiguiente materialización en las diversas artes comienza por la desacralización de la pintura (recuérdese la *Gioconda* con bigotes de Picabia), la



reivindicación de los objetos prefabricados fuera de su contexto utilitario (el urinario de Duchamp titulado *Fuente*) y los materiales más prosaicos y cotidianos (corsés, periódicos, billetes de tranvía de Schwitters), llegando a la celebración de festivales escandalosos, mezcla de recital poético, teatro de cabaret, parodia sangrienta y *happening*. Toda la actividad literaria y su labor creativa no ha pasado de los siete manifiestos de Tzara y numerosas, aunque efímeras, revistas.

El saldo de Dadá fue, en lo material, mínimo, pero trascendental en lo ideológico. Los grandes aspavientos provocativos de los dadaístas, ignorados rápidamente por un público ávido de nuevas sensaciones, transmitieron y traspasaron el encargo de sus inquietudes a sus sucesores, los surrealistas. Philippe Soupault lo confirmaría años más tarde: «La pregunta que nosotros hemos dejado sin respuesta la recogerán otros más jóvenes que vienen detrás. Entre tanto, tal interrogación quedará suspendida como una espada de Damocles sobre los años 1918-1922.»

Decadencia y final

Antes de que se disolviera definitivamente Dadá en 1922 y apareciera el primer *Manifiesto surrealista* de André Breton en 1924, hubo un interludio de dos años en el que se sucedieron una serie de experimentos en una última tentativa por encontrar algo positivo que pudiera sacarles del *impasse*. Pero la euforia iconoclasta no podía durar eternamente en un *perpetuum mobile* sin punto de retorno. Era difícil que se mantuvieran durante mucho tiempo juntos quienes sólo se habían reunido para negar, sobre todo desde que a última hora se incorporaran al grupo determinados elementos que llevaban dentro la suprema convicción de la disolución, como los suicidas Vaché y Jacques Rigaut.

El año 1921 indica ya el comienzo de la decadencia y el final de todo el apogeo pirotécnico de Dadá. Las disconformidades sin objeto a que llegan los dadaístas se manifiestan en actividades concretas, como es el caso del proceso al escritor Maurice Barrès, figura prestigiosa hasta la guerra de 1914 y convertido de la noche a la mañana en un predicador del belicismo. El 13 de mayo de 1921, un tribunal le juzgó «acusado de crimen contra la seguridad del espíritu». Dentro de la asistencia tumultuosa y juvenil, Benjamin Péret y Jacques Prévert dieron la nota virulenta y humorística. Péret apareció disfrazado con una máscara antigás y un uniforme de soldado alemán cubierto de lodo y sangre, dando al tribunal el nombre de «soldado desconocido». Prévert, por su parte, prorrumpió en gritos absurdos tales como «Vivent la France y les pommes frites!»

Otro episodio de la disolución fue una carta anónima recibida por Tzara y redactada de forma tan injuriosa que era inevitable sospechar su autor en cualquiera de los dadaístas o en uno de sus enemigos inmediatos. Pero la carta fue recibida sucesivamente por todos los miembros del grupo, y las sospechas se fueron entrecruzando de tal manera que, al final, ya nadie estaba seguro de que no hubiera sido el propio Tzara el autor. El incidente fue olvidado.

En el capítulo de festivales, el último fue el de la *Soirée de Coeur à Barbe*, celebrado en junio de 1923. El escándalo superó todas las previsiones, ya que fueron los mismos miembros del grupo quienes se pelearon entre sí hasta el punto de que tuvo que intervenir la policía.

Todo quedaba, pues, sepultado y convertido en cenizas. Con Picabia por un lado, los seguidores de Tzara por otro y la escisión surrealista de los agrupados en torno a la revista *Littérature*, que se independizan definitivamente con Breton en marzo de 1922 (otros se disponen sencillamente a expresarse a sí mismos, sin ataduras de grupo, como Soupault), el movimiento dadaísta se da por liquidado, pese a la actividad proselitista de Tzara en la segunda posguerra o al manifiesto de Philippe Soupault a la juventud, *Retorno a Dadá*, en 1957. Picabia moriría en 1944, y Tristán Tzara diez años más tarde. Pero la antorcha había sido bien recogida.

L. S. B.



Man Ray: Piezas de ajedrez en metal dorado.

Marcel Duchamp, prolífico artista francés, se integró y fue tomado como modelo por el grupo dadaísta galo, aglutinado en París alrededor de la revista Littérature, *publicada desde 1919 a 1924, y compuesto por André Breton, Louis Aragon, Paul Eluard, Philippe Soupault, Georges Ribemont-Dessaignes y el inefable Francis Picabia, francés de nacimiento pero hijo de vasco-español y gallega de Ribadeo (costa de Lugo), que acabaría sus días firmando Francisco y sintiéndose hispano hasta la médula. Picabia fue el animador incansable de los diversos grupos dadaístas, inventando siempre nuevos disparates. «Para que no decaiga», según una de sus frases preferidas. A la izquierda,* Piezas de ajedrez en metal dorado, *obra del norteamericano Man Ray.*

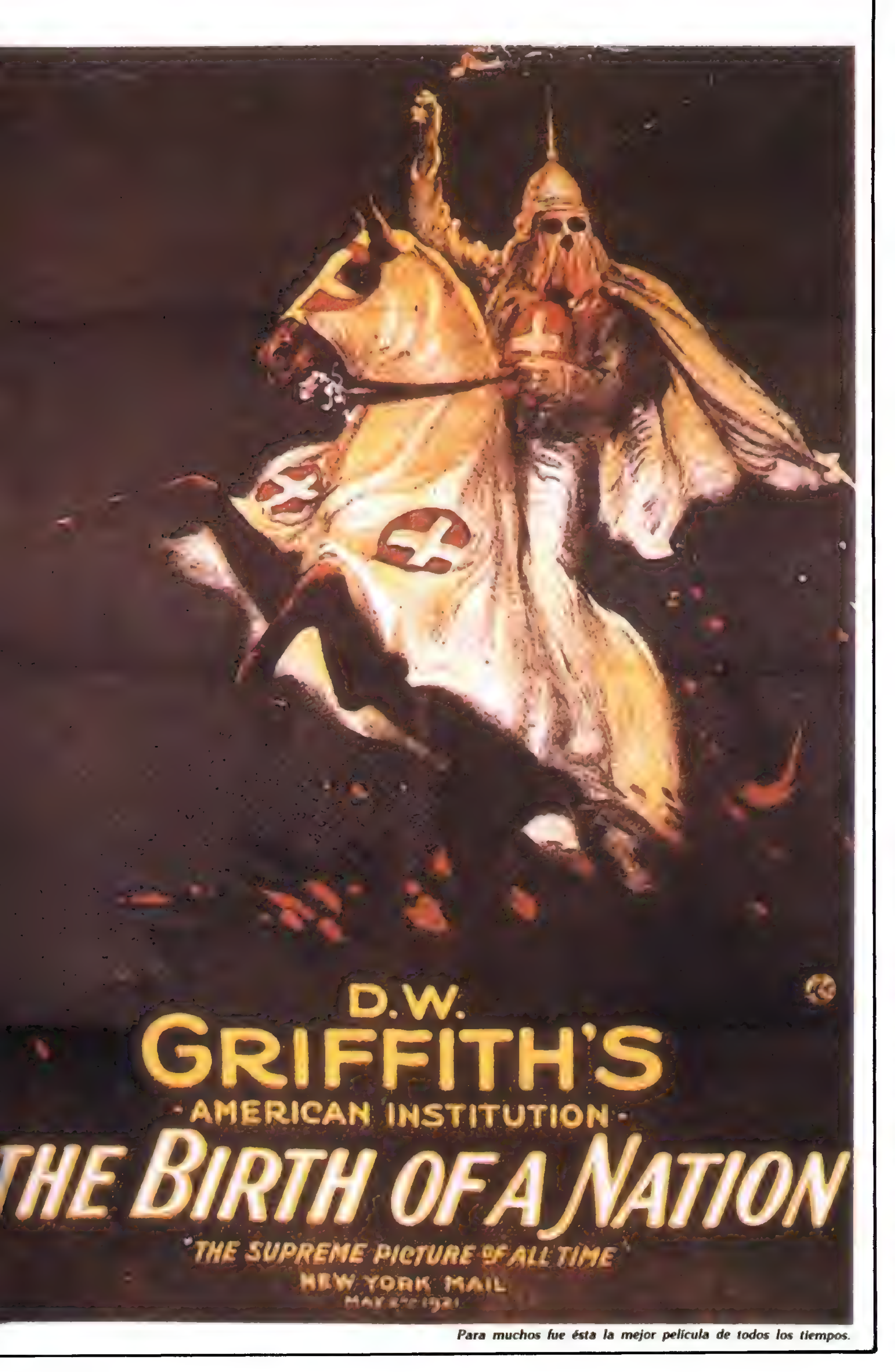
LA GRAN EPOCA DEL CINE MUDO

HABRÍA sido más lógico que el cine mudo hubiera surgido de las películas habladas y no al revés, como de hecho sucedió». Ante esta frase de Mary Pickford, la primera estrella que produjo Hollywood, lo primero que se nos ocurre es rechazarla como mero efecto de una nostalgia por una época de gloria ya pasada. Sin embargo, y sin intentar defender lo indefendible, hay algo de verdad en ella en un sentido que rebasa el meramente histórico: si toda forma artística evoluciona por un proceso de depuración, de reducción a sus elementos esenciales, cabría concebir a un poeta del cine que decidiese prescindir de color y sonido para quedarse con la pura forma.



Buster Keaton, «el cómico serio».

1916



Para muchos fue ésta la mejor película de todos los tiempos.

En la página opuesta, plano medio del «cómico serio» Buster Keaton, tocado con su típico sombrero y en una de sus actitudes «impasibles». Fundador de una línea de cine cómico que luego continuaría «el trepador de edificios» Harold Lloyd y el inefable Jacques Tati, su estatismo se contrapone a la movilidad humorística de la otra gran corriente, que va desde Charles Chaplin a Woody Allen, pasando por los hermanos Marx y Jerry Lewis. Groucho Marx dejó escrita su opinión sobre Keaton: «Es un estupendo director de cine mudo, pero un mediocre humorista». A la izquierda, cartel anunciador de la película de David Wark Griffith, El nacimiento de una nación, *uno de los hitos de la historia del cine. El director soviético Eisenstein dijo de su obra: «Ha creado todo, ha inventado todo. No hay un cineasta en el mundo que no le deba algo».*



Mary Pickford, un rostro ingenuo y una gran mujer de negocios.

Arriba, la actriz Mary Pickford, entre Conway Tearle (izquierda) e Ida Waterman, en una escena de la película Stella Maris. *Con su rostro aniñado, de ojos azules y tirabuzones rubios, triunfó como «jovencita dulce e ingenua» en numerosos papeles melodramáticos (dramas con música de piano en vivo, un invento del cine mudo), convirtiéndose en «la novia de América». Esto no le impidió ser una competente mujer de negocios, fundar junto a su marido Douglas Fairbanks, Charles Chaplin y David W. Griffith la popular United Artists (Artistas Unidos) y amasar una gran fortuna. Abajo, la tormentosa vampiresa y gran actriz, Gloria Swanson, rodeada de gentes del cine. Casada y divorciada seis veces, abominaba del cine sonoro. Llegó a recibir 7.000 cartas a la semana, su peluquero se hizo rico vendiendo sus rizos y un marajá indio se ahorcó con una de sus medias, tras haber viajado hasta Estados Unidos para conseguirla.*

Poemas visuales

Algunas obras de madurez del cine mudo —producidas en los años anteriores a su aniquilación en 1928, gracias al éxito de la mediocre *El cantor de jazz*— llegaron a alcanzar la milagrosa cualidad de poemas visuales, lo más cercano que ha llegado a estar el cine de la música. Los prejuicios de nuestra perspectiva actual, o de algunos historiadores, pueden haber hecho creer que el cine mudo (ya en español, o en francés, tiene el nombre cierta connotación de carencia, frente al *silent movie* inglés) fue un arte limitado, a la espera del sonido redentor; sin embargo, había habido múltiples intentonas de añadirle el sonido y, si los problemas de sincronizarlo con la imagen o de amplificarlo para grandes salas tardaron en ser resueltos, en una fecha tan temprana como 1922 el inventor Lee De Forest resolvió el problema registrando el sonido no sobre discos, sino sobre la misma película, tal y como se sigue haciendo hoy. Pero tan revolucionario invento no tuvo ningún éxito: los cortometrajes sonoros que se exhibieron (filmaciones de arias de ópera o de números de algún vodevil en boga) simplemente no podían competir con un cine silente en su máximo apogeo mundial, con la última gran producción de Chaplin, Douglas Fairbanks, Abel Gance o Fritz Lang. Cuando por fin la fiebre del sonoro se impuso —no podía ser de otra forma—, la revolución económica que supuso tuvo su contrapeso en el plano artístico: se sabe que hasta los años cuarenta no volvió el cine a recuperar, salvo las excepciones de rigor, el esplendor visual del último cine mudo. Los treinta fueron años de un cine estático, visualmente plano, en el que, por ejemplo, la plástica de Chaplin y Keaton dio paso a la verbosidad de Groucho Marx, Mae West y de todo el género de la comedia *screwball,* que floreció por entonces.

Pasado el momento de la fascinación inicial por las imágenes en movimiento, el cine hubo de aprender a separar su forma artística del tea-



Gloria Swanson odiaba el cine sonoro.



Griffith, gran genio del cine.

El gran director norteamericano David Wark Griffith muestra en la fotografía una de sus expresiones más características. Creador del gran cine social e histórico y portentoso inventor de toda clase de recursos técnicos, fue una especie de «padre del cine», a pesar de que «la industria» lo dejó abandonado en sus últimos años. Orson Welles, tras recriminar a Hollywood esta actitud, escribió sobre Griffith: «Ninguna ciudad, ninguna industria, ninguna profesión ni forma de arte deben tanto a un solo hombre. Todo director le debe algo... Pero fue más que un padre fundador y un pionero, ya que sus obras perduran con sus innovaciones. Las películas de Griffith están hoy mucho menos viejas de lo que lo estaban cuando se hicieron...»

tro y la literatura. Se filmaba primero en planos generales con la cámara fija para construir la llamada *cuarta pared,* es decir, para restituir un espacio escénico ante un público acostumbrado al teatro: los actores entraban y salían por los lados de la pantalla mientras la cámara los «esperaba»... (las típicas escenas de persecución que hoy nos hacen sonreír en los melodramas de Griffith o en las farsas de Mack Sennett ayudaron a que el cine *saliese* del cerrado espacio escénico). El cine empezó a encontrarse a sí mismo gracias a una doble ruptura: en el espacio, la cámara empezó a moverse y a adoptar un punto de vista ubicuo que pasaba de vistas de conjunto a planos del rostro o de detalles significativos; en el tiempo, la «regla de la unidad» se rompió con saltos y elipsis, acciones comprimidas o expandidas, etc. En ambos casos, el montaje (la unión o puesta en relación de varios planos sucesivos) no fue solamente lo que permitió romper esa continuidad espacio-temporal, sino, precisamente, el «elemento específico» que el cine no compartía con ninguna otra forma artística. Respecto a la literatura, tras intentar primero reproducir con mayor o menor prolijidad los logros de la novelística del siglo XIX, el cine aprendió pronto a cambiar el concepto de credibilidad literaria o psicológica por una tipología de rasgos de carácter o de ambientación más adecuados a su forma visual, rítmica y modulada: los primeros planos de rostros y gestos dieron densidad a los personajes, los planos generales hicieron lo propio con ambientes y situaciones, y su combinación —una vez más por medio del montaje— dio lugar a la dramaturgia cinematográfica.

Asentados los principios básicos de esta dramaturgia, una serie de colosos erigieron con sus aportaciones la arquitectura y el lenguaje del cine mudo, es decir, del cine a secas. Repasémoslos brevemente.

Griffith y el nacimiento del cine de una nación

En una divertida versión del *Diccionario de Ideas Recibidas* flaubertiano que publicó la revista *Film Comment* se podía leer bajo el epígrafe Jean-Luc Godard: «No inventó nada que no estuviera en Orson Welles», y bajo el epígrafe Welles: «No inventó nada que no estuviera en Griffith». Eisenstein había dicho, y mucho antes, que «Griffith es el Dios Padre. Todo el cine soviético ha surgido de *Intolerancia.*» Estas afirmaciones no tienen tanto de hiperbólico como pudiera parecer: si no inventó el cine, el gran mérito de David Wark Griffith (1875-1948) fue el de reunir los descubrimientos dispersos de escuelas anteriores y sistematizarlos hasta el límite antes de pasar la antorcha a la siguiente generación. Si a partir de 1908 el cine americano empezó a dominar el mercado mundial, ello fue en no pequeña medida debido a que este coloso (que entre 1908 y 1913 rodó casi 500 films de una bobina para la Biograph) había desarrollado increíblemente los recursos técnicos y el contenido emotivo del cinematógrafo. Sólo un ejemplo: en una breve escena de *The New York Hat* vemos a Mary Pickford mirarse al espejo con expresión dubitativa, arreglar un único guante para que parezca un par y salir de casa llena de anticipación. Esto no es teatro, ni literatura: es puro cine y chaplinesco en su mejor sentido... sólo que Griffith lo rodó en 1912, cuando Chaplin era todavía un cómico de vodevil.

El método narrativo de Griffith se basaba en alternar sucesos cronológicos con otros *simultáneos* (por ejemplo, las maquinaciones del villano y la carrera del héroe para salvar a la chica). El montaje, cumplida su primera función de *ruptura,* se utilizaba para crear una intensidad dramática (siendo la base de lo que luego se llamaría *suspense*) que se resolvía con el «rescate en el último momento», por el que Griffith se hizo justamente célebre. Tal principio culminaría en *Intolerancia* (1916, magna obra de 175 minutos frente a los 14 de *The New York Hat*), verdadero sermón épico contra la hipocresía, anunciado por medio de cuatro diferentes escenarios históricos: los suburbios de una ciudad industrial actual, la Francia de las guerras de religión del siglo XVI, la Jerusalén de Cristo y la antigua Babilonia. Con unos decorados espectaculares y una atención al detalle insólita en una obra de esta escala, lo más notable de *Intolerancia* sigue siendo su inédita construcción en forma de fuga, así descrita por el propio Griffith: «Los relatos comienzan como cuatro corrientes vistas desde lo



Fritz Lang contribuyó con sus películas al gran triunfo del cine alemán.

alto de un monte. Al principio, corren separadas, lentas y calladas. Pero a medida que avanzan se van acercando más y más entre sí, y corren más y más aprisa, hasta que al final, en el último acto, confluyen en un poderoso río de emoción expresada.»

Si este aspecto de *Intolerancia* es aún hoy insuperable, también es cierto que, aquí como en toda su obra, los deseos didácticos y reformistas de Griffith se interponen torpemente ante nuestra vista más de una vez. Su cine adolecía de una concepción moral victoriana y caduca (que superaría después uno de sus colaboradores, Erich von Stroheim, al dirigir obras maestras como *Esposas frívolas* [1921] o *Avaricia* [1923], que sentaron las bases del mejor realismo norteamericano) y de unos paradójicos deseos de dar respetabilidad literaria a un medio al que había hecho conocer su propia especificidad artística. Es instructivo compararle con los grandes del cine cómico hollywoodiense, con Mack Sennett, Chaplin, Keaton, Harold Lloyd, quienes en vez de mirar para atrás a la hora de dar cartas de nobleza al cine, crearon desde cero un cine lleno de ruido, inocencia y libertad. Chaplin podía ser tan victoriano y sentimental como Griffith, pero, y esto es lo esencial, se expresaba en términos contemporáneos. A pesar de seguir produciendo obras geniales como *Broken Blossoms* (1919) o *Las dos tormentas* (1920), Griffith fue perdiendo el tren, y su último film —*The Struggle,* una diatriba contra el alcoholismo rodada en 1931— fue un fracaso que le apartó injustamente de la industria que había contribuido a crear como ningún otro.

El expresionismo alemán

En la Alemania de los años veinte, el cine tuvo una inmensa importancia en el terreno industrial (con la creación en 1917 de la UFA, poderoso *cártel* que integró a los principales productores), histórico (en su seno, y entre una plétora de otros talentos, crearon parte sustancial de su obra cineastas de la talla de Fritz Lang, F. W. Murnau y Ernst Lubitsch) y estilístico (con el auge del expresionismo y el *Kammerspielfilm* o «cine de cámara»). El expresionismo fue el primer gran desafío a la supuesta vocación realista del cine, al renunciar a la capacidad de la cámara de reproducir mecánicamente la realidad —piénsese que, sólo unos pocos años después de nacer, el cine daba un paso equivalente al abandono del figurativismo en la pintura—. Su filosofía era una visión de un universo deformado en su perspectiva, en su iluminación, en sus formas, en los gestos, maquillaje y vestuario de los actores... como consecuencia de una con-

cepción pesimista y subjetiva de la realidad que llevaba a representarla de una manera metafórica, estilizada y simbolista. Existente también en el teatro y la pintura, este estilo tuvo su primera, y exagerada, manifestación cinematográfica en *El gabinete del doctor Caligari* (1919). Los excesos de lo que llegaría a denominarse peyorativamente *caligarismo* dieron pronto lugar a una adaptación de lo mejor de este estilo, ya fuera de la pantomima, a decorados elaborados y después a escenarios reales *tratados* con una visión expresionista. La influencia de esta filosofía de la representación no ha dejado de notarse desde entonces en obras claves, como *El ángel azul* o *Ciudadano Kane*, o caracterizando géneros como el de terror o el cine negro.

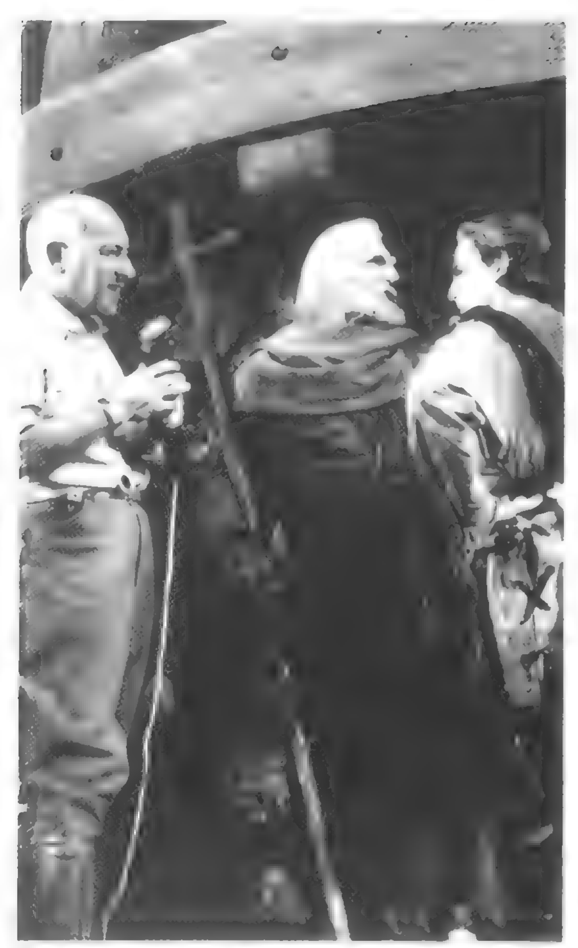
Desde el punto de vista de la evolución del lenguaje del cine, y dejando a un lado a Lubitsch —cuyos logros confluyeron en la creación de la escritura transparente y funcional del cine clásico del Hollywood de los años treinta y cuarenta— y a Murnau —cuyos bellísimos films eran verdaderas batallas entre la luz y las sombras, y que filmó una de las cumbres del cine con *Amanecer* (1927), sublime fusión de la concepción alemana y la técnica americana—, es ineludible detenerse en Fritz Lang (1890-1975). Durante la tercera década de este siglo, Lang fue uno de los principales arquitectos del *lenguaje sin lengua:* además de desarrollar como nadie los rasgos del expresionismo arriba esbozados, dio un paso adelante respecto al montaje rítmico o alternado de Griffith, al explorar las posibilidades de la elipsis (su film *Spione* [1926] comienza con unas manos en primer plano que roban unos documentos, para cortar a un hombre que huye en moto y a una antena de radio y un titular de periódico que dan la noticia) y de la «rima» entre planos contiguos (unas manos dejan caer una pistola que, en el plano siguiente, recogen otras manos).

Al iniciarse en el cine, Lang anunció un vasto proyecto: «Quise hacer una serie de films centrados sobre el hombre alemán, el alemán romántico en *Las tres luces*, el hombre de la posguerra en la serie sobre el doctor Mabuse, el hombre en el transcurso del tiempo en *Los Nibelungos*, el hombre técnico del futuro en *La mujer en la luna*». En 1925, tras la visión nocturna de los rascacielos de Manhattan, concibió la idea de *Metrópolis* como una ambiciosa antiutopía; sin embargo, y en sus propias palabras, «hoy no me gusta este film pues me parece que trata de resolver un problema social de una manera pueril». En efecto, una película en la que los patronos se reconcilian idealistamente con los obreros y en la que se elude el tema de la represión del hombre por el hombre («Es la Máquina la que nos ha esclavizado, volvamos a los valores reales...»), realizada unos años antes de la subida de Hitler al poder, resulta quizás algo más que pueril; significativamente, Thea von Harbou, guionista del film y entonces esposa de Lang, no abandonó Alemania tras 1933. Pero la ambi-



Lang fue el artista del lenguaje sin lengua.

En las páginas anteriores bellos carteles de las películas del alemán Fritz Lang, Metrópolis *y* El testamento del doctor Mabuse. *A la derecha, el director Cecil Blount de Mille da instrucciones a los actores durante el rodaje de una de sus grandes películas* (Los diez mandamientos, Rey de reyes, Sansón y Dalila, El signo de la cruz, Cleopatra, La marca de fuego), *producidas por la Paramount, una de las gigantescas empresas de cine, de la que De Mille fue cofundador. Abajo, el director alemán-norteamericano Ernst Lubitsch, creador de la comedia frívola cinematográfica, trabajando en la sala de montaje. Entre sus obras más representativas destacan* Rosita, la cantante callejera, *interpretada en 1923 por Mary Pickford y* El desfile del amor (Love parade), *rodada en 1930 con Maurice Chevalier y Jeannette MacDonald como protagonistas.*



Cecil B. de Mille dirige a los actores durante un rodaje.



Ernst Lubitsch en la sala de montaje

güedad del Lang de *Metrópolis* queda compensada por la galería de genios del crimen que añadió a la tradición alemana de los Golem, los Caligari, los Nosferatu: tras el primer Mabuse de 1922 y el Haighi de *Spione,* hizo *M, el vampiro de Düsseldorff,* que ya no era sino un pobre psicópata esclavizado por su enfermedad, y un segundo Mabuse ya de claro contenido antinazi («Puse las consignas y los artículos de fe del III Reich en boca de criminales»), que le decidió a emigrar a Hollywood donde desarrollaría una fructífera carrera.

La grandeza del cine de Lang proviene de que en él la moral emana directamente del estilo. Lang fue un moralista, y muy severo: en el aspecto temático la fatalidad es el eje que rige toda su obra, dictaminando película tras película: el hombre no puede escapar a su destino. El adjetivo «langiano» ha pasado a ser sinónimo de algo estricto o implacable, en el doble sentido de inflexibilidad ética y de precisión estilística. Ese «doble sentido», inseparable, es la clave. Cuando en *M,* vemos la sombra del asesino cernirse sobre una niña que juega en la calle sabemos que nada puede salvarla. Los personajes de Lang son meras marionetas sujetas a su designio: él es el verdadero destino de los habitantes de su mundo cerrado. Sin embargo, y a su crédito, el frío escalpelo de Lang fue flexibilizándose: los finales trágicos seguirían teniendo ese aire de inevitables, pero el fatalismo cósmico dio paso a un cierto determinismo psicológico en el cual los personajes parecían más responsables de sí mismos.

Francia: impresionismo y vanguardia

De igual modo que lo sucedido en Alemania, el cine francés, que gozaba de una gran expansión industrial (la Pathé fue el primer monopolio internacional, y en 1914 el 90 por 100 de los films exhibidos en todo el mundo eran franceses), no se sustrajo al influjo de la vanguardia que a mediados de la segunda década de este siglo revolucionó todas las artes. Irónicamente, el film que provocó el escándalo en la comunidad cinematográfica parisiense, al ser proyectado en 1916, fue *The Cheat,* un melodrama del muy hollywoodiense realizador Cecil B. de Mille.

La sólida formación intelectual de Abel Gance (1889) le había hecho oscurecer sus primeros films llevado por su desmedido interés en experimentar con la técnica expresiva, hasta que llegó a ver claro que se podía conservar el argumento como una base sólida en torno a la cual podría construir sus *armonías plásticas.*

En 1923, su film *La Roue* se convirtió en el manifiesto del disperso movimiento que la propia Dulac iba a bautizar como impresionismo en oposición al expresionismo alemán. Pero la importancia de Gance provino de que iba a intentar aplicar su concepción vanguardista a una serie de grandes producciones, negándose a distinguir entre un cine radical y otro comercial. La idea de que la imagen podía funcionar como hilo conductor de una película volvió a encontrar amplia cabida en la monumental *Napoleón* (1927), hito del cine en el que el Gance narrador se hizo inseparable del Gance inventor: basta recordar el montaje con el que comparó las olas que agitaban las filas de los miembros de la Asamblea Nacional con el oleaje que asediaba la barquichuela en que viajaba el propio Napoleón, perdido en alta mar. Pero Gance fue también un realizador extravagante y grandilocuente, ninguno de cuyos filmes es fácil de aceptar en su totalidad, y fue encontrando progresivas dificultades para llevar a cabo sus proyectos dada la magnitud de los mismos.

El otro gran talento de la escuela francesa de posguerra fue Marcel L'Herbier (1888-1979), realizador sofisticado y formalista que, como Gance, llegó a filmar grandes producciones de inspiración vanguardista. Tras dar al impresionismo una de sus obras arquetípicas, *El Dorado* (1921), filmó *L'Inhumaine* (1924), melodrama mundano de argumento baladí pero transfigurado por el tratamiento plástico de L'Herbier, el diseño visual de los decorados del pintor Fernand Léger y la música del compositor Darius Milhaud. Si el fracaso de este film se puede explicar por sus pretensiones, el de *L'Argent* (1928) sólo es justificable por su aparición en las pantallas en el momento en que surgen los primeros films sonoros, pues se trata de una de las cumbres del cine mudo. Basada, pero sólo hasta cierto punto, en la novela de Zola, esta extraordinaria disección del mundo de las altas finanzas tenía ya —según descubren cada vez mayor número de historiadores— muchas de las características del cine moderno.

Los fracasos de Gance y L'Herbier pusieron fin a la escuela francesa que había querido conmocionar el cine. Quizá no lo lograron porque no supieron crear personajes reales (de estatura menos épica que un Napoleón, al menos) o expresar sentimientos convencionales dentro de intrigas con las que el público se pudiera identificar. Repercusión mucho mayor iba a tener la obra, de menores pretensiones pero infinitamente más viva hoy, que en esos años empezaba a desarrollar Jean Renoir.

La escuela soviética

Cuando en agosto de 1919 Lenin nacionalizó el antiguo cine zarista, empezó una efervescencia



Una de las escenas de la película El vampiro de Dusseldorf.



ABEL GANCE (París, 1889-París, 1981)

Atraído desde joven por la poesía y por el teatro, empezó a escribir sus primeros guiones para la Gaumont en 1909. Dos años más tarde fundó una sociedad de producción, Le Film Français, para la que dirigió sus primeras obras: *El dique* (1911), *El negro blanco* (1912). Entre 1915 y 1916 realizó diez películas, la segunda de las cuales, *La locura del doctor Tube,* nos muestra ya su originalidad: decorados y personajes se reflejan en espejos deformantes; la película fue considerada tan audaz que no llegó a estrenarse. En *La zona de la muerte* y en *Mater dolorosa,* ambas de 1917, vemos ya el delirio melodramático que sería una de sus características más acusadas.

Influido por la catástrofe de la Primera Guerra Mundial, realizó *Yo acuso* (1919), requisitoria antibélica en un estilo épico que recuerda a Griffith y de la que haría una nueva versión en 1938. En 1922 aparece una de sus obras más importantes: *La rueda,* poema épico sobre la vida de los ferroviarios y la mecanización moderna, en la que llevó al límite la técnica del montaje rápido y que, por sus innovaciones, provocó reacciones encontradas en el público.

En 1925 comienza el rodaje de la que es sin duda su obra maestra: *Napoleón visto por Abel Gance,* que duraría casi tres años y en la que contó con gran abundancia de medios. Película mítica, con una visión apasionada y *chovinista,* en ella se entre-

mezclan la leyenda y la historia en imágenes espléndidas. Su lirismo visionario ha recordado a la poesía de Victor Hugo. Sus audacias formales le llevan a superponer hasta dieciséis imágenes en un solo plano y a inventar la *polivisión*, triple pantalla que permite diversas combinaciones entre la imagen central y las laterales y que constituye el precedente indudable del cinerama. Prevista como la primera de una serie de seis, la película termina con la campaña de Italia. El estreno tuvo lugar en la Opera de París el 7 de abril de 1927 y constituyó un gran éxito. Entre los espectadores, un joven capitán, Charles de Gaulle, recordaría siempre el entusiasmo que le produjo.

Sin embargo, el filme era demasiado largo. En las salas comerciales se comienza a mutilarlo. Se suprime la triple pantalla de instalación demasiado complicada. Tendrían que pasar 54 años para que Francis Ford Coppola lo recuperara del olvido y lo recompusiera después de una larga serie de avatares. El 24 de enero de 1981 se reestrenaba con gran éxito en Nueva York. Abel Gance, que cuenta 91 años, asiste a la proyección.

La llegada del cine sonoro había marcado el principio de la decadencia del autor de *Napoleón*, a pesar de haber continuado sus innovaciones, como en 1933 en una nueva versión de *Napoleón*, en la que instala varios altavoces en la sala para crear una perspectiva sonora, lo que más adelante sería la estereofonía. Sin embargo, a lo largo de los años treinta Gance se limitó a hacer nuevas versiones de sus obras antiguas *(Mater dolorosa, Napoleón, Yo acuso)*, cuando no derivó hacia el melodrama: *La dama de las camelias* (1934), *La novela de un joven pobre* (1935), *La Venus ciega* (1941)...

Después de la guerra, Gance parece definitivamente olvidado. En 1953, en el Festival de Cannes, al saberse la muerte de Jean Epstein, Abel Gance evoca al desaparecido para terminar diciendo: «Un muerto os habla de otro». Sin embargo, todavía realizará tres filmes: *La torre de Nesle* (1954), *Austerlitz* (1960) y *Cyrano y D'Artagnan* (1963). El 10 de noviembre de 1981, meses después de que el reestreno de *Napoleón* en Nueva York le hubiera devuelto la gloria, falleció en París a causa de un edema pulmonar.

creativa que haría de la siguiente década uno de los momentos clave de la dinámica cultural europea. Como en los demás países del continente entonces, y como no ha vuelto a ocurrir hasta muy recientemente, el incipiente arte cinematográfico marchó durante un tiempo a la par con las vanguardias de las demás artes.

En contraste con el movimiento general de esas vanguardias hay que situar, sin embargo, el *Kino-Pravda* («Cine-Verdad») de Dziga Vertov, partidario de filmar la vida tal cual es y defensor de la superior objetividad de la cámara frente al ojo humano a la hora de captar la realidad. Esta concepción guió la película *El hombre de la cámara* (1928), filmada según su intención de «capturar la vida de improviso» —idea que tanto influiría luego en las diversas *nuevas olas* del cine europeo de los años sesenta—, y que presentaba, sin argumento alguno, diversas escenas de la vida de una ciudad a lo largo de una jornada completa. Pero, por supuesto, de ningún modo fue el realismo, en su sentido convencional, lo que primó en el cine soviético. El mismo Vertov usó en este film abundantes trucos y efectos, sobreimpresiones, cámara lenta o acelerada, etc., y de hecho el cine revolucionario soviético fue una verdadera *escuela del montaje*, cuya máxima intención no era respetar la realidad que representaba, sino forzar un punto de vista ideológico y fragmentado.

El máximo teórico y practicante del montaje fue S. M. Eisenstein (1898-1948), quien liberó el principio de asociación entre un plano y el siguiente de la «servidumbre a la acción dramática» en que lo habían dejado Griffith y Lang. Para Eisenstein, la suma de dos planos no daba sólo lo que había en ellos sino un tercer elemento, una idea que resultaba de asociarlos. El mismo citaba un ejemplo extraído de *El acorazado Potemkin:* el rostro de una mujer con gafas seguido inmediatamente, sin transición, por la misma mujer con las gafas rotas y un ojo cubierto de sangre producía «la impresión de un golpe que hiere el ojo». Este montaje dialéctico o de atracciones («pues se trata —decía Eisenstein— de provocar, por medio de bruscas yuxtaposiciones, una sensación violenta impuesta al espectador») lo puso en práctica ya desde su primer film, *La Huelga* (1924), todavía muy influido por *Intolerancia* —no en balde había sido Eisenstein el encargado de remontar el film de Griffith para conferirle una significación revolucionaria a la hora de ser exhibido en la URSS—. Así, insertó dentro de unas escenas que mostraban cómo se reprimía a unos obreros, una serie de planos de animales degollados en un matadero, o comparó a los villanos de su fábula con animales, alternando sus rostros con los de cerdos y rapaces. Es decir, dio el paso que falta-



Abel Gance sólo rodó una parte del proyecto inicial de Napoleón.



La infancia de Gorki.

ba al dictaminar que el montaje no sólo valía para unir planos, sino para establecer comparaciones entre ellos (el montaje como metáfora).

Este principio llegó a su culminación con *El acorazado Potemkin* (1925) y *Octubre* (1928), donde algunas de las metáforas llegaron a ser tan audaces que se le acusó de esquematismo y abstracción desmedidos. Al margen de esto, hay que reconocer que sus efectos de montaje resultan, vistos hoy, tanto más efectivos cuanto más se someten a los imperativos de una situación dramática de particular intensidad, como demuestra la celebérrima secuencia de la matanza en las escalinatas de Odesa del *Potemkin.* Hay que admitir, además, que Eisenstein tuvo razón en dos puntos capitales: es cierto que la discontinuidad de lo que se ve en la pantalla se resuelve en la continuidad inherente (la lógica de las ideas) que adquiere en la mente del espectador; también lo es que el cine narrativo puede admitir constantes rupturas de tono y estilo, como el cine moderno en general y Godard en particular han venido a demostrar.

Si el tiempo ha reivindicado a Eisenstein, y hoy es posible encontrar «aplicaciones» de sus ideas en la más vulgar producción comercial, en su época no se le perdonó. Muy pocas voces se alzaron en su defensa cuando se le «juzgó» en el Congreso de Trabajadores de la Cinematografía Soviética, celebrado en Moscú en 1935, y se le acusó de haber hecho incomprensibles en su film *Octubre* hechos históricos conocidos por todos y, en general, de preocuparse por problemas muy alejados del desarrollo socialista. No se entendía entonces —en pleno auge del llamado realismo socialista— la necesidad de remover las mismas raíces del lenguaje cinematográfico para crear una *teoría* del mismo y ponerla a prueba en las mismas películas que se iban produciendo. De modo que Eisenstein hubo de cambiar el sentido de sus investigaciones en la saga casi hagiográfica que fue *Alexander Nevski* (1938) y después, tras unas experiencias fallidas en Hollywood y México, en la magna trilogía sobre *Iván el Terrible* (1943-1945) de la que sólo llegaría a dirigir dos partes.

A. W.

Bibliografía básica

SADOUL, G.: *Diccionario del cine,* Itsmo. Madrid, 1977.
KERR, W.: *The Silent Clowns.* Nueva York, 1975.
BROWNLOW, K.: *The Parade's Gone By.* Nueva York, 1968.
KULECHOV: *Cine soviético de vanguardia,* Corazón. Madrid, 1971.
EIBEL, A.: *El cine de Fritz Lang.* París, 1964.
Dossier D. W. Griffith, Filmoteca Nacional de España. Barcelona, 1979.



El ya famoso primer plano de la película de Eisenstein, El acorazado Potemkin.

En la página opuesta, arriba, cartel de la película Napoleón, *la larguísima obra maestra del francés Abel Gance (1889-1981). Aunque sólo rodó una pequeña parte de lo que fue su proyecto inicial, la película, una vez montada, duraba más de cuatro horas y media. En ella intervinieron 6.000 extras y 2.000 caballos, superponiéndose en algunas escenas hasta dieciséis imágenes a la vez, rodadas con otras tantas cámaras. Abajo, una escena del film* La infancia de Gorki. *A la izquierda, un primer plano del marinero bolchevique que dirige la rebelión de la tripulación de* El acorazado Potemkin —pronúnciese pachunquin—, *una de las películas más conocidas del director soviético Serguéi Mijailovich Eisenstein. Ningún aficionado al cine debe dejar de verla, junto a* Octubre, La huelga, La línea general, Alexander Nevski, Iván el Terrible *y la primera parte de ésta,* La conjura de los boyardos.



Grigory Yefimovich Rasputín.

Desde 1907 hasta su muerte, en 1916, el monje Grigory Yefimovich Rasputín *fue el personaje que dirigió de forma más o menos directa los destinos del Imperio ruso. Su influencia sobre la familia real, especialmente sobre la zarina Alejandra Fiodorovna, llegó a ser total. Su falta de visión política y las miserables condiciones en que vivía la inmensa mayoría del pueblo ruso fueron los detonantes que desencadenaron la revolución soviética de 1917. Cuando se intentó la reforma política para aislar a las fuerzas revolucionarias, ya era demasiado tarde.*

RASPUTIN, UN PODER EN LA CORTE DEL ZAR

GRIGORY Yefimovich Novykh, alias Rasputín, *fue un monje ortodoxo ruso de origen campesino siberiano, que llegó a dominar completamente la voluntad del último zar y la de la familia imperial rusa. Para ello se valió, aparte de su sagacidad y capacidad de intriga, de unos supuestos poderes parapsicológicos que reforzaban aún más su impresionante aspecto físico de místico iluminado. Curandero, vidente, profeta, hereje y político absolutista sin escrúpulos, este monje eslavo pasó a la historia como un personaje libertino y vicioso, que es lo que significa en ruso su apodo o nombre de guerra:* Rasputín.

Profeta o demonio

«La hija de Rasputín murió ayer en Los Angeles» titularon los teletipos norteamericanos el 29 de septiembre de 1977. «La semilla de Rasputín borrada de la faz de la tierra», afirmaba una publicación sensacionalista. El hecho era que María Bern, antes María Rasputinova, única hija superviviente del «monje loco», fue encontrada muerta por una vecina en su casa del barrio de Silverlake (Los Angeles). La fallecida tenía 77 años, y las paredes de su destartalado apartamento estaban llenas de viejas fotografías de la aristocracia rusa y del propio Rasputín rodeado de la familia del zar. Ante un retrato del mismo seguía ardiendo una lamparilla, como si se tratara de un viejo icono.

Grigory Yefimovich Novykh, *Rasputín,* nació en 1872 en el pequeño pueblo de Pokrovskoye, cerca de Tyumen, en la Rusia siberiana. Educado en el seno de una familia campesina muy religiosa, destacó en su juventud por su apariencia física: alto y corpulento, muy moreno, con largo cabello y barba negros, profundidad y brillo en la mirada, que según algunos le hacían parecer «un profeta del Antiguo Testamento». Este era un cumplido que gustaba a Rasputín y que siguió agradeciendo a sus múltiples aduladores y aduladoras hasta el fin de sus días. Según otros, la propia apariencia física de Yefimovich le delataba como lo que realmente era: un demonio, Satán encarnado.

Los flagelantes

Rasputín vivió desde temprana edad profundas experiencias religiosas dentro de la Iglesia ortodoxa rusa y en su adolescencia entró a formar parte de una secta muy estricta, a la par que de moral contradictoria, conocida por el nombre de *Klysty* (Flagelantes). Teóricamente consideraban que «pecar es un requisito previo para la salvación», tras el arrepentimiento y la mortificación por medio del látigo. La carne es débil, y el hombre (comedor, borracho, fornicador) no tiene más remedio que pecar para luego poder suplicar a Dios perdón por sus vicios. «El mayor pecado es el orgullo», afirmaban los flagelantes, «el orgullo de sentirse perfecto, igual a Dios y sus ángeles...» «El hombre es escoria y está condenado a revolcarse en el fango, para luego pedir perdón a Dios con fe ciega...» «Lo contrario es soberbia, igual a la de Satanás...»

Casado en 1892 (a los 20 años) con una campesina, Rasputín se convirtió en granjero y en líder local de los flagelantes. Debido a sus orgías y escándalos, en los que predominaban el sexo desenfrenado (su reputación de amante infatigable alcanzaría luego altísimas cotas de po-



El zar y la zarina durante una recepción al aire libre.

Uno de los fenómenos que más han sorprendido a los historiadores que han investigado los avatares de la última familia imperial rusa es el ambiente de aislamiento del mundo real que se respiraba en su seno. Aparte de las inclinaciones místicas de la zarina y de la petulancia del zar Nicolás II, los elegidos para regir los destinos de un imperio tan extenso como el ruso vivían completamente ajenos a los gravísimos problemas de su pueblo, lo que facilitaba la labor de intrigantes y oportunistas como Rasputín.

pularidad) y la efusión de «sangre redentora» tras la flagelación, chocó con la Iglesia ortodoxa oficial y fue acusado de herejía, a la vez que los campesinos, instigados por los popes locales, le pusieron el mote que ya no le abandonaría nunca: Rasputín.

El joven místico lo que hizo fue poner tierra por medio, abandonó a su familia y marchó en «santa peregrinación» al mítico monte Athos, para encontrarse con Dios en la antigua Grecia. Este monte de más de 2.000 metros, que se alza sobre el mar en el extremo de la península helénica de Hagion Oros, separado del resto del istmo por un canal construido por el emperador persa Jerjes en el siglo V a. C., siempre fue una tierra santa para los monjes ortodoxos. En él se levantan más de 30 monasterios (algunos con más de mil monjes), que son verdaderas fortalezas colgadas de los acantilados y que albergan grandes bibliotecas y riquísimos tesoros. Aún hoy la zona tiene dentro de Grecia un peculiar estatuto de autonomía jurídico-religiosa y en él no pueden penetrar ni mujeres ni animales hembra de ninguna especie. Allí peregrinó Rasputín, oró, hizo penitencia y se adiestró en el dominio y control de sus facultades parapsicológicas, ya que cuando volvió a su pueblo a los dos años «curaba las enfermedades con su simple mirada o la imposición de manos», como los viejos *starets* o santones de la tradición campesina rusa. Era tal la competencia que le hacía al párroco local entre los feligreses que éste lo volvió a acusar de herejía, y Rasputín huyó, quizás para evitar la hoguera o el linchamiento.

A la conquista de San Petersburgo

En esta hermosa ciudad del Báltico (hoy Leningrado) estaba la corte de los zares, donde terratenientes, altos funcionarios y aristócratas hablaban francés y vivían en el lujo más desenfrenado, frente a las miserias de las masas campesinas. Rasputín visitó San Petersburgo en 1903 y pudo darse cuenta de que buena parte del ocio de la alta sociedad —especialmente entre las señoras— se cubría con sesiones de ocultismo y espiritismo, entonces muy de moda. Cuando se asentó definitivamente en la ciudad, en 1905, sus poderes «santos» le habían granjeado ya el apoyo de algunas familias de la nobleza y de parte del alto clero, personas influyentes que frenaron su persecución, le ayudaron a establecerse y le introdujeron ante la familia imperial.

Rasputín llegó ante los zares como una salvación, justo en el momento oportuno, cuando la crisis social crecía tras la represión y el Domingo rojo de San Petersburgo (que llevó al exilio al



Moscú. Postal de la época.

Rasputín, un poder en la corte del zar

A la izquierda, postal antigua con el dibujo de una calle céntrica del Moscú de la época. Entonces la capital de Rusia no era Moscú, sino San Petersburgo o Petrogrado, donde los zares tenían instalada su lujosísima corte. Era ésta una bella ciudad a orillas del Báltico que pasaría a llamarse Leningrado tras el triunfo revolucionario. Abajo, el zarevitch Alexis (Alejo), último descendiente de la dinastía Romanov, jugando con una pareja de perros.

cura Gapón, otro personaje político-religioso populista, parecido en estado y carácter a nuestro «santo monje»). La familia imperial se sentía amenazada no sólo en la esfera internacional y nacional, sino también por la enfermedad. El zarevitch Alexis (Alejo) Nicolayevich, heredero del trono y continuador de la dinastía Romanov, era un niño enfermizo y triste que padecía de hemofilia, por lo que su madre, la zarina Alejandra Fiodorovna (antes de su matrimonio con Nicolás II, Alix de Hesse, princesa alemana), que era la que «llevaba los pantalones» en palacio, y sus hermanas, las grandes duquesas Anastasia, Olga, Tatiana y María, temían por su vida ante cualquier rasguño. La sola presencia de Rasputín alegraba al zarevitch, sus masajes e imposiciones de manos lo aliviaban y, delante de sus padres temblorosos, el monje logró en una ocasión que se detuviera una gran hemorragia del heredero por medio de hipnosis. La zarina consideró desde entonces a Rasputín «como a un santo, enviado por Dios para salvar la vida del zarevitch y, con ella, también a la dinastía de los Romanov».

Religión, lujuria y política

Instalado en las cercanías del poder autocrático, Rasputín comenzó a hacer y deshacer a su antojo, nombrando a sus amigos (o a los mari-


El zarevitch, heredero del Imperio ruso.



La zarina sufría una constante preocupación por la salud de su hijo preferido, el heredero del trono.

La zarina Alejandra Fiodorovna, cuya personalidad dominaba al zar pero sucumbió ante los enigmáticos poderes de Rasputín, tenía una gran debilidad por su hijo Alejo, el continuador de la dinastía Romanov según la ley sucesoria rusa, que daba preferencia a los hombres sobre las mujeres. Alejo era heredero del imperio, a pesar de que sus hermanas, las grandes duquesas Anastasia, María, Olga y Tatiana eran mayores que él y disfrutaban de mejor salud. El zarevitch estaba siempre enfermo.

dos de sus amigas) para los puestos claves del Estado y destituyendo a los que se resistían a su poder. A nivel personal llevaba una doble vida que fue el escándalo y la comidilla de toda la corte, incluyendo los informes confidenciales de la policía, a los que la familia imperial no prestó la menor atención. Ante los zares, Rasputín aparecía como un hombre santo, justo y todopoderoso, mientras que el monje pecaba sin tasa (quizá para arrepentirse) en la gula (glotón y bebedor empedernido) y en la lujuria, manteniendo públicamente a varias amantes, que nunca duraban mucho, y haciendo desfilar por su lecho o su propio despacho a la flor y nata de la nobleza femenina y a toda aquella que solicitara un puesto para sus parientes. La que se resistía o los que intentaban denunciar al zar sus excesos solían terminar en la tumba o en el destierro helado de Siberia.

Las actividades sexuales de Rasputín llegaron a adquirir dimensiones de leyenda, y el escándalo salpicó a la propia familia imperial, que, cada vez más encerrada en sí misma (Nicolás II era un tímido incompetente con fachada autoritaria), se sustraía a la opinión pública y a las protestas del país. Tras un primer escándalo en 1911, en el que se vieron envueltos el monje y varias damas de la alta nobleza, en 1912 los periódicos de la oposición airearon unas supuestas cartas de la zarina a Rasputín en las cuales se dejaban entrever unas curiosas relaciones místico-sexuales-flagelantes entre ambos. El tema llegó a ser debatido en la III Duma (Parlamento), y el zar se vio obligado a alejar a Rasputín de palacio, después de pedirle excusas personales y decirle al monje que era una medida que tomaba «para contentar a la canalla», pero que seguía confiando en él.

Decadencia y muerte

La autocracia zarista se derrumbaba. A la derrota frente a Japón en 1905, siguió la pérdida de Bosnia-Herzegovina ante Austria, en 1908, y la independencia de Bulgaria en la misma fecha. Cuando comenzó la Primera Guerra Mundial en 1914, Rusia perdió frente a Alemania Polonia, Lituania y Letonia. El Imperio zarista era un coloso con los pies de barro, roído internamente por la corrupción y por movimientos subversivos que querían cambiar las cosas mediante la violencia. Ante los desastres bélicos, el zar decidió trasladarse personalmente al frente y dejó en manos de la zarina la gobernación política del Imperio. Al día siguiente, Rasputín estaba en palacio consolando a «su Alejandra» y tomando en sus manos las riendas del arruinado país. El zar prestó oídos sordos a las denuncias de algunos de sus allegados, que pagaron con la vida o el destierro su fidelidad al emperador.

La situación llegó a ser tal que un grupo de políticos ultraconservadores, entre los que se encontraban algunos miembros de la familia del zar, consideraron necesario acabar con la vida de Rasputín para salvar la Corona y el Imperio. El príncipe Félix Yusupov, auxiliado por el diputado derechista Vladimir Mitrofanovich Purishkevich, el médico conservador Lazovert y el gran duque Dimitri Pavlovich, sobrino de Nicolás II, citó a Rasputín en su casa de San Petersburgo, a medianoche del 29 de diciembre de 1916, para una especie de «té místico en compañía de varias señoras», y envenenó la bebida y los pasteles. Rasputín se sintió mal pero no moría, mirando amenazadoramente a los cuatro conjurados. Yusupov, muerto de miedo, le disparó en el pecho, pero Rasputín, sangrando abundantemente, logró salir al patio de la casa por su propio pie. Allí recibió nuevos disparos, esta vez por la espalda, hechos por Purishkevich, pero tampoco cayó. Reducido por los cuatro conspiradores, que se empaparon con su sangre, fue conducido al helado río Neva, donde, tras abrir un boquete en el hielo, fue arrojado todavía vivo a las gélidas aguas, donde se ahogó. No pasaría ni un año antes de que el derrumbe definitivo de la autocracia zarista diera paso a la República de los Soviets. La familia imperial, protectora de Rasputín, fue fusilada la noche del 16 al 17 de julio de 1918 en Yekaterinenburg (la actual Sverdlovsk), sus cadáveres quemados y enterradas después sus cenizas en una mina abandonada. Los Romanov, que habían regido los destinos de la Gran Rusia desde 1613 a 1917, no eran más que polvo en la noche de la historia.

J. R. A.



María Rasputinova, hija de Rasputín.

A la izquierda, María Rasputinova, única hija reconocida legalmente por Rasputín, fotografiada en su juventud durante la época de su exilio en París, cuando reclamaba 25 millones de rublos como indemnización a los asesinos de su padre. Nacida con el siglo, moriría en 1977 en Estados Unidos. Bajo estas líneas, pared de la planta baja de la casa Egatief de Yekaterinenburg (hoy Sverdlovsk) contra la que fue fusilada toda la familia imperial en 1918. Los bolcheviques justificaron su asesinato diciendo que estaban en plena guerra civil y que las tropas blancas se disponían a tomar la localidad para rescatarlos y utilizarlos como bandera.



Habitación del palacio de Yekaterinenburg, donde fue asesinada la familia real.

Política internacional

Alemania inicia el ataque submarino contra buques comerciales armados.
Italia declara la guerra a Alemania.
Rumania declara la guerra a Austria-Hungría.
Gran Bretaña y Francia se reparten Turquía por el convenio Sykes-Picot.
Fin del gabinete Asquith en Gran Bretaña. David Lloyd George, hasta entonces ministro de la Guerra, será nombrado primer ministro.
El mariscal Joseph Joffre, jefe del alto mando francés, es sustituido en su cargo por Robert Georges Nivelle, debido a los últimos fracasos franceses en la guerra.
Levantamiento de Pascua en Dublín.
Alemania declara la guerra a Portugal.
Disturbios en Rusia como consecuencia de los fracasos militares.
Asesinato de Grigory Rasputín por miembros de la aristocracia rusa.
Batalla de Verdún en la que se produce gran derramamiento de sangre por ambos bandos.
Las potencias centrales proclaman un reino autónomo en Polonia.
Batalla naval de Jutlandia.
Batalla del Somme.
Rendición de Montenegro a tropas austro-húngaras.
Las potencias centrales toman Bucarest. El gobierno rumano se traslada a Jassy, en Moldavia.
Parte de las tropas alemanas de protección en el Camerún se pasa a territorio colonial español.
Tropas estadounidenses entran en México persiguiendo a Pancho Villa por el ataque de éste contra su territorio, Columbus (Nuevo México).
Hipólito Yrigoyen, presidente de Argentina.
Woodrow Wilson es reelegido presidente de Estados Unidos.
Las tropas británicas, al mando del general Archibald Murray, ocupan la península del Sinaí.
A finales de año, los rusos han ocupado toda la Armenia turca.
Ofensiva rusa de Brusilov contra Austria a través de los Cárpatos.
Los aliados ocupan Atenas.
Muere en Schoenbrunn el emperador Francisco José I de Austria; le sucede su sobrino-nieto Carlos I.

Sociedad

Ley del servicio auxiliar obligatorio en Alemania.
Se inicia el reclutamiento en Gran Bretaña.
Se funda la liga radical comunista Spartacus *en Berlín.*
Huelga general en España contra el encarecimiento de la vida.
Vilfredo Pareto publica su Tratado de sociología general.

Economía

A causa del bloqueo, de los alistamientos militares y del crudo invierno, hay escasez de producción de alimentos y artículos de primera necesidad en los países centrales, lo que fomenta su acaparamiento y especulación.

Ciencia y tecnología

Los ingleses utilizan por primera vez carros de combate blindados.
Desarrollo de la cirujía plástica aplicada a los heridos de guerra.
Lenard von Post desarrolla el análisis del polen para determinar la evolución de las plantas prehistóricas.

Sucesos

París es bombardeada por los zepelines alemanes.

Literatura

Verner von Heidenstam: premio Nobel.
Henri Barbusse: El fuego.
Mariano Azuela: Los de abajo.
Ramón López Velarde: La sangre devota.
James Joyce: Retrato del artista adolescente.
Mueren Rubén Darío y José Echegaray.

Cine

Charles Chaplin: El bombero *y* Charlot, prestamista.
David Wark Griffith: Intolerancia.
Louis Feuillade: Judex.



Cartel para la película Judex, de Louis Feuillade.

Man Ray: La bailarina de cuerda acompañándose con sus sombras.

Teatro

Eugene O'Neil: Bound East.

Música

Manuel de Falla: Noches en los jardines de España.
Bela Bartok: El príncipe de madera.
Muere Enrique Granados.

Pintura y escultura

Hans Arp: Retrato de Tzara.
Henri Matisse: Las tres hermanas.
Claude Monet: Nenúfares.
Gustav Klimt: Retrato de Frederika María Beer.
Theo van Doesburg: Composición geométrica.
Joaquín Sorolla: Niños en la playa.
Mariano Benlliure: Busto de don Santiago Ramón y Cajal.
Tristán Tzara funda el movimiento Dadá en Zurich.
Man Ray: La bailarina de cuerda acompañandose con sus sombras.

Arquitectura

Eugène Freyssinet: Hangares en Orly.



Eugene O'Neil.

1916



1917

LA SEGUNDA REVOLUCION RUSA

LA Gran Guerra, la de los años 1914 a 1918, supuso un rudo golpe para la unidad de la clase obrera, que, acantonándose en las fronteras de sus Estados, se aglutinó mediante la invocación de sus respectivos sindicatos bajo las proclamas nacionalistas de los líderes políticos y de los hombres de Estado, interesados en un nuevo reparto del mapa europeo y, tam-



La familia imperial vivía en un mundo ficticio al margen de las miserias que sufría su pueblo.

bién, de los imperios coloniales. La socialdemocracia alemana votó favorablemente en el Bundestag los créditos de guerra solicitados por los partidos burgueses y por el gobierno del Kaiser Guillermo II. El zar Nicolás II de Rusia llamó a la cruzada en nombre de la unidad sagrada de la gran patria rusa. El socialismo francés, una vez asesinado por manos interesadas el líder pacifista Jean Jaurès, como denunciara en páginas inolvidables el novelista Roger Martin du Gard, resucitó todos los males de un impenitente chovinismo. En las trincheras morirían los obreros; y con ellos, durante largo tiempo, los ideales de paz y de unidad por encima de las barreras nacionales, que habían sido uno de los grandes argumentos de entendimiento de la clase obrera.

El zar, la zarina y las grandes duquesas fotografiados con los mandos de uno de los regimientos cosacos que constituían su guardia personal. Sólo los cosacos permanecieron fieles al zar, y se convirtieron en «azote de rojos» durante los sangrientos años de la guerra civil (1918-1920).



Los miembros del gobierno se mezclaron con el pueblo.

Tras la abdicación de Nicolás II y su hermano, el gran duque Miguel, el 2 de marzo de 1917, se notó un gran cambio en todo el antiguo ceremonial de la corte. Los gobiernos de Lvov, Miliukov y Kerenski, a pesar de que no pudieron controlar la situación, estaban mucho más cerca del pueblo que la antigua autocracia. Sobre estas líneas, varios ministros se mezclan con el pueblo durante una inauguración. A la derecha, obsérvese el cambio de los símbolos que presidían el salón de sesiones de la Duma o Parlamento. El retrato del zar y las águilas imperiales han desaparecido. Pronto vendrían las consignas revolucionarias y los emblemas del nuevo régimen soviético.



Antes de la revolución.



El régimen ha cambiado, la decoración también.

Las vísperas

En Rusia, donde el partido bolchevique crecía en organización y en número, el comienzo de la Gran Guerra supondrá, por un tiempo, la interrupción del proceso revolucionario, fracasado circunstancialmente en 1905, pero irremisiblemente puesto en marcha. En la Duma, sólo se opondrán a la guerra los diputados socialdemócratas, los bolcheviques y los mencheviques; de todas formas, un balance mucho más positivo que el alcanzado en otros parlamentos europeos. En Rusia era muy vivo el sentimiento contra la guerra, aún no superados los efectos de la contienda ruso-japonesa; pero este sentimiento se acrecentó en los mismos inicios de la campaña militar contra los imperios centrales, ya que a finales de agosto de 1914 eran más de trescientos mil los muertos rusos en combate. Solamente era el comienzo de la gran hecatombe: a finales de 1916, las filas del ejército zarista habían tenido que ser renovadas en tres ocasiones, y las bajas —entre muertos, prisioneros y heridos— se aproximaban a los ocho millones de hombres.

Lo que ocurría en los frentes de batalla también tenía, lógicamente, su repercusión en el interior. Tras la votación de la Duma, en la que los partidos obreros y de izquierda se habían manifestado contrarios a la aprobación de los créditos especiales de guerra, se desató una nueva represión policíaca contra los cuadros y dirigentes de estas organizaciones y se prohibió, argumentando razones de censura de guerra, toda la prensa de oposición. Kamenev, Stalin, Sverdlov y otros dirigentes bolcheviques estaban deportados en Siberia; la dirección política de este partido dejó de existir en el interior de Rusia prácticamente hasta que en 1916 Shliapnikov, junto con Molotov, pudo poner en pie una frágil infraestructura de propaganda y agitación en Petrogrado. Lenin, mientras tanto, permanecía en su exilio de Suiza, en Berna, y junto con Zinoviev se consagraba a una acción a favor de la paz en todos los medios socialdemócratas europeos, sin abandonar sus tareas de escritor e investigador del marxismo. La postura de Lenin produjo, de inmediato, divisiones y enfrentamientos en el seno de los partidos que aún constituían la vacilante Segunda Internacional, como se verificaría claramente en la Conferencia de Zimmerwald, en septiembre de 1915, donde se encontraron importantes líderes socialistas y que, con respecto a la situación en Rusia, ahondó las diferencias, ya grandes, que enfrentaban a bolcheviques y mencheviques. Lenin permanecería en el exilio hasta el 3 de abril de 1917, fecha en que llegaría a Petrogrado, tras atravesar Europa en un tren alemán precintado,

en compañía de Zinoviev, Radek, Sojolonikov y otros.

La Revolución de Febrero

A comienzos de 1917, la capacidad de resistencia y de heroísmo del pueblo ruso había llegado al límite. La corte zarista vivía de espaldas a la realidad en una atmósfera de oscurantismo y fanatismo digna de otros tiempos, en tanto que cada día eran mayores el descontento frente a la guerra y la tensión social; la propaganda a favor de la paz, en las filas del ejército ruso, ganaba adeptos cada jornada. El año se había iniciado con un importante movimiento huelguístico en Petrogrado, que había culminado con el cierre patronal de las fábricas Putilov. El 23 de febrero, según el calendario ruso que seguimos en esta narración, más de noventa mil huelguistas y manifestantes desfilaban por las calles de Petrogrado con una doble exigencia: pan y el fin inmediato de la guerra. Un día más tarde ya eran doscientas mil las personas, hombres y mujeres, que coreaban gritos contra el gobierno de Nicolás II; y lo que era más importante: codo a codo con los paisanos, también se manifestaban los soldados. El día 25, la huelga se había generalizado: trabajadores, estudiantes y soldados formaban una compacta masa humana. La respuesta de la represión, como tantas otras veces a lo largo de la historia de Rusia, fue brutal; pero las ametralladoras no conseguían abrirse camino en el bloque compacto formado por los manifestantes. El domingo 26 de febrero, el gobierno zarista estaba entre la espada y la pared ante lo que, por el momento, no era más que un difuso movimiento generalizado de protesta insuficientemente politizado. Un considerable paso adelante se dio cuando, aquella misma jornada, llegaron noticias de que grupos de soldados se habían apoderado de las armas en sus cuarteles para utilizarlas contra los policías que disparaban sobre los obreros que se manifestaban. La desobediencia de los soldados a las órdenes de sus oficiales se generalizó rápidamente. Y todos, siguiendo el ejemplo espontáneamente revolucionario del año 1905, comenzaron a organizarse en *soviets*, dispuestos al asalto de un poder que nadie parecía interesado en defender. El 27 de febrero se constituyó el Comité Ejecutivo Provisional del Soviet Supremo de Petrogrado, que reunía a doscientos cincuenta delegados. A su llamamiento insurreccional, las fuerzas zaristas se rindieron, al igual que la estratégicamente decisiva fortaleza Pedro y Pablo. El poder autocrático del zarismo se venía abajo con el solo impulso del soplo revolucionario. Por su parte, Moscú se unió al ejemplo revolucionario de Petrogrado.

Por lo demás, en el entorno de Nicolás II nadie cree ya en sus prerrogativas reales, ni mucho menos en sus capacidades políticas, que desde

En su libro Mensaje de Rusia, *publicado en Estados Unidos en 1908, el norteamericano William English Walling (1877-1936) escribe: «La mayoría de los obreros rusos sabe leer y escribir. El país se encuentra desde hace ya mucho en tal estado de efervescencia que ellos pudieron utilizar la dirección no sólo de los hombres avanzados de su propio medio, sino también de numerosos elementos revolucionarios de las capas instruidas de la sociedad que se volvieron de cara a la clase obrera con sus ideales de renacer político y social de Rusia...» En la foto, un coche lleno de milicianos bolcheviques armados, con un comisario político, se dirige a dar instrucciones a una parte de la ciudad de Petrogrado, aún no dominada por los rojos.*



Milicianos armados circulan por las calles de Petrogrado aún no dominadas por los rojos.

hacía tiempo venía ejerciendo la zarina. Los partidos burgueses se aprestan a recoger en sus manos la herencia sembrada por las fuerzas revolucionarias. A las tres de la tarde del día 2 de marzo, el zar Nicolás II abdica en la persona de su hermano, el gran duque Miguel. En el gobierno provisional que se constituyó seguidamente, un joven político burgués del partido llamado *trudoviki* (laborista), Alejandro Kerenski, desempeña la cartera de Justicia. Pero la realidad era, como escriben todos los historiadores de la época, que, desde la abdicación de Nicolás II, en Rusia existían dos poderes paralelos: el gobierno provisional y el soviet de Petrogrado, de imposible armonización. La separación se iría ahondando a medida que crecían los impulsos revolucionarios del soviet, mientras el gobierno provisional, por su parte, adoptaba una postura más reaccionaria en el interior y no hacía nada por detener la guerra, sino que seguía las indicaciones de los estados mayores y de los gobiernos occidentales en lucha contra los imperios centrales. Abismo que aumentaría todavía más cuando Kerenski pasase a ocupar el Ministerio de la Guerra y, más tarde, el 8 de julio de 1917, se hiciese cargo de la presidencia del gobierno provisional.

Tras la primera conferencia de soviets de diputados, obreros, soldados y campesinos de toda Rusia, celebrada en Petrogrado del 29 de marzo al 3 de abril, Vladimir Ilich Ulianov, Lenin (con paraguas en la primera fotografía), junto a otros líderes bolcheviques, llega del exilio y lanza las llamadas Tesis de Abril *(paz, fábricas para los obreros, tierra para los campesinos, todo el poder a los soviets). Derrotados, deben esconderse, pero el 20 de octubre regresan y organizan la insurrección. Kerenski aparece en la segunda fotografía dirigiéndose por última vez a los parlamentarios de la Duma el 6 de noviembre. Ya era tarde, nada podía parar a la revolución, ni siquiera su golpe armado del 12 de noviembre que fracasa. Kerenski desaparece.*

La Estación Finlandia

El 3 de abril de 1917, Vladimir Ilich, Lenin, llega a la Estación Finlandia de Petrogrado. Ha cruzado toda Europa en un ferrocarril. Ante un auditorio, entre oficial y popular, que le aguardaba en el andén y en respuesta a unas tibias y protocolarias palabras de acogida, Lenin expone muy claramente lo que significa políticamente su regreso a Rusia: «La quiebra del imperialismo ruso puede producirse cualquier día, incluso hoy o mañana. La revolución rusa, hecha por vosotros, es el comienzo de esa quiebra y el inicio de una nueva época. ¡Viva la revolución socialista mundial!» Al día siguiente, el 4 de abril, Lenin habla ante el soviet de Petrogrado y expone las que, con el tiempo, serían famosas *Tesis de Abril,* que tienen amplia difusión al ser reproducidas íntegramente por el diario *Pravda* días más tarde. Las afirmaciones y proclamas de Lenin le aislarán momentáneamente de su partido bolchevique, a cuya reconquista tendrá que dedicarse desde su mismo interior. Pero, ¿qué era lo que había ocurrido? Los años del exilio, para unos, y el destierro en Siberia, para otros, habían supuesto para los más indecisos el abandono de los planteamientos y de las posturas revolucionarias. En torno a Lenin se aglutinará un reducido grupo de seguidores, no todos bolcheviques, como el caso de León Trotski, que entenderían a la perfección el mensaje directo contenido en la segunda de las Tesis de Abril:

«La peculiaridad del momento actual en Rusia consiste en el paso de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía, por carecer el proletariado del grado nece-



Lenin en Estocolmo de camino hacia Petrogrado.



Kerenski se dirige por última vez a los parlamentarios de la Duma.

sario de conciencia y organización, a su segunda etapa, que deberá poner el poder en manos del proletariado y de las capas pobres del campesinado en los próximos años».

A finales del mismo mes de abril de 1917, tenía lugar la conferencia del partido bolchevique, la Conferencia de Abril, en la que se adoptaría la consigna «Todo el poder a los soviets»; la conferencia respaldaría los análisis y las propuestas de Lenin, más que nada por su poder personal de convicción, pero no con muestras de gran entusiasmo. Aún quedaban viejos resabios formalistas que impedían a determinados bolcheviques comprender la inminencia del salto revolucionario, no sólo preconizado subjetivamente por Lenin, sino, según sus tesis, necesitado de impulso, de objetivación de lo que por el momento solamente era fruto de una consideración personalista.

El verano de 1917

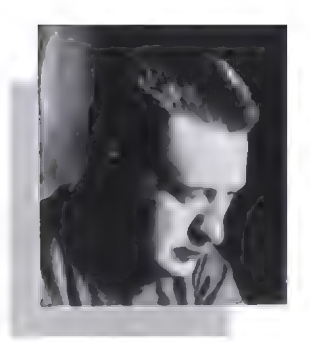
Durante el mes de junio, los dirigentes revolucionarios y las masas echan un nuevo pulso al gobierno provisional de Kerenski; es sólo un nuevo tanteo de fuerzas, antes del asalto final. El 9 de junio, el partido bolchevique convoca una manifestación en Petrogrado. Desde los primeros momentos, se aprecian signos de desorganización e, incluso, de falta de acuerdo en la dirección del movimiento. El día 18 se repitieron las demostraciones; todo son dificultades y la tensión sigue en aumento. A principios del mes siguiente, el 3 de julio, coincidiendo con la ofensiva militar desencadenada por Kerenski en Galitzia a instancias de sus aliados en la Gran Guerra, las consignas que se difunden son ya plenamente insurreccionales. El gobierno provisional responde duramente, y Lenin, debido a la persecución policial de que es objeto, se ve obligado a abandonar temporalmente Rusia, refugiándose en el observatorio de Finlandia. Volvería poco después, pero ya no saldría de la clandestinidad hasta la toma del poder. Kamenev había sido detenido y, días más tarde, le ocurre otro tanto a Trotski.

Mientras tanto, pese a la represión desatada contra los grupos revolucionarios en la retaguardia, la situación se deterioraba en los frentes de batalla. La campaña militar de Galitzia se había saldado con un elevado número de bajas, agigantando el sentimiento popular contra la guerra. En el plano político, las tesis de Lenin acerca de la imposibilidad del mantenimiento del poder dual, el soviet y el gobierno provisional, confirmaban su plena validez. Las fuerzas y partidos de la burguesía se oponían tajantemente al menor proyecto de profundización de la Revolución de Febrero. En agosto de 1917, Kerenski intenta un agrupamiento de fuerzas mediante la convocatoria de una conferencia de todos los partidos políticos, en Moscú, para pedir su consejo acerca de la situación del país; el intento se





Diputados campesinos de la Duma escuchan a un delegado venido del frente.



ALEXANDRE FIODOROVICH KERENSKI (Simbirsk, URSS, 1881-Nueva York, 1970)

Estudió Leyes en la Universidad de San Petersburgo, actualmente Leningrado, y durante sus años universitarios se sintió atraído por el movimiento revolucionario populista *(narodniki)*. Se graduó en 1904 y, al año siguiente, se afilió al partido socialrevolucionario, más conocido como «eserista», fundado en 1902, al mismo tiempo que comenzaba una brillante carrera de abogado, a lo largo de la cual defendió con frecuencia a revolucionarios acusados de delitos políticos. A raíz de la revolución de 1905 la autocracia zarista se vio obligada a admitir la creación de un Parlamento (Duma), que pronto quedó convertido en un mero adorno político. En 1912, Kerenski fue elegido diputado a la IV Duma por el distrito de Vosk, en la provincia de Saratov. Empezó así una carrera política en la que destacó por su elocuencia en las filas de la izquierda moderada. Los eseristas preveían en su programa la abolición de la propiedad privada de la tierra y su reparto en usufructo a las comunidades campesinas. Otra cosa es que lo cumplieran cuando llegaron al poder. De acuerdo con su partido, Kerenski apoyó la participación rusa en la Primera Guerra Mundial, aunque se mostró progresivamente disconforme con la forma de llevar la guerra. Cuando en febrero de 1917 estalló la revolución, se mostró contrario a la monarquía y aceptó un puesto en el soviet de Petrogrado, así co-

mo la cartera de Justicia en el gobierno provisional formado por la Duma, sirviendo de elemento de unión entre los dos poderes, que muy pronto se mostrarían, lógicamente, incompatibles y entrarían en abierto conflicto. De la resolución de este conflicto iba a depender, en no poca medida, el desarrollo de los acontecimientos. El gobierno provisional instauró las libertades fundamentales en un tardío intento de contener, sin éxito, una situación ya abiertamente revolucionaria. En mayo de 1917, en un reajuste ministerial, Kerenski pasó a desempeñar la cartera de Guerra e intentó, en junio, lanzar una ofensiva que resultó un fracaso estrepitoso, falto el ejército no sólo de disciplina, sino de los medios imprescindibles, y con unos soldados mucho más sobrados de hambre de comida y tierras que de moral bélica. Tras el fracaso de la ofensiva de junio y la consiguiente reorganización gubernamental, Kerenski pasa a ser primer ministro de un gobierno que cada vez tiene menos poder real, en una situación en que la burguesía rusa es incapaz de resolver los dos problemas fundamentales: la guerra y el reparto de la tierra. Cada vez más aislado de las fuerzas izquierdistas, Kerenski se inclinó progresivamente a la derecha, hasta el punto de no ver con malos ojos el golpe militar de Kornilov, en quien la burguesía puso sus últimas esperanzas ante el crecimiento de la marea revolucionaria y que fue derrotado por las masas obreras y militares de Petrogrado. Cuando Kerenski pretende tomar la iniciativa destituyendo a Kornilov y convocando en septiembre una conferencia, en la que esperaba formar un gobierno de coalición con los mencheviques, es demasiado tarde; el 10 de octubre, bajo la dirección de los bolcheviques, comienza la insurrección armada. Kerenski huye al frente en infructuosa búsqueda de apoyo militar para su gobierno. Permanece escondido hasta mayo de 1918, en que huye a Europa, mientras la revolución sigue su curso. En Europa permaneció, participando activamente en los círculos del exilio, hasta 1940 en que marchó a Estados Unidos. Allí dio conferencias en varias universidades y publicó varios libros, aunque sus memorias no vieron la luz hasta una fecha tan tardía como 1966.



La universidad de San Petersburgo.

cierra con un fracaso estrepitoso, al no poder alcanzarse el menor acuerdo entre los grupos participantes.

Al mes siguiente, septiembre de 1917, los bolcheviques dan un nuevo paso hacia adelante. Es precisamente en este momento cuando Lenin publica uno de sus estudios que más divulgación conocería: *Las tareas del proletariado en nuestra revolución;* es también el año en que aparece *El imperialismo, fase superior del capitalismo.* La actuación bolchevique, en esta ocasión, busca la extensión del movimiento revolucionario, que, saliendo de las urbes y de las fábricas, vaya al encuentro del campesinado, donde hace estragos el hambre, y la moral está vencida por las noticias de que son portadores los soldados que regresan del frente.

Trotski, ya en libertad, es elegido en septiembre presidente del soviet de Petrogrado, al que hace alinearse con las posiciones de Lenin. Vladimir Ilich reaparece en público, tras su momentáneo exilio finlandés, el 9 de octubre y se pone al frente de la dirección revolucionaria; tarea no exenta de dificultades, puesto que son numerosos los miembros del partido bolchevique que siguen defendiendo a ultranza posturas aliancistas y el reforzamiento de la burguesa Revolución de Febrero, al considerar que no se reúnen las condiciones necesarias para la revolución proletaria y popular. El 10 de octubre tiene lugar una reunión del Comité Central del partido bolchevique donde se decidirá el futuro: por diez votos a favor y dos en contra (Kamenev y Zinoviev) se aprueba la preparación de la insurrección, con el objetivo último de la conquista del poder, y se constituye un órgano supremo para el cumplimiento de este acuerdo; se trata del famoso Buró Político, integrado por Lenin, Trotski, Zinoviev, Kamenev, Stalin, Sojolonikov y Bubnov. El aparato ejecutivo, Comité Militar Revolucionario, creado unos días después, estará bajo las órdenes de Trotski.

La Revolución de Octubre

La decisión histórica, adoptada el 10 de octubre por el Buró Político, encontró eco resonante entre las masas de obreros, de soldados y de campesinos, ajenos a las discrepancias cada vez más agudas que, en el seno de la dirección, seguían planteando Zinoviev y Kamenev frente a Lenin y a Trotski; incluso, en las vísperas mismas de la revolución, fueron tan agudas las contradicciones entre estos dos grupos que Lenin llegó a proponer la expulsión del partido bolchevique de Zinoviev y de Kamenev.

La maquinaria del golpe de Estado ya se encontraba en marcha, y estas divisiones no eran bastantes para detener la propia dinámica revolucionaria que mezclaba oportunamente espontaneidad y planificación. El 22 de octubre, el Comité Militar Revolucionario se dirigió al comandante de la guarnición de Petrogrado, que, con sus efectivos humanos y pertrechos militares, se puso bajo sus órdenes. Era el primer desafío al gobierno provisional, que inútilmente trató de reaccionar. Ya era tarde; el poder real se encontraba en el Instituto Smolny, donde infatigablemente, día y noche, trabajaba la dirección bolchevique, constituida en asamblea permanente. Como escribió magistralmente el primer cronista de la Revolución de Octubre, John Reed, aquellos diez días que estremecieron al mundo fueron jornadas de una intensidad desconocida para la humanidad desde aquellas otras de la Francia revolucionaria de 1789: «El soviet de Petrogrado se hallaba reunido en sesión permanente en el Smolny, centro de la tempestad. Los delegados se caían de sueño en el piso; después se levantaban para tomar parte en los debates. Trotski, Kamenev, Voldarski hablaban seis, ocho, doce horas diarias.»

En la jornada del 23 de octubre, Trotski se dirigió personalmente a la fortaleza Pedro y Pablo, que, tras oír sus arengas, se unió con hombres y armas a la revolución. La fortaleza era un lugar militar estratégico en Petrogrado, ya que desde ella se dominaba el Palacio de Invierno, sede del gobierno provisional de Kerenski, que sólo contaba para su defensa con los oficiales *junkers* y algún destacamento de cosacos. No gran cosa ante la ya emergente y amenazadora Guardia Roja, cada vez más nutrida por soldados y obreros.

En la madrugada decisiva del 24 de octubre, Trotski se dirigía a los miembros del soviet de Petrogrado, exhortándoles a la toma de un poder que ya nadie defendía: «La insurrección es un derecho de todos los revolucionarios. Cuando las masas oprimidas se sublevan, están en su derecho...» Lenin, por su parte, se dirige por escrito a los todavía vacilantes miembros del Comité Central del partido bolchevique: «Redacto estas líneas en la madrugada del día 24 de octubre. La situación es extremadamente crítica. Es tan claro como la luz del día que retrasar ahora la insurrección es la muerte. Quiero convencer con todas mis fuerzas a los camaradas de que todo pende de un hilo... Es preciso, a cualquier precio, arrestar esta noche al gobierno, tras haber desarmado a los oficiales... Esperar para actuar es la muerte.»

Y se actuó. El 25 de octubre se ocupa el Palacio de Invierno y cae el gobierno provisional; algunos de sus miembros son detenidos, mientras otros huyen. La revolución, el golpe de Estado, ha triunfado. La lucha armada prácticamente no existió. A las diez de la mañana de aquel 25 de octubre de 1917 (7 de noviembre del calendario occidental), el Comité Militar Revolucionario anuncia oficialmente: «El gobierno provisional ha sido destituido. El poder del Estado ha pasado a manos del órgano del soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado, el Comité

En la página opuesta, postal con un dibujo en color de la universidad de San Petersburgo, donde estudiaron muchos intelectuales revolucionarios. Bajo estas líneas, el coronel Polkanikov, jefe de la guarnición de Petrogrado, fotografiado al frente del Batallón de mujeres voluntarias, un curioso cuerpo de elite que, junto a cadetes y jóvenes oficiales, defendieron el Palacio de Invierno de los ataques de los marinos rojos del acorazado Aurora *y los milicianos bolcheviques, quienes finalmente consiguieron tomarlo. La revolución triunfaba.*



El coronel Polkanikov al frente del Batallón de mujeres.



León Trotski se dirige a los soldados.

Sobre estas líneas, el dirigente bolchevique León Trotski, artífice de la victoriosa insurrección de 1917, lanza una de sus famosas arengas a la guarnición de Petrogrado. Intelectual judío, creador del Ejército Rojo, dedicó toda su vida a dos afanes: el internacionalismo obrero y la capacidad de organización del proletariado. Abajo, otro dirigente bolchevique, Zinoviev, que sería el primer secretario de la Internacional Comunista.



Zinoviev, presidente de la comuna de Petrogrado.

Militar Revolucionario, que está a la cabeza del proletariado y de la guarnición de Petrogrado... ¡Viva la revolución de los obreros, de los soldados y de los campesinos!»

Smolny tenía un ambiente de agitación que John Reed inmortalizó: «Apretados contra la pared, bajo los candelabros blancos, apretujándose en los pasillos y en los menores rincones, encaramados sobre los antepechos de las ventanas y hasta en el borde de la tribuna, los representantes de los obreros y de los soldados de toda Rusia esperaban, los unos en un silencio lleno de angustia, los otros en un estado de exaltación indescriptible, que el presidente hiciera sonar la campanilla. El salón no tenía otra calefacción que el calor sofocante de los sucios cuerpos humanos. Una densa nube azul del humo de los cigarrillos de esta multitud se elevaba y permanecía suspendida en la espesa atmósfera. A veces subía alguien a la tribuna y rogaba a los camaradas que no fumasen. Entonces todos, incluso los fumadores, gritaban: 'No fuméis, camaradas', para continuar fumando a más y mejor.»

Aquel mismo día se procedía a la elección de un nuevo Buró Político: 14 bolcheviques, 7 socialrevolucionarios, 3 mencheviques y 1 internacionalista (grupo de Máximo Gorki). Socialrevolucionarios y mencheviques no aceptaron esta distribución proporcional, retirándose del Buró Político y abriendo un abismo que se iría ahondando progresivamente en los primeros momentos de la construcción del Estado socialista.

Mientras se procedía a las elecciones, iban llegando raudales de noticias: la detención o huida de los ministros del gobierno provisional; telegramas de solidaridad revolucionaria de las demás ciudades rusas; mensajes de los regimientos que, desde el frente, se unían a la revolución... Trotski presentó en la tribuna de oradores a Lenin, tras la elección del Buró Político, y la Asamblea comenzó a trabajar sobre un apretado orden del día. El primer texto aprobado por la Asamblea del soviet revolucionario decía así:

«El poder soviético propondrá una paz democrática inmediata a todas las naciones y un armisticio inmediato en todos los frentes. Procederá a entregar a los campesinos los bienes de los terratenientes, de la Corona y de la Iglesia. Defenderá los derechos de los soldados y llevará a cabo la total democratización del ejército. Implantará el control obrero sobre la producción. Asegurará la convocatoria de la Asamblea Constituyente en la fecha fijada. Tomará las medidas necesarias para abastecer de pan a las ciudades y a los pueblos de géneros alimenticios de primera necesidad. Asegurará a todas las nacionalidades que viven en Rusia el derecho absoluto a disponer de su propia existencia».

El inicio de la revolución

El 8 de noviembre de 1917, el soviet revolucionario forma su primer gobierno bajo la presidencia de Lenin, que se negaba tozudamente a la aceptación del puesto. Los demás miembros del gabinete, *comisarios* según su nueva denominación, ya que la de ministros recordaba muy vivamente el poder burgués, se distribuía de la forma siguiente: Trotski, Asuntos Exteriores; Antonov-Ossenko, Krylenko y Dybenko, Asuntos Militares; Alejandra Kollontay, Asistencia Social; Stalin, Nacionalidades; Riazanov, Comercio, Industria y Comunicaciones; Lunacharski, Instrucción Pública, etcétera.

Pero este gobierno revolucionario, que se presentaba con carácter provisional, ya había tomado sus primeras medidas, horas antes, por medio del Congreso de los Soviets de Rusia que, en la misma jornada del 7 de noviembre, aprobaba el Decreto sobre la Paz, el primero de todos los decretos revolucionarios: una paz justa, democrática, inmediata y sin anexiones. Era la respuesta pronta al más urgente clamor del pueblo ruso. El 8 de noviembre quedaba aprobado el Decreto sobre la Tierra; aquella jornada diría Lenin en su discurso ante el soviet: «Ganaremos la confianza de los campesinos con un único decreto aboliendo la propiedad de los terratenientes. Los campesinos comprenderán que la salvación del campesinado reside en la organización que conquistará todo y conducirá al proletariado a la revolución mundial.»

Eran los primeros momentos exultantes que siguieron al triunfo fulminante de la Revolución de Octubre, la primera revolución socialista o bolchevique. El fantasma anunciado por Karl Marx en 1848 comenzaba su andadura por Europa. Pero el camino revolucionario sería muy largo y arduo. Rápidamente vendrían las disensiones entre los diversos grupos revolucionarios, resueltas a favor de la hegemonía bolchevique y que tan tempranamente criticaría Rosa Luxemburgo en sus trabajos sobre la revolución rusa, poco antes de ser asesinada por la policía alemana durante la Semana Roja de Berlín, en enero de 1919. Un período jacobino se iba dibujando rápidamente en el horizonte de las promesas y de las utopías, donde el principio igualitario iría desplazando otros ideales. Sin embargo, en los primeros meses y años de la difícil subsistencia revolucionaria, no todas las asechanzas vendrían de su propia dinámica de transformación socioeconómica y de la lucha por el poder dentro del movimiento revolucionario. Tras conseguir la paz con el Imperio alemán, pagada a un muy duro precio, en Brest-Litovsk (1918) —Rusia pierde amplios espacios

Bajo estas líneas, una manifestación bolchevique pasea triunfalmente, sobre un fondo de banderas rojas desplegadas al viento, un retrato-caricatura de León Trotski, máximo organizador de la insurrección de 1917 y un gran teórico de la doctrina marxista revolucionaria. A la izquierda, los manifestantes acarrean la caricatura de un pope con mirada insidiosa, que lleva en sus manos una cruz ortodoxa y que pretende simbolizar los vicios de la vieja Rusia imperial, personificados en el siniestro monje-político Rasputín.



Trotski, un hombre de acción que triunfa en la organización del nuevo ejército.



La familia imperial.

María, Tatiana, Anastasia y Olga.

Alexis, el zarevitch.

Postal patriótica rusa. «Honor al zar Nicolás II que ha tenido la idea del desarme universal».

El destino del imperio

Rasputín dijo un día a los que le rodeaban: «Seis meses después de mi muerte la vida de Alexis correrá peligro, y el país se encontrará en la víspera de su ruina...»

No habían pasado dos meses desde su asesinato cuando el zarevitch cayó gravemente enfermo. Rusia entra también en las primeras convulsiones revolucionarias: el 16 de marzo de 1917 el emperador firma su abdicación.



Los lujos de la familia imperial contrastan con el hambre de su pueblo.

La Rusia de cada día

Para la mayor parte de los rusos, el año 1917 marca, a pesar de todos los problemas, el principio de una nueva época. Se acabó el absolutismo. Se vive con la esperanza de poder, por fin, poseer y explotar tierras propias. Ya no morirán de hambre o a causa de represiones policiales. La revolución representaba los sueños de un pueblo menospreciado y abrumado durante mucho tiempo, un pueblo que tenía esperanza en el mañana.

Protagonista de la pobreza de la Rusia de 1917

El comisario Yurovski se ocupó de la familia real.

Hacer cola a más de trece grados bajo cero.

Bajo estas líneas, el general Kornilov pasa revista a sus tropas en una zona boscosa, durante su último intento de golpe militar, en apoyo del reformista Kerenski, para frenar la revolución bolchevique. A la derecha, el general Wrangel, jefe máximo de los ejércitos blancos durante la guerra civil de resistencia a los rojos, vistiendo uniforme cosaco, y la familia imperial, detenida en Tobolsk, tomando el escaso sol siberiano sobre el techo de un invernadero.



El general Wrangel.



La familia imperial en Tobolsk.



General Kornilov.

de su territorio nacional—, se produciría la guerra civil con los grupos zaristas residuales, los rusos blancos, que incluso llegarían a constituirse, en algunas ocasiones, en gobiernos provisionales. Casi simultáneamente, se sucederían las intervenciones armadas extranjeras: francesas, norteamericanas, japonesas... Fracasadas estas dos modalidades de cerco al gobierno bolchevique, guerras civiles de carácter subversivo e intervencionismo extranjero, se acudiría a otra práctica para provocar la caída del gobierno de Lenin: la del aislamiento, el «cordón sanitario». Con la ruptura de relaciones de todo tipo —diplomáticas, económicas, comerciales, culturales— se perseguía el hundimiento del gobierno revolucionario y el retorno a los viejos tiempos; era el ejercicio del asedio, la espera de la capitulación del país sitiado. Si la burguesía volviese al poder, retornarían las tierras a los latifundistas y las inversiones extranjeras serían reintegradas a sus antiguos propietarios...

Sin embargo, tras los fracasos de otros intentos revolucionarios —fundamentalmente, la Semana Roja de Berlín y el gobierno proletario en la Hungría de Bela Kun, así como la desastrosa experiencia de la guerra ruso-polaca—, se pone punto final a la polémica interna entre la extensión de la experiencia revolucionaria a otros países y el fortalecimiento de la revolución bolchevique en Rusia. Se trataba de la tendencia trotskista, perpetuadora de la permanencia revo-


Cavar, sobre tierra helada, las fosas comunes.

1917

La segunda revolución rusa

La Primera Guerra Mundial, desde 1914; después, la revolución de los soviets; más tarde, los sangrientos años de la guerra civil y la miseria que siguió al aislamiento y el boicot económico internacional al nuevo régimen soviético. Las tierras rusas se llenaron de muertos. El precio que siempre hay que pagar en los procesos de brusca transformación social y política y que suele caer sobre las espaldas de los pueblos. La revolución de 1917 y la creación del primer Estado supuestamente obrero y campesino marcaron un hito en la historia de la humanidad, similar al eco producido en su tiempo por la revolución francesa de 1789, que sustituyó a la nobleza por la burguesía en el mando de la «nación de ciudadanos» supuestamente «libres e iguales». En la foto, una fosa común en las heladas tierras rusas. La dureza del suelo obligaba a cavarlas a pico y a utilizar en ocasiones los explosivos.

lucionaria y evocadora de la idea, de la necesidad, de que la revolución en un país tan atrasado social y económicamente como era Rusia estaba condenada al fracaso de no extenderse a otros estados europeos. Enfrente, la idea leninista, que cada vez se consolidaba más firmemente, de la construcción y defensa del socialismo en un sólo país. La adopción de la NEP, o Nueva Política Económica, y la propugnación de la convivencia con otros países de sistema económico distinto, es decir con los estados capitalistas, terminaría imponiéndose; el triunfo de los planteamientos de Lenin abrió unos caminos insospechados para el futuro de la configuración de la que ya se llamaba Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. A partir de los años 1923 y 1924, la Unión Soviética se incorporaría, mediante los oportunos reconocimientos diplomáticos, a la sociedad internacional de su tiempo. Inmediatamente después del mes de octubre de 1917, lo habían hecho los países asiáticos, vecinos y próximos al territorio ruso. Después, en solitario, haría otro tanto la Alemania de Weimar en Rapallo; y, seguidamente, al calor de gobiernos de izquierda, vendrían Francia y Gran Bretaña. La muerte de Lenin, el 21 de enero de 1924, con su tormentosa sucesión por Stalin, inauguró un nuevo período en la historia de la Unión Soviética. Atrás quedaban los tiempos de la revolución; la sociedad sin clases pasaría a las vitrinas de las curiosidades históricas sin haberse logrado; la prometida desaparición del Estado nunca llegaría: en su lugar se alzaría un nuevo y más temible Leviatán. Un Estado fuerte, sin fisuras, cimentado en el primer Plan Quinquenal (1928) y en el estalinismo. Los Procesos de Moscú, a partir de 1936, inaugurarían un período de poder personal que eliminaría, incluso físicamente, toda oposición y, de paso, a la vieja guardia revolucionaria, que aún no había desaparecido. La mano de Stalin llegaría hasta México, donde en Coyoacán sería asesinado por un español, enviado por la *Komintern,* León Trotski. La Revolución de Octubre había concluido.

R. M.

Bibliografía básica

CARR, E. H.: *Historia de la Revolución Soviética,* vol. I: *La Revolución bolchevique,* Alianza Editorial. Madrid, 1972.

GOEHRKE, C., y otros: *Historia Universal Siglo XXI,* vol. 31: *Rusia,* Editorial Siglo XXI. Madrid, 1975.

HILL, C.: *La Revolución rusa,* Ariel. Barcelona, 1969.

LIEBMAN, M.: *La révolution russe. Origines, étapes et signification de la victoire bolchévique,* Verviers. Marabout, 1967.

REED, J.: *Diez días que estremecieron al mundo,* Akal. Madrid, 1982.

WILSON, E.: *Hacia la Estación de Finlandia,* Alianza Editorial. Madrid, 1972.

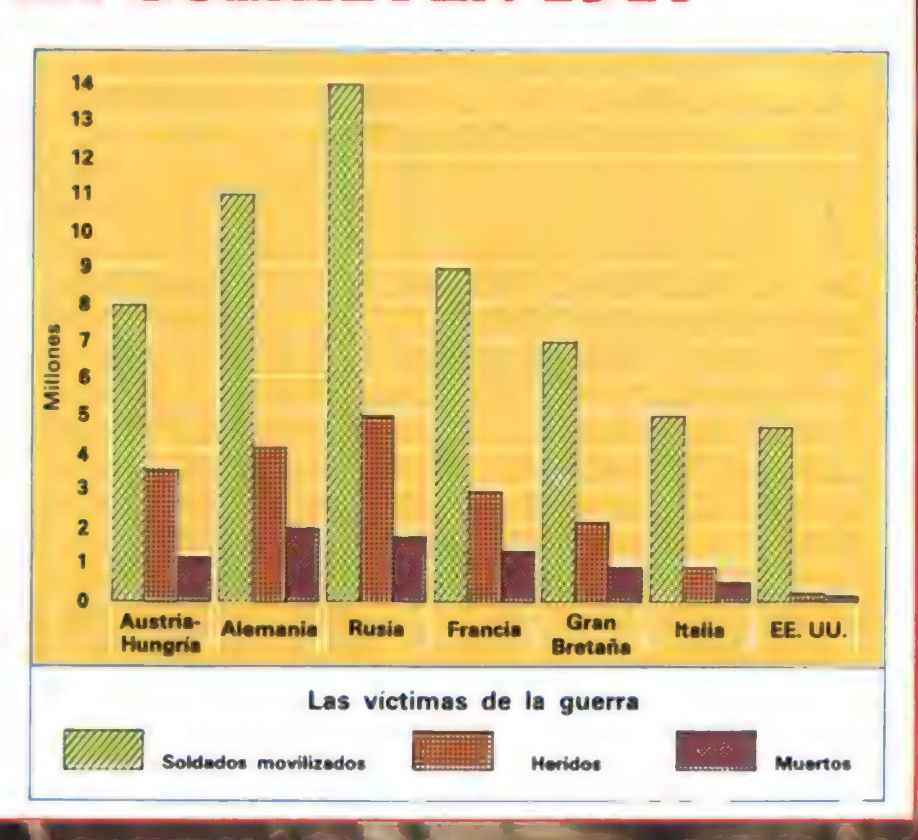
Academia de Ciencias de la URSS. Instituto de Historia, *Compendio de Historia de la URSS,* vol II: *Desde la Gran Revolución Socialista de Octubre hasta nuestros días,* Editorial Progreso. Moscú.



LA GUERRA EN 1917

CON 1917 entramos en un año crítico para los combatientes. Ahora, al igual que en 1916, las repetidas y obsesivas ofensivas tampoco van a producir la ruptura deseada. Militarmente hablando, ya no hay punto fuerte ni punto débil en los frentes de batalla. Parece que nunca se ha estado tan lejos de la paz.

Sin embargo, hacen su aparición factores nuevos: la caída de la moral y la protesta contra la guerra. Después de casi tres años de lucha, los engranajes económicos están a punto de descomponerse, el tejido social a punto de desgarrarse, la relación de autoridad está desapareciendo. El desgaste, el cansancio, la desmoralización, apuntados ya en 1916, se hacen ahora insoportables. Todo esto va a desencadenar tres gravísimas crisis, todas del lado de los aliados. Digamos ya que la primera estalla en la Rusia zarista, que queda totalmente fuera de la guerra. La segunda y la tercera se producen en Francia e Italia, respectivamente, y ambos países se recuperarán a duras penas.



El año de la crisis

La revolución soviética de 1917 quizá no hubiera triunfado tan radicalmente en un país de mayoría campesina y atrasado políticamente, como era la Rusia zarista, si no fuera por el descontento popular y el rechazo a una guerra que tan mal fue para el país. Los bolcheviques predicaron desde el primer momento el fin inmediato de la guerra y la firma de una paz sin anexiones, que el nuevo régimen firmó en Brest-Litovsk perdiendo vastos territorios. Las deserciones de soldados mermaron mucho la fuerza de los ejércitos zaristas.

¿Cuál es, a comienzos de año, la situación de los combatientes? Los imperios centrales han perdido algunas batallas, pero controlan vastos territorios que les permiten comunicar el mar del Norte con la frontera persa. Se diría que es la culminación del proyecto de la *Mitteleuropa*. El pueblo alemán, siempre obediente a sus gobernantes, sigue confiando en Hindenburg, pese al bloqueo y la penuria; con todo, han aparecido ya los primeros síntomas de cansancio.

Austria-Hungría padece el descontento de sus minorías y una creciente desmoralización, pero mientras hace tanteos para una paz separada, consigue todavía contener al enemigo en el este —hasta el hundimiento de Rusia— y en los Alpes.

Turquía tiene muy disminuido el poder ofensivo, mientras que Bulgaria ya no cuenta como combatiente.

A comienzos de 1917, los aliados se hallan todavía bajo la euforia —exagerada— de la victoria defensiva de Verdún, de los éxitos rusos de 1916 y de la conquista italiana de Goritz. Además, los cambios políticos internos (por ejemplo en Gran Bretaña, con la elección del eficaz Lloyd George) prometen una mejor conducción de la guerra. Asimismo, todos cuentan todavía con Rusia, ignorantes del estado real de este país. Servios y rumanos, por su lado, poco pueden aportar ya a la causa aliada.

Franceses y británicos dan por sentado, lo mismo que los italianos, que la «próxima ofensiva» va a tener un éxito más rotundo que las anteriores, debido a que, sin una razón de peso, había quedado en el ambiente el sentimiento de una cierta superioridad militar sobre el enemigo.

Los acontecimientos del año se van a encargar de hacer volver a la realidad a los aliados.

Con todo, los comienzos del año son prometedores para éstos. En el mes de enero de 1917, tropas inglesas, belgas y sudafricanas ocupan ya el 85 por 100 del Africa oriental alemana, y en noviembre obligan a las tropas alemanas a abandonarla y a penetrar en el Mozambique



Un soldado «leal» amenaza con la culata de su fusil a dos desertores.



Ante el peligro, la tropa huía en desbandada.

portugués, donde vivirán de forma precaria. Los alemanes dejan de ser una amenaza en Africa negra hasta su rendición en 1918.

En el frente mesopotamio, los británicos van a dar la vuelta a la situación después de sus derrotas de 1916. En febrero, una segunda expedición británica mejor preparada —en cooperación con una avanzada rusa desde Persia— se cierne sobre Bagdad. El 11 de marzo se toma la ciudad en batalla frente a unos turcos completamente desorganizados.

Ambas son victorias en frentes de segundo orden, alejados de Europa, y con una influencia mínima en el curso de la guerra.

Frente del este. El hundimiento de Rusia

Es aquí donde se produce la primera gran crisis, que lleva directamente a la caída del régimen. El agotamiento de 1916, el racionamiento alimenticio, el deterioro económico y político, la desmoralización, las deserciones y la represión, la negativa a proseguir la lucha, las huelgas, todo ello lleva a Rusia a la deriva. Se grita ya no sólo «¡Pan!», sino «¡Abajo la guerra!» y, sobre todo, «¡Abajo el zarismo!» Un francés, Jules Legras, es testigo de la descomposición rusa: «Una compañía del regimiento 61.°, 10.ª división, se ha negado a ir a las trincheras. Por otra parte, el coronel que manda otro de los regimientos se ha vuelto loco: invita a sus oficiales a arrodillarse ante sus hombres y rogarles que intervengan en la ofensiva. Al fin, la división 132.ª, ha echado a la calle, sin ningún proceso legal, a su general.»

En febrero, mientras la Duma está reunida, se produce la sublevación popular, que los soldados acaban apoyando. El poder va deslizándose a manos de una indecisa Duma, de los partidos políticos y del pueblo. Nicolás II es forzado a abdicar el 15 de marzo en el gran duque Miguel. Pero la revolución ya está en marcha y el gran duque ha de abdicar a su vez.

Durante la contraofensiva alemana de 1917 en el frente de Galitzia (Ucrania) bastaba que un provocador o un agente alemán gritara en ruso: «La caballería alemana ha atravesado nuestras líneas», para que numerosos soldados de infantería del zar echaran a correr como conejos, momento que recoge esta fotografía de prensa.



Postal de época. Un principio de guerra psicológica.

Macabra postal de Navidad alemana, en la que una cruz de hierro con la fecha de 1914, junto a cadáveres de soldados franceses, ingleses —este último satirizado con una raqueta de tenis— y rusos, adorna una rama del tradicional abeto navideño. Pero ya en 1917 el optimismo no era moneda corriente entre los partidarios de los imperios centrales, a pesar de que la paz por separado con la Rusia soviética alivió su situación.

Se plantea ahora la prosecución o no de la guerra por parte del nuevo gobierno ruso. Los soldados se dicen dispuestos a proseguir la lucha «contra el enemigo», pero aspiran sobre todo a la paz, y a una paz sin anexiones ni indemnizaciones, como quieren los bolcheviques. El gobierno provisional de Kerenski promete hacer un último esfuerzo bélico. Los aliados esperan todavía «grandes cosas» de Rusia: «El ejército ruso se encuentra mejor provisto de cañones, ametralladoras y municiones que en cualquier otra ocasión anterior de la guerra. Por primera vez en el transcurso de la campaña, sus artilleros disponen de abundantes proyectiles, y sus tropas se encontrarán equipadas en el año que empieza como jamás lo ha estado un ejército ruso», fantasea Lloyd George en el Parlamento británico a comienzos de 1917.

Así, en plena crisis, Kerenski promete una ofensiva para el verano, que se inicia el 2 de julio. Los rusos rompen el frente austro-húngaro y penetran profundamente en sus líneas, tomando de nuevo Halicz. El éxito está a punto de dar la razón a los aliados cuando un contraataque de los centrales provoca la súbita desmoralización de los rusos y una retirada que se convierte en desbandada inmediatamente. Sin disparar un tiro, los austro-alemanes ocupan de nuevo Stanislau y Tarnopol (25 de julio). A primeros de agosto, los rusos se retiran en todo el frente de Galitzia. La «ofensiva de circunstancias» de Kerenski ha fracasado. Rusia, desde este momento, deja de ser un factor militar útil.

Sin embargo, los centrales no captan de inmediato —menos aún lo captan los aliados— la situación, y durante un mes o dos seguirán creyendo que Rusia se recuperará una vez más, por lo que dejan fuertes contingentes en el frente del este, lo que les impedirá enviar refuerzos al oeste en la primera mitad del año.

Aprovechando la retirada rusa, los alemanes ocupan Riga (2 de septiembre) y las islas del golfo homónimo (13 de octubre), sin que el hecho despierte ninguna emoción en los soldados rusos, preocupados en consolidar la revolución. En efecto, el 16 de septiembre se proclama la República Rusa, y Kerenski declara que «Rusia está agotada» y que ya «no puede soportar el peso del frente del este»: es la confirmación oficial del derrumbamiento ruso.

Más adelante los bolcheviques destituyen a Kerenski y asumen el gobierno (8 de noviembre). La revolución ha triunfado. Sobre la marcha se entablan negociaciones de paz con los centrales, llegándose al armisticio del 17 de diciembre, base de la paz (separada) y del tratado de Brest-Litovsk de marzo de 1918.

Ataque en el oeste. La crisis francesa

Para los aliados, 1917 promete ser un año decisivo. Como si nada estuviese ocurriendo en el este, siguen elaborando planes ofensivos. El nombramiento del agresivo general Nivelle como jefe de los ejércitos franceses y el renovado optimismo británico hacen prever el ansiado éxito.

Los británicos quieren intentar un nuevo ataque contra los alemanes con el fin de hacer desaparecer algunos salientes en la zona de Arras y Soissons. A la ofensiva británica seguiría otra francesa, la «gran ofensiva» de Nivelle.

El 13 de marzo, los británico-canadienses de Haig atacan en todo el frente. Toman Bapaume, Péronne y una amplia zona del Somme. No es éste, sin embargo, el éxito que esperan. Los británicos han avanzado en el vacío y se encuentran entre las manos un terreno sin valor militar alguno. Desconocen el hecho de que, entre el 15 y el 28 de marzo, los alemanes han puesto en práctica la operación *Alberic* sin que la aviación aliada haya visto nada: sin esperar el ataque inglés, se han retirado ordenadamente, para hacer desaparecer los salientes, hasta la *Línea Hindenburg* (o *Sigfrido*), construida según los criterios de una táctica elástica e inteligente y poderosamente defendida. De improvisto, los británicos chocan con la resistencia alemana, que se hace formidable, y deben detenerse.

A pesar del desconcierto no se suspende la ofensiva, para cooperar con el inminente ataque francés. Comienza así la inútil batalla de Arras (4 de abril). Algún éxito local —la toma de la cresta de Vimy por los canadienses— no impide que a fines de mayo la batalla se extinga.

Añadamos que desde el 17 de febrero ya hay tropas portuguesas (dos divisiones) en el frente del oeste, pero durante el año su sector —entre Trouannes y Franquembergues— permanece en calma.

No mucho mejor les va a ir a los franceses. El 16 de abril, Nivelle desencadena su ofensiva entre Soissons y Reims, sobre un eje imaginario que es el Chemin des Dames, con abundante material (incluidos tanques). Es la segunda batalla del Aisne. Desde el tercer día la ofensiva es un fracaso. Nivelle la hace continuar varias se-



Los aliados, la justicia y la patria. Una imagen a vender.

LA QUESTION DU JOUR ?

Ce que disent les Alliés

Et ce que pense le Kaiser

C. P. Paris

«Lo que dicen los aliados, lo que piensa el Kaiser».

Popularizada masivamente la fotografía, las tarjetas postales y los carteles fueron utilizados por todos los bandos para su propaganda y para la llamada «guerra psicológica». Arriba, una postal en color con la leyenda: «¡Gloria a los aliados! ¡Por el derecho. Por la patria!» junto a los retratos del presidente galo Poincaré, el zar Nicolás II de Rusia, el rey Jorge V de Gran Bretaña y el rey Alberto I de Italia. Abajo, otra postal con la leyenda: «Lo que dicen los aliados. Lo que piensa el Kaiser». En la dureza cotidiana de la guerra, el 60 por 100 de los franceses, el 41 por 100 de los alemanes, el 38 por 100 de los austro-húngaros y el 37 por 100 de los británicos movilizados resultaron muertos, heridos o inválidos.



Defensas ante un posible ataque a la trinchera.



Berlín 1917: edificios, soldados y armas.

De izquierda a derecha, interior de una trinchera erizada de postes de hierro para defenderla eficazmente de los ataques enemigos. En el centro, soldados fotografiados en Berlín tienen como fondo los nuevos carros de combate. A la derecha, oficiales alemanes entran a comer su rancho en el refugio de una trinchera. La Primera Guerra Mundial fue en gran parte una guerra de posiciones.

manas, sin resultado militar apreciable, pero con 40.000 muertos y 60.000 heridos. El día 28 se pone fin al ataque. Un nuevo intento, hasta el 15 de mayo, fracasa igualmente. Este mismo día, Nivelle es sustituido por Pétain, el «héroe de Verdún», y la moral francesa baja vertiginosamente mientras aumentan las protestas.

El 7 de junio los británicos atacan en Flandes con gigantescas operaciones de minas y masas de tanques. Capturan únicamente el saliente de Messines-Wijtschaate pese a las enormes pérdidas. Con esta operación termina la actividad aliada en la primera mitad del año.

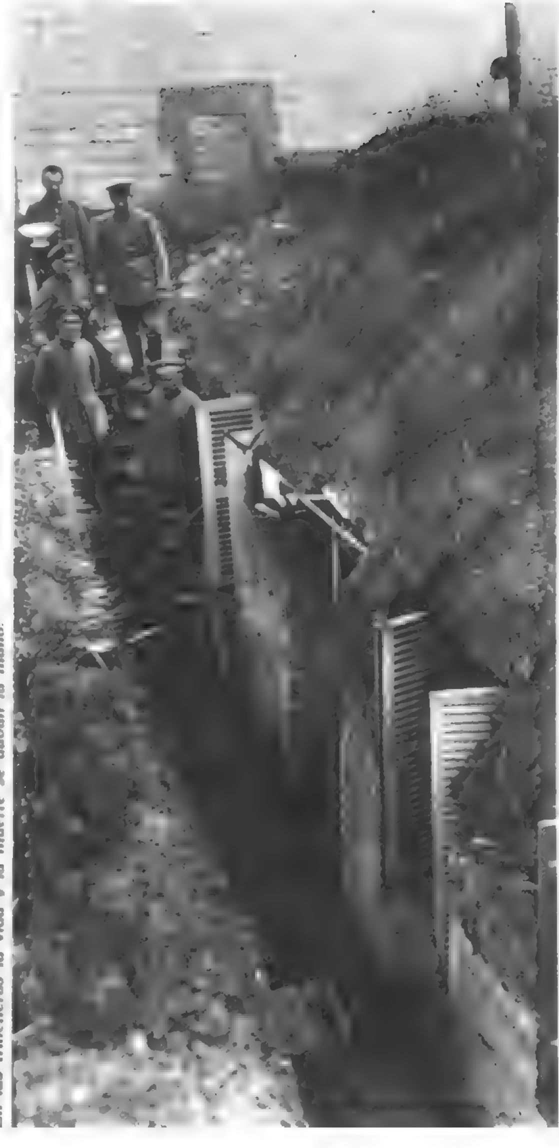
La defensa elástica alemana ha dado resultados óptimos, obligando a franceses, belgas y británicos a volver a la guerra de posiciones.

Si la promesa de ruptura había animado inicialmente a los soldados franceses, el repetido fracaso de las ofensivas y el elevado número de muertes desmorona fulminantemente su moral. Es la segunda gran crisis del año.

El mejor y más heroico soldado de la Gran Guerra, el francés, se halla a fines de 1916 desilusionado y harto por los muertos inútiles y por cierta forma de guerra que, se intuía, estaba mal conducida. Una escena narrada por P. Painlevé puede representar cualquier punto del frente: «Dos compañías se niegan a ir a las líneas. Hay mítines, oradores al aire libre. Algunos invocan la fatiga, otros el escándalo de los privilegios de retaguardia, esos emboscados del frente; otros, la incapacidad de los estados mayores que saben atribuirse honores y beneficios pero no saben preparar esa victoria que siempre prometen; otros pregonan las ideas de la nueva Rusia.»

Los soldados desertan, maltratan a los oficiales, se habla de «marchar sobre París» y de «hacer como en Rusia». Los manifestantes portan banderas rojas y desean la paz. Se multiplican los panfletos antibelicistas; también las tropas coloniales lanzan sus panfletos contra una guerra que no es la suya en absoluto. El mando ve en ello la «mano de Alemania» o la de los «anarquistas, socialistas y pacifistas», pero no reconoce sus culpas, trata de mantener secretos los





En las trincheras la vida y la muerte se daban la mano.

motines y encarga a Pétain que los reprima, lo que hará con dureza y a la vez con cierta comprensión, pues él mismo discrepaba de la conducción de la guerra (hubo 528 fusilados y 38.315 condenas en 1917...), y que levante la moral de la tropa. Durante el verano los motines van extinguiéndose, pero nadie va a olvidarlos, ni siquiera después de la victoria.

Estados Unidos en guerra

A comienzos de año una noticia hacía exultar a los aliados y preocupaba a los centrales: Estados Unidos entraba en la guerra. Causa inmediata: la generalización de la guerra submarina alemana a ultranza. Pero había otras razones, como la adopción por parte del «pacifista» Wilson de los fines de guerra de los aliados, el temor a una victoria de los centrales, los manejos alemanes en América y, en particular, el proyecto de inducir a México a que entrara en guerra contra Estados Unidos para recuperar Nuevo México, California y otros territorios que le habían sido arrebatados por los norteamericanos en el siglo pasado.

El 6 de abril Wilson declaraba la guerra a Alemania, y el 20 decretaba la movilización general. Aunque la decisión de enviar contingentes a Europa hizo enfriar algo los ánimos, la propaganda había hecho su efecto y, como constata Ludendorff en sus *Memorias de guerra,* «el conflicto llegó a ser [para los estadounidenses] una cruzada contra nosotros».

El 27 de junio llega a Francia el cuerpo expedicionario estadounidense. En aquel momento, su peso será sólo moral, debido a su impreparación; únicamente en marzo de 1918 la primera división norteamericana estará en condiciones de combatir. Los estadounidenses nunca compensarán del todo la defección de Rusia, pero su industria alimentaba decisivamente a los necesitados aliados.

Estados Unidos arrastrará a la guerra, platónicamente, a Cuba, Panamá y Brasil y, en 1918, a Nicaragua, Haití y Honduras.



GEORGES CLEMENCEAU (Mouilleron-en-Pareds, Vendée, 1841-París, 1929)

Nacido en una familia burguesa de tradición republicana, se hizo médico como su padre. Terminados sus estudios se trasladó a Estados Unidos, donde permaneció cuatro años (1865-1869) y contrajo matrimonio con Mary Plummer, alumna de la escuela donde enseñaba francés. De ella tuvo tres hijos y se separó al cabo de siete años de matrimonio.

Su carrera política la inició poco después de volver a Francia como alcalde del distrito de Montmartre, en septiembre de 1870. El 8 de febrero fue elegido diputado. Durante los acontecimientos de la Comuna intentó una mediación entre el gobierno y los sublevados. Al fracasar sus intentos dimitió. Reelegido en 1876 se situó en la extrema izquierda. Su jacobinismo, su elocuencia mordaz y su energía le convirtieron pronto en el líder del grupo del que saldría el Partido Radical y en un implacable «destructor de ministerios». Jules Ferry y Gambetta fueron sus principales víctimas. Al mismo tiempo fundó un periódico: *La Justice.* En 1893, salpicado por el escándalo del canal de Panamá, fue derrotado en las elecciones. Su vida política parecía terminada.

El asunto Dreyfus le proporcionó la ocasión para volver al primer plano. El periódico *L'Aurore,* del que Clémenceau era editorialista, publicó el *Yo acuso* de Zola. En 1902 fue elegido senador. En 1906 fue nombrado ministro del Interior, y en octubre de ese año sucedió a Fer-

dinand Sarrien como presidente del Consejo de Ministros, conservando la cartera del Interior. Su gestión fue agitada. Los incidentes sangrientos unidos a las huelgas se multiplicaron, y Clémenceau, al que ya llamaban *el Tigre,* respondió afirmando que él defendía el orden legal contra la revolución y utilizando la fuerza siempre que lo creyó necesario. Al mismo tiempo inició una serie de reformas sociales entre las que destaca el establecimiento del descanso semanal.

Atacado por la derecha y por los socialistas de Jaurès, su gobierno fue derrotado el 20 de julio de 1909. Vuelto a la oposición fundó en 1913 el periódico *L'Homme libre* —la prensa fue siempre una de sus bases de poder—, rebautizado al estallar la guerra, como protesta contra la censura, *L'Homme enchaîné.*

En noviembre de 1917 fue llamado a dirigir el gobierno, una decisión retrasada por las mezquindades políticas y la enemistad personal de Poincaré. Su programa lo resumió en una frase lapidaria: «Hago la guerra». Desde entonces instauró una verdadera dictadura de salvación nacional, presidida por una inquebrantable voluntad de victoria: «Haré la guerra hasta el último cuarto de hora, porque el último cuarto de hora será el nuestro». Fue implacable con los derrotistas, hizo continuas visitas al frente, sostuvo la moral de las tropas y consiguió el apoyo de la opinión pública, que pronto empezó a llamarle *Père la Victoire.* El 26 de marzo de 1918 consiguió que se encargara del mando único de los ejércitos aliados a Foch.

Terminada la guerra, presidió la Conferencia de Paz. Su inflexibilidad le enfrentó a veces a Wilson y a Lloyd George. Para él había que desmantelar Alemania, hacerla pagar y reparar. En este sentido, le son atribuibles muchos de los errores del tratado de Versalles.

El 16 de enero de 1920, Clémenceau, que contaba con ser elegido para la presidencia de la república, sufrió una estrepitosa derrota en la Asamblea. Herido en su amor propio, dimitió dos días más tarde como jefe de gobierno y se retiró definitivamente de la vida política.

En 1918 había sido elegido miembro de la Academia Francesa.



El SPAD VII.

Entre el 14 de mayo y el 8 de junio los italianos lanzan una ofensiva en el Carso contra los austro-húngaros (décima batalla del Isonzo), sin conseguir romper el frente.

En Italia seguían entusiasmados por la victoria de Goritz. Pensaban que los austro-húngaros comenzaban a ceder y que de ahora en adelante obtendrían cada vez mayores éxitos, tras las diez sangrientas batallas frontales del Isonzo. Batallas combatidas con escasa artillería y con mentalidad anticuada (la del duro y frío Cadorna: «De abajo arriba») contra las formidables defensas de montaña enemigas. Resultado: unos



Un destructor.



Medallas británicas de la Primera Guerra.



pocos kilómetros conquistados y casi un millón de bajas en dos años de guerra.

La tropa estaba cansada, pero dispuesta por el momento a nuevos esfuerzos. Así, tras las operaciones de mayo, Cadorna lanza una nueva ofensiva (undécima batalla del Isonzo, 18 de agosto-12 de septiembre), penetra en las líneas austriacas y captura decenas de miles de prisioneros. En tres días el enemigo perdía casi el 20 por 100 de sus efectivos, y su mando consideraba la situación muy peligrosa. Era una nueva victoria italiana. Pero llegaba con retraso, lo que iba a ser de incalculables consecuencias.

Las matanzas del frente occidental

El 31 de julio los británicos lanzan una operación destinada a ganar la costa belga, para contrarrestar la guerra submarina alemana y de paso romper el frente. Es la batalla de Passchendaele, o tercera batalla de Ypres, cuyas enormes pérdidas y resultados insignificantes hacen de ella un símbolo trágico. La batalla se suspende hasta el 29 de septiembre.

En su segunda fase (octubre-noviembre), británicos, belgas y canadienses obtienen tres pequeños éxitos locales (Menin, Bosque del Polígono y Broodseinde) en medio de un mar de fango, y sin mayores ganancias. Haig debería haber detenido la ofensiva en este punto; al proseguirla, con su testarudez criminal, no hace sino incrementar en cifras espeluznantes el número de bajas en un inútil forcejeo, cuando ya el plan original no podía ser aplicado.

El 20 de noviembre, sin embargo, los británicos atacaban de nuevo (batalla de Cambrai) con apoyo belga y canadiense. El masivo empleo de tanques obtiene un éxito inesperado, 7 kilómetros de ganancia, hasta que un contraataque alemán, diez días después, restablece la situación. Los confiados aliados perdían cañones, terreno y prisioneros.



Artilleros alemanes.



Aviación y marina de guerra: dos triunfadores.

La aviación fue sin duda la gran beneficiada de la contienda, registrándose en ella numerosísimos avances. Hasta 1917, en que llegaron los potentes Spad S XIII, *los aviadores franceses, con el famoso Baracca a la cabeza, utilizaron los ligeros y veloces* Spad S VII *individuales, similares al que aparece en la fotografía, capaces de volar a 191 km/hora y equipados con un eficacísimo motor Hispano-Suiza de 8 cilindros y 150 caballos de potencia. Abajo, de izquierda a derecha: un moderno destructor, medallas británicas, «símbolo de valor y fidelidad», para premiar el heroísmo de los soldados, y artilleros alemanes fotografiados junto a sus baterías. Junto a la aviación, la marina de guerra, la artillería y los nuevos carros de combate, base de la moderna caballería, fueron las armas más desarrolladas durante los cinco años de contienda.*

Millones de hombres entendieron que las guerras son algo más que desfiles y medallas militares. Los frentes, la vida en las trincheras, con barro, lluvia, frío, piojos, pulgas, chinches y bonitas ratas como las cazadas por el perro campeón del soldado de abajo. En la página opuesta, arriba, uno de los primeros carros de combate utilizados en las batallas de Cambrai y Amiens, un Mark *británico, capaz de pasar por encima de las trincheras y fosas enemigas tras rellenarlas de haces de leña que transportaba sobre su estructura. Abajo, un oficial inglés, con una furgoneta, reparte alimentos en la población francesa de Bourvincourt, tras la retirada y el saqueo alemán.*

La táctica de Haig había sido funesta: un fracaso total y la pérdida de 400.000 hombres entre muertos y heridos. Mientras, los alemanes aprendían mucho de sus victorias defensivas de Flandes de cara a la gran ofensiva de 1918.

La crisis italiana

«A comienzos de septiembre la lucha había sido rica en éxitos para el ejército italiano. Los ejércitos imperiales resistían, pero sus pérdidas en los montes del Carso eran tan elevadas y su moral tan tambaleante que las autoridades militares y políticas competentes de Austria-Hungría estaban convencidas de que sus ejércitos no habrían podido continuar la lucha y soportar una doceava batalla del Isonzo», dice Ludendorff en sus *Memorias.* Había que hacer algo urgentemente. Para ello, los austro-húngaros aprovecharon una ocasión excepcional: el hundimiento de Rusia y la posibilidad de trasladar tropas del este a los Alpes. Después del verano, con la tropa ya situada, aún necesitan pedir ayuda a Alemania, y Hindenburg les «presta» siete divisiones selectas.

Con todo ello, los austro-húngaros van a poner en práctica las mismas tácticas empleadas con éxito un año antes en el frente del este: el «golpe de ariete».

Por su lado, los italianos no pueden lanzar de momento una nueva y quizá decisiva ofensiva entre septiembre y octubre, al carecer de artillería y municiones. Los cañones pedidos a Francia y a Gran Bretaña no llegarán.

Mientras, el enemigo concentra tropas, de lo que se percatan los italianos sólo en parte. Además, Cadorna cree, desenvueltamente, que las nuevas posiciones, fruto de los últimos avances, no necesitan ser fortificadas, pues «el siguiente avance también tendrá éxito». Se dejan, pues, puntos débiles, el peor de los cuales está en el sector de Tolmino, en la unión del XXVII Cuerpo de Ejército con el IV, este último en precaria situación. Asimismo, hay discrepancias en los mandos: Cadorna opta por la defensiva, el general Capello, su inmediato subordinado, por el ataque.

Soldado francés junto a su perro «campeón en la caza de ratas».



Carro de combate británico.

El 24 de octubre los centrales atacan y se infiltran tras las líneas italianas, que se rompen por Caporetto, cerca de Tolmino. Pronto hay centenares de miles de bajas y de prisioneros, se pierden miles de cañones y toneladas de alimentos (luego se sabrá que las reservas estaban situadas demasiado cerca del frente).

Una falsa maniobra de Cadorna, la desobediencia de Capello y un fracaso parcial se convierten en desastre.

El día 30, alemanes y austriacos toman Udine, sede del cuartel general italiano, y los vencidos se repliegan en todo el frente. La retirada ha de continuar innecesariamente hasta un punto fuerte natural (primero el río Tagliamento, luego el río Piave), pues Cadorna «ha olvidado» disponer una segunda línea de defensa y formar un ejército de reserva, lo cual obliga, además, a una rectificación en el frente del Trentino. En unos días los italianos pierden más terreno del conquistado en dos años y medio de guerra.

Como toda catástrofe, ésta tuvo un componente militar, uno moral, y otro sociopolítico; el militar tenía que ver con la defectuosa disposición de los ejércitos, los «olvidos» de Cadorna y su ciega confianza en sus posiciones. Cadorna será destituido fulminantemente, y sustituido por Armando Diaz.

En cuanto a la moral de la tropa, como en Rusia y Francia, estuvo determinada por el cansancio, la desilusión y la indiferencia. El componente sociopolítico influyó también, pues la actitud de los soldados respondía a un balbuceo revolucionario, que incluía la negativa a ir al frente y a obedecer a los altaneros oficiales. «¡Abajo la



Los soldados también se ocupaban de ayudar a la población civil.

Damas enfermeras: un mito del amor y de la guerra.



Los uniformes y el valor despertaban la admiración de las mujeres.

guerra!» y «¡Vivan los bolcheviques!» eran gritos corrientes a lo largo de 1917 en las manifestaciones y huelgas que estallaban en toda Italia. Ya antes de Caporetto hubo 359 fusilados entre los 48.282 insumisos; los desertores habían sido 56.268. Ahora, en octubre y noviembre, desertores e insumisos se contaban por centenares de miles, y sobre ellos se abatirá una implacable represión.

Sin embargo, pronto se restablece el orden y la disciplina, y la nueva línea defensiva italiana va a resistir, con sorpresa de los aliados y de los propios centrales, el desesperado ataque enemigo del 10 de noviembre, y el no menos virulento del 3 de diciembre. Esto convence a los austro-húngaros de la solidez de las líneas y de la recuperación italiana: «Casi no podía creerse que un ejército pudiese levantarse tan rápidamente después de una catástrofe tan tremenda como la de Caporetto», se asombra el general austro-húngaro Konopický en *Der Grosse Krieg.*

Sea como sea, por el momento la capacidad ofensiva de Italia queda congelada y su ejército a la defensiva hasta el verano de 1918. Caporetto había colocado a Italia al borde de la derrota definitiva y de la revolución, pero, como afirma M. Ferro, la reacción patriótica «echó a perder la oportunidad de hacer de Italia una segunda Rusia soviética».



Había, a pesar del momento crítico, humor para satirizar la vida en tiempo de guerra.

Palestina y los Balcanes

La campaña de Palestina, iniciada por los británicos meses atrás, partiendo de Egipto, culmina en los dos últimos meses del año con la captura, a los desmoralizados turcos, de Beersheba (1 de noviembre), de Gaza (día 7) y de Jerusalén (9 de diciembre). Aunque se trata de éxitos menores, no por ello dejan de repercutir gravemente en todo el mundo musulmán, desacreditando aún más a los turcos.

Los frentes balcánicos se mostraron muy poco activos en 1917, especialmente tras la caída de Rusia. La entrada en guerra de Grecia junto a los aliados (agosto), después de la abdicación del rey Constantino en junio, es el único acontecimiento de relieve. Sin embargo los griegos no entrarán efectivamente en combate hasta la gran ofensiva aliada de septiembre de 1918 en los Balcanes.

En cuanto a Turquía, este país firma un armisticio con el nuevo régimen ruso el 7 de diciembre, con lo cual desde este momento tiene las espaldas cubiertas por el noreste.

El cansancio y la influencia de la revolución rusa deterioran aún más la moral búlgara; los soldados búlgaros confraternizan con los rusos, y en diciembre se produce una gigantesca manifestación contra la guerra.

En 1917, los ejércitos combatientes han llegado al límite de su capacidad de resistencia y de sus posibilidades en cuanto a material humano y, casi, en cuanto a recursos bélicos y económicos. A lo largo del año se multiplican las conversaciones, secretas o públicas, en busca de arreglos y paces separadas, como es el caso de Austria-Hungría, que sin embargo no llegan a cuajar.

El papa —proaustriaco— decide, en agosto de 1917, proponer la paz a todos los beligerantes sobre la base del *statu quo ante*, pero el presidente estadounidense Wilson la rechaza dogmáticamente: «No es posible entablar negociaciones con el actual gobierno [dictatorial] alemán.»

Las gravísimas crisis del año han conmocionado a tres países, pero su superación, de un modo o de otro, no ha resuelto los problemas que se planteaban, salvo en el caso de Rusia. La situación de los frentes no es ahora muy distinta de la de 1916. Una vez más, los mandos deberán salir del equilibrio mortal por el único medio que saben: la ofensiva general en pos de la ruptura. Y esto es lo que se va a intentar de nuevo en 1918.

C. A. C.

En la página opuesta, arriba, una postal alegórica en la que una especie de damas-enfermeras vestidas de blanco llevan comida y café —el sueño de todo soldado— a un tren de tropas detenido en una estación. Abajo, postal alemana en la que se ve a un soldado cortejando a una muchacha. Sobre estas líneas, postal humorística francesa de una serie «patriótica» donde, bajo la leyenda: «Las consecuencias de un permiso», aparece una mujer joven, tocada con un gorro de soldado, sosteniendo a un bebé en cada brazo. Más futuros soldados. Toda una alegoría de la próxima guerra.

«MATA HARI»: BAILARINA O ESPIA



Margarita Zelle, un nombre escondido entre la aventura, la danza y el espionaje.

Margarita Zelle, alias Mata Hari, *una mujer bella y seductora que se ha convertido en símbolo de toda una mística de la «hembra vampiresa» y del espionaje de la Primera Guerra Mundial, un arma que todos los bandos utilizaron con mayor o menor fortuna en la retaguardia del adversario, la famosa «quinta columna» de contiendas posteriores. Artista y bailarina de poco talento, sus poses y poder de seducción atrajeron a su «miel» a numerosos hombres, desde nobles a banqueros, pasando por jefes y oficiales de todos los ejércitos.*



La imagen de Mata Hari con su clásico traje de danza ha quedado grabada en la mente de muchos hombres

Los misterios que rodean el mundo del espionaje subyugan a las masas de la sociedad moderna, especialmente si el agente secreto es una mujer bella, como ocurre en el caso de Mata Hari. *De ello ha tomado buena cuenta la industria cultural, que ha llevado el tema a la literatura, la escena y la pantalla en diversas ocasiones. El exotismo y la voluptuosidad de la bailarina-espía conmovieron a los europeos de la época, y pronto se convirtió en un mito similar a la Madelón, la mujer ideal imaginaria, a la que cantaron los soldados de todas las trincheras durante la Primera Guerra Mundial. En la foto,* Mata Hari *ataviada con un exótico traje y un tocado metálico, con el que acostumbraba bailar.*

MARGARITA Zelle, Mata Hari, *o una joven holandesa enamorada del exotismo y ávida de nuevas sensaciones; nadie supo si la danza fue su instrumento para espiar o si fue el espionaje un paso más de sus danzas delirantes.*

Una Europa devorada por la guerra envió al paredón a aquella mujer que en otro tiempo enloquecía al público parisiense, sin profundizar en los auténticos motivos que la habían impulsado a bailar en el mundo del espionaje.

Aprender de lo exótico

Margarita Gertrudis Zelle, conocida en su madurez bajo el sobrenombre de *Mata Hari,* nació el 7 de agosto de 1876 en la localidad holandesa de Leeuwarden. Su padre fue un próspero negociante dedicado al comercio de sombreros. Realizó sus estudios primarios en su ciudad natal y comenzó luego los de Magisterio en Leiden, la ciudad que en la Edad Media había contemplado la creación y desarrollo de la primera sociedad orgiástica y comunista de la cristiandad.

De su adolescencia apenas existen testimonios que puedan precisar los perfiles de su personalidad. Sí se sabe, no obstante, que desde muy joven Margarita exhibió una forma de ser algo introvertida, endulzada por un extraño encanto indescifrable que, a la larga, la habría de ayudar mucho en su carrera artística y que, fatalmente, precipitaría su ignominioso final.

En 1895 contrajo por primera vez nupcias con un joven oficial del ejército colonial holandés, de origen escocés y de apellido McLeod, con quien partió hacia Java, donde el soldado estuvo destinado entre aquel año y 1902.

De esta etapa oscura en la vida de Margarita data su afición, luego desarrollada, por todo lo que pudiera aportar ingredientes de exotismo a la vida de una mujercita bella y con sed de aventuras, hija de la puritana y aburrida clase media holandesa de fin de siglo.

Poco a poco comienza a transformarse ante la influencia de un mundo nuevo como el de la lejana y volcánica colonia de Java. En su vida cotidiana se inicia en el uso de la indumentaria indonesia. Por el interior de su mente, excitada



En la vida de Mata Hari influyó su niñez transcurrida en países exóticos.

La obsesión de Margarita Zelle, tras el fracaso de su matrimonio, es lograr el éxito en la vida por encima de cualquier traba. La actriz-mística-bailarina pagará muy caras sus ansias de triunfo al verse envuelta en los hilos del espionaje como supuesta agente doble, pero antes verá caer rendido a sus pies al «todo París» de la década de los diez. Convertida en una de las grandes cortesanas de la época, desfilará por su dormitorio la flor y nata de la aristocracia, la intelectualidad, la política, la diplomacia y la milicia.

en su juventud por los contrastes de un mundo milenario y sensual, comienza a trepar la puesta en cuestión de la moral pequeño-burguesa heredada de su familia y de la rigidez religiosa de los Países Bajos, que aplican una expansión colonial salvaje en aquella olvidada y remota parte del mundo.

Al frenesí explotador de los colonos holandeses, éstos unen una rigidez religiosa configurada por una insoportable atención a preceptos inconmovibles, troquelados por el calvinismo más fanático o el protestantismo más feroz que quepa imaginar.

La joven Zelle encuentra allí, en Java, el contrapunto sexual, sensorial y sensitivo a la estrecha herencia cultural que ella llevaba en su personalidad, que comienza a abrirse paso entre contradicciones muy agudas. Sus largas etapas de ocio las aprovecha para instruirse en los bailes orientales, de los cuales pasará a convertirse en una verdadera apasionada.

Su matrimonio resulta ser un fracaso rotundo. Regresa a Europa y se divorcia del oficial McLeod, a quien quiere, pero del cual no se siente enamorada.

Bailarina en París

Instalada primero en Holanda y posteriormente en la capital francesa, Lady McLeod comienza a danzar como bailarina profesional. Corre el año 1905. Sus bailes excitan cada vez más a un público que devora este tipo de espectáculos, a los que la joven danzarina aporta un toque de sensualidad y de apasionamiento fuera de lo común.

Materialmente, Lady McLeod se entrega a la profundidad de las danzas malayas, pero le cuesta mucho comunicarse con un público que no busca en ella lo que ella le quiere dar.

Es en aquel año cuando comienza a hacerse llamar *Mata Hari,* nombre que en malayo significa «sol» (literalmente «ojo del día»). Abandona ya los pudores que le han hecho danzar tímidamente ante el público y comienza a bailar desnuda ante unos espectadores que se excitan tremendamente al verla, con su largo talle, hacer ondear sensualmente sus caderas y sus manos, abiertas como lotos.

Una raya blanca corta el pelo de azabache que ella remata en dos grandes trenzas, con las cuales conserva el aspecto infantil, casi de indefensión, que la caracterizó toda su vida. Soporta estoicamente las ordinarieces procedentes de las primeras filas de los teatrillos, luego teatros, donde danza hasta altas horas de la madrugada.

Su nombre comienza a ganar un cierto respeto artístico en algunos cenáculos parisienses a



A sus pies cayeron rendidos políticos, intelectuales, aristócratas...

costa de su tesón. Con el tiempo, su rostro y su expresión parecen avanzar por el sinuoso camino del enigma. Sus relaciones amorosas, muy ricas, se orientan sobre todo hacia los militares de alta graduación, que la cortejan con una enorme y siempre interesada delicadeza.

Cientos de ramos de rosas pueblan a diario su camerino, donde las chisteras más elevadas y los fracs más soberbios del París que acaba de estrenar nuevo siglo desfilan cotidianamente.

Incomprensión

Entre saludo y saludo *Mata Hari* sufre profundamente la incomprensión de sus propios sentidos, que únicamente el baile logra satisfacer plenamente. No es una gran bailarina —ella lo sa-

Mata Hari *justificaba su desnudez y los movimientos sicalípticos de sus danzas invocando los ritos inmemoriales de los bailes sagrados javaneses. Tras sus días grises como mujer de un funcionario militar colonial, vivirá en el París de 1906 posando desnuda como modelo y lanzándose luego al mundo del espectáculo y el escándalo. Uno de sus hombres, el capitán Ladoux, jefe del contraespionaje francés, la convertirá en la agente H-21, pero pronto se descubrirá su supuesto doble juego, tras un viaje que hace a Madrid en 1916 para entrevistarse con el agregado militar alemán, Von Kalle.*



Una última foto despojada de todos sus encantos.

Partida de nacimiento de Mata Hari.



Bewijs van inschrijving

de registers van den burgerlijken stand der gemeente LEEUWARDEN.

No. 560.

Op den 7 Augustus 1876

te LEEUWARDEN geboren:

Margaretha Geertruida Zelle

Zoon
Dochter van

be—, pero sabe también que su calidad no depende de lo que los demás digan sobre su danza, sino en primerísimo lugar de la compenetración que ella logre consigo misma y de la armonía entre sus movimientos, susceptibles de ser transmitidos luego al público.

La sociedad francesa, de memoria tenaz, que ahora acudía entre frívola y admirada a ver danzar a aquella bella holandesa venida de Java, no había podido olvidar las viejas afrentas de sus vecinos, especialmente Alemania.

La patria de Federico el Grande comenzaba a rumiar las mieles de la victoria militar e industrial conseguida tras los desarrollos de aquella posguerra, aparentemente feliz, que tuvo su origen en el desastre francés de Sedán.

Francia no olvidaba, como no olvidó años antes cuando estalló el asunto Dreyfus, las viejas pasiones que consumían su alma, siempre tan nacionalmente excitada por la llama de un patriotismo incomprensible para quien no ha nacido en el exágono de las praderas verdes y de las landas interminables.

Esta fronda inacabada tomaba cuerpo progresivamente y hacía hervir el clima psicológico que acompañó a la feroz Primera Guerra Mundial. En este ambiente de víspera fatídica de la primera gran conflagración sobreviene el origen del drama de nuestra enigmática bailarina, un episodio que conmovió a una Europa que, incluso hoy, carece de todas las claves para entender la muerte de aquella holandesa desdichada.

Corría la primavera de 1916. La bailarina que un día se llamó Margarita Gertrudis Zelle entró en contacto con un alto oficial de la *Wermacht,* cónsul germano en La Haya, según se recoge en la oscura información de su proceso posterior. El oficial ofreció una fuerte suma a *Mata Hari* a cambio de que le suministrase todo tipo de información durante su inmediato viaje a París, donde ella mantenía excelentes contactos en el medio castrense.

La delación

Delatada casi inmediatamente de iniciar un breve escarceo de espionaje, fue detenida por las autoridades militares francesas. Comienza a partir de entonces el sufrimiento por probar que ella no era una profesional del espionaje, sino sólo una mujer confundida, deseosa de explorar sus emociones en una dimensión de tan gran intensidad como aquella, a la que accedió, presumiblemente según sus defensores, por su mera pasión hacia el cónsul, del cual se cree que estaba arrebatadamente enamorada.

De acuerdo con los testimonios de la infortunada bailarina, ella intentó por diversos medios

trabajar para la red de espionaje francés en Bélgica, ocupada entonces por los alemanes. Sin embargo, omitió informar a sus contactos de un detalle que resultaría decisivo y terrible: no dijo a los jefes del espionaje francés que ella, previamente, había colaborado con los espías germanos.

Poco después, loca por probar a toda costa su inocencia, aseguró que su deseo era poner a favor de la causa de los aliados, en el interior de Alemania, al duque de Brunswick-Lüneburg, Ernesto Augusto, también heredero del ducado de Cumberland.

Probablemente fueron los británicos quienes delataron la duplicidad de la danzarina y pusieron al descubierto ante los franceses sus negociaciones secretas con aquel oscuro y astuto cónsul germano en La Haya. Detenida nuevamente por los franceses, las sospechas a su alrededor se fueron agigantando; tanto que, sin contemplaciones de ningún tipo, pasó a una prisión el 13 de febrero de 1917.

Un tribunal militar la juzgó meses después y decidió condenarla a muerte por espionaje a favor de una potencia extranjera, Alemania. Su juicio, que duró dos días, estremeció de pasión a los europeos, que comenzaban a salir de la oscura gruta de la primera de las guerras más terribles.

Con lágrimas en los ojos y los recuerdos puestos en la lejana y misteriosa isla de Java, *Mata Hari* compareció ante un pelotón de ejecución, que descargó sobre su bello y esbelto cuerpo doce balas de plomo que acabaron con una vida rodeada por fuera de rosas perfumadas, pero nutrida realmente por la incomprensión y la infelicidad más aciagas.

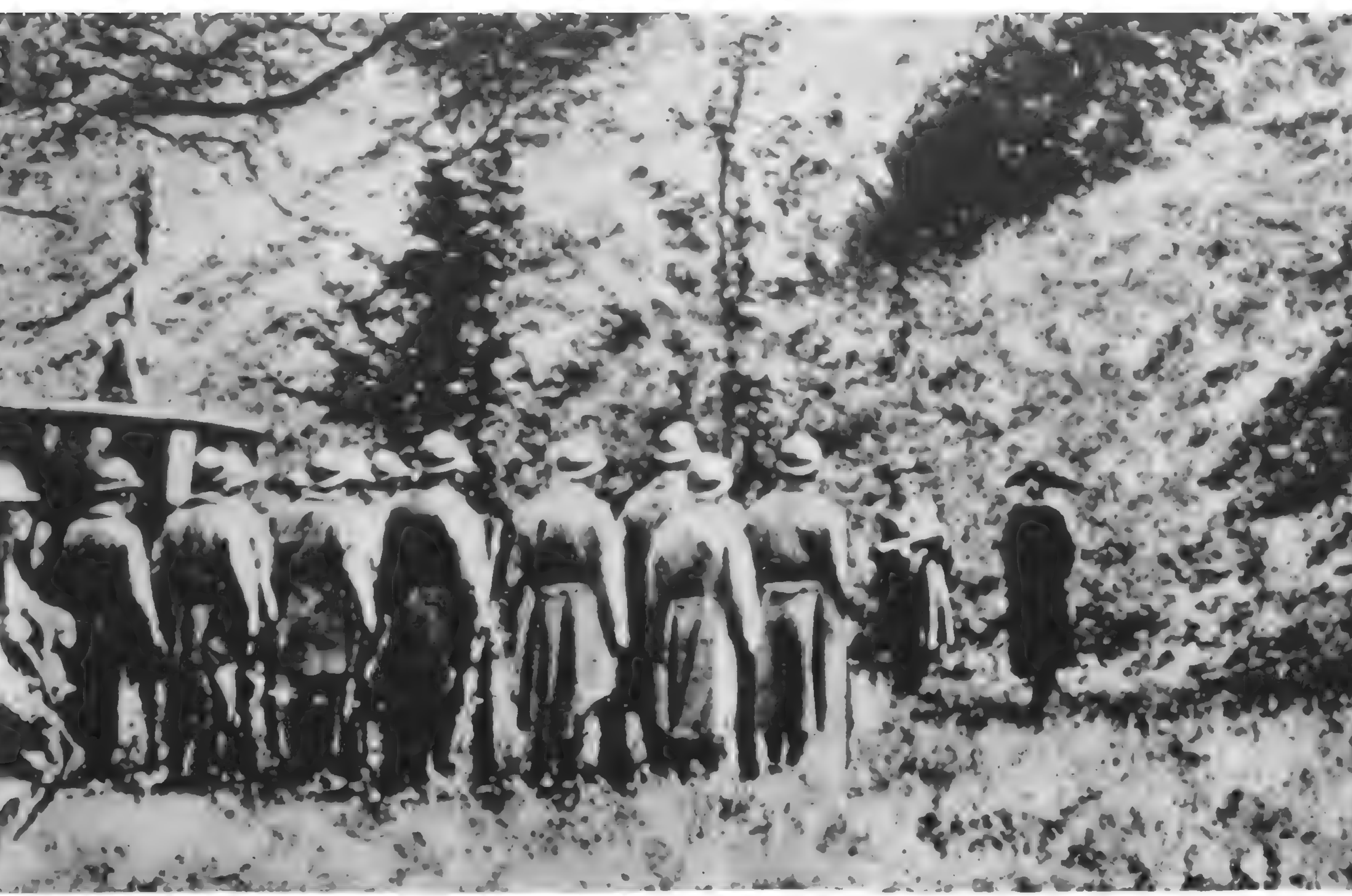
Cincuenta años después de su muerte, las autoridades francesas se negaron a revelar detalles ocultos de aquella extraña muerte, cuyas causas nadie descarta que pudieran obedecer más a la psicosis de espionaje que recorrió una Europa devorada por la guerra, que a la gravedad de unas actividades con certeza más próximas al carácter lúdico de su protagonista que al sórdido actuar del crudo y feroz espionaje bélico.

R. F.

1917

«Mata Hari»: bailarina o espía

Denunciada el 13 de febrero de 1917 por «inteligencia con el enemigo» y por haber recibido dinero de los alemanes, nadie sabe por qué tipo de servicios, es acusada en consejo de guerra por el teniente Monet y defendida por el abogado Clunet, que luego declarará haberse enamorado de ella durante el proceso. El 15 de octubre fue fusilada en Vincennes, a los 41 años de edad. Parece que se negó a que le vendaran los ojos y afrontó el pelotón de fusilamiento con una gran entereza, momento que recoge la foto de prensa publicada bajo estas líneas. En la página opuesta, arriba, fotos tomadas en la cárcel a la supuesta espía. Abajo, partida de nacimiento de Margarita Zelle, una holandesa que supo vivir intensamente su época.



Vincennes 1917: Mata Hari *muere fusilada a los 41 años.*



Aunque la España de 1917 supo mantenerse al margen de la contienda bélica que asolaba Europa, se produce en esta fecha una eclosión de inestabilidad social en múltiples facetas de la vida nacional. Quizá la

LA CRISIS DE 1917

EN este año se producen hechos que influirán decisivamente en la historia: Estados Unidos interviene en la guerra que hasta entonces se calificaba de europea, los alemanes habían iniciado la guerra submarina total, y en Rusia,



cuya estabilidad política se tambaleaba, fue destronado el zar, se formó el gobierno presidido por Kerenski, regresó Lenin de su destierro y, por fin, los bolcheviques asaltarían el poder.

En España, cual si convergieran en un haz, hicieron crisis problemas que, procedentes de tiempo atrás, se agudizaron en los últimos años como consecuencia de los deseos de mayor libertad y justicia que conmovían a los hombres, y de las convulsiones que sacudieron a la sociedad.

neutralidad no es tan fácil. Quizá no es tan fácil mantener callado a un pueblo descontento. Quizá la crisis de la guerra se vivía también en la paz. En la foto, un huelguista es detenido por dos agentes de policía.

Pros y contras de la neutralidad

La neutralidad había traído a los españoles una prosperidad económica más ficticia que equitativa, que enriqueció a cierto número de ellos, y sin embargo contribuyó en menor proporción de la esperada al progreso del país, y desencadenó la subida de los precios de los artículos de primera necesidad en medida muy superior al incremento de los salarios, con lo cual se agudizó el malestar y se multiplicaron los conflictos sociales. Las exportaciones, que en muchos casos eran operaciones de contrabando, aumentaban de manera espectacular mientras que las importaciones disminuyeron en razón de las circunstancias bélicas, provocando escaseces cuyas víctimas fueron las clases trabajadoras.

Al margen de privaciones, pingües negocios y enfermedades, la guerra apasionó a los españoles y fue causa de nuevas disensiones o del ahondamiento de las que existían; entonces se dividieron en francófilos y germanófilos. Entre los últimos predominaban los de extrema derecha y los conservadores y latifundistas; francófilos eran los industriales y hombres de negocios, los políticos liberales y los de izquierda. Hombres públicos como el conde de Romanones (que además de propietario de minas, era latifundista conspicuo), Unamuno y Alejandro Lerroux, propendían a la intervención en la con-

La vida cotidiana durante la huelga general.

La huelga general de 1917 fue, junto a la Semana Trágica de Barcelona de 1909, un serio aldabonazo de advertencia al régimen y a la Monarquía de que era necesario cambiar algunas cosas para evitar el estallido revolucionario general. Arriba, un grupo de mujeres aguardan ante una panadería madrileña, junto a un grupo de guardias. Abajo, dos policías suben a un huelguista detenido a un carro celular, que lo conducirá a comisaría o al cuartelillo. La represión fue dura tanto en el campo como en las ciudades.



Un detenido sube al coche celular. No fue el primero ni el último.

tienda. Intelectuales y artistas se inclinaban por los aliados en su gran mayoría, aunque fueron germanófilos Jacinto Benavente y, por razones distintas y aun opuestas a los demás, Pío Baroja. Incluso dentro de Palacio se dieron antagonismos: la reina madre era austriaca, y la reina Victoria Eugenia, inglesa.

El descontento de la situación política, y aun de la situación a secas, era general; todos se sentían impulsados por imperiosos deseos de renovación total que, si calaban más hondo en las minorías de punta, se extendían a la clase media, al proletariado industrial y a determinados sectores campesinos. Se exigían cambios políticos, mayor eficacia y honestidad en la anquilosada burocracia, modernización de las costumbres; los españoles deseaban escapar de la inercia, romper con un pasado cuya ilusoria grandeza el desastre colonial había revelado vana. Había que terminar con la influencia y la intromisión clerical, el centralismo sistemático, la ineficacia. Los mecanismos electorales de la Restauración —léase caciquismo— estaban periclitados. Ocurría que los políticos que ocupaban los primeros planos adolecían de mediocridad; Antonio Maura ya no era aquel líder conservador que predicaba la revolución desde arriba, y Romanones, Dato, Alba, García Prieto, La Cierva, Sánchez Guerra, eran personajes de segunda fila incapaces de solucionar los problemas pendientes.

Juntas de Defensa

Van a producirse, pero no a converger, en la crisis que se plantea —que estalla— en 1917 tres movimientos que, de haber buscado equilibrio entre ellos y unido sus energías, hubieran podido cambiar el curso de la historia de España. Estos movimientos fueron: las Juntas de Defensa, la Asamblea de Parlamentarios y la huelga general revolucionaria. Los militares, los burgueses catalanistas y moderadamente progresistas, unidos a los republicanos, y el proletariado dirigido por los socialistas, obraron atendiendo a sus propios fines e intereses; el cambio no se produjo.

La primera Junta de Defensa del Arma de Infantería, constituida en la guarnición de Barcelona en 1916, no se manifestaría hasta principios de 1917. Su cabeza visible era el coronel Benito Márquez. Las Juntas se extendieron pronto a los demás cuerpos y armas, y poco después a los funcionarios del Estado. De las Juntas militares estaban excluidos los generales y, por abajo, los suboficiales. Algunos las han calificado de sindicatos, y si es cierto que planteaban reivindicaciones profesionales y económicas, incluso retributivas, las pretensiones eran más amplias y, por su protesta contra lo estatuido, tenían connotaciones políticas. De carácter semisecreto, mantenían reservados los nombres de quienes se adherían a ellas, que se sometían a una disci-



La represión ordenada por el gobierno fue dura.

La huelga general revolucionaria de agosto, apoyada tanto por socialistas como por anarquistas, paralizó completamente la vida laboral y económica del país, originando una crisis política que no se solucionaría hasta el 1 de noviembre. Cerraron fábricas, tiendas y servicios, y se produjeron numerosos enfrentamientos entre fuerza pública y huelguistas. En la foto, los transeúntes corren por una calle en la que todas las tiendas están cerradas y los guardias a caballo vigilan y disuelven la formación de cualquier tipo de grupo.

plina y obediencia distintas a las de sus mandos naturales. Políticamente, y aunque sus portavoces se declaraban fieles al rey, la actitud resultaba ambigua; su monarquismo no aparecía suficientemente claro, pues combatían a un gobierno y a todo un orden cuya clave de bóveda era el propio monarca.

La respuesta del gobierno

Primero la creación de las Juntas, y después sus posiciones intransigentes, fueron favorablemente acogidas por cuantos se manifestaban disconformes con la situación; todos creyeron que iban a abrir una brecha que facilitaría la implantación de un nuevo estado de cosas; desde los catalanistas, que años atrás se enfrentaron al ejército, hasta los socialistas, aunque éstos lo hicieran con algunos distingos. Entre las facciones y estamentos que se oponían al gobierno y aun al régimen existieron contactos, pero no se consiguieron acuerdos plenos; eran demasiado dispares. Confiaban los unos en la acción de los otros para conseguir hacer prevalecer después sus propios fines y el modelo sociopolítico que pretendían se implantara.



Daniel Anguiano.



En las calles se respiraba un descontento político generalizado.

El gobierno conservador contestó a la fuerza de la huelga, que era claramente política, con la fuerza de la policía, la Guardia Civil y el ejército, después de declarar el estado de guerra en toda España. Detenido el comité de huelga de Madrid, sus miembros fueron condenados por un tribunal militar a treinta años de cárcel, a pesar de la enorme popularidad de que gozaban. Arriba, Daniel Anguiano, uno de los condenados, retratado con su hija en el patio del penal. En la página opuesta, un óleo recoge a tres figuras míticas del socialismo español: Fernando de los Ríos, Pablo Iglesias y Julián Besteiro.

Optó primeramente el gobierno por «ignorar» la existencia de las Juntas, que, sin embargo, eran conocidas por las autoridades militares y civiles, y aun parece que contaban con la benevolencia del rey, quien pensó en utilizarlas como instrumento propio. Después de fuertes tensiones y de haber disuelto oficialmente las Juntas, ante la resistencia de sus componentes, el nuevo ministro de la Guerra, general Marina, hizo arrestar en Montjuich al coronel Márquez y a los otros siete componentes de la Junta Superior. La guarnición de Barcelona, solidarizada con los junteros, estaba en franca rebeldía y le llegaban adhesiones de las guarniciones de toda España. El apoyo político y popular que recibían era considerable. El 1.° de junio fue enviado al gobierno un requerimiento que, a pesar de su respetuosa redacción, era un auténtico ultimátum y revelaba una actitud decididamente sediciosa. En este insólito y trascendental documento se exigía la libertad de los arrestados, la renuncia a cualquier represalia, el reconocimiento de las Juntas de Defensa; el plazo que se señalaba era de sólo doce horas. Paralelamente, desde Barcelona se cursaron a las Juntas regionales órdenes para una auténtica rebelión militar y toma del poder. El gobierno claudicó: los arrestados en Barcelona y otras guarniciones fueron liberados y se accedió a las exigencias de las Juntas. El gobierno, y aun el sistema, se tambaleaban; García Prieto tuvo que dimitir. Ni el rey ni los políticos de turno ni las clases dirigentes fueron capaces de advertir el peligro y aprovechar lo caótico de la situación para emprender la renovación regeneradora que exigía el clamor generalizado. El 11 de junio se encargó la formación de nuevo gabinete al conservador Eduardo Dato.

Diputados y senadores en Barcelona

Desde el 26 de febrero permanecían cerradas las Cortes, y los políticos más capacitados, y en cabeza de ellos Francisco Cambó y los hombres

de la Lliga junto con los progresistas y republicanos, exigían su apertura para debatir la situación. No fueron atendidos.

Por estas causas y por el abismal distanciamiento entre la España oficial y la real, se produjo el segundo hecho subversivo de aquel año: el intento de revolución burguesa. El 5 de julio y con manifiesto apoyo popular se reunieron en el Ayuntamie. o de Barcelona los parlamentarios catalanes de todas las tendencias, presididos por Raimundo Abadal, de la Lliga Regionalista. Fueron poquísimos los diputados y senadores que no concurrieron o que de alguna manera no se hicieron presentes. Cambó, Alejandro Lerroux, Francisco Maciá, los carlistas, los monárquicos y otros que parecían irreconciliables asistieron al acto. Las conclusiones fueron elevadas al gobierno; se pedía la apertura de las Cortes, que actuarían como constituyentes, para decidir sobre la naturaleza del Estado (autonomías regionales y municipales), solución inmediata de los problemas militares y de los demás que requirieran decisiones apremiantes. De no acceder el gobierno —que no lo hizo— se convocaba para el 19 de julio en Barcelona a los parlamentarios de toda España.

Oleo de Isabel Villar.



ANTONIO MAURA MONTANER, (Palma de Mallorca, 1853-Torrelodones, Madrid, 1925)

Hijo de un fabricante de curtidos, quedó huérfano a los nueve años. Estudió el bachillerato en Palma y a los quince años fue a Madrid para estudiar Derecho. En sus años universitarios hubo de superar sus dificultades para expresarse correctamente en castellano. Acabada la carrera, se inició en el complejo mundillo abogacil de la época en el bufete de Alvarez Bugallal y, sobre todo, en el de Germán Gamazo, un destacado político defensor de los intereses trigueros meseteños, a cuya sombra inició su carrera jurídica, política y personal emparentando por vía matrimonial con su jefe e integrándose en la facción gamacista del partido liberal. Llegó Maura al Congreso en 1881 con un escaño por Mallorca. Ya en 1886 logró una vicepresidencia del Congreso, y en 1892, en un gobierno presidido por el liberal Sagasta, su primera cartera ministerial, la de Ultramar, en momentos difíciles para el dominio de las colonias, que Maura intentó prolongar mediante una serie de medidas descentralizadoras que frenasen el obvio proceso independentista de Cuba. La muerte de Cánovas significó el fin del turno de partidos sobre el que se apoyaba el sistema político de la Restauración borbónica. Las facciones y los personalismos empezaron de inmediato a resquebrajar unos partidos que, más que tales, eran grupos de notables apoyados en el caciquismo como aparato político. Mau-

ra supo navegar con singular habilidad en tan agitadas aguas. En 1901, la muerte de Gamazo le puso al frente de su grupo parlamentario, distanciándose tan rápidamente del liberalismo como se aproximaba al conservadurismo, con el que coincidía cada vez más en muchos puntos: desde la más cerrada defensa de la propiedad privada, que no era más que pánico a la aún muy precaria organización del proletariado socialista y a la violencia desesperada del campesinado anarquista, hasta la total incompresión de las ambiciones de la burguesía catalanista, que comenzaba a articularse políticamente en torno a la Asamblea de Manresa. De modo que, de ministro liberal en 1892, tenemos a Maura de ministro de Gobernación en 1902, aunque esta vez —pequeña diferencia— en un gabinete conservador bajo la presidencia de Silvela. Por entonces intentó Maura sacar adelante su famoso proyecto de ley de reforma de la administración local, el tan repetido «descuaje del caciquismo», que las triquiñuelas políticas del sistema se cuidaron de dejar en proyecto por entonces. En 1903 Maura vería colmada su ambición con la presidencia del consejo de ministros, puesto que volvería a ocupar en numerosas ocasiones. En su primera gestión al frente del gobierno comenzó las negociaciones con Francia para asegurar unas migajas del festín colonial en el que Europa se había repartido el continente africano. El protectorado marroquí sería una continua sangría y un factor perturbador de nuestra historia nacional en el siglo XX. El empeño en mantener los dominios africanos obligó al gobierno de Maura, enfrentado a un conflicto militar cada vez más amplio, a recurrir a los reservistas del ejército. Su movilización desencadenó en Barcelona una revuelta más o menos espontánea, la Semana Trágica (julio de 1909), cuya responsabilidad hizo recaer el gobierno en Francisco Ferrer y Guardia. Su ejecución levantó una ola de protestas en toda Europa que hizo declinar la estrella política de Maura, contra el que, al grito de «¡Maura no!», se coaligaron, en palabras de Alfonso XIII, «media España y más de media Europa». De las juventudes mauristas salieron muchos de los elementos que durante la Segunda República habrían de nutrir las filas de los partidos derechistas y los grupos fascistas.

Antonio Maura se mostró contrario a la convocatoria. El gobierno recurriría a todo género de presiones y aun de artimañas; acusó de separatistas a los organizadores, hizo circular la noticia de que se trataba de una maniobra de los aliados, se formularon amenazas, suspendió periódicos, una vez instaurada la censura, y reforzó la guarnición de Barcelona. Cambó desarrollaba una intensa actividad proselitista, y los organizadores de la Asamblea recomendaron con insistencia a los barceloneses que mantuvieran el orden público para no dar pretextos a la intervención de los guardias. Hubo contactos con los militares junteros, pero los mutuos recelos no permitieron llegar a acuerdos. La actitud de Cambó y de los catalanistas era en esta ocasión evidente mentís a las acusaciones de separatismo que se les hacían. Sesenta y ocho entre senadores y diputados se reunieron el 18 de julio en Barcelona; y diez más se adhirieron al acto. Además de Raimundo Abadal, que presidía, y de Cambó, Lerroux y Ventosa, hay que destacar la presencia de Pablo Iglesias, Hermenegildo Giner de los Ríos, Melquiades Alvarez, Roberto Castrovido y Marcelino Domingo. Como la Asamblea fue declarada facciosa por el gobierno, celebraron previamente dos reuniones semiclandestinas. En la reunión pública se nombraron comisiones para estudiar los distintos problemas planteados, pero aquélla apenas pasó de simbólica, porque después de distintos incidentes fue disuelta por el gobernador civil en persona, asistido por la policía y la Guardia Civil. Los asambleístas recibieron muchas muestras de solidaridad por parte del público barcelonés y adhesiones de toda España. La rigidez impuesta por la censura consiguió en parte ocultar y desfigurar momentáneamente los hechos.

La huelga general revolucionaria

En aquel verano convulso, cuando la autoridad parecía hallarse en quiebra, se produjo la tercera acometida contra el gobierno y el régimen: la huelga general revolucionaria. Era consecuencia de la injusticia social, la desfavorable coyuntura económica, la incapacidad y egoísmo de las clases dirigentes y las numerosas huelgas parciales que venían sucediéndose. A causa de un conflicto planteado por obreros ferroviarios hubo que adelantarse a las fechas previstas, y la huelga estalló el 13 de agosto. Su incidencia fue desigual: el paro se registró en mayor proporción entre los obreros de la industria y afectó muy poco a los agrícolas, que en su casi totalidad no lo secundaron. Las máximas tensiones y los choques se produjeron en Madrid, Barcelona y demás zonas fabriles de Cataluña, Valencia, Zaragoza, Burgos, Vitoria, Vizcaya, Santander, en las cuencas mineras de Asturias, León, Huelva, Murcia, y también en Galicia y otros puntos.

La huelga general estaba dirigida por los socialistas, puestos de acuerdo previamente con la



El director del penal lee a los dirigentes de la huelga su orden de libertad.

CNT. El comité estaba integrado por Julián Besteiro, Largo Caballero, Andrés Saborit y Daniel Anguiano. Funcionó en Barcelona otro comité de componente sindicalista; formaba parte del mismo Salvador Seguí, y de coordinador actuaba Angel Pestaña. Ambos se entrevistaron previamente en Madrid con Besteiro y Largo Caballero. Estos últimos habían mantenido asimismo contactos con Lerroux, Marcelino Domingo, Melquiades Alvarez; por su parte, Francisco Maciá había prometido apoyos armados a los sindicalistas catalanes. No fue la huelga de 1917 movimiento reivindicativo sino intento de revolución social; el peor error consistió en confiar, sin fundamento sólido, en la neutralidad de los militares junteros y en los burgueses de la Asamblea. La respuesta del gobierno estuvo encomendada a la policía, a la Guardia Civil, de Seguridad, y al ejército una vez declarado el estado de guerra. A pesar de que los socialistas preferían una huelga pacífica, o así lo declaraban, las fuerzas gubernamentales reprimieron los motines con enérgica dureza. Hubo cargas, choques, tiroteos; los soldados hicieron uso de las ametralladoras. Muertos y heridos sumaron un elevado número y, como siempre, las bajas sufridas por huelguistas y transeúntes superaron en mucho a las de la fuerza pública. En Madrid, una revuelta de los presos de la cárcel modelo ocasionó bajas entre funcionarios y soldados; ocho presos resultaron muertos, de ellos seis ejecutados sobre el terreno. Oficialmente se dieron como fallecidos en toda España, setenta y uno. Más de la mitad del total en Barcelona y Sabadell; doce en Madrid, y en número decreciente en Yecla, Riotinto, Vizcaya, Miranda de Ebro, Requena y Alcalá. Algunos autores dan números más elevados; probablemente los muertos fueron más, bien por defecto de las cifras, bien porque entre los incontables heridos varios de ellos perderían después la vida.

De la desilusión a la dictadura

El carácter revolucionario de la huelga, quizá agravado por el hecho de que se exhortara a los soldados a adoptar una actitud pasiva, hizo que el ejército actuara con unanimidad a pesar de la reciente postura de las Juntas. En cuanto a la burguesía liberal, salvo los políticos izquierdistas, se asustó al comprobar que las cosas iban más allá de sus fines y conveniencias. El comité de huelga de Madrid fue sorprendido y apresado el día 14. Condenados sus componentes por un tribunal militar a treinta años, permanecieron poco tiempo en presidio por cuanto en las próximas elecciones salieron elegidos diputados. Los mítines y las manifestaciones pidiendo la amnistía fueron numerosos y multitudinarios. El apresamiento de Marcelino Domingo, dada su condición de diputado, promovió muchas protestas. La Lliga y principalmente Cambó, que era su líder, forzados por las circunstancias a elegir entre el orden y la revolución, optaron por aquél. Dos regionalistas participaron en el nuevo



El comité de huelga en el penal de Cartagena.

En esta misma página, Julián Besteiro, Daniel Anguiano, Francisco Largo Caballero y Andrés Saborit, el comité de huelga de Madrid en pleno, leen el correo en su celda del penal de Cartagena. Fue tal la movilización popular (correo, visitas a las cárceles, etc.) solicitando la libertad de los dirigentes detenidos, apoyada por los burgueses reformadores, que en poco tiempo fueron amnistiados. En la página opuesta, el director del penal de Cartagena, leyendo la orden de libertad para los miembros del comité de huelga. Como las reformas no se hicieron a tiempo, los años siguientes a 1917 pasarían a la historia de España como fechas de gran inestabilidad social, caracterizadas por la violenta espiral de terrorismo y represión.


Anguiano tras su liberación.


La multitud aclama al comité de huelga que acaba de llegar a Madrid.

gobierno, que se formó el 1.° de noviembre y que calificaron de «concentración». Lo presidía García Prieto. Las Juntas, por su parte, apoyaron —impusieron, se dice— a La Cierva para ocupar la cartera de Guerra. Poco después, el propio Francisco Cambó formaría parte de una nueva reorganización ministerial.

Quedaba sofocada la revolución proletaria, abortado o diluido el intento de reformismo burgués y definitivamente hundido el sistema de la Restauración. Mientras los políticos fracasaban y perdían prestigio, los militares, tras diversas alternativas, conseguían mayor influencia política. En el futuro inmediato España pasaría por tremendas vicisitudes con predominio de lo negativo: nuevos desastres en Marruecos, gobiernos inestables e ineficaces, pistolerismo barcelonés, huelgas y motines, malestar general y atonía económica hasta que, con beneplácito del rey, de las clases dirigentes y de una parte considerable de la población, el general Primo de Rivera implantó en septiembre de 1923 una dictadura militar, dando fin a un capítulo de la historia. A partir de la crisis de 1917, que había abierto un compás de esperanza y ofrecía un abanico de posibilidades, los días —mejor diríamos, los años— de la monarquía y de su sistema político estaban contados. Una sociedad arcaica y esclerosada, un orden y unos géneros de vida se tambalearían al mismo tiempo. Eran trajes que se habían quedado pequeños, no sólo estrechos, sino, frivolizando diríamos, muy pasados de moda, inservibles.

L. R.

EL JAZZ

1917



El rostro del jazz.

Louis Armstrong y su trompeta. La trompeta de Louis Armstrong, primero, y su orquesta, después. Todo un símbolo del jazz, una música diferente, representativa del siglo XX, *nacida al calor de la marginada cultura negra norteamericana. Con su rostro exultante, sudoroso, su ancha sonrisa bonachona pero a la vez inquietante, Louis Armstrong se ha convertido por derecho propio en uno de los «clásicos» de la nueva corriente musical. Una música que no es otra cosa, según palabras de* Duke Ellington *(otro «clásico» del jazz), más que «libertad y ritmo».*

EL año 1917 es clave para la música jazz, pues en él, según cuenta la literatura especializada, se realizaron sus primeras grabaciones. Fue responsable de ellas una orquesta de blancos, la Original Dixieland Jazz Band (también llamada Jass Band o Jaz Band), que obtuvo en dicho año un éxito fabuloso con el disco Victor que acoplaba los temas Livery Stable Blues *y* Original Dixieland One-Step. *La historia, sin embargo, es más compleja que la leyenda; por lo pronto, esa misma banda ya había hecho grabaciones anteriores, un disco con* Darktown Strutters Ball *e* Indiana, *registrado para una compañía diferente el 24 de enero de 1917. Antes incluso, se cuenta que en Alemania habían grabado a una orquesta norteamericana en gira por aquel país. Por otra parte, las primeras ofertas para hacer un disco de jazz no se habían hecho a la «Original», sino a un trompetista negro que entonces era el* Rey: *Freddie Keppard. Lo que sucedió fue que Keppard, músico enormemente celoso de su estilo —tocaba con un pañuelo sobre las manos para que no pudieran copiarle—, decidió no grabar para no dar facilidades a los imitadores.*

José Ramón Rubio, periodista y crítico musical, es el autor de este artículo.

El cigarrillo, el humo en locales cerrados, el sonido transparente y lleno de vida que brota de unos labios abultados, adornados con blanquísimos dientes que contrastan con la negritud de un rostro reluciente, perlado de sudor. Un grito desgarrador de libertad en un ambiente oscuro, rompiendo el silencio y las algarabías de la noche. En el fondo más íntimo del jazz, los cantos de los antiguos esclavos africanos tras las faenas en los campos de algodón o tabaco del Gran Sur de Estados Unidos, los viejos blues y los cantos de entierros y velorios, a medio camino entra la realidad y la fantasía.



Una sonrisa con ritmo de jazz.

Las bandas de Storyville

La música jazz había nacido pocos años antes, con los albores del siglo, en la ciudad de Nueva Orleáns, Estado de Louisiana. Su nacimiento resulta adecuadamente picaresco por el hecho concreto que lo ocasionó: la determinación tomada por las autoridades de acotar la zona que podríamos denominar «de vicio tolerado» al distrito de Storyville. Al amparo de esta decisión, en Storyville florecen locales de entretenimiento que sería injusto, o cuando menos parcial, calificar de casas de prostitución, pues ésta es sólo uno de los servicios que allí se ofrecen: aquellas casas son también hoteles, salas de reunión donde se ultiman negocios importantes, restaurantes, salones de juego, etc. Son casas que, además, rebosan de música: las menores tienen un pianista; las más importantes, orquestas enteras. La competencia entre los músicos reproduce, a escala, la que existe entre los locales donde actúan. Es normal que, al terminar sus sesiones, las bandas salgan a la calle a competir con sus rivales de otros establecimientos. Todos están al tanto para captar lo último que traen los músicos recién llegados, desde el cantante de *blues* que entona su melodía en la calle hasta el intérprete formado en conservatorios que aporta toda la sofisticación de la tradición europea. Todavía no existe el aire acondicionado, y Storyville se llena de ecos contrapuestos a través de las ventanas abiertas. Están también los entierros, en los que las bandas acompañan al cortejo para luego regresar tocando por las calles aires bailables que sirvan para ahuyentar las penas...

Allí surgen las primeras figuras del jazz; por allí circula Jelly Roll Morton, que dice haber nacido allí y haber inventado, también allí, el jazz. Cosa que no conviene creer mucho, sobre todo si proviene de un señor que en realidad se llama Joseph Ferdinand LaMenthe, ha nacido en Gulfport y, a lo que parece, ha hecho profesión no sólo de ser músico excepcional, sino también de contar mentiras.

De este abigarrado origen parte la idea de que el estilo clásico del jazz es el estilo Nueva Orleáns. Sin embargo, la realidad es otra. Nue-





«... porque entonces podrían cobrar fuerzas y rebelarse»

va Orleáns creó un jazz primerizo, una música en estado magmático cuyas fronteras con otras no estaban bien marcadas: no se sabía qué era jazz, qué era *ragtime*, qué era *blues* o qué era simple música de baile como la que se podía tocar en Europa al mismo tiempo: las orquestas de Nueva Orleáns tenían todo eso en su repertorio, y muchas veces mezclado. La instrumentación presentaba un grado de indeterminación similar: las orquestas incluían fácilmente violines y violas junto a banjos y cornetas militares; por otra parte, de la calle llegaban sonidos indescriptibles, producidos con peines, botellas, escobas, baldes y tablas de lavar. Faltaba tiempo para que todo aquello se organizase.

Remontando el Mississippi

Y se organizó en otra ciudad. En 1917, Norteamérica entra en la Primera Guerra Mundial. Nueva Orleáns se convierte en uno de los puertos principales donde embarcan las tropas hacia Europa, y las autoridades piensan que el clima que reina en Storyville puede minar la moral de los soldados. En conclusión, se cierra Storyville, y los que allí trabajan tienen que emigrar hacia otros lugares donde exista demanda de entretenimiento. El punto de destino más común es Chicago, remontando el Mississippi. Allí está el dinero, los grandes negocios; allí han emigrado ya algunos de los músicos de Nueva Orleáns, los mejores, a quienes los grandes locales han ofrecido contratos enormemente lucrativos. En Chicago, en los años veinte, están los mejores músicos de jazz: King Oliver, Johnny y *Baby* Dodds, Freddie Keppard, Earl Hines, el mismo Jelly Roll Morton y muchos otros, entre los que pronto va a destacar un muchachito también de Nueva Orleáns, que toca la trompeta y canta, y que se convertirá en el primer gran virtuoso de la música jazz: Louis Armstrong.

El jazz ya no puede ser la apoteosis desordenada que era en Nueva Orleáns. Ha llegado a todas partes; ha viajado a Europa, y allí ha fascinado a todos, al simple público y a los núcleos de artistas e intelectuales: Ravel, Stravinski, Debussy se han interesado por él. Así pues, el jazz tiene que definirse, que marcar sus límites y que organizar su instrumentación, las voces que le son propias. Surge así, en Chicago, el lenguaje del jazz. Y algo más: el espíritu, la coloración especial del jazz, eso que hace que el oyente reconozca esta música al instante, lo que da a esta música su sello de verdad. Surgen también las escuelas; primero, todos los músicos, aunque no sean trompetas —es el caso del pianista Earl Hines—, quieren copiar a Louis Armstrong, de la misma forma que Armstrong en sus comienzos quiso copiar a King Oliver; después, surgirán las alternativas, los que ponen todo su empeño en ser diferentes, en ser «otra cosa que Armstrong»: el principal de ellos es el trompeta blanco Leon *Bix* Beiderbecke, una de las leyendas trágicas del jazz, un músico brillante acabado por el alcoholismo antes de cumplir los treinta años.

Otra ciudad que adquiere importancia para el jazz en los años veinte es Nueva York. Pero allí las cosas son diferentes. Allí el jazz no predomina, sino que, por el contrario, tiene una fuerte competencia en el teatro musical, las variedades, incluso la ópera y la música llamada «seria»...; el jazz, ante esto, cambia de táctica: se refugia en los clubs de Harlem y trata de acentuar su gancho, apareciendo más «negro». Sus orquestas acrecientan el sonido tribal de la percusión, y se pueblan de sonoridades exóticas, entre las que destaca el gruñido feroz de las trompetas con sordina. Se llama a todo esto *jungle style* («estilo de la jungla»), y su principal creador es un hombre elegante que viene de Washington y a quien todos apodan *el Duque:*

Louis Armstrong, un rostro, una sonrisa, en la foto de esta página y en la de la página opuesta. En todo el jazz, una amplia corriente musical libertaria en la que siempre han coexistido multitud de estilos, el sentido, mejor dicho, el sentimiento del ritmo es algo que puede palparse y que no deja quieta a la sangre, agitada en un antiquísimo movimiento atávico de viejos tambores. El espléndido batería Max Roach, un gran innovador de ritmos jazzísticos escribió: «Se ha querido privar a la comunidad negra de sus grandes maestros de música, porque si los negros se mirasen en esas imágenes de grandeza podrían llegar a olvidar lo que se espera de ellos: que sean humildes, que tengan miedo; porque entonces podrían cobrar fuerzas y rebelarse...»

Edward Kennedy *Duke* Ellington. Nueva York es también la cuna de un estilo pianístico muy peculiar, llamado *Harlem stride* por el peculiar recorrido a saltos de la mano izquierda —*stride* quiere decir «salto» o «zancada»—; sus principales representantes, que subdividen el estilo en dos tendencias, son Willie Smith, llamado *el León,* y James P. Johnson: de la primera escuela ha derivado Ellington, y de la segunda deriva el que muchos consideran el más grande pianista de toda la historia del jazz, el incomparable Thomas *Fats* Waller.

Kansas City, otra capital del jazz

La importancia de Chicago como capital del jazz se difumina al fin de la década de los veinte, coincidiendo con el *crack* económico de 1929. Chicago quedará desde entonces como centro principal de una música colateral con el jazz, los *blues* urbanos, y como cuna de un estilo muy peculiar de tocar el piano, el *boogie-woogie,* que es en realidad una variante especial del *blues* pianístico, identificada por un bajo muy característico de ocho notas por compás. *Blues* urbanos y *boogie-woogie* tendrán su importancia en el nacimiento del *rock-and-roll.*

El jazz nació en el distrito de Storyville, el viejo barrio francés de Nueva Orleáns, convertido en el «barrio chino» que necesitaba el gran puerto exportador de la mayoría de los productos agrícolas del sur de Estados Unidos. Capital del Estado de Louisiana, comprado a Francia por los norteamericanos, al igual que hicieron con Florida a España y con Alaska a Rusia, en ella cristalizó todo el sentimiento y el buen hacer musical de los hijos de los antiguos esclavos.

En cuanto a Nueva York, no ha perdido el carácter de capital del jazz que adquirió en los veinte y todavía hoy es uno de los centros a los que hay que referir la polaridad este-oeste, tan importante en la evolución del jazz. Por otra parte, así como el *boogie-woogie* de Chicago es una forma cerrada en sí misma, el *stride* de Harlem lleva en sí el germen de un nuevo estilo que es casi una nueva música; pero para llegar a ella hay que saltar a otra década y a otra capital del jazz: Kansas City.



Nueva Orleáns.

Que Kansas City, en el estado de Missouri, se transforme en el centro del jazz durante los años treinta se explica fácilmente por su situación geográfica: en el centro de Estados Unidos, en el cruce de todos los caminos y de todas las vías férreas, Kansas City es el lugar idóneo para que se encuentren todos los músicos a quienes la nueva situación económica ha puesto a recorrer el país con sus orquestas, de norte a sur, de este a oeste, en giras interminables. Kansas City es, en los treinta, el crisol en que se funden todas las formas de entender el jazz: allí llegan los músicos de Nueva York, camino de esa California que la depresión ha convertido en nueva tierra prometida; allí baja la música que todavía se hace en Chicago, y se escucha lo que aún proviene de Nueva Orleáns, subiendo río arriba por el Mississippi-Missouri. La música que allí se elabora tiene un nombre, *swing,* y su elaboración parte de unas reuniones multitudinarias, las *jam-sessions,* donde los músicos de todas las procedencias se encuentran y rivalizan en unas interpretaciones a las que se va sin nada preparado, sin ningún arreglo ni idea preconcebida.

Kansas City da una nueva vitalidad al jazz, y un impulso nuevo a sus solistas y orquestas. Walter Page con sus Blue Devils, Andy Kirk con sus Twelve Clouds of Joy, las orquestas de Benny Moten y luego las de Jay McShann y Count Basie son los nuevos nombres: su objetivo, antes que nada, hacer bailar, entretener con su música a las gentes agobiadas por el desastre económico. Y, evidentemente, consiguen su objetivo: durante los años treinta, toda América, y casi habría que decir todo el mundo, se mueve a ritmo de *swing.* Un *swing* cuyas cabezas visibles son las orquestas blancas de Benny Goodman o, ya después, Tommy Dorsey y Glenn Miller, pero cuyo origen —y aquí sí que es obligado hablar de discriminación racial— está en las orquestas negras de Kansas City, o las que hacen la competencia a éstas en las grandes salas de baile de Nueva York, el Roseland Ballroom y, sobre todo, el Savoy de Harlem, donde toca el fabuloso batería Chick Webb con su gran orquesta, o la formación más reducida de los Savoy Sultans, inatacables en su feudo salvo en una ocasión histórica en la que por cortesía dejan ganar a una orquesta de señoritas.

Con el *swing* llegan a su apogeo los *riffs* or-



En Nueva Orleáns comenzaron a proliferar locales donde se escuchaba música jazz.

questales, pequeñas frases que repiten las distintas secciones de la orquesta, en un juego de llamada y respuesta sobre el que construyen sus improvisaciones los grandes solistas: y no sólo los consagrados en épocas anteriores, como Earl Hines, que ahora dirige sus bandas en Chicago; Armstrong, que, tras un accidente en el labio, trabaja en Nueva York con el panameño Louis Rusell, o Coleman Hawkins, omnipresente influencia en el saxo tenor, que dejará para la historia, en 1939, su famoso solo en *Body and Soul;* el *swing* posibilita la aparición de intérpretes increíbles que, si hubiera que resumirlos en uno, encarnarían idealmente en la figura de Lester Young, saxo tenor de la banda de Count Basie. Young, apodado *el Presidente* por su gran amiga, la genial cantante Billie Holiday, que ve en él a un Roosevelt del jazz, plantea al saxo un estilo ligero, intelectual y «moderno», en contraposición a la sonoridad robusta y brillante de Coleman Hawkins, representada en la banda de Basie por el otro saxo tenor, el tejano Herschel Evans.

Después de la guerra

Acaban los años treinta. América recupera el optimismo y se prepara, a ritmo de *swing,* para entrar en otra década, y en otra guerra mundial. A la vuelta de ésta, las cosas habrán cambiado.

En efecto, todo es diferente cuando acaba la guerra. Y no sólo porque algunos de los reyes del *swing,* como Glenn Miller, hayan muerto en ella. Las grandes orquestas están a punto de desaparecer. De una parte, los salarios, seguros, costes de viaje, hoteles, y demás gastos, se han multiplicado. Y no son sólo las orquestas lo difícil de mantener: también empiezan a cerrar los locales que antes las acogían. De otro lado, los conflictos entre las sociedades editoras de música, los *trusts* de compositores, los sindicatos de músicos, las casas discográficas y las emisoras de radio desembocan a veces en huelgas y prohibiciones que afectan a la actividad regular de las orquestas. Además, los cantantes de muchas bandas se han convertido en divos a través de la radio, el cine, y un medio que comienza, la televisión; poseídos de su nuevo *status,* se hacen cada vez más exigentes.

En cuanto a los músicos de jazz, también han adquirido una nueva consideración de sí mismos. Los que en los años treinta eran simples animadores, vehículos de entretenimiento para los grandes públicos, se han dado cuenta de su propia categoría. Han descubierto que no es por

En las calles del viejo distrito francés de Nueva Orleáns proliferaron muy pronto locales, como el que aparece en la fotografía, donde una nutrida representación juvenil escucha a músicos negros interpretar piezas de jazz. «El jazz es una fusión que utiliza técnicas musicales europeas, pero surgió en Estados Unidos, porque sociológicamente este país está hecho con gentes de todas partes. Poco importa que fueran emigrantes o esclavos encadenados, aquí vive gente de todo el mundo», afirma el intelectual y músico negro Max Roach.

A la izquierda, el pianista de jazz Teddy Wilson que inició su carrera musical junto a Louis Armstrong en el Chicago de 1931. Dos años más tarde se trasladó a Nueva York y se incorporó a la Benny Carter's Band, alcanzando la fama en 1935 como miembro del mítico trío de Benny Goodman. A la derecha, el pianista, compositor y director Duke Ellington, *uno de los grandes del jazz de todos los tiempos, recibido en la estación del Norte de París por el escritor francés Boris Vian.*



Teddy Wilson.



Duke Ellington llega a París.

simple curiosidad por lo que entre su público había músicos «serios», y por lo que los grandes intérpretes de música clásica corrían, al terminar sus conciertos, a los clubs donde ellos actuaban. Es más, la música de esos autores serios ya no es extraña para los nuevos músicos de jazz, pues la han estudiado y saben a qué responde. Solistas como el joven Charlie Parker, que antes de la guerra ya destacó en la banda de Jay McShann, o como Dizzy Gillespie, trompetista que empezó en la orquesta de Cab Calloway como imitador de Roy Eldridge, exigen una nueva consideración para el músico de jazz, que es capaz ya no sólo de divertir, sino también de crear arte.

De las últimas orquestas *swing,* Parker, Gillespie y los suyos irrumpen en el principal reducto de las *jam-sessions* tras la guerra, la calle 52 de Nueva York, dispuestos a imponer sus sonoridades chocantes. Siguen improvisando sobre canciones conocidas, pero toman de éstas nada más que la estructura armónica, sustituyendo la melodía original por otras intrigantes y enrevesadas que inicialmente bautizan con nombres estrambóticos: *Woody'n'you, Shaw'Nuff.* Buscan cuanto antes llamar la atención: Gillespie toca con abrigo y guantes y adopta una trompeta de configuración extraña, doblada hacia arriba en ángulo de cuarenta y cinco grados; Thelonious Monk, pianista de técnica extravagante que es uno de los cerebros del nuevo jazz, manifiesta su desprecio al público tocando de espaldas a él. La música que ellos crean, y que tiene como escenario principal el club Minton's, de Nueva York, recibe un nombre que resulta apropiadamente extraño, sincopado: *be-bop.*

En torno al *be-bop* —que pronto se simplificará, y quedará en *bop*— se crea una agria controversia que afecta a la crítica, a la afición y también a los músicos. Con el *bop,* dicen, no se puede bailar. Y, efectivamente, así es: pero los *boppers* aspiran a ser artistas, a que se les escuche y no se les tome como mero pretexto. El *bop,* vuelven a argumentar sus detractores, pierde el pulso del jazz, no tiene *swing;* no es así, sostienen los *boppers:* simplemente, lleva el *swing* a otro terreno, más acorde con los tiempos. Y si es cierto que el público negro en un primer momento rechaza el *bop,* no es menos cierto que en los orígenes de éste se encuentra la llama del orgullo racial, del músico negro que no se resigna a ser un payaso a sueldo de los blancos y que busca su propia afirmación a través de lo que hace: la música jazz.

Al margen de la controversia, el *bop* se va extendiendo. Es una música que va, en sus inicios, más al cerebro que al corazón, y por ello los blancos, que siempre han intentado emular a los negros, encuentran ahora más fácil su objetivo: el *bop* parte de unas enseñanzas académicas que los blancos tienen o pueden adquirir, y los solos de los primeros *boppers* pueden ser transcritos, reproducidos y analizados por sus primeros discípulos blancos.





Ella Fitzgerald.

A la gran cantante de jazz, Ella Fitzgerald, se la ha llamado El ruiseñor negro, La reina del swing *y hasta* La más grande, *como gustaba de mencionarla el también mítico Bing Crosby. «Tanto su voz como su personalidad rezuma el sabor de lo auténtico...; podría cantar con ritmo hasta la guía de teléfonos», escribió de ella recientemente un crítico musical italiano.* La madre negra, *como suelen identificarla sus hermanos de raza, grabó su primer disco* (Are you here to stay) *en 1935, ganando sólo 35 dólares. En 1938, su versión en jazz de la popular canción* A tisket-a-tasket *le llevó a vender un millón de discos, y entre 1955 y 1957* La reina del swing *alcanzó la cifra de 30 millones de discos vendidos. Tras cuatro matrimonios fracasados y roto su idilio con un músico sueco, la Fitzgerald declaró en 1983, a sus 65 años: «Mejor estar sola que sentirse fea frente al hombre para el que se desearía ser bella».*

Las orquestas dedicadas al jazz que aún quedan ven en el nuevo lenguaje un vehículo de subsistencia, pues, al ascender de categoría la consideración del jazz, puede éste ser llevado a las salas de conciertos, del mismo modo que Benny Goodman accedió, en 1938, al Carnegie Hall de Nueva York no para hacer bailar al público, sino para mostrar la categoría de sus solistas e invitados. Aparece así un nuevo jazz para orquesta, cuyos creadores son predominantemente blancos: Jimmy Giuffre, arreglador de la banda de Woody Herman y creador en ella de un nuevo sonido para la sección de saxofones, que se bautizará como sonido *brothers;* Claude Thornhill, que tiene en sus filas al saxo barítono y arreglador Gerry Mulligan; en fin, gente como Boyd Raeburn y Stan Kenton, que llama a lo que hace «jazz progresivo».

Discusiones sobre el color del jazz

A comienzos de los años cincuenta, da la sensación de que el color del jazz se ha vuelto casi blanco, y su centro de gravedad se ha desplazado al oeste, a San Francisco y, sobre todo, a Los Angeles, donde se practica un estilo que se denomina «frío», el *cool jazz.*

Los que hoy, mirando hacia esa época, menosprecian el *cool* olvidan muchas cosas. En primer lugar, que el bautismo de este estilo corresponde a un músico negro, el trompeta Miles Davis, que había tocado con Charlie Parker y que, en 1949, dirigió unas sesiones que se denominaron *Birth of the Cool;* en segundo lugar, que ese bautismo del *cool* tuvo lugar en la costa este, pues las mencionadas sesiones tuvieron lugar en Nueva York. Por lo demás, el *cool* fue el último esfuerzo de los músicos de jazz por quitarse el estigma que parecía pesar sobre ellos a causa de la música que tocaban: la solución que propugnaron fue liberar al jazz de todo contenido que no fuera el puramente musical. Por otra parte, no se puede olvidar que hubo muchos tipos diferentes de *cool,* desde el de los simples intérpretes que provenían de las bandas de Herman o Kenton hasta la escuela de pensamiento musical del pianista ciego Lennie Tristano, pasando por el *bop* clasicista del Modern Jazz Quartet, cuyo director, el pianista John Lewis, reivindicaba para los conciertos de jazz el mismo ceremonial que para esa música clásica que él había estudiado y cuya escritura dominaba.

Lo que perdió al *cool* fue su falta de emoción. Todo lo que tenía de búsqueda y experimentación se perdía tras una superficie plácida que lo convertía en la típica música de fondo, con la que uno se podía tomar una copa y presumir, al tiempo, de intelectual. Arreglos orquestales de mérito recibían la misma consideración que las vulgares instrumentaciones con que se ponía fondo a los cantantes de moda. El *cool* era una música para especialistas, pero todos podían decir que amaban el *cool.*

Arriba, al piano, Duke Ellington, *que llegaría a ser «famoso y elegante como un duque negro», según su propia aspiración juvenil, actuando en 1930 junto al guitarrista blanco Eddie Condon (derecha). Abajo, la pareja formada por Betty Tollerson y Tommy Adams bailan bajo un arco de trombones de varas en el famoso Savoy de Nueva York, siguiendo el ritmo musical del «jazz caliente» de la George Hudson's Band.*

Pero, además, era incierto que el jazz tuviese que perder su emoción, aquella coloración específica que adquirió en los años veinte, para convertirse en una música de altura. La reacción no se hizo esperar, y partió, como es lógico, de los músicos negros. El orgullo racial que se apuntaba en los orígenes del *bop* había estallado en los años cincuenta. Los negros alardeaban de su propia tradición y, en el terreno musical, exageraron cuanto de ella había en el jazz, a través de un nuevo estilo, el *hard bop* o «bop duro», que se denominaba así porque no era una simple vuelta a los orígenes, al *blues* y los cánticos de iglesia, sino una integración de éstos en el lenguaje creado por Parker y Gillespie en la década anterior. Los jefes de fila de este *bop* duro son el batería Art Blakey, el trompeta Clifford Brown, el saxofonista tenor Sonny Rollins y el pianista Horace Silver; éste, curiosamente, había tomado parte a comienzos de los cincuenta en unas grabaciones espléndidas con uno de los grandes del *cool*, el saxo tenor Stan Getz, que es además uno de los principales representantes del antes mencionado sonido *brothers.* En el jazz son muy comunes estas paradojas, que revelan en realidad que sus músicos están siempre buscando, siempre al tanto de lo último que se hace y siempre dispuestos a derribar las barreras con que otros tratan de sistematizar lo que ellos inventan.

Al margen de este juego de corrientes y contracorrientes, el jazz prosigue en los años cincuenta su lucha por liberarse de trabas. Con el *cool,* y con la escuela Tristano, han surgido los primeros intentos de un jazz completamente libre, desprovisto de las ataduras de una estructura armónica sobre la que es obligado improvisar. Los intentos posteriores de experimentar con un jazz sin forma predeterminada se producen fuera del marco de la escuela *cool.* Son sus principales protagonistas un músico tejano, Ornette Coleman, que toca un saxo alto de plástico, y un trompetista, Don Cherry, que ejecuta sus solos en un pintoresco juguete denominado *pocket trumpet* o trompeta de bolsillo. Sus creaciones aspiran a no partir de ninguna base ni seguir ningún tipo de guía preestablecida. En esto se asemejan a Tristano y sus discípulos. Se diferencian en que dan a su música, como negros, la peculiaridad expresiva de su raza, traducida ahora en un sentido del humor un tanto siniestro, que llega a los títulos de sus obras: *The Fifth of Beethoven, Humpty Dumpty, Joy of a Toy...*



Duke *Ellington con el guitarrista* Eddy Condon.



Tommy Adams y Betty Tollerson.

El jazz: arte vivo

El otro esfuerzo importante por librar al jazz de las ataduras de la armonía viene por un lado más cerebral, más serio. Sus protagonistas son el que ya fuera inventor del *cool,* el trompetista Miles Davis, y su pianista en el momento que la nueva música surge, el blanco Bill Evans, quien posteriormente se iba a convertir en la principal influencia para todos los pianistas de jazz moderno durante casi dos décadas.

Esta nueva forma de hacer jazz no se basa en secuencias convencionales de acordes, sino en esquemas modales. El solista tiene a su disposición, no una serie de acordes en sucesión, sino una especie de soporte fijo sobre el que puede extender cuanto quiera sus improvisaciones. Davis y Evans hacen la prueba del fuego a este sistema cruzándolo con la más vieja base estructural del jazz, el *blues,* en una grabación histórica llamada significativamente *Kind of Blue.* En el sexteto que toma parte en esa grabación está un joven saxofonista tenor llamado John Coltrane, que a partir de entonces va a tomar el jazz modal como base para su música, pero utilizándolo para fines que, en principio, parecen imposibles de conseguir con este jazz.

Los primeros testimonios grabados de jazz modal suenan a demasiado formales: tienen, si acaso, un deje oriental que los hace incluso agradables. Ello puede, incluso, predicarse del



Durante años el jazz se identificó con el color negro de sus compositores.

primer gran intento de Coltrane en este terreno, su versión del valsecito de Rodgers y Hammerstein *My Favorite Things.* Pero Coltrane va cargando cada vez más de intensidad ese estilo en principio tan sofisticado y frío. Cuando, apenas seis años después, Coltrane abandone ese jazz o, más propiamente, lo incluya en intentos musicales más totalizadores, *My Favorite Things* habrá recibido sucesivos tratamientos por los cuales se habrá convertido en el himno de la vanguardia negra más radical. El mismo Coltrane habrá pasado de stajanovista del saxo tenor a auténtico líder racial.

Y aquí se produce otra de las grandes paradojas del jazz. Mientras que la liberación de esta música por vía de la forma ha llevado a la transformación radical de todo su contenido, de todo su mensaje, la libertad total preconizada por Ornette Coleman y Cherry ha accedido a los círculos intelectuales y se ha convertido casi en un objeto de análisis para especialistas. Los museos de arte contemporáneo dan cabida preferente a este tipo de jazz entre sus manifestaciones de arte vivo; el disco que contiene la proclama básica de esta música, con el expresivo nombre de *Free Jazz,* va ilustrado en la portada por la tenaz pintura de Jackson Pollock.

Entretanto el jazz se ha desligado, en su evolución, de aquel gran público que, a fines de los treinta, se agitaba unánimemente a los sones de las bandas de *swing.* Esto es algo de lamentar precisamente en los sesenta, cuando el éxito del *pop* y el *rock* ha ganado para la música audiencias innumerables que la siguen a través de todos los medios de comunicación y no dudan en arracimarse, en cantidades increíbles, al reclamo de conciertos y festivales tumultuosos.

Hay que plantearse de nuevo la relación con el público, se dicen los músicos; hay que recuperar lo perdido, se dicen los promotores y ejecutivos de las compañías discográficas, cuyos niños mimados, en épocas anteriores, fueron precisamente los músicos de jazz. La solución más inmediata es fusionar —la palabra es adecuada, y se utilizó mucho por entonces— el jazz, la música que había predominado antes, con las que predominan ahora.

Simplificando mucho las cosas, lo que surgió entonces fue el *jazz-rock.* Pero no se trata simplemente de un fenómeno comercial. Entró de nuevo en juego la consideración que de sí mismos tenían los *jazzmen,* pues ellos se juzgaban capaces de crear, para los nuevos públicos, una música mejor, al tiempo que apta para seguir conectando con ellos. De otro lado, también los músicos de jazz eran público, y no desdeñaban

En la foto, actuación de un grupo de jazz en el mítico local del club Thomas Jefferson, sito en el número 635 de la Bourbon Street, en pleno corazón del viejo barrio francés de Nueva Orleáns, cuna del jazz. Sobre «el color» del jazz opinaba así el músico español Tete Montoliú: «Ser negro es una ventaja, porque los blancos se creen que todo lo que haces en jazz está bien. Lo cierto es que para tocar jazz da lo mismo ser negro que blanco o chino, todo el mundo puede hacerlo, y bien. Ahora, crear nuevos estilos, esto es una cosa que hasta ahora siempre ha salido de los negros, de los negros norteamericanos en concreto».

el *rock;* los *jazzmen* más jóvenes, además, no querían prescindir de ese sentimiento de solidaridad generacional que el *rock* suscitaba mejor que ninguna otra cosa.

Así pues, el jazz se electrifica, se amplifica y acomoda su ritmo al del *rock.* Muchos son los que intervienen en esta transformación, pero el que da con la dirección exacta es, una vez más, Miles Davis. En torno a Miles se concentran todos los músicos que van a dar cuerpo al jazz de los setenta: ya estaban antes con Miles el pianista Herbie Hancock, el batería Tony Williams y el saxofonista Wayne Shorter; a ellos se iban a unir Chick Corea, Billy Cobham, John McLaughlin, Josef Zawinul y muchos otros más. Todos pasarían posteriormente a dirigir sus propios grupos, de nombres solemnes y un tanto pretenciosos: Headhunters, Mahavishnu Orchestra, Return to Forever, Lifetime, Weather Report...

A través del tiempo

Pero la sorpresa fue que, en los setenta, no todo iba a ser electricidad, no todo iba a ser *jazz-rock.* No olvidemos que lo que aquí se está describiendo en todo momento es la vanguardia, la primera línea del jazz en su avance a través del tiempo. Pero el jazz es una música de evolución muy rápida —en esto se parece mucho a otra de las grandes artes del siglo XX, el cine—, y en todo momento las novedades coinciden con el trabajo de los veteranos, con el clasicismo de los supervivientes de Chicago o el *swing* inalterable de Count Basie. Durante los años setenta continúa, además, el trabajo de los grandes eclécticos, como Charles Mingus, contrabajista y compositor que desde mediados los cincuenta y hasta su muerte, acaecida en 1979, mantiene un particular concepto de vanguardia integrada con la tradición que le han ayudado a poner en la práctica, a través de los años, músicos como los saxofonistas Eric Dolphy y Booker Ervin o el batería Danny Richmond. Desde un punto de vista más radical, también es ecléctico el trabajo del grupo Art Ensemble of Chicago, donde están cuatro de los músicos más preparados y concienciados políticamente del nuevo jazz.

Además, algunos intérpretes que provienen del *jazz-rock* reaccionan violentamente en contra de la música amplificada y se alinean en una especie de cruzada en favor de la acústica, a cuyo frente está una de las figuras más influyen-



El Rey del jazz y la Reina de los blues.

En la foto, actuación conjunta, en la década de los cincuenta, del Rey del jazz, Louis Armstrong, y la Reina de los blues, Velma Middleton, gordísima presencia y maravillosa y potente voz, en la ciudad de Saint Louis, Missouri, Estados Unidos. Como consecuencia de la Primera Gran Guerra y el masivo traslado hacia el norte del país de mano de obra barata (negros en su mayoría) para la industria, el centro del jazz pasó de Nueva Orleáns a Saint Louis, Kansas City, Nueva York y hasta Chicago, en la frontera de Estados Unidos con Canadá.

tes de la década, el pianista prodigio Keith Jarrett. Pero la influencia del *rock* no sólo ha ido por el camino de la amplificación. El *rock* ha acercado a la música de occidente la de muchas otras culturas. Este enfoque totalizador, que resulta convenientemente afín a las teorías de McLuhan sobre la «aldea global», conecta también con la aspiración del jazz a convertirse en una especie de folklore universal.

Podría ser éste un buen final para la historia del jazz: el jazz como música universal, como folklore a nivel planetario, donde se integran, unánimes, todas las tradiciones musicales. Pero la realidad no es así. En ese juego dialéctico de oposiciones que caracteriza la evolución del jazz, a la expansión de sus fronteras viene a suceder una nueva afirmación de su propia identidad. El jazz, que parecía haber retornado al estado magmático de sus comienzos, aunque el crisol donde todos los folklores se mezclaban ya no fuera Nueva Orleáns, sino todo el mundo, va a dar paso, a fines de los setenta, a un nuevo clasicismo, que ya no es estático como el de Chicago, sino dinámico e integrador de todos los momentos claves de la evolución de esta música. Así, clásicos serán no sólo Armstrong, sino también Parker y Coltrane. Para la nueva vanguardia, incluso el jazz libre más reivindicante se habrá transformado en academia, en el sentido stravinskiano de este término, algo que es de por sí una cosa útil y hasta indispensable a quienes se inician en el seguimiento de modelos.

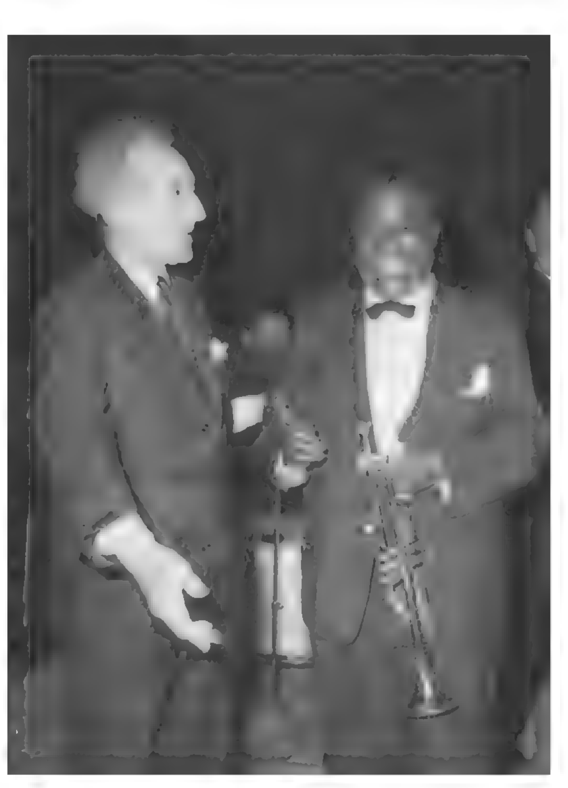
Se reúnen de nuevo grupos que han trabajado en épocas anteriores y a los que el recuerdo ha transformado en leyenda: New and Old Dreams, los antiguos acompañantes de Ornette Coleman; V.S.O.P., los de Miles Davis. Cobran toda su importancia universidades vivientes del jazz, como los Jazz Messengers de Art Blakey, por donde han ido pasando a lo largo de más de veinticinco años quienes se convertirían posteriormente en los más grandes solistas. Por fin, América recupera a sus grandes *jazzmen* que años atrás marcharon a otros continentes en busca de mejores condiciones de vida: la segunda mitad de los setenta contempla así la vuelta a casa de grandes figuras, como Dexter Gordon y Johnny Griffin.

Hay, finalmente, un acontecimiento significativo que se produce precisamente a fines de la década, en 1980. Ese año se cumple el sesenta aniversario del nacimiento de Charlie Parker, y el vigésimo quinto de su muerte. 1980 es proclamado por toda la gente del jazz el año de Charlie Parker. Y resulta que, contemplada con perspectiva histórica la obra de este genial saxofonista, lo que pareció en su momento el punto de máxima ruptura, la división total que marca los límites entre el jazz tradicional y el moderno, es en realidad el punto de máximo clasicismo que alcanza esta música. El jazz se prepara con esta nueva conciencia a afrontar una nueva década.

J. R. R.



Louis Armstrong tras su audiencia con el papa.



Louis Armstrong y Jean Cocteau: la música y la literatura.

Arriba, el veterano músico Louis Armstrong llora de emoción en la plaza romana de San Pedro, tras ser recibido en audiencia privada por Pablo VI, en compañía del también músico norteamericano Lionel Hampton, en febrero de 1968. Abajo, el escritor francés Jean Cocteau entrega a Louis Armstrong un pequeño discóbolo, estatuilla símbolo del Gran Premio del Disco obtenido por el músico en 1961. A través de la música jazz y gracias a su sensibilidad y peculiar sentido del ritmo, los marginados negros norteamericanos pudieron codearse, aunque sólo fuera momentáneamente, con los más altos puestos de la escala social.

CRONOLOGIA

Política internacional

Indignación en Estados Unidos al interceptar un telegrama en el que Alemania instaba a México para que declarase la guerra a Norteamérica.
Levantamiento popular en Rusia. El zar Nicolás II abdica y el poder pasa a un gobierno provisional dirigido por Alexander Kerenski.
Estados Unidos rompe sus relaciones diplomáticas con Alemania al declarar ésta que atacaría a todos los barcos que abastecieran Gran Bretaña.
Nueva Constitución en México, en la que figuran grandes reformas sociales.
El Congreso norteamericano aprueba la declaración de guerra contra Alemania. Al mes siguiente empieza el llamamiento a filas.
Se produce la segunda batalla de Verdún y la tercera de Ypres.
Los ingleses toman Bagdad.
Lord Balfour, ministro británico de Exterior, declara que el pueblo judío debe tener una tierra, Palestina, donde establecerse como nación.
Revolución de Octubre en Rusia. Lenin, al frente del partido bolchevique, toma el poder. Alexander Kerenski parte hacia el exilio.
Venustiano Carranza es elegido nuevamente presidente de México.
Los turcos entregan Jerusalén al comandante de las fuerzas británicas, Edmund Allenby.
Rusia firma el armisticio con Alemania en Brest-Litovsk.
Finlandia declara su independencia frente a Rusia.
El rey Constantino de Grecia, presionado por franceses e ingleses, abdica en su hijo Alejandro.
Georges Clémenceau nombrado presidente del Consejo de Ministros francés.
En España dimite el gobierno Romanones. Nuevo gobierno Dato.



Sociedad

Creación en España de las Juntas Militares de Defensa con el fin de salvaguardar los intereses del ejército.
Fundación del Partido Independiente Socialdemócrata de Alemania.
El papa Benedicto XV ofrece su mediación para la negociación de la paz. Su propuesta es rechazada.
Premio Nobel de la Paz al Comité Internacional de la Cruz Roja.
Karl Gustav Jung publica Psicología del inconsciente.

Economía

Nacionalización de las propiedades y del suelo en Rusia.
Ley de protección y fomento de la industria nacional en España.

Ciencia y tecnología

Ernest Rutherford consigue transformar un elemento químico en otro distinto. Comienza la radiactividad artificial.
Los alemanes utilizan por primera vez un lanzallamas en Cambrai.
Julius Wagner von Jauregg emplea con buenos resultados la fiebre terapéutica contra la parálisis progresiva.

Sucesos

En España se declara una huelga general, que se convierte en revolucionaria en algunas poblaciones.

Deportes

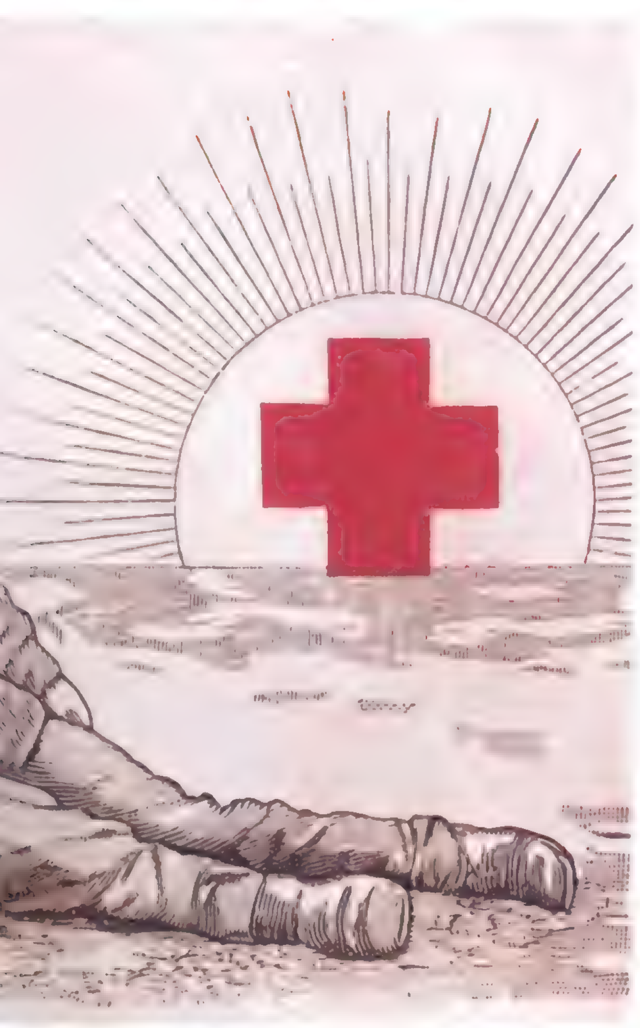
Campeonato de España de motorismo organizado por el Real Moto Club.

Literatura

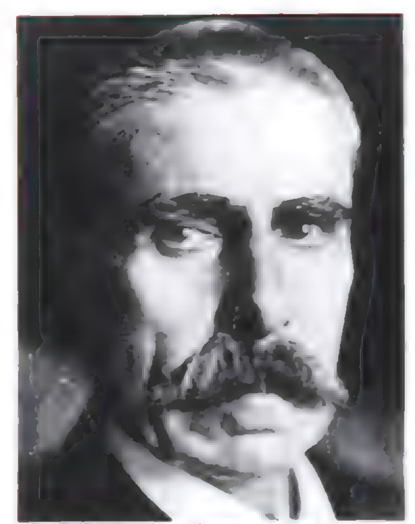
Karl Gjellerup y Henry Pontoppidan, premios Nobel.
Paul Valéry: La joven Parca.
Juan Ramón Jiménez: Platero y yo.
Lion Feuchtwanger: El judío.
Thomas S. Eliot: Prufrock.
Joseph Conrad: El corazón de las tinieblas.
Mary Webb: Ha vuelto a la tierra.
Alfonso Reyes: Visión de Anáhuac.

Cine

Allan Dwan: Robín de los bosques.
Maurice Tourneur: La pobre rica.
Charles Chaplin: La calle de la paz.



La Cruz Roja recibe el premio Nobel de la Paz.



Julius Wagner von Jauregg.



Dibujo para la obra Platero y yo.

Teatro

Guillaume Apollinaire: Les mamelles de Tirésias.

Música

Erik Satie: Parade.
Igor Stravinski: Renard.
Maurice Ravel: Le tombeau de Couperin.
Serguei Prokofiev: Sinfonía clásica.
Max Reinhardt, director del Teatro Alemán de Berlín, el compositor Richard Strauss y el poeta Hugo von Hofmannsthal fundan los Festivales de Música de Salzburgo.
The Original Dixieland Jazz Band son los intérpretes de la primera grabación de jazz.

Pintura y escultura

George Grosz: El rostro de la clase dominante.
Pablo Picasso: Retrato de Olga en una butaca.
Amadeo Modigliani: El pequeño paseante.
Auguste Renoir: La lavandera.
Piet Mondrian: Composición en blanco y negro.
Giorgio de Chirico: Las musas siniestras.
Se funda en Holanda el grupo De Stijl, *formulador del neoplasticismo.*



Amadeo Modigliani: El pequeño paseante.

1918



LATINOAMERICA A PRINCIPIOS DE SIGLO

QUÉ «tranco» avanzan los países americanos herederos de la colonización ibérica en los primeros treinta años de nuestro siglo XX?

Tal vez —y sin tal vez— el tranco irreversible de la afirmación de su personalidad diferenciada, el salir de la indeterminación, incluso de la amenaza de ser asimilados por otros mundos y culturas, y aparecer definitivamente como una comunidad humana distinta, mejor o peor, pero distinta. Pese a todos sus dramáticos desgarrones, empieza a tener conciencia de ser otra comunidad en el mundo.

Ante el cuello interrogante de los cisnes, el poeta nicaragüense se había preguntado: «¿Seremos entregados a los bárbaros fieros? ¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?»

En los años primeros del siglo XX, el interrogante que se cernía sobre el ánimo acongojado de Rubén Darío va a quedar resuelto: no hablaremos inglés, no iremos disolviéndonos en otra comunidad humana: mejores o peores, más libres o más sometidos, seremos otros, formamos ya para la historia futura otra comunidad humana.

José Luis Rubio Cordón, autor de este artículo, es profesor de Movimientos político-sociales de Iberoamérica en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

El rostro de México en 1910. Fotografía de Hugo Brehme.

América Latina, Latinoamérica, Hispanoamérica, Iberoamérica, cuatro denominaciones para una misma realidad, compleja, enigmática y sangrante. Todo un drama humano en una región donde se enclava el 7 por 100 de la población mundial o el 28 por 100 de la población tercermundista, sin incluir China. Con una extensión continental similar a la de la Unión Soviética o a la de Estados Unidos y Canadá juntos, presenta unos rasgos acusados de diversidad que pueden esquematizarse en tres subconjuntos bastante definidos, pero sin perder en ningún momento sus características unitarias. Continente rico en todo tipo de recursos naturales, la desfavorable relación de intercambio comercial fijada contra sus intereses por las potencias que controlan los mercados internacionales hace que la mayor parte de su población viva en el subdesarrollo y la penuria. En la foto, tomada en 1910 por Hugo Brehme, aspecto de un vagón de segunda clase en un ferrocarril mexicano.

Cronología básica 1901-1930

1901 (21 junio) CUBA: «Enmienda Platt» a la Constitución norteamericana que «concede» a Estados Unidos el derecho a intervenir en la isla.
Theodore Roosevelt sucede al asesinado McKinley en la presidencia de Estados Unidos. Intervencionismo creciente en los asuntos continentales.
1902 CUBA: Salida oficial de Estados Unidos de la isla.
1903 (3 noviembre) PANAMA: Se establece la república, independiente de Colombia.
(18 noviembre) PANAMA: Tratado con Estados Unidos por el cual éstos podrán construir un canal interoceánico, adquiriendo el dominio de una zona de 8 kilómetros de ancho a cada lado del mismo.
1904 (17 noviembre) Bolivia cede a Brasil el territorio del Acre.
1905 REP. DOMINICANA: Estados Unidos se hace cargo de la administración de las rentas aduaneras.
1906 CUBA: Segunda intervención norteamericana.
1908 VENEZUELA: Juan Vicente Gómez derroca al dictador Cipriano Castro e instaura su dictadura personal (hasta su fallecimiento en 1935).
1910 (5 octubre) MEXICO: «Plan de San Luis» de Francisco I. Madero, pidiendo el levantamiento contra el dictador Porfirio Díaz (quien detentaba el poder desde 1876). Comienzo de la revolución mexicana.
1911 (25 mayo) MEXICO: Porfirio Díaz abandona el poder.
(6 noviembre) MEXICO: Francisco I. Madero asume la presidencia.
(25 noviembre) MEXICO: Emiliano Zapata lanza el «Plan de Ayala».
1912 CHILE: Fundación del Partido Socialista Obrero por Luis Emilio Recabarren.
CUBA: Tercera intervención norteamericana.
NICARAGUA: Fuerzas norteamericanas se establecen en el país, llamadas por el presidente Adolfo Díaz (permanecen hasta 1925).
1913 (22 febrero) MEXICO: Francisco I. Madero es asesinado. Victoriano Huerta se hace con la presidencia. Rebelión generalizada contra Huerta.
(4 marzo) Woodrow Wilson ocupa la presidencia norteamericana. Giro en la política



Un paseo de La Habana a principios de siglo.



Rebelde cubano.

La afirmación de la propia personalidad

Y esa afirmación se hace como respuesta a una agresión: la agresión del norte continental, de Estados Unidos. Durante todo el siglo XIX ha existido una dominación británica evidente. Pero es como si no se hubiera percibido globalmente, como si sólo unos cuantos, no las mayorías, se hubieran dado cuenta de que, paso a paso, desde los días de la emancipación de las coronas peninsulares, el mundo ibérico del nuevo continente había sido ordenado, sometido a una división internacional del trabajo decidida por Inglaterra. El paso a la dominación norteamericana, por el contrario, se percibe dolorosamente por las mayorías. Y ello hace nacer una gran respuesta colectiva, una afirmación generalizada, de norte a sur, de México a la Tierra de Fuego: *estamos dominados, somos otros, y somos una comunidad.*

Ello se va a producir en los años iniciales del siglo, especialmente a partir de la segunda década del mismo. Como una partida de bautismo. O, mejor, como una confirmación. No un nacimiento, pero sí una toma de conciencia: un nacimiento mental.

Cuando se produce la emancipación de Brasil y de los países hispanoamericanos respecto a la dominación de las coronas portuguesa y española, es de sobra conocido —un tópico ya, pero plenamente fundamentado— que se alcanza, no la independencia —como la habían alcanzado las colonias inglesas en América del Norte—, sino una nueva dependencia, esta vez respecto a una metrópoli con capacidad económica para serlo. Las viejas metrópolis peninsulares no habían alcanzado, desde el punto de vista económico, su adecuación como tales metrópolis, con



Muchas tiranías llegaron disfrazadas de falsas amistades o ayudas.

1918

Latinoamérica a principios de siglo

La isla de Cuba, La perla de las Antillas, *fue junto a Puerto Rico y Filipinas la última piedra de la corona imperial española devorada por el expansionismo norteamericano en 1898. En la página opuesta, arriba, un paseo de La Habana a principios de siglo. Abajo, un rebelde cubano de raza mulata. A la izquierda, cuadro satírico de Manuel Endoza, dedicado al general Eloy Alfaro. La nueva República intenta defenderse de los enemigos que la acosan y especialmente de «sus falsos amigos», «huéspedes» y «camaradas».*

capacidad de absorción de productos primarios y de elaboración de manufacturas. Su dedicación preferente a la absorción de metales preciosos permitió la compra de las manufacturas en el resto del viejo continente europeo, desmantelando la artesanía propia. Ni el intento de los Borbones en España pudo evitarlo. La península Ibérica, desde el punto de vista de la economía, actuaba como intermediaria del naciente imperialismo económico europeo. Pero era una intermediaria molesta y obstaculizadora. Y los criollos propietarios de América —herederos de los errores colonizadores de España y Portugal—, con capacidades inéditas para asumir plenamente el carácter de oligarquía intermediaria de una auténtica metrópoli, acabaron derribando el obstáculo: se emanciparon de España y Portugal y se vincularon directamente con la neometrópoli británica. Constituyeron, así, las primeras «neocolonias».

La «paz» neocolonial

Inglaterra asumió el papel de beneficiaria y de directora de orquesta. Hizo la historia de los viejos —y jóvenes— países hispánicos, trazó, incluso, los límites de algunos de ellos, hizo y deshizo naciones. Tras motines, guerras, convulsiones, triunfos de unos y derrotas de otros, la mano de Inglaterra aparece ejerciendo el papel decisorio. Las provincias del Río de la Plata, nucleadas en el interior artesano y próspero, preindustrial, se constituyen en la Argentina y el Uruguay de la costa, grandes puertos de embarque de los granos, carnes, cueros y lanas que Inglaterra necesita. Tras la guerra del Pacífico, de tan calamitosos resultados para Bolivia y Perú, asoman los intereses británicos. La experiencia diferente —alarmante y escandalosa, «un mal ejemplo»— del Paraguay cae abatida por la Triple Alianza —Argentina, Brasil y Uruguay— en una guerra de auténtico exterminio, para mayor gloria de los intereses de Londres... Ese es el trasfondo histórico del siglo XIX.

Ello había significado:

- El fin de la posibilidad de una independencia verdadera, similar a la que había forjado en el norte Estados Unidos.
- La creación, en su lugar, de un nuevo sistema de colonialismo («neocolonialismo»: países soberanos jurídicamente, ante la ley internacional, pero sometidos económica y políticamente, e incluso mentalmente).
- La adopción, como característica esencial del sistema, de políticas de libertad de comercio (librecambio), que hundieron las posibilidades de crecimiento burgués industrial propio. (Lo contrario de la política puesta en marcha en Estados Unidos.)
- La consecuente inexistencia, durante muchas décadas, de un proletariado urbano industrial y, en consecuencia, de un movimiento sindical propio.
- La fragmentación no sólo física, sino, más aún, mental del mundo iberoamericano, la desaparición de cualquier espíritu bolivariano de «patria grande», para levantar un hervidero de sentimientos de «patrias chicas», recelosas del vecino, en perpetuas beligerancias fronterizas (de las que, con frecuencia, nombran árbitro a la potencia dominadora y azuzadora de las divisiones).
- Finalmente: un sentimiento íntimo de autodenigración colectiva, la idea difusa, pero hondamente inoculada en el espíritu

hacia México, favorable a Carranza.
1914 (21 abril) MEXICO: Estados Unidos ocupa la ciudad de Veracruz.
(Agosto) Comienzo de la Guerra Europea.
Concluyen las obras del canal de Panamá.
REP. DOMINICANA: Nueva intervención de los norteamericanos.
1915 (6 enero) MEXICO: Venustiano Carranza promulga la Ley Agraria.
1916 ARGENTINA: El radical Hipólito Irigoyen es elegido presidente.
NICARAGUA: Tratado con Estados Unidos por el que se otorga a éstos una zona para construir un nuevo canal interoceánico.
REP. DOMINICANA: Estados Unidos asume el gobierno (hasta 1924).
1917 (5 febrero) MEXICO: Se promulga la Constitución elaborada en Querétaro (vigente, con modificaciones, hasta hoy).
PUERTO RICO: El Congreso norteamericano concede a los puertorriqueños la ciudadanía norteamericana.
(Noviembre, octubre para el calendario ruso) Revolución rusa. Comienzo de la construcción del Estado socialista soviético.
1918 (15 junio) *Manifiesto liminar* de los estudiantes de la universidad de Córdoba (Argentina), iniciando el movimiento de reforma universitaria.
1919 (10 abril): MEXICO: Asesinato del líder campesino Emiliano Zapata.
En Buenos Aires se celebra la I Conferencia Socialista y Obrera Panamericana.
PERU: Augusto B. Leguía

ocupa el poder, manteniéndose en el mismo dictatorialmente (hasta 1930).
1920 (21 mayo) MEXICO: Muere asesinado el presidente Venustiano Carranza, el hombre más decisivo de la revolución mexicana.
(12 julio) Inauguración oficial del canal de Panamá.
GUATEMALA: Derrocamiento del dictador Manuel Estrada Cabrera, que gobernaba desde 1898, habiendo facilitado la penetración de capital norteamericano (especialmente de la United Fruit Co.).
(Hasta 1922) Visita al continente de dos emisarios de la Internacional Comunista (Komintern), fundada en Moscú en 1919: el hindú Manabendra Nath Roy y el japonés Sen Katayama, que inician la creación de partidos comunistas.
1921 Se celebra en México el I Congreso Internacional de Estudiantes de la Reforma Universitaria.
ARGENTINA: 250 muertos resultan en la represión de las huelgas obreras en la Patagonia.
1922 (28 octubre) «Marcha sobre Roma» en Italia. Comienzo de la época fascista.
1924 (21 enero) Fallece Lenin. Comienzo en la URSS de la época estalinista.

de las minorías dirigentes, de que, para salir de la situación de inferioridad respecto a lo «moderno» —lo occidental europeo y norteamericano—, había que «ser otros», no ya ser mejores partiendo de la propia personalidad. Lo ibérico y lo indígena eran herencias vergonzosas. Y, como eran las únicas que había en la sangre, se precisaba inocular masivamente otros acervos de cultura, de política, de costumbres y de mentalidad.

Todo este complejo sistema, montado en las primeras décadas desde la emancipación, está completado al alcanzarse los años setenta. Las rebeldías están vencidas. El sistema neocolonial puede funcionar sin tropiezos, perfectamente: la neometrópoli dispone, y en las neocolonias unas minorías intermediarias —las oligarquías locales— desempeñan eficazmente el papel que en las colonias directas han de asumir los funcionarios y los ejércitos imperiales. Desde las colonias llegan productos primarios, que crea el trabajo popular, y la neometrópoli proporciona las manufacturas que consumen los sectores locales con poder adquisitivo, desde luego nunca aquellas clases que generaron los bienes exportados. La neometrópoli fija los precios de lo que importa y de lo que exporta: sus beneficios crecen continuamente.


Un gaucho argentino.

Entrar en el siglo XX

De esta forma, a partir de los años setenta, la neometrópoli alcanza el grado de dominación imperialista definitivo: ya puede exportar, no sólo excedentes de manufacturas, sino también excedentes de capital. Vierte sobre las neocolonias americanas parte considerable de sus acumulaciones, crea en ellas empresas capitalistas modernas. (El capitalismo, dira por ello más tarde el aprista Haya de la Torre, llega a nuestra América como resultado del imperialismo, y no al revés como en Europa, según la definición de Lenin: «El imperialismo, fase superior del capitalismo.») Pero ese capital y esas empresas no vienen para producir en estos países el mismo tipo de desarrollo que se produjo en el país de origen, sino para aumentar su grado de dependencia: no instalan industrias básicas o dedicadas al consumo interno; instalan empresas de comercialización, de transporte, de servicios, financieras..., se modernizan las atrasadas instalaciones de las fuentes de riqueza minera o agropecuaria. Nace un capitalismo, pero dependiente, rueda de un engranaje más amplio. La burguesía que surge es también burguesía dependiente, ligada a estas empresas. Y paralelamente los sectores proletarios que aparecen en estas empresas forman un movimiento obrero integrado en su mayor parte por inmigrantes europeos, con las ideologías y los métodos de lucha europeos, y sus controversias entre bakuninistas y marxistas. (También aquí, a la inversa que en Europa, llega primero la Internacional y después los sindicatos.)

Cuando se alcanza el nuevo siglo —con la previa desaparición definitiva del poder español en América, tras la guerra hispano-norteamericana de 1898—, el sistema neocolonial está funcionando a plenitud, en su mejor momento.

Apunta Celso Furtado:

«Los tres decenios que anteceden a la Primera Gran Guerra constituyen en el conjunto de América Latina un período de rápido desarrollo económico e intensa transformación social...» «América Latina se transforma en un componente de importancia del comercio mundial y en una de las más significativas fuentes de materias primas para los países industrializados. En 1913, su participación en las exportaciones mundiales de cereales alcanzaba 17,9 por 100, en la de productos pecuarios 11,5 por 100, en la de bebidas (café, cacao, té) 62,1 por 100, en la de azúcar 37,6 por 100, en la de frutas y legumbres 14,2 por 100, en la de fibras vegetales 6,3 por 100 y en la de caucho y pieles y cueros 25,1 por 100.» (C. Furtado: *La economía latinoamericana,* Siglo XXI editores. México, 1969, págs. 54 y 55.)



Zapatería en Argentina hacia 1900.

El modelo neocolonial marcha bien. Naturalmente, para la metrópoli y para sus agentes locales. Sistemas dictatoriales (los ejemplos abundan: Porfirio Díaz en México, Vicente Gómez en Venezuela, Manuel Estrada Cabrera en Guatemala...) o sistemas formalmente democráticos —democracias «de minoría»— son sólo la apariencia de sistemas oligárquico-dependientes: la neometrópoli rige, comercia, obtiene beneficios crecientes; la oligarquía local se encarga de dominar a sus campesinos y mineros (y de parecerse en costumbres, educación y pensamiento a los ingleses, franceses o norteamericanos), prospera y obtiene a cambio seguridades y asistencia contra las rebeldías; el pueblo campesino —y sobre todo el indígena— aguanta, trabaja y sufre en condiciones de semiesclavitud: sus niveles de vida se han reducido a un tercio en el último siglo; de vez en cuando, un levantamiento rabioso los lanza a una aventura sangrienta, siempre mucho más sangrientamente vencida y siempre seguida de un endurecimiento de la servidumbre. (El esquema, que parece pura literatura, puro panfleto, es, desgraciadamente, el reflejo pálido de los hechos.)

Pero también, cuando se alcanza el nuevo siglo, nuevas fuerzas aparecen en escena: clases medias, sectores universitarios, obreros en lucha sindical, algunos —pocos aún— sectores religiosos. Y algunos escritores, que cumplen un papel profético, desde la poesía al ensayo, desde el nicaragüense Darío al argentino Ugarte.

Una década decisiva: los años diez

El sistema neocolonial ha funcionado sin tropiezos de consideración hasta la primera década del siglo XX. Pero en la segunda, en los años diez, el sistema empieza a presentar síntomas de cuarteamiento. En esa segunda década —la decisiva de los primeros treinta años del siglo— se producen acontecimientos de gravedad que

(7 mayo) Víctor Raúl Haya de la Torre, peruano, funda en México la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA).
Fundación en Buenos Aires de la Liga Antiimperialista.
BRASIL: Prestes atraviesa el país al frente de una columna rebelde (concluirá en 1927).
CHILE: Se suicida Luis Emilio Recabarren.
CUBA: Comienzo de la dictadura del general Gerardo Machado (permanecerá hasta 1933).
HONDURAS: Estados Unidos ocupa el país por un año.
1925 CHILE: Abandono del régimen parlamentario y retorno al presidencialista.
1926 MEXICO: Conflicto entre la Iglesia y el Estado, bajo la presidencia de Plutarco Elías Calles. Comienzo de la sublevación «cristera».
NICARAGUA: Fuerzas norteamericanas vuelven a ocupar el país, provocando pos-

teriormente el levantamiento guerrillero de César Augusto Sandino.

1927 (Febrero) I Congreso Antiimperialista Mundial en Bruselas.

1928 *El Antiimperialismo y el APRA,* de Víctor Raúl Haya de la Torre.

Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana, de José Carlos Mariategui.

ARGENTINA: El radical Hipólito Irigoyen es elegido presidente por segunda vez.

1929 Fundación en Buenos Aires de la Asociación Continental Americana de Trabajadores (ACAT), anarcosindicalista, filial de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), fundada en Berlín en diciembre de 1922.

Fundación en Montevideo de la Confederación Sindical Latinoamericana (CSLA), comunista, filial de la Internacional Sindical Roja (ISR), fundada en Moscú en 1921 como paralelo sindical de la Komintern.

(1-12 junio) En Buenos Aires, Conferencia Comunista Continental.

(24 y 29 octubre) «Jueves negro» y «martes negro» en la Bolsa de Nueva York. Comienza la Gran Depresión.

MEXICO: Acuerdos entre la Iglesia y el Estado. Fin de la guerra cristera.

Tratado chileno-peruano por el que se devuelve Tacna a Perú y Chile permanece con Arica. Bolivia no recupera su salida al mar.

1930 (11 noviembre) BRASIL: Getulio Vargas se hace con el poder, iniciando la época del varguismo en Brasil y de los populismos en Iberoamérica.

ARGENTINA: El general Uriburu derroca al presidente Irigoyen.

REP. DOMINICANA: Es elegido presidente Rafael Leónidas Trujillo, quien establece una dictadura que ejercerá, directa o indirectamente, hasta su asesinato en 1961.

PERU: El dictador Leguía es depuesto por una sublevación encabezada por el comandante Sánchez Cerro.

PERU: Fallece José Carlos Mariategui. ■



Hacienda típica mexicana.

iniciarán la alteración del modelo y acabarán, más tarde, llevando a su quiebra. Irrumpen síntomas evidentes de su incapacidad para perpetuarse, al menos sin alteraciones importantes. ¿Cuáles son esos acontecimientos?

Sin duda, como anunciando la década, en 1910, la revolución mexicana. A partir de esta fecha, la rebelión contra el dictador Porfirio Díaz —perpetuado en el poder desde 1876— muestra un tipo de lucha que desborda los conflictos políticos habituales. Fuerzas no previstas surgen «de la tierra» y reabren el capítulo de reivindicaciones agrarias cerrado en falso por el triunfo de las oligarquías locales un siglo antes, y agudizado por la aplicación de las «leyes de reforma» a mediados de siglo. Emiliano Zapata, símbolo de esta lucha campesina, enlaza con Hidalgo y Morelos. La convulsión mexicana conmueve toda la América al sur de sus fronteras, que siente que se ha abierto un nuevo camino, que se han concluido el siglo XIX y la «paz» neocolonial.

Después, el fenómeno de la gran conflagración interimperialista que significa la guerra europea —Primera Guerra Mundial—, a partir de 1914. Los conflictos entre los grandes presentan siempre posibilidades inéditas para los pequeños. Así, en alguna medida, los países americanos dependientes —sobre todo algunos de ellos, con mayor nivel relativo— pueden obtener beneficios nuevos de la situación de conflicto, hasta hacer surgir una incipiente burguesía nacional, productora para el consumo interno.

También el hecho, lejano geográficamente pero actuante en forma decisiva sobre las conciencias de algunos sectores —universitarios, intelectuales y obreros—, de la revolución rusa, a partir de 1917, con la inauguración de una nueva estrategia revolucionaria, la leninista.

Por otra parte, el liderazgo imperial en el continente, como resultado de la guerra europea, para el conjunto de los pueblos iberoamericanos —no para todos, sin duda, tomados uno a uno—, pasa de Inglaterra a Estados Unidos. El creciente interés norteamericano por sus vecinos del sur (demostrado por la lejana «doctrina Monroe», la creación de la Unión Panamericana, la guerra hispano-norteamericana que le permitió intervenir en Cuba y apoderarse de Puerto Rico y Filipinas, la acción que llevó a la creación de la República de Panamá en 1903 con el subsiguiente tratado para la construcción del canal interoceánico, la intervención abierta



Un mercado mexicano del siglo XIX. Estampa de Agustín Arrieta.

en el proceso revolucionario mexicano contra Madero y después a favor de Carranza, etc.) alcanza su máximo nivel. Los intereses norteamericanos superan ampliamente a los ingleses en el subcontinente latino. La apertura inmediata al tráfico del canal de Panamá permite la comunicación entre las costas norteamericanas del Atlántico y del Pacífico: el Caribe se hace un mar interior.

Finalmente, la reacción que produce el carácter violento y agresivo de esta nueva dominación. Se desata una política de «mano dura». Constantes intervenciones armadas se producen en la República Dominicana, Cuba, Honduras, Colombia, Panamá, Haití, México, Guatemala y Nicaragua. En este último país centroamericano, Augusto César Sandino se rebela contra los *marines* en una durísima guerra de guerrillas que le convierte en una figura mítica en toda América. El sentimiento antiimperialista surge espontáneo, enrabiado, en todo el subcontinente sometido, como reacción ante un imperialismo evidente y manifiesto que no se esconde tras las presiones diplomáticas o económicas habituales, que se ejerce descaradamente con el envío de fuerzas militares de intervención.

Clase explotada de país explotado

Y esto es lo nuevo. Porque va a determinar la toma de conciencia de los pueblos al sur de las fronteras norteamericanas, no sólo en cuanto perciben que están *sometidos*, sino también en cuanto perciben que están *divididos*. Por esa doble vertiente —doble pero estrechamente relacionada— van a empezar a caminar estos pueblos. Los dos elementos nuevos que ahora se descubren e integran van a ser:

Por un lado, el sentimiento de la humillación colonial. El antiimperialismo se va a unir, como un factor nuevo, a todo tipo de ideologías políticas y sociales. (Incluso, puede decirse que en la medida en que este factor se olvida, un movimiento es olvidado y tiende a desaparecer: ése es el caso del anteriormente vigoroso movimiento anarcosindicalista.) Lo cual tiene una singular trascendencia, porque los movimientos e ideologías iberoamericanos, latinoamericanos o indoamericanos van a diferenciarse de las ideologías y movimientos precedentes, que eran normalmente mera traducción de planteamientos europeos o norteamericanos, precisamente por el

A la izquierda, una diligencia sobre el paisaje de una «hacienda» típica mexicana, sita en el Estado de Morelos, en una foto de Hugo Brehme tomada en 1908. Sobre estas líneas, colorista estampa de Agustín Arrieta, representando un mercado de México en el siglo XIX. México es, junto a Bolivia y Guatemala, uno de los países que conserva un mayor número de población india autóctona. Una raza a la que la historiografía tradicional ha negado el derecho a ser «sujeto activo» de la historia, colocando al elemento indígena como «apático, resignado y pasivo» con funciones meramente decorativas, frente al blanco-activo.

antiimperialismo, que no podía, lógicamente, caracterizar los movimientos de las zonas centrales. Los trabajadores, por ejemplo, empiezan a sentir que son, no sólo clase explotada, sino «clase explotada de país explotado».

Y, por otro lado, el sentimiento de la fragmentación del conjunto, de un conjunto que empieza a verse como «patria grande», dividida y balcanizada en beneficio de poderes que vienen de fuera.

Esta doble toma de conciencia, que aparece primero en individualidades precursoras a principios de siglo, se desarrollará en toda una generación —que deja de ser argentina, peruana o mexicana, para empezar a ser latinoamericana— en la década de los años diez, alcanzando su consagración, ya irreversible, en la de los años veinte.

La reforma universitaria

Todo el terreno abonado por las distintas y confluyentes circunstancias, va a producir su primer fruto interno en el Movimiento de reforma universitaria, iniciado en Córdoba (Argentina) en 1918, cuya trascendencia, me atrevo a afirmar, sólo es comparable en los primeros treinta años del siglo con las repercusiones de la revolución mexicana. Aquí aparece una revolución «en los espíritus» que realmente acaba con el siglo XIX y pone en marcha una nueva etapa. Una generación nueva irrumpe en escena. Es el fruto del sector más avanzado de las clases medias, que se ha ido formando en las últimas décadas y que se expresa en política en los partidos radicales. Estos han roto el monopolio oligárquico que se mostraba en la pugna conservadores-liberales. El «radicalismo» no rompió el esquema estructural anterior: la realidad económica siguió siendo la misma. Pero trajo a la política un grado más alto de democratización, de participación ciudadana. Todavía las grandes masas populares —campesinas, sobre todo— no cuentan. Pero ya están presentes sectores urbanos muy considerables, especialmente mesocráticos. Símbolo de estas nuevas políticas es la Unión Cívica Radical argentina, y su máximo exponente Hi-


Zapatistas en la hacienda del Santo Angel.

Foto tomada por Hugo Brehme en 1914 y que recoge a un grupo de campesinos revolucionarios zapatistas armados, ocupando una «hacienda» o latifundio. La supuesta «apatía indígena», resultado de la colonización impuesta y la increíble explotación a que se ve sometido el indio por el imperialismo extranjero y las oligarquías locales, se rompe periódicamente en brotes de rebelión descarnada que son sistemáticamente reprimidos con terrible dureza. Porque América es otra cosa diferente, que escapa a las formas culturales e incluso a las propias dimensiones de Europa. García Márquez, el escritor colombiano, premio Nobel de Literatura en 1982, confesó en uno de sus artículos («El País», 1 de julio de 1981): «Yo nací y crecí en el Caribe. Lo conozco país por país, isla por isla, y tal vez de allí provenga mi frustración de que nunca se me ha ocurrido nada ni he podido hacer nada que sea más asombroso que la realidad».

pólito Irigoyen, que llega a ocupar la presidencia en 1916.

Dentro de estas clases medias, recién incorporadas a la política, los sectores universitarios otean más agudamente los signos de los nuevos tiempos. A ellos llegan los temblores provocados por la revolución mexicana y, más adelante, por la revolución rusa y la aplicación leninista del marxismo. Antes del año y medio de la Constitución mexicana de Querétaro, antes de un año de la toma del Palacio de Invierno, ha fermentado en un grupo universitario especialmente sensible, en la universidad de la Córdoba argentina, el nuevo espíritu de rebeldía.

Insisto en que la fecha mexicana de 1910 y la argentina de 1918 son los hitos clave de la primera treintena del siglo XX. Si 1910 manifiesta el rechazo de lo que se ha sido hasta entonces, 1918 anuncia lo que se pretende que sea el futuro. Y los estudiantes que promueven la reforma universitaria perciben claramente su sentido: tienen conciencia —y lo dicen— de que viven una hora histórica, no anecdótica, y una hora latinoamericana, no argentina exclusivamente.



Los hechos muestran (¡con medio siglo de anticipación sobre el movimiento universitario que culminó en el mayo francés de 1968!) el típico inicio modesto de pura reivindicación académica, que va llenándose rápidamente de más amplios contenidos. Primero es la renovación universitaria: la apertura del centro de enseñanza superior a las nuevas corrientes del conocimiento, a los nuevos saberes, a lo que en el mundo se mueve, hasta entonces vedado para un recinto anquilosado e infecundo; el cambio en la forma de gestión colegial abriendo paso a la participación de los estudiantes —el cogobierno universitario— y a la libertad de organización y de contratación frente al Estado —la autonomía universitaria—, y finalmente el intento de acercamiento a las clases trabajadoras, que va a dar paso a la idea de las universidades populares, donde estudiantes y obreros convivan como profesores y discípulos que también aportan conocimiento de la realidad. Después aparece el trasfondo político renovador: la nueva generación universitaria se muestra antiimperialista, defensora de la unidad del subcontinente y con aspiraciones socialistas.

Con una conciencia precisa de la ocasión histórica en que viven, el 15 de junio de 1918 lanzan su *Manifiesto liminar*, texto programático dirigido especialmente a todos los estudiantes americanos:

«Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana.»

«La juventud ya no pide. Exige que se le reconozca su derecho a exteriorizar ese pensamiento propio en los cuerpos universitarios por medio de sus representantes. Está cansada de soportar a los tiranos. Si ha sido capaz de realizar una revolución en las conciencias, no puede desconocérsele la capacidad de intervenir en el gobierno de su propia casa. La juventud universitaria de Córdoba, por intermedio de su Federación, saluda a los compañeros de la América toda y les incita a colaborar en la obra de libertad que inicia.» (*Manifiesto liminar*, Córdoba, 15 de junio de 1918.)

El movimiento de reforma es acogido positivamente por el gobierno de Irigoyen. La autonomía y el cogobierno se imponen en la Argentina. Y de allí se transmite a todas las universidades americanas, sin penetrar, ciertamente, en las estadounidenses. Los mensajes, las cartas y las delegaciones circulan de una universidad a otra. Es el surgir de una nueva generación: la «generación de la reforma». Su manifestación más global se produce en el Congreso Latinoamericano de Estudiantes (México, 1921), auspiciado por Vasconcelos.

Campesinos insurgentes tras la conquista de Mallet.

Hemisferio occidental 1941. Postal de época.

La manifestación política de una nueva generación

¿Cómo se va a manifestar políticamente esta nueva generación? Ciertamente, muchos encuentran acomodo en la sociedad que les rodea y abandonan los ideales primitivos. Pero otros persisten y llevan al terreno político comprometidamente esos ideales: visión unitaria de Iberoamérica, Latinoamérica o Indoamérica —según la terminología de cada uno—, enfrentamiento con el imperialismo —norteamericano, pero también británico en el sur— y afirmación de un deseo de cambio social hondo.

En este campo, tres manifestaciones fundamentales van a destacarse a lo largo de los años veinte, y van de la derecha a la izquierda, porque todo el espectro político ha sido afectado. Curiosamente, todos están influidos por la eficacia probada de una estrategia: la leninista. Todos buscan la creación de núcleos preparados, «profesionales de la transformación» —vanguardias o minorías selectas— que vertebren movimientos amplios de masas a su alrededor. De aquí que pueda denominarse a estos grupos como «vertebradores», tomando el término de Ortega y Gasset: no se trata de exoesqueletos que opriman a los pueblos, sino de endoesqueletos que los pongan en pie. Sobre esta base común del culto a la «minoría» movilizadora y mesiánica, las tres corrientes vertebradoras son:

— Los núcleos y grupos nacionalistas, especialmente argentinos, que reivindican la tradición hispánica y católica, con un cierto talante formal fascista. Asumen, de las tres notas de la nueva generación —unionismo, antiimperialismo y socialismo—, sólo las dos primeras, pues su posición en lo social es normalmente conservadora, con inclinaciones corporativistas (aunque algunas ramificaciones muy posteriores puedan llegar incluso a la guerrilla revolucionaria). Se rebelan contra la dominación sajona y reivindican la herencia ibérica. Aspiran a la reconstrucción de la unidad antigua, en la construcción de una nueva Hispanidad. (Acabarán identificándose con el bando nacional en la Guerra Civil española.) Algunos de sus escritores, a través de un revisionismo histórico muy elaborado, deshacen la historia oficial y liberal y se acercan a una interpretación económica, que después será utilizada por escritores marxistas.

— Los núcleos comunistas ligados a la III Internacional, los que constituyen la sección latinoamericana de la Internacional Comunista —y, paralelamente, la rama latinoamericana de la Internacional Sindical Roja—. Asumen, de las tres notas generacionales, solamente el antiimperialismo y el socialismo. La unidad del

conjunto les es ajena como preocupación. Incluso, acogiéndose a su particular visión del tema de las nacionalidades, sostienen la necesidad de dividir los actuales Estados en naciones separadas según grupos étnicos. En vez de la «patria grande» predican un mosaico de nacionalidades constituidas en torno a la unidad racial de cada una. En cambio, su denuncia contra el imperialismo es constante y eficaz. Es, en este tiempo, su gran bandera de lucha. Ellos organizan, a escala mundial, el I Congreso Antiimperialista de Bruselas, en 1927. Su herencia es notable en este sentido. En cuanto a la revolución socialista, por una parte mantienen una resuelta afirmación teórica, pero por otra, en la práctica, consideran que no hay condiciones objetivas para la revolución, y sostienen —desde Moscú— la necesidad de «modestia en las aspiraciones». La Internacional, extendida en América por dos emisarios de Zinoviev, el japonés Sen Katayama y el hindú Manabendra Nath Roy, es en estos tiempos muy rígida e impone un esquema único, sin adaptación previa. A duras penas pueden desenvolverse en él personalidades como el peruano José Carlos Mariategui —el máximo intérprete iberoamericano del marxismo—, bordeando la heterodoxia y sin que se llegue a la ruptura por la pronta muerte del mismo.

— La organización «aprista» (de la Alianza Popular Revolucionaria Americana, APRA). Esta, heredera directa del Movimiento de reforma universitaria en su versión peruana, fruto en gran medida de la Universidad Popular González Prada, de Lima, asume íntegramente los tres elementos característicos de la generación reformista: unidad (defensa de la necesidad de la unidad política de América Latina, lo que significa en aquel tiempo un rasgo de valor extremo, rodeados de patriotismos de campanario que consideran estas ideas como traición a la patria), antiimperialismo (el enemigo de esa unidad y el explotador y colonizador a combatir en primer lugar es la dominación imperialista) y socialismo (tendría que llegarse a una reforma agraria sobre la base de la herencia comunitaria indígena —el *ayullu* incaico modernizado—, y después a la socialización de los medios de producción). El APRA, que incorpora la exaltación de la herencia indígena y lanza el término «Indoamérica», es fundado por Víctor Raúl Haya de la Torre durante su exilio en México en 1924.

Estas tres líneas de acción contradictorias y en guerra civil, como movimientos vertebradores típicos de la época, asumen características comunes, diferenciadoras —sobre todo frente a los movimientos «populistas» de la época siguiente—: su origen de clase es especialmente mesocrático, aunque participan trabajadores distinguidos; su pensamiento es elaborado, amplio y sistemático; sus objetivos son de cambio total de la sociedad; su organización es casi militar, jerárquica; su liderazgo tiene el talante de este tipo de organización, no personalista, sino jerárquica; se plantean, desde la calle, la conquista del Estado, desde donde realizar su obra transformadora; y se dirigen al pueblo para adoctrinarle y educarle, con aire didáctico, no demagógico.

Por otra parte, ninguno de ellos consigue realmente el poder, ni puede, por consiguiente, probar su capacidad transformadora. Siempre hay, en el fondo de su concepción revolucionaria, un temor al desbordamiento de las masas, que «aún no están suficientemente preparadas»... o controladas.

Hasta este momento, final de los años veinte, el nuevo capítulo de la historia no ha producido un cambio sustancial en los hechos. La estructura de la dependencia permanece. Pero se ha pro-

La intervención directa o indirecta de Estados Unidos en América Latina, casi siempre en apoyo de las diversas oligarquías o dictadores locales, se ha basado en la doctrina de los presidentes Monroe (1823, «América para los americanos») y Theodore Roosevelt (1905, «The Big Stick» o política del garrote) por la que Estados Unidos se reserva el derecho de intervención en todos los asuntos de América, por considerarlos como propios.



Juan Vicente Gómez y su séquito. Caracas 1934.

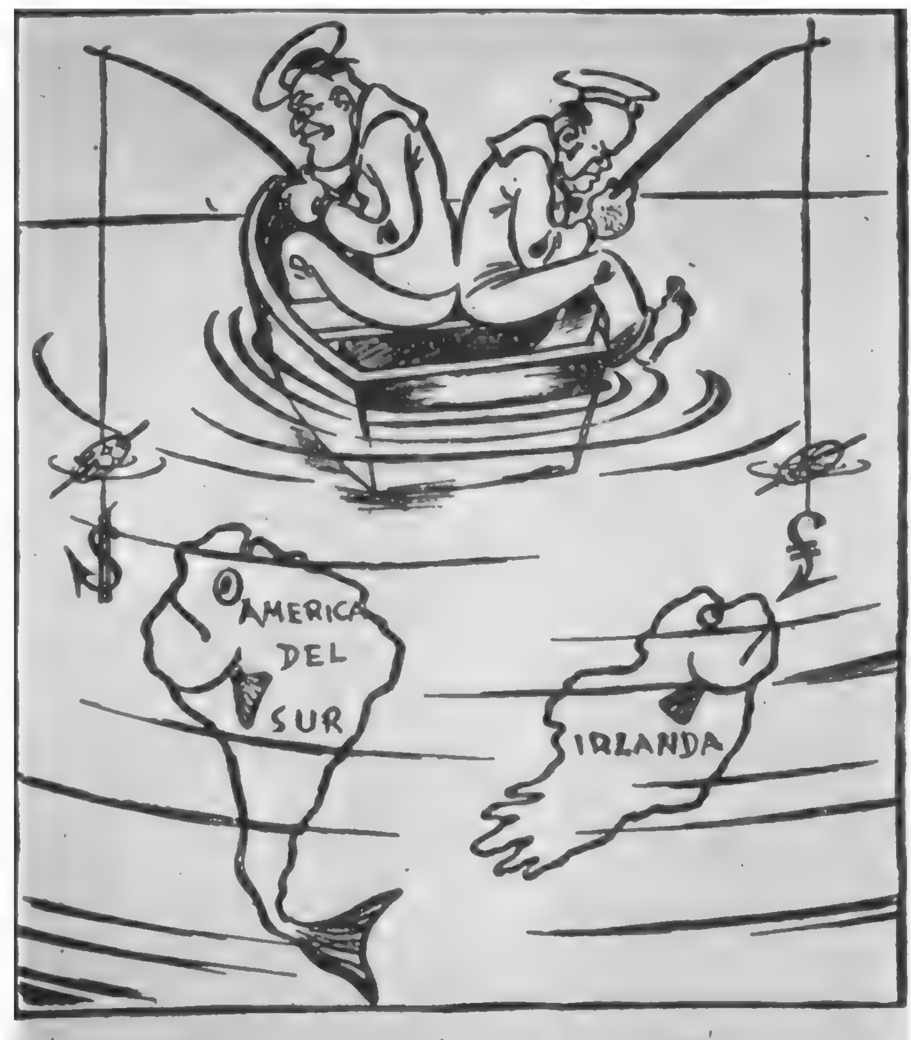
A la izquierda, postal satírica en la que dos marinos norteamericanos intentan pescar desde un barquito a Irlanda y a Sudamérica. A la derecha, la plaza Bulnes, sita en el corazón del barrio financiero de Santiago de Chile. Debido a la artificiosa y desfavorable relación de intercambio del comercio exterior, países tan ricos como México, Brasil o Argentina están «sobre el papel» en la más absoluta bancarrota financiera y son incapaces de satisfacer los intereses de su voluminosa deuda externa.

ducido el gran cambio mental: la toma de conciencia, la comprensión global y generalizada de que se está dominado (antiimperialismo), de que la unidad natural está dividida (unitarismo) y de que un cambio profundo en la estructura socioeconómica ha de producirse (socialismo). Nada de eso se veía con claridad —salvo en personalidades aisladas— cuando el siglo comienza. Ahora se ha producido el gran salto, el paso largo, el tranco decisivo. El saldo de las primeras tres décadas —especialmente de la segunda y la tercera— es irreversible.

Y, en esto, se produce la crisis de 1929

Pero todo este capítulo va a concluir, va a dar paso a otro nuevo, de características distintas, cabalmente al comienzo de la cuarta década, con los años treinta. Es exactamente en octubre de 1929 cuando el centro capitalista mundial más importante, Nueva York, sufre la crisis que provoca la Gran Depresión. El «jueves negro» (día 24) seguido del catastrófico «martes negro» (día 29), en que se hunde la Bolsa neoyorkina, provocan una serie de acontecimientos encadenados que para los países del sur van a resultar decisivos.

Todo un sistema —económico, político y social— que se asentaba en la exportación de productos primarios se viene abajo, porque las grandes potencias reducen al mínimo sus adquisiciones. Con el desplome del comercio mundial de esos productos, llega lógicamente el desplome de sus precios: se exporta menos y a precios más bajos. Hay menos ingresos y, consecuentemente, menos disponibilidades de divisas para adquirir manufacturas en el exterior. En un tercio se reduce la capacidad adquisitiva del conjunto de América Latina de 1925-29 a 1930-34.



Durante la guerra ambos bandos buscaban aliados.



La oligarquía intermediaria, que había disfrutado de los beneficios de la «paz» neocolonial, se siente herida. Una oleada de convulsiones políticas —golpes de Estado militares, revoluciones izquierdistas, caídas de presidentes...— conmueve todo el continente en los años que siguen: 1930, 1931.

Pero, al tiempo, la demanda de manufacturas, insatisfecha por la escasez de divisas, producirá un fenómeno nuevo: la industrialización por sustitución de importaciones. Con ello se da la aparición de una burguesía nacional —que produce para el consumo interno, y no para la exportación como la oligarquía tradicional— y la ampliación rápida de una clase proletaria nacional que llena los cinturones industriales de las grandes ciudades y que ahora procede del interior, de las grandes zonas rurales, no de la inmigración europea.

Fruto de la conexión y alianza coyuntural —por la Gran Depresión y después por la Segunda Guerra Mundial— de burguesía nacional y proletariado nacional van a surgir los movimientos «populistas». El más adelantado de los mismos, el varguismo brasileño, aparece como resultado inmediato de la caída de la agricultura cafetera. En Argentina, que va a producir —con el peronismo— el más destacado de los movimientos populistas, su aparición en escena se retrasa por la acción del golpe militar de Uriburu, que trata de mantener contra viento y marea el viejo sistema.

Pero todo esto es ya historia posterior. Posterior, ciertamente, pero con elementos esenciales, determinantes, que no tendrían explicación sin la siembra de las definiciones y la toma de conciencia alcanzadas en el gran paso histórico producido en los primeros treinta años del presente siglo.

J. L. R. C.

Los problemas que afectan a América Latina son de tal magnitud que, poco a poco, surge la conciencia clara de la necesidad de un cambio estructural total en los campos económico, social y político, adaptándolos a las peculiaridades de los diferentes países. En la foto, una «indiecita» del altiplano boliviano cose junto a su hijo en una vieja Singer colocada sobre un cajón.



Un Chile de los años treinta pasea por las calles.



Los contrastes del progreso.



NIVERSAL
DIARIO UNIVERSAL

LA PRENSA: EXPLOSION DEL CUARTO PODER

1918

AL doblar el cabo del siglo XIX, la prensa había adquirido un extraordinario poder. Los avances tecnológicos en las artes gráficas, a partir del invento de la prensa de cuatro cilindros de Marinoni y de la incorporación de la linotipia por Mergenthaler, habían hecho posible la edición de grandes tiradas. Por otra parte, la utilización del fotograbado permitía una incorporación ilustrativa de gran eficacia. El periódico se convirtió en pasto diario de unas masas en crecimiento a las que su salida progresiva del analfabetismo inducía a estar al corriente de la información.

Comienza la carrera; es el momento de grandes despliegues de medios, grandes periodistas y grandes periódicos. Es la hora del poderío informativo.

En 1918 empiezan a concederse los premios Pulitzer de periodismo, según había dejado dispuesto en su testamento uno de los más grandes periodistas del siglo.



El periodismo es, según las enciclopedias, la profesión que consiste en buscar y recoger, escribir o editar noticias. El libre tránsito de ideas e informaciones es fundamental para el funcionamiento de cualquier sociedad moderna e imprescindible para la aplicación práctica de la democracia política. Cuando un lector abre su periódico a la hora del desayuno o durante el trayecto a su trabajo encuentra toda la actualidad mundial resumida en sus páginas. Un periódico moderno es producto del esfuerzo de una larga cadena de hombres que va desde el redactor de calle o el fotógrafo (que a veces «siguen el rastro» de una noticia durante semanas) al repartidor, pasando por el redactor de mesa que revisa y edita la información, el confeccionador que maqueta la página, el corrector y el impresor. En la foto, lectores de periódicos en un tranvía y la silueta de una antigua rotativa de tipografía.


Edificio del Daily Mail.

Nace el periodismo moderno

Las viejas gacetas, los diarios de avisos, de difusión local y restringida, habían dado paso a la aparición del periodismo moderno, suceso en el que tuvo suma importancia la revolución experimentada en las comunicaciones gracias a la generalización del telégrafo y del teléfono. La noticia, la información pública, podían ser transmitidas gracias a los inventos de Morse y de Graham Bell con una rapidez sin precedentes. Esta revolución había dado lugar a la creación de las primeras agencias de noticias, que suministraban a los diarios un completo y global flujo informativo. Reuter, Havas y Wolff, máximos beneficiarios de la aceleración de las comunicaciones, habían montado una extensa red de corresponsales y, gracias al telégrafo, estaban en condiciones de transmitir, al día y a todas las capitales del mundo civilizado, las cotizaciones de Wall Street, las cifras de la cosecha de café en Brasil o los resultados de las elecciones presidenciales en Estados Unidos.

Empujada por la revolución industrial, favorecida por la libertad de expresión, conquista de la época, y en un momento de emergencia de las masas, la prensa tenía ante sí un mercado en crecimiento. Su influencia iba a acrecentarse con el desarrollo urbano. El reto era llegar al máximo número de lectores con el fluir instantáneo de una noticia recibida, compuesta y paginada sólo unos momentos antes de ser puesta en la rotativa.

Con los Gordon Bennet —padre e hijo— se inició en Estados Unidos el periodismo popular. El *New York Herald* fue de los primeros periódicos en incorporar los adelantos tecnológicos necesarios para lanzarse a las grandes tiradas, fomentándolas con iniciativas espectaculares para mayor gloria y difusión de la cabecera. De los Gordon Bennet fue el patrocinio de las primeras competiciones aerostáticas y la financiación de la célebre expedición de Stanley al corazón de Africa en busca del desaparecido Livingstone, a fin de que narrara, en exclusiva para los lectores del *Herald*, su legendario y lacónico encuentro a orillas del lago Tanganica.

Sería Joseph Pulitzer, un húngaro emigrado a Estados Unidos y acreditado como gran periodista al frente del *Post Dispatch* de St. Louis, quien en su *World* neoyorquino crearía un periodismo sensacionalista, cultivador esmerado de la crónica de sucesos e impulsor de grandes campañas que revelan claramente su idea de que el periodismo debía, no sólo informar, sino remover y provocar. Y si la corrupción era desvelada utilizando titulares detonantes, lo mismo se hacía con el delito y el escándalo, en una mezcla de denuncia y morbo muy apta para las

masas. Con esta fórmula, Pulitzer había hecho que en tres años el *World* pasara de 15.000 a 250.000 ejemplares diarios. Pero en 1886 entró en la redacción del *World* un muchacho, hijo de millonario, llamado William Randolph Hearst. Hearst estuvo un año en el periódico. Allí aprendió todo lo que le era preciso para ponerlo en práctica en el *Examiner* de San Francisco, exiguo legado de su opulento patrimonio familiar y propiedad a la que Hearst, que sentía visceralmente el periodismo, se aferró para realizar sus proyectos, consciente de que en aquel momento de grandes cambios la prensa era la llave del poder.

La prensa amarilla

En 1895, Hearst, que ha obtenido de su madre un adelanto de siete millones de dólares a cuenta de su herencia paterna, se dispone a la conquista de Nueva York. Su rodaje al frente del *San Francisco Examiner* le ha dado plena confianza en sus ideas, y por 150.000 dólares adquiere el *Morning Journal*, un matutino en declive cuya circulación media se cifraba en 70.000 ejemplares. La aspiración de Hearst era nada menos que desbancar al *World* en las preferencias de unos lectores ávidos de comprar el medio millón de ejemplares a que ascendía su difusión diaria.

Hearst se lanzó a la competencia en guerra abierta en lo económico, abaratando el precio, y con las mismas armas en lo escandaloso. Si uno daba crímenes y adulterios, el otro servía los mismos manjares pero con más especias. En su batalla particular contra Pulitzer, Hearst recurrió a lo que más podía dañarle: la sustracción de hombres clave de su redacción, fichados a precio de oro. Los reporteros del *Journal* hacían de detectives, entraban en los bajos fondos con tal de levantar la noticia sensacional que hacía vender. Sabedor del poder de la imagen, el *Journal* se ilustraba con viñetas truculentas y, más tarde, con fotografías indiscretas. Entre los colaboradores reclutados por Hearst, se hallaba un dibujante que confeccionaba sus historietas sobre papel amarillo: su personaje, *Yellow Kid*, adquirió tal notoriedad que el nombre de «prensa amarilla» quedó para definir un tipo de periodismo, devoto de lo sensacional y poco escrupuloso en sus métodos. A los dos años de haber sido comprado por Hearst el *Journal* llegaba a los 150.000 ejemplares, y su influjo se dobló poco después con el lanzamiento de un vespertino.

La guerra de Cuba fue el detonante que catapultó la influencia de Hearst. A raíz de la explosión del *Maine* en el puerto de La Habana, el *Journal* dedicó durante una semana un prome-



Joseph Pulitzer.

En la página opuesta, edificio del Daily Mail, *el primer diario sensacionalista británico, fundado en 1896 por el empresario Alfred Harmsworth, creador también del* Daily Mirror. *A la izquierda, Joseph Pulitzer, húngaro emigrado a EE.UU., fundador del* Post Dispatch *y dueño del* The World. *En 1903 dio un millón de dólares a la universidad de Columbia para crear la primera escuela de periodismo del mundo, y a su muerte, en 1911, dejó veinte millones de dólares para dotar los premios que llevan su nombre. Bajo estas líneas, el publicista británico William Thomas Stead, director del* Northern Echo, *de la* Pall Mall Gazette *y fundador de la famosa* Review of reviews, *la primera revista ilustrada. Murió en el* Titanic *en 1912.*



William Thomas Stead.



La calle de la prensa en Nueva York.

dio de ocho páginas diarias a la voladura del barco. La entrada de Estados Unidos en la guerra era tema que auguraba un seguro aumento de las ventas, y a excitar el clima bélico, en un ambiente jingoísta, se entregaron el *World* y el *Journal* en rivalidad despiadada. Un país joven, inmaduro y sugestionable cayó en la trampa tendida por los creadores de un periodismo sin escrúpulos que vio en la guerra un buen pretexto para hacer subir la venta de sus papeles.

A comienzos de siglo, el poder de Hearst se había extendido hasta límites excepcionales. Su megalomanía, su carácter caprichoso y excéntrico —que le condujo, andando el tiempo, a ser biografiado por Orson Welles en su estupenda película *Citizen Kane*— le llevaron a una sucesión de adquisiciones de nuevos rotativos en Boston, Los Angeles, Chicago, Filadelfia... A ellos se unieron los semanarios, las revistas es-

Dicen los clásicos del periodismo que cualquier noticia debe responder a las siguientes preguntas: ¿qué?, ¿quién?, ¿cómo?, ¿dónde?, ¿cuándo? y, a ser posible, ¿por qué? Actualmente la radio y la televisión contestan rápidamente a las primeras, dejando que la prensa escrita reflexione, investigue los antecedentes, el contexto y las consecuencias de las noticias y explique su porqué. La primera norma de estilo de todo periódico serio es: «Los rumores no son noticia», a la que siguen otras como la comprobación de todas las informaciones, el contraste de diversas fuentes y de las opiniones de todas las partes afectadas, abstenerse el periodista de opinar sobre los hechos de los que informa, etc. Por desgracia no todas las publicaciones son serias, y a veces las de mayor popularidad deben ésta a su morbosidad o especulación, cuando no a la agitación política o a fines inconfesables. Junto a estas líneas, primera página del New York Journal *del 17 de febrero de 1898, en plena campaña antiespañola de la prensa patriotera y sensacionalista norteamericana, «explotando la explosión» del* Maine *en el puerto de La Habana. Arriba, calle de Nueva York en la que se ven los edificios del* Tribune *y el* Sun. *En la página opuesta, postal alemana satirizando a los críticos de teatro que escriben para las cadenas de periódicos.*

Esta página pudo provocar la entrada de Estados Unidos en la guerra de Cuba.

REWARD.—WHO DESTROYED THE MAINE?—$50,000 REWARD.

NEW YORK JOURNAL
AND ADVERTISER.

TRUCTION OF THE WAR SHIP MAINE WAS THE WORK OF AN ENEMY.

$50,000!
$50,000 REWARD!
For the Detection of the Perpetrator of the Maine Outrage!

Assistant Secretary Roosevelt Convinced the Explosion of the War Ship Was Not an Accident.

The Journal Offers $50,000 Reward for the Conviction of the Criminals Who Sent 258 American Sailors to Their Death. Naval Officers Unanimous That the Ship Was Destroyed on Purpose.

$50,000!
$50,000 REWARD!
For the Detection of the Perpetrator of the Maine Outrage!

NAVAL OFFICERS THINK THE MAINE WAS DESTROYED BY A SPANISH MINE.

Mine or a Sunken Torpedo Believed to Have Been the Weapon Used Against the American Man-of-War—Officers and Men Tell Thrilling Stories of Being Blown Into the Air Amid a Mass of Shattered Steel and Exploding Shells—Survivors Brought to Key West Scout the Idea of Accident—Spanish Officials Protest Too Much—Our Cabinet Orders a Searching Inquiry—Journal Sends Divers to Havana to Report Upon the Condition of the Wreck. Was the Vessel Anchored Over a Mine?

Assistant Secretary of the Navy Theodore Roosevelt says he is convinced that the destruction of the Maine in Havana Harbor was not an accident.

The Journal offers a reward of $50,000 for exclusive evidence that will convict the person, persons or Government criminally responsible for the de... of the American battleship and the death of 258 of its crew.

The suspicion that the Maine was deliberately blown up grows stronger every hour. Not a single fact to the contrary has been produced.

pecializadas, la agencia International News Service y hasta un noticiario cinematográfico. En su lucha con Pulitzer, sus reservas inagotables de capital y su innegable sentido de un cierto tipo de periodismo le habían hecho triunfar. La cadena Hearst era un imperio vastísimo y temido por las campañas a que la arrastraba el temperamento atrabiliario y demagógico de su patrón.

Pulitzer, que falleció en 1907, dejó un importante legado con el que se creó una Fundación, patrocinadora de una escuela de periodismo en la universidad de Columbia y de unos premios que empezaron a otorgarse en 1918 y que han sido galardón ansiado por quienes en Norteamérica han cultivado la literatura o el periodismo en cualquiera de sus manifestaciones.

El fenómeno del «New York Times»

Tan alejado del fragor escandaloso de la prensa sensacionalista como del idealismo doctrinario de otros medios, el *New York Times,* fundado en 1851 por Henry J. Raymond, encontró en Adolph S. Ochs un excepcional piloto. Ochs, hijo de judíos alemanes emigrados, empezó de vendedor de periódicos. Desde estos modestos orígenes saltó a editor del *Chatanooga Times.* El éxito de este rotativo local le hizo fijar su vista en el *Times* neoyorquino, convencido de que la neutralidad de la información, con tal de que ésta fuera completa y fiable, tenía que ser rentable. Estas eran sus ideas. En 1896, el *New York Times* era un monumento en decadencia que tiraba 25.000 ejemplares y perdía mil dólares diarios. Ochs no vaciló en adquirirlo y de inmediato aplicó unos criterios estrictamente comerciales rebajando su precio de tres centavos, que era el importe de los periódicos serios, a un centavo, que era el de los populares. Manteniendo su altura informativa y abarcando un caudal de noticias completísimo, no le fue difícil a Ochs conseguir que gran número de lectores conscientes cambiaran de matutino. Antes de un año la tirada se triplicó. Ochs estaba en lo cierto.

El estilo del *New York Times* se afirmó gracias a una extraordinaria agudeza informativa y a un decidido sentido de la anticipación. Baste decir que fue el primer periódico en el mundo que habló de Marconi y de su telegrafía sin hilos, gracias a lo cual pudo tener en su redacción la primera instalación de esta clase, lo que le permitió gozar de la exclusiva de las noticias de la guerra ruso-japonesa en 1905, dando las informaciones antes que ningún otro diario.

Gay Talese, biógrafo del periódico, definía la fórmula del *Times* como la de «un gran periódico de noticias que no era portavoz de opiniones determinadas, ni palestra de escritores, ni campeón de los de abajo o de los de arriba, ni cruzado de ninguna reforma social o política». Esta fórmula independiente hizo del periódico una entidad admirada, exponente de un tipo de prensa serio y responsable. En 1915, su edición llegaba a los 300.000 ejemplares.

Desde entonces, el *New York Times* fue buena muestra de un periodismo que, ejercido bajo las premisas de la libertad de prensa, encontraba el contrapeso debido en el sentido de responsabilidad de su editor. En 1917 comienza a trabajar en la empresa un joven y prometedor periodista de veinticinco años llamado Arthur Hays Sulzberger. Al casarse con una hija de Ochs, acabó por entrar en la más absoluta confianza del editor. Con Sulzberger, la continuidad de la fórmula quedaba asegurada. Y así sería tras el fallecimiento de Ochs en 1935, después



Pasar de satirizador a ser satirizado.



H. G. Russell, corresponsal de guerra del Times.

Arriba, foto de H. G. Russell, corresponsal del prestigioso y veterano diario británico The Times *por todo el mundo. A la derecha, primera página del mencionado periódico, correspondiente al número 6.752, fechado el 7 de noviembre de 1805, en la que puede observarse su característica columna de anuncios en portada. En la página opuesta, la entrada a un periódico parisiense, llena de diarios sin repartir, durante una huelga.*



The Times

Una cabecera que ha dado prestigio a la prensa.

de cuarenta años al frente de una institución modelo del mejor periodismo de nuestro tiempo.

La prensa británica: una pugna entre lores

En el firmamento de la prensa británica de fines del XIX, dos publicaciones tenían carácter de oráculo: *The Times* y *Manchester Guardian.* Fundado en 1785 por John Walter, el *Times* se había convertido en expresión del poder político. Sesudo, impecable y compuesto en sobria e inalterable compaginación, el reputado rotativo hizo que los gobiernos se sirvieran de él como medio de influir sobre la opinión pública, aunque a finales de siglo era el periódico el que se servía de los gobiernos dado su grado de respetabilidad. El *Guardian,* fundado por John Edward Taylor en 1821, fue dirigido por Charles P. Scott a lo largo de un dilatado período, entre 1871 y 1929, convirtiéndose en el portavoz del liberalismo político e ideológico, y su reputación llegó a hacer del periódico uno de los más respetados del mundo.

El influjo de la prensa popular se materializó en Inglaterra gracias a los hermanos Berry, fundadores del *Daily Telegraph,* primero de los llamados de *one penny.* Un empresario periodístico con visión, Alfred Harmsworth, lanzó en 1896 el primer diario sensacionalista inglés, el *Daily Mail.* El éxito, tremendo, le animó a crear siete años después el *Daily Mirror,* que fue el primer rotativo que adoptó el formato tabloide e incluyó ilustraciones en las páginas de tipografía. Su difusión fue inmensa, llegando muy pronto a tiradas superiores al millón de ejemplares. Su máximo competidor sería el *Daily Express,* fundado en 1900 por Sir Arthur Pearson y adquirido en 1915 por un canadiense, deseoso de conseguir influencia política a través de la prensa. Se llamaba Max Aitken, ennoblecido posteriormente como lord Beaverbrook, y multiplicó su influencia al lanzar el vespertino *Evening Standard.* Como Alfred Harmsworth fue asimismo hecho par del reino con el título de lord Northcliffe, la pugna entre estos dos nobles hizo historia en Fleet Street. Northcliffe, queriendo dar altura a su grupo de publicaciones, adquirió *The Times* en 1908, entonces un tanto en baja en su competencia con la prensa de grandes titulares y múltiples columnas dada a lo sensacional. Northcliffe no alteró ni su imperturbable formato ni su ponderado talante. Su grupo editorial lo continuaría su hermano Harold, posteriormente lord Rothermere, y este imperio se completaría con el dominical *The Observer,* porque el fenómeno de las publicaciones dominicales (en Gran

Bretaña los periódicos no salían en domingo) hizo que cada grupo tuviera su dominical, en competencia con el leidísimo *News of the World* y con el archipopular *People*, que se llevaba la palma en cuanto a morbosa explotación de la crónica negra.

La prensa continental

La Alemania guillermina en su máximo apogeo, entre 1890 y 1914, vivió el momento del colosalismo. A su amparo surgió uno de los más importantes *trusts* periodísticos del mundo: la casa Ullstein A.G., fundada en 1877. El grupo incluía el venerable *Vossische Zeitung*, aparecido en 1704 y en cuyas páginas habían escrito Lessing, Herder y otras personalidades de la *Aufklärung*. Además de este decano, Ullstein tenía la propiedad de tres diarios berlineses: *Berliner Morgenpost*, el de mayor circulación en lengua alemana; *Berliner Zeitung am Mittag*, y el vespertino *Tempo*. Además poseía una docena de semanarios y revistas mensuales, agencia de noticias, agencia fotográfica y servicio de prensa con suscriptores en toda Europa. El lema de Ullstein era el liberalismo político y el modernismo cultural, línea tolerante en la que se movían otros dos grandes diarios germanos, *Berliner Tageblatt* y *Frankfurter Zeitung*, mientras que el otro monstruo de la prensa berlinesa, *Deutsche Allegemeine*, seguía la tendencia conservadora y pangermanista.

En Francia, a diferencia de los países anglosajones, la distinción entre editor y director desaparecía generalmente, adoptando la mayoría de los medios informativos un tono muy personal. Así, *La Justice* era el periódico de Clémenceau, *La Libre Parole* de Drumont, *L'Humanité* de Jaurès, *L'Intransegeant* de Henri de Rochefort y *L'Action Française* era, a dúo, el vocero de Maurras y Daudet. La influencia del periodismo, tal y como se ejercía en el país vecino, tuvo clamoroso reflejo al aparecer en *L'Aurore* el célebre artículo de Emile Zola «J'accuse», en el que reivindicó el nombre de Dreyfus y apuntó a los verdaderos culpables en el proceso que dividió a la opinión pública francesa y que acabó en la injusta condena del oficial.

Un tipo de periodismo, mezcla de polémica y libelo, nutrió los escándalos nacidos durante la III República, y ello hizo que ciertas publicaciones dadas a lo panfletario tuvieran por director a un espadachín incapaz de escribir un suelto pero dispuesto a presentarse en el campo del honor, lugar donde a comienzos de siglo se ventilaban las ofensas a la honorabilidad. La práctica de esta clase de periodismo, sin reparos para la revelación indiscreta y escandalosa destinada a destruir un nombre, tuvo su más sangrienta culminación en el homicidio del director de *Le Figaro*, Gaston Calmette, en marzo de 1914: la segunda esposa del político Joseph Caillaux disparó contra Calmette en su propio despacho. El motivo era que en enero de aquel año Calmette había comenzado la publicación de unos artículos de una violencia inaudita contra Caillaux, en los que se reflejaba la inquina de las clases con-


Una huelga de prensa. Los periódicos se amontonan en las calles.



La prensa: explosión del cuarto poder



WILLIAM RANDOLPH HEARST (San Francisco, 1863-Beverly Hills, California, 1951)

Hijo único de un propietario de minas de oro que llegó a senador por California, estudió un par de cursos de derecho en Harvard, abandonando las leyes para probar fortuna en el mundo de la prensa, impresionado por el éxito del *World* neoyorquino, que dirigía Joseph Pulitzer. Empezó en 1887 con un periódico de San Francisco, el *Examiner*, que su padre había comprado en 1880 por motivos políticos; un periódico conflictivo del que, en dos años, logró sacar beneficios.

En 1895 penetró en el mercado neoyorquino comprando el *Morning Journal*, un periódico prácticamente fracasado. Para levantarlo no dudó en arrebatar al *World* algunos de sus mejores hombres ni en contratar escritores como Stephen Crane o Julian Hawthorne. Muy pronto el *Journal*, periódico piloto de Hearst, alcanzó gran difusión, no sólo debido a una serie de innovaciones técnicas y a su bajo precio, sino también por sus artículos sensacionalistas que, unidos a una extraordinaria agresividad en sus posturas sobre las relaciones internacionales, hicieron pronto de Hearst una auténtica fuerza política. Criticó acerbamente el conflicto fronterizo entre Venezuela y Gran Bretaña a propósito de la Guayana británica, e hizo una campaña de alcance nacional abogando por la entrada de Estados Unidos en la guerra contra España en 1897, hasta el punto de que era poco me-

nos que general la creencia de que Hearst había desencadenado la guerra de Cuba para aumentar la venta de sus periódicos. En 1897 Hearst comenzó a hacer política de más altos vuelos apoyando a uno de los candidatos a la presidencia de los Estados Unidos, W. J. Bryan, y, en 1900, atacando a McKinley, quien alcanzó la presidencia y fue asesinado en septiembre de 1901, a los cinco meses de que en la prensa de Hearst apareciera un editorial justificando el asesinato político. Intervino también personalmente en política, como miembro de la Cámara de Representantes entre 1903 y 1907; después como aspirante a la alcaldía de Nueva York, que alcanzó en 1906, pero que no logró conservar en la siguiente elección.

Su furibundo aislacionismo le llevó a oponerse a la intervención de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, a difamar a la Sociedad de Naciones y a exigir el abono inmediato a Norteamérica de las deudas contraídas por los aliados durante la guerra. Hacia 1925, Hearst había logrado tener un periódico en cada región de los Estados Unidos, junto con numerosas revistas, extendiendo sus actividades al campo editorial y a la producción cinematográfica. En 1927 ablandó un tanto sus posturas aislacionistas a ultranza, abogando por la alianza y la cooperación política entre todos los países de habla inglesa, lo que venía a establecer una notable diferencia con su anterior postura frente a Inglaterra, a la que siempre había fustigado con dureza. Por esta época mandó edificar un suntuoso castillo en San Simeón, California, que llenó de antigüedades y obras de arte de todo género, adquiridas en los más lejanos lugares del mundo, muchas de ellas nunca desembaladas.

La crisis de 1929 y sus secuelas pusieron en graves dificultades su imperio editorial, obligándole a reestructuraciones y ventas y a que su compañía más importante, la American Newspapers Inc., fuese administrada por un bando durante toda una década. En 1941 vendió la mayoría de sus vastas colecciones artísticas. Pero la Segunda Guerra Mundial le permitió remontar la crisis y volver a obtener beneficios. Su figura quedó retratada con mano maestra en *Ciudadano Kane* (1941) de Orson Welles, una de las cumbres de la cinematografía.



La Nación, decano de la prensa argentina.



Le Figaro fue el prestigio.

servadoras contra el político por haber implantado, en su etapa como ministro de Hacienda, el impuesto sobre la renta, hecho considerado por las clases adineradas como un auténtico latrocinio. En su propósito de hundir a Caillaux, Calmette llegó hasta la publicación de unas cartas de amor dedicadas por el político a su amante. Su segunda esposa, exasperada por estas revelaciones y atemorizada ante lo que pudiera salir a la luz, decidió matarle. Entre el escándalo periodístico y el crimen pasional, el asesinato de Calmette fue noticia de primera plana hasta el estallido de la guerra, cuatro meses más tarde.

En aquella etapa de transición entre dos épocas, coexistían en la prensa francesa rotativos modernos en medios y factura, como *Le Matin*, *Le Petit Parisien* o *Le Journal*, con vetustas publicaciones, como *Le Journal des Débats*, decano de la prensa gala, en el que algunos redactores todavía escribían sus crónicas con pluma de ave en la misma redacción desde la que sus antecesores habían visto la toma de la Bastilla más de un siglo atrás.

La prensa en España

Entre 1900 y 1910 se publicaban en España 1.100 periódicos. Muchos de ellos de vida efímera y apoyados coyunturalmente en el «fondo de reptiles» del Ministerio de la Gobernación, pero la importancia de esta etapa en la vida de la prensa española reside en que fue en ella, alargada hasta 1920, en la que se produjo la aparición de empresas destinadas a facilitar el tránsito de una prensa decimonónica cargada de bohemia a un periodismo del siglo XX con adelantos tecnológicos, corresponsales destacados y riqueza de colaboradores, reclutados entre las mejores plumas del país.

Es en este período cuando Torcuato Luca de Tena, fundador de Prensa Española S. A., y que había iniciado su carrera de editor con la revista *Blanco y Negro*, se lanza a publicar un periódico, *ABC*, en 1905. El nuevo diario por su cómodo formato, por la incorporación del fotograbado ocupa muy pronto un lugar en las preferencias del lector amante de un periodismo de fondo liberal-dinástico y de forma nada detonante. En 1906 se produce la creación de la Sociedad Editorial de España, el llamado *trust*, en el que se agrupan *El Imparcial*, diario de la familia Gasset cuyos «Lunes literarios» han marcado un hito en la prensa de nuestro país y que estaba dirigido por el gran periodista Ortega Munilla; *El Liberal*, cuya tendencia queda enunciada y a cuyo frente estaba Miguel Moya, y *Heraldo de Madrid*, de matiz progresista y filorrepublicano, que era el vespertino más leído de la capital. La Sociedad pretendía la formación de una «cadena» al estilo de las existentes en los países anglosajones y, manteniendo el carácter de cada uno de los rotativos que la integraban, formaba un grupo de notoria influencia que se extendía desde lo político hasta el control de los precios del papel. En 1913 se fundó la Editorial Católica, cuyo órgano, *El Debate*, apareció en el mismo año como diario católico, independiente y del que fue inspirador y guía Angel Herrera.

En 1917, Nicolás María de Urgoiti, empresario vasco con grandes intereses en Papelera Española y en la editorial Espasa, fundó *El Sol*, rotativo que por su esmerada y original confección, así como por el excepcional plantel de redactores y colaboradores —la plana mayor del reformismo—, logró una rápida aunque minoritaria implantación. El impacto de *El Sol* se doblaría en lo popular al lanzar el vespertino *La Voz*, que, dirigido por Fabián Vidal y por lo dinámico y ágil de su confección, llegaría a alcanzar una tirada de 200.000 ejemplares. En Barcelona Ramón Godó, propietario de *La Vanguardia*, con-

templaría cómo su periódico, bajo la dirección de Miguel de los Santos Oliver, se situaba a la cabeza de la prensa nacional, gracias a un excepcional soporte de suscriptores y un respaldo publicitario de primera magnitud.

Con estos rotativos se alternaban *La Epoca* de Escobar, *La Correspondencia de España* de Leopoldo Romeo, *La Tribuna* de Cánovas Cervantes y otros muchos de ámbito nacional y local. Fue una época de plumas brillantes e influyentes cuyos escritos eran seguidos en un momento de transformación de la vida española. La definición de «la España invertebrada» la emitió Ortega y Gasset desde las páginas de *El Imparcial.* En el panorama periodístico de entonces brillaban la crónica mundana de Gómez Carrillo, el escrito literario de *Andrenio,* la crítica de Díez-Canedo, el editorial de Cuartero y la columna incisiva de Félix Lorenzo; era una prensa en la que se podían leer escritos nada menos que de Unamuno, Cavia, Pérez de Ayala, Ramón Gómez de la Serna, Grandmontagne, Azorín, Fernández Flórez y toda una generación de grandes escritores.

La expansión

Al entrar en la segunda década del siglo XX, el dogma de la libertad de prensa estimulaba la más dura competitividad. En su capacidad de difusión, el mundo de la información había dado un salto de gigante. El mercado informativo se lo disputaban un plantel de agencias: las inglesas Reuter y Central Press; las americanas United Press, Associated Press, International News Service; las alemanas Wolff y Ullstein; la rusa Tass; las francesas Havas y Fabra; la italiana Stéfani. En aquel entonces, en Estados Unidos se publicaban 2.400 periódicos que tiraban un total de 24 millones de ejemplares. El mundo de los semanarios se había enriquecido con la aparición de las revistas especializadas: técnicas, económicas, deportivas, femeninas, infantiles. El fotoperiodismo se desarrollaba gracias a las nuevas técnicas de heliograbado. *The Illustrated London News, L'Illustration Française, Berliner Ilustrierte* eran publicaciones que creaban el nuevo periodismo en imágenes, cosa que hacían entre nosotros *Blanco y Negro, La Esfera* y *Nuevo Mundo.*

Una noticia clamorosa, como el hundimiento del *Titanic* en 1912, representaba un inaudito despliegue informativo, el lanzamiento de ediciones especiales, la competencia más enconada para ofrecer el detalle inédito, la confidencia reveladora.

La vida de los países se dividía, periodísticamente hablando, en la hora del matutino y la del vespertino. Monopolizador de la noticia y sin competencia radiofónica ni televisiva alguna, el periódico era dueño de la palabra y de la imagen. Y si la venta de los matutinos era más estática y de kiosco, la del vespertino era dinámica y sonora con los vendedores voceando el titular y anticipando a gritos la última noticia.

La guerra de 1914 a 1918, con su sucesión de noticias trascendentales, trajo una dilatación sin precedentes del medio informativo por el acopio de noticias, por el despliegue de corresponsales en los frentes, de fotógrafos. Su influencia sobre la opinión pública fue total en momentos en los que era preciso aunar sentimientos colectivos en pro del esfuerzo bélico. La gravedad de las circunstancias hizo necesaria la existencia de la censura, un descubrimiento que

En la página opuesta, de izquierda a derecha, calle de Buenos Aires donde estaba la antigua sede del periódico La Nación, *decano de la prensa argentina, y una postal de propaganda de* Le Figaro *francés, en la que una señorita, ataviada con un traje de época, se sobrepone a la primera página del diario. Bajo estas líneas, publicidad del* ABC *español en la que se mencionan sus dos ediciones: la de Madrid y la de Sevilla.*



ABC, *desde sus comienzos en Sevilla a su edición aérea.*

en el futuro haría que cualquier gobierno autoritario la impusiera como primera medida. Era el mejor reconocimiento al inmenso poder que llegó a representar la prensa escrita ejercida en un clima de libertad.

La prensa latinoamericana

Aparecida en el período colonial, la prensa de América Latina experimentó su desarrollo al amparo de la independencia producida en plena



eclosión del liberalismo. Uno de los más antiguos periódicos del continente fue *El Mercurio*, aparecido en Valparaíso en 1827 y editado posteriormente en Santiago de Chile. Con carácter de auténtica institución se configuraría el *Diario de la Marina* de La Habana, fundado en 1844 por Isidro Araújo para después pasar a ser patrimonio de la familia Rivero por más de una generación. En Argentina, que andando el tiempo editaría los diarios más influyentes del continente, se imprimía *La Nación* de Buenos Aires, creada en 1862 por Bartolomé Mitre. *La Nación* y *La Prensa*, aparecida en 1863 como propiedad de la familia Paz, constituían la vanguardia de los periódicos impresos en lengua castellana fuera de España. Representaban las tendencias liberales y conservadoras y se enriquecieron en su período más brillante, entre 1880 y 1940, con la colaboración de las más destacadas plumas del país, además de un selecto plantel de escritores españoles como Maeztu, Salaverría, Madariaga, Corpus Barga, Pérez de Ayala, etc. *La Prensa* llegó en su mejor momento a tirar más de medio millón de ejemplares.

En México surgió en 1888 *El Universal*, fundado por Rafael Reyes, y posteriormente el *Excelsior*. En Bogotá *El Tiempo*, nacido en 1911, fue uno de los medios más influyentes de Colombia. Dadas las características de la vida política en Hispanoamérica, el desarrollo de la prensa sufrió los avatares de unas alternativas políticas sujetas a frecuentes períodos dictatoriales con la consiguiente merma en las posibilidades de expresión. No obstante, sus páginas fueron tribuna desde la que la intelectualidad latinoamericana, aparecida con las primeras generaciones de los emancipados, pudo exponer su pensamiento y mostrar su estilo. Y con ello queremos dejar constancia de la presencia en sus páginas de colaboraciones de hombres como Mañach, Márquez Sterling y Santovenia en Cuba; de Vasconcelos, Martín Luis Guzmán y Alfonso Reyes en México; de Sarmiento, Larreta y Linch en Argentina. Y de González Prada en Perú, Picón-Salas en Venezuela y otros muchos que contribuyeron a la formación de una nueva voz castellano-parlante, cuya afirmación con registros originales se desarrollaría plenamente en la generación siguiente.

R. A.

Premio Pulitzer de fotografía 1965.

Bibliografía básica

Varios: *Histoire Génerale de la presse française.* Vol. 3, de 1871 a 1940. París, 1972.

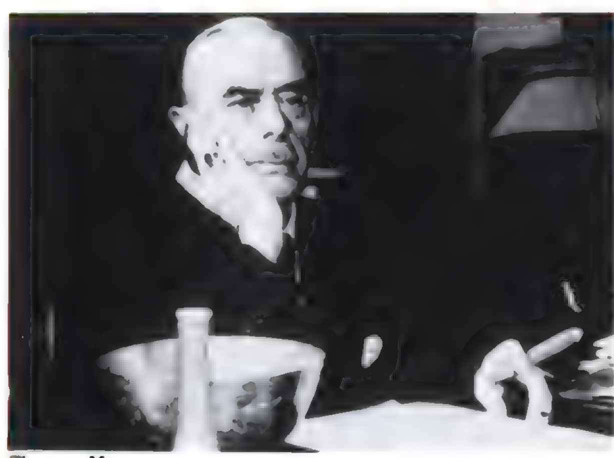
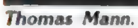
ORTEGA Y GASSET, M.: *El Imparcial. Biografía de un gran periódico español,* Librería General. Zaragoza, 1956.

SWANBERG, W. A.: *Citizen Hearst.* París, 1963.

TALESE, G.: *El reino y el poder,* Grijalbo. Barcelona, 1973.

TARÍN IGLESIAS, J.: *Panorama del periodismo hispanoamericano. Desde sus orígenes hasta nuestros días,* Alianza. Barcelona, 1972.

Impresionante fotografía, que recoge la imagen de una mujer vietnamita que intenta mantenerse a flote con sus cuatro hijos tras huir de un bombardeo norteamericano. Muchos corresponsales de guerra, fotógrafos y reporteros arriesgan —y a veces pierden— su propia vida para captar lo mejor de la realidad más palpitante y auténtica. Todos ellos forman parte de la historia del periodismo junto a hombres como Benjamin Franklin, Richelieu, Clémenceau, Theodore Roosevelt o Winston Churchill, que fueron periodistas antes que políticos; u otros como Daniel Defoe, Charles Dickens, Goethe, Mark Twain, García Márquez, Larra, Bergamín, Corpus Bargá, Ortega y Gasset, Schiller, Cortázar y una larga compañía, que fueron periodistas antes que grandes escritores. Una historia que va unida a la lucha por la libertad de expresión e información que cada lector disfruta al elegir su periódico en el quiosco.



Thomas Mann.


Ernst Lubitsch.

Joan Miró: El huerto.



Max Planck.

Política internacional

El presidente norteamericano Woodrow Wilson da a conocer su programa de Catorce puntos *como fundamento de la paz mundial.*
Guerra civil en Rusia.
Ratificación del tratado de paz de Brest-Litovsk entre Rusia y Alemania, con duras condiciones para Rusia.
El zar Fernando de Bulgaria abdica en favor de su hijo Boris.
Retirada de las tropas alemanas a la «línea Hindenburg».

en Vittorio Veneto.
Capitulación de Turquía.
Revolución en Berlín. El socialdemócrata Philipp Scheidemann proclama la república.
Abdica el Kaiser Guillermo II de Alemania.
Se proclama la República Socialista Soviética.
Checoslovaquia y Yugoslavia se convierten en sendas repúblicas.
Constitución del reino de los servios, croatas y eslovenos.
El 11 de noviembre se firma el armisticio entre los aliados y Alemania. Fin de la Primera Guerra Mundial.
Asesinato del zar Nicolás II y toda su familia.
Muere violentamente el primer ministro de Hungría Itscán Tiszza.

Sociedad

Legislación reformista en Inglaterra. Se concede el derecho al voto a la mujer mayor de 30 años.
Oswald Spengler publica el primer volumen de La decadencia de Occidente.

Economía

México nacionaliza sus yacimientos petrolíferos.

Ciencia y tecnología

Primer vuelo regular entre Nueva York y Washington.
Descubrimiento de la vitamina D en Estados Unidos.
Max Planck, el descubridor de la teoría cuántica, obtiene el premio Nobel de Física.

Sucesos

Epidemia mundial de gripe. Se calcula que murieron cerca de veinte millones de personas.
Atentado contra Lenin. Los bolcheviques contestan sembrando el terror en la nobleza y la burguesía.

Literatura

No se concede el premio Nobel.
Gerhart Hauptmann: El hereje de Soana.
César Vallejo: Los heraldos negros.
Thomas Mann: Reflexiones de un apolítico.
Anatole France: El pequeño Pierre.
Gerald Hopkins: Poemas *(edición póstuma).*
Guillaume Apollinaire: Calligrammes.
Litton Strachey: Eminent Victorians.
Muere Guillaume Apollinaire.

Cine

Charles Chaplin: Vida de perro.
Ernst Lubitsch: Carmen.
Winsor McCay: El hundimiento del Lusitania.

Teatro

James Joyce: Exiliados.

Música

Giacomo Puccini: Il Trittico *(Il tabarro, Suor Angelica y Gianni Schicchi).*
Béla Bartok: El mandarín maravilloso.
The Original Dixieland Jazz Band recorre Europa introduciendo el jazz.

Pintura y escultura

Juan Gris: Muchacha escocesa.
Paul Klee: Gartenplan.
Fernand Léger: Sala de máquinas.
Giorgio Morandi: Gran bodegón metafísico.
Ramón Casas: Autorretrato.
Pablo Picasso: Pierrot.
Egon Schiele: La familia.

Arquitectura

B. G. Goodhoe: Iglesia de San Bartolomé, *Nueva York (inauguración).*

1919

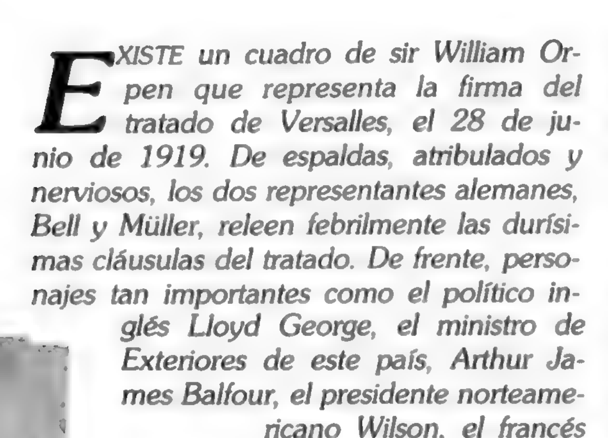
EL TRATADO DE VERSALLES: UN NUEVO MUNDO TRAS LA GUERRA



Una de las imágenes de la paz. El tratado de Versalles dejaría ver otra imagen muy diferente.

EXISTE un cuadro de sir William Orpen que representa la firma del tratado de Versalles, el 28 de junio de 1919. De espaldas, atribulados y nerviosos, los dos representantes alemanes, Bell y Müller, releen febrilmente las durísimas cláusulas del tratado. De frente, personajes tan importantes como el político inglés Lloyd George, el ministro de Exteriores de este país, Arthur James Balfour, el presidente norteamericano Wilson, el francés Clémenceau, etc. Un marco apropiado para el caso: el soberbio salón de espejos del Palacio de Versalles, no muy lejos de la sala comedor en la que, dos siglos antes, el rey Luis XIV celebraba sus banquetes públicos.

Esta vez el banquete era menos tangible, pero mucho más voraz. Los aliados, vencedores en la guerra, estaban dispuestos a repartirse todo lo que pudieran de las posesiones continentales y coloniales de Alemania y sus aliados. Países que apenas habían tenido una intervención en la guerra aspiraban a grandes extensiones de terreno o a ricos enclaves, otrora pertenecientes a los vencidos. En la mesa de Versalles había moderados y radicales, pero todos estaban de acuerdo: Alemania debía pagar con creces las pérdidas habidas en la contienda.



En la foto, tropas británicas entran victoriosas en una ciudad belga conquistada a los alemanes. La obsesión de los aliados —vencedores de la contienda— de «castigar y hacer pagar» a los vencidos hasta el último céntimo de los daños de la guerra se plasmó en el durísimo tratado de Versalles, que impidió la reconciliación de los pueblos y abonó el terreno para que la semilla del odio y la revancha germana, alentada por los nazis (Hitler fue un cabo austriaco vencido durante esta contienda), germinara veinte años más tarde y estallara la Segunda Guerra Mundial, de efectos mucho más devastadores que la Primera.

El general John Joseph Pershing fue el comandante en jefe de las tropas norteamericanas que intervinieron en la Primera Guerra Mundial. Fruto de sus vivencias bélicas en esta contienda fue su libro titulado Mis experiencias en la guerra mundial *con el que obtuvo el premio Pulitzer en 1931. Antes de venir a Europa, Pershing participó en las campañas contra los indios norteamericanos, que casi acabaron con esa raza, en la guerra de 1898 entre España y Estados Unidos, en las expediciones de castigo contra los insurgentes mexicanos de Pancho Villa (1916-1917) y en la represión de las revueltas de Filipinas en dos ocasiones. La Primera Guerra Mundial, con la desolación que sembró en Europa, supuso a nivel internacional que los Estados Unidos pasaran a ser la potencia hegemónica mundial.*



El general Pershing.

Los últimos cartuchos

Año y medio antes, a principios de 1918, nada hacía suponer que las cosas llegarían a desembocar en una derrota total para los países centroeuropeos y, menos aún, que éstos habrían de aceptar, por fuerza mayor, tan tremendas condiciones.

Por ese tiempo, después de tres años y medio de contienda, las fuerzas estaban más o menos equilibradas. En abril de 1917 los aliados habían tenido un gran refuerzo con la entrada en combate de los norteamericanos, pero unos meses más tarde se producía la revolución rusa, con lo que Alemania y sus aliados se congratulaban ante la perspectiva de poder retirar el total de sus fuerzas del frente ruso para trasladarlas al frente occidental.

La situación general en Europa, sin embargo, era desesperada. Los países estaban al borde de la bancarrota, y tanto la población civil como los combatientes habían entrado en una especie de resignación desesperada. Los hechos eran que, tras cuarenta y dos meses de guerra y una cantidad de bajas que se contaba por millones, las espadas continuaban en alto y todo hacía prever otro período de desolación como el pasado.

No obstante, este mismo agotamiento presagiaba un final próximo. Los dos bandos se daban cuenta de que debían hacer un supremo esfuerzo para acabar con su contendiente. Concretamente, el jefe supremo de las fuerzas alemanas, Erich Ludendorff, tomó conciencia exacta de hasta qué punto el tiempo corría en su contra. Tanto él como su superior Hindenburg, el propio Kaiser y la mayor parte de los altos mandos militares alemanes se percataron de que no podían permitir que Estados Unidos trasladara tropas de forma masiva, pues si daban tiempo a este país a poner sus medios técnicos y sus reservas al servicio de los aliados, la guerra estaría perdida.

De esta manera, Ludendorff y sus generales, reunidos en Mons a fines de 1917, idearon un plan desesperado y audaz: iniciar una ofensiva general a principios de 1918 contra el frente anglo-francés y derrotarlo de forma indiscutible. Quizá entonces se podría concluir un tratado de paz favorable a Alemania. Ludendorff contaba, además, con las divisiones que vendrían del frente ruso. Sin embargo, había un inconveniente: la operación debía hacerse con toda rapidez para impedir que los americanos tuvieran tiempo de llegar en socorro de los franceses y británicos.

Efectivamente, los alemanes llevaron adelante la ofensiva, pero, desgraciadamente para ellos, ésta no pudo comenzar hasta el 21 de marzo, muy pocas semanas antes de la anunciada llegada de refuerzos norteamericanos en primavera. Por otro lado, para esa fecha, tanto los ingleses como los franceses estaban perfectamente enterados de los planes militares alemanes a través de sus servicios de información.

Con todo, las tropas alemanas tuvieron éxitos iniciales y consiguieron empujar hacia el oeste tanto a los ingleses como a los franceses, que, sin embargo, se retiraron luchando palmo a palmo, en orden e infligiendo a los alemanes muchas bajas.

Golpe en la retaguardia

Mientras franceses, americanos e ingleses resistían en el frente francés, los aliados preparaban un plan para asestar a los alemanes un fuerte golpe en la retaguardia. El estadista inglés Lloyd George fue el animador de esta idea, consistente en atacar a los aliados de Alemania y obligarles a rendirse, lo cual, se pensaba, causaría una previsible desmoralización en los mandos alemanes.

Se trataba, pues, de que los ingleses con sus aliados árabes terminaran con Turquía, que los italianos dieran el golpe final a la agotada Austria y que una fuerza interaliada partiera desde Grecia y acabara con Bulgaria, la aliada balcánica de Alemania.

Comenzaron así los preparativos que Lloyd George consideraba fundamentales, pues su idea era abrir de nuevo el frente del este. Con Austria, Turquía y Bulgaria derrotadas, se podría hacer avanzar una fuerte tropa por el Danubio hacia Alemania, obligando a ésta a apartar

tropas del frente occidental. Sin embargo, el asunto no era fácil, pues los aliados tenían intereses muy diversos. Los italianos, por ejemplo, tenían un interés nacionalista en vencer a Austria, pero no lo tenían en lo que respecta a Turquía, y los ingleses luchaban denodadamente contra Turquía por la competencia colonial, pero no daban importancia a Austria-Hungría.

Al fin, en el mes de septiembre de 1918, se consiguió llevar adelante el plan, que tuvo resultados inmediatos. El general Allenby, al frente de una tropa compuesta por ingleses, australianos, neozelandeses, indios y la legión árabe de Lawrence, fue el encargado de hacer la campaña en Palestina, donde derrotó a los turcos. En Salónica, el general francés Franchet D'Esperay («Frankie el desesperado»), al frente de un contingente mixto de italianos, ingleses, servios y franceses, subió hasta Bulgaria que, exhausta, capituló con relativa facilidad. Casi simultáneamente, en el frente alpino los italianos infligieron una enorme derrota a los austriacos, que prácticamente encajaron ahí su rendición definitiva. En octubre, capituló Turquía, en septiembre lo había hecho Bulgaria y en noviembre lo haría el Imperio austro-húngaro. Alemania tenía los días contados.

El derrumbe de Alemania

Antes de que esto ocurriera, es decir, al comienzo de la primavera de 1918, la ofensiva alemana había terminado con éxito relativo; el plan «San Miguel» de Ludendorff había significado la ocupación de 3.000 kilómetros cuadrados de territorio aliado y la captura de un total de 90.000 prisioneros, la mayor parte de ellos franceses.

En el lado contrario, los generales Haig, inglés, y Petain, francés, habían dejado el mando unificado en manos del general Foch, con el vo-

El ejército alemán saboreaba día tras día el polvo de la derrota. Pero lo más penoso vendría luego, con las condiciones humillantes del supuesto tratado de paz, el hambre, los millones de inválidos y la bancarrota económica, durante la cual llegaron a imprimirse billetes de un billón de marcos alemanes que no valían nada. No obstante los oficiales germanos derrotados, auxiliados por los Freikorps *(Cuerpos Libres), ahogaron en sangre la Revolución Roja de Berlín, en la Navidad de 1918.*





Hubo miedos que no se olvidarían fácilmente.

La población civil tuvo que prepararse para hacer frente a las atrocidades de la guerra. En la foto, agentes de policía patrullan las calles de París en bicicleta y provistos de caretas antigás por si los alemanes llegaban a bombardear la capital francesa con tan mortífera arma.

to favorable de los norteamericanos, que tenían destacados a dos de sus más prestigiosos generales: Pershing y Bliss.

Fue, sin duda, una decisión acertada. Foch se dio cuenta de que llegaría un momento en que los alemanes no tendrían fuerzas suficientes para cubrir un enorme frente que cada vez iba siendo más ancho y profundo. La inicial fuerza del ataque relámpago redujo los efectivos alemanes en un quince por ciento, y hubo que recurrir a reclutas muy jóvenes de la quinta de 1899, muchos de los cuales no pasaban de los dieciocho años.

El general Ferdinand Foch estaba tranquilo. A veces exasperaba a sus colaboradores, a quienes invariablemente respondía, aunque le anunciasen noticias graves, que todo estaba bien. Con paciencia, fue dejando a los alemanes dispersarse en un territorio que no podían abarcar y esperó tranquilamente a los refuerzos americanos para dar el golpe de gracia a un ejército alemán cada vez más desmoralizado por la falta definitiva de resultados. A pesar de todo, a principios del verano aún se seguían recibiendo noticias en Berlín de victorias indiscutibles y de gloria militar para el ejército alemán.

El 18 de julio los aliados comenzaron su ofensiva, que se tradujo en una auténtica retirada de los alemanes. El día 8 de agosto (que fue calificado por Ludendorff como «el día negro del ejército alemán») las tropas británicas, australianas y canadienses realizaron un avance precedidos por los 604 tanques con que contaba el ejército inglés. Los alemanes retrocedieron 24 kilómetros, pero eso no fue lo peor: por primera vez se dieron cuenta de que ya no podrían recuperarse y de que, en realidad, ellos sí estaban al límite de sus fuerzas.

Durante todo el mes de agosto se sucedieron las ofensivas aliadas y en casi todas ellas los alemanes llevaron la peor parte, aunque se retiraban combatiendo. Cuando se llegó a la «línea Hindenburg» —también llamada «línea Sigfrido»— pensaban los alemanes que podrían detener a los aliados, pero no fue así: gracias a la niebla, ingleses y australianos fueron tomando el laberinto de trincheras, casamatas, túneles, cuevas y alambradas que parecían inexpugnables.

Aquella tarde Ludendorff sufrió una leve apoplejía y, por la noche, tuvo una entrevista con Hindenburg en la que le confesó que ya no sabía qué hacer con la situación. Por otro lado, no tardaron en producirse las derrotas de los aliados de Alemania: Turquía, Austria-Hungría y Bulgaria habían sido derrotadas y se disponían a pedir el armisticio. En Alemania hubo durante el mes de octubre una auténtica revolución popular pidiendo la paz. Al fin, el día 11 de noviembre, Alemania solicitaba el armisticio en Compiegne.

Balance de una masacre

Es frecuente que los historiadores se escandalicen por la dureza de las condiciones que los aliados impusieron a Alemania en el tratado de Versalles y, concretamente, la implacabilidad de los franceses en estas negociaciones. Sin embargo, se suele olvidar lo que significó para el país y para el pueblo francés esta guerra, que si fue terrible para todos, resultó especialmente cruel para ellos.

Empezando por el capítulo de combatientes muertos tenemos que Alemania, país vencido en la contienda, tuvo alrededor de 2.000.000 de bajas a las que habría que sumar unas 812.000 entre la población civil. Los rusos tuvieron 1.700.000 soldados muertos y más de 2.000.000 de bajas civiles. Los franceses, 1.358.000 bajas de soldados y un número indeterminado de civiles. Austria-Hungría perdió 1.100.000 soldados y más de 1.000.000 de civiles. Inglaterra, 761.213 soldados y 100.000 civiles. Italia tuvo 460.000 muertos, y Turquía 375.000. Un cuarto de millón de hombres del Imperio británico (australianos, canadienses, indios, chinos, sudafricanos, etc.) perdieron la vida, así como 114.095 norteamericanos.

Para completar el panorama hubo otras víctimas indirectas de la guerra: la matanza de 4.000.000 de sirios, armenios, griegos y judíos, y la gripe, que acabó con más de 6.000.000 de personas que no tenían suficiente alimentación ni posibilidades de cuidados médicos.

Pero a este tremendo balance de vidas humanas perdidas habría que añadir las pérdidas económicas que tuvieron la mayor parte de los países combatientes. Quedaron endeudados de forma grave Alemania, Austria-Hungría, Gran Bretaña, Francia, Italia, Rumania, Bélgica, Portugal, Finlandia y Sudáfrica. Obtuvieron, en cambio, beneficios, Estados Unidos, Japón, España, Argentina, Holanda, Suiza, Uruguay, Suecia, Dinamarca, Canadá, Noruega y Australia, es decir, los países que se mantuvieron neutrales o que no tuvieron que soportar el peso de la guerra.

Por lo que se refiere a Francia, país en el que tuvo lugar la parte más dura y larga de la contienda, perdió 4.856 kilómetros cuadrados de bosques, que quedaron devastados; 20.720 kilómetros cuadrados de tierra cultivable, igualmente arruinada; además de casi 1.000 plantas industriales, 246.000 edificios, 1.500 escuelas y 377 edificios públicos.



El día del armisticio París sí era una fiesta.

Las reparaciones

Cuando Alemania aceptó al fin su derrota y firmó el armisticio el 11 de noviembre de 1918, se vio forzada a aceptar una serie de condiciones que le impusieron los aliados solamente para que cesaran las hostilidades. Es decir, no se entraba en las negociaciones de paz, que habrían de realizarse seis meses después en Versalles. Simplemente se dio a Alemania una serie de condiciones mínimas e ineludibles que habría de aceptar.

Entre éstas destacaban la inmediata evacuación de los países ocupados: Francia, Bélgica y



A la satisfacción de la victoria se unió un cierto placer por la rendición absoluta del «enemigo».



También en esta ocasión las postales reflejaron los acontecimientos.

Luxemburgo y la renuncia inmediata a la posesión de Alsacia y Lorena. Además, debía entregar una buena cantidad de material bélico, especialmente aviones, cañones, morteros, ametralladoras y gran parte de la marina de guerra. Había también una cláusula bastante inocua en apariencia, pero que se convertiría en un grave problema; decía así: «Alemania aceptará entregar una reparación por los daños causados».

El hecho fue que estos «daños causados» eran de gran envergadura en algunos países, especialmente, como ya hemos visto, en Francia y en Bélgica. En estos países había sectores industriales, como el textil, gravemente dañados, y la agricultura y la ganadería se encontraban a un nivel bajísimo. En otros, como Inglaterra, habían sido destruidas con los bombardeos muchas fábricas y casas particulares. Multitud de barcos mercantes habían sido hundidos por los submarinos, y la mayor parte de las exportaciones de estos países prácticamente no existían.

En estas condiciones, ¿cuál habría de ser el precio que se pidiera a Alemania como compensación? Este fue, precisamente, el tema de las conversaciones entre los aliados en París, durante los seis primeros meses de 1919. Claro está que, junto a las justas peticiones de reparación de los países citados, se encontraban las de otros muchos, cuyas pérdidas habían sido mínimas, pero que, en su calidad de aliados, también deseaban tomar parte en el festín.

De momento, nadie devolvió —porque realmente nadie se lo reclamó— los territorios ocupados, antaño pertenecientes a los vencidos. Así, por ejemplo, entre Inglaterra y Francia se

repartieron las ex colonias africanas de Alemania: Togo y los Camerunes; Nueva Zelanda se quedó con las islas de Samoa; Sudáfrica con el Africa Sudoccidental alemana; Australia con Nueva Guinea. El Imperio turco, desmembrado, quedó en manos francesas e inglesas (Irak, Palestina, Transjordania y Siria). Italia, en cambio, a la que se habían prometido grandes territorios turcos y alemanes en Africa y Oriente Medio, apenas consiguió algunas migajas del Imperio turco y la provincia austriaca del Tirol del Sur. Los japoneses también vieron frustradas lo que ellos creían justas aspiraciones.

Es interesante anotar que los tres Estados que fueron postergados y humillados en las negociaciones de paz de 1919, serían los que, años más tarde, iniciarían una nueva contienda. En Alemania, Adolfo Hitler, arrastraría a las masas hablando de la vergüenza que significaba para su país el haber sido obligado a pagar las reparaciones de guerra. Mussolini también esgrimió el «gran engaño» a que había sido sometida Italia por parte de los aliados, mientras que Japón reivindicaría igualmente esta actitud despectiva hacia su país. Lo que ocurrió durante las negociaciones de paz de París, y luego en Versalles, envenenó las relaciones internacionales durante los siguientes veinte años.

Reunión en Versalles

Al fin, en junio de 1919, se celebró la reunión para la firma de los tratados de paz. Esta firma, que tuvo lugar en Versalles, iba al pie de un documento, alguna de cuyas cláusulas dejaron asombrados e indignados a los negociadores alemanes, que, sin embargo, no tuvieron otro remedio que rubricar lo convenido.

La cláusula más controvertida era la contenida en el artículo 231, del que más adelante daremos cuenta. De momento en artículos anteriores se despojaba a Alemania de todas sus posesiones coloniales en cualquier lugar del mundo y se le quitaba, incluso, cualquier concesión comercial. El ejército alemán quedaba reducido a un máximo de 100.000 hombres y se prohibía a este país la importación de armamento; la marina germana debía limitarse a unos pocos buques (36 en total) con una dotación de sólo 15.000 hombres.

Había una cláusula dentro del artículo 227 según la cual el Kaiser, que estaba exiliado en Holanda, debía comparecer para ser juzgado por un grupo internacional de jueces —un norteamericano, un francés, un inglés, un italiano y un japonés— «por haber atentado contra la moral internacional y el carácter sacrosanto de los tratados».

Con anterioridad, sin embargo, Lloyd George se había opuesto a una excesiva dureza en las condiciones con respecto a Alemania. El estadista inglés consideraba, como realmente sucedió, que si la humillación era demasiado grande, se produciría una situación de tensión que difícilmente podría ser paliada en el futuro. Concretamente en el caso del juicio al Kaiser, se opuso terminantemente a pedir la extradición, y el proceso no llegó a realizarse nunca.

Lloyd George tuvo, por este motivo, discusiones graves tanto con determinados sectores de la sociedad inglesa, que exigían las más duras reparaciones a Alemania, como con sus aliados. Clémenceau, por ejemplo, no dejó de recordar a su colega inglés que Gran Bretaña era un poder eminentemente marítimo y que no había padecido «en su suelo la invasión enemiga».

Alemania culpable

El famoso artículo 231 del tratado de Versalles estaba cargado de sutilezas semánticas y ju-

En la página opuesta, arriba, ciudadanos estadounidenses exhiben gozosos las portadas de sus periódicos, que anuncian a toda plana la rendición de Alemania, algo muy difícil de aceptar por el ardoroso nacionalismo germano. Abajo, postales y carteles aliados para conmemorar el acontecimiento.



Todo era alegría al paso de los soldados.

La intervención de los Estados Unidos de América —con todo su potencial industrial y económico— en la guerra fue decisiva para acelerar el fin de la contienda. La propaganda aliada, basada en la defensa de la democracia sobre el autoritarismo germano, corrió a cargo de personalidades como Douglas Fairbanks, pionero del cine norteamericano, que aparece en la foto arengando a sus conciudadanos desde el pedestal de una de las estatuas que adornan el edificio de la Subsecretaría estadounidense de Hacienda, en el centro de Nueva York. Abajo, plaza principal del Palacio de Versalles el día del armisticio. En la página opuesta, tapiceras francesas repasan las alfombras de Versalles antes de la firma del tratado.



Douglas Fairbanks habla a la multitud.

rídicas, pero no por ello resultaba menos explosivo. El artículo decía: «Los gobiernos aliados y sus asociados afirman, y Alemania reconoce, la responsabilidad que tienen Alemania y sus aliados por haber provocado todas las pérdidas y daños que los gobiernos aliados y asociados y sus ciudadanos han sufrido a consecuencia de la guerra a ellos impuesta por la agresión de Alemania y de sus aliados».

Este artículo que, como los demás, se vieron forzados a firmar los alemanes, constituía el reconocimiento de la culpa definitiva de Alemania por el hecho de haber desencadenado la guerra. Desde luego que los alemanes admitían y estaban dispuestos a reparar a los países que habían invadido y a los que habían causado daños, pero no estaba tan claro para ellos que hubieran sido los agresores y, por tanto, los culpables. Desde su punto de vista, las culpabilidades de la guerra debían ser compartidas, y ellos sólo habían ocupado otros países como una forma de defensa.

En realidad, el artículo citado estaba redactado en un principio de forma mucho más benévola y equitativa. Se pedían a los alemanes reparaciones por todo aquello que hubieran destruido directamente durante su ocupación. Lo que vino después fue una auténtica pugna de ambiciones. Los países no europeos, con Estados Unidos a la cabeza, mantenían que ellos ha-

bían tenido también pérdidas cuantiosas, tanto en hombres como en material, y que por tanto debían ser compensados. El propio Lloyd George, que tan reticente se había mostrado a la hora de pedir reparaciones, en la intimidad se mostraba absolutamente disconforme con que Luxemburgo, Bélgica y Francia recibieran reparaciones y no sucediera lo mismo con Inglaterra, ya que, como él decía «probablemente Gran Bretaña ha gastado más e, indirectamente, ha sufrido mayores daños, por ejemplo en barcos y comercio, que Francia. Debe recibir su justa parte de compensación».

En definitiva, Alemania, además de reconocer públicamente ser el agresor en lo que a la guerra concernía, debía pagar la cifra, astronómica para la época, de 24.000 millones de libras esterlinas, cantidad que fue reduciéndose paulatinamente en varias conferencias internacionales hasta ser liquidada en la de Lausana de 1932.

El mundo tras la guerra

En el tratado de Versalles también se trazaron las fronteras de la nueva Europa. Muchos de los Estados europeos, sobre todo si formaban parte de los vencedores, vieron cómo sus fronteras se extendían de alguna manera y cómo, además, otros países comprendidos en el seno de algún viejo imperio alcanzaban la independencia. Asimismo hubo países que aparecieron con autonomía en el concierto mundial, aunque momentáneamente quedaran sujetos a la tutela colonial de alguno de los vencedores.

Los Estados que aparecieron fueron, en Europa, los de Polonia, Yugoslavia, Checoslovaquia y Hungría, todos ellos con antiguos territorios pertenecientes a Alemania, Rusia o el Imperio austro-húngaro. Polonia, aunque era un país con clara identidad nacional desde hacía muchos siglos, estaba bajo la tutela de la rusia zarista, con importantes territorios en poder de Alemania y Austria; después de Versalles recobró su identidad nacional, lo que al parecer fue conveniente para los ingleses, que querían un Estado entre la Rusia comunista y Alemania. Checoslovaquia se independizó del Imperio austriaco, y Yugoslavia formó un Estado con una parte de territorio austriaco más los antiguos reinos de Servia y Montenegro. También aparecieron otros Estados pertenecientes antes a la Rusia imperial: Finlandia, Estonia, Lituania y Letonia.

Aumentaron su territorio y extendieron sus fronteras Francia (Alsacia y Lorena), Italia (el Tirol del Sur), Rumania (la Transilvania austriaca) y Grecia (la costa del Egeo, perteneciente antes a Bulgaria).

Por lo que respecta a la península arábiga, anteriormente posesión del Imperio turco, tam-



1919

El tratado de Versalles: un nuevo mundo tras la guerra



DAVID LLOYD GEORGE (Manchester, 1863-Criccieth, Carnavonshire, 1945)

David Lloyd George nació el 17 de enero de 1863 en Manchester. Su padre, director de una escuela primaria, murió en junio de 1864. La familia, que quedaba en una situación precaria, se trasladó a Gales, donde un hermano de la madre, zapatero y ministro del culto baptista, se encargó de su mantenimiento. A pesar de las numerosas dificultades, Lloyd George consiguió seguir los estudios de Derecho y labrarse una reputación de abogado brillante.

En 1890 fue elegido diputado liberal por la circunscripción de Carnavon, escaño que conservaría durante 55 años hasta su muerte. Representante en un principio del nacionalismo galés, pasó a ser la figura más destacada del radicalismo liberal, hasta convertirse en un auténtico hombre de Estado británico. Sus vigorosos ataques a la guerra que su país llevaba en Africa del Sur le dieron fama a nivel nacional.

En 1905 entró a formar parte del gabinete dirigdo por Henry Campbell-Bannerman, como presidente del Board of Trade. En 1908 sucede a Asquith, que había pasado a ser primer ministro, como canciller Exchequer. Desde este puesto y con el apoyo de Asquith acometió importantes reformas sociales, que suponían un aumento de los gastos públicos. Para este fin presentó su famoso *Presupuesto del pueblo*, que aumentaba los impuestos sobre las herencias y establecía una tasa suple-

mentaria sobre las grandes fortunas y la propiedad de la tierra. El proyecto chocó con la oposición de la Cámara de los Lores; las tensiones entre las dos cámaras terminaron con la aprobación de la *Parliament Act* de 1911, que privaba a los lores de todos sus poderes en materias de presupuesto.

Al estallar la Primera Guerra Mundial, Lloyd George figuró en un principio entre los aislacionistas, sin embargo la invasión de Bélgica le convenció de la necesidad de que Gran Bretaña entrara en la guerra. A partir de mayo de 1915, como ministro de Armamento, y desde junio de 1916, como ministro de la Guerra, se convirtió en el gran organizador de la guerra total y de la movilización económica del país. Sus divergencias estratégicas con la jerarquía militar y la negativa de Asquith a crear un comité, presidido por Lloyd George, que se encargara de la dirección de la guerra le llevaron a aliarse con los conservadores para provocar la caída de Asquith, juzgado demasiado débil.

El 7 de diciembre de 1916, Lloyd George sustituyó a Asquith como primer ministro al frente de una coalición de liberales y conservadores. Su accesión al puesto fue muy bien acogida por la opinión pública, no así por el partido liberal, dramáticamente dividido en este tema, donde la vieja guardia jamás le perdonaría su traición a Asquith.

En cualquier caso, el esfuerzo de guerra recibió un nuevo impulso. Un pequeño Gabinete de Guerra reunido permanentemente se encargó de adoptar las decisiones importantes. Convencido de la poca competencia del alto mando británico, Lloyd George llegó a un acuerdo con Clémenceau para confiar el mando aliado a Foch. El amplio triunfo electoral conseguido por la coalición dirigida por Lloyd George en las elecciones que siguieron al armisticio de noviembre de 1918 demostró que, para la opinión británica, él había sido el hombre que supo llevar a su país a la victoria. En la Conferencia de Paz de 1919 se opuso a las exigencias de Clémenceau y obtuvo ventajas sustanciales para Gran Bretaña.

La concesión de la independencia a Irlanda (1922) le enajenó el apoyo de los conservadores, que aprovecharon el incidente de Chanak con Turquía para hacerle abandonar el poder (octubre de 1922).



Desde el más grande al más pequeño todos querían su tajada (postal satírica).

bién sufrió una notable transformación con la aparición de varios Estados que, de momento, quedaron bajo dominio inglés o francés (los ya citados de Siria, Irak, Transjordania y Palestina) más dos Estados árabes independientes: Hedjaz y Yemen.

Quizá no estará de más recordar aquí que esta modificación del mapa mundial fue especialmente reveladora para los nacionalistas de todo el mundo que soñaban con la independencia de sus respectivos países. Es el caso de la India, que, tras vencer junto a los ingleses a Alemania, calificada de agresora e imperialista, debió retornar a su condición de país sometido a otro imperio: el inglés. Los nacionalistas de estos países extraeuropeos no podían comprender por qué los aliados habían ayudado a Polonia, Checoslovaquia y Hungría a alcanzar la independencia, mientras Egipto o la India debían seguir bajo tutela.

Irakíes y sirios, palestinos y jordanos no podían entender por qué, tras el dominio turco, debían tolerar el dominio inglés o francés; se preguntaban cuál era el destino de su patria, que, al final, quedaba como un objeto de intercambio entre amos de lejanas tierras.

Claro está que aún tardarán bastante tiempo en darse las condiciones objetivas para que todos estos pueblos alcancen la independencia, y para muchos habrá de pasar la nueva conflagración de la Segunda Guerra Mundial para que accedan a su plena soberanía. Pero no es menos cierto que ya en los años veinte se planteaban de forma explícita los conflictos de carácter nacionalista en muchos de estos países.

Desde un punto de vista social, los cambios también fueron considerables: la victoria de los comunistas en Rusia tuvo tremendas repercusiones entre los obreros de todo el mundo, que habían sido enviados a luchar en condiciones horribles durante cuatro largos años para volver a vivir en la pobreza más absoluta. Hubo convulsiones sociales de importancia en Alemania, Francia e Italia, que no llegaron a obtener la victoria por diversas causas. Con todo quedó claro y para siempre que había nacido una opción nueva llamada comunismo.

Por último, en otro orden de cosas, el final de la Primera Guerra tuvo una importante repercusión en lo que se refiere a la promoción de la mujer. Durante la contienda, las mujeres cubrieron los trabajos de retaguardia, desde conducir vehículos hasta mover las máquinas de las fábricas. Cuando los hombres regresaron, ya no fue posible obligarlas a volver a su antigua condición de pasividad hogareña. Se unía a ello el hecho de que el comunismo apoyaba, también, la igualdad de hombres y mujeres.

Sería, sin embargo, una equivocación establecer, de forma automática una relación de causa-efecto entre la contienda y estas ventajas y progresos en el orden social. De la misma manera que no pueden atribuirse a la gran matanza algunos avances en la medicina que se obtuvieron gracias a la urgencia de la situación bélica. Por el contrario, todo ello sólo vendría a demostrar que el ansia de dignidad, libertad y bienestar del ser humano es capaz de constituir sus propias defensas aun en los momentos en que se encuentra más amenazada.

Por otra parte, la desolación, la muerte, el odio y la miseria que sobrevinieron en la década

Momento solemne de la firma del tratado.

de los veinte sí pueden y deben cargarse en la cuenta de la guerra. Mientras que los beneficios habrían sido descubiertos de todas formas y la guerra sólo hizo que se precipitara su aparición y realización, todos los males, en cambio, jamás habrían tenido lugar si no hubiera sido por la contienda.

Las estadísticas señalan que entre los años 1914 y 1918 hubo diariamente más de 5.500 bajas, es decir que un total de 5.500 hombres en plena juventud eran eliminados cada veinticuatro horas, y esto durante más de mil quinientos días. Lo que esta cifra significa para la historia de la humanidad es algo que no merece paliativo alguno.

R. D. C.

Bibliografía básica

DOLLINGER, H.: *La Primera Guerra Mundial,* Plaza y Janés. Barcelona, 1970.

FERRO, M.: *La Gran Guerra (1914-1918),* Alianza. Madrid, 1970.

VALLUY, S. E.: *La Primera Guerra Mundial,* A. M. Carroggio. Barcelona, 1976.



Los cuatro grandes: Lloyd George, Orlando, Clémenceau y Wilson.

Sobre estas líneas, momento de la firma del polémico tratado de Versalles. Las condiciones impuestas a la derrotada Alemania fueron tan duras, sobre todo en los planos económico y militar, que el propio tratado llevaba implícito —según la opinión de muchos historiadores— el resurgimiento del nacionalismo xenófobo germano y sus ansias de revancha. Todo ello cristalizaría en el nacimiento y crecimiento del nacionalsocialismo, la llegada de Hitler al poder en 1933 y el estallido de la Segunda Guerra Mundial en 1939, tras los ensayos e intervenciones parciales en los conflictos de Etiopía (1934) y la Guerra Civil española (1936-1939). Abajo, los mandatarios de los países aliados, vencedores en Versalles. De izquierda a derecha, el primer ministro británico Lloyd George; Vittorio Emanuelle Orlando, primer ministro de Italia; Georges Clémenceau, el Tigre, presidente de Francia, y Thomas W. Wilson, presidente de Estados Unidos.

1919



Un edificio-símbolo que cada noche se enciende para recordarnos su poder.

HACIA UN NUEVO CONCEPTO DE LA ARQUITECTURA

LA aparición definitiva del hierro y del cemento como materiales constructivos quebró, a finales del siglo XIX, las directrices arquitectónicas im-

La arquitectura moderna y sus nuevos conceptos de las formas, la luz, el espacio, la decoración y la ordenación urbanística, cristalizaron sobre todo en la nueva nación líder del mundo, los Estados Unidos de América, a pesar de que muchos de los nuevos arquitectos fuesen de origen europeo. La nueva potencia industrial era amante del funcionalismo y la grandiosidad, reflejada en los inmensos rascacielos de Nueva York. A la izquierda, el Empire State, equipado con cuatro reflectores giratorios instalados a 300 metros del suelo, emite destellos que pueden verse desde un avión a 500 kilómetros y desde tierra a más de 120 kilómetros. A la derecha, vista desde el último piso del edificio de la RCA, sito en la calle 50 (los números sustituyen a los nombres) de Nueva York. Desde aquí puede observarse buena parte de Manhattan, corazón de La Gran Manzana, con el Empire State en el centro, y al fondo el World Trade Center, que recorta su silueta sobre la bahía neoyorquina.

perantes hasta ese momento. Arte e industria quedaban así reconciliadas en el esfuerzo común de los nuevos arquitectos por dotar a la ciudad de un espíritu más funcional, de acuerdo con las necesidades demográficas y sociales del siglo. Como expresión colectiva de esta línea de pensamiento, Walter Gropius fundaba en 1919 la Bauhaus, que con la participación de pintores, arquitectos, artesanos y especialistas en el diseño industrial se erigía en cabeza de la vanguardia y modelo de educación integral.

Eugenio López de Quintana, historiador y escritor, analiza aquí el curso de la llamada arquitectura funcionalista y su evolución hacia el organicismo de la escuela nórdica y del americano Frank Lloyd Wright. Son años en que el interés por la ciudad y sus edificios tenían todavía una resonancia internacional.



Un nuevo modelo de ciudad, de edificio y de mundo.



Reconstruir Chicago

En 1871, un incendio destruyó casi por completo la ciudad de Chicago, cuyas casas de madera se levantaban sobre una estructura reticular demasiado estricta aunque susceptible de ampliarse en extensión si las necesidades demográficas lo exigían. Para los arquitectos americanos encargados de su reconstrucción se presentaba de esta forma una oportunidad poco usual de hacer realidad las lecciones de arquitectura aprendidas en Europa, con la ventaja que suponía poder partir de cero y establecer un ordenamiento urbano conforme a los criterios formalistas del nuevo siglo.

A ello se unía, además, el hecho de que en América los modelos arquitectónicos existentes se remontaban, a lo sumo, al emplazamiento típicamente colonial y no contaban con el precedente historicista que se había apoderado de la arquitectura europea durante el siglo XIX. En Europa, en efecto, la práctica del historicismo o eclecticismo había derivado en las últimas décadas en una arquitectura despersonalizada, cuyo dudoso fundamento —presentado por sus últimos defensores como una forma de liberalismo artístico— consistía en una mera yuxtaposición de antiguos estilos cada vez más profusa, más agobiante, que no hacía sino romper con el tradicional ritmo sucesivo de épocas y estilos originales.

Con estas condiciones de partida, los integrantes de la Escuela de Chicago asumieron el papel de vanguardia y se dispusieron a incorpo-

Arriba, la villa o chalet de Les Terrases, *construida en 1927 en la localidad de Garches (departamento de Hauts de Seine) por el arquitecto Le Corbusier. Abajo, el «living-room» de la famosa* Casa de la Cascada, *construida en Bear Run, Pennsylvania (Estados Unidos), para el doctor E. J. Kauffmann por el norteamericano F. Ll. Wright, combinando arquitectura y naturaleza.*



***Frank Lloyd Wright:* La casa de la cascada.**

rar definitivamente los nuevos materiales a todos sus proyectos. Por eso se dice que con ellos nace la arquitectura moderna, aunque una vez apagada la fiebre de la reconstrucción el movimiento sufriera un frenazo y se canalizara en dos claras corrientes: una vuelta al clasicismo representada por Daniel H. Burnham, con soluciones formales nuevas pero con los mismos elementos que la etapa anterior; y un reforzamiento de la experiencia individual de vanguardia, como la que protagonizó Louis Sullivan.

Edificar sin la esclavitud de los muros

Las mejores técnicas y los nuevos materiales constituyeron un poderoso elemento de renovación, y aunque luego veamos su valor relativo con respecto a otros factores, conviene saber cuáles fueron y qué uso se hizo de ellos en el nuevo Chicago.

La figura de Le Baron Jenney se encuentra en cualquier libro sobre arquitectura moderna asociada a la aparición del rascacielos, que no fue otra cosa que un nuevo concepto de abstracción americano para multiplicar el rendimiento económico del espacio primitivo. Los rascacielos de Le Baron Jenney, modestos si los comparamos con los actuales prodigios vidriados de cualquier ciudad americana, nos sirven de ejemplo porque en ellos siempre prevaleció la estructura sobre la decoración exterior, y por lo mismo ejemplifican a la perfección el uso del armazón metálico y las ventajas arquitectónicas que de ello se derivaron: multiplicación de los vanos transparentes, considerable elevación de la altura de las edificaciones y, por derivación, al reducir el grosor de los pilares, una nueva cimentación en piedra que éstos exigían para soportar el peso del edificio y que llevó a la aparición del hormigón. Más tarde, cuando este nuevo conglomerado de cemento, arena y grava se vertió en encofrados de madera que tenían dispuestos en su interior unas barras de hierro o *redondos,* surgió el hormigón armado, de resistencia mucho mayor.

Con el ascensor hidráulico y luego con el eléctrico (desde 1887), con el correo neumático y el teléfono, el rascacielos se iba dotando de los elementos precisos para alojar el nuevo dinamismo de la vida moderna, que se articulaba en hoteles y oficinas de todos los tamaños, concentrados en zonas de la ciudad cada vez más definidas.

Es evidente que el incendio de Chicago no motivó, por sí solo, el nacimiento de la arquitectura moderna, sino que sirvió para canalizar una realidad que venía gestándose en el tiempo y que antes o después tenía que cristalizar en un cambio respecto a lo anterior. Es cierto también que ninguno de los factores que se barajan como causantes de esta ruptura, concretamente en arquitectura, son determinantes. A saber: una renovación general del gusto; la ya citada revolución industrial; lo que Bruno Zevi llama «los *ismos* de la visión figurativa», de los que luego hablaremos, y un impulso social relacionado con la más cruda realidad de los miserables barrios londinenses, producto del enorme crecimiento demográfico y de la expansión de la revolución industrial en el siglo XIX.

Lo que estaba ocurriendo era que la nueva tecnología presentaba unas necesidades y exigía unas respuestas que los valores tradicionales no podían satisfacer, y atribuía al arte unas funciones completamente nuevas para éstos.

Desaparecida la demanda de castillos y palacios cortesanos en favor de los bloques de viviendas; perdida la monumentalidad de los templos en esa otra monumentalidad de los rascacielos, las estaciones de ferrocarril y las grandes fábricas; difuminada, en definitiva, la vinculación clásica entre arte y arquitectura en el marco mucho más amplio de un urbanismo que conjugaba las edificaciones con el paisaje y con los más pequeños productos del diseño industrial, el concepto de lo *funcional* surgió con fuerza renovadora de la unión de lo útil con lo bello, o por lo menos de los intentos para lograr ésta.

Tal unión, sin embargo, no pudo desembarazarse nunca del peligroso componente económico que implicaba el ser, ante todo, un producto

En estos años de expansión arquitectónica, en Estados Unidos existió una rivalidad acusada entre los propios norteamericanos y los arquitectos emigrados de Europa por motivos políticos y profesionales. El estadounidense F. Ll. Wright decía despectivamente de Le Corbusier: «Es un escritor más que un arquitecto; cada vez que termina una casa escribe cuatro libros sobre ella». Al alemán Walter Gropius se refería siempre como Herr Gropius. Pero otra escuela arquitectónica europea, llamada nórdica por haber nacido en los países escandinavos, triunfó plenamente en América, extendiéndose también al campo de la decoración y el diseño de muebles. En la foto, el Palacio Enzo Gutzeit, *construido en Helsinki por el finlandés Alvar Aalto, máximo representante de la arquitectura nórdica.*



Alvar Aalto: **Palacio Enzo Gutzeit.**

de mercado. Las mediocres edificaciones que cubren en gran parte nuestras ciudades son buena muestra de ello, pero esto no significa tampoco que una casa de concepción modesta no pudiera ser exponente de buena arquitectura, y ahí está la tantas veces citada *Red House* de Webb para demostrarlo.

Se puede afirmar, pues, que durante el siglo XIX se fue gestando un espíritu nuevo cuyas manifestaciones definitivas se consolidan en la década de la primera posguerra, que sirvió de tope selectivo para la pluralidad de tentativas arquitectónicas de hombres como Otto Wagner, Peter Behrens, los Perret y muchos otros. Una posguerra desgarradora y lúcida a la vez, al otro lado de la cual los sueños vanguardistas encontraron en el racionalismo un punto de apoyo común, de tono exacerbado en un principio, pero que luego derivó por evolución natural hacia formas orgánicas más suaves, como luego veremos. Ahora conviene, no obstante, mencionar los otros movimientos paralelos que orquestaron este incipiente racionalismo.

Tras el triunfo nazi en Alemania emigraron a Estados Unidos los arquitectos Walter Gropius, Breuer, Bayer, Albers, Moholy-Nagy y Mies van der Rohe, todos ellos miembros de la prestigiosa Bauhaus. Sus ideas fueron acogidas calurosamente en América. En la foto, cartel de una exposición de los trabajos de Gropius, exhibida en Dortmund (RFA), en junio de 1953.



Walter Gropius supo fundar una gran escuela y retirarse a la vida privada de su arte.

La multiplicación de las fachadas

La guerra, en palabras de Benevolo, había abierto un abismo entre la realidad y el ideal. Nadie podía dudar ya de que el mismo progreso técnico aplicado con entusiasmada ostentación por los arquitectos a sus edificios había servido también para destruirlos, con la misma facilidad con que por ejemplo frustró la materialización de los bocetos futuristas de Sant'Elia, desaparecido prematuramente durante la contienda.

El freno de realidad que esto supuso para el optimismo de tantos sueños sin límite en la conciencia de los artistas se polarizó en dos actitudes: la de los que optaron por un mayor activismo y compromiso político, como la rama dadaísta alemana de Huelsenbeck y Ernst, y la de los que hicieron de ese choque con la realidad punto de partida común para construir un nuevo lenguaje de expresión. La aportación de los pintores a esta búsqueda, a través de una identificación sin precedentes con los arquitectos, tuvo consecuencias tan importantes como pudo ser, de entrada, acabar con la desmesurada importancia atribuida a la fachada principal de los edificios, en favor de una multiplicación de los puntos de vista.

El uso que hicieron de la luz y del color los impresionistas y la capacidad de estos elementos para delimitar volúmenes, trazar siluetas, crear espacios, habían puesto ya de manifiesto la incomodidad que producía en los artistas la tradicional primacía de los valores geométricos sobre los cromáticos y tactiles. Pero sólo con la aparición del cubismo se consagró en realizaciones concretas el rechazo de la geometría euclidiana y de la perspectiva de ella derivada como única forma de representación, introduciendo en esta artificial manera de ver la naturaleza una cuarta dimensión: el tiempo.

Surgía un nuevo vocabulario respaldado por la polémica teórica librada entre 1904 y 1912 sobre el valor de la perspectiva —con la aportación definitiva de Panofsky— y por una crisis desatada en la ciencia de los conceptos espacio y tiempo con la enunciación por Einstein de la teoría de la relatividad y el despegue de la física nuclear. Planos que avanzan y retroceden, que se cortan en ángulo, supresión de volúmenes, transparencias. Expresiones de una nueva geometría que ponía en duda la necesidad de una referencia espacial y articulaba el espacio con

relación a un punto de vista en continuo movimiento y no al punto de vista fijo con que los hombres del Renacimiento habían conseguido eliminar la ingenuidad de las mesas medievales, siempre inclinadas, y sus espacios imposibles.

Es posible establecer un paralelismo entre pintores como Manet, Cézanne, Degas, Munch, y arquitectos como Horta, Mackintosh, Loos, Wagner, Hoffman, Olbrich, Behrens. Todos jugaron un papel de antecedentes —esta palabra no debe aplicarse absolutamente como merma alguna de su importancia— del cubismo en pintura y del racionalismo en arquitectura respectivamente. Sólo por cuestiones de espacio no vamos a extendernos sobre la importancia del *Art Nouveau* o *Liberty* para la arquitectura contemporánea, sobre todo por el uso de los nuevos materiales y el funcionalismo orgánico predicado desde el comienzo y en especial por Henri van de Velde, el alma del futuro organicismo.

Por los caminos de la vanguardia

Pero no fue el cubismo el único movimiento pictórico con repercusiones en la arquitectura. El neoplasticismo, por ejemplo, que contaba con el genio de Mondrian, reducía toda composición figurativa a la relación entre rectángulos y bloques de color, y esto se reflejó en Theo van Doesburg, Pieter Oud y sobre todo en la «poética de los planos independientes» de Mies van der Rohe y su planta para el pabellón alemán de la Exposición de Barcelona. Son asimismo muy populares las sillas de Ravesteyn, en las que los planos vienen definidos por el color.

También derivados del cubismo, el purismo, con Ozenfant y Le Corbusier, a la búsqueda este último de figuras geométricas sencillas de proporciones áureas, opuestas a cualquier complicada tridimensionalidad arquitectónica; el constructivismo, con Maliévich; el futurismo, cuya obsesión por el movimiento nunca pudo llegar a hacerse realidad en arquitectura, como ya vimos al hablar de Sant'Elia.

Y al margen del movimiento cubista, el expresionismo, dramática manifestación intimista lejos de cualquier búsqueda de un vocabulario figurativo, pero que hizo germinar, lo mismo en Kafka y en Kokoschka que en Poelzig, Höger o Mendelsohn, la tentativa individual del experimento, típicamente alemana por otra parte.

Hacia el año 27 la consagración del movimiento moderno es indiscutible; el hecho de que en él tuvieran cabida, ligeramente reconvertidas, algunas de estas corrientes de vanguardia, pone al descubierto parte del complejo entramado de fuerzas que hicieron posible su nacimiento.

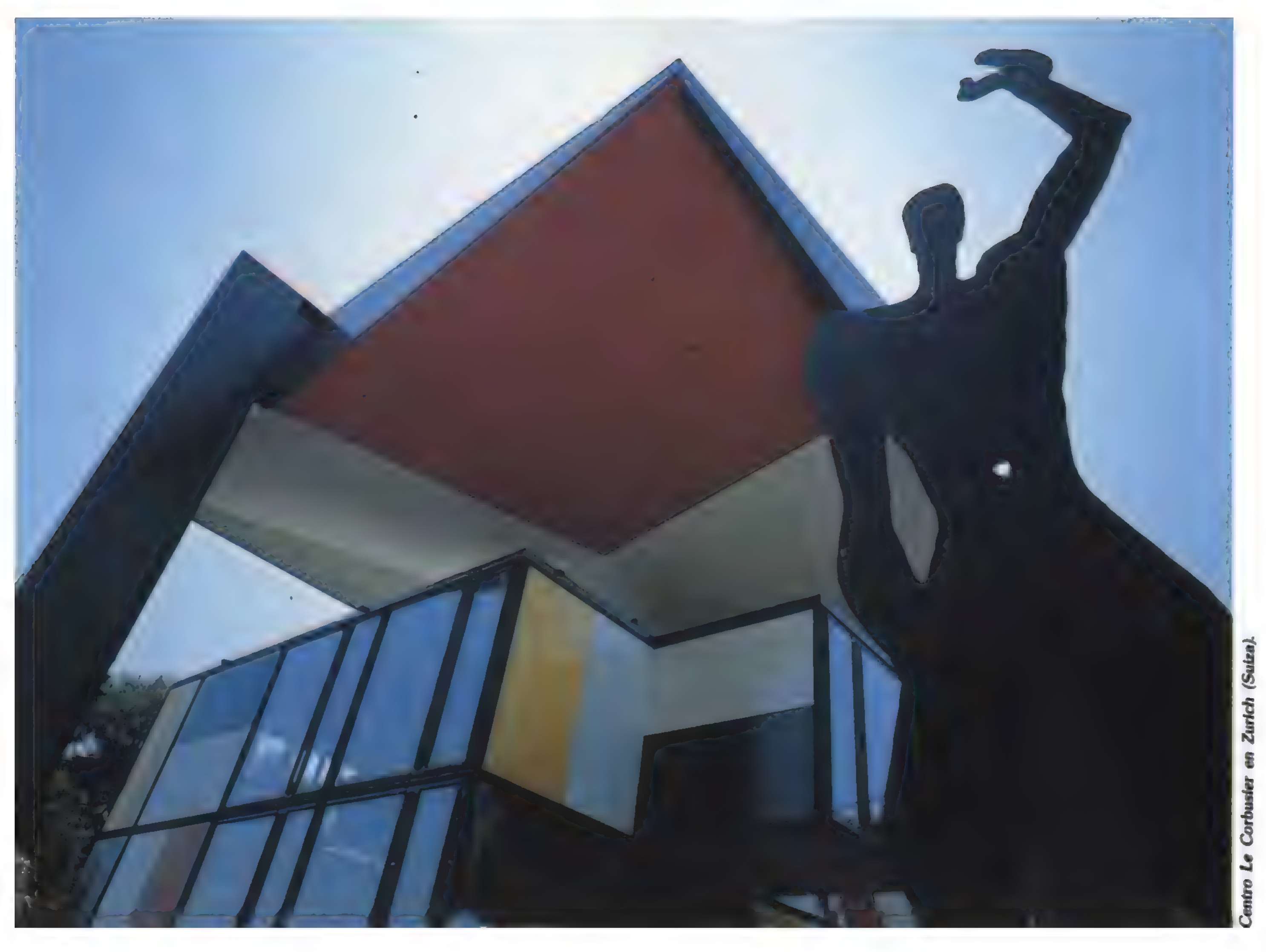
La Bauhaus promocionó el estudio de los nuevos objetos susceptibles de convertirse en arte.



Sobre estas líneas, cartel de una exposición de diseños elaborados por la Bauhaus germana, exhibidos en Wanderschau, en 1930. Fundada por Walter Gropius en Weimar, en 1919, como escuela de arquitectura y artes aplicadas; trasladada en 1925 a Dessau donde se mantuvo hasta 1932, la Bauhaus fue el primer intento de fusión de arquitectos, escultores, pintores y diseñadores para crear el moderno artesano investigador de los nuevos objetos de la estética industrial.

Concretamente, Mendelsohn, que evolucionó desde el artificio expresionista en ladrillo y hormigón armado del *Observatorio de Potsdam* hacia las formas más sencillas de los *almacenes Schocken* o del *cine Universum;* y Mies van der Rohe, a quien se deben los famosos rascacielos casi transparentes del Lake Shore Drive, sobre el lago Michigan, en los que «las superficies se convierten en espacio» llevadas a una abstracción que elude lo superfluo y deja al descubierto la estructura del edificio y el poder de los materiales empleados. Tanto en este caso como en la planificación de los *Promontory Apartments,* Mies elige los elementos estandarizados porque permiten una libre subdivisión del espacio salvo en el baño y la cocina, que quedan fijos.

Pero el movimiento moderno cuenta también con dos nuevas aportaciones: una de tipo colectivo, la experiencia sin precedentes del grupo conocido como la Bauhaus (el Bauhaus al conservar el masculino del artículo alemán), y otra


Centro Le Corbusier en Zurich (Suiza).

Toda nueva corriente de la arquitectura moderna intentaba establecer unos principios teóricos y «crear escuela» entre sus seguidores. Los miembros de la Bauhaus germana emigrados a Estados Unidos dirigieron la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Harvard (Massachusetts) y fundaron el famoso Instituto de Diseño de Chicago. En la foto, la entrada al Centro de Estudios Arquitectónicos, creado por Le Corbusier en Zurich (Suiza).

individual y genial, si cabe hablar de genios en nuestro siglo, la de Charles Edouard Jeanneret, Le Corbusier.

El arte total

La iniciativa de la Bauhaus se inserta en una Alemania lastrada por su incorporación tardía a la industrialización y por los efectos de una inflación especialmente acusada durante los primeros años veinte, pero que sin embargo se había convertido en cabeza de la investigación científica y de la cultura arquitectónica, sobre todo al ganar a las universidades para el movimiento moderno mucho antes que en el resto de Europa.

Al frente se encuentra Walter Gropius, uno de los grandes mitos de la arquitectura contemporánea. El es el responsable no sólo de haber mantenido unido al grupo en sus momentos más difíciles, cuando la corriente secesionista de Van Doesburg amenazaba su espíritu esencialmente práctico y experimental, sino también de conseguir subvenciones de todos los sectores de poder de la sociedad alemana y de la línea ideológica a seguir hasta su violenta supresión por el régimen nazi en 1928.

Desde su fundación en Weimar, en 1919, el grupo se caracterizó por una actividad más práctica que teórica, al contrario de lo que se había venido dando en anteriores movimientos vanguardistas. En realidad, el espíritu integrador de Gropius estaba tan arraigado en su personalidad que lo transfirió a la concepción misma de la Bauhaus y al plan educativo instaurado allí.

Este colectivo de alumnos y maestros, al que se vincularon artistas como Klee, Kandinski, Maliévich y muchos otros, suprimió las distancias que se habían creado entre arte e industria, cuando la revolución industrial irrumpió con la nueva maquinaria en la producción artesanal. Gropius no menospreciaba los beneficios de rendimiento que podían aportar estos medios, pero siempre y cuando no anulasen la iniciativa personal.

Según Gropius, no existían diferencias esenciales entre el artesano y el artista, y éste no estaba destinado ni a remediar todos los males ni a ser fiel reflejo de los progresos de la sociedad.



Le Corbusier quiso unir el arte arquitectónico con el arte del buen vivir.

La idea era que el grupo contribuyera a su desarrollo con una concepción total de la construcción en la que la arquitectura, la ornamentación o la urbanística no fueran sino subdivisiones convencionales.

Para que la Bauhaus no se convirtiera en un estilo más, para que el movimiento no se agotase en su repertorio formal, cualquier creación no se abandonaba a la justificación de la imaginación personal, sino que había de ser verificable por el resto de los componentes. Todo era susceptible de modificarse y evolucionar en cualquier sentido. Todo, en definitiva, respondía a una tarea concreta y venía determinado por una concepción particular de la razón capaz de situar cualquier creación en un satisfactorio punto medio entre calidad y cantidad.

Entre los antecedentes arquitectónicos de Gropius, la *fábrica Fagus Werke* preludia sus creaciones posteriores, al valerse del hierro, el cemento y el cristal para terminar con la idea del muro como sustentante o aislante del recinto respecto al exterior. Sin llegar a la perfecta comunión entre casa y naturaleza de Wright, recibe su influencia, de la que se irá desembarazando con el tiempo para crear un estilo propio que destilará con absoluta libertad de interpretación en sus enseñanzas en la Bauhaus.

La confirmación de esta autonomía creativa es el nuevo edificio en Dessau, a donde el grupo se traslada en 1925. Gropius concibe una forma geométrica para la planta que exige cambiar continuamente de punto de vista para conocer el conjunto en su totalidad. El revoque blanco de los muros define por sí mismo los volúmenes planos, en los que el enmarque metálico de las ventanas actúa como única ornamentación junto a los esquinazos transparentes de algunas fachadas, que dejan ver a la vez el interior y el exterior del edificio.

Para muchos, sin embargo, la última obra maestra de Walter Gropius en el seno de la Bauhaus fue abandonar la escuela cuando su encauzamiento parecía definitivo. A partir de ahí sus iniciativas se orientaron más hacia el urbanismo, sobre todo en lo que tiene de conocimiento de las fuerzas vivas que son sus protagonistas; no todos los maestros han sabido entregar en vida su gran obra para la futura gloria de sus sucesores.

Sobre estas líneas, proyecto de vivienda con terraza y gimnasio, diseñado y luego construido por Le Corbusier en Marsella. El nombre completo de este gran arquitecto, suizo de nacimiento, nacionalizado francés, y máximo teórico de la arquitectura y el urbanismo moderno, fallecido en la Costa Azul en 1965, era el de Charles Edouard Jeanneret Le Corbusier. Creador de la idea «unidad de habitación» y definidor de la vivienda como «máquina de habitar», escribió numerosos libros entre los que destaca Los tres establecimientos humanos *(1945), síntesis de toda su concepción y texto indispensable en las escuelas de arquitectura.*



Le Corbusier explica un diseño de puertas para el Palacio de Pendjab.

Le Corbusier, vestido con una camisa de cuadros, presenta a la prensa su magna obra de puerta de dos hojas de 120 metros cuadrados cada una, diseñada y construida en acero esmaltado para la entrada del Parlamento del Estado indio de Pendjab por encargo del gobierno francés. La ciudad de Chandigarh, capital de Pendjab, fue reorganizada urbanísticamente a partir de 1950 siguiendo las ideas de Le Corbusier y logrando una gran armonía entre tradición y modernidad.

La «machine à habiter»

Unido a Gropius por los vínculos de la vanguardia y sobre todo por su mutua negativa a la tradicional oposición entre arte e industria, Charles Edouard Jeanneret, Le Corbusier, irrumpió sin embargo en el escenario internacional casi en solitario, como representante de una tradición francesa que, a través de él, conseguía vincularse a las nuevas corrientes de la modernidad.

Esta actitud aislada ha provocado el deterioro, por defectos de construcción, de algunas de sus obras, pero no puede por menos de admitirse que en semejantes condiciones lo que proyectó a Le Corbusier a las primeras líneas de la popularidad y la polémica fue su propia personalidad, capaz de sustentar una lógica extremadamente clara y accesible, que él mismo se encargó de exponer en una verdadera labor propagandística de sus ideas.

Lindando con el *slogan*, algunos de sus principios chocaron con la hostilidad de los críticos, fueron dados de lado y más tarde reaparecieron como conceptos válidos que era preciso considerar de nuevo. Tal es el caso de los *pilotis* sobre los que se eleva la casa y que permiten la invasión de la planta por el jardín; de la planta libre, que se apoya sobre los nuevos materiales para acabar con los pisos meramente apilados uno encima del otro; de las terrazas-jardín y de la fachada libre, en la que los pilares se retrasan y «las fachadas son únicamente ligeras membranas de muros sueltos o ventanas».

Otros, por el contrario, se rechazaron definitivamente por inefectivos, como el famoso *modulor* que Le Corbusier, en su búsqueda de la armonía mediante las proporciones áureas, fijaba como el de un hombre con el brazo izquierdo levantado.

La villa de Garches se ha considerado como prototípica de la obra de Le Corbusier porque en ella queda patente la preocupación por la vivienda como conjunto más que como suma de detalles, y porque muestra, junto con muchos de sus textos teóricos, el propósito de desligar la arquitectura de los argumentos filosóficos y trascendentales en que incluso la Bauhaus la había sumido, para atender a su más pura convicción de lo que tiene que ser una *machine à habiter.*

Sin embargo, Le Corbusier no rebasó en muchas ocasiones la barrera de sus propias teorías. Como Gropius, derivó hacia el urbanismo, en este caso por vía de las *unités d'habitation,* por una parte, y de los planes generales para ciudades, por otro. Las primeras, concebidas como conjunto de viviendas con servicios comunes (cooperativa de alimentación, terraza-jardín, *solarium*), no resultaron, de hecho, todo lo satisfactorias que se pensaba. Los segundos, como el *plan-Voisin* de París, resultaban demasiado costosos o difíciles de realizar, aunque contenían muchos de los planteamientos que todavía hoy sería necesario considerar para nuestras ciudades.

La crisis del racionalismo

Pese a la pujanza que habían adquirido los supuestos de esta segunda gran generación de la arquitectura moderna, la década de los treinta vio aparecer el germen de lo que a la vuelta de la Segunda Guerra Mundial se revelaría como la franca crisis del movimiento funcionalista. El hecho de que Gropius y Le Corbusier, dos de los grandes mitos, abandonaran Europa es muy significativo, pero hay también otros factores que es preciso considerar.

En el panorama europeo la situación no podía ser más equívoca. En Rusia se optaba definitivamente por un pesado gigantismo de corte

neoclasicista; Alemania padecía las repercusiones del autoritarismo nazi y una falta de libertad en la construcción que adquiría tintes casi caricaturescos en la frustración de la carrera como arquitecto de su máximo líder. Italia, que llevaba a cabo una heroica defensa del racionalismo, había de chocar con el monumentalismo fascista, mientras que Francia entraba en una clara decadencia. Sólo Inglaterra parecía hacer algo más que subsistir, afrontando con valentía nuevos criterios urbanísticos que descomponían la ciudad en comunidades sociales. ¿Qué estaba ocurriendo?

La exposición de Nueva York, en 1939, sirve como respuesta. Tal vez debido a que los grandes maestros están ausentes, el funcionalismo pierde su impulso cultural. Entre la llamada tercera generación de arquitectos no surge ninguna gran personalidad de resonancia internacional que pueda erigirse en señuelo del movimiento. Pero es que además las ideas no han evolucionado, la arquitectura ha caído en el dogma teórico y en la afectación y, lo que es peor, el tiempo ha demostrado que los edificios no son tan funcionales como se decía. Nadie cree ya ciegamente en que la extrema simplificación a que se han llevado los interiores, sus muros translúcidos y los revoques blancos de rápido deterioro sean lo más adecuado para vivir. En la exposición, el espectador se encontraba un poco perdido entre los pabellones que traducían esta decadencia y los que, como el italiano, hacían gala de una ostentación más aparatosa que elegante. La representación finlandesa, discretamente dispuesta tras una fila de árboles, constituía una valiosa excepción.

El espíritu nórdico

Este pabellón se debía al finlandés Alvar Aalto, que desde esta y algunas otras obras llevaba a cabo una revisión práctica del funcionalismo sin valerse para ello de textos escritos propios, de los que no era partidario. Se ha dicho de él que encarna el organicismo racionalizado por oposición a Wright, que sería puramente organicista. Al margen de estas clasificaciones estilísti-

En esta foto, tomada en París el 18 de octubre de 1938, Le Corbusier explica sobre un plano al embajador argentino en Francia, señor Carzano, sus proyectos urbanísticos para la reorganización y futura expansión del Gran Buenos Aires. El plan, que al igual que los pensados para Barcelona, París, Río de Janeiro, São Paulo y Montevideo no llegó a realizarse, estaba basado en parte en un trazado urbano similar al creado en el Ensanche barcelonés por el ingeniero y arquitecto catalán Ildefonso Cerdá (1815-1876), un gran urbanista cuya obra conocía perfectamente Le Corbusier.

El arquitecto francés presenta al embajador argentino un plan urbanístico para Buenos Aires.



cas, muchas veces más teóricas que reales, vamos a ver qué ofrecía Aalto como alternativa.

Lo que más destaca en todas sus obras es una constante preocupación por el hombre, de forma que sus objetivos se centran en crear algo hermoso para ver, pero también confortable para habitar. Para ello se aleja del monumentalismo y desciende al terreno de los detalles, donde llega a moverse con verdadera habilidad. En las habitaciones del *Sanatorio de Paimio* (1931), por ejemplo, altera el orden normal de colores entre pared y techo para adaptarlos a la posición horizontal y no vertical de los enfermos, y en la sala de conferencias de la *Biblioteca Viipuri* (1932) concibe una cubierta ondulada que va llevando de pliegue a pliegue la voz hasta los asientos más alejados.

El uso constante de las formas onduladas supone una liberación respecto al cubismo, frente al cual lleva a cabo un aprovechamiento de las ventajas del proceso industrial sin caer en la producción estándar, ya que diseña elementos simples susceptibles de ser combinados de distintas formas en la decoración de los interiores. Sus sillas son producto del tratamiento químico de la madera y de un diseño según el único criterio que le interesa, el de la comodidad y el confort del hombre.

En la gran serpentina que son los *Dormitorios del Massachusetts Institute of Technology* (1949) —para algunos menos ágil en la realidad que en la idea—, Aalto sustituye la tradicional sucesión de tramos rectos de escaleras por un corredor ondulado que se funde con las estancias a la vez que las comunica entre sí. Es una forma más de expresar la gran preocupación de los organicistas: el espacio interior habitable.

Junto a Aalto, los suecos Sven Markelius y Erik Gunnar Asplund llevan a cabo, en la misma línea, una reacción personal frente al funcionalismo, lo que confirma la idea de que la influencia de las teorías de Wright no fue determinante en el nacimiento de la arquitectura orgánica europea, sino que en Europa algunos arquitectos habían comprendido ya antes la necesidad de recuperar la arquitectura del plano teórico en que la tenía sumida el purismo funcionalista, para entregarla a las verdaderas necesidades humanas.

El arte para la vida

Cuando se dice que un edificio orgánico es un poema se quiere expresar, pensando en Wright y en algún otro organicista consagrado,

Uno de los graves inconvenientes que los nuevos arquitectos y urbanistas encontraron para llevar a la práctica sus ideas fue el de su alto coste y la falta de rentabilidad económica inmediata, en contra de un sistema basado en la obtención de beneficio monetario a corto plazo. Pocos planes pudieron aplicarse en su totalidad, a excepción de obras faraónicas como la creación de Brasilia o proyectos masivos de viviendas obreras hechos en los países socialistas. Sin embargo, si las viviendas fueran de alta calidad y la planificación urbanística correcta, dotada con todos los servicios públicos necesarios tal como proponían los nuevos arquitectos, la gente viviría más feliz y se produciría un sustancial ahorro de tiempo y dinero para millones de personas.



Steve Vidler: **Palacio de la ópera de Sidney** *(Australia).*

el esfuerzo de su creador por levantar una unidad viva habitable que esté en relación con la vida cotidiana de su inquilino y con la naturaleza, más que con la teoría arquitectónica de los libros, los principios geométricos establecidos y la técnica ingenieril. No es una coincidencia que algunas de las páginas más bellas que se han escrito sobre arquitectura sean las que G. C. Argan dedica a la *casa Kauffmann* de Frank Lloyd Wright.

Wright, del que no hay que olvidar que no siempre fue un arquitecto organicista, heredó de la tradición americana el eje central de la chimenea en torno al cual se desarrolla la planta cruciforme de la casa. De ahí, y rechazando por exceso toda la tradición al confundir lo clásico con el clasicismo, busca una arquitectura nueva que no esté ligada al arte de forma elitista, sino que sirva para mejorar la sociedad. Es una manera de rechazar el intelectualismo europeo mediante un criterio de construcción no basado en el gusto —que él equipara a la superficie—, sino en la realidad, que es el espacio interior habitable.

Se ha hablado mucho de la coherencia creadora de Wright, pero no sería de mucha utilidad citar aquí los doce o trece principios que se dice están presentes en toda su obra. En primer lugar, porque son enunciados complejos e indeterminados, como los de «la simplicidad», «la casa con carácter» o «la casa como reparo». Pero también porque desde las *prairie houses* (1900-1914) a la *casa Kauffmann* (1936) o al *Museo Guggenheim* (1946), no hay en todas sus creaciones muchos aspectos formales que las identifiquen a primera vista como obras del mismo autor.

Sí hay, sin embargo, afinidades que se van consolidando con la experimentación: la simplicidad, entendida no como el esquematismo rígido de Gropius y Le Corbusier, sino con la unidad de medida que son la utilidad y el confort; el tomar como modelo la naturaleza y utilizar colores que armonicen con sus formas; el uso de los materiales existentes en el lugar dejando a la vista su tosquedad como forma de integración entre casa y entorno; la huida de la estandarización, del dogma estático, en favor de «... tantos estilos en arquitectura como estilos de personas».

La magia del espacio

Pero lo que verdaderamente llama la atención de Wright son sus interiores, donde el espacio ha recibido un tratamiento inusitado y ya no es-

La nueva arquitectura concebía el espacio como un conjunto integral en el que debían fundirse edificio, luz y decoración, estando la pintura, los mosaicos y la escultura al servicio directo del efecto estético de la construcción. A la izquierda, escultura de bronce realizada por Heloise Swaback, colocada como parte de un conjunto urbanístico en Phoenix, Arizona, Estados Unidos. A la derecha, edificio de la Biblioteca de la Ciudad Universitaria de México, decorado con mosaicos del ceramista Juan O'Gorman.



Un busto de Frank Lloyd Wright.



Biblioteca de la Ciudad Universitaria de México.

tá determinado de antemano por volúmenes o «cajas» superpuestas y unidas entre sí por pasillos y puertas. La pared desaparece como tal y se convierte en un «... medio para proteger contra la lluvia y el calor». Así, no tienen sentido las enormes transparencias a que había conducido la práctica funcionalista y que eliminaban el recogimiento de la casa entendida como refugio. La luz es algo que hay que dosificar y no puede irrumpir por todas partes de forma descontrolada. Ha nacido, con Wright y los organicistas, la continuidad orgánica, donde el espacio lo determinan ahora las líneas de tránsito fundidas con las estancias para crear ámbitos confortables, a los que es preciso buscar una expresión exterior para llegar así a conseguir la verdadera arquitectura integral.

Le Corbusier, ataviado con una pajarita de lunares, posa para el fotógrafo en uno de sus estudios, junto a un conjunto de cubos o módulos en cuyo funcionalismo y simplicidad se basa buena parte de las nuevas ideas arquitectónicas.



La pajarita de lunares de Le Corbusier contrasta con sus diseños modulares.

Wright, como verdadero innovador que fue, renunció en solitario a las técnicas ingenieriles del momento, que basaban la construcción en la pilastra y la viga. Tal es el caso del puente que une la *casa Kauffmann* con las residencias para invitados, los soportes palmiformes de la *Sociedad Johnson* o el *Hotel de Tokio* elevado sobre ménsulas, de gran resistencia a los movimientos sísmicos.

Se preocupó, asimismo, por el aspecto social de la arquitectura, y levantó decenas de casas para el americano medio con los mismos criterios orgánicos que otras viviendas más caras. En lo referente al urbanismo, opuso a la ciudad en altura de Le Corbusier la ciudad en extensión, cayendo tal vez en el error de haber creado un planteamiento urbanístico donde poder inscribir su propio prototipo de vivienda.

La alternativa latinoamericana

La complejidad del panorama arquitectónico europeo y el desarrollo de las grandes tendencias que hemos visto han hecho que muchas de las experiencias llamadas «regionalistas» hayan sido casi olvidadas durante algún tiempo por la historiografía. Así ocurre, por ejemplo, con Terragni en Italia, Oud en Holanda o Asplund, de quien ya hablamos, en Suecia. El caso latinoamericano puede incluirse también entre los regionalismos, aunque de forma excepcional por la enorme extensión de terreno abierto de que se dispone, por el carácter más libre de sus expresiones y porque ofrece un futuro a desarrollar más optimista que el horizonte involucionista europeo.

Brasil, por ejemplo, cuenta con la exposición celebrada en São Paulo en 1922 como eco de los avances de la vanguardia europea. A partir de ahí surgen distintas manifestaciones, entre las cuales el *Ministerio de Educación y Sanidad* (1935-1946) proporciona ya varios nombres importantes de la arquitectura brasileña: L. Costa, O. Niemeyer, A. Reidy. La influencia de Le Corbusier es indiscutible, hasta el punto de llegar a pensar si esta aplicación de los elementos del arquitecto suizo no los habrán convertido en fórmulas puramente convencionales.

En medio de la inmensa laguna que presenta Brasil en lo que a encuadres urbanísticos se refiere, la experiencia de Brasilia —en un intento de transferir al centro parte de la población periférica y sus actividades económicas— se convierte en un experimento único, con plan de Lucio Costa y con Niemeyer al frente del departamento de arquitectura y urbanística.



Objetos que hoy nos parecen cotidianos, como los grandes ventanales, las sillas metálicas o los muebles llamados modernos, son productos recientes, creados a partir de las ideas de diseño de la Bauhaus. En la foto, Alvar Aalto, máximo representante de la escuela nórdica de arquitectura, entre los que también destacan Hakon Ahlberg, Funnar Asplund, Carl Bergsten, Arne Jacobsen y Ange Rafn. Para Aalto, la arquitectura fue toda su vida, incluso sus dos mujeres, Aino Marsio y Elisa Makkinheimo, fueron antes sus más estrechas colaboradoras. De igual forma, la esposa del arquitecto norteamericano Frank Lloyd Wright, Olgivanna Lazovich Wright, dirige desde la muerte de su marido la Taliesin West, centro de investigación arquitectónica construido en Scottsdale, Arizona, Estados Unidos. El impacto creado en América por los nuevos arquitectos, conocidos como Los dioses blancos, *está magistralmente descrito por Tom Wolfe, fundador del llamado «nuevo periodismo», en su libro* From Bauhaus to our house *(De la Bauhaus a nuestra casa), traducido al español como* ¿Quién teme a la Bauhaus feroz?

En la práctica, la forma en cruz inicial de Costa se adultera con algunos establecimientos periféricos, pero se conserva el tratamiento de los distintos sectores urbanos mediante el superbloque de trazo formal simplicísimo, agilizado por las cristaleras y el *brise-soleil* (planchas de vidrio regulables que permiten dosificar la intensidad de la luz) de Le Corbusier.

En Argentina, asimismo, la influencia de este último se impone a la de los organicistas. Destacan el catalán Bonet, que realiza unas correcciones al racionalismo desde la óptica surrealista y la vinculación del edificio con los elementos del lugar, y Amancio Williams, que ofrece como novedad la *Casa sobre bóveda* en Mar del Plata (1945).

Venezuela tiene un protagonista indiscutible en Carlos Raúl Villanueva, responsable en buena parte del crecimiento de Caracas. Y México ofrece un amplio panorama donde se destacan varias tendencias. Por una parte, una primera corriente antirracionalista expresada en la *Ciudad Universitaria de México* (1953), que incluye una tendencia muralista del mosaico a cargo en este caso de Rivera y Siqueiros. El *Museo de Antropología*, a su vez, es exponente de una fusión entre la rama prehispánica de las primeras culturas y la hispánica del mundo occidental. Pero no se puede olvidar al que ha sido la figura más importante de la arquitectura mexicana, el español exiliado Félix Candela, que lleva al extremo la explotación de los recursos del hormigón. La *Capilla de San Vicente de Paúl* y el *edificio de Bacardí* en Cuantitlán son dos de sus muchas obras.

E. L. Q.

Bibliografía básica

ARGAN, G. C.: *El arte moderno (1770-1970)*, Fernando Torres. Valencia, 1977.

BENEVOLO, L.: *Historia de la arquitectura moderna*, Gustavo Gili. Barcelona, 1982.

GILLO, D.: *La arquitectura moderna*, Ariel. Barcelona, 1980.

ZEVI, B.: *Historia de la arquitectura moderna*, Poseidón. Barcelona, 1980.

CUANDO el 15 de enero de 1919 un oficial alemán, vestido con un uniforme de la más rancia tradición prusiana y al servicio del gobierno socialdemócrata de Ebert, Noske y Scheidemann, ordenó disparar aplicando la «ley de fugas» a los revolucionarios Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, detenidos durante la fracasada Revolución Roja de Berlín, muchas ideas y principios socialistas se derrumbaron junto al menudo cuerpo de aquella mujer de 47 años, de origen judío, teórica brillante y agitadora infatigable. La escisión que ella había pronosticado ya en su libro ¿Reforma social o revolución?, publicado al iniciarse el siglo XX, se materializó a balazos en su propio cuerpo. La unidad socialista internacional dejó de existir como consecuencia de la Gran Guerra que los dirigentes del proletariado europeo no pudieron o no supieron evitar. En este artículo se relata la azarosa vida de Rosa Luxemburg, símbolo de las tensiones sociales que han sacudido y todavía sacuden el siglo XX.



Dos líderes del comunismo germano.

EL ASESINATO DE ROSA LUXEMBURG



El caos reinaba en las calles de Berlín el año 1918.

A la izquierda, una imagen de Berlín en la Navidad de 1918; la población hambrienta saquea las tiendas ante la impotencia de la policía. Este ambiente de caos social, junto a las derrotas germanas en la guerra, fue el detonante de la revolución espartaquista de enero de 1919, reprimida por los Freikorps *o Cuerpos Libres, pequeños ejércitos privados que restauraron el orden a sangre y fuego, abortando la Revolución Roja. Los hechos están descritos con gran realismo en la novela* Una princesa en Berlín *(*A princess in Berlin*, 1980), obra del escritor Arthur R. G. Solmssen.*

En esta página, ametralladora instalada por los Freikorps en un balcón, dominando una calle berlinesa, durante la represión de la revolución espartaquista, en enero de 1919. En la página opuesta, mitin revolucionario en el que un líder obrero habla a marinos y soldados sublevados ante el Palacio de los Emperadores de Berlín. Abajo, el líder espartaquista Karl Liebknecht, según una foto tomada en 1910. Arthur R. G. Solmssen escribe en su libro Una princesa en Berlín: (Rosa Luxemburg era) «una judía pequeña y regordeta de la Polonia rusa. No era bonita. Pasión y cerebro, valiente entre los valientes, pero también sensata. Sabía que el pueblo no se levantaría en una revolución comunista. Trató de disuadir a Liebknecht, pero Liebknecht quería pelear. Así pues, tuvimos nuestra pequeña semana espartaquista. Enero de 1919. No se consiguió mucho (...) pero asustó mortalmente a la clase media. A los alemanes no les gustan ni las multitudes en las calles, ni el desorden, ni las banderas rojas. ¡Y muchachas judías, de Polonia, apoderándose de das Deutsche Reich! Por eso el gobierno trajo a los Freikorps (...)»



No fue una auténtica revolución pero sí consiguió asustar a la clase media.

A pesar de ser mujer

«Arriba, arriba a la lucha. Hemos nacido para la lucha. Estamos listos para la lucha. Se lo prometimos a Karl Liebknecht. Damos la mano a Rosa Luxemburg...», así empieza la canción que día tras día siguen cantando los niños de la República Democrática Alemana antes de iniciar sus clases, y es que los hombres y mujeres —artistas, científicos, escritores, políticos— que dedican su vida a los demás nunca mueren del todo. Como dice la canción, Rosa Luxemburg es un buen ejemplo para la lucha.

Esta mujer revolucionaria nació el 5 de marzo de 1871 en Zamosc, una localidad situada en la actual Polonia, entonces dependiente del zar de todas las Rusias, en el seno de una familia judía de la baja clase media. Rosa, a pesar de ser mujer y la menor de sus cinco hermanos, destacó pronto por su inteligencia, lo que animó a sus padres a darle estudios superiores. Desde muy joven sintió profundas inclinaciones políticas, y mientras estudiaba secundaria comenzó a militar en grupos socialistas radicales. Una constante en su ideología fue anteponer el internacionalismo obrero y la necesidad de una revolución mundial a los nacionalismos, incluido el polaco (sometido al yugo del Imperio ruso), lo que le valió críticas feroces por parte de numerosos socialistas y nacionalistas, compañeros de lucha.

Para huir de la represión zarista marchó en 1891 al exilio de Zurich (Suiza), donde estudió Derecho y Economía Política, entrando en contacto con el movimiento socialista internacional y con Leo Jogiches, un valeroso militante revolucionario que sería durante muchos años su compañero de lucha y su amigo íntimo. Del grupo formado en torno suyo nacería posteriormente el partido comunista polaco y la poderosa corriente de izquierda que dio vida y mantuvo la lucha ideológica en los debates de la II Internacional.

Unir la teoría con la práctica

Hostigada por la policía política de diversos países, Rosa Luxemburg se casó en 1892 con Gustav Lübeck, un socialista alemán, por medio del cual obtuvo la nacionalidad germana y estabilizó su situación de exiliada. Comenzó a colaborar con asiduidad en la prensa socialista alemana, especialmente en el *Arbeiterzeitung* y en el *Die Neu Zeit*, periódico dirigido por Karl Kautsky. Militante activa del partido socialdemócrata alemán (SPD), su brillantez intelectual hizo que se la nombrara profesora de la Escuela de formación de cuadros del mismo, en Berlín. A raíz de la publicación en 1900 de su libro *¿Reforma social o revolución?*, en el que atacaba duramente al reformismo de Bernstein y Millerand, se convirtió en líder de la izquierda del SPD y de la corriente revolucionaria de la II Internacional, interviniendo brillantemente en los

Un líder obrero habla a marinos y soldados ante el Palacio de los Emperadores de Berlín.

congresos de la organización socialista, al lado de figuras como Kautsky, Lenin, Plejanov, Jaurès, Guesde, Adler, Turati, Mehrung, Brouckére, Vandervelde y otros muchos. En 1905, al estallar la primera revolución rusa, se trasladó a la Polonia zarista para participar en la insurrección. Detenida en Varsovia junto a su amigo Leo Jogiches, ambos pasaron varios meses en la cárcel antes de ser liberados y expulsados del Imperio ruso. Su prestigio de luchadora y líder de la izquierda no hizo más que reforzarse con su detención.

Los congresos de la Internacional

Desde finales del XIX y hasta la Primera Gran Guerra, que supuso la quiebra práctica de los valores anteriores, la Internacional socialista y obrera (continuadora de la anterior Alianza Internacional del Trabajo, AIT) fue un símbolo de esperanza para el mundo y para las masas proletarias, ya que predicaba un futuro mejor de fraternidad y unidad internacional, construido por los trabajadores de todos los países y los intelectuales a la luz de la razón. Un mundo mejor y más justo, donde no habría lugar para los egoísmos nacionales, los imperialismos colonialistas y las guerras. El prestigio de la organización llegó a ser tal que en 1913 fue propuesta para el premio Nobel de la Paz.

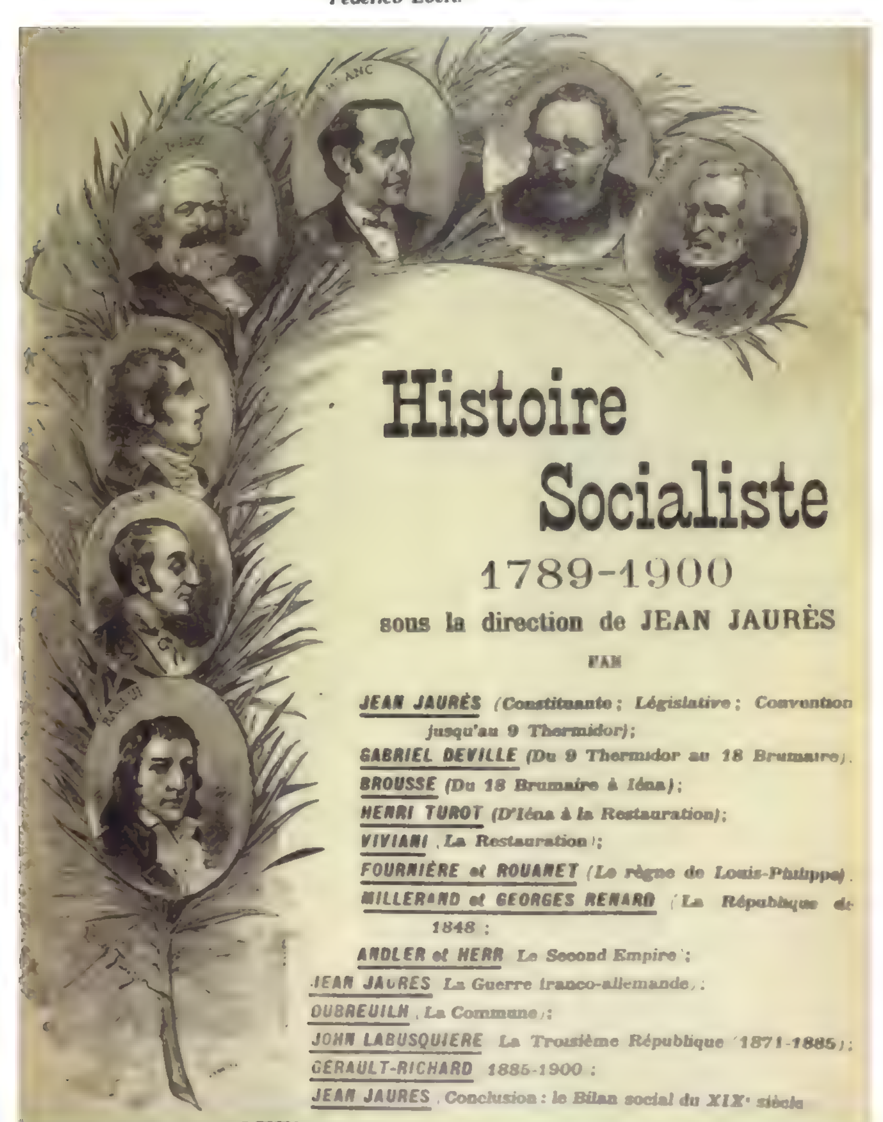


Karl Liebknecht en 1910.



Federico Ebert.

Arriba, el socialdemócrata Federico Ebert es increpado por manifestantes que se quejan de la implacable devaluación del marco que trajo la derrota. Abajo, ilustración del volumen I de la Historia del Socialismo de Jean Jaurès, con retratos tipo medallón de los pensadores más destacados de esta corriente ideológica.



Histoire Socialiste

1789-1900

sous la direction de JEAN JAURÈS

PAR

JEAN JAURÈS (Constituante ; Législative ; Convention jusqu'au 9 Thermidor);
GABRIEL DEVILLE (Du 9 Thermidor au 18 Brumaire);
BROUSSE (Du 18 Brumaire à Iéna);
HENRI TUROT (D'Iéna à la Restauration);
VIVIANI (La Restauration);
FOURNIÈRE et ROUANET (Le règne de Louis-Philippe);
MILLERAND et GEORGES RENARD (La République de 1848);
ANDLER et HERR (Le Second Empire);
JEAN JAURES (La Guerre franco-allemande);
DUBREUILH (La Commune);
JOHN LABUSQUIERE (La Troisième République (1871-1885));
GERAULT-RICHARD (1885-1900);
JEAN JAURES (Conclusion : le Bilan social du XIXe siècle

Portada del volumen I de Historia del Socialismo.

Los congresos más importantes de la Internacional se iniciaron con el de París de 1889, coincidiendo con la Exposición Internacional y el primer centenario de la Revolución francesa. Al de París siguió el de Bruselas (1891), el de Zurich (1893) y el de Londres (1896). En este último la Internacional adoptó la ideología marxista y abandonó la anterior línea anarquista-bakuninista de la AIT, a la vez que se sentaban las bases para el congreso de 1900. Celebrado éste de nuevo en París, se perfilaron ya las corrientes reformista y revolucionaria como dos facetas del mismo movimiento y se eligió por primera vez un organismo permanente, el Bureau Socialista Internacional, representante de la organización obrera entre congreso y congreso.

¿Reforma o revolución?

Hasta la ruptura total entre la corriente reformista y la revolucionaria, acaecida en 1914, los congresos de la Internacional (1904, Amsterdam; 1907, Stuttgart; 1910, Copenhague; 1912, Basilea; 1913, Jena) brillaron por su democracia interna y la lucidez de sus debates, en los que participó Rosa Luxemburg siempre en nombre de la corriente más izquierdista.

Frente al reformismo bernsteniano y posterior que afirmaba que el propio desarrollo social del capitalismo, a base de reformas y avances parciales de la clase obrera, llevaría inevitablemente al socialismo poco a poco, las corrientes revolucionarias defendían la necesidad de subvertir y cambiar totalmente el orden existente por medio de la revolución. Entre ellos había disensiones

ya que frente a la idea de Lenin de un partido jerárquico, centralista y militarizado, de profesionales de la revolución, Rosa Luxemburg defendía que, una vez dadas «las condiciones objetivas», el propio pueblo, el espontaneísmo de la «lucha de masas» sería capaz de realizar el cambio social, sin partidos jerárquicos ni líderes carismáticos, esbozando ya la idea de la «revolución permanente». Estas teorías serían recogidas luego por la corriente trotskista del marxismo, en su lucha ideológica contra el leninismo y el posterior estalinismo.

Nacionalismo e internacionalismo

Sin embargo, durante todos estos años los portavoces de las corrientes revolucionarias, aunque hicieron oír claramente sus opiniones en los congresos de la Internacional y a veces lograron que votaran a su favor las formaciones de centro, fueron derrotados casi siempre por los líderes reformistas, a los que parecía que la historia daba la razón, ya que el crecimiento de la industria, «la idea de progreso» y la buena organización obrera (el modelo siempre fue el partido socialdemócrata alemán) consiguieron cotas de libertad, mejoras sociales y avances electorales muy importantes.

Otro debate ideológico que enfrentó a reformistas y revolucionarios en el seno de la II Internacional fue el problema del nacionalismo y el derecho de autodeterminación de los pueblos. La corriente de izquierdas mantenía vivas las ideas de la vieja Internacional de que «ni el capital ni los obreros tienen patria», siendo el internacionalismo proletario y la lucha contra todos los gobiernos burgueses el deber de los revolucionarios. Opuestos a toda forma de colonialismo, los izquierdistas lograron los votos del centro y condenaron esta forma de explotación en el congreso de Stuttgart (1907) por 127 votos contra 108, frente a las pretensiones de los reformistas belgas, que apoyaban indirectamente las acciones de su gobierno en el Congo. Asimismo, tres años antes, en el congreso de Amsterdam, los delegados aplaudieron enfervorizadamente el abrazo que se dieron en la tribuna el ruso Plejanov y el japonés Katayama, en pleno conflicto bélico ruso-nipón. En 1912, los 555 delegados asistentes al congreso extraordinario celebrado en la catedral de la ciudad suiza de Basilea votaron unánimemente contra la guerra entre los Estados. La idea era que los conflictos surgían por la ambición de los burgueses y el capital. Los proletarios eran usados como carne de cañón en uno y otro bando. Siempre morían los pobres para beneficio de los ricos.

Tras las derrotas militares y el armisticio de noviembre de 1918, Alemania se derrumbó económica y moralmente. El país estaba arruinado sobre el papel y en la realidad. Había hambre masiva y millones de derrotados y desengañados. Los políticos civiles y especialmente los socialdemócratas, tras la huida del Kaiser a Holanda, tuvieron que hacer frente a la rapiña negociadora de los aliados vencedores y aceptar en Versalles la derrota de sus militares, algo de lo que, curiosamente, luego el militarismo germano los acusaría. Por si estos problemas no fueran suficientes estalló la revolución espartaquista y el gobierno, casi sin ejército y sin medios, tuvo que ahogarla en sangre auxiliado por los Freikorps.



Soldados de los Freikorps atacan parapetados tras una barricada.

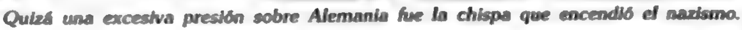
En el congreso de Stuttgart, Lenin y Rosa Luxemburg presentaron conjuntamente una enmienda que fue aceptada y que decía textualmente: «En el caso de que la guerra estalle, existe el deber de hacerla cesar inmediatamente, de utilizar con todas las fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra para agitar a las capas populares más amplias y precipitar la caída de la dominación capitalista». Esto, como se comprenderá, chocaba frontalmente con los nacionalismos, imperialismos y militarismos entonces tan en boga entre los círculos reaccionarios castrenses alemanes. La figura de Rosa Luxemburg —además de militante revolucionaria, mujer— era un símbolo odiado por amplios círculos militares alemanes, lo que explica en parte su asesinato a manos de tropas antisubversivas.

Dentro de la corriente de izquierda, Rosa Luxemburg militaba en la facción más radical, internacionalista y antinacionalista. A diferencia de Lenin, que era un político también radical pero mucho más sutil, Rosa Luxemburg, a pesar de ser polaca y haber sufrido el imperialismo ruso, no reconocía el derecho a la autodeterminación de los pueblos, por considerarlo una antigualla burguesa y un problema del que nadie se acordaría una vez realizada la revolución proletaria a escala mundial e impuesto un orden justo.

Revolucionaria, mujer, intelectual

Paralelamente a su actividad política en el seno de la II Internacional, Rosa Luxemburg destacó como profesora e intelectual de valía, publicando en 1906 su libro *Huelga de masas, partido y sindicatos,* en el que defiende el espontaneísmo revolucionario y la democracia in-

La derrota militar frente a los aliados y el miedo burgués al ejemplo de la triunfante revolución soviética aceleraron la formación de grupos armados de «gente de orden» para luchar «contra la anarquía y el bolchevismo». En este ambiente de caos y miedo nacieron los Freikorps *o Cuerpos Libres. Su composición era muy heterogénea: algunos soldados regulares, elementos marginales, derechistas nacionalistas y cadetes, al mando de oficiales y de los que daban el dinero para financiarlos. De la tradición de los* Freikorps *nacerían años más tarde los grupos de choque nazis, como los SA (Secciones de Asalto) que aparecen en la foto rompiendo banderas rojas.*



Quizá una excesiva presión sobre Alemania fue la chispa que encendió el nazismo.

terna en las organizaciones obreras. En 1913 aparece su obra de economía política *La acumulación del capital,* análisis del capitalismo en su fase imperialista y feroz alegato contra la guerra, en un último intento de que el reformismo y el nacionalismo no llevaran a enfrentarse en las trincheras a obreros de diferentes países. Tras el estallido de la Gran Guerra y su ruptura con la socialdemocracia, aparte de sus colaboraciones con las publicaciones espartaquistas (*Junius, Las cartas de Espartaco, Bandera Roja,* etc.), escribe desde la cárcel dos obras que fueron publicadas después de su muerte: *Introducción a la Economía Política* y *La Revolución Rusa,* en la que acusa de «suave» a la revolución bolchevique y critica la falta de democracia interna de los partidos comunistas tradicionales de corte leninista, defendiendo que sobre ellos deben mandar los soviets de obreros, campesinos y soldados, el pueblo en armas.

Como mujer participó al lado de Clara Zetkin y otras pioneras del socialismo en la organización de la Conferencia Internacional de Mujeres Socialistas, celebrada por vez primera en 1907. Sus opiniones, vertidas en sus libros, artículos y escritos eran tan de vanguardia y molestaban —todavía molestan— tanto a los círculos reaccionarios, así como a los socialistas reformistas y a los comunismos oficiales, que curiosamente todavía no hay ninguna edición de sus obras completas.

La quiebra de un orden

Cuando el Congreso de Jena de 1913 aprobó por 333 votos contra 142 una propuesta de la Internacional oponiéndose a convocar la huelga general contra la guerra, la escisión definitiva entre reformistas y revolucionarios ya estaba

La muerte de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht —cuyos rostros aparecen, en la foto, en las pancartas de una manifestación espartaquista— a manos de los Freikorps, *conmovieron a todos los demócratas alemanes. La primera era una prestigiosa teórica del socialismo internacional, a punto de escindirse definitivamente entre socialdemocracia y comunismo; y el segundo era hijo de Wilhelm Liebknecht (1826-1900), prestigioso político socialista, amigo de Marx y Engels, protagonista de la revolución de 1848.*

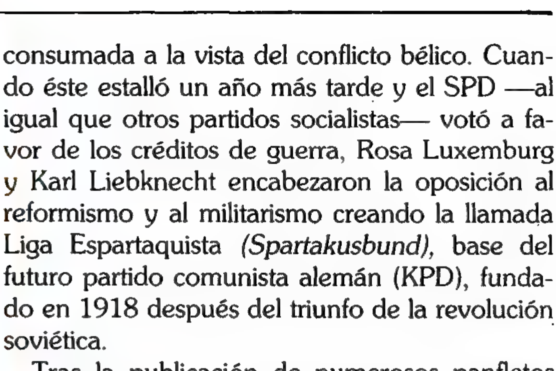


Conmemoración de la muerte de Liebknecht y Rosa Luxemburg en Berlín.

La revolución rusa inspiró los movimientos socialistas posteriores.







consumada a la vista del conflicto bélico. Cuando éste estalló un año más tarde y el SPD —al igual que otros partidos socialistas— votó a favor de los créditos de guerra, Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht encabezaron la oposición al reformismo y al militarismo creando la llamada Liga Espartaquista *(Spartakusbund),* base del futuro partido comunista alemán (KPD), fundado en 1918 después del triunfo de la revolución soviética.

Tras la publicación de numerosos panfletos antimilitaristas y antirreformistas como *Las Cartas de Espartaco* y el libro *La crisis de la Socialdemocracia,* ambos fueron expulsados del SPD y estuvieron en la cárcel en diversas ocasiones. Liebknecht se opuso a ser movilizado y, como objetor de conciencia, fue enviado al frente del este para realizar trabajos auxiliares de tipo humillante. Pero los dos revolucionarios, con el apoyo del recién creado Estado soviético, se mostraron inflexibles y radicalizaron sus posturas cada vez más. La línea ideológica de los espartaquistas se resumía en que la lucha de clases, para el proletariado revolucionario, tenía prioridad sobre la defensa nacional, ya que la revolución y el internacionalismo estaban por encima de la patria.

Tomaron su nombre de Espartaco, el líder de los esclavos romanos sublevados en el siglo I a. C. contra el poder del Estado, y fustigaron duramente al gobierno socialdemócrata de Ebert, Noske y Scheidemann, mantenedor de la guerra. Liberados de la prisión por el movimiento revolucionario radical que sacudió Alemania en noviembre de 1918, ambos participaron activamente en la insurrección de Berlín a finales de año. El 13 de enero de 1919 fueron detenidos por un grupo de voluntarios antisubversivos de los llamados «Cuerpos Libres», y, tras ser maltratados, se les aplicó la «ley de fugas» dos días más tarde, cuando la Revolución Roja armada ya había fracasado en Berlín. El oficial acusado de su muerte reclamó ante los tribunales, al ser tachado de asesino incontrolado, y demostró que había actuado reglamentariamente en nombre del gobierno legal, dirigido por los socialdemócratas. La revolución terminaba una vez más devorando a sus propios hijos.

J. R. A.

Bibliografía básica

Historia General del Socialismo, Destino. Barcelona, 1970.

BARROT, J., y AUTHIER, D.: *La izquierda comunista en Alemania entre 1918 y 1921,* Maspero Editions. París.

NETTL, P.: *Rosa Luxemburg,* 2 vols. Oxford University. Londres, 1966.

Selected Political Writings of Rosa Luxemburg. Editado por Dick Howard. Londres, 1971.

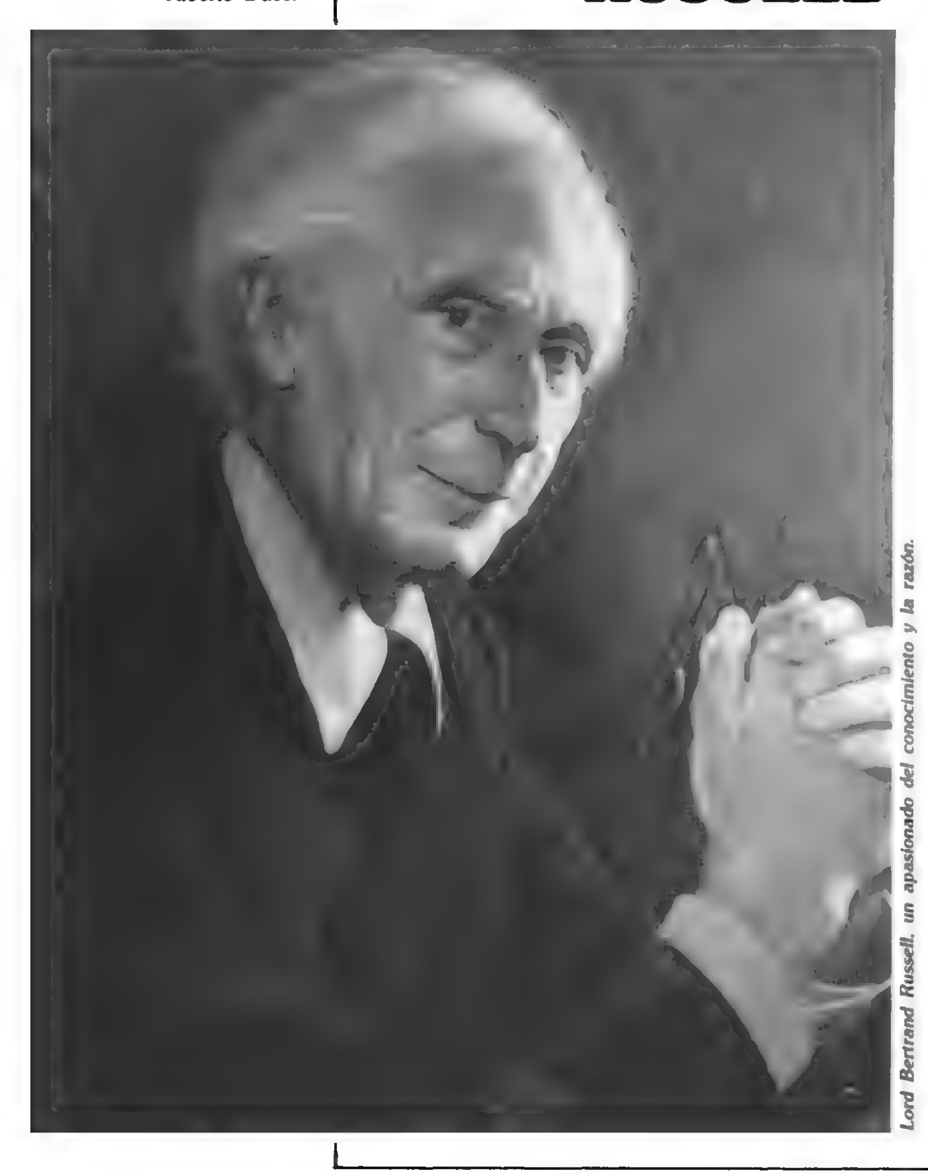
La sangre de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, tras su tortura y asesinato, sirvió sobre todo para nutrir las filas del recién creado Partido Comunista Alemán (KPD), a imagen y semejanza de los bolcheviques rusos, creadores del nuevo Estado soviético. A la izquierda, uno de los muchos carteles conmemorativos del triunfo de la revolución soviética que circularon por toda Europa. La leyenda popular berlinesa pronto hizo una canción dedicada a la memoria de Rosa Luxemburg. Se titulaba Una rosa flota en el canal de Landwehr *y hacía referencia a la esclusa del canal donde fue encontrado su cuerpo destrozado varias semanas después de su asesinato por la llamada División de la Guardia Montada, uno de los* Freikorps.

Entre su primera obra, La socialdemocracia alemana *(1896) y su último libro, titulado* Autobiografía *y escrito en 1963 con el fin de recaudar fondos para sus campañas pacifistas, Bertrand Russell creó otras catorce obras, algunas de ellas indispensables para conocer el pensamiento lógico occidental, lo que le valió la obtención del premio Nobel de Literatura en 1950. Bajo estas líneas un retrato del filósofo pintado al óleo por Alberto Duce.*

BERTRAND RUSSELL

LORD Bertrand Arthur William Russell, tercer conde de Rusell y vizconde de Amberley, fue sin duda una de las figuras intelectuales y políticas más destacadas del siglo XX.

Su larga vida y su insaciable pasión por



Lord Bertrand Russell, un apasionado del conocimiento y la razón.



el conocimiento y la razón le permitieron cultivar parcelas muy concretas no sólo de la ciencia, sino también de la filosofía y la política, aunque con desigual fortuna, bordeando siempre una postura escéptica muy acorde con la tradición filosófica inglesa. El mismo nos lo dijo: «Me he imaginado sucesivamente como un liberal, un socialista o un pacifista. Nunca he sido, sin embargo, ninguna de estas cosas. Siempre el intelecto escéptico me ha susurrado dudas.»



En la foto, el III Tribunal Russell, reunido a mitad de la década de los sesenta en la ciudad alemana de Francfort para denunciar y condenar los crímenes de guerra cometidos por las tropas norteamericanas en Vietnam. La actividad de Russell en los últimos años de su vida sirvió también para condenar los abusos políticos en Birmania, Brasil, Congo, Filipinas, Irak, Grecia, Unión Soviética y cualquier otro lugar del mundo donde se produjeran, en un claro antecedente de lo que luego sería la tarea de la prestigiosa organización Amnesty International (Amnistía Internacional).

Años de formación

Russell nació el 18 de mayo de 1872 en el condado de Monmouth, en el País de Gales. Inglaterra estaba en el esplendor de la era victoriana, ocupada en ampliar constantemente el imperio que hacía de ella la primera potencia mundial de la época. En España, más modestos, nos limitábamos a la escaramuza civil de turno con los carlistas, aunque sólo fuera para hacer más difícil el efímero y constitucional reinado de Amadeo I de Saboya. Don Práxedes Mateo Sagasta, presidente del consejo de ministros, amén de a los carlistas, se enfrentaba a los primeros disturbios independentistas en Filipinas.

Russell descendía de una familia de la nobleza, de abolengo liberal. Su abuelo fue ministro y presidente del consejo en dos ocasiones: su madre, también aristócrata, descendía igualmente de otro político liberal menos destacado. La madre y la hermana de Russell murieron de difteria en 1874, y el padre, derrumbado por su pérdida, les siguió en menos de dos años. Bertrand y su hermano Frank quedaron bajo la tutela de dos amigos de la familia, librepensadores. Tal disposición testamentaria tropezó con la opinión de sus abuelos que, sin mayor respeto por la última voluntad de su hijo, llevaron el asunto a los tribunales, pleiteando hasta lograr la tutela de los nietos, que acabarían formándose en el rígido y tradicional ambiente de la nobleza victoriana. Educado por institutrices y preceptores, Russell tuvo una infancia solitaria, aunque no infeliz. Su formación no se redujo al estudio de las ciencias, en el que le introdujo uno de sus tíos, sino que también dedicó atención, como era habitual en la época, a la formación literaria. La soledad hizo de él un lector ávido. En 1890, a los dieciocho años, ingresó en el Trinity College, el centro de estudios más prestigioso de la no menos prestigiosa y airstocrática Universidad de Cambridge. Allí pasó tres años dedicado en exclusiva al estudio de las matemáticas, en las que obtuvo las máximas calificaciones, y uno al de la filosofía. En Cambridge formó parte del club Los Apóstoles, integrado por jóvenes aristócratas más o menos izquierdistas, donde conoció a Moore, Keynes, los Trevelyan, los Webb, Santanyana... En este medio conoció a Alys Pearsall Smith, de familia cuáquera norteamericana, con la que contrajo en 1894 el primero de sus cuatro matrimonios, que tropezó inútilmente con la oposición familiar. Al año siguiente fue con su esposa a Alemania para estudiar economía y política, al mismo tiempo que frecuentaba círculos socialdemócratas. En 1896 hizo su primer viaje a Estados Unidos, donde conoció a William James en Harvard. En 1898 era profesor del Trinity College, al que tan vinculado es-

John Maynard Keynes y su esposa.

taría siempre, y en 1900 asistió al Congreso Internacional de Filosofía celebrado en París.

La actividad científica

El dato es importante porque allí conoció al lógico italiano Giuseppe Peano y el estudio de sus trabajos le llevó al campo de la lógica. Russell se propuso el análisis de las nociones fundamentales de la matemática, partiendo de la identidad entre matemática y lógica. Este empeño científico abrió la etapa más fecunda y productiva de la actividad intelectual de Russell; durante años trabajó entre diez y doce horas diarias en la preparación, con la colaboración de A. N. Whitehead, que había sido profesor suyo en Cambridge, de la obra que se publicaría entre 1910 y 1913 con el título de *Principia Mathematica* y que sería un hito en el panorama científico de la época. Esta obra conlleva algunos de los más destacados hallazgos de Russell en el ámbito de la lógica, como la paradoja de clases, la teoría de las definiciones y la de los símbolos. La lógica se convierte en la instancia constitutiva del conocimiento, es decir, de la matemática. Posteriormente, en su *Introducción a la filosofía matemática* (1919), obra que escribió en la cárcel, desarrolló una epistemología positivista que habría de tener gran influencia en la creación del positivismo lógico, que tendría su máximo exponente en el Círculo de Viena. Años más tarde, en *El análisis del pensamiento* (1921) y *El análisis de la materia* (1927), consideró difícilmente separables los hechos físicos de los psíquicos, en cuanto ambos son estructuras diferentes de elementos neutrales; es el «atomismo lógico» que abandonaría más tarde. El propio Russell lo describe así: «Considero que la lógica es lo fundamental de la filosofía... Mi propia lógica es atómica... Por tanto, prefiero describir mi filosofía como un 'atomismo lógico' más bien que como un 'realismo', con o sin adjetivo.»

Ulteriormente, influido por su discípulo Ludwig Wittgenstein, desarrolló el concepto de estructura como sistema de relación entre los entes matemáticos, anticipándose a Bourbaki y a otras formulaciones de la matemática posterior. El logicismo russelliano quedó invalidado por el teorema de Gödel, que demostró la imposibilidad de reducir a la lógica la aritmética más fundamental.

En la página opuesta, el economista británico J. M. Keynes (creador del nuevo sistema económico occidental, tras la Segunda Guerra Mundial, que llevó a la sociedad de consumo) y la bailarina rusa Lopokova, fotografiados en Londres el día de su boda. El matrimonio llegó a ser amigo íntimo de Bertrand Russell y su primera esposa, Alys Pearsall. Bajo estas líneas, el filósofo, matemático, sociólogo y escritor, a la par que pacifista, sentado en su biblioteca.



Un conde cargado del típico escepticismo inglés.

La actividad política

La actividad política de Russell fue prácticamente ininterrumpida. Ya con ocasión de la guerra contra los boers (1899), tras un breve período de defensa del imperialismo, puede decirse que, desde 1901, mantuvo una actitud y una incesante actividad pacifistas, salvo en los primeros años del predominio nuclear norteamericano. En 1906 luchó por el voto femenino. Su oposición a la Primera Guerra Mundial y un artículo sobre el uso que se hacía del ejército norteamericano para reprimir huelgas, le llevaron en 1918 a la cárcel de Brixton durante seis meses, tiempo que aprovechó para escribir, como queda indicado, su *Introducción a la filosofía matemática.* En 1920 visitó Barcelona y Mallorca y, a continuación, emprendió un viaje a la Unión Soviética, donde conoció a Trotski y a Lenin. Producto de este viaje fue un libro, *La teoría y práctica del bolchevismo* (1920), en el que rechazaba la experiencia soviética por ver en ella «una burocracia tiránica cerrada, con un sistema de espías más terrible y elaborado que el de los zares». En 1921 visitó China en compañía de Dora Black que sería su segunda esposa. Allí enfermó gravemente y pudo leer varias notas necrológicas sobre su supuesta muerte. Una de ellas, aparecida en un periódico misionero, decía sin mucho amor al prójimo: «Puede perdonarse a los misioneros que respiren aliviados con las noticias de la muerte del señor Bertrand Russell.» Tal hostilidad eclesiástica obedecía, sin duda, al firme agnosticismo profesado por Russell con absoluta coherencia a lo largo de toda su vida, y que tuvo una de sus formulaciones más radicales en 1927, en su libro *Por qué no soy cristiano:* «Todo el concepto de Dios es una idea derivada del antiguo despotismo oriental. Es un concepto indigno de hombres libres.»

Su matrimonio con Dora Black quedó roto en 1932, el mismo año en que, tras la muerte de su hermano, se convertía en tercer conde de Russell, lo cual, por otra parte, no le acarreó más que deudas y apuros económicos. En 1936 contrajo su tercer matrimonio con Patricia Spencer.

El pacifismo de Russell nunca fue absoluto y cambió notablemente de sesgo ante los horrores del nazismo, admitiendo la resistencia armada. Por otra parte, su progresiva hostilidad contra el comunismo, hizo de él persona respetable en los años críticos de la guerra fría, de modo que en 1949 Jorge VI de Inglaterra le concedió la Orden del Mérito; ese mismo año ingresó como miembro honorario en la Academia Británica y la BBC le invitó a dar una serie de conferencias. Tantos honores se vieron coronados en 1950 por la concesión del premio Nobel de Literatura. En 1952 contrajo su último y cuarto matrimonio con otra norteamericana, Edith Finch, con la que vivió en gran armonía, progresivamente absorbido por la actividad política ante el temor de una tercera guerra mundial. A este empeño dedicó el resto de su vida; en 1955 promovió un Manifiesto por la paz que contó con las firmas de personajes como Einstein, Joliot e Irene Curie. En 1958 presidió la campaña para el desarme nuclear, y en 1960 encabezó una gran campaña de desobediencia civil que le valió una condena más. A petición de Jruschov medió en



Russell se dirige a la muchedumbre durante un mitin pacifista.

Bertrand Russell, nombrado tercer conde de Russell a la muerte de su hermano mayor, fue un luchador infatigable por la paz en el mundo, como demostró en su vida y su obra. Su discurso de recepción del premio Nobel en 1950, en plena guerra fría, causó sensación entre la pulcra alta sociedad sueca que asistía a la ceremonia de entrega, junto a la familia real del país escandinavo. Fue una denuncia sincera de la carrera de armamentos, especialmente de la bomba atómica y las armas bacteriológicas, y del enfrentamiento sistemático del Oeste con el Este, del capitalismo con el comunismo. Russell pensaba siempre en las víctimas, los hombres que morirían a uno y otro lado, y también en otros seres vivos, los animales, de los que decía en una de sus frases más celebradas por sus audiencias: «Nadie puede acusarlos de ser comunistas ni anticomunistas». En la foto, Bertrand Russell habla en un mitin pacifista.

la crisis cubana de 1962. En 1964 creó la Fundación Bertrand Russell para la Paz y, tres años más tarde, el Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra, del que formó parte Jean-Paul Sartre y que tanto contribuyó a desenmascarar los crímenes norteamericanos en Vietnam.

Russell murió, sordo pero lúcido, a los noventa y dos años de edad, el 2 de febrero de 1970. Se esté o no de acuerdo con sus posiciones políticas, la rectitud moral de su lucha por la paz hace de él una figura merecedora de respeto. A pesar de su anticomunismo primario en los años de la guerra fría y de ciertos ribetes de anarquismo que le acarrearon no pocas críticas, su condena sin paliativos del fascismo y del armamentismo le convierten no sólo en un crítico interesante del «socialismo real», sino en paradigma de las contradicciones del intelectual «puro» de nuestra época. Como ha señalado certeramente el profesor Sacristán, «pocos grandes intelectuales burgueses tan contradictorios como él, desde sus intemperancias en la guerra fría hasta sus declaraciones de socialismo y sus actividades antiimperialistas. Y pocos tan antipáticos como él a su propia gran burguesía, la cual le permitió conocer detenidamente sus cárceles y sus tribunales.»

F. R.

«Tres pelos blancos». La vejez no impidió a Russell seguir con su lucha por la paz.

Bibliografía básica

RUSSELL, B.: *Obras completas,* Aguilar. Madrid, 1974.

El rector de la Universidad de Copenhague, Carl Iverson, entrega el premio Sonning a B. Russell.



«Tres pelos blancos», comentó Bertrand Russell al ver la foto superior en la que aparece junto a su cuarta y última esposa, Edith Finch, y un terrier inglés. Abajo, el filósofo en el momento de recibir el premio Sonning, dotado con 5.000 libras. Alumno y amante del espíritu crítico y científico de la Universidad de Cambridge, Russell dio el visto bueno antes de morir a la placa que honra su memoria en el Trinity College y que, entre otras cosas, dice en latín clásico: «(...) profundamente consternado por los odios entre los hombres, cuando era anciano —pero con la fuerza y el verbo de un joven— se dedicó en cuerpo y alma a luchar por la paz entre las naciones...»



Pòlítica internacional

Firma del tratado de Versalles en el que los aliados determinan las condiciones para la paz.
Movimiento revolucionario nacionalista del 4 de mayo en Pekín.
Austria se constituye en Estado independiente.
El partido Sinn Fein *proclama la República de Irlanda y elige parlamento propio.*
Los Estados Unidos aceptan el reglamento de la Sociedad de Naciones.
Firma de los tratados de los Arrabales de París.
Victoria del Bloque Nacional en Francia.
Asesinato de los jefes comunistas Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg en Alemania.
Entra en vigor la Constitución de Weimar en Alemania.
Empieza la guerra de Rusia contra Finlandia.
Instauración de un gobierno comunista en Hungría.
En Afganistán es asesinado el emir Habid Ullah. Le sucede su hijo Aman Ullah.
El violinista y compositor Ignacy Paderevski es elegido jefe del gobierno polaco.
Sublevación espartaquista en Alemania.
Emiliano Zapata es asesinado por fuerzas carrancistas en el Estado de Morelos (México).

Sociedad

El italiano Benito Mussolini funda el primer Fascio di combattimento.
Prohibición de las bebidas alcohólicas en Estados Unidos (ley seca). *Entrará en vigor a partir de 1920.*
Karl Jaspers publica Psicología de las concepciones del universo.
Lenin y Gregorii Zinoviev fundan la Tercera Internacional.
En España se implanta la jornada de ocho horas.
Psicosis revolucionaria en Estados Unidos (red scare).
El presidente norteamericano Woodrow Wilson obtiene el premio Nobel de la Paz.

Economía

Las minas de carbón del Sarre pasan a Francia.
Internacionalización de las vías fluviales que pasan por Alemania y del canal del mar del Norte al mar Báltico.
John Maynard Keynes publica Las consecuencias económicas de la paz.
Japón es la tercera potencia naval del mundo.



J. Metzinger: **La tricotesse.**



Charles Demuth: **Acróbatas.**



Giorgio de Chirico: El pez sagrado.

1919

Ciencia y tecnología

Vuelo sin escalas sobre el Atlántico en dirección oeste-este, efectuado por John Alcock y Arthur Whitten-Brown.
Desintegración del átomo por el científico inglés Ernest Rutherford.
Bertrand Russell publica Introducción a la filosofía de las matemáticas.

Sucesos

Tropas británicas disparan contra una manifestación indefensa en Amritsar (India).

Deportes

Jack Dempsey obtiene el título mundial de boxeo de los pesos pesados.

Literatura

Carl Spittler, premio Nobel.
André Gide: Sinfonía pastoral.
Eugene O'Neill: La luna sobre el Caribe.
Johan Huizinga: El otoño de la Edad Media.
Vicente Blasco Ibáñez: Los cuatro jinetes del Apocalipsis.
Jean Cocteau: Potomak.

Cine

Robert Weine: El gabinete del Doctor Caligari.
Abel Gance: Yo acuso.
David Griffith: La culpa ajena.

Teatro

George Bernard Shaw: Heartbreak house.

Música

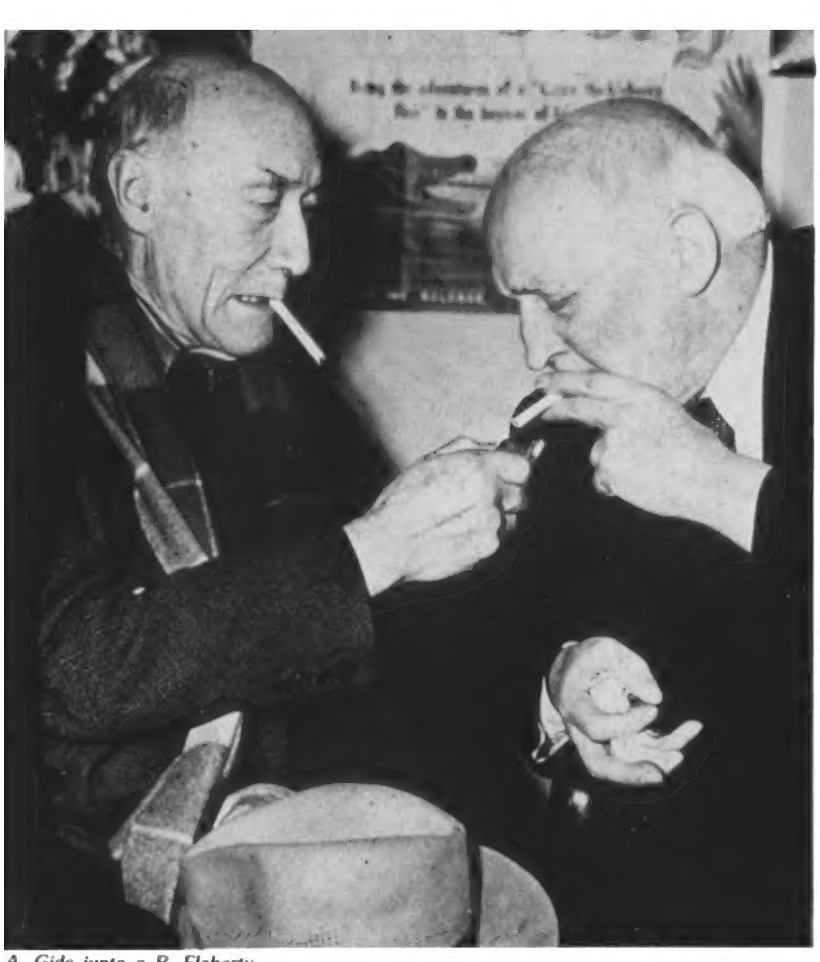
Manuel de Falla: El sombrero de tres picos.
Richard Strauss: La mujer sin sombra.

Pintura y escultura

Georges Braque: Naturaleza muerta.
Max Beckmann: La noche.
Constantin Brancusi: Pájaro en el espacio.
Jean Metzinger: La tricotesse.
Charles Demuth: Acróbatas.
Giorgio de Chirico: El pez sagrado.

Arquitectura

Walter Gropius funda la escuela de artes y oficios Bauhaus *en Weimar.*




A. Gide junto a R. Flaherty.



Un combate de Jack Dempsey.